# EJERCICIO
# DE PERFECCION
## Y
# VIRTUDES CRISTIANAS.

SU AUTOR

## EL PADRE ALONSO RODRIGUEZ

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, NATURAL DE VALLADOLID.

DIVIDIDO EN TRES PARTES.

## PARTE SEGUNDA.

DE VARIOS MEDIOS PARA ALCANZAR
LA VIRTUD Y PERFECCION.

Nueva impresion.

BARCELONA:

IMPRENTA DE D. VALERO SIERRA Y MARTI,

AÑO DE 1834.

# INDICE

## DE LOS TRATADOS Y CAPÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTA SEGUNDA PARTE.

### *Tratado primero, de la mortificacion.*


Capítulo primero. Que es menester juntar la mortificacion con la oracion, y que estas dos cosas se han de ayudar la una á la otra. Página 1.

Cap. 2. En que consiste la mortificacion; y de la necesidad que de ella tenemos, 7.

Cap. 3. Que es de los mayores castigos de Dios, el entregar á uno á sus apetitos y deseos, dejándole que se vaya tras ellos, 11.

Cap. 4. Del odio santo de sí mismo, y del espíritu de mortificacion y penitencia que de él nace, 13.

Cap. 5. Que nuestro aprovechamiento y perfeccion está en la mortificacion, 16.

Cap. 6. Que á los Religiosos, y especialmente á los que tratan con prójimos, les es mas particularmente necesaria la mortificacion, 18.

Cap. 7. De dos maneras que hay de mortificacion y penitencia: y como ambas las abraza y usa la Compañia, 20.

Cap. 8. Que la mortificacion no es odio, sino verdadero amor no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro mismo cuerpo, 29.

Cap. 9. Que el que no trata de mortificarse, no solo no vive vida espiritual, pero ni racional, 32.

Cap. 10. Que es mayor trabajo no tratar uno de mortificarse, que el tratar de eso, 34.

Cap. 11. Comienzase á tratar del ejercicio de mortificacion, 37.

Cap. 12. Como se ha de ir poniendo en práctica el ejercicio de mortificacion, 40.

Cap. 13. Como nos habemos de mortificar en las cosas lícitas; y tambien en las cosas necesarias, 43.

Cap. 14. Que principalmente nos habemos de mortificar en aquel vicio ó pasion que reina mas en nosotros, y nos hace caer en mayores faltas, 47.

Cap. 15. Que no habemos de dejar las mortificaciones en cosas pequeñas: y cuan provechosas y agradables sean á Dios estas mortificaciones, 49.

Cap. 16. Del mal y daño que se sigue de menospreciar las mortificaciones en cosas pequeñas, 52.

Cap. 17. En que se ponen tres avisos importantes en esta materia, 54.

Cap. 18. Que por bueno y aprovechado que sea uno, siempre tiene necesidad de ejercitarse en la mortificacion, 59.

Cap. 19. De dos medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificacion, que son la gracia del Señor, y su santo amor, 62.

Cap. 20. De otro medio que nos facilitará y hará gustoso el ejercicio de la mortificacion, que es la esperanza del

galardon, 66.
Cap. 21. En que se confirma con algunos ejemplos lo dicho en el capítulo pasado, 69.
Cap. 22. De otro medio que nos ayudará y hará fácil el ejercicio de la mortificacion, que es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, 71.
Cap. 23. De tres grados de mortificacion, 74.

*Tratado segundo, de la modestia y silencio.*

Capítulo 1. Cuan necesaría es la modestia para edificar y aprovechar á nuestros prójimos, 78.
Cap. 2. Cuan necesaria es la modestia para nuestro propio aprovechamiento, 82.
Cap. 3. Del engaño de algunos que hacen poco caso de estas cosas esteriores, diciendo, que no está en eso la perfeccion, 84.
Cap. 4. Del silencio, y de los bienes y provechos grandes que hay en él, 87.
Cap. 5. Que el silencio es un medio muy importante para ser hombres de oracion, 90.
Cap. 6. Que el silencio es un medio muy principal para aprovechar y alcanzar la perfeccion, 92.
Cap. 7. Que andar uno con modestia, silencio y recogimiento, no es vida triste, sino alegre, 95.
Cap. 8. De las circunstancias que habemos de guardar en el hablar, 96.
Cap. 9. Del vicio de la murmuracion, 103.
Cap. 10. Que no habemos de dar oidos á murmuraciones, 107.
Cap. 11. Que nos habemos de guardar de todo género de mentiras, 110.
Cap. 12. Que nos habemos de guardar de palabras juglares y ridículas, de decir gracias y donaires, 112.
Cap. 13. Que nuestras pláticas y conversaciones han de ser de Dios: y algunos medios que nos ayudarán para esto, 115.
Cap. 14. De otra razon muy principal, por la cual nos conviene mucho, que nuestras pláticas y conversaciones con los prójimos sean de Dios, 119.

*Tratado tercero, de la virtud de la humildad.*

Capítulo 1. De la escelencia de la virtud de la humildad, y de la necesidad que de ella tenemos, 123.
Cap. 2. Que la humildad es fundamento de todas las virtudes, 126.
Cap. 3. En que se declara mas en particular, como la humildad es fundamento de todas las virtudes, discurriendo por las mas principales, 128.
Cap. 4. De la necesidad particular que tienen de esta virtud, los que profesan ayudar á la salvacion de los prójimos, 132.
Cap. 5. Del primer grado de humildad, que es tenerse uno en poco y sentir bajamente de sí mismo, 140.
Cap. 6. Del propio conocimiento, que es la raíz, y el medio único y necesario para alcanzar la humildad, 142.
Cap. 7. De un medio muy principal para conocerse el hombre á sí mismo, y alcanzar la humildad, que es la consideracion de sus pecados, 145.
Cap. 8. Como nos habemos de ejercitar en el propio conocimiento para no desmayar ni desconfiar, 148.
Cap. 9. De los bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento, 151.
Cap. 10. Que el propio conocimiento no causa desmayo, sino antes ánimo y fortaleza, 154.
Cap. 11. De otros bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento, 156.
C. 12. Cuanto conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento, 158.
Cap. 13. Del segundo grado de humil-

dad. Declarase en que consiste este grado, 162.
Cap. 14. De algunos grados y escalones por donde habemos de subir á la perfeccion de este segundo grado de humildad, 166.
Cap. 15. Del cuarto escalon, que es desear ser despreciados y tenidos en poco, y holgarnos con ello, 170.
Cap. 16. Que la perfeccion de la humildad y de las demas virtudes, está en hacer sus actos con deleite y gusto, y cuanto importa esto para perseverar en la virtud, 173.
Cap. 17. Declarase mas la perfeccion á que habemos de procurar subir en este segundo grado de humildad, 176.
Cap. 18. De algunos medios para alcanzar este segundo grado de humildad, y particularmente del ejemplo de Cristo nuestro Señor, 179.
Cap. 19. De algunas razones y consideraciones humanas de que nos habemos de ayudar para ser humildes, 182.
Cap. 20. De otras razones humanas que *nos* ayudan para ser humildes, 184.
Cap. 21. Que el camino cierto para ser uno tenido y estimado de los hombres, es darse á la virtud y á la humildad, 187.
Cap. 22. Que la humildad es medio para alcanzar la paz interior del alma, y que sin ella nunca la tendremos, 191.
Cap. 23. De otro género de medios mas eficaces para la virtud de la humildad, que es el ejercicio de ella, 195.
Cap. 24. Confirmase lo dicho con algunos ejemplos, 200.
Cap. 25. Del ejercicio de humildad que tenemos en la Religion, 205.
Cap. 26. Que nos habemos de guardar de hablar palabras que puedan redundar en nuestro loor, 207.
Cap. 27. Como nos habemos de ejercitar en la oracion en este segundo grado de humildad, 210.
Cap. 28. Como habemos de traer el examen particular de la virtud de la humildad, 213.
Cap. 29. Como con la humildad se puede compadecer el querer ser tenidos y estimados de los hombres, 218.
Cap. 30. Del tercero grado de humildad, 225.
Cap. 31. Declarase en que consiste el tercero grado de humildad, 230.
Cap. 32. Declarase mas lo sobre dicho, 232.
Cap. 33. Declarase mas el tercero grado de humildad, y que de ahí nace que el verdadero humilde se tiene en menos que todos, 234.
Cap. 34. Como los buenos y los santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo, 238.
Cap. 35. Que este tercero grado de humildad es medio para vencer todas las tentaciones, y alcanzar la perfeccion de todas las virtudes, 243.
Cap. 36. Que la humildad no es contraria á la magnanimidad; antes es fundamento y causa de ella, 246.
Cap. 37. De otros bienes y provechos grandes que hay en este tercero grado de humildad, 151.
Cap. 38. De los favores y mercedes grandes que hace Dios á los humildes; y que es la causa porque los levantó tanto, 254.
Cap. 39. Cuanto nos importa acogernos á la humildad para suplir con ella lo que nos falta de virtud y perfeccion; y para que no nos humille y castigue Dios, 257.
Cap. 40. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos, 263.

*Tratado cuarto, de las tentaciones.*

Capítulo 1. Que en esta vida no han de faltar tentaciones, 265.
Cap. 2. Como unos son tentados al principio de su conversion, otros despues, 268.
Cap. 3. Por qué quiere el Señor que tengamos tentaciones; y de la utili-

dad y provecho que de ellas se sigue, 272.
Cap. 4. De otros bienes y provechos que traen consigo las tentaciones, 274.
Cap. 5. Que las tentaciones aprovechan mucho para que nos conozcamos y humillemos y para que acudamos mas á Dios, 277.
Cap. 6. Que en las tentaciones se prueban y purifican mas los justos, y se arraiga mas la virtud, 279.
Cap. 7. Que las tentaciones hacen al hombre diligente y fervoroso, 283.
Cap. 8. Que los Santos y siervos de Dios no solamente no se entristecian con las tentaciones, antes se holgaban por el provecho que con ellas sentian, 286.
Cap. 9. Que en las tentaciones es uno enseñado, no solamente para sí, sino para otros, 288.
Cap. 10. Comienzase á tratar de los remedios contra las tentaciones, y primeramente del ánimo, esfuerzo y alegria que habemos de tener en ellas, 290.
Cap. 11. Cuan poco es lo que el demonio puede contra nosotros, 292.
Cap. 12. Que nos ha de dar grande ánimo y esfuerzo, para pelear en las tentaciones, considerar que nos está mirando Dios, 294.
Cap. 13. De dos razones muy buenas para pelar con grande ánimo y confianza en las tentaciones, 296.
Cap. 14. Que Dios no permite que nadie sea tentado mas de lo que puede llevar. Y no debemos desmayar cuando crece ó dura la tentacion, 297.
Cap. 15. Que el desconfiar de sí, y poner toda su confianza en Dios, es grande medio para vencer las tentaciones, y por que acude Dios tanto á los que confian en él, 300.
Cap. 16. Del remedio de la oracion, y ponense algunas oraciones jaculatorias acomodadas para el tiempo de las tentaciones, 302.
Cap. 17. De otros dos remedios contra las tentaciones, 304.
Cap. 18. De otros dos remedios muy principales que son resistir á los principios, y nunca estar ociosos, 305.
Cap. 19. De las tentaciones que vienen con apariencia de bien. Y que es gran remedio contra todas las tentaciones el conocerlas y tenerlas por tales, 307.
Cap. 20. Como nos habemos de haber en las tentaciones de pensamientos malos y feos, y de los remedios contra ellas, 310.
Cap. 21. Que en diferentes tentaciones, diferentemente nos habemos de haber en el modo de resistir, 315.
Cap. 22. De algunos avisos importantes para el tiempo de la tentacion, 317.

*Tratado quinto, de la aficion desordenada de parientes.*

Capítulo 1. Cuanto le importa al Religioso huir visitas de parientes, y las idas á su tierra, 321.
Cap. 2. Que el Religioso ha de evitar tambien cuanto pudiere el ser visitado de parientes, y la comunicacion por cartas, 327.
Cap. 3. Que aunque sea con título de predicar, ha de huir el Religioso el trato de parientes, y las idas á su tierra, 329.
Cap. 4. Que particularmente se ha de guardar mucho el Religioso de ocuparse en negocios de parientes, 331.
Cap. 5. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos, 333.
Cap. 6. De otros males y daños que causa la aficion á los parientes, y como nos enseñó Cristo nuestro Redentor el desvío de ellos, 335.
Cap. 7. Como se suele disfrazar esta tentacion con título, no solo de piedad, sino de obligacion; y del remedio para esto, 338.

*Tratado sexto, de la tristeza y alegría.*

Capítulo 1. De los daños grandes que se siguen de la tristeza, 341.
Cap. 2. En que se dan algunas razones, por las cuales nos conviene mucho servir á Dios con alegria, 344.
Cap. 3. Que no han de bastar las culpas ordinarias en que caemos, para quitarnos esta alegría, 348..
Cap. 4. De las raíces y causas de la tristeza, y de sus remedios, 349.
Cap. 5. Que es muy gran remedio para desechar la tristeza, acudir á la oracion, 352.
Cap. 6. De una raíz muy ordinaria de la tristeza, que es no andar uno como debe en el servicio de Dios, y de la alegria grande que causa la buena conciencia, 354.
Cap. 7. Que alguna tristeza hay buena y santa, 358.

*Tratado séptimo, del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo. Y del modo que habemos de tener en meditar los misterios de su sagrada Pasion, y del fruto que habemos de sacar de ellos.*

Capítulo 1. Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo, 362.
Cap. 2. Cuan provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor, 272.
Cap. 3. Del modo que habemos de tener en meditar la Pasion de Cristo nuestro Redentor, y del afecto de compasion que habemos de sacar de ella, 377.
Cap. 4. Del afecto del dolor y contricion de nuestros pecados que habemos de sacar de la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor, 377.
Cap. 5. Del afecto del amor de Dios, 380.
Cap. 6. Del afecto de gratitud y hacimiento de gracias, 382.
Cap. 7. De los afectos de admiracion y esperanza, 385.
Cap. 8. De la imitacion de Cristo que habemos de sacar de la meditacion de sus misterios, 389.
Cap. 9. En que se confirma con algunos ejemplos, cuan provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor, 392.

*Tratado octavo, de la sagrada Comunion, y santo Sacrificio de la Misa.*

Capítulo 1. Del beneficio inestimable y amor grande que el Señor nos mostró en instituir este divino Sacramento, 395.
Cap. 2. De las escelencias y cosas maravillosas que la fe nos enseña que habemos de creer en este divino Sacramento, 399.
Cap. 3. Comienzase á tratar de la preparacion que pide la escelencia y dignidad de este divino Sacramento, 406.
Cap. 4. De la limpieza y puridad, no solo de pecados mortales, sino tambien de veniales é imperfecciones con que nos habemos de llegar á la sagrada Comunion, 409.
Cap. 5. De otra disposicion y preparacion mas particular con que nos habemos de llegar á este divino Sacramento, 411.
Cap. 6. En que se ponen otras consideraciones y modos de prepararse para la sagrada Comunion, muy provechosos, 414.
Cap. 7. De lo que habemos de hacer despues de haber recibido este divino Sacramento, y cual ha de ser el hacimiento de gracias, 417.
Cap. 8. De otra manera de accion de gracias, 419.
Cap. 9. Del fruto que habemos de sacar de la sagrada Comunion, 420.
Cap. 10. Que el frecuentar la sagrada Comunion es gran remedio contra todas las tentaciones, y particularmente para conservar la castidad, 422.
Cap. 11. De otro fruto principal que habemos de sacar de la sagrada Co-

munion, que es unirnos y transformarnos en Cristo, 425.

Cap. 12. De otro fruto muy principal que habemos de sacar de la sagrada Comunion, que es ofrecernos y resignarnos enteramente en las manos de Dios, y de la preparacion y hacimiento de gracias que conforme á esto habemos de hacer, 427.

Cap. 13. Que es la causa que obrando este divino Sacramento tan maravillosos efectos, algunos que le frecuentan no los sienten en sí, 432.

Cap. 14. Del S. Sacrificio de la Misa, 436.

Cap. 15. De qué manera se ha de oir la Misa, 442.

Cap. 16. Algunos ejemplos acerca de la devocion de oir Misa, y decirla cada dia, y la reverencia con que habemos de estar en ella, 451.

# INDICE

## DE LAS COSAS MAS PRINCIPALES QUE SE CONTIENEN EN ESTA SEGUNDA PARTE.


*Abstinencia.*

En que consiste la virtud de la templanza. Pag. 96.

De que manera se ha de tomar el sustento del cuerpo, 42.

Adonde lleva á uno la gula, 40, 41.

La abstinencia grande del Abad Palemon. Y un medio muy bueno para ella, 394.

La abstinencia que tenia una Santa cuando comulgaba, 420.

Por nombre de ayuno se entiende todo género de penitencia, 1.

*Aficion á parientes.*

Con que amor se deben tomar los parientes, 321, 322.

Cuanto le importa al Religioso huir el trato y conversacion de parientes, y escusar sus visitas, y las idas á su tierra, 322, et seq. 332. Aunque sea con título de predicar, 329, et seq. Y el ser visitado de ellos, 327, 328. Y la comunicacion por cartas, 328, 329.

Cuando los parientes, ó seglares piden semejantes cosas, en manos del particular está el deshacerlo, 324, 325, 326.

Hase de guardar mucho el Religioso de ocuparse en negocios de parientes, 331, et seq.

No es causa de esto decir, que ya ha pasado por la obediencia, 225, 332, 333.

Algunos ejemplos con que se confirma lo dicho, 333, et seq.

La aficion á parientes suele hacer á algunos que hurten de la Religion para socorrerlos. Y cuanto suele cegar esta aficion, 335.

Aunque uno no hurte á la Religion sino el tiempo que gasta en negocios de parientes, es mucho, 335, 336.

Como nos enseñó Cristo nuestro Redentor el desvio de parientes, con palabras y ejemplos, 336, et seq.

Los parientes son nuestros enemigos, y les habemos de tener un odio santo, como á nosotros mismos, 336, 337.

Como se suele disfrazar esta tentacion con título, no solo de piedad, sino de obligacion, y el remedio para esto, 338, et seq.

Lo que puede uno hacer con los estraños muchas veces, no conviene hacer con los parientes, 338, 339.

Cuando fuese menester ayudar uno en algo á sus parientes, es mejor y mas seguro hacerlo por medio de otro, 339.

Lejos estan del espíritu de Religiosos los que quieren ó procuran, que sus padres y parientes sean mas de lo que fueran, si ellos no fueran Religiosos, 339.

*Agradecimiento.*

Cuan bueno y provechoso sea, 374, et seq.

En que consiste, 260.

Tres maneras de agradecimiento, y cual es el mejor, 384, 385, 425.

Cada uno ha de agradecer los beneficios, como si á él solo se le hicieran, 314, 384.

Cuanto estima el Señor, que seamos agradecidos á sus beneficios, 251, 252, 384.

El pedirnos este agradecimiento, es por nuestro mayor bien, 393.

La gratitud nos hace dignos de nuevos beneficios: la ingratitud indignos, 385.

*Alegria.*

Convienenos mucho andar siempre con alegria en el servicio de Dios, porque asi lo quiere él, 338, 339. Redunda en mucha honra y gloria suya, 340. En provecho y edificacion de los prójimos, y abono de la virtud, ibid.

La alegria da fuerzas para obrar, hace la obra de mayor merito y valor, da esperanzas de perseverancia, 341, 342.

Medios para andar alegre, y vivir bien, 343 et seq. Estar indiferente para todo, y poner su contento en hacer la voluntad de Dios, 335, 336. Tener mortificadas las pasiones, 34, 85.

No han de bastar las culpas ordinarias para quitarnos esta alegria, 342, 343.

La verdadera alegria está en el corazon, 95, 96, 261.

Cual ha de ser la alegria esterior de los siervos de Dios, 340, 345.

*Vease verbo tristeza.*

*Amar á Dios.*

En esto consiste la perfeccion, 16, 84.

Lo que nos moverá á amar á Dios, 382, 428.

Habemos de mostrar á Dios el amor con obras que sean costosas, 382, 384.

En ofrecernos y resignarnos del todo en las manos de Dios, se muestra mucho el verdadero amor, 384.

El amor hace las cosas fáciles, 62 et seq.

El amor es fuerte como la muerte, 65, 66.

*Amor de Dios con los hombres.*

Cuan grande fue, 289, 355, 372, 377, 387, 399.

Porque se llama esceso de amor, 380, et seq.

Como nos mostró el amor con obras, y muy costosas, 388.

*Angel.*

Cual fue el pecado de los Angeles, 228, 229.

Cada uno trae consigo un Angel de guarda, y tambien un demonio, que lo incita á mal, 299 et seq.

Los Angeles interceden por nosotros, 448, 449.

Beneficios. *Verb. Agradecimiento.*

*Carne.*

Cual quedó despues del pecado, 7, 8.

Es el mayor enemigo que tenemos, 10, 12 et seq. 13 et seq.

De ella nacen las tentaciones, 265, 266.

La propia voluntad es causa y raiz de todos los pecados, y del infierno, 109.

Entregar á uno á este enemigo, es uno de los mayores castigos de Dios, y de las mayores señales de su ira, 11 et seq.

Mortificando la carne se vencen los demonios, 18.

*Comunion.*

Cuan inestimable beneficio fue la institucion de este divino Sacramento, 395 et seq.

Como nos declaró en esto el Señor el grande amor que tenia á los hombres, 396 & seq. 248.

Cuanto resplandece aqui la humildad de Cristo nuestro Redentor, 426.

Las cosas maravillosas que la fe nos enseña que habemos de creer en este divino Sacramento, 399 & seq.

Este es el mas escelente de los Sacramentos, y el que mayores gracias y efectos obra en las almas, 398, 399.

Porque se llama Eucaristia, y Comunion, 406.

Pide grande preparacion, y cuanto nos importa á nosotros ir bien preparados, 406.

La limpieza y puridad que pide, no solo de pecados mortales, sino tambien de veniales é imperfecciones, 409, & seq.

Ejemplo raro de un sacerdote, que se atrevió á celebrar en pecado mortal, 405, 406.

En que consiste la devocion actual con que dicen los Santos: hemos de llegar á comulgar; y algunas consideraciones para despertar en nosotros esos afectos, 411 & seq.

Es buena preparacion considerar algun paso de la Pasion, 414.

Otras consideraciones y puntos para prepararnos, 414, 415.

Una preparacion muy facil, y de mucho provecho y consuelo, 416.

Es menester tomar algun tiempo para prepararse, 416, 417.

Otra preparacion principal, que es el concierto de la vida, 447.

Como habemos de hacer el hacimiento de gracias despues de la comunion, y en que se ha de emplear aquel tiempo, 417 & seq.

Otras consideraciones provechosas para despues de la comunion, 419, 420.

Cual ha de ser la composicion de

el lugar en estas consideraciones, 420.

Como nos habemos de ocupar despues de la comunion, en ofrecernos enteramente en las manos de Dios. Y este ha de ser uno de los principales frutos que habemos de sacar de la comunion, 420, 421.

Hemonos de ejercitar en aquel tiempo en los actos de algunas virtudes, especialmente en aquellas de que cada uno tiene mas necesidad, 421, & seq.

Como habemos de ir descendiendo á otras cosas mas particulares, procurando en cada comunion mortificarnos en algo, y ofrecer eso en hacimiento de gracias, 433, 434, 435.

Cuan mal hacen los que dejan perder este tiempo, y una cosa particular que nos ayudará á emplearle bien, 411, 412, 415.

Lo que hacia una Santa cuando comulgaba, 415.

Todos los efectos que obra el mantenimiento corporal en los cuerpos, obra espiritualmente este divino Sacramento en las almas, 414, 421.

No solo recrea el espíritu, sino da tambien fuerzas corporales, 421, 422.

Frecuentar la comunion, es gran remedio contra todas las tentaciones, y particularmente para conservar la castidad, 422 & seq.

El ánimo y fortaleza que hemos de sacar de la sagrada comunion, 422.

Es efecto propio de este Sacramento transformar al hombre en Cristo, haciéndole semejante á él. Y este fruto principalmente hemos de sacar de la sagrada comunion, 425 & seq.

Una señal muy principal de ser el alma transformada en Dios, 426.

Que está en nuestra mano comulgar bien, sacar mucho fruto de la comunion, y por donde se ha de medir esto, 431.

La obligacion que nos pone el haber comulgado, para andar concertados, 427, 430, 431.

La consideracion de que se ayudaba una Santa para esto, 427.

Qué es la causa de no sentir algunos tanto fruto con la frecuencia de este Sacramento, 423 & seq.

Algunas veces recibe uno gran fruto, aunque él no lo siente, 432 & seq.

Es fruto y muy principal de este divino Sacramento, preservar á uno que no caiga en pecados, 422.

Mejor es llegarse ó este divino Sacramento con amor, que abstenerse por temor, 455.

En el trato con Dios, no ha lugar: La mucha conversacion es causa de menosprecio, 432, 433.

Ejemplo notable para animar á comulgar bien, 435, 436.

Que es comulgar espiritualmente, 449, 450.

Para comulgar espiritualmente, es menester estar en gracia de Dios, ibid.

El que comulga espiritualmente puede recibir mayor gracia, que el que comulga sacramentalmente, aunque esté en gracia de Dios, ibid.

Algunos bienes y provechos que hay en la comunion espiritual, que no hay en la sacramental, ibid.

Un modo bueno de comulgar espiritualmente, ibid.

*Conocimiento propio.*

Es la piedra fundamental de todo el edificio espiritual, 277, 278.

Es principio y fundamento necesario para alcanzar la humildad, y tenernos en lo que somos, 142, 143, 151.

El conocimiento propio, y el desconfiar uno de sí, y confiar en Dios, es muy principal medio paraque Dios obre por él grandes cosas, y le haga mercedes, 402, 135, 154 & seq. 264, 259, 243.

Para todas las cosas es remedio universal el propio conocimiento, 152, 153.

La razon porque Dios hace tantas mercedes y favores á los humildes que desconfian de sí, y los niega á los otros, 150, 154, 154, 255, 300, 134, 149.

Cuanto estima Dios, que no estribemos en nuestras fuerzas, ni nos atribuyamos nada, sino todo á él, 136 & seq.

Porque nos niega el Señor muchas veces sus dones, ó los dilata, y permite que duren en nosotros las malas inclinaciones, 301.

Por confiar de sí, han venido muchos siervos de Dios á dar miserables caidas, 149, 150.

El conocimiento propio no *causa* desmayo, sino antes ánimo, 139, 154 & seq.

La humildad no es contraria á la magnanimidad, antes es fundamento y causa de ella, 246 & seq.

No es humildad algunos desmayos que nos suelen venir unas veces acerca de nuestro aprovechamiento, otras acerca de los ministerios con los prójimos, 155, 156.

Como hemos de ir cavando, y ahondando en nuestro propio conocimiento, comenzando del ser corporal, 142 & seq.

Un medio muy principal para conocerse el hombre á sí mismo, y alcanzar la humildad, que es la consideracion de sus pecados y miserias, 145 & seq.

El no saber uno si está en gracia ó en pecado, es gran medio para andar humillado, 146.

Que por mas que ahondemos en nuestro propio conocimiento, hay mas que ahondar, 153.

Cuan dificultoso es conocerse el hombre á si mismo, 158.

Que es esta mas alta, y mas provechosa ciencia, que cuantas han inventado los hombres, 152, 158.

Como se ejercitaban los Santos en este ejercicio, para venir en mayor conocimiento y amor de Dios, 128, 129, 153, 154.

Otros bienes y provechos grandes que hay en este ejercicio, 151 & seq. 156 & seq.

Porque ama Dios tanto la humildad, 142.

Por que los Santos se tienen en tan poco, y son tan humildes, y mas cuanto mas Santos, 153, 138 et seq.

Como nos habemos de ejercitar en el propio conocimiento, para no desmayar ni desconfiar, 148 & seq.

Cuanto conviene que no se nos pase dia en que no gastemos algun tiempo en esto, 158.

Este ejercicio no es de solos principiantes, ni es triste y melancólico, ni causa turbacion y desasosiego, sino antes gran paz, quietud y alegría, 161, 162.

*Véase verbo Humildad.*

*Compañía de Jesus.*

Por qué se le dió este nombre, 140.

La perfeccion grande que pide su instituto, 23 & seq. 27 & seq. 210.

La causa de ser suave el gobierno y modo de proceder de ella, 24, 26, 27.

Debemos ser agradecidos á Dios, que habiendo en ella cosas de suyo muy dificultosas, nos las haya hecho faciles y suaves, 17.

Por qué han faltado algunos de ella, 28, 29.

*Cosas pequeñas.*

Cuanto importa no las menos preciar, 51.

Dos maneras de culpas pequeñas: y cuanto importa no las hacer de propósito, 451.

Hacer caso de cosas pequeñas, es señal que trata uno de perfeccion, 105.

Cuanto mal hacen los que á los que son muy exactos en cosas pequeñas les dan en rostro con ello. Y que no ha de dejar uno esto por el qué dirán, 51, 95.

*Devocion.*

El silencio y guarda de los sentidos, es medio para conservar la devocion, 83, 84.

En tiempo de devocion no se echa de ver lo que es uno, 280.

Algunas veces se comunica el Señor mas abundantemente á los menos perfectos, y á los que han sido mas pecadores, 271, 272.

*Véase verbo Eucharistía, Comunion, verbo Misa.*

*Gracia de Dios.*

No sabemos de cierto, si estamos en gracia de Dios, 146, 147.

Por qué quiso Dios que no se supiese esto de cierto, ibid.

Servir á Dios con alegría, es buena señal de estar en gracia de Dios, 44, 45.

El hacerse á uno fácil el trabajo, es señal de mucho amor de Dios, 64.

Gustar de hablar y tratar de Dios, es señal de amar á Dios, 118, 119.

*Hablar de Dios.*

Nuestras pláticas y conversacio-

nes han de ser de Dios, y cuanto importa esto, 116, 117, 119 & seq.
Algunos medios que nos ayudarán á hacer esto, 116 & seq.
El padre S. Francisco Javier hacia mas fruto con las conversaciones particulares, que con los sermones, 116, 120.

*Humildad.*

Cristo nuestro Redentor fue el maestro de esta virtud, 125 & seq.
Los Filósofos no la conocieron, ni aun el nombre, 124.
La necesidad que tenemos de ella, 125.
La necesidad particular que de ella tienen los que tratan de ayudar á los prójimos, 132 & seq.
Es fundamento de todas las virtudes, 126 & seq. 128 & seq.
Ayuda para la castidad, 130, 131 & seq. Para conservar la claridad y union fraterna, 169.
Por qué se compara á la raiz, 126.
No son virtudes verdaderas, sino aparentes, las que no se fundan en humildad, 126, 127.
Tres grados de humildad. El primero es tenerse uno en poco, y sentir bajamente de sí mismo. *Verbo Conocimiento propio.*
El segundo grado de humildad es desear uno ser tenido de los otros en poco, y holgarse de ello. 262 & seq. 166 & seq.
Si estuviesemos bien fundados en el primer grado, no se nos haria tan dificiles este segundo, 162 & seq.
Algunos dicen mal de sí, y no pueden sufrir oirlo de otros, 163.
Humillarse por ser alabados y tenidos por humildes, es gran soberbia, 164 & seq.
Cuatro escalones para subir al segundo grado de humildad. El primero, no desear ser honrado, antes huirlo, 166. El segundo, sufrir con paciencia las ocasiones de desprecio que se ofrecieren, 167. El tercero no holgarnos cuando somos alabados, 168 & seq. 213, 214.
El cuarto escalon es desear ser despreciado y tenido en poco, y holgarse con ello, 170 & seq.
Dos maneras de humildad: una de los que van aprovechando: otra de perfectos, 177 & seq.
La perfeccion de la humildad y de las demas virtudes, está en ejercitar sus actos con deleite y gusto, 173 & seq. 212.
Cuan importante es esto para perseverar en la virtud, 156.
Es buena señal de haber alcanzado la virtud, aun durmiendo resistir á la tentacion, 175.
Como algunos Santos fingian algunas faltas que no tenian, para ser tenidos en poco. Y lo que les movia á esto, 176 & seq.
Dos maneras de medios para alcanzar las virtudes, 179
Cuan eficaz y necesario medio fue, para que seamos humildes, el ejemplo de Cristo, 179 & seq.
Cuan grande beneficio fue, que ya con verdad y santidad podamos

ser semejantes á Dios, 180 & seq. 419, 420.
Será buen medio considerar bien, qué cosa sea esta estima de los hombres, 182 & seq.
El camino cierto y seguro, para ser uno amado y estimado, es darse á la virtud y á la humildad, 187 & seq.
La virtud es como el almizcle, que mientras mas le escondeis, mas se muestra con el olor que da, 209.
La humildad es medio para alcanzar la paz interior, y sin ella nunca la tendremos, 130, 199 & seq.
No bastan consideraciones para alcanzar y conservar la humildad, es menester ejercicio de ella, 195 & seq.
Como con el oficio ó vestido bajo y vil que está en el cuerpo, puede ganar humildad el alma, 197.
Ejemplo con que se confirma lo dicho, 204 & seq.
El ejercicio grande de humildad que tenemos en la Religion, 205 & seq.
Con que espíritu y consideracion se han de hacer estos ejercicios, 206.
Como nos habemos de ejercitar en la oracion, en este segundo grado de humildad, 201 & seq. 392.
Como se ha de traer exámen particular de esta virtud, 213 & seq.
Como con la humildad se puede compadecer el querer ser tenidos y estimados de los hombres, 218 & seq.
Como se conocerá si se huelga uno con la honra y estimacion puramente por la gloria de Dios, y provecho de las almas, ó por su gusto y comodidad, 119 & seq.
El tercero grado de humildad es cuando uno teniendo grandes virtudes y dones de Dios, y grande honra y estimacion, no se ensoberbece en nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo á Dios, 225 & seq.
Como se halló esta humildad en nuestro Señor, 226.
Como se halla en los bienaventurados, 226.
Declarase mas en que consiste este tercero grado de humildad, 230 & seq.
Por qué llaman á esta humildad de grandes y perfectos varones, 230, 231, 249 & seq.
Como podian los Santos decir con verdad, que eran mas malos y pecadores, que cuantos habia en el mundo, 238 & seq. 242 & seq.
La humildad se ha con las otras virtudes, como el sol con las demas estrellas, 241.
El verdadero humilde no desprecia á nadie, aunque le vea caer en pecados, 146, 252.
De los mismos beneficios recibidos toma ocasion para humillarse mas, y andar mas temeroso, 251, 252.
Cuanto nos conviene acogernos á

la humildad, para suplir con ella lo que nos falta de virtud y perfeccion. Y para que no nos castigue y humille Dios, 257 & seq.

Aborrece Dios tanto la soberbia, que para humillar á uno permite tenga tentaciones, y caiga en pecados veniales, y algunas veces en mortales, y feos y afrentosos, 258 & seq.

Algunos ejemplos con que se confirma lo dicho, 263 & seq.

*Jesucristo.*

La necesidad de su Encarnacion, y Pasion, 365 & seq.

La obra de la Encarnacion cuan manifestadora es de la omnipotencia de Dios, 265, 364, 387. Y de la dignidad del hombre, y del caudal que Dios hace de él, y amor que le tiene, 363, 396.

Hízose Dios hombre para redimirnos, y para darnos ejemplo, 389, 390.

El tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo, 462 & seq.

Es nuestro medianero, abogado é intercesor con su Padre, 365 & seq.

Por qué quiso que se quedasen las señales y agujeros de las llagas, despues de su Resurreccion, 371.

Todas las cosas nos es Cristo, y todas las tenemos en él; 368, 269, & seq.

Por qué la Escritura atribuye á Cristo innumerables nombres y títulos, ibid.

La confianza que hemos de tener en Cristo, ibid. & seq. 362, 363.

Las armas con que nos hemos de armar para resistir á todas las tentaciones, es Cristo, 369.

Todas nuestras obras, si tienen algun valor, es por Jesucristo, 369, 370.

Todos los bienes y dones que nos vienen, es por medio suyo, y por sus merecimientos, ibid.

*Intencion.*

El fin é intencion que hemos de tener en todas nuestras obras, 45, 46.

Como habemos de ir creciendo en esta rectitud y puridad de intencion, 214, 215.

Como iba subiendo y creciendo en esto nuestro Padre S. Ignacio, 73.

*Ira.*

Hace parecer á un hombre furioso, y aun serlo, 33 & seq.

Como venció un Filósofo la ira, ibid.

El desasosiego con que queda el que se deja llevar de la ira, 35.

*Juicio temerario.*

El que juzga á otro de alguna culpa, debe temer no venga á caer en la misma, 252, 253.

*Justicia original.*

Los efectos que causaba, y cuan llagada quedó nuestra naturaleza por el pecado, 8 & seq.

*Mentir.*

Cuan baja y afrentosa cosa es, 110.

Hémonos de guardar de todo genero de mentiras, no añadiendo, ni encareciendo, ni hablando palabras que tengan diversos sentidos, ibid.

Es buen consejo no afirmar ni negar con demasiada aseveracion lo que uno sabe, 110, 111.

*Misericordia de Dios.*

Es propio de Dios tener misericordia y perdonar, 388 & seq.

Aun con el mismo castigo muestra Dios su misericordia, ibid.

De gran consuelo es considerar, que nos sufre y ama Dios, aunque nosotros no le correspondamos tan por entero, 355, 358.

Cual se llama misericordia de Dios grande, y cual pequeña 260, 261.

No quiere Dios la muerte del pecador, 389.

*Misa.*

Todos los sacrificios de la ley vieja significaban el que habiamos de tener en la ley de gracia, 436.

La Misa no solamente es memoria del sacrificio en que Cristo nuestro Redentor se ofreció por nosotros al Padre Eterno en la cruz, sino es el mismo sacrificio que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia, 436, 437.

No solo es el mismo sacrificio, sino el que ofrece ahora este sacrificio de la Misa, es el mismo que ofreció aquel en la cruz, y el sacerdote que dice la Misa, representa la persona de Cristo, y como ministro suyo y en su nombre ofrece este sacrificio, ibid. & seq.

Aunque el sacerdote que dice la Misa sea malo, no por eso deja de aprovechar la Misa á aquellos por quien se ofrece, ni disminuye nada de su valor, 438, 439.

El amor grande que nos mostró Cristo nuestro Redentor, en dejarnos este sacrificio, y el tesoro y riquezas grandes que en él tenemos, 440 & seq.

La traza que inventó Dios, para que este sacrificio fuese por todas partes acepto, agradable y eficaz, 438, 440, 441.

Como la fiesta del Santísimo Sacramento es la mayor de cuantas celebra la Iglesia de Cristo nuestro Señor, 440.

En que consiste la esencia de este sacrificio. Y la diferencia que hay de él, en cuanto es sacrificio, y en cuanto es Sacramento, 441, 442.

Todos los que oyen Misa, ofrecen este sacrificio juntamente con el sacerdote, ibid.

De que manera se ha de oir la Misa. Danse tres devociones principales para ello. La primera, considerar algun misterio de la Pasion, 442 & seq.

Las significaciones de lo que se ha-

ce y dice en la Misa, y de los ornamentos del sacerdote, 443 & seq.

La segunda manera de oir Misa, y mas principal es ir juntamente con el sacerdote ofreciendo este sacrificio, y haciendo en cuanto pudiéremos lo que él hace, 444, 445.

Como han de hacer los mementos de la Misa, así los que la dicen, como los que la oyen, 447, 448.

Tres cosas principales, por las cuales debe ofrecer este sacrificio, así el que dice, como el que oye la Misa, 448.

Es bueno ofrecer este sacrificio por todo aquello que Cristo nuestro Redentor estando en la cruz le ofreció, ibid.

Es bueno ofrecerse uno á sí mismo juntamente con Cristo cada dia en la Misa por las cosas dichas, ibid. 449.

Como al tiempo que el sacerdote ofrece este sacrificio asiste allí gran multitud de Angeles, y claman allí á Dios por nosotros. Y cuan oportuno tiempo es este para negociar con Dios, y la confianza con que hemos de ir á la Misa á ofrecer este sacrificio, 449, 456.

Los bienes particulares de que gozan los que oyen Misa, 447.

La reverencia con que se debe estar en la Misa, 456.

La tercera devocion de la Misa es comulgar espiritualmente. *Verbo Comunion*, al fin.

Algunos ejemplos acerca de la devocion de oir Misa, y decirla cada dia, 451 & seq.

*Modestia.*

En que consiste, 78.

El Religioso ha de traer una modestia alegre, y una alegria modesta, 338 & seq.

Cuan importante es la modestia y guarda de los sentidos, para nuestro propio aprovechamiento, 79 & seq. 85.

Cuan necesaria, es para edificar y aprovechar á los prójimos, 78, 79.

La modestia esterior es señal del aprovechamiento interior: y la inmodestia esterior del vicio interior, 79 & seq.

Así como lo esterior ayuda á componer y conservar lo interior, así tambien lo interior compone lo esterior, 86, 91.

Cuan grande engaño es hacer poco caso de estas cosas esteriores, diciendo que no está en eso la perfeccion, 84, 86 & seq. 104.

Como podrá uno tratando con prójimos hacerse sordo, ciego y mudo, 83.

*Mortificacion.*

Mortificacion y oracion son dos medios de los mas principales para nuestro aprovechamiento, y han de andar juntos, 1 & seq.

La mortificacion es disposicion y medio necesario para la oracion, y es el fruto que hemos de sacar de ella, 2 & seq. 7, 430 & seq.

En qué consiste la mortificacion, 7 seq. 11 & seq.

La necesidad que hay de la mortificacion, 7 & seq. 10.

Todos los pecados, todas las faltas é imperfecciones que hacemos, es por falta de mortificacion, 9. 42.

Como todo nuestro aprovechamiento y perfeccion está en la mortificacion, 16 & seq. 57.

Mas es regirse uno á sí, que regir y sujetar á otros, y esa es la verdadera fortaleza de los siervos de Dios, 10, 50.

La paz es fruto y efecto de la mortificacion, 2, 3, 35, 36, 42.

La mortificacion es necesaria para conservar la caridad, 20.

Dos maneras de mortificacion y penitencia, una corporal y esterior; otra espiritual é interior. Y esta es mas preciosa y escelente, 20 & seq.

La mortificacion, y penitencia esterior se ha de tomar como medio para alcanzar la interior, 24 & seq.

Como abraza y usa la Compañia dos maneras de mortificacion y penitencia, y mas principalmente la segunda, 20 & seq. 26 & seq.

Por qué insistió tanto nuestro Padre en la mortificacion interior, 24.

Justamente se puede uno escusar mas de la penitencia esterior, que de la interior, 26.

Del ejercicio de mortificacion, que es el principal medio para alcanzar la mortificacion, 37 & seq.

El ejercicio de mortificacion, aunque es propio para todos los siervos de Dios, lo es particularmente de los Religiosos, y especialmente de los que tratan con prójimos, 18 & seq. 61, 62.

El que no trata de mortificarse, no solo no vive vida espiritual, pero ni racional, 32 & seq.

Mayor trabajo es andar uno huyendo la mortificacion, que el mortificarse, 34 & seq.

Cuan encomendado es en el Evangelio el odio santo de sí mismo, y como se engendrará en nosotros, 13 & seq. 154.

De este odio santo se engendra en el alma un espíritu grande de mortificacion y penitencia, 13 & seq.

No es odio el mortificarnos, sino verdadero amor, no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro cuerpo. Y el no mortificarse, es verdadero odio, no solo del ánima, sino tambien del cuerpo, 29 & seq.

Como nos habemos de haber con nuestro cuerpo. Y que ayudará mucho para mortificarnos, tenerlos por enemigos, y por enfermos, 39, 40.

Como se ha de ir poniendo en práctica el ejercicio de la mortificacion, primero en las ocasiones que se ofrecen, sin andarlas nosotros á buscar. Segundo, en las que nos impiden nuestro aprovechamiento y perfeccion,

40 & seq. Tercero, en las lícitas 43 & seq. Cuarto, en las cosas necesarias, 45, 46.

Principalmente nos habemos de mortificar en aquel vicio ó pasion que reina mas en nosotros, y nos hace caer en mayores faltas, 47 & seq.

Cuan provechosas son las mortificaciones, aunque sean en cosas pequeñas, y cuan agradables á Dios, 43 & seq. 49 & seq. 52 & seq. 72.

El mal y daño que se sigue de menospreciar las mortificaciones en cosas pequeñas, 52 & seq.

Que siempre hay necesidad de ejercitarse uno en la mortificacion, por bueno y aprovechado que sea, 59 & seq.

El dia que no os mortificáredes en algo, teneos por perdido, 61, 62.

El ejemplo grande que en esto nos dió nuestro padre S. Francisco de Borja, 47, 61.

Consuelo para los que tienen naturales dificiles, 55 & seq.

Nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio, siendo de su natural muy colérico, se habia vencido y mortificado tanto, que le juzgaban por flemático, 56.

Aviso para el que tiene buen natural, 57, 58.

La causa porque algunos no sienten en sí repugnancias ni contradicciones, 58, 59.

Como se ha de traer el exámen particular de la mortificacion, y que por via de conformidad con la voluntad de Dios se hará mas fácil y provechosamente, 46, 47.

Médios que nos harán fácil el ejercicio de mortificacion. *La* gracia del Señor, 62. El amor de Dios, 64 & seq. La esperanza del galardon, 66 & seq. El ejemplo de Cristo, 71 & seq.

Algunos ejemplos en confirmacion de lo dicho, 69 & seq.

Tres grados de mortificacion, 74 & seq.

Cual es la señal de haber alcanzado perfecta mortificacion, 76, 77.

*Murmuracion.*

El murmurador es aborrecido de Dios y de los hombres, 103.

En que consiste la gravedad y malicia de este vicio, 103, 104.

Es mayor pecado que el hurto, 103.

Cuando será mortal, y cuando venial, 103, 104. Puede ser mortal, aunque no se diga de otro cosa de pecado mortal, 104, 105.

Ha de estar uno muy lejos de ponerse en duda, ó si lo que dijo llegó á pecado mortal, ó no, 105, 106.

No se ha de decir del ausente, lo que no dijéramos de él, estando presente, 105.

Aunque las cosas sean públicas, no hemos de murmurar de ellas, 105, 106.

Cuando supimos alguna falta de otro, como nos hemos de haber, 106.

Un remedio bueno contra murmuracion, ibid.
No dar oídos á la murmuracion, y como nos hemos de haber cuando la oímos, y algunos medios para atajarla, 107 & seq.
Cuando pecará mortalmente el que oye al que murmura y no le resiste; y cuando venialmente, ibid. 109.
Cual es la mejor manera de satisfacer á los que murmuran de nosotros, 121, 122.

*Oracion.*

El modo que habemos de tener en la oracion, y el fruto que hemos de sacar de ella, 6 & seq. 365, 430, 431.
Hémonos de ejercitar mucho en la oracion, en ofrecernos y resignarnos del todo en las manos de Dios, 421 & seq. 427 & seq.
Hemos de ir descendiendo á casos particulares, hasta que sintamos gusto en la obra, 211, 212, 384.
En que está el tener buena oracion, 431.
La oracion que no tiene por compañera la mortificacion, es sospechosa, 6.
Porque se nos hace dificultosa la oracion, 4.
La oracion es de suyo gran mortificacion de la carne, 7.
La oracion es una vista espiritual de los divinos misterios, 5.
Porque en algunas fiestas principales, cuando uno pensaba tener mas devocion, tiene menos, 155.
Porque suelen algunos sentir mas las tentaciones en tiempo de la oracion, 269, 270.
En la oracion suele Dios castigar las faltas que uno hace de propósito, 438.
Siete afectos principales en que nos habemos de ejercitar en la oracion. *Verbo Pasion de Cristo.*
Cuan á la mano hemos de tener el remedio de la oracion, 410.
La oracion del humilde penetra los cielos, 131.

*Paciencia.*

Es puerta de la sabiduría, 203, 204. Cuanto edifica y predica, 224, 225.
El verdadero humilde en ella se conoce, 140, 141.
Porque nos envia el Señor trabajos, 274 & seq.
Con los trabajos medran y crecen los siervos de Dios, 281 & seq.
Por qué Cristo nuestro Señor quiso padecer tanto, 274 & seq.
Mala señal es no tener trabajos, 275 & seq.
Ayuda á tener paciencia, considerar la gloria que por eso nos darán, 66 & seq.
Acordarse de la Pasion de Cristo, 71 & seq.
La humildad, 129, 130.
Si en el cielo pudiera haber pena y dolor, la tuvieramos grande de no haber padecido mas, 69, 70.
La impaciencia no siempre nace de ocasion que nos dan, sino de nuestra inmortificacion, 344.

Como se ha de ejercitar uno en la oracion, en la impaciencia, 390, 391.

*Pasion de Cristo nuestro Redentor.*

Cuan provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la Pasion, 372, 411 & seq.
Algunos ejemplos en confirmacion de esto, 353 392 & seq.
El modo que habemos de tener en meditar la Pasion de Cristo nuestro Redentor, y siete afectos principales que hemos de sacar de ella, con algunas consideraciones que nos ayudarán á ello, 373 & seq.
Del afecto de compasion, y cuan grandes fueron los dolores de Cristo, 374 & seq.
Del afecto de dolor y contricion de nuestros pecados, 377 & seq.
Del afecto de amor de Dios, 380 & seq.
Del afecto de gratitud y hacimiento de gracias. *Verbo Agradecimiento.*
Del afecto de admiracion, 385 & seq.
Del afecto de la esperanza y confianza en Dios, 386 & seq.

*Verbo Misericordia de Dios.*

Del afecto de la imitacion de Cristo nuestro Señor, 389 & seq.
Como en este solo afecto de la imitacion podrá uno hallar materia de oracion para toda la vida, 391.
Otros seis puntos en que nos podemos detener en cada misterio de la Pasion, 391.
*Verbo Jesucristo.*

*Pasiones.*

Hasta donde lleva á uno la pasion, 33, 37, 38.
Las pasiones vehementes ciegan la razon, y disminuyen la libertad, 2 & seq.
Las pasiones son nuestros verdugos, 35, 344.
La pasion resistiéndola, se disminuye, y siguiéndola, se acrecienta, y se viene uno á hacer esclavo de ella, 37 & seq.
Como haremos de nuestras pasiones escalones para subir al cielo, 56.

*Pecado.*

Es peor que el no ser, 145. Y que el infierno, 377 & seq.
El que peca mortalmente, cuanto es de su parte vuelve á crucificar á Jesucristo, 378.
No hay cosa que tanto declare la gravedad del pecado, como la necesidad del remedio de la Encarnacion y Pasion de Cristo, 377 & seq.
El mayor castigo de Dios y su ira grande, es dejar á uno que caiga en pecados mortales, 260, 261.
Es propiedad del pecado causar tristeza, 354 & seq.
No hay mayor pena que la mala conciencia, 355 & seq.
En ninguna cosa es tan bien em-

pleado de dolor, como en el pecado, 359 & seq.
Cuan encomendado es el ejercicio de la contricion, y los provechos grandes que hay en él, 379, 380.
El llorar uno sus pecados, aunque por una parte da pena, por otra consuela grandemente, 361, 362.
Cuanto sintió Cristo nuestro Redentor, los pecados de los hombres, 376.

*Perfeccion.*

En que consiste, 16 & seq. 84.
Está en nuestra mano, 178.
La causa porque no tenemos mucho deseo de la perfeccion, 17, 18.
El no aprovechar, nace de falta de resolucion, 42, 43
Como conocerá uno si ha alcanzado la perfeccion de alguna virtud, 173 & seq. 212, 213.
Que es andar en espíritu, 18, 19.
La diferencia del hombre espiritual al que no lo es, 54, 55.
Una buena señal para conocer si uno es espiritual, y si va aprovechando, ó no, 86, 91, 92.
Mayor trabajo para el tibio, que el fervoroso, 36, 37.
*Verbo, cosas pequeñas.*

*Predicador.*

Los predicadores que procuran hablar curiosamente, son reprendidos, 101, 102.
Mas ayuda á la conversion de las almas el afecto de verdadera humildad, que el mostrar autoridad que tenga algun resabio y olor de mundo, 223 & seq.

*Religioso.*

El Religioso ha de dejar el cuerpo allá fuera, y el espíritu solo ha de entrar en la Religion, 18, 19.
Cual ha de ser la vida del Religioso, 121, 122.
No podrá uno durar en la Religion, si no trata de mortificar su voluntad, 18, 19.
El Religioso, no cuando le reciben, sino cuando está mortificado, da gozo á la Religion, 6.
En que ha de mostrar principalmente el Religioso la humildad y mortificacion, 206, 207.
La diferencia entre el Religioso recogido y el distraído, 85, 86.
Cuan mal parecen en la boca del Religioso palabras que puedan redundar en estima suya. Y especialmente de cosas que toquen á nobleza 208 & seq.
Prefiérese la vida monástica á la solitaria, 205, 206.

*Silencio.*

El silencio aprovecha para aprender á hablar, 87 & seq.
Para saber tratar con Dios, y ser hombres de oracion, ibid. 90.
Es causa de tener buenos pensamientos, y santas inspiraciones, 87 & seq.
Así como el silencio ayuda á la oracion, así la oracion al silencio, 90, 96.
Es remedio muy principal para aprovechar y alcanzar la per-

feccion, 91 & seq. 97 & seq. 107 & seq.
Basta para reformar á uno, y á toda la Religion, 90 & seq.
Andar con silencio, modestia y recogimiento no es vida triste, sino muy alegre, 95, 96.
El que no anda con silencio y recogimiento, es vencido facilmente del demonio, 94 & seq.
Como premió Dios el silencio de una Santa, 102 & seq.
En que consiste la virtud del silencio 96 & seq.
Las circunstancias que habemos de guardar en el hablar, ibid. & seq.
Los mozos callando honran á los mayores, 99.
Hemonos de guardar de palabras juglares y ridículas, de gracias y donaires, y especialmente de palabras picantes, 112 & seq.

*Soberbia.*

Es raíz y principio de todo pecado, 126 & seq.
De todas las heregías, ibid.
La soberbia es mentira y engaño, 142.
Es viento é inchazon, no grandeza, 183, 184.
Por que se dice soberbia, 142.
La pena y desasosiego que trae consigo, 34, 35, 191 & seq.
Cuan mala y vergonzosa cosa es la soberbia, y cuan buena y provechosa es la humildad, 164, 165, 229.
Quien anda con deseo de honra, y huye de ser tenido en poco, y le pesa si lo es, aunque haga maravillas, lejos está de la perfeccion, 127.
El soberbio es loco, y aborrecido de Dios y de los hombres, 112 & seq.
La soberbia y vanagloria muchas veces fue causa de ignorancia á los suyos, 189, 190.
La soberbia hace á algunos que dejen de confesar algun pecado, 410 & seq.
Para reprimir nuestra soberbia, quiso Dios que nos quedase la contradiccion de la carne, 9.
Por que procura el demonio, que seamos levantados y estimados, 167, 168, 214.
Dos maneras de soberbia, una carnal, otra espiritual, 133.
Cuan ocultamente se nos entra algunas veces la soberbia, 241, 252.
En las buenas obras hemos de temer mas este vicio, 125.
Habemos de atajar los pensamientos de soberbia, 217.
Nos hemos de guardar de palabras que puedan redundar en nuestro loor, 207 & seq. 213, 214.
El escusarse nace de soberbia, 215 & seq.
Como castigó y curó Dios la soberbia de unos monges, permitiendo que el demonio entrase en sus cuerpos, 263, 264.
Un medio que tomó un monge, para desechar la tentacion de soberbia, ibid.
El medio que para esto tomaron otros santos monges, 14, 15.

Otro remedio muy bueno contra la soberbia, 158 & seq.
Ejemplo de un Religioso que era tenido por Santo, y se condenó, 183, 184.

*Tentaciones.*

Esta vida es tiempo de tentaciones, 265 & seq.
La causa de esta continua guerra, 266.
Es engaño de algunos, que en teniendo alguna grave tentacion, piensan que estan en desgracia de Dios, 267, 268, 310, 311 & seq.
El sentir tentaciones, es de hombres que tratan de virtud, 267, 268.
No está el mal en tener tentaciones, sino en el consentimiento, 54, 55 & seq.
Unos son tentados al principio de su conversacion, otros despues, 268 & seq.
Por que algunas veces los que comienzan á servir á Dios, sienten tales tentaciones, cuales nunca habian sentido, 269, 270.
Quiere el Señor que tengamos tentaciones, por nuestro bien, 272 & seq. 274 & seq. 183 & seq.
Para que teniendo ejercicio de pelear, no nos haga daño la ociosidad, 273.
Para que no pongamos nuestro corazon y amor en esta vida, sino suspirémos por la otra, 273 & seq.
Para que tengamos mayor premio en la gloria, 274 & seq.
Para que nos sirvan de purgatorio, y entremos mas presto en la gloria, ibid. 276.
Para traernos á Dios, del cual suelen apartar las prosperidades, 276 & seq.
Para que nos humillemos, 277 & seq.
Para que conociendo nuestra necesidad, acudamos mas á Dios con la oracion, 278, 279.
Para que estimemos mas el favor del Señor, ibid.
Para que no nos atribuyamos á nosotros cosa buena, sino todo á Dios, ibid.
Las tentaciones prueban la virtud de cada uno, 179 & seq.
Purifican los justos, ibid.
Hacen que se arraigue mas en el alma la virtud contraria, 282, 283.
Hacen al hombre diligente y fervoroso, 283 & seq.
Aunque uno tenga alguna negligencia en la tentacion, es mas lo que gana con la resistencia que le hace, 285, 286.
Por que deja Dios algunos defectos en algunos siervos suyos, ibid.
En las tentaciones es uno enseñado, no solamente para sí, sino para otros, 288 & seq.
Hacen que sepa uno tener compasion de su hermano, cuando se ve tentado, 288 & seq.
Por esto los Santos y siervos de Dios, no solo no se entristecian con las tentaciones, antes se holgaban, 286 & seq.
Por que muchas veces no quiere

Dios dar luego el consuelo y remedio, 364.
Remedio grande contra las tentaciones, es mostrar ánimo y alegria en ellas, 290, 291.
Para tener este ánimo, nos ayudará considerar cuan poco puede el demonio, pues no nos puede hacer caer en pecado, si nosotros no queremos, 292 & seq.
Considerar que el demonio no puede tentarnos un punto mas de lo que Dios le diere licencia, y estamos ciertos que no se la dará para mas de lo que pudieremos llevar. Y si creciere la tentacion, crecerá el favor de Dios, 297 & seq.
Considerar que nos está mirando Dios como peleamos, y no solo como Juez para premiarnos, sino como Padre y valedor para ayudarnos, 294 & seq.
Como podemos hacer burla del demonio, 293, 294, 320, 321.
Dos razones que nos animarán á pelear con grande ánimo y confianza, 296 & seq.
Es muy principal medio para vencer las tentaciones, desconfiar de sí, y poner toda su confianza en Dios, 300.
Reconocer la parte mas flaca de nuestra ánima, y poner allí mayor cuidado, 304 & seq.
Acudir á lo contrario de la tentacion, 305.
Nunca estar ocioso, 306.
Resistir á los principios, 305 & seq.
Considerar que cuando uno se deja llevar de la tentacion, va ella creciendo, y si la resiste, descreciendo, 283.
Acudir á la oracion. Y pónense algunas oraciones jaculatorias acomodadas para el tiempo de las tentaciones, 320 & seq.
Descubrir las tentaciones al médico espiritual, y no á otros, 317 & seq.
Cuanto conviene guardarnos de las tentaciones que vienen con apariencia de bien, 307 & seq.
Conocer la tentacion, y tenerla por tal, es gran medio para vencerla, 308, 309.
Como habemos de resistir á las tentaciones de pensamientos malos y feos, 310 & seq.
La tentacion deshonesta se ha de resistir huyendo, 315, 316.
Contra esta tentacion, y generalmente contra todas, es muy buen remedio procurar divertir el entendimiento á alguna consideracion buena, 314 & seq.
Y especialmente acogernos á la Pasion de Cristo, 363, 364.
No basta en las tentaciones encomendarnos á las oraciones de nuestros Padres espirituales, sino nos ayudamos de los medios dichos, 319, 320.
Cual es el mejor modo de resistir á las tentaciones, 320, 321.
Importa mucho en tiempo de tentacion no dejar los ejercicios espirituales, ni disminuirlos, antes añadir, 318.
El tiempo de tentacion no es á propósito para hacer mudanza,

ni tomar nueva resolucion, 318, 319.

*Tristeza.*

Debese huír por los daños grandes que trae consigo, quita el gusto de la oracion, pone fastidio en los ejercicios espirituales y obras de virtud: hace al hombre desabrido y áspero con sus hermanos, hacele sospechoso, malicioso é inútil para todo lo bueno, mueve á ira, enojo, impaciencia, turba el juicio, es causa de muchas tentaciones y caídas, 335 & seq.

El cuidado que se debe poner en desechar los pensamientos tristes y melancólicos, 344.

De donde nace la tristeza, 343 & seq.

La causa de la tristeza del Religioso muchas veces suele ser no estar indiferente para todo lo que le pueden mandar: la falta de humildad, 194, 345 & seq.

Una de las principales causas de la tristeza suele ser no andar uno como debe. Y la alegria grande que causa la buena conciencia, 354 & seq.

Acudir á la oracion, es gran medio para desechar la tristeza, 346 & seq.

El siervo de Dios para su honesta recreacion, y alivio de sus trabajos y tristezas, no ha de tomar por medio leer ó platicar cosas vanas, sino tratar cosas de Dios, 115 & seq.

Alguna tristeza hay buena y espiritual, la cual nace de cuatro cosas, 358 & seq.

La tristeza espiritual es en cierta manera alegre, y trae consigo gran consuelo, ibid.

*Virtud.*

La virtud causa alegria en el corazon, 354 & seq.

Como se ha de ir uno ejercitando en los actos de la virtud para alcanzar la perfeccion de ella, 210 & seq.

Cuanto debe uno temer el retraer á otros de la virtud y de lo bueno, 51, 52, 95, 96.

*Vease verbo perfeccion.*

# PARTE SEGUNDA.

## TRATADO PRIMERO,

## DE LA MORTIFICACION.

### CAPÍTULO PRIMERO.

*Que es menester juntar la mortificacion con la oracion, y que estas dos cosas se han de ayudar la una á la otra.*

*Bona est oratio cum jejunio*: Tob. 12, v. 8: Bueno es juntar la oracion con el ayuno, dijo el Angel Rafael á Tobias, cuando se le descubrió. Por nombre de ayuno entienden comunmente los Santos todo género de penitencias y mortificacion de la carne. Estas dos cosas, mortificacion y oracion, son dos medios de los mas principales que tenemos para nuestro aprovechamiento, los cuales conviene que anden juntos y acompañados el uno con el otro. El bienaventurado S. Bernardo (a) sobre aquellas palabras de los Cantares: *Quæ est ista, quæ ascendit per desertum sicut virgula fumi ex aromatibus mirrhæ, et thuris?* ¿Quién es esta que sube por el desierto, como un pevete, compuesto de diversas especies aromáticas, de mirra é incienso, que va echando grande olor de sí? Dice, que estas dos cosas, la mirra y el incienso, por las cuales son significadas la mortificacion y la oracion, nos han de acompañar siempre, y nos han de hacer subir á lo alto de la perfeccion, y dar buen olor de nosotros á Dios, y que la una sin la otra poco ó nada aprovecha; porque si uno trata de mortificar la carne, y no trata de oracion, será soberbio, y á ese se le podrá muy bien decir aquello del Profeta: Psal. 49, v. 13: *Numquid manducabo carnes taurorum, aut sanguinem hircorum potabo?* No agradan á Dios esos sacrificios de carne y sangre á solas. Y si uno se diere á la oracion, y se olvidare de la mortificacion, oirá lo que dice Jesucristo en el Evangelio: *Quid autem vocatis me, Domine, Domine, et non facitis quæ dico?*



(a) *Bern. serm.* 59 *ex parvis. Cant.* 3, *v.* 6.

Luc. 6, v. 46. Y aquello del Sabio: *Qui declinat aures suas, ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis.* Prov.c. 28,v.9. ¿Para qué me llamais con la oracion, Señor, Señor, y no haceis lo que os digo? No agradará á Dios vuestra oracion, si no poneis por obra su voluntad. S. Agustin (b) dice, que así como en el templo que edificó Salomon, hizo dos altares, uno allá fuera donde se mataban los animales que se habian de sacrificar, otro dentro el Sancta Sanctorum, donde se ofrecia incienso, compuesto de diversas especies aromáticas; así tambien ha de haber en nosotros dos altares, uno allá dentro en el corazon, donde se ofrezca el incienso de la oracion, conforme aquello de S. Mateo: *Tu autem cum oraveris, intra in cubiculum tuum, & clauso ostio ora Patrem tuum in abscondito*: Matth. c. 6, v. 6; otro acá fuera en el cuerpo, que ha de ser mortificacion, de manera que siempre han de andar juntas y hermanadas estas dos cosas, y la una ha de ayudar á la otra, porque la mortificacion es disposicion necesaria para la oracion, y la oracion es medio para alcanzar la perfecta mortificacion.

Cuanto á lo primero, que la mortificacion sea disposicion y medio necesario para la oracion, todos los Santos y maestros de la vida espiritual lo enseñan, y dicen que así como en un pergamino no se puede escribir sino está muy bien raido y quitado de la carne, así si nuesta ánima no está desarraigada y apartada de las aficiones que nacen de la carne, no está dispuesta para qne el Señor escriba é imprima en ella su sabiduría y dones divinos: *Quem docebit scientiam? Et quem intelligere faciet auditum? Ablactatos á lacte, avulsos ab uberibus*: ¿A quién enseñará Dios su sabiduría, dice el profeta Isaías c. 28, v. 9, y á quién dará oidos y entendimiento para entender sus misterios? A los destetados de la leche, y á los apartados de los pechos: quiere decir, á los que por su amor se apartaren y desterraren de los regalos y placeres del mundo, y de los apetitos y deseos de la carne. Quiere Dios quietud y reposo para entrar en nuestro corazon, y que haya mucha paz y sosiego en nuestra alma: *Et factus est in pace locus ejus.* Psal. 75, v. 3. Esto entendieron aun los filósofos gentiles; porque todos confiesan que nuestra ánima se hace sabia cuando está quieta y sosegada, que es cuando las pasiones y apetitos sensuales estan mortificados y quietos; porque en este tiempo no hay pasiones vehementes, que con sus desordenados movimientos perturban la paz del ánimo, y cieguen los ojos de la razon, como lo hacen las pasiones cuando estan alteradas, que eso es propio de la pasion, cegar la razon, y disminuir la libertad de nuestro alvedrío, como se ve en un hombre airado, que la ira parece que le hace perder el juício y parece furioso y frenético.

(b) *August. serm. 255 de temp.*

Si le preguntais, ¿cómo dijisteis, ó hicisteis aquello? Responde: no estaba en mí. Pero cuando las pasiones estan mortificadas y sosegadas, el entendimiento queda claro para conocer lo bueno, y la voluntad libre para abrazarlo, y de esta manera viene el hombre á hacerse sabio y virtuoso. Pues esta paz y quietud quiere tambien Dios N. Sr. para reposar en el alma, é infundir en ella su sabiduría y dones divinos, y el medio para alcanzar esta paz es la mortificacion de nuestras pasiones y apetitos desordenados, y así la llama Isaias fruto y efecto de la justicia: *Et erit opus justitiæ pax.* Isai. c. 32, v. 17.

Declara esto muy bien S. Agustin, sobre aquello del Profeta: Ps. 84, v. 11: *Justitia, et pax osculatæ sunt*; dice: *Fac justitiam, et habebis pacem ut osculentur se justitia, et pax. Si non amaveris justitiam, pacem non habebis, quia duæ amicæ sunt justitia, et pax, ipsæ se osculantur: si amicam justitiam non amaveris, non te amabit ipsa pax, nec veniet ad te*: Tu quieres la paz, y no haces justicia: haz justicia, y hallarás la paz, porque estan unidas y abrazadas entre sí estas dos cosas, que no sabe andar la una sin la otra: y así, si no amares la justicia, no te amará á tí la paz, ni vendrá á tí. Con la guerra se alcanza la paz, y si no quereis tener guerra con vos, mortificandoos, contradiciéndoos, y venciéndoos, no alcanzaréis esa paz tan necesaria para la oracion, (c) *¿Quién mas te impide y enoja, dice aquel Santo, que la aficion de tu corazon no mortificada? *Esas pasiones, esos apetitos é inclinaciones malas que teneis, os desasosiegan, y no os dejan entrar en la oracion, eso es lo que os inquieta en ella, y lo que hace tanto ruído y estruendo en vuestra ánima, que os despierta de ese dulce sueño, ó por mejor decir, no os deja entrar ni reposar en él. Cuando uno ha cenado demasiado, no puede dormir ni sosegar de noche, porque aquellas crudezas del estómago, y aquellos vapores gruesos que se levantan, le inquietan de tal manera, que le hácen estar toda la noche dando buelcos de una parte á otra sin poder sosegar. Eso mismo acontece en la oracion, tenemos muy pesado y cargado el corazon; porque el amor propio desordenado, la aficion de cumplir nuestros apetitos, el deseo de ser tenidos y estimados, la gana grande que tenemos de que se cumpla nuestra voluntad, embarazan tanto el corazon, y levantan tantos vapores, y producen tantas y tales figuras y representaciones, que no nos dejan recoger ni tener el corazon fijo en Dios. De esta manera declaran aquello que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: *Attendite autem vobis, ne fortè graventur corda vestra in crapula, et ebrietate, et curis hujus vitæ.* Luc. 21, v. 34. Que se entienda, no solamente de la embriaguez del vino, sino de las demas cosas del mundo, conforme á aque-

(c) *Thom. de Kemp. l. 1 de contemptu mundi, c. 3.*

llo del profeta Isaias c. 51, v. 21: *Audi hoc paupercula, et ebria non á vino*: Oye embriagada, y no de vino. Del corazon inmortificado sale una niebla oscura, que impide y quita la presencia del Señor en nuestra alma; y eso es lo que dice el Apóstol S. Pablo: *Animalis autem homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei*: 1 ad Cor. 2, v. 14: El hombre animal no percibe ni entiende las cosas del espíritu de Dios; porque son muy delicadas, y él está muy material y muy grosero, y ha menester desbastarse y adelgazarse con la mortificacion.

De aquí se entenderá la solucion de una duda principal, qué es la causa, que siendo la oracion por una parte tan suave y gustosa, porque orar es conservar y tratar con Dios, cuya conversacion y trato no trae consigo amargura ni enfado alguno, sino grande gozo, y alegría: *Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tedium convictus illius, sed lætitiam, et gaudium*; Sap. 8, v. 29; y siendonos por otra parte tan provechosa y necesaria, con todo eso se nos hace tan dificultosa, y vamos con tanta pesadumbre á ella, y hay tan pocos dados á la oracion, dice S. Buenaventura: (d) *Quasi ligati catuli ad stipitem, renitenti animo cogitur esse in divinis*: Hay algunos que estan en la oracion y ejercicios espirituales como por fuerza, como los cachorros que estan atados á la estaca. La causa de esto es la que vamos diciendo. La oracion de suyo no es dificultosa; pero eslo y mucho la mortificacion, que es la disposicion necesaria para ella: y porque no tenemos esta disposicion, por eso se nos hace tan pesada y dificultosa la oracion; como vemos acá en lo natural, que la dificultad no está en introducir la forma, sino en disponer el sujeto para ella. Sino, miradlo en un leño verde, la obra que pone el fuego para quitarle aquel verdor, la humareda que se levanta, qué de tiempo es menester para disponerle; pero dispuesto, en un instante se entra el fuego como en su casa sin ninguna dificultad. Así es en nuestro propósito, la dificultad está en quitar el verdor de nuestras pasiones, en mortificar nuestros apetitos desordenados, en desarraigarnos y desaficionarnos de las cosas de la tierra; que esto hecho, con grande facilidad y ligereza se irá el ánimo á Dios, y gustará de tratar y conversar con él. Cada uno gusta de conversar y tratar con sus semejantes, y así el hombre mortificado, como ya se ha espiritualizado y hecho semejante á Dios con la mortificacion, gusta de conversar y tratar con Dios, y Dios tambien gusta de conversar y tratar con él: *Delitiæ meæ esse cum filiis hominum.* Prov. 8, v. 31. Pero cuando uno está lleno de pasiones y apetitos desordenados; y que tira de la honrilla la aficioncilla, el gusto, el entretenimiento y el regalo, ese tal siente mucha dificultad en tratar y con-

(d) *Bonav. l. 1 de profect. Religiosorum, c. 16.*

versar con Dios, porque le es muy desemejante en la condicion, y gusta de tratar con sus semejantes de cosas terrenas y bajas: *Facti sunt abominabiles, sicut ea quæ dilexerunt*: Oseæ 9, v. 10.

Decia uno de aquellos santos Padres: asi como cuando está turbia el agua, es imposible que uno vea su rostro en ella ni otra cosa alguna: asi si no está el corazon purgado y purificado de las aficiones de la tierra, que le turban é inquietan, y sosegado de vanos y impertinentes cuidados, no podrá ver en la oracion el rostro de Dios, ni el Señor le descubrirá: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*: Matth. 5, v. 8. Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. La oracion es una vista espiritual de los misterios y obras divinas, y asi como para ver bien con los ojos del cuerpo, es menester tenerlos limpios y claros; asi para ver bien las obras de Dios con los ojos del alma, es menester tener limpio el corazon. Dice S. Agustin sobre estas palabras, (e) *Deum videre vis? Priùs ergo cogita de corde mundando, et quidquid ibi vides, quod Deo displicet, tolle.* Si quereis ver y contemplar á Dios, tratad primero de limpiar el corazon, y quitar del todo lo que le desagrada. El Abad Isaac, como refiere Casiano, (f) declaraba esto con una comparacion: decia, que era en esto nuestra ánima como una pluma muy liviana, la cual si no está mojada, ni pegada con otra cosa, sino pura y limpia de toda viscosidad, con cualquier aire, por pequeño que sea, luego se levanta de la tierra y sube á lo alto, y anda volando y reboleando por el aire; pero si está mojada, ó tiene pegada alguna viscosidad, aquel peso no la deja levantar ni subir á lo alto, sino antes la tiene soterrada y hundida en el cieno: asi nuestra ánima, si está pura y límpia, luego se levanta y sube á Dios con la marea suave y ligera de la consideracion y meditacion; pero si está pegada y aficionada á las cosas de la tierra, y cargada con pasiones y apetitos desordenados, esos la agravan y tienen tan oprimida, que no la dejan levantar á las cosas del cielo, ni tener bien oracion. Decia el santo Abad Nilo, (g) si á Moisés se le prohibió llegar á la zarza, hasta que se descalzase los zapatos, ¿como quereis vos llegar á ver á Dios, y á tratar y conversar con él, lleno de pasiones y aficiones de cosas muertas?

En el cuarto libro de los Reyes tenemos un ejemplo, que declara bien esta paz y sosiego que habemos de tener de nuestros afectos y pasiones, para entrar en la oracion y tratar con Dios. Cuenta la sagrada Escritura, (h) que yendo el rey de Israél Jorán, y Josafat rey de

1*

(e) *August. serm. 2 de Ascens. Domini, qui est 176 de tempore.* (f) *Casian. collat. 9, cap. 4. Abbas Isaac.* (g) *Nil. Abb. et martyr. de orat. cap. 3 in Bibliot. sanct. Pat. tom. 3.* (h) *4 Reg. cap. 3, v. 13, et 15.*

Judá, y el rey de Edon, á pelear contra el rey de Moab, caminando por el desierto, les faltó el agua, y perecia de sed todo el ejército. Fueron á consultar al profeta Eliseo, y dicele el rey de Israél que era malo é idolatra: ¿Qué es esto? ¿Cómo nos ha juntado aqui Dios á tres Reyes, para entregarnos á los moabitas? Respondió Eliseo: *Quid mihi, et tibi est? Vade ad Prophætas patris tui et matris tuæ: vivit Dominus exercituum, in cujus conspectu sto, quod si non vultum Josaphat Regis Judæ erubescerem, non attendissem quidem te, nec respexissem; nunc autem adducite mihi psaltem.* Le reprendió con un zelo y corage santo, dándole en rostro con sus pecados é idolatrias: pero al fin por respeto del rey Josafat, que era bueno y santo, quisoles declarar las mercedes que el Señor les habia de hacer en aquella jornada, dandoles luego abundancia de agua, y despues victoria de sus enemigos. Empero porque con aquel corage y zelo, aunque santo, se habia desasosegado y turbado algo, para quietarse y sosegarse, y asi recibir la respuesta de Dios, manda que le traigan un músico, y venido, quieto y sosegado con la música, comienza á decir las maravillas que el Señor habia de obrar con ella. Pues si de una turbacion buena y santa, fue menester que el que era santo se quietase y sosegase para tratar con Dios, y recibir su respuesta; ¿qué será de la turbacion y desasosiego, que no es santo ni bueno, sino imperfecto y malo?

Cuanto á lo segundo, que la oracion sea medio para alcanzar la mortificacion, dijimoslo largamente, tratando de la oracion, (i) y ese es el fruto que habemos de sacar de ella, y la oracion que no tiene por hermana y compañera á la mortificacion, la tienen los Santos por sospechosa: y con razon, porque asi como para labrar el hierro no basta ablandarle con el calor de la fragua, sino acudimos con el golpe del martillo, para darle la figura que queremos; asi no basta ablandar nuestro corazon con el calor de la oracion y devocion, sino acudimos con el martillo de la mortificacion, para labrar nuestra anima, y quitarle los siniestros que tiene, y figurar en ella las virtudes que ha menester; y para eso ha de ser la dulzura de la oracion, y la suavidad del amor de Dios, para facilitar el trabajo y dificultad que hay en la mortificacion, y animarnos y esforzarnos con eso á negar nuestra voluntad, y vencer nuestra mala condicion. Y no habemos de parar en la oracion, hasta alcanzar con la gracia del Señor esta perfecta mortificacion de nuestras pasiones, de que tanta necesidad tenemos, y que los Santos, y toda la Escritura divina tanto nos encomiendan.

S. Agust. c. 21, v. 8, sobre aquello del Genes. *crevit igitur puer, et ablactatus est: fecitque Abraham grande convivium in die ablactationis*

(i) 1 *part. tr.* 5.

ejus: Creció el niño Isaac, y destetaronle, é hizo Abrahan un grande convite en el dia que le destetaron; pregunta, ¿qué causa es la que cuenta la sagrada Escritura, que nació el niño Isaac, aquel hijo tan prometido y deseado, en el cual habian de ser benditas todas las gentes, y no se hace fiesta en su nacimiento, y dice que le circumcidan al octavo dia, que era como acá el dia del bautismo solemne, y tampoco se hace fiesta, y despues cuando le destetan, cuando ponen acibar á los pechos de la madre, y el niño llora, porque le quitan la leche, entonces dice que hizo fiesta su padre, y un banquete muy grande? ¿Qué quiere decir esto? Dice el Santo, que es menester que lo refiramos á algun sentido espiritual, para poder dar la solucion: y que lo que nos quiere dar á entender en esto el Espíritu Santo, es, que entonces ha de ser la fiesta y regocijo espiritual, cuando uno va creciendo, y haciéndose varon perfecto, y ya no es de aquellos que dice el Apostol: *Tamquam parvulis in Christo lac vobis potum dedi, non escam*: 1 ad Cor. c. 3, v. 1. Como á niños os he dado leche, y no manjar sólido. Y aplicándolo mas á nosotros, lo que nos quiere decir, es, que no es el gozo y regocijo de la Religion, ni de los superiores, que son nuestros padres espirituales, cuando naceis en la Religion entrando en ella, ni cuando al cabo del noviciado os reciben en ella, sino cuando ven que os vais destetando y dejando de ser niño, y que ya no gustais de los manjares y entretenimientos de los niños, sino que sabeis comer pan con corteza, y os pueden tratar como á hombre espiritual y mortificado.

Fuera de esto tiene la oracion otra trabazon y hermandad particular con la mortificacion, que no solamente es medio para alcanzarla, sino ella misma en sí es grande mortificacion de la carne. Asi lo dice el Espíritu Santo por el Sabio: *Vigilia honestatis tabefaciet carnes*: Eccl. 31, v. 1: y en otra parte: *Frequens meditatio, carnis afflictio est*: Eccl. 12, v. 12. Las vigilias, y la frecuente meditacion y consideracion maceran y mortiguan la carne. Y esto nos da tambien á entender la Escritura divina (k) en aquella lucha que tuvo el patriarca Jacob con el Angel toda la noche, de la cual dice que quedó cojo. Y por esperiencia vemos, que los que se dan mucho á estos ejercicios mentales, andan flacos, descoloridos y enfermos; porque son una lima sorda que debilita y amortigua la carne, y gasta las fuerzas y salud; y asi por todas partes ayuda mucho la oracion para la mortificacion.

## CAPÍTULO II.

### *En que consiste la mortificacion, y de la necesidad que de ella tenemos.*

Para que llevemos esto de raiz, es menester presuponer lo primero,

(k) *Genes.* 32, *v.* 16.

que en nuestra ánima hay dos partes principales, que los teólogos llaman porcion superior, y porcion inferior: por otros términos mas claros, razon, y apetito sensitivo: y antes del pecado, en aquel dichoso estado de la inocencia y justicia original, en que Dios crió al hombre, esta porcion inferior estaba perfectamente sujeta á la superior, el apetito á la razon, como cosa menos noble á la mas noble, y como natural siervo á su señor. *Fecit Deus hominem rectum.* Eccl. 7, v. 3. No crió Dios al hombre desordenado, como ahora estamos: entonces sin ninguna dificultad ni contradiccion, antes con mucha facilidad y suavidad obedecia el apetito á la razon, y se iba el hombre á amar á su criador, y emplear todo en su servicio, sin haber cosa que le impidiese ni estorbase. Estaba entonces tan sujeto y rendido el apetito sensitivo á la razon, que no se podia levantar movimiento ni tentacion alguna de la carne, sino es que el mismo hombre libremente lo quisiese. No fueramos entonces tentados de ira ni de envidia, ni de gula, ni de lujuria, ni de otro mal deseo, sino es que nosotros por nuestra voluntad le quisieramos tener. Empero por el pecado, como la razon se rebeló contra Dios, se rebeló tambien el apetito sensitivo contra la razon: *Non enim quod volo bonum, hoc facio; sed quod nolo malum, hoc ago*, ad Rom. 7, v. 19, decia el Apostol S. Pablo. Contra toda nuestra voluntad, aunque os pese, se levantarán en nuestro apetito sensitivo, movimientos y aficiones contrarias. Y mas, si el hombre no pecara, el cuerpo estuviera dispuesto para cualquier obra que el alma quisiera ejercitar, que no sintiera en él ningun impedimento; pero ahora, *corpus, quod corrumpitur, aggravat animam*, Sap. 9, v. 15, para muchas cosas, para que el alma se siente hábil y deseosa, le es estorbo el cuerpo: á la manera que cuando caminamos en una bestia de mal paso, y nos lleva molidos, tropieza á menudo, cansase, y á veces no la podemos menear, espantase de la sombra, echase al mejor tiempo: tal es ahora este nuestro cuerpo. Ese fue el castigo, y justo juicio de Dios, dice S. Agustin: (a) *Hæc est enim pœna inobedienti homini reddita in semetipso, ut ei vicissim non obediatur neque á semetipso*: Esta es la pena y la justicia que mandó hacer la Magestad de Dios nuestro Señor contra el hombre desobediente, que pues él no quiso obedecer á su criador y Señor, que tampoco le obedezca á él su carne y apetito, sino que sienta en sí una continua guerra y rebelion.

Dicen los teólogos con Beda, que el hombre por el pecado, *fuit spoliatus gratuitis, et vulneratus in naturalibus*, no solo quedó despojado de la justicia original, y de la gracia y de otros dones sobrenaturales que habia recibido, sino que quedó llagado y estragado en

(a) *August. lib. 1 contra adver. legis, et prophetar. cap. 14.*

lo natural; porque el entendimiento quedó oscurecido para entender las cosas de Dios, el libre alvedrío enfermo, la voluntad para lo bueno flaca, el apetito para lo malo fuerte y desenfrenado, la memoria derramada, la imaginacion tan inquieta y desasosegada, que apenas podemos rezar un Pater noster con el pensamiento fijo en Dios, sin que luego, casi sin sentirlo, nos hurte el cuerpo, ó se salga de casa, y corra por todos estos mundos sin parar: los sentidos curiosos, la carne sucia y mal inclinada. Finalmente quedó nuestra naturaleza tan llagada y estragada por el pecado, que ya no camina como antes caminaba, ni puede lo que antes podia, sino que el que antes del pecado amaba á Dios mas que á sí, despues del pecado ama á sí, mas que á Dios, y anda siempre aficionado y enamorado de sí mismo, y deseoso de hacer su propia voluntad, inclinado á cumplir sus apetitos, y dejarse llevar de sus pasiones y deseos, aunque sea contra la razon, y contra Dios.

Mas habemos de notar, (b) que aunque por el Bautismo se nos quita el pecado original, que fué causa de este desconcierto; empero no se nos quita esta esencion y rebeldia de nuestro apetito contra la razon, y contra Dios, que llaman los teólogos y los Santos, *fomes peccati*. Quiso Dios nuestro Señor por su justo y alto juicio y disposicion, que nos quedase esta rebeldia y contradiccion, para reprimir nuestra soberbia, y en pena de ella, para que anduviesemos siempre humillados, viendo nuestra miseria y bajeza: *Homo cum in honore esset, non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* Psal. 48, v. 21. Crió Dios al hombre en grande honra y dignidad, adornándole y hermoseandole con muchos dones y gracias sobrenaturales, y él no lo supo conocer ni agradecer; y asi mereció que Dios le despojase y privase de todo eso, y quedase hecho semejante á las bestias, sintiendo en sí deseos y apetitos bestiales, para que asi se conozca y humille, y no tenga ya ocasion de ensoberbecerse, que no tenemos ninguna, si nos supiesemos conocer, sino muy muchas para andar siempre confundidos y humillados.

Lo segundo, habemos de suponer otro fundamento principal en esta materia, que se sigue de lo dicho, que este nuestro apetito asi desconcertado y desordenado, esta nuestra carne y sensualidad, con este *fomes peccati*, que habemos dicho es el mayor impedimento y estorbo que tenemos para caminar en el camino de la virtud. Esto es lo que decimos comunmente, que la carne es el mayor enemigo que tenemos, porque de aí nacen todas nuestras tentaciones y caidas, como dice el Apóstol Santiago en su Canónica: *Unde bella, et lites in vobis? Nonne ex concupiscentiis vestris, quæ*

(b) *Bonav. lib. 8 de profect. religiosor. cap. 33.*

*militant in membris vestris?* Jacob. c. 4, v. 1. Esa nuestra sensualidad y concupiscencia, ese amor propio desordenado que nos tenemos á nosotros mismos, es causa de todas nuestras guerras, de todos nuestros pecados, y de todas cuantas faltas é imperfecciones hacemos; y asi esta es la mayor dificultad que hay en el camino de la virtud; esto los mismos filósofos con la luz y razon natural lo conocieron. Aristoteles dijo, (c) que toda la dificultad de ser un hombre bueno y virtuoso, está en refrenar y moderar los deleites y las tristezas. Epicteto reducia toda la suma de la filosofía á estas dos breves palabras: *Sustine, et abstine*: Sufre, y abstente; porque toda la dificultad de la virtud está en dos cosas, en acometer y sufrir el trabajo, y abstenernos del deleite y gusto. Y bien lo esperimentamos todos; porque ningun hombre peca, sino, ó por huir alguna dificultad y trabajo, ó por conseguir algun gusto y deleite, ó no abstenerse de él. El uno peca por el amor y codicia de la hacienda: el otro por la codicia y ambicion de la honra. Este por conseguir el deleyte carnal y sensual, aquel por huir la dificultad y trabajo que siente en el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de su Iglesia, porque tiene mucha dificultad en amar á su enemigo, ó en ayunar y confesar sus pecados vergonzosos y ocultos. Todos los pecados nacen de aqui, y no solo los pecados, sino todas cuantas faltas é imperfecciones hacemos en el camino de la virtud, como dirémos despues.

Con esto se entenderá bien en que consiste la mortificacion, que es en concertar y moderar nuestras pasiones y malas inclinaciones, y el amor propio desordenado. Dice S. Gerónimo sobre aquellas palabras de Cristo N. Redentor: (d) *Qui vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me*: Aquel se niega á si mesmo, y lleva su cruz, que antes no era honesto, y se hace casto y honesto: antes no era templado, y se hace muy abstinente: antes era timido y flaco, y se hace fuerte y constante. Eso es negarse asi mismo, hacerse otro del que antes era; y esa es tambien la necesidad que de la mortificacion tenemos. Y añade S. Basilio: (e) advertid, que primero dijo: Nieguese á sí mismo; y luego dice: Y sigame; porque si no haceis primero eso de negar y quebrantar vuestra propia voluntad, y mortificar vuestras malas inclinaciones y apetitos, hallaréis muchas ocasiones y estorbos, que os impedirán el seguir á Cristo. Es menester allanar primero el camino con la mortificacion; por eso pone él la mortificacion por fundamento, no solo de la perfeccion, sino de la vida cristiana. Esta es la cruz que habemos de llevar siempre á cues-

(c) *Aristotel. lib. 7 Æthic. cap. 7.* (d) *Hieronim. Epistol. ad Algacian. Matth. 16, v. 14. Luc. 9, v. 23.* (e) *Basil. 2 ad Cor. c. 4, v. 10.*

tas, si queremos seguir á Cristo: 2 ad Cor. 4. *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes.* Esto es tambien lo que dijo Job, que la vida del hombre es una contínua guerra: *Militia est vita hominis super terram*: porque como dice el Apostol S. Pablo: *Caro concupiscit adversus spiritum, spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur, ut non quæcumque vultis, illa faciatis*: Ad Galat. c. 5, v. 17. La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, porque son dos contrarios enemigos. Esta es la guerra contínua que traemos con nosotros; y el que venciere y sujetare mejor su carne y apetitos, ese será mejor y mas fuerte y valeroso soldado de Cristo. Y asi dicen los gloriosos padres y doctores de la Iglesia, Gregorio y Ambrosio, (f) que esta es la verdadera fortaleza de los siervos de Dios la cual no consiste en las fuerzas y brazos del cuerpo, sino en la virtud del ánimo, en vencer su carne, en contradecir sus apetitos y deseos, en menospreciar los deleites y contentos de esta vida, y en llevar bien los trabajos y adversidades que se ofrecen. Y añaden, que mas es regirse uno á sí, y ser señor de sí, y de sus pasiones y sentidos, que regir y sujetar á otros, conforme á aquello del Sabio, *Prov.* c. 16, v. 32: *Melior est patiens viro forti, et qui dominatur animo suo, expugnatore urbium.* Y da la razon S. Ambrosio; (g) porque, *Graviores inimici sunt pravi mores, quam hostes infesti*: Mayores enemigos son nuestras malas inclinaciones y pasiones, que los enemigos esteriores. Y tratando de lo mucho que vino á valer José, dice, (h) que mas fue, y mas hizo en regirse y ser señor de sí, no consintiendo con su ama en el adulterio, que en regir y gobernar despues todo el reino de Egipto. Y S. Crisóstomo (i) dice, que mas hizo David venciéndose y mortificándose, en no querer vengarse de Saúl, cuando le pudiera matar en la cueva, que cuando venció al gigante Goliat; y los despojos de esta victoria, dice, no los puso en la ciudad de Jerusalén la del suelo, sino en aquella soberana Jerusalén del cielo: y no le salen aqui al encuentro cantando alabanzas las mugeres de Israél, como cuando venció á Goliat, sino el ejército de los Angeles se regocijaba de lo alto, y se maravillaba de su virtud y fortaleza.

## CAPITULO III.

*Que es de los mayores castigos de Dios el entregar á uno á sus apetitos y deseos, dejándole que vaya tras ellos.*

Para que se entienda mejor la necesidad que tenemos de mor-

(f) *Greg. l. 7 mor. c. 8. Ambr. l. 5 de offic. c. 39.* (g) *Ambr. ser. 87 de Eliseo.* (h) *Ambros. l. de Patriar. Joseph. c. 5: Gen. 39, v. 7, et seq.* (i) *Chris. hom de David. et Saùl, tom. 1. 1 Reg. 24, v. 7. 1 Reg. 18. v. 6.*

tificar nuestra carne y apetitos, y asi nos animemos á tomar las armas contra este enemigo, importa mucho que conozcamos bien, cuan gran contrario y enemigo es este. Eslo tanto, que dicen los Santos, que uno de los mayores castigos de Dios, y donde él muestra mas su ira, es entregar al pecador en manos de este enemigo, entregándole á sus apetitos y deseos, como en manos de crueles sayones: y traen para esto muchos lugares de la sagrada Escritura, como aquello del Profeta: Psal. 80, v. 12, et 13: *Et non audivit populus meus vocem meam, et Israel non intendit mihi. Et dimisi eos secundùm desideria cordis eorum, ibunt in adinventionibus suis*: No me quiso obedecer mi pueblo, ni oir mis consejos; dejéles que se fuesen tras sus apetitos y deseos, y siguiesen sus invenciones y antojos. Y el Apóstol S. Pablo dice, que este es el castigo que envió Dios á aquellos soberbios filósofos gentiles por su altivez y soberbia: *Quia cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt, aut gratias egerunt, sed evanuerunt in cogitationibus suis: propter quod tradidit illos Deus in desideria cordis eorum: in immunditiam, ut contumeliis afficiant corpora sua in semetipsis*: ad Rom. 1, v. 21, et 24. El castigo con que Dios los castigó, fue, que los entregó á sus apetitos y deseos, como en manos de crueles verdugos. Nota S. Ambrosio, que por este entregar de Dios, que aquí y en otros muchos lugares de la sagrada Escritura leemos, no se ha de entender que Dios incite á mal á nadie, ni le haga caer en pecado, sino es permitir que esos apetitos y deseos malos que habian concebido allá dentro en su corazon, vengan á salir á la luz, y ayudados é instigados del demonio, los vengan á poner por obra.

Veráse bien cuan grande castigo sea este, por lo que se sigue de aí. Va ponderando el glorioso y bienaventurado Apóstol S. Pablo, como les fue con este castigo á aquellos soberbios filósofos, y como les trató este cruel enemigo, á quien Dios los entregó. No se puede decir ni encarecer con palabras, á que estremo de males los llevó: llevólos por todo género de pecados, y no paró hasta dar con ellos en pecados sucios, feos, abominables y nefandos: *Tradidit illos Deus in passiones ignominiæ*: Ad Rom. 1, 26. ¡Ay de vos, cual os parará ese vuestro enemigo, esa bestia fiera, indomita, si os dejais caer en sus manos! Dice S. Ambrosio: (a) *Qui dominari nescit cupiditatibus, is quasi equus raptatur indomitus, volvitur, obteritur, laniatur, affligitur.* ¿Quereis, que os diga de que manera os tratará, y cual os parará? Como un caballo desbocado y furioso, que lleva al que va encima de lodazal en lodazal, y de barranco en barranco, hasta dar con él en un despeñadero; de esa manera os tratará ese vuestro apetito, si no le sabeis domar y mortificar, y ser señor de él: lle-

(a) *Ambros. lib. 3 de Virginibus.*

varáos de pecado en pecado, de vicio en vicio, y no parará hasta despeñaros en pecados gravísimos, y dar con vos en el profundo del infierno. Y así dice el Eclesiástico c. 18, v. 30: *Post concupiscentias tuas non eas, et à voluntate tua avertere*: Mira no te dejes llevar de tus malas inclinaciones y apetitos; guardate de tu propia voluntad; porque: *Si præstes animæ tuæ concupiscentias ejus, faciet te in gaudium inimicis tuis*: Si te dejas llevar de tus malas inclinaciones y apetitos, harás que tus enemigos vean mal gozo de tí; y serás para ellos materia de risa y escarnio. No hay mayor fiesta para nuestros enemigos los demonios, que vernos entregados á nuestros apetitos y antojos, porque ellos nos pararán tales, cuales todo el infierno junto no pudiera. Y así pide el Sabio, Ecclesiast. c. 23, v. 4, & 6, á Dios muy encarecidamente, que no le envie tal azote y castigo: *Domine Pater, et Deus vitæ meæ, aufer á me ventris concupiscentias, et concubitus concupiscentiæ, ne apprehendant me, et animæ irreverenti, et infrunitæ ne tradas me*: ¡O Señor Dios de mi vida, y de mi alma, no me entregueis á este apetito tan desvergonzado y tan desenfrenado, ni permitais que me lleve trás sí! Con razon dicen los Santos, que no hay mayor señal de la ira de Dios, que dejar al pecador andar á su placer y al sabor de su paladar, siguiendo sus apetitos y deseos. Cuando el médico deja al enfermo que coma y beba lo que quisiere, señal es de muerte, dejale por desauciado. Pues eso es lo que hace Dios con el pecador, cuando está muy airado con él, dejale que haga lo que quisiere ¿Y qué es lo que ha de querer el hombre tan enfermo, y tan mal inclinado, sino lo que hace daño y le causa la muerte? Por aquí se entenderá bien el infeliz y peligroso estado de los que tienen por felicidad y grandeza hacer en todo su voluntad.

## CAPITULO IV.

*Del odio santo de sí mismo, y el espíritu de mortificacion y penitencia que de él nacen.*

Si se considera bien lo que se ha dicho, bastará para engendrar en nosotros aquel odio y aborrecimiento santo de nosotros mismos, que Cristo nuestro Redentor nos encomienda tanto en el sagrado Evangelio, Luc. 14, v. 26, que sin él, dice, no podemos ser discípulos suyos; porque, ¿qué mas es menester para esto, que saber que este nuestro cuerpo es el mayor contrario y enemigo que tenemos? Enemigo mortal, el mayor traidor que nunca se vió, que anda buscando la muerte, y muerte eterna, á quien le da de comer, y todo lo que ha menester: que por haber él un poco de placer, no tiene en nada dar enojos á Dios, y echar el alma en el infierno para siempre jamas. Si dijesen á uno, sabed que uno de vuestra casa, y de los que comen y beben con vos, os arma una traicion para mataros,

¿qué temor tendria? Y le dijesen, pues sabed mas, que es tanto el odio y enemistad que tiene con vos, que tiene tragada la muerte, á trueque de mataros; ya sabe que luego le han de coger y matar á él; y con todo eso tiene arriesgada su vida por salir con la suya: ¡cómo estando comiendo, y echándose á dormir, y á todas horas, temeria y estaria con sobresalto, si habia de venir entonces, y darle una puñalada que le acabase; y si pudiese descubrir quien es, qué odio le cobraria, y qué venganza tomaria de él! Pues ese es nuestro cuerpo, que come y duerme con nosotros, y sabe muy bien que haciendo mal á nuestra ánima, le hace tambien á sí mismo; y que echando el ánima en el infierno, ha de ir él allá tras ella; y con todo eso á trueque de salir con su gusto, lo atropella todo, y no repara en nada. Mirad si tenemos razon de aborrecerle. ¿Cuántas veces os ha puesto en el infierno este vuestro enemigo? ¿Cuántas veces os ha hecho ofender á aquella infinita bondad? ¿De cuántos bienes espirituales os ha privado? ¿Cuántas veces pone vuestra salvacion en peligro cada hora? Pues ¿quién no se indignará, y tomará un corage santo con quien tantos males le ha hecho, y de tantos bienes le ha privado, y en tantos peligros le pone cada momento? Si aborrecemos al demonio, y le tenemos por capital enemigo, por la guerra y daño que nos hace: mayor enemigo es nuestra carne, porque ella nos hace mas cruel y mas continua guerra; y muy poco podrian los demonios, si no tuviesen de su parte esta carne y sensualidad, para hacernos guerra con ella.

Esto les hacia á los Santos tener este odio y aborrecimiento contra si mismos; y de aí nacia en ellos un espíritu grande de mortificacion y penitencia, para vengarse de este su enemigo, y tenerle sujeto y rendido, y andar siempre con temor de dar algun contento y regalo á su cuerpo, pareciéndoles que eso era andar y dar armas á su enemigo, y que cobrase brios y fuerzas para hacerles mal. Dice S. Agustin: (a) *Ne præbeamus vires illicitas corpori nostro, ne committat bellum adversus spiritum nostrum*: No ayudemos ni demos fuerzas á nuestra carne, porque no haga guerra al espíritu, sino procuremos castigarla y mortificarla, para que no se levante á mayores: porque como dice el Sabio: *Qui delicatè à pueritia nutrit servum suum, posteà sentiet eum contumacem*: Prov. 29, v. 21. El que delicadamente cria á su siervo desde su primera edad, despues le hallará rebelde y contumaz. Andaban aquellos santos monges antigüos con tan grande cuidado en este ejercicio, procurando de mortificar y disminuir las fuerzas á este enemigo, que cuando otros medios no bastaban, tomaban trabajos corporales, muy escesivos, para domar y quebrantar su cuerpo; como cuenta Paladio de un monge, que era muy fatiga-

(a) *August. l. seu exhortat. de salutar. monitis, c.* 35.

do de pensamientos de vanidad y soberbia, y no podia echarlos de sí; acordó de tomar una espuerta, y pasar á cuestas un gran monton de tierra de una parte á otra. Preguntábanle, ¿qué haceis? Respondia: *Vexo eum qui me vexat*: Atormento y fatigo á quien me fatiga y atormenta: vengome de mi enemigo. Lo mismo se dice (b) de S. Macario en su vida; y de S. Doroteo se cuenta, que hacia gran penitencia, y afligia mucho su cuerpo: y una vez viéndole otro tan trabajado, díjole: ¿Por qué atormentas tanto á tu cuerpo? Respondió: Porque me mata él á mí. S. Bernardo encendido en un odio y corage santo contra su cuerpo, como contra enemigo suyo capital, decia: *Exurgat Deus, cadat armatus iste, cadat, et conteratur inimicus homo, contemptor Dei, amator sui, amicus mundi, servus diaboli*: Levantese Dios en nuestra ayuda, y sea destruido este enemigo menospreciador de Dios, amador del mundo y de sí mismo, siervo y esclavo del demonio: *Quid tibi videtur? Certè si rectè sentis, mecum dices: Reus est mortis, crucifigatur, crucifigatur*: Por cierto, si teneis buen sentir, que digais conmigo: Bien merece la muerte, muera el traidor, pónganle en un palo, crucifíquenle.

Pues con estos brios y azeros habemos de andar nosotros, mortificando nuestra carne, y sujetándola, para que no se levante á mayores, y lleve tras sí el espíritu y la razon: especialmente que vencido este enemigo, quedará tambien el demonio vencido. Así como los demonios nos hacen guerra á nosotros, y nos procuran vencer, tomando por medio nuestra carne, así nosotros habemos de hacer guerra á los demonios, y vencerlos mortificándola y contradiciéndola. Nota esto muy bien S. Agustin sobre aquellas palabras del glorioso Apóstol S. Pablo: *Ego igitur sic curro, non quasi in incertum; sic pugno, non quasi aerem verberans, sed castigo corpus meum, et in servitutem redigo*: 1 ad Cor. 9, v. 26, & 27. No peleo yo contra el demonio, como quien da golpes en el aire, y pelea con los duendes, tirándoles cuchilladas, porque eso es dar en vacío, sino castigo y mortifico mi carne, y procuro tenerla sujeta y rendida; y dice el Santo: *Castiga corpus tuum, et diabolum vinces: hoc enim modo Paulus adversus illum docuit nos, esse pugnandum.* Pues castigad vos vuestra carne, mortificad vuestras pasiones y malas inclinaciones, y de esta manera vencereis los demonios, porque de esa manera nos enseña el Apóstol á pelear con ellos. Cuando un capitan que está en frontera de moros, va al rebato, al moro que tiene cautivo echale en la mazmorra, y dejale aherrojado, porque no se levante contra él, y ayude á sus enemigos. Pues eso es lo que habemos de hacer nosotros, sujetando y mortificando nuestra carne, porque no se haga del vando de nuestros enemigos.

(b) *Hist. Eccles. pag.* 2, *l.* 6, *c.* 2.

## CAPITULO V.

*Que nuestro aprovechamiento y perfeccion está en la mortificacion.*

De aquí vinieron á decir los Santos y maestros de la vida espiritual, que todo nuestro aprovechamiento y perfeccion está en la mortificacion. Dice S. Gerónimo: *Tantum proficies, quantum tibi ipsi vim intuleris*: Tanto aprovecharás, cuanta fuerza te hicieres: y sobre aquello de Job, c. 28, v. 13: *Nec invenitur in terra suaviter viventium*, dice que la perfecta sabiduria, y el verdadero temor de Dios, no se halla en la tierra de los que viven suavemente; esto es, conforme á su voluntad. Asi como la tierra de labor, cuando la dejan llevar lo que ella quiere que son cardos y espinas, dicen que huelga y descansa; y cuando la obligan á llevar trigo, ó otra cosa semejante, entonces dicen que trabaja; así en la tierra de nuestro corazon, cuando uno vive segun sus quereres y antojos, decimos que se huelga, y vive suave y gustosamente. Pues en esa tierra, dice el bienaventurado S. Gerónimo, no se halla la verdadera sabiduría, sino en la de los que trabajan, y se mortifican y niegan sus apetitos: esta es la regla y la medida con que miden los Santos la virtud y el aprovechamiento espiritual de cada uno. Si quereis ver cuanto habeis aprovechado en la virtud, mirad cuanto os habeis mortificado, que tan vencidas y domadas teneis vuestras pasiones y malas inclinaciones; como os va de humildad y de paciencia; si está muerta en vos la aficion de las cosas del mundo, y de la carne y sangre: y en eso se verá si habeis aprovechado, y no en si teneis muchas consolaciones y gustos en la oracion. Y así leemos de nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio, (a) que hacia mas caso de la mortificacion, que de la oracion, y por ella medía el aprovechamiento de cada uno. Y nuestro padre S. Francisco de Borja, cuando le alababan alguna persona, como santa y perfecta, decia: Serálo, si es mortificada. Ludovico Blosio (b) dice, que el siervo de Dios mortificado, es como un hermoso racimo de ubas que está ya maduro, sazonado, blando y suave al gusto; y el que no está mortificado, como un racimo de agraz, duro, amargo y desabrido; conforme á aquello de Isaías, c. 5, v. 4: *Expectavi ut faceret ubas, et fecit labruscas*. Esta diferencia hay de los hijos de Dios á los hijos de este siglo; que estos se rigen por sus apetitos sensuales, no tratan de mortificacion: *Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis*: Ad Galat. 5, v. 24; pero los que son de Cristo, tratan de mortificar y crucificar sus afectos y apetitos, y no se rigen por ellos, sino por espíritu y por razon.

(a) *L. 5, c. 10 de la vida de N. P. S. Ignacio.* (b) *L. 4, c. 5 de inst. spirit. c. 2.*

Es verdad que nuestra perfeccion esencialmente no consiste en la mortificacion, sino en la caridad y amor de Dios; y tanto será uno mas perfecto, cuanto mas unido estuviere con Dios por amor; pero asi como la piedra que está en lo alto, quitando los impedimentos que alli la detienen contra su natural inclinacion, luego ella por si corre al centro, que es su lugar natural: asi nuestra anima, que es sustancia espiritual, y criada para Dios, quitados los impedimentos y estorbos de los apetitos desordenados y malas inclinaciones, que la tienen presa é inclinada á las cosas de acá, luego ella ayudada con la divina gracia, se va á Dios como á su centro y fin, y se abraza con él por amor. Dice muy bien S. Agustin, lib. 13 confes. c. 9: *Ponderibus suis aguntur omnia, et loca sua petunt, levia sursum, et gravia deorsum*: Todas las cosas se mueven conforme al peso que tienen, las cosas livianas arriba como el aire y el fuego, las pesadas abajo como la tierra y el agua. *Pondus meum amor meus, eó feror*: Lo que es el peso en los elementos y cuerpos naturales, es el amor en las criaturas racionales; y asi como las cosas naturales se mueven conforme al peso que tienen, asi las criaturas racionales se mueven conforme al amor que en ellas predomina y reina, porque ese es su peso: si predomina en nosotros el amor de las cosas de acá, el apetito de honra y estimacion, y de hacer nuestra propia voluntad, y buscar nuestras comodidades, nuestros movimientos y deseos serán sensuales y de la tierra; pero si con la mortificacion nos desasimos del amor de todas esas cosas sensuales, predominará en nosotros el amor del Criador, y ese será nuestro peso, y luego se irá nuestro corazon á Dios con mas ligereza que la piedra al centro: *Fecisti nos Domine ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te.* (c) Por esto miden los Santos nuestro aprovechamiento y perfeccion con la medida de la mortificacion, porque el que estuviere muy mortificado, tendrá mucho amor de Dios, y mucha perfeccion.

Sobre aquello del Salmo 41: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus*, dice S. Agustin: (d) *Cervus serpentes necat, et post serpentium interreptionem majori siti inardescit, peremptis serpentibus ad fontes acrius currit*: El ciervo mata las serpientes, y despues que las ha muerto, tiene grande sed, corre con gran velocidad y ligereza á las fuentes de las aguas; y aplícalo muy bien á nuestro propósito. ¿Quereis saber qué es la causa porque no teneis mucha sed y deseo de la perfeccion, y mucho amor de Dios? La causa es porque no matais las serpientes como el ciervo: *Serpentes vitia tua sunt: consume serpentes iniquitatis, tunc amplius desiderabis fontem veritatis*: Las serpientes son nuestros vicios y



(c) *August. l.* 1 *confes. c.* 1. (d) *August. Psalm.* 41, *v.* 11.

pasiones desordenadas: mirad, y mortificad vos esas serpientes, y luego tendreis gran sed de la virtud y perfeccion: luego amará y deseará nuestra ánima á Dios, como el ciervo las fuentes de las aguas. De manera que al paso que anduviere la mortificacion, á ese paso andaria la perfeccion y amor de Dios. Y en otra parte dice: *Augmentum charitatis, diminutio cupiditatis: Perfectio, nulla cupiditas.* (e) Asi como el oro se va purificando y acendrando mas, mientras mas se va gastando y consumiendo la liga que tiene; asi la caridad y amor de Dios se va perficionando y aumentando mas, mientras mas se va disminuyendo y acabando el amor desordenado de nosotros mismos, y de todas las demas cosas de acá: y cuando ese estuviere consumido y acabado, la caridad y amor de Dios será del todo puro y perfecto.

Casiano, l. 5 de ren. c. 28 cuenta del Abad Juan, que estando ya para morir, le cercaron sus discipulos, como lo suelen hacer los hijos á los padres en aquella hora, y pidiéronle con mucha instancia, les dijese alguna cosa para su consuelo y provecho espiritual: *Ut memoriale aliquod mandatum velut hæreditarium legatum relinqueret, per quod possent ad perfectionis culmen præcepti compendio faciliùs pervenire*: Que les diese algun documento breve y compendioso para alcanzar la perfeccion. *Ingemiscens ille, nunquam, ait, meam feci voluntatem, nec quemquam docui, quod priùs ipse non feci*: Da un suspiro muy grande, y dice: nunca hice mi voluntad: y juntamente os digo otra cosa, que es tambien de mucha importancia, que nunca enseñé á otro cosa que yo no pusiese primero por obra.

## CAPÍTULO VI.

### *Que á los Religiosos, y especialmente á los que tratan con prójimos, les es mas particularmente necesaria la mortificacion.*

De todos los siervos de Dios es propio este ejercicio de mortificacion, y todos tienen necesidad de él, para irse cada dia ajustando mas con la voluntad de Dios; pero particularmente es propio de los Religiosos, porque para eso dejamos el mundo, y venimos á la Religion: y eso dice S. Benito, que es ser Religioso, corregir y mudar sus costumbres. Y en la profesion que hacen sus Religiosos dicen: *Promitto conversionem morum meorum*: Prometo mudanza y enmienda de costumbres. Esto es lo que profesamos en la Religion, y eso habemos de ir haciendo con la mortificacion, despojándonos del hombre viejo, y vistiéndonos del nuevo, como dice S. Pablo. Ad Colos. 3, v. 9: *Spoliantes vos veterem hominem cum actibus suis, et induentes novum.* Y asi decia S. Bernardo á los que entraban en Religion: Mirad que el espíritu solo ha de entrar acá, y el cuerpo ha de quedar allá fuera; dan-

(e) *August. l.* 83, *q.* 36.

doles á entender que en la Religion no han de tratar de regalar su cuerpo, ni vivir conforme á sus apetitos é inclinaciones, sino que todo el cuidado se ha de tener con el alma y con el espíritu, conforme á aquello del Apóstol: Ad Galat. 5, v. 16: *Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis.* Esto es andar en espíritu, cosa tan encomendada y deseada de los siervos de Dios, vivir segun la mejor parte de nosotros, que es el espíritu y la razon, y no segun la parte inferior, que es la carne y sensualidad. Casiano (a) dice, que era resolucion y tradicion comun de aquellos padres antiguos, y muy probada por esperiencia, que no podria uno aprovechar, ni aun durar mucho en la Religion, si no trataba muy de veras de mortificar su voluntad y apetitos; porque estos son muy contrarios á las cosas que hay en la Religion: *Multis quidem experimentis edocti tradunt, eum in cœnobio diutius perdurare non posse, qui priùs voluntates suas non didicerit superare.*

Aunque á todos los Religiosos les conviene esto mucho; pero á los que tenemos por instituto tratar con prójimos, nos es necesario. S. Crisóstomo, lib. de Sacerdotibus, va probando muy bien, que la mortificacion de las pasiones es mas necesaria á aquellos que para ayudar á los prójimos tratan y conversan en medio de los pueblos; porque en ellos estas fieras (que asi llama él á nuestras pasiones) tienen mucho mayor cebo para sustentarse con las ocasiones grandes que hay. El soldado que no sale al campo, disimula su flaqueza: mas saliendo, descubre quien es. Asi dice S. Crisóstomo, el que está en su rincon, disimula sus faltas: pero el que ha de salir á pelear con el mundo, y ha de ser espectáculo de él, es menester que sea señalado en virtud y mortificacion. Y mas para ganar á aquellos con quienes tratamos, es menester acordarnos, y hacernos á la condicion de ellos en cuanto fuere posible, conforme á aquello del Apóstol S. Pablo: 1 Ad Cor. c. 9, v. 22: *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos*; y para esto, bien se ve cuan necesario es la mortificacion. Dicen allá los filósofos, que la niña del ojo, aquella parte donde se reciben las especies de los colores, y se forma la vista, no tiene algun color: y que fue necesario asi, para que pudiese recibir en sí las especies de todos los colores, y los pudiese ver todos como son; porque si fuera de algun color, no pudiera percibir sino aquel: *Intus existens prohibet extraneum.* Si fuera verde, todo lo que vieramos nos pareceria verde: como lo esperimentamos cuando miramos por un vidrio verde; y si fuera colorado, todo nos pareciera colorado. Asi es menester que vos os desnudeis de vuestra condicion particular, y que tengais muy mortificadas vuestras pasiones, y seais muy señor de vos, para que asi quepan en vos las condiciones de todos, y podais tratar

(a) *Casian. l. 4 de Instit. renuntiantium, c. 8.*

y acomodaros con todos, para ganarlos á todos, como hacia S. Pablo. No es espíritu de Religion ni de perfeccion, atraerse uno á los de su condicion y humor, y que á vos que sois colérico, os cuadre solamente el colérico; y á vos que sois flemático, os dé en rostro el colérico; y mucho menos lo será el atarse uno á los de su nacion. ¿No tendriais por gran infelicidad tener unos ojos que solamente pudiesen ver un color? Pues mucho mayor infelicidad es tener una voluntad tan corta, y tan mal dispuesta, que solamente se incline á los de su nacion, ó á los de su condicion. La caridad todo lo abraza, porque ama al prójimo por Dios, y para Dios; y asi no hace diferencia del barbaro, ó scita, ó cualquier otra suerte de personas: *Ubi non est Gentilis, et Judæus, circumcisio, et præputium, Barbarus, et Scytha, servus, et liber; sed omnia, et in omnibus Christus.* Ad Colos. c. 3, v. 11. A todos los querria meter en sus entrañas, porque los mira como á hijos de Dios y hermanos de Cristo: pues para esto bien se ve cuan necesaria sea la mortificacion.

Fuera de esto para conservar entre nosotros la union y caridad fraterna que tanto nos dejó encomendada el Señor, Joann. c. 13, v. 35, que en ella quiere, que nos conozcan por discipulos suyos, nos es muy necesaria la mortificacion; porque lo que hace la guerra á esta union y caridad fraterna, es buscarse uno á sí mismo sus gustos y comodidades, su honra y estimacion. Entre cada uno dentro de sí, y verá, que cada vez que falta en la caridad, es por buscar y pretender para sí algo de esto, ó por no perderlo, ni ceder de ello. Pues la mortificacion es la que quita todo eso, y allana el camino para la caridad, que no se busca á sí: *Non quærit quæ sua sunt.* 1 ad Cor. c. 13, v. 5. Y asi dice S. Ambrosio, lib. officior. c. 3: *Si quis vult placere omnibus per omnia, quærat, non quod sibi utile est, sed quod multis, sicut quærebat, et Paulus*: El que quiere agradar y dar contento á todos, busque en todas las cosas, no su utilidad y provecho, sino la utilidad y provecho de sus hermanos, como hacia el Apóstol, y nos amonesta á nosotros que lo hagamos: *Non quæ sua sunt singuli considerantes, sed ea quæ aliorum.* Ad Philip. c. 2, v. 6,

## CAPITULO VII.

### *De dos maneras que hay de mortificacion y penitencia, y como ambas las abraza y usa la Compañía.*

El glorioso Agustino (a) sobre aquellas palabras de S. Mateo c. 11, v. 12: *A diebus autem Joannis Baptistæ regnum cœlorum vim patitur, et violenti rapiunt illud*, dice: *Duo sunt abstinentiæ, et crucis genera, unum corporale, aliud spirituale*: Dos maneras hay de penitencias y de mortificacion, una corpo-

(a) *Aug. ser. 20 de Sanctis, et primo de S. Joanne Baptista.*

ral, que castiga y aflige el cuerpo, y esta es la que llamamos penitencia esterior, como disciplinas, ayunos, cilicio, mala cama, comida pobre, vestido áspero, y otras cosas semejantes que afligen y castigan la carne, y le quitan su regalo y deleite. Otro género hay de mortificacion y penitencia espiritual mucho mas escelente y levantado que el primero: *Alterum genus est pretiosius, et sublimius, scilicet regere motus animi, litigare quotidie contra vitia sua, increpare se quadam censura austeritatis, et virtutis, et rixam quodammodo cum homine interiore conserere*: El segundo género de mortificacion, dice el glorioso S. Agustin, es mas precioso y subido, que es regir y gobernar los movimientos de nuestro apetito, andar uno cada dia peleando contra sus vicios y malas inclinaciones, andar negando siempre su propia voluntad, quebrantando su propio juicio, venciendo su ira, reprimiendo su impaciencia, refrenando su gula, ojos, lengua, y todos sus sentidos y movimientos: *Hæc qui facit, prærupto passionis muro, violenter ad cœlorum regna conscendit*: El que hace esto, rompiendo el muro de su carne, y de sus pasiones y apetitos, sube y entra con violencia y esfuerzo al reino de los cielos; y esos son los esforzados y valientes que arrebatan el cielo. De manera que esta mortificacion interior y espiritual, es mas escelente que la primera; porque domar el espíritu, y hollar la honra y estimacion, mucho mas es que afligir la carne, y tomar disciplinas y cilicios. Y asi como esta penitencia es mas escelente y preciosa, asi tambien es mas dificultosa, y nos ha de costar mas, porque lo que es mas, mas cuesta. Esta doctrina es tambien de S. Gregorio en muchos lugares, y de S. Doroteo, y otros Santos. (b)

Estas dos maneras de penitencia abraza y usa la Compañía. Cuanto á la primera, aunque nuestro Padre no quiso dejar tasadas y determinadas por regla penitencias ordinarias, que por obligacion se hubiesen de tomar, sino que el modo de vivir en la Compañía fuese comun en lo esterior por justos respetos; pero dejó por otra via muy buen recaudo de esto, como luego dirémos. (c) Muchos justos respetos tuvo nuestro santo Padre para estatuir y ordenar, que el modo de vivir en la Compañia fuese comun en lo esterior, porque los medios han de ser proporcionados con su fin: y como el fin de la Compañía es no solamente atender á su propio aprovechamiento, sino tambien á la salud y aprovechamiento de los prójimos, convino mucho que tuviesemos un hábito comun de clérigos honestos, para tener mas entrada en todo género de gentes; porque asi como los Religiosos somos Religiosos, con los

2*

(b) *Greg. l.* 32 *mor. c.* 17; *et l.* 6, *c.* 15; *et sup. librum* 1 *Reg. c.* 2. *Dorot. serm.* 1. (c) *Cap.* 1 *exa.* § 6; *et* 6 *p. const. c.* 2, § 15, *et* 16.

clerigos somos clerigos, con los legos no traemos habito diferente de los clérigos legos: fuera de que la Compañía se instituyó en tiempo de Lutero, cuando los hereges abominaban los Religiosos, y sus hábitos; y para tener entrada con ellos para disputar y convencerlos (que es propio de nuestro instituto) convino, que no tuviesemos hábito particular, distinto de los otros clérigos honestos, porque por él fuéramos aborrecidos de los hereges, antes que los comenzáramos á tratar, y asi se impidiera una de las principales partes para el fin, para el cual Dios instituyó la Compañía; y mas si trajeramos habito aspero, el otro pecadorazo por ventura no se atreviera á llegar á vos, pensando que asi habíades de ser áspero con él. Pues sea un hábito comun, recibido de todos, para que asi tengamos mas fácil entrada con todo género de gente, y no tenga nadie horror de tratar con nosotros; quiso nuestro santo Padre que aun en el hábito nos hiciesemos todo á todos, para que asi los ganasemos mejor á todos, imitando en esto el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, de quien dice san Agustin *contra Faustum*, y lo trae santo Tomás, 3 p. q. 40, artic. 2, que por acomodarse mas al trato y comunicacion con los hombres, y para mayor provecho de ellos, escogió antes una medianía en lo esterior, que la austeridad y aspereza del Bautista.

Cuanto á las demas penitencias esteriores, aunque no las dejó tasadas y determinadas por regla; pero hay regla viva, que el superior señala á cada uno las que ha menester. Dice nuestro santo Padre, * que estas se pueden tomar en dos maneras, ó las que cada uno eligiere para aprovecharse mas en espíritu, con aprobacion empero del superior, ó cuando el superior obligare á ellas por el mismo fin. * Esto juzgó por mas conveniente en la Compañía, que determinarlas por regla. (d) Lo uno, porque la regla muerta no podia ser igual en todos, porque no todos tienen iguales fuerzas para esas penitencias: y si hubiera una cosa comun para todos, el que no podria tanto, viviera desconsolado por no poder andar con todos. Asi como no conviene una medicina, ni un mismo gobierno y régimen para todos los enfermos; asi tampoco pueden convenir para todos unas mismas penitencias; porque unas convienen para él mozo, otras para el viejo; unas para el enfermo, otras para el sano; unas para el que entró inocente, otras para el que entró hecho una criva, como dicen, de heridas. Y asi dicen S. Agustin, y S. Basilio, (e) que no se maraville nadie de que no se guarde con todos un modo en la Religion, y unos hagan mas penitencia que otros; porque la igualdad en esto

(d) *Cap.* 1 *exa.* § 6, *et reg.* 4 *summa const.* (e) *August. in regul. Basil. in const. monast. cap.* 5, *et in reg, fusius disp. interrog.* 19.

seria muy gran desigualdad. Y aun no solo es conveniente esta diversidad y diferencia para diferentes personas, sino para uno mismo, en diferentes necesidades y tiempos; porque una penitencia es buena para el tiempo de tentacion y sequedad, otra para el tiempo de paz y devocion; y una para conservarla, y otra para recobrarla, cuando se ha perdido. Pues por esto no quiso nuestro santo Padre poner en la Compañía tarea cierta y determinada de penitencias esteriores para todos, sino dejólo remitido al superior que es el médico espiritual, para que él, segun las fuerzas y necesidad de cada uno, pueda tasar y conceder á unos mas, y á otros menos. Lo cual es conforme á la regla que dió el Angel á S. Pacomio de parte de Dios, donde se mandaba, que el superior señalase de esta manera las penitencias que cada Religioso habia de hacer. Y asi el no tener la Compañía tasadas por regla sus penitencias ordinarias, como las tienen comunmente otras Religiones, no es porque en la Compañía no haya estas penitencias corporales, ni porque no sean muy estimadas en ella, y muy veneradas las que otras Religiones segun su instituto santamente observan, cuya variedad hermosea la Iglesia, sino porque juzgó ser mas conveniente á nuestro instituto, y mas proporcionado á sus fines é intentos, y muy conforme á la doctrina antigua de los Santos, dejar la tasa y modo de ellas á la prudencia y caridad del superior: lo cual no solo no es causa para que haga menos penitencias, si antes lo es para que haya mas, y para que se tomen con mas voluntad y devocion. Psalm. 44, v. 10. Y asi lo vemos por la bondad y misericordia del Señor, que se usan y ejercitan mas penitencias de estas en la Compañía, de las que se pudieran poner de regla. Plegue al Señor, que vaya siempre adelante este fervor y espíritu tan bueno y tan santo, y tan usado en la Iglesia de Dios, y que sea menester irnos antes á la mano, y tirar la rienda, que darnos de la espuela, como hasta ahora por la gracia del Señor lo habemos esperimentado.

La segunda manera de penitencia, que es la mortificacion de las pasiones y amor propio desordenado, abraza la Compañía mas principalmente. Y ese fue otro de los justos respetos, por el cual nuestro santo Padre no quiso dejar penitencias ordinarias tasadas y determinadas por la regla: porque pretendió que pusiésemos los ojos en la mortificacion interior de nuestras pasiones y apetitos, y que esa fuese nuestra principal penitencia, por ser como habemos dicho, mas preciosa y escelente. Pone nuestro santo Padre en las constituciones y reglas (f) cosas de grande perfeccion, y para las cuales es menester grande mortificacion y abnegacion de nosotros mismos; y quiere que nuestro es-

(f) *Cap.* 4 *exam.* 6, *p.* 46; *et* 3 *p. const. c.* 1, § 17.

tudio principal sea en lo que toca á esta abnegacion y contínua mortificacion, y para crecer mas en las verdaderas y sólidas virtudes, y en toda perfeccion: y pudose temer, y con razon, si les dejo señaladas algunas penitencias ordinarias, no sea que se me queden aí, y se contenten con eso, diciendo: Ya tengo de regla tantos ayunos, tantos cilicios y disciplinas, eso me basta: y se dejen lo principal y lo que hace mas al caso, que es la mortificacion de sus pasiones y el ejercicio de las verdaderas y sólidas virtudes: asi no nos quiso dejar por arrimo sino la virtud y mortificacion interior. Quiso que nuestra vida sea comun en lo esterior, para que en lo interior sea singular y escelente, acompañada de virtudes sólidas y de mucha mortificacion: y esto de tal manera y en tanto grado, que redunde en lo esterior, y nos haga parecer Religiosos: de lo cual tenemos nosotros mas necesidad que otros Religiosos, porque á ellos el hábito los distingue de los demas, y el sayal y aspereza de vida les da credito con el pueblo; pero en la Compañía, que no hay esto, porque no conviene á nuestro instituto, es menester que eso se supla con lo interior, y que haya en nosotros tanta humildad y modestia, tanta caridad y zelo de las almas, y tanto trato de Dios, que cualquiera que nos viere y tratare, diga: Verdaderamente este es Religioso de la Compañía de Jesus: *Isti sunt semen, cui benedixit Dominus.* Psal. 61, v. 1: Y asi en lo que habemos de poner los ojos y ejercitarnos principalmente, ha de ser en esta mortificacion interior, y el dia que dejaremos de tratar de esto, habemos de entender, que dejamos de vivir como Religiosos de la Compañía: y esa otra penitencia esterior que usamos, la habemos de tomar como medio para alcanzar esta, como lo decia y enseñaba aquel varon apostolico y padre nuestro S. Francisco Javier, y es doctrina de S. Buenaventura. (g)

De aqui se entenderá la causa de lo que tantas veces oímos decir, y por la bondad del Señor esperimentamos, que la Compañía tiene grande suavidad en su modo de proceder. No está la suavidad de la Compañia en que no haya en ellas cosas difíciles, ni en que los superiores hayan de condescender con todo lo que nosotros quisieremos, que eso no seria Religion: cosas dificiles y muy dificiles hay en la Compañía, como luego dirémos; sino está en que en la Compañia han de tratar todos de la mortificacion y abnegacion verdadera de sí mismos, han de estar muy indiferentes y resignados para cualesquiera cosas que quisieren hacer de ellos los superiores. Esta buena disposicion, esta indiferencia y resignacion que tiene, es la causa de la suavidad grande que hay en la Compañía, asi en el gober-

(g) *S. Franc. Xav. l. vitæ suæ, c. 7. Bon. l. 1 de profect. Religiosor. c. 9.*

nar y mandar de los superiores, como en el obedecer de los subditos; porque están todos entregados y puestos en las manos del superior, como un poco de barro en manos del ollero, para que haga de él lo que quisiere. Y este fue el artificio y traza maravillosa de nuestro bienaventurado santo Padre, inspirada por el Espíritu Santo, en insistir tanto en esta mortificacion y abnegacion de nosotros mismos, como quien dice: Hay en la Compañía cosas arduas y dificultosas: para que todos estén prontos y dispuestas para ellas, y para que los superiores no se acobarden ni encojan en mandarles, pongamosles este fundamento de la mortificacion y resignacion de sí mismos: entiendan todos, que han de estar tan indiferentes y resignados en las manos del superior, para que haga de ellos lo que quisiere, como está el barro en manos del ollero, y como está un poco de paño en manos del oficial, que corta de él como quiere, y por donde quiere, esto para mangas, y esto otro para faldas, esto para el cuello, y esto otro para el ruedo de la vestidura, y es tan buen paño el uno, como el otro, porque todo era de una pieza: y es tan buen barro el que se hace para servir en la cocina, como el que se hace para la mesa, porque todo era de una misma masa: *Ex eadem massa*, ad Rom. 9. v. 21, dice S. Pablo. Asi todos eran condiscipulos, y de un mismo tiempo de Compañía, y por ventura era tan habil el que fue á leer los principios de la Gramática, como el que fue á leer Artes, ó Teología, y con todo eso no se queja el barro, ni el paño: *Quid me fecisti sic?* Ad Rom. c. 9, v. 20. De manera que la causa y raiz de la suavidad de la Compañía ha de estar en vos, en que esteis muy mortificado, muy resignado é indiferente para todo, en que no haya en vos resistencia ni contradiccion alguna, ni esterior ni interior para todo lo que quisieren hacer de vos los superiores. Y asi cuando no sintieredes esta facilidad y suavidad en las obediencias y cosas que se ofrecieren, no echeis la culpa al superior, ni os quejeis de él, sino de vos, que no estais dispuesto ni mortificado, como debeis, que el superior hace su oficio, y presupone que vos sois Religioso, y que como tal estais mortificado é indiferente para todo, y que no es menester consultar vuestra voluntad, ni buscaros temple; porque siempre habeis de estar templado y dispuesto para cualesquiera cosas que la obediencia os mandare, y antes os hace mucha honra el superior, en teneros por tal, y en trataros y mandaros como á tal. Cuando una piedra está bien labrada, ¡con que facilidad la asienta el oficial! viene justa, no hay sino dejarla caer; pero cuando no, ¡qué de golpes, qué de martilladas, cuánto trabajo es menester para asentarla!

De aqui se sigue tambien otra

cosa digna de consideracion, y la nota S. Buenaventura, (h) que con ser esta mortificacion interior mucho mas difícil que las penitencias esteriores, como habemos dicho, con todo eso juntamente se puede uno escusar mas de las penitencias esteriores, que de la mortificacion interior; porque para aquello puede uno decir con verdad: Yo no tengo fuerzas para ayunar tanto, ni para traer tantos cilicios, ni para tomar tantas disciplinas, ni para andar descalzo, ni para levantarme á la media noche; pero no puede nadie decir: Yo no tengo salud y fuerzas para ser humilde, ó para ser paciente, ó para ser obediente y rendido. Podreis vos decir que no teneis virtud para tanta humildad, ó para tanta obediencia y resignacion como hay y es menester en la Compañía; pero no tengo salud para eso, no lo podeis decir, porque no son menester para eso fuerzas corporales, sino espirituales; el fuerte y el flaco, el sano y el enfermo, el grande y el pequeño, todos con la gracia del Señor (si ellos quieren) pueden eso.

Este es un consuelo muy grande para algunos que les suele venir tentacion de pusilanimidad y desmayo, pareciéndoles que no tienen ellos partes ni caudal para un fin é instituto tan alto, como tenemos en esta Compañía. En el primero libro de los Reyes cuenta la sagrada Escritura, que envió el rey Saúl un recado á David, que lo queria casar con su huja. Respondió David: *Non parum videtur vobis generum esse Regis? Ego autem sum vir pauper, et tenuis?* 1 Reg. c. 18, v. 23, et 25. ¿Quien soy yo para ser yerno del Rey? Soy un hombre pobre, no tengo costilla para eso. Manda el Rey que le vuelvan á decir: *Sic loquimini ad David: Non habet Rex sponsalitia necesse, nisi tantum centum præputia Philisthinorum, ut fiat ultio de inimicis Regis*: No tiene el Rey necesidad de dote, ni de arras y joyas, solo quiere cien prepucios de filisteos, para que se tome venganza de sus enemigos. Esto mismo podemos aqui responder, no tiene Dios necesidad de esas partes, ni de esas habilidades y talentos que vos pensais: *Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges*; Psal. 15, v. 2; sino lo que él quiere es, que circuncideis esos filisteos de vuestros apetitos é inclinaciones malas. Eso es tambien lo que pide y quiere de nosotros la Compañía; y asi si vos quereis, sereis bueno para ella. Procurad vos ser muy humilde, y estar muy indiferente y resignado para todo lo que quisieren hacer de vos, y esto bastará. Dios os libre de tener puntos de vanidad y soberbia. Dios os libre de ser amigo de vuestras trazas y comodidades, y de andar buscando entretenimientos, y de no andar claro y llano con los superiores; porque si eso hay, no hay Religion mas dificil para vos. Pero

(h) *Bonav. lib. 15 de profect. Religiosor. c. 3.*

al humilde, al mortificado, al verdadero pobre de espíritu, al que está *indiferente* y resignado, al que no tiene propia voluntad, muy fácil y muy suave se le hace todo lo que hay en la Compañía.

Y asi es razon que seamos agradecidos á Dios, reconociendo esta merced y beneficio tan grande que *nos* ha hecho, que con haber en la Compañía cosas de suyo tan dificultosas y trabajosas, con todo eso nos las haya hecho tan suaves y gustosas, y tan fáciles de llevar: porque de las penitencias esteriores, por la bondad del Señor, hay mas de las que se pudieran señalar de regla, como habemos dicho. Y cuanto á la penitencia y mortificacion interior, que como dice S. Agustin, es la mayor y mas preciosa, tenemos en nuestras reglas y constituciones cosas de tanta perfeccion, y de suyo tan dificultosas, que esceden mucho á todas las penitencias y asperezas esteriores. Si no, vamos á la prueba: aquel haber uno de dar cuenta al superior y al prefecto de las cosas espirituales de todo lo que pasare por su alma, de todos sus movimientos, tentaciones y malas inclinaciones, y de todas sus faltas é imperfecciones, que tanto se pide y practíca en la Compañía, y es una de las cosas sustanciales que hay en ella; bien se ve que es de suyo mas difícil que el ayuno, y la disciplina y el cilicio. Aquello que nos manda la Regla: (i) * Para mas aprovecharse en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, deben todos contentarse, que todos los errores y faltas, y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas á sus mayores por cualquier persona que fuera de confesion las supiere: * cosa es para la cual es menester mucha humildad y mortificacion, para que no os quejeis que no os avisaron á vos primero, y que hicieron mayor la falta de lo que ella era. Y no para aí, sino habeis de estar dispuesto para que os reprendan publicamente, y no solo con causa, sino sin ella, y aun para cuando nos levanten falsos testimonios, quiere nuestro santo Padre, que estemos no solo dispuestos, sino que nos holguemos, no dando nosotros ocasion de ello, y que asi como los del mundo se huelgan con la honra y estimacion, asi nosotros nos holguemos con la deshonra, injurias y menosprecios: para lo cual bien se ve cuanta virtud sea menester.

Y mas, habemos de estar indiferentes para cualquier oficio, ministerio y ocupacion en que la obediencia nos quisiere poner, y para cualquier grado en que la Compañía nos quisiere incorporar: y habiendo en la Compañía tan diferentes oficios y grados, y unos mas altos que otros, estar uno indiferente para el mas bajo, tan contento con él, como si le pusie-

(i) *Canon.* 17, *Congreg.* 5, *regul.* 4 *sumar.*

sen en el mas alto, cosa es de mucha perfeccion, y para la cual es menester mucha mortificacion.

Habeis de estar siempre á punto, y muy dispuesto é indiferente para ir á cualquier parte del mundo á ejercitar estos ministerios, no solo á otro colegio, sino á otra provincia, y otro reino estraño, y á las Indias Orientales, y Occidentales, y á Roma, y Alemania, á Inglaterra, y á la Transilvania, adonde nunca jamas podais ver á vuestros parientes y amigos, y ellos pierdan la esperanza de veros.

Cuanto á la pobreza, profesa la Compañía tanta estrechura y rigor, (k) que no puede uno recibir ni tener ningun regalo en su aposento, no solo de comer, pero ni un libro en que pueda hacer una raya, ni llevarlo consigo cuando se fuere á otro colegio, y habemos de estar tan desnudos y deshechos de todas las cosas, que como diremos tratando de la pobreza, no podemos echar llave á una arca, ni á un cajoncillo para tener guardada alguna cosa, sino que todo ha de estar patente, abierto y manifiesto, como quien dice: Tomadlo si quereis, que no es mio.

Estas cosas, y otras semejantes que hay en la Compañía bien se ve que hacen ventaja, asi en perfeccion, como en dificultad á todas las penitencias y asperezas esteriores; y asi el que tuviere espíritu de rigor contra sí, y deseare mortificarse mucho, y hacer grande penitencia, (que es muy buen espíritu) tendrá las manos llenas en la Compañía. Y aunque ha habido algunos que tentados de la vocacion, han pretendido cubrir y paliar su tentacion con color de mas perfeccion, y de hacer mas penitencia en otra Religion, la verdad es, que no es esta la causa ni el fin que les movia, sino el no poder llevar la mortificacion y perfeccion que se profesa en la Compañía, y de esto tenemos esperiencia confesada por ellos mismos, y lo que mas es, declarada por la Sede Apostólica. La Santidad de Pio Quinto, que fue Religioso de la sagrada órden de santo Domingo, lo declara asi espresamente en la Bula que concedió á la Compañía, contra los apostatas que salen de ella, ó al mundo, ó á otra cualquiera Religion fuera de la Cartuja: donde despues de haber puesto la perfeccion, y la dificultad y trabajo grande que hay en el instituto de la Compañía, declara la raiz de la tentacion que algunos tienen de salir de ella, ó de pasar á otras Religiones, por estas palabras: *Nihilominus nonnulli animi levitate, ut credebatur, ducti, ac quietem labori, cui proculdubio, Religiosi Societatis hujusmodi pro excelenda, et propaganda Christiana Religione, continuò erant expositi, ac privatum commodum publicæ, tam dictæ Societatis, quam Christianæ Reipublicæ utilitati, indiscretè præferentes, factisque coloribus asserentes, se id facere ob frugem melioris*

(k) 3 *p. tr.* 3, *c.* 7.

*vitæ, aut strictioris observantiæ, ad alios etiam fratrum Mendicantium ordines transire posse jactabant*: Algunos, dice, con liviandad de ánimo, y por huir el trabajo, al cual estan continuamente espuestos los Religiosos de esta Compañía por la salvacion de las almas, prefiriendo indiscretamente sus comodidades particulares al bien y utilidad comun, asi de la Compañía, como de la república cristiana, con colores aparentes y fingidos, diciendo, que era por alcanzar mas perfeccion, ó por hacer mas penitencia, pretendian que se podian pasar á otra Religion, aun de los Mendicantes, etc. De manera que en realidad de verdad, no es esto por deseo de mas perfeccion, ni por deseo de hacer mas penitencia, *sino por* huir el trabajo y la *dificultad*, porque no sienten en *sí* caudal ni virtud para tanta perfeccion y mortificacion, y para tanta indiferencia y resignacion como es menester en la Compañía. Pues por eso nuestro Padre insistió tanto en esta mortificacion, y quiere que nos ejercitemos y fundemos mucho en ella, y que este sea siempre el estudio de todos.

## CAPITULO VIII.

*Que la mortificacion no es odio, sino verdadero amor, no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro mismo cuerpo.*

Porque habemos dicho, y es doctrina de los Santos, sacada del sagrado Evangelio, que nos habemos de aborrecer á nosotros mismos, y parecer esa cosa muy dura y muy contraria á nuestra naturaleza; para que nadie se espante oyendo decir esto, ni tome de aí ocasion para desmayar y dejarse de mortificar: declaremos aqui como este no es odio ni aborrecimiento con que nos queramos mal, sino verdadero amor, no solo de nuestra anima, sino tambien de nuestro mismo cuerpo: antes el no mortificarnos es verdadero odio y aborrecimiento, no solo del anima, sino tambien del cuerpo. El glorioso Agustino (a) sobre aquellas palabras de S. Pablo: *Spiritus concupiscit adversus carnem*; dice: *Absit fratres mei, absit, ut spiritus concupiscendo contra carnem oderit carnem*: No penseis, hermanos mios, que cuando el espíritu desea contra la carne, aborrece y tiene odio á la carne. Pues ¿qué es lo que allí aborrece? *Vitia carnis odit, prudentiam carnis odit, contentionem mortis odit*: (b) Los vicios de la carne, sus astucias y malas inclinacio-

(a) *August. l. ser. de verbis Apost, ser.* 6, *ad Galat.* 5, 17. (b) *August. l. de Moribus Eccles. c.* 26, *et l.* 14 *de Trinit. c.* 14.

nes, en aquella ascension y contrariedad que la carne tiene contra la razon, esto es lo que aborrece, que á la carne antes la ama en mortificarla y contradecirla: como el médico no aborrece al enfermo, sino la enfermedad, y contra esa pelea, que al enfermo antes le ama: y pruebalo muy bien; porque amar á uno, es quererle y desearle bien; *Amare est velle bonum*, dice el Filósofo, (c) y aborrecerle es querer que le venga algun mal. Pues el que trate de mortificar su cuerpo, é irle á la mano en sus apetitos y deseos desordenados, quiere y procura por su cuerpo el mayor y sumo bien, que es el descanso y gloria eterna, y asi ese es el que le ama verdaderamente; y el que no trata de mortificarle, sino que le deja seguir sus malas inclinaciones y apetitos, quiere y procura para su cuerpo el mayor mal que le puede querer y procurar, que es el infierno para siempre jamas; y asi ese es el que verdaderamente aborrece su cuerpo. De la manera que dice el Profeta: *Qui diligit iniquitatem, odit animam suam*: Ps. 10, v. 6. El que ama el pecado, y la maldad, aborrece su anima, porque con eso le procura y negocia el infierno para siempre; de esa manera, y por la misma razon, dice S. Agustin, podemos decir que aborrece tambien su cuerpo, pues le procura y negocia el mismo mal. Y asi dicen los teologos (d) por esta razon, que los justos y buenos se aman mas á sí mismos, que los pecadores y malos, no solo cuanto al alma, sino cuanto al cuerpo, porque le desean y procuran el verdadero bien, que es la bienaventuranza, de la cual ha de participar tambien en su modo el cuerpo. Y añade santo Tomás, artic. 5 ad 2, por esta misma razon, que el justo ama á su cuerpo, no con cualquier amor, sino con amor de caridad, que es el mas alto y aventajado amor.

Vease esto claramente por ejemplo de dos enfermos, de los cuales el uno come y bebe todo lo que le da gusto, y no quiere recibir sangria ni tomar purga, ni medicina alguna; y el otro le rige muy bien, y guarda la boca, aunque tiene mucha sed y hambre, toma la purga, aunque le amarga, y recibe la sangria, aunque le duele: claro está que ama mas su vida, y su cuerpo y salud este segundo, que por alcanzarla y conservarla quiere padecer un poco de trabajo en tener dieta, y en tomar las medicinas; y al otro antes le decimos que se degüella, por no querer sufrir un poco de sed y de trabajo. Pues de la misma manera es en nuestro propósito: y asi lo dijo S. Bernardo á unos seglares, que se espantaban de sus monges, por tratar tan mal sus cuerpos, diciendo, que les tenian odio capital: á los cuales respondió el Santo, que ellos de verdad eran los que aborrecian sus cuerpos, pues por darles un poco de

(c) *Arist. l. 2 Rethor. c. 4.* (d) *S. Thom. 2 2, quæst. 25, art. 5, et 7.*

gusto de deleites sensuales, los obligaban á tormentos eternos; mas los monges de verdad los amaban, pues los afligian un poco de tiempo para merecerles descanso perdurable.

Esta verdad nos enseñó bien claramente Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio. Porque diciendo: El que quisiere venir en pos de mí, nieguese á sí mismo, y tome su cruz, y sigame; da luego la razon dicha: *Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam*: Matth. 16, v. 25. Porque quien amare desordenadamente su vida, la perderá; y quien la aborreciere por amor de mí, la hallará en la vida eterna. Dice S. Agustin sobre estas palabras: *Magna, et mira sententia, quemadmodum sit hominis in animam suam amor, ut pereat, odium ne pereat.* (e) Advertid y ponderad esta sentencia de Cristo tan alta y tan maravillosa, que el amar el hombre su vida y su carne, dice que es aborrecerla, y el aborrecerla, amarla: *Si male amaveris, tunc odisti; si bene oderis, tunc amasti*: Porque si la amais mal y desordenadamente, será aborrecerla, y si sabeis aborrecerla como se debe, será amarla; porque será guardarla para la vida eterna, como dice el mismo Señor: *Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam.* Joan. 12, v. 25. Concluye el Santo: *Felices qui oderunt custodiendo, ne perdant amando*: Dichosos y bienaventurados los que supieron guardar su ánima para la vida eterna, aborreciendo aquí su carne, y no la perdieron amándola: *Noli amare in hac vita, ne perdas in æterna vita*: Por tanto, no la querais amar en esta vida, porque no la perdais en la otra.

Otra razon buena trae S. Agustin (f) en confirmacion de esto: No solo deja, dice, de amar uno una cosa, por amar otra mas que á ella. Y trae dos ejemplos que lo declaran. Claro está, que no deja el enfermo de amar su pié, ó su brazo, por dejar que se le corten, cuando aquello es necesario para conservar la vida: harto amor les tiene él; pero mas amor tiene á su vida, y asi deja perder lo menos, por no perder lo mas. Y cosa cierta es tambien, que el avariento tiene amor á su dinero, y desea mucho conservarle: pero con todo eso se deshace de él, y lo echa de casa para comprar pan, y lo demas que es necesario para la vida; porque por mucho que ame el dinero, ama mas la vida, y asi quiere perder lo que es menos, por conservar lo que es mas. Pues de la misma manera: no deja el hombre de amar su carne, por mortificarla; sino que ama mas su alma, y la vida eterna: y porque para su alma, y para alcanzar la perfeccion y la vida eterna, es necesario mortificar y maltratar su carne, por eso la maltrata y mortifica: no es esto aborecimiento ni falta de amor, sino es amar

(e) *Aug. tract.* 51 *super Joannem.* (f) *Aug. l. de Doct. Christ.* c. 25.

mas á Dios, y amar mas su alma, y la perfeccion.

## CAPÍTULO IX.

### *Que el que no trata de mortificar, no solo no vive vida espiritual, pero ni racional.*

El glorioso Agustino (a) dice: Una es la vida de las bestias, otra la de los Angeles, y otra la de los hombres. La vida de las bestias toda se ocupa en las cosas de la tierra, y en el cumplimiento de sus apetitos; la de los Angeles, toda es tratar con Dios, y de las cosas del cielo; la de los hombres es media entre estas dos vidas; porque el hombre participa de la una naturaleza, y de la otra. Si vive segun el espíritu, hacese semejante á los Angeles, y compañero de ellos: si vive segun la carne, hacese semejante á las bestias, y compañero de ellas. Concuerda con esto lo que dice S. Ambrosio: *Qui secundùm corporis appetentiam vivit, caro est: qui secundùm præcepta Dei, spiritus est.* (b) De manera que el que vive segun los apetitos de la carne, no solo no vive vida espiritual, pero ni aun vida racional de hombre, sino una vida animal de bestias. Esto solo nos habia de bastar para animarnos mucho á la mortificacion; porque ¿qué cosa hay mas indigna de la generosidad y nobleza del hombre, que fue criado á imagen y semejanza de Dios, y para gozar de él para siempre, que venir á ser semejante á las bestias, haciéndose siervo y esclavo de una cosa tan bestial como la carne y sensualidad, sujetándose y rigiéndose por ella, y dejándose llevar del ímpetu furioso de su apetito bestial?

Dice S. Bernardo, c. 3 medit. *Dominam ancillari, et ancillam dominari, magna abusio est*: Grande abuso y desórden es que la esclava sea la señora y la que mande: y que la que es la señora, y la que habia de mandar, quede hecha esclava, que es aquel desórden y desconcierto, que dice Salomon que vió: *Vidi servos in equis, et Principes ambulantes super terram quasi servos*: Eccles. c. 10, v. 7. Ví á los siervos andar á caballo hechos señores y mandando, y á los príncipes y señores andar arrastrados por tierra, sirviendo como esclavos. El padre maestro Avila, cap. 11, *Audi filia*, dice: ¿No os parece, que seria cosa monstruosa, y de grande admiracion á los que la viesen, traer una bestia enfrenado á un hombre, llevándole donde ella quisiese, rigiendo ella á quien la habia de regir? Pues de estos hay tantos regidos por el freno de sus apetitos bestiales, bajos y altos, que por ser tantos, no echamos ya de ver en ello, ni nos espanta ya este monstruo, ni nos causa admiracion, que es otra lastima mayor. De Diogenes se cuenta, que anda-

(a) *Aug. Serm.* 18 *super Joann.* (b) *Ambros. Psal.* 118, *octavar.* 4. *sup. illud*: *Adhæsit pavimento anima mea.*

ba al medio del dia por la plaza de Atenas, con una candela buscando; y preguntándole, ¿qué buscais? *Ando*, dice, buscando, á ver si hallo algun hombre. ¿Pues no veis la plaza llena de ellos? Esos, dice, no son hombres, sino bestias, porque no viven vida de hombres, sino de bestias, rigiéndose y guiándose por sus apetitos bestiales.

S. Agustin (c) trae otra comparacion graciosa, pero muy propia, y que declara muy bien esto: *Qualis est in oculis hominum qui inversis pedibus ambulare videtur, talis est in oculis Angelorum, cui caro propria dominatur.* ¿Qué tal parece delante de los hombres el que anda los pies arriba, y la cabeza abajo? Ese es matachin, cosa de farsa y de risa. Pues tal, dice, es en los ojos de Dios y de los Angeles, aquel en quien la carne es la señora, y la razon la esclava, ese anda al revés, los pies arriba, y la cabeza abajo. ¿Pues quién no se afrentará de esto? Que aun allá Séneca lo sintió, y dijo divinamente, epist. 65: *Major sum, et ad majora genitus, quàm ut mancipium sim mei corporis*: Mayor soy, y para mayores cosas nací, que para ser esclavo de mi cuerpo: sentencia digna de que el Religioso, y cualquier cristiano la tuviese impresa en su corazon. Si un gentil con sola la luz natural alcanzó á sentir y afrentarse de esto, ¿qué será razon que haga un cristiano ayudado de la luz de la fe, y un Religioso prevenido y favorecido con tantas bendiciones y regalos de Dios? Y así dice S. Agustin, (d) que el que no se afrenta de esto, ó no lo siente, tiene pervertida la razon, y eso será otro monstruo mas digno de admiracion, que esté uno hecho bestia, y no sienta ni eche de ver en ello.

Un filósofo (e) cuenta de sí, que siendo él muchacho vió un hombre que iba con mucha prisa á abrir una puerta con una llave, y le aconteció muy al revés; porque no podia abrirla por mucho que lo procuraba, y como él iba con tanta prisa, y no podia hacer nada, tomó tanto corage é ira con aquello, que comenzó á morder la llave con los dientes, y á dar coces en aquellas puertas, y no paró así, sino que comenzó á decir blasfemias contra Dios, y á echar espumarajos por aquella boca, como loco furioso, que los ojos parecia que se le querian saltar de corage. Dice este filósofo, que como vió esto, concibió en sí tanto odio y aborrecimiento contra el vicio de la ira, que de allí adelante nunca nadie le vió enojado, por no verse en otra semejante. Todo esto nos ha de ayudar á vivir como hombres de razon, y no dejarnos llevar de los apetitos de la carne. S. Gerónimo sobre aquello de Job, cap. 1, v. 1: *Vir erat in terra Hus nomine Job:* dice, este varon, y da la razon que habemos dicho: *Non enim*



(c) *Aug. Serm.* 50 *ad Frat. in eremo.* (d) *Aug. l. cont. mendacium.*
(e) *Galen. de cognoscend. et curand. animi morb.*

*terra carnis ejus animam ipsius superabat, sed imperantis animi consilio cuncta faciebat*: Porque no era la carne la señora y la que mandaba, sino teniala sujeta y rendida, y todo cuanto hacia iba nivelado con el peso de la razon, conforme á aquello de la Escritura: *Sub te erit appetitus ejus, et tu dominaberis illius.* Gen. 4, v. 7.

## CAPÍTULO X.

*Que es mayor trabajo no tratar uno de mortificarse, que el tratar de eso.*

Podrá alguno decir: Bien veo el provecho y necesidad de la mortificacion, pero póneseme delante la dificultad y el trabajo, y eso me retrae de ella. A esto digo lo primero con S. Basilio: (a) Si por la salud corporal recibimos de buena gana medicinas muy amargas, y consentimos que el médico ó cirujano corte y queme por donde le parece: y si por la hacienda y dinero acometen los hombres tan grandes dificultades y peligros por mar y por tierra; por la salud espiritual de nuestra alma, y por alcanzar los bienes eternos de la gloria, razon será acometer alguna dificultad, y ponernos á algun trabajo.

Pero porque al fin naturalmente somos amigos de huir el trabajo: y ya que forzosamente hayamos de padecer algo, querriamos que fuese lo menos que pudiese ser; digo lo segundo, que es mayor trabajo el andar uno huyendo de la mortificacion, que el mortificarse. Dice S. Agustin: (b) *Jusisti Domine, et sic est, ut pœna sua sibi sit omnis animus inordinatus*: Mandástelo, Señor, y verdaderamente ello es *así*, que el ánimo desordenado sea tormento y pena de sí mismo. Ese desorden que trae uno dentro de sí del apetito á la razon, y de la razon á Dios, causa en el hombre un tormento y desasosiego grande: y esto es general en todas las cosas, porque ¿qué cosa hay en el mundo, que estando desordenado, no esté naturalmente inquieta y descontenta? El hueso que está fuera de su juntura, ¿qué dolores causa? El elemento que está fuera de su lugar natural, ¿qué violencia padece? Pues como sea cosa tan propia y tan natural al hombre racional vivir segun la razon, cuando viviere desordenadamente, y fuera de razon, ¿cómo no ha de reclamar su misma naturaleza, y darle latidos su propia conciencia? Muy bien dijo el santo Job, c. 9, v. 4: *Quis restitit ei, et pacem habuit?* ¿Quién jamas resistió á Dios, y vivió en paz? Que no puede haber paz ni descanso, viviendo de esa manera: y así S. Juan en el Apocalipsi, c. 14, v. 11, dice, que los que adoraban la bestia, no tenian holganza de dia ni de noche: *Nec habebant requiem die, ac nocte, qui adoraverunt bestiam, et imaginem ejus.* Si servís á esa bestia de nuestra carne y sensualidad, ja-

(a) *Basil. in Reg. fusius disp.* 11. (b) *Aug. l.* 1 *Confes. c.* 12.

mas tendreis descanso ni sosiego.

Dicen allá los médicos, que la salud y buena disposicion del cuerpo consiste en la templanza y proporcion de los humores; y así cuando ellos estan fuera de aquella proporcion y templanza natural que habian de tener, causan enfermedades y dolores: y cuando estan *bien* templados y proporcionados hay salud, y causan esteriormente alegria y vigor corporal: así la salud y buena disposicion de nuestra alma consiste en la proporcion y moderacion de nuestras pasiones, que son sus humores: y cuando estas no estan templadas y mortificadas, causan enfermedades espirituales, y cuando lo estan, hay en la alma salud y buena disposicion, la cual causa en el que la tiene una alegria y sosiego grande.

Mas dicen, y muy bien, que las pasiones de nuestro corazon son lo que los vientos en la mar, porque así como los vientos alborotan y desasosiegan la mar, así las pasiones alborotan y desasosiegan nuestro corazon con sus desordenados apetitos y movimientos. Ya se levanta la pasion de la ira, que nos turba y desasosiega, ya corre el viento de la soberbia y vanagloria, ya nos lleva tras sí la impaciencia y envidia, por lo cual dijo el profeta Isaias, c. 57, v. 20: *Impii autem quasi mare fervens quod quiescere non potest*: Los malos son como la mar cuando anda desasosegada con tormenta; pero en sosegándose los vientos, luego hay bonanza en la mar: *Imperavit ventis, et mari, et facta est tranquillitas magna.* Matth. 8, v. 26. Así si vos sabeis mandar á los vientos de vuestras pasiones y apetitos, y hacer que se sosieguen, mortificándolos y moderándolos con la razon, luego habrá grande tranquilidad y paz; pero mientras no tratareis de eso, habrá tormenta.

Para que mas claramente se vea que lleva mayor trabajo y mas pesada cruz el que huye de la mortificacion, que el que se mortifica; descendamos á casos particulares, en lo que esperimentamos cada dia. Mirad cual quedais cuando os dejasteis llevar de la pasion de la ira ó impaciencia, y dijisteis á vuestro hermano alguna palabra airada, ó hicisteis otra cosa descompuesta y desedificativa: ¡qué tristeza, qué desasosiego, qué inquietud y pesadumbre teneis con vos! Decidme, ¿si es mayor la pena y trabajo que sentís en eso, que la que pudierais sentir en haberos mortificado? No hay duda en eso. Mas: mirad los temores y sobresaltos que tiene un Religioso inmortificado, que no está indiferente y resignado para cualesquiera cosas que la obediencia quisiere hacer de él, una sola cosa á que tenga repugnancia, basta para que ande siempre con pena y dolor; porque aquella es la que siempre se le pone delante y en primer lugar, y aunque á los superiores no les pase por el pensamiento ocuparle en

aquello, como al fin es cosa que puede ser, y se suele mandar, y él no sabe lo que será, siempre anda con temor y sobresalto si le han de mandar aquello. Es como cuando uno tiene una herida en el pie, que todo le parece que le va á dar allí. Así todo le parece al inmortificado, que le va á dar allí à donde le duele; pero el Religioso mortificado, indiferente y resignado para todo, siempre anda contento y alegre, y no tiene que temer. Mas considerad la pena y desasosiego que traerá consigo el que fuera soberbio, cuando se viere arrinconado y olvidado, y que no hacen caso de él, y que no le encomiendan cosas de lustre y de honra, como él deseaba, y mirad el temor y congoja con que anda tambien cuando se las encomiendan, y cuando ha de hacer alguna cosa pública, sobre como le ha de suceder, y si ha de sacar por ventura deshonra, de donde él pensaba sacar honra. Por todas partes le aflige y atormenta su soberbia y miserable estado, y así es generalmente en todas las demas cosas. Vuestras pasiones son vuestros verdugos y sayones, y que os atormentarán perpetuamente: mientras no tratareis de mortificarlas, y esto es verdad, ahora se cumpla lo que uno quiere, ahora no: porque mientras no se cumple aquel deseo que se dilata, aflige y congoja su ánima: *Spes quæ differtur, affligit animam.* Prov. c. 13, v. 12. Y cuando viene á cumplir su deseo y hacer su voluntad, aquello mismo le da tambien pena y tormento; ó que haces tu voluntad, al fin saliste con la tuya, no mereces nada en esto, pues lo haces por tu gusto, y porque tu lo quisiste, todo se te vuelve en acibar.

Añadese á esto el remordimiento de la conciencia que trae consigo el que no trata de su mortificacion, ni hace lo que debe; porque ¿qué contento puede tener un Religioso, que no vino á la Religion á otra cosa sino á tratar de su aprovechamiento, y á buscar la perfeccion, si no trata de eso? Claro está que ha de andar con pena y con dolor, y lo mismo podemos decir de cada uno en su estado; porque el gusano roedor de la conciencia que traemos con nosotros, en no haciendo lo que debemos, nos está remordiendo y royendo las entrañas. Dice muy bien el P. M. Avila, lib. Epist.: Poned en una balanza los trabajos que se pueden pasar, siendo uno diligente, y viviendo en fervor, y tratando de su mortificacion; y en otra los que pasa el tibio é inmortificado, porque no quiere pasar estos: y hallaréis que son los de este mil tanto mayores que los de aquel. Cosa es esta maravillosa, que halla mas deleite y contento el que sirve al Señor con diligencia en velar y orar, y en todo lo que se ofrece de trabajo y mortificacion, que el tibio y flojo en parlar y pasar tiempo, y en regalarse y hacer su voluntad. Riéndose se está el tibio

por defuera, y carcomiéndose de dentro, y llora el justo, y alegrase en el corazon: *Iter pigrorum quasi sepes spinarum*: Prov. 15, v. 19: El camino de los tibios y perezosos, dice el Sabio, es como quien anda sobre espinas. Lo que dijo Dios por el profeta Oseas: 2, v. 6: *Ecce ego sepiam viam tuam spinis*: Yo cercaré *tu* camino con espinas. En los deleites puso Dios tristes remordimientos de conciencia, y en los pasatiempos amargura, y en hacer *uno su* voluntad, dolor y tormento, ahí halla el tibio y perezoso espinas que punzan y atraviesan su corazon; pero el camino de los justos es llano y sin tropiezo alguno: *Via justorum absque offendiculo.* Prov. 14, v. 19. ¡O qué paz y contento tiene un buen Religioso mortificado, y que anda con cuidado en su aprovechamiento, haciendo lo que debe á buen Religioso, no hay contento que se le iguale! Cada dia esperimentamos esto, que cuando andamos con diligencia en el servicio de Dios, estamos muy alegres y contentos, y cuando andamos tibios y descuidados, estamos tristes y desconsolados. Esa es muchas veces la causa de nuestras tristezas y desconsuelos, como diremos en su lugar. *Trat.* 6, *c.* 4, *et* 6. De manera, que por huír los trabajos menores, viene uno á caer en otros mayores: *Qui timet pruinam, irruet super eum nix*: Job 6, v. 16: dice Job, huís del frio, y cargará sobre vos la nieve. Deciais, que por huír el trabajo, dejabais de mortificaros: yo digo, que aunque no fuese sino por eso mismo, habiais de procurar mortificaros, para vivir con paz y sosiego, aunque no hubiera en ello otro bien; cuanto mas habiendo tantos.

## CAPITULO XI.

*Comienzase á tratar del ejercicio de mortificacion.*

El principal medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar esta mortificacion y victoria de nosotros mismos, es ejercitarnos mucho en negar nuestra voluntad, y contradecir nuestros apetitos, y no dar gusto á nuestra carne, ni dejarla salir con la suya, porque de esta manera se va poco á poco venciendo la naturaleza, y desarraigando el vicio y la pasion, é introduciendo y criando la virtud. S. Doroteo (a) da acerca de esto un aviso muy provechoso. Cuando sois molestado de alguna pasion ó inclinacion mala, si condescendeis con vuestra flaqueza, y quereis poner aquello por obra, entended, dice, y tened por cierto, que con eso la pasion y mala inclinacion quedará mas arraigada y mas fuerte, y así os hará mayor guerra, y os afligirá mas de ahí adelante. Pero si resistis varonilmente á la pasion y mala inclinacion, con eso se irá ella disminuyendo, y teniendo cada dia menos fuerza para



(a) *S. Dorot. Serm. seu doctr.* 15 *en Bibliot. Sanct. Patr. t.* 3.

combatiros y molestaros, hasta venir á perder del todo las fuerzas, y á no daros ya molestia ni pesadumbre. Este es un aviso muy importante tambien para las tentaciones, por la misma razon, como declararémos en su lugar. *Trat.* 4, *cap.* 6. Importa mucho resistir á los principios; porque la mala costumbre no nos lleve poco á poco á mayor dificultad.

Dicen los Santos, que nos habemos de haber con nuestro cuerpo, como un caballero que va sobre un caballo furioso y mal enfrenado, del cual con industria y valor se apodera, y le hace caminar por donde quiere, y al paso que quiere. Así acá es menester traer siempre el freno tirado, y no descuidar de la espuela; y de esa manera sereis señor de vuestro cuerpo, y hareis de él lo que quisiereis, y que camine por donde quisiereis, y al paso que quisiereis: y si no teneis valor y destreza para gobernarle y apoderaros de él, apoderaráse él de vos, y derribárosha en algun despeñadero. El medio que suelen tomar cuando una bestia tiene algun mal siniestro, para quitarsele, es no dejarle salir con él. Pues ese ha de ser tambien el medio que habemos de tomar nosotros, para quitar las siniestras y malas inclinaciones de nuestra carne, no dejarle salir con lo que ella quiere, sino contradecirla é irle á la mano en todos sus apetitos y deseos.

Para que nos animemos mas á este ejercicio, ayudarános mucho que vayamos siempre con aquel fundamento, que deciamos al principio, *capit.* 2 *et* 4, que este hombre esterior, esta nuestra carne y sensualidad, es el mayor contrario y enemigo que tenemos, y que como tal anda siempre procurando nuestro mal, apeteciendo contra el espíritu y contra la razon, y contra Dios. Una de las razones principales porque dicen los Santos, que el propio conocimiento es un medio eficacísimo para vencer todas las tentaciones, es, porque el que anda en este ejercicio, como tiene bien entendida su flaqueza y miseria, en asomando el pensamiento ó deseo malo, luego echa de ver que aquella es tentacion de su enemigo, que le quiere engañar, y así guardase de él, y no le da crédito ni oídos ningunos. Pero el que no se conoce ni trata de eso, no echa de ver la tentacion que le viene, ni la tiene por tal, especialmente cuando es conforme á su inclinacion y gusto; antes lo que es tentacion lo tiene por razon, y lo que es sensualidad le parece necesidad, y así facilmente es vencido de la tentacion. Pues esto os ayudará tambien mucho para mortificaros, acordaros que traeis con vos el mayor enemigo que teneis, y entended que todos esos apetitos y tentaciones que os vienen, son de vuestra carne y sensualidad, que como enemigo capital pretende y procura vuestro mal, y de esa manera facilmente os mortificaréis, y lo

desecharéis; por que ¿quién se fiará de su enemigo?

S. Bernardo (b) trae otra buena consideracion para esto: dice, que nos habemos de haber con nosotros mismos, y con nuestro cuerpo, como con un enfermo que nos hubiesen encomendado, al cual, aunque pida y desee mucho lo que le hace daño, se le ha de negar, y lo que hace provecho, aunque él no guste de ello, se lo han de dar, y hacer que lo tome. ¡O si nos acabasemos de tener por enfermos, y anduviésemos siempre con esta consideracion, que todos estos apetitos y deseos que nos vienen, son antojos de enfermos, y persuasiones de nuestro enemigo que nos quiere hacer mal; cuan facilmente los desecharíamos y venceriamos! Pero si vos no os teneis por enfermo, sino por sano, no os teneis por enemigo, sino por amigo, en grande peligro estais; porque ¿cómo habeis de resistir á lo que no pensais que es malo, sino bueno, y á lo que no pensais que es engaño, sino verdad?

Cuenta S. Doroteo, doct. 11, que estando en el monasterio con el cargo de las cosas espirituales, á quien acudian todos los monges con sus tentaciones: un dia vino á él uno de ellos á darle cuenta de una tentacion que tenia de gula, y como unas cosas se llaman á otras, pasaba adelante la tentacion, y llegaba á que le hacia hurtar cosas de comer. Preguntóle él con mucho amor la causa por que hacia aquello: respondió, que por la hambre que tenia, que no le bastaba lo que le daban en la mesa. Exhortabale á que fuese al Abad, y le declarase su necesidad: á él hizosele muy dificultoso, diciendo, que tendria mucha vergüenza en ir con eso al superior. Pues esperad, dice, que yo lo remediaré. Váse S. Doroteo al Abad, y dale cuenta de la necesidad del monge. El Abad remiteselo á él, que haga todo lo que le pareciere que conviene para su remedio. Con esto hace llamar al despensero, y mandale que á cualquier hora que aquel monge le pidiere de almorzar ó merendar, le dé todo cuanto le pidiere. El despensero obedeció, y dabaselo con muy buena gracia: con lo cual se comenzó de hallar bien, y por algunos dias no hurtó nada; pero de aí á poco tornó á su mala costumbre. Iba con muchas lágrimas á S. Doroteo á decir su culpa y pedir penitencia: (que ese tenia bueno, que declaraba luego sus faltas, el cual es medio muy eficaz para que no duren mucho) preguntale: ¿No os da el despensero lo que le pedís, haos dicho alguna vez de no? Muy bien, dice, lo hace el despensero, y todo cuanto le pido me da; pero tengo vergüenza de ir tantas veces á él. ¿Y de mí, dice, tendreisla, ya que sé vuestra tentacion, y os habeis declarado conmigo? Respondió que no: y con esto mandale que acuda á él, y le daría todo lo que hubiese me-

(b) *Bern. epist. seu tract. ad frat. de monte Dei.*

nester, y no hurtase nada de aí adelante. Tenia entonces S. Doroteo cuidado de los enfermos, y regalabale mucho. Con esto detuvose en hurtar por algunos dias, pero presto volvió á su mala costumbre; y fue con muchas lágrimas y confusion á decir su culpa, y pedir perdon y penitencia. Dicele S. Doroteo: Pues cómo, hermano mio, á mí no teneis empacho en pedirme, y yo os doy todo lo que habeis menester, ¿para qué hurtais? Respondió: Padre, no sé como es esto, ni para qué hurto; el vicio y mala costumbre me lleva tras sí, que yo ninguna necesidad tengo, ni como lo que hurto, que al jumento se lo doy; y así se halló, porque fueron á su aposento, y tenia los higos, ubas, manzanas y los pedazos de pan escondidos debajo de la cama, y allí se le dejaba hasta que se pudria, y entonces no sabiendo que se hacer de ello, lo llevaba á la caballeriza, y lo echaba al jumento. De lo cual se verá, dice S. Doroteo, el miserable y desdichado estado á que lleva á uno la pasion y mala costumbre: y cuanta razon tenemos de tenernos por enfermos y por enemigos. Bien veía este que hacia mal en aquello, y lloraba y se afligia mucho de haberlo hecho; y con todo eso no parece que se podia contener de tornarlo á hacer: por lo cual decia muy bien el Abad Nisqueron, que el que se deja llevar de la pasion y mala costumbre, se viene á hacer siervo y esclavo de ella.

## CAPÍTULO XII.

*Como se ha de ir poniendo en practica el ejercicio de la mortificacion.*

Pues el ejercicio de la mortificacion es el principal medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar victoria y señorío de nosotros mismos, y de nuestras pasiones y apetitos; será bien que vamos descendiendo mas en particular, declarando como habemos de ir poniendo en práctica este ejercicio. El órden y regla general que solemos dar en semejantes cosas, es, que pongamos los ojos en aquello de que tenemos mas necesidad, y que eso sea lo primero que procuremos alcanzar. Pues comenzad primero este ejercicio por las ocasiones de mortificacion que se os ofrecen, sin andarlas vos á buscar, ahora sea por medio de la obediencia, ó por medio de vuestros hermanos, ó por otra cualquier via. Recibid de buena voluntad todas esas ocasiones, y aprovechádos de ellas, porque eso es necesario, así para vuestra paz y quietud, como para dar buen ejemplo y edificacion. Habiamos nosotros de ser tan fervorosos en la mortificacion, pues nos va tanto en ello, que anduviesemos pidiendo é importunando á los superiores, que nos mortificasen en esto y en lo otro, y nos mandasen aquello á que tenemos mas repugnancia, y

nos diesen la penitencia, y la reprension en particular y en público delante de todos. Pero ya que no seais tan fervorosos como eso, recibid siquiera con paciencia y buena voluntad las ocasiones de mortificacion que se os ofrecen, y os envia Dios para vuestro ejercicio y aprovechamiento. Muchas son las ocasiones que en esto se nos ofrecen cada dia, y si uno anduviese sobre sí, y con deseo de mortificarse, siempre hallaría en qué; porque unas veces acerca de las cosas de la obediencia, os parecerá que á vos os mandan lo mas trabajoso, y que todo carga sobre vos, habiendo otros que podian hacer aquello: y á cada uno en su oficio se le ofrecen algunas cosas que le dan particular trabajo y mortificacion. Pues aprovecháos de esas ocasiones que teneis entre manos, y prevenîos para ellas, y haced cuenta, que eso dificultoso es vuestra cruz que habeis de llevar para seguir á Cristo. Otras veces se os ofrecerán ocasiones de mortificacion en la comida, en el vestido, en el aposento: holgáos que os quepa á vos siempre lo peor, como nos lo dice la Regla 25. *Summarii const.* Otras veces os darán la penitencia y la reprension; y algunas veces os parecerá que no teneis culpa, y otras que á lo menos no tanta, y que os dicen la cosa diferentemente de lo que pasó, ó que la encarecen demasiado; holgáos de todo eso, y no os escuseis ni os quejeis, ni querais luego volver por vos, y satisfacer al uno y al otro. Pues si vamos á las ocasiones de mortificacion que se nos ofrecen de parte de nuestros prójimos y hermanos con quien tratamos y conversamos, hallarémos tambien hartas, unas veces sin querer ellos, ni advertir en ello, y sin culpa alguna suya; otras por algun descuido ó negligencia, aunque no con mala intencion: otras veces se ofrecen ocasiones, en que os parece que sois desestimado, y que hacen poco caso de vos. Pues si vamos á las que nos envia el Señor inmediatamente con las enfermedades, tentaciones y trabajos que nos vienen, y con el repartimiento tan diferente de sus dones, así naturales, como sobrenaturales, no tienen cuento ni número las que cada dia se nos ofrecen, sin andarlas nosotros á buscar.

Estas son las ocasiones en que primero nos habemos de ejercitar; porque como estas mortificaciones se nos han de ofrecer muchas veces necesariamente, y las habemos de padecer, aunque nosotros no queramos, es menester que procuremos hacer de la necesidad virtud, para que ya que las padezcamos, sea con fruto; y fuera del aprovechamiento espiritual que en esto hay, ahorrarémos de mucho trabajo, si las tomamos de buena voluntad; porque muchas veces el trabajo y dificultad que sentimos, no está tanto en las cosas, cuanto en la repugnancia y contrariedad de nuestra voluntad; y así abrazán-

dolas de buena gana, aliviarémos mucho trabajo.

Otras mortificaciones hay que las habemos nosotros de hacer de nuestra voluntad, y por eso las llaman algunos activas, á diferencia de las pasadas, que llaman pasivas, porque las habemos de padecer, aunque no queramos, que son necesarias; y así han de ser tambien de las primeras: y de estas, unas hay que son necesarias, para que cualquier cristiano sea bueno, y se salve; como es mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de los mandamientos de Dios. Otras son necesarias para que uno sea buen Religioso, y alcance la perfeccion; como es mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de sus reglas, y el hacer las cosas bien hechas y con perfeccion; porque cosa cierta es, que no solo todos los pecados, como dijimos arriba, *cap.* 11, sino todas cuantas faltas é imperfecciones hacemos en el camino de la virtud, son por falta de mortificacion; porque todas son, ó por huir y no padecer algun trabajo que sentímos en hacer lo bueno y lo mejor, ó por no abstenernos de algun gusto y deleite que recibimos en lo malo ó imperfecto que hacemos. Vamos discurriendo por todas ellas, y hallaremos que si faltamos en la obediencia y en la observancia de las reglas, ó en la templanza, ó en el silencio, ó en la modestia, ó en la paciencia, ó en cualquier otra cosa, todo es por falta de mortificacion, ó por no padecer el trabajo que está anejo á aquello, ó por no abstenernos del gusto y deleite que recibimos en lo contrario. De manera que si quereis ser buen Religioso y alcanzar la perfeccion, es necesario que os mortifiqueis en estas cosas. Así como para ser uno buen cristiano y salvarse, es menester que se mortifique en todo aquello que apetece contra la ley de Dios; y por eso dijo Cristo nuestro Redentor: Matth. cap. 16, v. 24: El que quisiere venir en pós de mí, nieguese á sí mismo: y si no se niega, y mortifica en eso, no será buen cristiano, ni se salvará: así para ser buen Religioso y alcanzar la perfeccion, es menester que os mortifiqueis en todo lo que os fuere impedimento para ello: pues discurrid por todas las obras del dia, desde la mañana hasta la noche, y mirad lo que os impide el guardar vuestras reglas, y el hacer las cosas ordinarias que haceis bien hechas y con perfeccion, y acometed aquel trabajo, y mortificáos en aquel gusto que os hace hacer la cosa mal ó imperfectamente, y de esa manera cada dia serán las obras mejores y mas perfectas, y vos tambien sereis mejor y mas perfecto: todo el punto de nuestro aprovechamiento está en acabarnos de resolver en esto.

Preguntó uno una vez, ¿qué es la causa que por una parte me da Dios buenos deseos de la virtud, y por

otra cuando se ofrece la ocasion, me hallo flaco y caigo en muchas faltas, y nunca acabo de arribar á la perfeccion? Decian unos y otros, eso nace de falta de consideracion: si consideraseis esto y esto, os ayudaría: y dábanle muchas consideraciones, y no le aprovechaba nada. Llegó á un viejo muy esperimentado, el cual le respondió: No nace eso de falta de consideracion, sino de falta de resolucion. Esa es la causa de no aprovechar: acabáos vos de resolver en mortificaros en lo que habemos dicho, y de esa manera alcanzaréis la perfeccion.

## CAPITULO XIII.

### *Como nos habemos de mortificar en las cosas lícitas, y tambien en las cosas necesarias.*

No parece que habia mas que decir acerca de la práctica y ejercicio de la mortificacion, sino que nos ejercitemos muy bien en ella de las dos maneras sobredichas, porque eso bastará para ser buenos y perfectos Religiosos; pero para que mejor hagamos esas, y estemos mas prontos y dispuestos para ellas, ponen los Santos y maestros de la vida espiritual otro ejercicio de mortificacion en cosas que podiamos hacer licitamente: así como el buen cristiano no se contenta con hacer las cosas de obligacion que son necesarias para salvarse, sino añade otras de devocion, que llaman los téologos obras de supererogacion, porque no se contenta con oír Misa los dias de precepto, sino oyela tambien entre semana, y reza el rosario de nuestra Señora, y confiesa y comulga á menudo: así el buen Religioso no se ha de contentar con guardar sus reglas, y mortificarse en lo que es necesario para el cumplimiento de ellas, sino ha de procurar hacer otras mortificaciones de supererogacion, á que no le obligan sus reglas, mortificandose en algunas cosas no necesarias, sino que lícitamente las pudiera hacer.

S. Doroteo (a) dice, que no hay cosa que así ayude para aprovechar en virtud, y alcanzar paz y tranquilidad, como quebrantar uno su voluntad; y enseña el modo que habemos de tener en mortificarnos en estas cosas que pudieramos hacer lícitamente. ¿Vais por una parte, vieneos gana de volver la cabeza y mirar acullá? no mireis. ¿Estais hablando con otros, ofreceseos una cosa que viene muy á propósito, os parece que os tendrán por discreto y avisado? no la digais: *Suadet tibi cogitatio tua, adi cocum, et interroga quid parat obsonii, non obtemperes*: Ejemplos son que pone el mismo Santo, que tan en particular desciende como esto: ¿Vieneos gana de saber que tenemos para comer? no lo querais saber. *Cernit fortasse quidpiam, suadet illi cogitatio, ut interroget quisnam illud*

(a) *S. Dorot. serm.* 1 *de obedientia, et negat. propr. volunt.*

*attulerit: non interroget*: ¿Veis alguna cosa de nuevo en casa, vieneos gana de saber quien envió aquello, ó quien lo trajo, si es comprado, ó si es dado? no lo pregunteis. En viniendo el huesped, luego os viene gana de preguntar ¿quién vino? ¿De dónde viene? ¿A donde vá? ¿A qué? No lo sepais, mortificáos en eso.

Este ejercicio, dice S. Doroteo, que ayuda grandemente para criar hábito de negar nuestra voluntad, porque si nos acostumbramos á quebrantarla en estas cosas pequeñas, en breve vendremos á no tener propia voluntad en las mayores. Así como los que se crian para la guerra, ejercitan en tiempo de paz lo que han de hacer en tiempo de guerra, ensayándose en unas justas y zuizas, que entonces son juegos; pero es necesario aquello para que estén diestros y acostumbrados para cuando vengan las veras. Así el Religioso se ha de acostumbrar á mortificar y quebrantar su voluntad en las cosas lícitas, para que así esté despues diestro y bien acostumbrado para mortificarse en las ilícitas. S. Buenaventura (b) enseña tambien este ejercicio de mortificarnos en cosas pequeñas, y que de suyo son lícitas, y las podiamos hacer; y pone ejemplo en coger una flor, ó no cogerla, cuando vais por la huerta: porque aunque el cogerla no sea culpa, pero el dejarla de coger por mortificaros, es mas grato á Dios; y así dice, que el siervo de Dios ha de decir muchas veces en su corazon: Por vuestro amor, Señor, ni quiero ver esto, ni oír lo otro, ni gustar este bocado, ni tomar ahora esta manera de recreacion. De nuestro padre S. Francisco de Borja se cuenta, l. 1, c. 5 de su vida, que siendo duque, era muy aficionado á la caza de cetreria, y que gustaba mucho de ella, é iba á volar una garza, y al mejor tiempo, al punto que el halcon hacia su presa y la mataba, bajaba él sus ojos, y les quitaba tambien la presa, privándose de aquel contento y recreacion, que con tanto trabajo habia buscado todo el dia. Dice S. Gregorio, lib. 4 dialog. c. 11, que es propio de los siervos de Dios privarse de las cosas lícitas, por estar muy lejos de las ilícitas.

Por esto aquellos santos padres del yermo estimaban tanto este ejercicio, y criaban con él á sus discípulos, quitándoles lo que ellos querian, y haciéndoles hablar lo que no querian, en cosas pequeñas, y que las pudieran hacer sin pecado y sin imperfeccion alguna, para que en todo negasen su voluntad, y estuviesen hechos á las armas para cosas mayores. Y del que en estas mortificaciones ligeras y fáciles aprovechaba bien, tenian buenas esperanzas, que llegaria á la perfeccion; y del otro sentian mal, porque les parecia que una voluntad acostumbrada á hacer lo que quiere, aunque sea en

(b) *Bonav. et Ludo. Blosius, c. 2 monil. spirit.*

cosas pequeñas y de poca importancia, se hallará muy rebelde para negarse despues en las mayores: y de aí tomó la Compañía el ejercicio que usa, especialmente á los principios, con los novicios, ocupándolos en ejercicios y oficios diferentes, y haciéndoles dejar lo que han comenzado, y deshacer lo que han hecho, y volverlo á hacer, para que no se crien voluntarios y apetitosos, sino que desde el principio se acostumbren á negar su voluntad y juício propio.

Mas adelante pasan los Santos en este ejercicio de mortificacion. No se contentan con que nos acostumbremos á negar nuestra voluntad en las cosas lícitas, que pudieramos hacer sin pecado y sin imperfeccion alguna, sino que aun en las mismas cosas á que tenemos obligacion de acudir, nos aconsejan que nos acostumbremos á mortificar y negar nuestra voluntad. Pero dirá alguno: ¿Cómo puede ser eso? ¿Habemos de dejar de hacer aquello que tenemos obligacion, por mortificarnos? Digo que no, en ninguna manera, porque eso seria mal hecho: *Non sunt facienda mala, ut veniant bona*: ad Rom. c. 3, v. 8: No es lícito hacer mal, para que venga algun bien. Pues ¿cómo ha de ser eso? Hallaron los Santos para esto una traza maravillosa, y es doctrina del Apóstol S. Pablo: Advertid, dice, y tened cuenta, que ninguna cosa hagais, ni penseis, ni hableis, que vaya guiada por cumplir vuestra voluntad ó apetito, sino antes que comais, habeis de mortificar el apetito de la gula, y no habeis de comer porque vos gustais de ello y lo quereis, sino porque es obediencia de Dios, que quiere y manda que comais para sustentar la vida, como lo hacia el Abad Isidoro, del cual refiere Paladio, in historia Lausiaca, lection. 1, que lloraba cuando iba á comer, é iba por obedecer. Antes que estudieis, habeis de mortificar el apetito de estudiar, y despues estudiad, porque Dios lo quiere y os lo manda, y no por vuestra voluntad y gusto: antes que prediqueis, ó leais la catedra, mortificad el apetito é inclinacion que teneis á eso, y no lo hagais por vuestro gusto y aficion sino porque os lo mandan, y es voluntad de Dios. Y de la misma manera en todas las demas cosas habeis de quitar la propiedad de vuestra voluntad, y hacerlas porque Dios lo quiere; porque no es razon que ellas nos lleven cautivos ácia sí, sino que nosotros las traigamos á ellas á nos, y á Dios, haciéndolas puramente por él: esto es lo que dice el Apóstol: *Sive ergo manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite*: 1 ad Cor. cap. 10, v. 31. Ahora comais, ahora bebais, ahora hagais otra cualquier cosa, hacedlo todo á gloria de Dios.

Este es un punto muy principal, y muy espiritual: 1. p. 3, c. 8: no habemos de hacer las obras, ni el oficio que hacemos por el gusto é inclinacion que tenemos á ello, si-

no puramente por Dios; porque él así lo quiere y nos lo manda, acostumbrándonos á hacer en todas ellas, no nuestra voluntad, sino la de Dios, y á holgarnos en ellas, no porque las cosas son de suyo apetecibles, ni porque nosotros gustamos de ellas, y son conforme á nuestra inclinacion, sino porque estamos haciendo en ellas la voluntad de Dios. El que anduviere de esta manera, no solamente se acostumbrará á mortificar y negar su voluntad, sino á estar haciendo la voluntad de Dios en todas las cosas, que es un ejercicio muy alto de amor de Dios, y de gran provecho y perfeccion, como dijimos en otra parte.

Harto campo habemos descubierto para este ejercicio; y así el que quisiere traer exámen particular de mortificar y negar su voluntad (que será muy provechoso) ha de ir poco á poco por los grados y escalones que habemos dicho en estos dos capítulos. Lo primero, podemos traer exámen particular de mortificarnos en las cosas que ellas mismas se ofrecen, sin nosotros buscarlas, en que hay harto que hacer por algunos dias, y aun por muchos: especialmente si habemos de llegar á llevarlas, no solo con paciencia, sino con gozo y alegria, que es el tercero y mas perfecto grado de mortificacion, como despues diremos. Lo segundo, en mortificar nuestra voluntad en lo que nos estorba é impide el hacer bien las cosas que necesariamente habemos de hacer para ser buenos Religiosos, y guardar nuestras reglas, y proceder con edificacion, que son innumerables. Lo tercero, de mortificarnos en algunas cosas que lícitamente pudieramos hacer, para de esa manera irnos habituando y acostumbrando á negar nuestra voluntad, y estar mas prontos y dispuestos para cuando se ofrezcan otras mayores, proponiendo de mortificarnos en estas cosas tantas veces á la mañana, y tantas á la tarde, comenzando al principio con menos, y despues añadiendo mas, conforme, ó como fuere cada uno aprovechando; y mientras mas veces se mortificáre uno, será mejor, aunque se le acaben todas las cuentas del rosario, como habemos conocido á algunos en la Compañia, que las pasaban todas mortificándose cada dia tantas veces, y se les parecia bien en su aprovechamiento. Lo cuarto, en las mismas cosas que tenemos obligacion de hacer, podemos traer este exámen, procurando hacerlas, no porque nosotros las queremos y gustamos de ellas, sino porque es aquella la voluntad de Dios, que es un ejercicio que puede durar toda la vida, por ser de grande perfeccion: á lo cual añado, que este exámen por estos mismos puntos se puede traer por via de conformidad con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas como venidas de su mano, y que nos las envia con entrañas de padre, para nuestro mayor bien y

provecho, haciendo cuenta que el mismo Cristo nos está diciendo: Hijo, yo quiero que ahora hagas ó padezcas esto; porque de esta manera será mas fácil y suave, y mas provechoso y eficaz, y de mas perfeccion: porque será ejercicio de amor de Dios, el cual todas las cosas hace fáciles y suaves. Aquella razon, esto es la voluntad de Dios, Dios quiere y gusta ahora de esto, convence y concluye, y ata de pies y manos.

De nuestro padre S. Francisco de Borja leemos, lib. 1, c. 15 de su vida, que una vez partió tarde de Valladolid á Simancas, donde estaba la casa de probacion, nevaba mucho, y hacia un viento muy frio y riguroso, y vino á llegar muy de noche, y á tiempo que ya estaban reposando los novicios. Estuvo un gran rato llamando á la puerta, cayendo copos de nieve sobre él, y como era el primer sueño, y la puerta estaba lejos de la habitacion, no habia quien respondiese: á cabo de grande rato le oyeron, y le abrieron, quedando muy corridos los novicios de haber hecho aguardar tanto á su Padre, y verle traspasado y tiritando de frio. Díjoles entonces el santo Padre con muy buena gracia y alegre semblante: No tengais pena, hermanos mios, que yo os certifico, que el Señor me ha regalado mucho el tiempo que he estado aguardando; porque estaba pensando, que el Señor era el que tiraba los copos de nieve, y enviaba los aires elados sobre mí, y que todo lo que obra, lo obra con infinita alegria y gusto suyo, y que debia yo regocijarme, considerando el gusto de Dios en castigarme y afligirme, y gozarme del gozo que él tenia en esta obra, pues se despedaza un leon, ú otro animal bruto delante de un gran Príncipe, por solo darle contento. De esta manera habemos de tomar nosotros todas las ocasiones de mortificacion, y ese ha de ser nuestro gusto y contento en ellas, y el gusto y contento de Dios nuestro Señor.

## CAPÍTULO XIV.

### *Que principalmente nos habemos de mortificar en aquel vicio ó pasion que reina mas en nosotros, y nos hace caer en mayores faltas.*

En el libro primero de los Reyes cuenta la sagrada Escritura, que mandó Dios á Saúl por el profeta Samuél, que destruyese á Amalec, á hecho, que no dejase piante ni mamante, como dicen, grande ni pequeño, ni de los hombres, ni de los animales y ganados. Y dice la divina Escritura: *Et pepercit Saul, et populus, Agag, et optimis gregibus ovium, et armentorum, et vestibus, et arietibus, et universis quæ pulchra erant, nec voluerunt disperdere ea.* 1 Reg. cap. 15, v. 9. Perdonó Saúl y el pueblo al rey Agag, y á lo mas grueso del ganado mayor y menor, y á todo lo que era precioso y de va-

lor: *Quidquid verò vile fuit, et reprobum, hoc demoliti sunt*: Y todo lo vil y desechado, y que no valia nada, eso destruyeron. Así hay algunos que se mortifican en cosas pequeñas y livianas; pero en las cosas mayores, que importan y les hacen mas al caso, perdonanse y quedanse muy vivos y muy enteros. Pues para aviso de estos, digo que lo principal en que habemos de poner los ojos para mortificarlo y ofrecerlo á Dios, ha de ser lo mas precioso. Va luego Samuél, y reprendele muy asperamente de parte de Dios por lo que habia hecho, y hace que le traigan delante á Agag rey de Amalec: *Et oblatus est ei Agag pinguissimus, et tremens, et in frustra concidit eum Samuel coram Domino in Galgalis*: 1 Reg. c. 15, v. 32: Hizo sacrificio de él á Dios. Pues eso ha de ser lo principal que habeis de sacrificar y ofrecer á Dios con la mortificacion. Ese Agag de vuestra hinchazon y soberbia, eso que reina mas en vos, esa impaciencia, esa condicion áspera y mala que teneis, ese deseo y apetito de ser tenido y estimado.

Hay algunos que todo su cuidado, y toda su santidad y perfeccion, parece que ponen en esto esterior, que se parece de fuera en traer una modestia y composicion muy edificativa, y que esteriormente no se les eche de ver falta ninguna; y con la mortificacion interior, que es la mas preciosa y subida, no tienen cuenta ninguna, sino que se estan muy vivos y enteros en su propia voluntad y juício, y en su honra y estimacion: á los cuales podriamos decir en su modo lo que dijo Cristo á los escribas, y fariseos: *Væ vobis Scribæ, et Pharisæi hipocritæ, quia mundatis, quod de foris est calicis, et paropsidis, intus autem pleni estis rapina, et immunditia*! Matt. c. 23, v. 25: ¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, que teneis mucha cuenta con la limpieza esterior de los platos y vasos en que comeis y bebeis, y dentro estais llenos de inmundicia de hurtos y de rapiñas! *Pharisæe cæce, munda prius, quod intus est calicis, et paropsidis, ut fiat id quod de foris est, mundum*: Limpiad y mortificad primero lo interior, para que lo esterior sea puro y limpio; porque esa modestia esterior, si no nace de allá dentro de la paz y maduréz interior del corazon, todo será hipocresía y fingimiento. No seais, dice Cristo nuestro Redentor, como los sepulcros blanqueados, que parecen por defuera muy hermosos, y dentro estan llenos de huesos de muertos, y de toda inmundicia. Y en el mismo capítulo, aun mas á nuestro propósito, reprende á los mismos escribas y fariseos, diciendo: *Væ vobis Scribæ, et Pharisæi hipocritæ, qui decimatis mentam, et anethum, et cyminum, et reliquistis quæ graviora sunt legis, judicium, et misericordiam, et fidem*! Matt. c. 2, v. 13: ¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, que teneis mucho cui-

dado, que no se quede por diezmar la yerba buena, el anís y cominos, y dejais las cosas mas graves de la ley, y no teneis cuenta con ellas! Esto es al pie de la letra lo que ahora vamos diciendo, que hay algunos que tienen mucho cuidado de mortificarse en cosas de poco momento, y que no les cuesta nada; pero en lo que duele, en cosa que llegue á lo vivo, no hay tocar. Pues eso ha de ser lo principal que habemos de mortificar, aquella pasion, ó aquel vicio ó inclinacion ó costumbre mala que mas reina en nosotros, y nos lleva mas tras sí, nos pone en mayores peligros, y nos hace caer en mayores faltas. Por esperiencia vemos, que cada uno comunmente suele sentir en sí una, ó dos ó tres cosas, que son las que principalmente le hacen la guerra, y le impiden su aprovechamiento, y son causa de todo su desmedro. Pues eso decimos que es en lo que principalmente ha de poner cada uno los ojos, para quitarlo y desarraigarlo de sí con la mortificacion: y por esto tambien solemos encargar, que de esto principalmente se haga el examen particular, y que en esto se insista principalmente en la oracion, porque esa es la principal necesidad de cada una.

## CAPÍTULO XV.

*Que no habemos de dejar las mortificaciones en cosas pequeñas, y cuan provechosas y agradables sean á Dios estas mortificaciones.*

De tal manera habemos de poner los ojos en las cosas mayores, que no dejemos las menores. Este aviso es contra algunos que dejan las mortificaciones pequeñas, y no hacen caso de ellas, por parecerles que son cosas menudas, y que no está en eso el aprovechamiento y perfeccion. Este es un engaño muy grande, y asi nos avisa tambien de ello Cristo nuestro Redentor en aquella misma reprension que dió á los escribas y fariseos; porque no les reprendió porque tenian cuidado de aquellas menudencias, sino porque dejaban las cosas graves de la ley. Antes, añade luego, que es menester tambien hacer estas cosas: *Hæc oportuit facere, illa non omittere*: Matth. 23. Conviene, dice, que se hagan las cosas pequeñas; pero no se han de dejar las mayores. Muchas veces tratamos cuanto importa el hacer caso de cosas pequeñas y menudas, y no nos descuidar en ellas: y á la verdad él es un punto de tanta importancia, que merece ser tratado muchas veces, para que no se nos vaya entrando por aí tanto mal, como suele entrar por esos resquicios. Pero ahora sola-

mente dirémos lo que hace á nuestro propósito, que será declarar dos cosas. La primera, el bien grande que hay en estas mortificaciones. La segunda, cuan grande mal y daño nos puede venir, si nos descuidamos de ellas. Y comenzando de lo primero, cuanto agradan á Dios las mortificaciones, aunque sean en cosas pequeñas, y de cuanto valor y mérito sean delante de él, entenderáse bien por aqui: en la mortificacion no se ha de mirar tanto á las cosas que hacemos, cuanto á que negamos y quebrantamos en ella nuestra propia voluntad; porque eso es propiamente el mortificarse y negarse á sí mismo, que Cristo nuestro Redentor nos pide en el sagrado Evangelio. Matth. 16, v. 24. Pues esta propia voluntad tambien se niega y quebranta en las cosas muy pequeñas, como en las muy grandes; y aun algunas veces mas, como cuando son mas contra nuestra voluntad, como lo esperimentamos muchas veces, que sentimos mas dificultad en algunas cosas pequeñas, que sintieramos en otras grandes; porque como suelen decir, y muy bien, la mortificacion no está tanto en las cosas, cuanto en la repugnancia de nuestra voluntad. De manera que en cualquier mortificacion, aunque sea en cosas pequeñas, ofrecemos y sacrificamos á Dios nuestra propia voluntad, negándola y quebrantándola por su amor, y dándole la cosa mas preciosa, y mas querida y amada que tenemos; porque no tenemos cosa de mayor valor, ni que mas queramos y estimemos, que nuestra propia voluntad, y dando eso, lo damos todo.

S. Ambrosio (a) pondera á este propósito aquel hecho de David, cuando estando en campo contra los filisteos, dice la sagrada Escritura que: *Desideravit, et dixit: O si quis daret mihi aquam de cisterna Bethlehem!* Deseó, y dijo: ¡O quien me diese un poco de agua de la cisterna de Belén! que estaba de la otra parte de los enemigos. Oyendo esto tres caballeros fortísimos, rompieron por medio del ejército de los filisteos, y trajeronle un vaso de agua de aquella cisterna; y dice la sagrada Escritura: *Qui noluit bibere, sed magis libavit illam Domino*: No la quiso beber, sino dice que la sacrificó y ofreció al Señor, derramandola. Gran cosa por cierto, y gran sacrificio ofrecer á Dios un jarro de agua, dice S. Ambrosio: gran sacrificio fue, y muy agradable á Dios, y basta contarnoslo la sagrada Escritura por hazaña de David, para entender que fue grande. Pero ¿por qué fue grande? ¿Sabeis por qué? Dice S. Ambrosio: *Vicit ergo naturam ut sitiens non biberet, et exemplum de se præbuit, quo omnis exercitus tolerare sitim disceret.* Venció la naturaleza, quebrantó su voluntad en no beber, teniendo sed, y dió ejemplo á todo el ejército, para que sufriese la sed. No fue so-

(a) *Ambros. in Apolog. de Dav. cap. 7, v. 1. 1 Paral, 11, v. 17.*

lo el jarro de agua lo que ofreció, sino la voluntad: esa es la que sacrifica y ofrece uno á Dios, cuando se mortifica, aunque sea en cosas pequeñas, y por eso es sacrificio de mucho valor, y muy agradable delante de su Magestad.

S. Gregorio, lib. 27 mor. cap. 27, trae otro ejemplo del mismo *David* á este propósito; y tambien le trae S. Ambrosio, *ubi supra.* Cuenta la sagrada Escritura en el segundo libro de los Reyes, que *David* trajo el arca del Testamento á su ciudad de Sion, con una procesion y solemnidad muy grande, y asi como cuando acá se hace procesion en dia del Corpus Christi, el vulgo y la gente plebeya va con sus danzas y bailes delante del Santísimo Sacramento: asi es de creer, dice san Gregorio, que tambien entonces el vulgo y la gente plebeya hacia estas danzas y bailes delante del arca de Dios. Pues aquel potentísimo y fortísimo rey David, olvidado de su autoridad y grandeza, desnudase de sus vestiduras Reales, juntase con los danzantes, y comienzan á danzar, bailar y tañer: *Quasi si nudetur unus de scurris*, 2 Reg. cap. 6, v. 10: et 1 Paral. cap. 15, v. 29, le dijo su muger Micól: Como si fuera villano, ó un hombre de placer. No se acaba S. Gregorio de maravillar de este hecho de David, y dice: *Quid de ejus factis ab aliis sentiatur ignoro. Ego David plus saltantem stupeo, quam pugnantem*: No sé lo que otros sentirán de los hechos y hazañas de David: sientan otros lo que quisieren; pero á mí, dice, mas admiracion me pone David cuando le veo danzar y bailar delante del arca, como si fuera un hombre plebeyo y bajo, que cuando oigo decir que despedazaba osos, y desquijaba leones: y mas, que cuando oigo que de una pedrada derribó al gigante Goliat, y venció á los filisteos: *Pugnando quippè hostes subdidit*; *saltando autem coram Domino semetipsum vicit.* Porque con esto venció á otros; pero con aquello venció á sí mismo, é hizo mucho mas en vencerse á sí, que en vencer á otros.

Pues estimemos en mucho estas mortificaciones, y guardemonos de menospreciarlas, porque no nos acontezca lo que le aconteció á Micól, que se afrentó y corrió de este hecho de David, y le despreció en su corazon por él, y le dió despues en rostro con ello: por lo cual la castigó Dios con esterilidad que no tuviese hijo ninguno en toda su vida. Mirad no sea la causa de vuestra esterilidad y sequedad, asi en la oracion, como en el trato con los prójimos, de que no se os peguen, ni vuestras palabras se les peguen, y asi no tengais hijos espirituales; el afrentaros ya de hacer las mortificaciones pequeñas, y el desdeñaros de acudir al superior con cosas menudas, pareciéndoos que es cosa de niños y de novicios, y que ya no son para vos esas cosas: *trat. 2, cap. 7*: y mucho mas deben temer este castigo los que die-

sen en rostro con estas cosas á los que ven que son muy observantes, y muy exactos y puntuales en ellas, notándolos como de escrupulosos, ó de muy menudos, ó como haciendo burla y donaire de ellos, que es una cosa con que se puede hacer mucho daño, y de que deberia uno tener mucho escrúpulo, porque cuanto es de su parte retrae á los otros de la virtud. ¡O qué bien respondió David á Micól! *Ante Dominum, qui elegit me potius, quam Patrem tuum, et ludam, et vilior fiam, plusquam factus sum, et ero humilis in oculis meis*: 2 Reg. c. 6, v. 21. Delante de Dios, que me escogió á mí antes que á tu Padre, juzgaré y danzaré, y haréme aun mas vil y mas bajo, y no me apartará de eso el que mofa y murmura de mí. ¡*O*, dice S. Bernardo epis. 87 in fin. *bonus ludus quo Michol irascitur, et Deus delectatur, bonus ludus, qui hominibus quidem ridiculum, sed Angelis pulcherrimum spectaculum præbet*! ¡O qué buen juego aquel, con el cual Micól se enoja, y Dios se deleita! ¡O qué buen juego aquel que al mundo parece risa, pero á los Angeles es un admirable espectáculo! Este juego usaba el que decia: *Spectaculum facti sumus mundo, et Angelis, et hominibus.* 1 ad Cor c. 4, v. 6. Pues usemos nosotros tambien este juego, y no hagamos caso del que dirán, dice S. Bernardo: *Laudamus ut illudamur*: porque de esta manera seremos un espectáculo que espante al mundo, y admire á los Angeles, y agrade mucho á Dios.

## CAPÍTULO XVI.

*Del mal y daño que se sigue de menospreciar las mortificaciones en cosas pequeñas.*

De lo dicho se podrá entender facilmente cuanto mal y daño se nos puede seguir, si menospreciamos las mortificaciones pequeñas, y nos descuidamos de ellas; porque no habemos de mirar tanto á la cosa pequeña y menuda en que nos dejamos de mortificar, cuanto á que no queremos negar ni quebrantar nuestra voluntad por amor de Dios, ni aun en aquello poco. Y hay aqui otro daño muy grande, y muy digno de ser advertido, y es, que con esto va uno dando licencia á su voluntad para que en otras cosas salga tambien con lo que quisiere: y asi se va haciendo voluntarioso y apetitoso, fomentando y aumentando su propia voluntad. No entiende uno el mal y daño que en esto se hace á sí mismo: al principio es leoncillo pequeño esta propia voluntad; pero de esa manera irá creciendo, y se hará un leon fiero é indómito, que no os podais despues averiguar con él. Bien sabemos todos, que la propia voluntad es la causa y raiz de todos los males y pecados, y del infierno tambien: *Cesset propria voluntas, et infernus non erit*, dice el glorioso y bienaventurado S. Bernardo, serm. 3 de Resurrectione: Cese la propia voluntad, y no habrá in-

fierno. Pues con estas mortificaciones va uno quebrantando su propia voluntad, y quitando la licencia de que salga con todo lo que quiere, que suele ser la raiz y causa de todos nuestros males y pecados. Y asi dice Ricardo de S. Victor, in Cantic. p. 2, cap. 21, que pues el demonio trabaja en vencernos en *culpas* pequeñas, para que estando mas flacos nos venza en culpas grandes, que es justo que nosotros trabajemos tambien en vencernos y mortificarnos á menudo en cosas pequeñas, para que cerremos la puerta al demonio, y no nos pueda vencer en cosas mayores: y dice que habemos de comenzar por estas cosas pequeñas, para que con el uso vayamos cobrando fuerzas, y de la victoria de las menores vayamos subiendo poco á poco á vencer las mayores. Casiano, lib. 8, cap. 18, da tambien este aviso, y pone ejemplo, como cuando os viene un movimiento de ira con la pluma con que escribís, cuando no está buena, ó con el cuchillo, cuando no corta bien, ó con otras cosas semejantes: conviene mucho, dice, mortificar y reprimir esos movimientos desordenados, aunque sea en estas cosas pequeñas, porque con esta victoria, cuando se ofrecen despues ocasiones graves de disgustos é injurias de prójimos, se halla el siervo de Dios con fuerzas para mortificarse, y para conservar la caridad y paz del corazon en ellas.

Y mas hay otro bien en estas mortificaciones pequeñas: que toma uno de su voluntad, con que se evita otro daño y peligro grande, como nos lo enseñó Eusebio, varon santísimo, y lo refiere Teodoreto in sua hist. Religios. Ejercitabase mucho este Santo en ellas, y preguntado ¿por qué? Respondió: Ensayome contra las artes y ardides del demonio, y procuro con esto que las tentaciones grandes con que él me habia de acometer, de soberbia, lujuria, envidia y otras semejantes, se conviertan en estas cosas pequeñas, en las cuales si yo fuere vencido, no perderé mucho, y si venciere, quedará mas corrido y afrentado el demonio, viendo que aun en estas cosas pequeñas no me puede vencer. Nótese mucho esto, porque es una verdad de que tienen mucha esperiencia los siervos de Dios. Entended, que mientras anduvierais en este ejercicio de mortificaros en cosas pequeñas y menudas, se convertirán en eso las tentaciones del demonio, y vuestras tentaciones serán comunmente de esas cosillas: si haré esta mortificacion, si venceré esta repugnancia, ó lo dejaré: que cuando quedeis vencido alguna vez en eso, no perdereis mucho; pero si cesais de ese ejercicio, y no tratais de pelear con el demonio, y contra vuestra carne en esas cosas pequeñas, él y ella os harán la guerra con otras tentaciones mayores, en las cuales si quedais vencido, quedareis perdido.

El bienaventurado S. Agustin tr. 2 sup. Joan. cuenta que un hom-

bre católico estaba muy enfadado con unas moscas que le molestaban mucho; llegó á visitarle un herege maniqueo, y cuéntale su trabajo, que no se podia valer de las moscas, y que estaba muy tentado con ellas. Al maniqueo parecióle aquella buena coyuntura para encajarle su error, que era haber dos principios de las cosas, uno de las invisibles, que es Dios, y otro de las corporales y visibles, que decian los maniqueos ser el demonio, contra el cual error se pusieron en el Simbolo que canta la Iglesia aquellas palabras: *Visibilium omnium, et invisibilium*: donde confesamos que todas las cosas crió Dios, no solamente las espirituales é invisibles, sino tambien las corporales y visibles. Pues viendo el herege tan buena ocasion para persuadir al otro su error, dícele: ¿Quien crió estas moscas? El otro como estaba tan enfadado con ellas, y le parecian tan mal, no se atrevió á decir, que Dios las habia criado. Cogesela el maniqueo, y dícele: Pues si Dios no hizo estas moscas, ¿quién las pudo hacer? Dice el otro: El diablo creo que las hizo. Vuelve luego el maniqueo: Pues si el demonio hizo las moscas, como vos decís, la abeja es un poquito mayor que la mosca, ¿quién la hizo? No se atrevió el otro á decir que Dios habia criado la abeja, y la mosca no, porque iba muy poco de la una á la otra: y asi dijo, que si Dios no habia criado las moscas, tampoco criaria las abejas. Fue el maniqueo poco á poco llevándole mas adelante, y de la abeja pasó á la langosta, que es un poco mayor, y de la langosta á la lagartija, y de la lagartija al pajarito, y del pajarito á la oveja, y de alli al buey, y despues al elefante, y finalmente al hombre: *Et persuasit homini, quod non à Deo factus est homo*: Y persuadióle, que tampoco habia criado Dios al hombre. Mirad á que estremo de males vino á traer á este miserable el no saber sufrir una pequeña mortificacion de unas picaduras de moscas: y asi dice S. Agustin: Guardaos no os engañe el demonio, cuando estais tentado y enfadado de las moscas, como engañó á este desdichado, que con las moscas le cazó. Suelen, dice, los cazadores poner en el lazo moscas para cazar algunas aves, y asi lo hizo el demonio con este desventurado, que con moscas le armó, y le cogió. Pues guardaos no os engañe á vos tambien el demonio, cuando estais enfadado y tentado, triste y melancólico sobre cosas pequeñas y menudas, porque con estas moscas suele cazar el demonio á muchos, y llevarlos poco á poco á cosas mayores.

## CAPÍTULO XVII.

*En que se ponen tres avisos importantes en esta materia.*

Para tres géneros que hay de personas, pondrémos aqui tres avisos, para consuelo de los unos,

y desengaño de los otros. Las condiciones de los hombres son diversas, hay algunos que tienen unos naturales difíciles, y sienten gran dificultad, y gran repugnancia y contradiccion de su carne para las obras de virtud, con lo cual andan desconsolados, pareciéndoles que es ya todo perdido. (a) Para esto es el primer aviso consolatorio, que no está la culpa, ni la imperfeccion en tener y sentir estas repugnancias y movimientos contra la razon, sino en seguirlos y obrar conforme á ellos, como en las tentaciones no está la culpa en los movimientos ó pensamientos malos y feos que nos vienen contra la castidad, ó contra la fé, ó contra cualquier virtud con que algunos se suelen afligir y desconsolar mucho. Dicen muy bien los Santos, no os fatigueis, ni tengais pena de esto, que no está la culpa en el sentimiento, sino en el consentimiento. Cuando á vos os pesa de esas cosas, y procurais resistir y no hacer caso de ellas, antes son materia y ocasion de mayor merecimiento. De la misma manera es en las inclinaciones y condiciones malas que tenemos de nuestra naturaleza, unos mas, otros menos, de los cuales se nos levantan tan malos movimientos de nuestro apetito, y tantas repugnancias y dificultades para lo bueno: no está en eso el ser uno malo ó bueno, ni el ser perfecto ó imperfecto, porque eso es natural, y no está en nuestra mano, sino que lo heredamos con el pecado. Y S. Pablo con ser S. Pablo, sentia en sí esa contradiccion y rebeldía de su carne, y decia: *Video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meæ et captivantem me in lege peccati, quæ est in membris meis.* Ad Rom. c. 7, v. 23. Y S. Agustin esplica á este propósito aquello del Salmo cuarto: *Irascimini, et nolite peccare*: Airaos, y no querais pecar: *Id est, licèt insurgat motus animi, qui jam propter pœnam peccati non est in potestate, saltem non consentiat ei ratio, et mens, sed mente serviamus legi Dei, si adhuc carne servimus legi peccati*: Aunque se levante allá en vuestro apetito el movimiento de impaciencia y de ira, no os dejeis llevar ni consintais en él, y no pecaréis. Bramando iban aquellas vacas que llevaban el arca del Testamento, porque les habian quitado sus becerros, que naturalmente amaban; pero al fin, dice la sagrada Escritura, 1 Reg. c. 9, v. 12, que iban su camino derecho, sin declinar ni á la diestra, ni á la siniestra. Id vos por el camino derecho de la virtud, y no oigais los bramidos de la carne, ni hagais caso de ellos, y con eso podeis ser perfecto.

Esa es la diferencia que hay entre los hombres espirituales que tratan de perfeccion, y los carnales y sensuales, que no tratan de eso: no está la diferencia en sentir ó no sentir dificultades y contradiccio-

(a) *Ludovic Blosius in Specul. spirit. cap.* 6.

nes de la carne, sino que en estos se dejan llevar de ellas, y aquellos no. El pez vivo va agua arriba, el muerto agua abajo. Pues en esto se verá si sois hombre espiritual, y vive en vos el espíritu, ó si está muerto, en si vais agua arriba contra la corriente de vuestras pasiones, ó si os dejais llevar de ellas agua abajo. El hombre espiritual no oye los clamores y ladridos de la gula y apetito sensual, ni se deja llevar de ellos, como dice el santo Job, cap. 39, v. 7: *Clamorem exactoris non audit.* Al vientre llama exactor, porque pide mas de lo necesario. Dice S. Gregorio, lib. 30 mor. c. 13: *Clamorem exactoris non audire, est violentis tentationum motibus minimè consentire.* En esto está todo el punto, en no dar oidos á las tentaciones y apetitos que se levantan, ni consentir en ellos. Y asi nadie debe desmayar por sentir en sí malas inclinaciones, sino animarse á sacar de eso mayor corona, como de las tentaciones: asi nos lo aconseja S. Agustin en el sermon tercero de la Ascension, exhortando y animando á que subamos todos al cielo con Cristo. Entre otros medios que pone para subir allá, son menester pasiones y malas inclinaciones: *Ascendamus etiam post illum, per vitia ac passiones nostras*: Subamos tambien al cielo con Cristo, ayudándonos de nuestras mismas pasiones. Y si preguntareis ¿de qué manera nos podremos ayudar de las pasiones para subir al cielo? Responde, que trabajando cada uno por sujetarlas y dominarlas con ánimo generoso: *De vitiis nostris scalam nobis facimus, si vitia ipsa calcamus.* De esta manera haremos de nuestras pasiones escalones para subir á lo alto, porque ellas mismas nos levantarán sobre nosotros, y si estuvieren debajo de nosotros, poniéndolas debajo de los pies, nos servirán de escalones para subir al cielo.

De nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio leemos en su vida, lib. 5, c. 5, que siendo de su natural muy colérico, se habia vencido y mortificado, y trocado tanto con la gracia del Señor, que le juzgaban por flemático. Y aun allá de Sócrates cuenta Plutarco, lib. 3, apolog. 80, que viendole un fisonomista, que por la composicion esterior del cuerpo y facciones del rostro conocia las inclinaciones naturales de cada uno, dijo, que aquel hombre era muy mal inclinado á deshonestidad y glotonería, á embriagúez y á otros muchos vicios. Los discípulos y amigos de Sócrates indignaronse mucho con aquel hombre, y quisieron poner las manos en él: Sócrates los detuvo diciendo: Paso, que verdad ha dicho este hombre; porque tal fuera yo verdaderamente, sino me hubiera dado á la filosofía, y ejercicio de la virtud. Pues si aquel filósofo, con las fuerzas naturales habia alcanzado tanto señorío y victoria de sus malas inclinaciones, mejor las podrá alcanzar el cristiano y Religioso, ayudados de la-

gracia del Señor: *Sapiens dominabitur astris*: mas poderosa es la gracia, que la naturaleza.

Hay otro género de personas que naturalmente son de buena condicion: *Sortiti sunt animam bonam*, (Sapient.) que no parece que pecaron en Adán, como solia decir de S. Buenaventura su maestro Alejandro de Ales: tienen un natural tan bueno y tan suave, que todo parece se lo hallan hecho, ninguna cosa se les hace dificultosa, *ni sienten* esas repugnancias y contradicciones en su carne, que otros; antes dicen: ¿Cómo me dicen que habia dificultades en la Religion, que yo no hallo ninguna? Para esto es el segundo aviso para desengañarlos. Si Dios os ha dado esta buena condicion y blandura natural, que no sentis esas dificultades, ni casi sabeis que cosa sea tentacion que os dé pena, no os engriais ni tengais vanagloria: porque eso no es virtud que hayais vos alcanzado, sino natural, con que vos nacisteis, y la virtud y aprovechamiento de cada uno no se ha de medir por el semblante del rostro, ni por este esterior, que se parece de fuera, ni por el natural blando, y condicion facil y suave, sino por la fuerza que cada uno se ha hecho, y por la victoria y señorío que ha alcanzado de sí mismo; esa es la medida cierta y segura del aprovechamiento de cada uno, y en eso mas ha hecho el otro que tiene el natural fuerte y colérico, que vos que os hallais todo hecho, y no teneis que vencer, y asi será digno de mayor premio y galardon.

Alaba Plutarco, cap. 5, á Alejandro Magno sobre todos los Monarcas del mundo, diciendo que los otros nacieron Monarcas; mas este ganó la monarquía con su brazo y lanza, y con muchas heridas que en diversas batallas recibió. Asi aquellos que á punta de lanza, como dicen, han vencido sus pasiones, mortificándose y yéndose á la mano, son dignos de mayor loa y gloria, que los que se nacieron con ese sosiego natural, y con esa paz, y no han tenido que vencer. Y asi no teneis de que tener vanagloria, ni porque teneros en mas, por ser de buena condicion, ni por que tener á los otros en menos, por ver que tienen naturales fuertes, y condiciones difíciles; antes habeis de tomar de allí ocasion para confundiros y humillaros, viendo que no es virtud en vos, la que lo parece, sino natural, y en el otro es virtud todo lo que hace: vos no os habeis aprovechado nada, porque no os habeis vencido en nada, y el otro ha aprovechado mucho, porque se ha reprimido y vencido en muchas cosas. Al otro el tener mas duro contraste, y mas rebelde natural que vencer, le hace tener mas cuidado de sí, y andar mas sobre aviso y con mas fervor, y asi va creciendo siempre en virtud; y á vos el tener buen natural os es ocasion de ser descuidado, y andar con una contínua tibieza: como no te-

neis contrarios y enemigos, os haceis lerdo y haragán. Y será bueno tambien en esto considerar cual fuerais, si Dios os hubiera dado natural fuerte y dificultoso como al otro, y creed que hicierais mas y mayores faltas que él: si teniendo tan buen natural y tan buena condicion, haceis tantas faltas, y sois tan tibio y remiso, ¿qué fuerais si tuvierais los contrastes y contradicciones que el otro tiene? Y asi como decímos, que cuando no permite Dios que os vengan tentaciones, habeis de pensar que es por vuestra flaqueza; porque no teneis virtud para eso: asi tambien habeis de entender, que fue particular merced del Señor el daros ese buen natural, y esa buena condicion; porque no tuvierais virtud para vencer el natural fuerte y vehemente, como el otro la tiene. Con esto conservaréis en vos por una parte la humildad, y por otra la estima de vuestro hermano.

El tercero aviso es para desengañar á otro tercero género de personas, que no sienten en sí esas repugnancias y contradicciones, ni esa rebeldía de la carne, sino que les parece que tienen paz consigo, y no es porque estén mortificados, ni tampoco porque tengan buen natural y buena condicion, como los pasados, sino porque no tratan de irse á la mano, ni de contradecirse y vencerse, antes gustan de seguir su apetito é inclinacion, y con eso no sienten esas repugnancias y contradicciones: pareceles que tienen paz, y no es paz verdadera, sino falsa y fingida: *Dicentes: Pax, pax, et non erat pax.* Jerem. c. 6, v. 14. Sobre aquello de S. Pablo: *Video autem aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in lege peccati*, ad Rom. c. 7, v. 23, dice el glorioso Agustino: *Quam pugnam non experiuntur in semetipsis, nisi bellatores virtutum, debellatoresque vitiorum*: Aug. lib. de continent. Esta guerra y contradiccion de la carne contra el espíritu, y del espíritu contra la carne, ni la sienten ni esperimentan en sí, sino aquellos que tratan de adquirir las virtudes, y desarraigar de sí los vicios. Y asi vemos que los mundanos no entienden este lenguage de mortificacion, porque estan hechos á seguir su voluntad en todo lo que se les antoja, y aquello tienen por regla, y por ley: *Sit pro ratione voluntas.* No saben que cosa es contradecirse, ni irse á la mano en sus apetitos, y asi no sienten guerra, ni contradiccion alguna en sí, porque no la hay para lo que ellos quieren; pero los que tratan de espíritu, y trabajan por alcanzar las verdaderas virtudes, y desarraigar de sí los vicios y malas inclinaciones, luego sienten esta guerra y contradiccion de la carne. Asi como el ave no siente que está presa, hasta que quiere salir del lazo; asi es el hombre, no conoce bien la fuerza de sus vicios y malas inclinaciones, hasta que trabaja por salir de ellas. Al abrazar de la virtud, se declara la

contradiccion del vicio que le repugna.

En el libro de los hechos de los santos Padres se cuenta, que un monge preguntó á uno de aquellos padres antigüos: ¿Qué será la causa que no siento en mi alma aquellas peleas y contrastes de tentaciones, que otros sienten? Respondió el Padre: Porque eres como una grande portada, que entra quien quiere, y sale quien quiere, sin saber ni entender tú lo que se hace y pasa por tu casa. Tienes mucha anchura de conciencia, poca guarda del corazon, poco recato en tus cosas, en tus sentidos poco recogimiento, y asi no te espantes de lo que dices. Si tuvieses la puerta cerrada, y no permitieses entrar los malos pensamientos, entonces verías la guerra que te hacian para entrar. Pues si vos no sentís allá dentro esta guerra, y estos combates y peleas de la carne, mirad no sea por ventura porque seguís en todo vuestra voluntad, mirad no sea porque no tratais de contradecir á vuestros apetitos, ni desarraigar los vicios y malas inclinaciones que teneis.

## CAPÍTULO XVIII.

### *Que por bueno y aprovechado que uno sea, siempre tiene necesidad de ejercitarse en la mortificacion.*

El bienaventurado S. Bernardo, Serm. 58 super Cant., dice, que siempre es menester andar con el escardillo de la mortificacion en la mano, arrancando y mortificando, y que no hay quien no tenga necesidad de cortar y podar algo, por mucho que se haya mortificado, y parezca que está aprovechado: *Credite mihi, et putata repullulant, et effugata redeunt, et reacceduntur extincta, et sopita denuo excitantur*: Creedme, dice, que lo podado vuelve á brotar, y lo que parece que estaba ya mortificado ó muerto del todo, vuelve á revivir: y asi no basta podar y cortar una vez, sino muchas, y siempre es menester andar podando y mortificando nuestras pasiones y malas inclinaciones: *Parum est ergo semel putasse, sæpè putandum est, imò si fieri potest, semper, quia semper quod putari oporteat, si non dissimulas, invenies.* Es muy buena camparacion á este propósito lo que vemos en los jardines. Vereis en ellos hecho de arrayan, y de otras yerbas, aqui un leon, alli un hombre á caballo, alli aun águila. Pero si el jardinero no anda siempre cortando y despuntando las hojitas que van creciendo, á pocos dias ya no será aquel leon, ni la otra aguila, ni estará el otro á caballo; porque va brotando la naturaleza, y crece la yerba conforme á su natural. Asi acá, aunque seais un leon, y una aguila, y aunque os parezca que estais muy fuerte y sobre vos, sino andais siempre cortando, y cercenando y mortificando, presto no sereis leon, ni aguila, sino monstruo; porque

tenemos acá dentro otra raiz contraria, que está siempre brotando y creciendo conforme á su natural; de manera que siempre hay que mortificar: *Quantumlibet in hoc corpore manens profeceris, erras, si vitia putas èmori tua, et non magis suppressa: velis, nolis, intra fines tuos habitat Jebusæus, subjugari potest, sed non exterminari*: Por mucho que hayais aprovechado, siempre está con vos el enemigo, podeisle reprimir y sujetar; pero no le podeis acabar de desterrar de vos. Dice S. Pablo: *Scio quia non habitat in me, hoc est, in carne mea bonum*: Ad Rom. c. 7, v. 18. Sé que no mora en mi carne bien. Poco dijo en eso, dice S. Bernardo, sino añadiera que moraba en ella el mal y el vicio, y la mala inclinacion, como lo añadió luego, diciendo: *Non enim quod volo bonum, hoc facio, sed quod nolo malum, hoc ago: si autem quod nolo, illud facio: jam non ego operor illud, sed quod habitat in me, peccatum.* Dice S. Bernardo: *Aut te ergo si audes, præfer Apostolo, aut fatére cum illo, te quoque vitiis non carére*: O habeis de proferiros al Apostol, ó habeis de confesar con él, que mora tambien en vos el vicio é inclinacion mala, y que siempre teneis que mortificar.

Del santo Abad Efren, confirmando esto mismo, (a) dice: *Bellum militum breve; sed Monachi pugna, continuo ad usque migret ad Dominum, durat*: La guerra de los soldados presto se acaba; pero la guerra espiritual del Religioso dura toda la vida. Mucho mas hay que hacer en mortificar y moderar nuestros afectos y pasiones, que en labrar unas piedras muy duras; porque fuera de que en la piedra no hay resistencia ni contradiccion al oficial, como la hay en nosotros, despues de labrada una vez, no vuelve á ser tosca como primero; pero nuestros afectos y pasiones, mudanse muy á menudo, y tornan á revivir y á reverdecer, y asi es menester tornar de nuevo sobre ellas otra y otra vez. S. Gerónimo (b) sobre aquello del Profeta: Psal. 97, v. 5: *Psallite Domino in cithara*, dice, que asi como la vihuela no hace buena música ni consonancia, sino estando bien templadas las cuerdas, y una sola que esté quebrada ó desconcertada, hace disonancia: asi una sola pasion que esté en nosotros desconcertada é inmortificada, no podrá nuestra ánima hacer buena música á los oidos de Dios, es menester que todas las pasiones esten concertadas: *In psalterio decem chordarum psallite illi.* Psal. 32, v. 2. Pues para llegar aquí, bien se ve cuan necesario es andar siempre en este ejercicio. Por esto aquellos padres antiguos, aun á los ya muy perfectos los probaban y ejercitaban en muchos géneros de mortificaciones y menosprecios, como lo refiere S. Juan Clímaco: y daban otra razon muy buena para esto; porque muchas veces los que parecen muy perfectos, y

(a) *Ephre. exhort. ad pietat. t. 1, p. 7.* (b) *Hier. l. 6 sup. Isai. c. 2, v. 16.*

muy sufridos de trabajos, si los prelados dejan de probarlos y ejercitarlos como á hombres ya consumados en la virtud, vienen por tiempo á perder ó menoscabar aquella modestia y sufrimiento que tenian, porque aunque la tierra sea buena, gruesa y fructuosa, si le falta la labor y el riego, *suele* hacerse silvestre y esteril, y viene á producir cardos y espinas: asi por muy aprovechado y perfecto que sea uno, si le falta el *riego y la* labor, que es la mortificacion y el ejercicio del sufrimiento, se hará tierra silvestre é infructuosa, y producirá espinas de pensamientos malos y deshonestos, y de una seguridad falsa y engañosa. De manera que todos tenemos necesidad de mortificacion, no solo los mal acondicionados, sino los que tienen buena condicion; y no solo los imperfectos y los que comienzan, sino tambien los muy antiguos y perfectos: y no solo los que han pecado, sino tambien los que no han ofendido á Dios, los unos para alcanzar la virtud, los otros para conservarla. El que camina en una bestia, por buena y mansa que sea, lleva el freno y espuelas, porque al fin es bestia.

En aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Redentor: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam*; añade el Evangelista S. Lucas: *Et tollat crucem suam quotidie*: Luc. c 9, v. 23. El que quisiere venir en pós de mí, lleve la cruz cada dia, y sigame. No se os ha de pasar dia ninguno en que no quebranteis vuestra voluntad en alguna cosa: y si se os pasare, dice S. Juan Clímaco, cap. 4, tenedlo por gran detrimento, tened por perdido aquel dia, y pensad que en él no habeis sido Religioso, como decia el otro Emperador romano, el dia que no habia hecho mercedes: *Amice, diem perdidi*: Sueton. c. 8 in Tito. Perdido habemos este dia, hoy no habemos reinado, hoy no habemos sido Reyes, ni Emperadores, porque no habemos hecho mercedes á nadie. Pues mas propio es del Religioso mortificarse y negar su voluntad, que de los Reyes y emperadores hacer mercedes, porque eso es ser Religioso, hacer lo que no quereis, y dejar de hacer lo que quereis.

Buen ejemplo nos dejó en esto, como en todo lo demas, nuestro padre S. Francisco de Borja, el cual decia, (c) que sin duda le sería á él amarga y desabrida la comida el dia que no castigase su cuerpo con alguna buena penitencia ó mortificacion. Y añadia: que viviera desconsolado, si supiera que la muerte le habia de tomar en dia que no hubiese hecho alguna penitencia y mortificado sus sentidos. De manera que no se le pasaba dia en que no se mortificase, y pedia y suplicaba al Señor, que le hiciese esta merced, que los regalos le fuesen tormento y cruz,

(c) *Lib. 4, c. 5 de la vida del padre S. Francisco de Borja.*

y los trabajos regalo, que es el tercero y mas perfecto grado de mortificacion: y asi decia, cap. 23, que no le regalasen hasta que alcanzase esto de nuestro Señor. Siempre andaba en perpetua vela, haciendo guerra á su cuerpo, y siempre hallaba en que le mortificar y maltratar, y llamaba amigos suyos todas las cosas que le ayudaban á afligirle: si el sol le fatigaba caminando en estío, decia: ¡O cómo nos ayuda bien el amigo! y lo mismo decia del hielo, y del aire, y de la lluvia en el rigor del invierno, y del dolor de la gota, y del mal de corazon, y de los que le perseguian y murmuraban, á todos los llamaba amigos, porque le ayudaban á vencer y sujetar su cuerpo, al cual tenia él por capital enemigo, y no se contentaba con las mortificaciones y trabajos que se le ofrecian, sino andaba á buscar nuevas invenciones para mortificarse. Algunas veces ponia arena y chinillas en los zapatos, para que andando le lastimasen los pies: en el estío se iba muy de espacio por el sol, y en el invierno por la nieve y hielo: y traia pelados los aladares de arrancarse los cabellos: cuando no podia tomar disciplina, con pellizcos y con otros artificios atormentaba su carne, y en las mismas enfermedades buscaba maneras para añadir dolores á dolores, y penas á penas, porque las purgas por amargas que fuesen, las bebia á sorbos, como si fuera una escudilla de sustancia, las píldoras amargas las mascaba y deshacia entre los dientes, y las traia en la boca muy de espacio, y de esta manera mortificaba y atormentaba sus sentidos, y crucificaba su carne, y asi vino á llegar á la perfeccion y santidad que llegó.

## CAPÍTULO XIX.

*De dos medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificacion, que son la gracia del Señor su santo amor.*

Resta que tratemos de algunos medios que nos ayuden, á que este ejercicio de mortificacion que tan necesario nos es, se nos haga, no solo fácil y llevadero, sino suave y gustoso. El primero y principal medio para esto ha de ser la gracia del Señor, con la cual todo se hace fácil y ligero. Estaba el Apostol S. Pablo muy fatigado con una tentacion, y pedia á Dios con instancia que se la quitase: *Propter quod Dominum rogavi, ut discederet à me*; 2 ad Cor. c. 12, v. 8, et 9; y le respondió el Señor: *Sufficit tibi gratia mea*: Bastate mi gracia. Con la gracia de Dios se sintió tan esforzado que dice: *Omnia possum in eo, qui me confortat*: ad Phil. c. 4, v. 13. En Dios todo lo puedo. *Non ego autem, sed gratia Dei mecum*, 1 ad Cor. c. 15, v. 10. No yo, sino la gracia de Dios conmigo. No nos deja el Señor solos en este trabajo de la mortificacion, él nos ayuda á llevar la carga, y por eso se llama yugo su ley; porque

le llevan dos: Cristo se une con nosotros para llevarle, ¿quién desmayará con tal compañía y favor? No os parezca dificultoso, pues lo menos de ello habeis de hacer vos. Por esto aunque le llaman yugo, dice que es suave, y aunque le llama carga, dice que es liviana: *Jugum enim meum suave est, et onus meum leve:* Matth. c. 11. v. 30. Porque aunque considerada nuestra naturaleza y pocas fuerzas, sea pesado, y eso denota el nombre de yugo y *de carga*; pero con la gracia de Dios es fácil y suave; porque nos lo alivia el mismo Señor, como lo promete por el profeta Oseas; cap. 11. v. 4. *Et ero eis quasi exaltans jugum super maxillas eorum*: Yo los seré como quien levanta el yugo, y le quita de encima de sus mejillas. Y por Isaias, c. 10, v. 17, dice: *Computrescet jugum à facie olei.* Parece la mortificacion yugo y carga pesada; pero es tanto el favor y gracia de Dios, significada por el oleo, que se pudrirá el yugo, y se ablandará de manera, que no se os asiente, ni aun le sintais.

San Bernardo en el sermon primero de la Dedicacion de la Iglesia, dice: Asi como cuando consagran las iglesias, se usa aquella ceremonia, que ungen las cruces con oleo santo: asi hace Dios nuestro Señor en las ánimas de los Religiosos: porque con la uncion espiritual de su gracia va ungiendo y ablandando en ellos las cruces de la penitencia y mortificacion, para que se les hagan fáciles y suaves: y asi muchos huyen de este santo ejercicio, porque ven la cruz, y no ven la uncion; pero vosotros que lo habeis esperimentado, dice á los Religiosos *Ecce scitis, quia vere crux nostra inuncta est*: Sabeis muy bien, que nuestra cruz está ungida, y que con esta uncion no solo es fácil y ligera: *Sed ut ita dicam, amaritudo nostra dulcissima*: sino lo que á los del mundo parece amargo y desabrido, se nos hace á nosotros con la gracia de Dios muy dulce y sabroso. Y asi decia S. Agustin, que no habia entendido el lenguage de la castidad, ni le parecia que habia hombre que la guardase, hasta que entendió la fuerza de la gracia, con la cual podemos muy bien decir aquello de S. Juan: *Et mandata ejus gravia non sunt*: 1 Joan. c. 5, v. 3. No son pesados ni dificultosos los mandamientos de Dios y del Evangelio: porque la abundancia de gracia que da el Señor para hacer lo que manda, los hace fáciles y suaves. S. Gregorio, lib. 7 Mor. c. 8, sobre aquello de Isaías, c. 40, v. 31: *Qui sperant in Domino, mutabunt fortitudinem*, pone dos maneras de fortaleza, una de los justos, para padecer y mortificarse mucho por Dios; otra de los malos, para padecer grandes trabajos por el mundo, y por sustentar la honra y hacienda, y cumplir sus apetitos y deseos: y dice que los que confian en la gracia del Señor, mudarán esta fortaleza en aquella de los justos.

Lo segundo que nos hará fácil y suave este ejercicio de la mortificacion, es el amor de Dios. No hay cosa mas eficaz ni que mas fácil y suave haga cualquier trabajo, como el amor. Dice S. Agustin: (a) *Qui amat, non laborat*: El que ama, no trabaja; porque el amor le hace no sentir el trabajo: *Omnis labor non amantibus, gravis est; solus amor est, qui nomen difficultatis erubescit.* No son pesados los trabajos de los que aman, sino antes ellos mismos deleitan, como de los que pescan, montean y cazan, que no les es pesado aquel trabajo, sino antes lo toman por recreacion, por el amor y aficion con que lo hacen. ¿Quién hace á la madre no sentir los trabajos continuos de la crianza del niño, sino el amor? ¿Quién hace á la muger curar de noche y de dia sin cesar al marido enfermo, sino el amor? ¿Quién hace hasta á las bestias y aves andar tan solícitas en la crianza de sus hijos, y ayunar lo que ellos comen, y trabajar porque ellos descansen, y atreverse á defenderlos con tan gran corage, sino el amor? ¿Quién hizo que le pareciesen á Jacob breves y faciles los trabajos de siete, y de catorce años al sol, y á la elada por Raquel, sino el amor? *Videbantur illi pauci dies præ amoris mognitudine.* Genes. cap. 20, v. 20. Dice S. Bernardo (b) sobre aquello de la esposa: *Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi*: Manojito de mirra es mi amado para mi: *Propterea non fascem, sed fasciculum dilectum dicit, quod leve præ amore ipsius ducat, quidquid laboris immineat, et doloris*: No dijo manojo de mirra es mi amado para mí, sino manojito, porque todo trabajo le parece muy pequeño y muy ligero, por el amor grande que tiene á su amado; y nota bien, que no dijo absolutamente manojito de mirra es mi amado, sino añade, para mí. Al que ama, hacesele manojito pequeño; si á vos se os hace manojo grande y pesado, es porque no amais, falta de amor es, y asi eso tomad por señal, si teneis poco ó mucho amor de Dios: que no son grandes los trabajos de la virtud, sino que es pequeño nuestro amor, y por eso se nos hacen grandes. Amad vos mucho, y no solo no sentireis trabajo, sino sabor: *Ubi autem amor est, labor non est, sed sapor*: dice S. Bernardo, serm. 85 sup. Cant. Donde hay amor, no hay trabajo, sino sabor. Una Santa decia, que despues que fue llamada y herida del amor de Dios, no habia mas sabido que cosa era padecer de dentro, ni de fuera, ni del mundo, ni del demonio, ni de la carne, ni de otra cosa alguna: porque el puro amor no sabe que cosa es pena ó tormento. De manera que el amor, fuera de que sube todas las obras de quilates, y las hace de

(a) *August. l. Manua. et tract. de laudib. charit. et l. de bono viduitatis, circa finem, et serm. 9 de verbis Domini, et serm. 48 de tempore.*
(b) *Bernard. serm. 43 super Cant. Canticor. c. 2, v 12.*

grande perfeccion, da juntamente grande ánimo y fortaleza para acometer cualquier trabajo y mortificacion, y lo hace todo fácil, ligero y sabroso. Y así declara S. Juan Crisóstomo, hom. 3, aquello del Apóstol S. Pablo: ad Rom. c. 13, v. 10: *Plenitudo legis est dilectio*: que no solamente quiere decir que toda la ley y todos los mandamientos estan encerrados en esa breve palabra, amor; sino que ese amor nos hace tambien muy fácil la guarda de toda la ley y todos los mandamientos de Dios.

Confirmase esto muy bien con aquello del Sabio: *Fortis est ut mors dilectio*: Cant c. 8, v. 6. El amor es fuerte como la muerte. Dos esplicaciones entre otras dan los Santos á estas palabras, que hacen á nuestro propósito. S. Gregorio hom. 11 super Evang., da una, que S. Agustin epist. 29 ad Hieronym. tiene por la mejor. ¿Sabeis, dice, qué quiere decir que el amor es fuerte como la muerte? Que asi como la muerte aparta el ánima del cuerpo, así el amor de Dios aparta el ánima de las cosas corporales y sensibles, y así como la muerte aparta al hombre del trato de todas las cosas del mundo, así el amor de Dios, apoderado de nuestro espíritu, le fortalece de tal manera, que lo aparta del trato y conversacion del mundo, y de la aficion que tiene á la carne, y á todas las cosas sensuales. Eso es ser el amor fuerte como la muerte; porque así como la muerte mata al cuerpo, así el amor de Dios mata y apaga en nosotros la accion de todas las cosas corporales y sensuales, hace que muera el hombre al mundo, y al amor propio, y viva á Cristo nuestro Señor solamente, y que pueda decir con S. Pablo: *Vivo autem jam non ego, vivit veró in me Christus*: Ad Gal. 2, v. 20. Vivo yo, ya no yo, Cristo es el que vive en mi.

Otra esplicacion buena da S. Agustin sobre aquellas palabras: *Ponite corda vestra in virtute ejus.* Psal. 47, v. 14. Dice, que el amor de Dios es fuerte como la muerte; porque así como á la muerte, cuando viene, no se le puede resistir con ningunas medicinas, ni artificios, ni aprovecha ser Obispo, ni Rey, ni Papa, ni Emperador, todo lo atropella la muerte, nada se le pone delante: así cuando uno está prendado de veras del amor de Dios, nada se le pone delante, no le pueden apartar de él cuantas cosas hay en el mundo, ni las honras, ni las riquezas, ni las prosperidades, ni las adversidades, sino vealo cada uno por sí, por la merced que el Señor le ha hecho: con una centella de amor suyo que él os dió, no se os puso delante para dejar el camino de la perfeccion y Religion que tomasteis, ni los padres y parientes, ni cuanto habia en el mundo, sino que todo lo atropellasteis y tuvisteis en poco, en comparacion de lo que teneis. Pues amemos mucho á Dios, y no se nos pondrá nada delante, antes

diremos con el Apóstol: *Quis ergo nos separabit à charitate Christi, tribulatio, an angustia, an fames, an nuditas, an periculum, an persecutio, an gladius?* Ad Rom. c. 8, v. 35. ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? Habrá tribulacion, angustia, hambre, desnudez, peligro, ó cuchillo que esto pueda? *Certus sum quia neque mors, neque vita, neque Angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro*: Cierto estoy, dice, que ni muerte, ni vida, ni Angeles, ni principados, ni virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni fuerzas, ni alteza, ni profundidad, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios.

## CAPÍTULO XX.

*De otro medio que nos facilitará y hará gustoso el ejercicio de la mortificacion, que es la esperanza del galardon.*

El tercero medio que nos hará fácil y suave este ejercicio de mortificacion, es la grandeza del galardon que esperamos. Con esta esperanza se animaba y consolaba el santo Job en medio de sus muchas y grandes adversidades, diciendo: *Quis mihi tribuat, ut scribantur sermones mei? Quis mihi det, ut exarentur in libro stilo ferreo, et plumbi lamina, vel celte sculpantur in cílice?* Job c. 19. v. 35. ¿Quién me diese, que escribiesen las palabras que quiero decir, para que quedasen en perpetua memoria á los por venir? Y va añadiendo para mas perpetuidad: ¿Quién me diese, que se imprimiesen en un libro, ó con un punzon ó buril de hierro se gravasen en una plancha de plomo, ó con un cincel se esculpiesen, acabasen en una losa de guijarro? ¿Para qué quereis santo Job tanta perpetuidad en vuestras palabras? Para que el consuelo que yo tengo con ellas en mis trabajos, ese tengan todos los nacidos y por nacer en los suyos. ¿Y qué palabras son esas? *Scio enim quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum, et rursum circumdabor pelle mea: et in carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius:* Sé por revelacion de mi Dios, que mi Redentor vive (habla del Hijo de Dios, y de lo futuro, como si fuese pasado ó presente, por la certidumbre grande de ello) pues él resucitó, y vive. Sé, que tambien en el dia postrero del mundo, tengo de resucitar de la tierra y polvos que estuviere hecho, y que otra vez me tengo de rodear de mi pellejo, y que en mi carne veré á Dios, que es el premio de los que le sirven, al cual yo mismo y mis ojos han de ver y gozar, que no otro: yo, el mismo que ahora padezco, tengo de resucitar y gozar de Dios: *Reposita*

*est hæc spes mea in sinu meo*: Puesta y guardada tengo esta esperanza en mi seno, y de ahí como de tesoro saco alivio y riquezas de consuelo en mis trabajos. Con esto animó Dios á Abrahan, porque diciendo él: Yo, Señor, he dejado mi tierra y parentela, porque vos me lo mandasteis, ¿qué premio me habeis de dar? Le respondió: *Merces tua magna nimis*: Gen. c. 15, v. 1. Tu galardon será muy grande y muy aventajado. Con esto dice S. Pablo, ad Hebr. c. 11, v. 24, que se animó Moisés á dejar la honra, y escoger el menosprecio: *Fide Moyses grandis factus, negavit se esse filium filiæ Pharaonis, magis eligens affligi cum populo Dei, quam temporalis peccati habere jucunditatem, majores divitias æstimans thesauro Ægyptiorum improperium Christi, aspiciebat enim remunerationem*: Moisés siendo grande, creciendo en la fe y en la esperanza, no tuvo en nada ser hijo de la hija del rey Faraon que le habia adoptado por hijo, todo eso menospreció, y quiso mas ser abatido y perseguido por amor de Dios, que todos los tesoros y riquezas de Egipto; porque tenia ojo al galardon y premio que esperaba. Con esto se animaba tambien el profeta David á cumplir la ley y mandamiento de Dios, cuando decia: *Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in æternum propter retributionem.* Psalm. 118, 112.

Dice S. Agustin, epist. 143 ad Demetriadem virginem: *Dices forsan: Grandis labor; sed respice quod promissum est, omne opus leve fieri solet cum ejus pretium cogitatur, et spes premii solatium est laboris.* Direis por ventura: Grande trabajo es andarnos siempre mortificando y quebrantando nuestra voluntad; pero mirad al premio y galardon que os han de dar por eso, y vereis como todo es muy poco en su comparacion: la esperanza del premio disminuye la fuerza del trabajo; y así, dice, lo vemos acá en los trabajos de los mercaderes, labradores y soldados. Pues si la braveza y fuerza de la mar y sus temerosas ondas no desmayan á los marineros, negociantes, ni las lluvias y tempestades á los labradores, ni las heridas y muertes á los soldados, ni los golpes y caidas á los luchadores, cuando ponen los ojos en las esperanzas humanas, de lo que por esto pretenden: quien espera el reino de los cielos, ¿cómo se espantará del trabajo y mortificacion que pide la virtud? *Et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant, nos autem incorruptam*, 1 ad Cor. c. 9, v. 25, dice el Apóstol S. Pablo: Si ellos por un premio y galardon corruptible y de tan poca dura, se ponen á tantos trabajos, ¿qué es razon que hagamos nosotros por un premio y galardon tan grande, y que ha de durar para siempre jamas? Que no es nada lo que hacemos, para lo que esperamos recibir por ello: no es nada lo que nos piden, para lo que nos dan, de valde nos lo dan. No

se puede juzgar si una cosa es cara ó barata, por lo que os piden, sino mirando juntamente la cosa que se vende. Sino pregunto yo: ¿Es mucho cien ducados por una cosa? Como ella fuere tal, puede ser que aun en cincuenta maravedis sea cara, y tal, que en mil ducados sea de valde: si es una muy rica piedra preciosa, ó si os dan una ciudad en mil ducados, es de valde. Así si quereis ver si es mucho ó poco lo que os pide Dios, mirad lo que comprais, mirad el premio que por ello os da: *Ego ero merces tua*: Ps. 55, v. 8. A Dios os dan. ¿Eso me dan? De valde me lo dan. No me piden nada por ello en pedirme que niegue mi voluntad, y me mortifique: *Pro nihilo salvos facies illos*: Por nada me lo dan: *Qui non habetis argentum properate, emite, & comedite, venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum, et lac*: Isai. c. 55, v. 1. Venid, corred, y daos priesa á gozar del barato.

Este medio encomienda tambien mucho S. Basilio: (a) *Semper cor tuum promissa cælestia meditetur, ut ipsa te ad virtutis viam provocent*: Acordaos siempre del premio y gloria grande que os espera, para que con eso os animeis al trabajo y á la virtud. El bienaventurado S. Antonio Abad con esto animaba á sus discípulos á perseverar en el continuo rigor de la Religion; y admirado de la liberalidad grande de Dios, paraba y decia: En esta vida los tratos y contratos de los hombres son iguales de ambas partes; porque tanto da uno como recibe, tanto vale lo que se vende, como el precio que dan por ello; pero la promesa de la vida y gloria eterna comprase con muy bajo precio; porque escrito está: *Dies annorum nostrorum in ipsis septuaginta anni. Si autem in potentatibus, octoginta anni, et amplius eorum labor, et dolor*: Psal. 89, v. 10. La vida del hombre comunmente es como setenta años, ó cuando mucho gobierno y regalo tenga uno, ochenta, y lo que de aí pasa, es dolor, trabajo y enfermedad. Pues cuando vivamos ochenta años, ó ciento y mas sirviendo á Dios, no nos darán por ellos otros tantos años de gloria, sino por esos años nos darán que reinemos para siempre en la gloria, mientras Dios fuere Dios, por todos los siglos de los siglos: *In æternum, et ultra.* Exod. 15, v. 18. *Ergo, filioli, non vos aut tædium defatiget, aut vanæ gloriæ delectet ambitio; non enim sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis*: Ad Rom. c. 8, v. 18. Por tanto, hijos mios, decia el Santo, no os espante, ni se os ponga delante el trabajo de esta vida; porque no tiene que ver lo que aquí podemos padecer, con el galardon y premio que esperamos: *Id enim, quod in præsenti est momentaneum, et leve tribulationis nostræ supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis.* 2 ad

(a) *Basil. in admonitione ad filium spiritualem.*

Cor. c. 4, v. 17. Por un trabajo de un momento nos dan un peso grande de gloria, que ha de durar para siempre jamas.

S. Bernardo trae una comparacion muy buena á este propósito. No hay sembrador tan tonto, que le parezca muy largo el tiempo en el cual siembra, aunque gaste muchos dias en sembrar; porque sabe que cuanto mas duráre el tiempo de la sementera, tanto mayor será la cosecha. Pues de la misma manera, dice, no nos ha de parecer á nosotros mucho, ni muy largo el trabajo de esta vida, porque es tiempo de sementera, y mientras mas sembrarémos, y trabajarémos, mas abundante y copioso fruto cogerémos. Y añade el Santo: (b) *Et certè modicum seminis incrementum, non modica messis multiplicatio est*: Considerad que un poco de mas semilla que sembreis, se viene despues á aumentar y multiplicar mucho. Cuando el labrador ve al agosto, que de una fanega de trigo que sembró, coge veinte ó treinta, quisiera haber sembrado mucho mas.

## CAPITULO XXI.

*En que se confirma con algunos ejemplos lo dicho en el capítulo pasado.*

Cuéntase (a) de uno de aquellos padres antigüos, que trabajaba mucho, y hacia grandes penitencias y mortificaciones. Decíanle sus compañeros y discípulos, que cesase ya y moderase los trabajos y mortificaciones, pues eran tan grandes. Respondió él: Creedme, hijos, que si el lugar y estado que tienen los bienaventurados en el cielo, fuera capaz de pena y dolor, que le tuvieran muy grande por no haber padecido en esta vida mayores trabajos y mortificaciones, viendo el grande premio y galardon que les dieran por ello, y cuanto se pudieran haber aventajado en la gloria á tan poca costa. Concuerda con esto lo que S. Buenaventura, de profect. Relig. l. 1, c. 32, dice: *Tantum enim gloriam omni hora negligimus, quanta bona interim facere possemus, si otiosè eam transigimus*: Tanta gloria perdemos por nuestra negligencia cada hora, si la gastamos ociosamente, cuantas buenas obras pudieramos en ella hacer.

Semejante es á esto lo que se cuenta (b) de la santa vírgen Matildis, que como fuese muy á menudo visitada de Cristo nuestro Redentor su esposo, al cual se habia dedicado toda, conociendo de él cosas maravillosas: oyó una vez entre otras, que le decian los Santos: ¡Ó qué dichosos y bienaventurados sois vosotros los que todavía vivís en la tierra, por lo mucho que podeis merecer! Porque si



(b) *Bern. epist.* 341 *ad Monachos Ecclesiæ Sancti Bertini.* (a) *L. de los hechos de los santos Padres.* (b) *Blos. et refert Tilm. Bredenach. l.* 8 *collat. c.* 30.

el hombre supiese cuanto puede cada dia merecer, luego al punto que se levantase se llenaria su corazon de grande gozo y contento, porque amaneció aquel dia, en el cual puede vivir á Dios nuestro Señor, y con su gracia, para honra y gloria del mismo Dios, aumentar su merecimiento, y aquello le daria fortaleza y vigor para hacer y padecer todas las cosas con grandísima alegria.

En el prado espiritual que compuso Juan Evirato, ó segun otros S. Sofronio, patriarca de Jerusalén, y fué aprobado en el segundo Concilio Niceno, se cuenta, que un monge tenia su celda lejos del agua como doce millas: y una vez de las que fue por agua, desfalleció en el camino muy cansado. Viéndose pues tan fatigado, dijo entre sí; ¿Qué necesidad hay de que pase tanto trabajo? Yo me quiero ir á vivir junto al agua, y hacer allí mi celda. Otra vez yendo por agua con su cántaro, iba echando sus trazas donde estaria bien la celda, y como la edificaria, y la vida que en ella habia de vivir. En esto oyó tras de si una voz como de hombre que decia, uno, dos, tres, &c. Volvió la cabeza, admirado de que en aquella soledad hubiese quien midiese ó contase alguna distancia, ó otra cosa, y no vió á nadie. Volvió á continuar su camino, y á pensar en su traza, vuelve á oír la misma voz que decia, uno, dos, tres, &c. El volvió segunda vez la cabeza, y tampoco vió nada. A la tercera vez acaecióle lo mismo, y volviendo la cabeza, vió un mancebo muy hermoso y resplandeciente que le dijo: No te turbes, que yo soy el Angel de Dios, y vengo contándote los pasos que das en este camino, para que ninguno de ellos quede sin premio y galardon: y en diciendo esto, desapareció. El monge viendo esto volvió en sí, y dijo: ¿Pues cómo tan sin juício soy yo, que quiera perder tanto bien y tanta ganancia? Determinóse luego de mudar su celda aun mas lejos de lo que la tenia, para así tener mas trabajo y cansancio.

Cuéntase en las vidas de los Padres, p. 3, fol. 237, de un monge viejo que vivia en la Tebaida, el cual tenia un discípulo que habia probado bien. Acostumbraba el santo viejo hacerle todas las noches una exortacion, y despues de haber tenido oracion, enviabale á acostar. Aconteció que un dia vinieron á visitar al monge algunos seglares, movidos con la fama de su mucha abstinencia: y habiendose despedido ya tarde, pusose á hacer su exortacion como solia, y fue tan larga, que el sueño le cargó, y se durmió el santo viejo: el buen discípulo aguardaba que despertase, para que hicieran oracion, y le enviára; pero como no despertase, comenzáronle á fatigar pensamientos de impaciencia, que le instaban á que se fuese á dormir: resistió una vez: acudieron otras y otras, hasta siete veces, y á todas resistió

con grande constancia. Siendo pues ya la media noche, despertó el santo viejo, y hallándole sentado donde le habia dejado cuando comenzó la plática, díjole: ¿Por qué hijo no me despertaste? Respondió, que por no darle pena. Rezaron sus maitines, y acabados, echóle su bendicion, y envióle á dormir, y poniéndose el viejo en oracion fue arrebatado en espíritu, y mostróle un Angel un lugar muy hermoso y glorioso, y una silla resplandeciente en él, y encima de la silla siete coronas riquísimas. Preguntóle el viejo: ¿De quién son estas coronas? Respondió: De tu discípulo; y el lugar y asiento que el Señor le ha dado, es por la vida que hace, y estas coronas á noche las mereció. Venida la mañana, preguntó el monge al discípulo, ¿qué le habia pasado la noche, cuando le guardó el sueño? Y el buen discípulo contóle todo lo que le habia pasado, y como habia resistido siete veces á los pensamientos de que no le aguardase. Por donde conoció el viejo habia ganado por aquello las siete coronas.

Del bienaventurado S. Francisco se cuenta, (a) que encontrándole una vez un su hermano carnal en medio del invierno, viéndole desarropado y casi desnudo, muerto y tiritando de frio, le envió á á decir por burla y escarnio, que si le queria vender una gota de sudor? Respondió el Santo con mucha alegria: Decid á mi hermano, que ya lo tengo todo vendido á mi Dios y Señor, y por muy grande precio. Otra vez, despues de algunos años, como fuese fatigado de muy graves y continuos dolores, y fuera de eso, de nuevas y molestas tentaciones del demonio, y tanto, que ya no parecia que habia fuerzas humanas que lo pudiesen llevar, oyó una voz del cielo, que le dijo que se alegrase, porque por aquellos trabajos y tribulaciones habia de alcanzar en el cielo un tesoro tan grande, que aunque todo la tierra se convirtiese en oro, y todas las piedras en margaritas y perlas preciosisimas, y todas las aguas en bálsamo, no tenia comparacion ninguna con el premio y galardon que por ello le habian de dar: con lo cual se alivió y recreó tanto el Santo, que ya no sentia los dolores, y haciendo llamar luego á sus Religiosos, con grande gozo, les contó el consuelo que Dios le habia enviado del cielo.

## CAPÍTULO XXII.

*De otro medio que nos ayudará y hará fácil este ejercicio de la mortificacion, que es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor.*

El cuarto medio que nos animará y ayudará mucho á este ejercicio de la mortificacion, es el ejemplo de Cristo nuestro Re-

(a) 2 *part. l.* 1, *cap.* 51 *de la Cronica de S. Francisco.*

dentor, y Maestro. Y así el Apóstol S. Pablo, ad Hebr. 12, 1, nos le pone delante, para animarnos á esto: *Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen, aspicientes in auctorem fidei, et consumatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem confusione contempta*: Armados de paciencia corramos al combate que nos aguarda, mirando á Jesucristo autor y consumador de la fe, el cual poniendo ante sus ojos el gozo de nuestra redencion, sufrió la cruz, y no hizo caso de la confusion y abatimiento del mundo: *Recogitate eum, qui talem sustinuit à peccatoribus adversus semetipsum contradictionem: ut ne fatigemini animis vestris deficientes*: (ver. 3.) Pensad una y otra vez en aquel que contra sí mismo sufrió tal contradiccion de los pecadores, para que no os fatigueis, desfalleciendo en vuestros corazones: *Nondum enim usque ad sanguinem restitistis adversus peccatum repugnantes*: (vers. 4.) Que aun no habeis resistido ni peleado contra el pecado, hasta derramar sangre, como él la derramó por vos. Cuenta la sagrada Escritura, Exod. cap. 15, v. 33, que cuando los hijos de Israél andaban por el desierto, y encontraron con aquellas aguas de Mara, que eran tan amargas, que no las podian beber, hizo Moisés oracion á Dios, y mostróle un madero, el cual echado sobre las aguas, las hizo dulces y sabrosas. Por este madero, dicen los Santos, que es significado el madero de la cruz. Cuando se os hiciere amargo y pesado el trabajo de la mortificacion, echad aí este sagrado madero, acordaos de la cruz, y pasion de Cristo, de sus azotes y espinas, de aquella hiel y vinagre que le dieron por refrigerio, y luego se os hará dulce y sabroso.

En las crónicas de la Orden de S. Francisco se cuenta, 2 p. l. 4, c. 10, que entró en la Orden un hombre muy rico, honrado y criado en regalos, y luego que el tentador vió la mudanza de su vida, le acometió representándole la aspereza de la Orden; porque como en lugar de los manjares, vestidos y cama blanda que en el mundo usaba, halló tablas, túnica gruesa, paja por cama, estrecha pobreza en lugar de riqueza, sentialo mucho. Y como el demonio le representase la dureza de estas cosas, apretabale con que las dejase y se volviese al siglo. Llegó á terminos la tentacion, que determinó salirse de la Orden: y estando en esta resolucion, pasó por el Capítulo, y puesto de rodillas delante de la imágen del Señor crucificado, se encomendó á su misericordia, y quedando fuera de sí, fue elevado en espíritu, y aparecióle nuestro Señor, y su gloriosa Madre, y preguntáronle: ¿qué por qué se iba? Él con mucha reverencia respondió: Señor, yo me crié en el mundo en mucho regalo, y así no puedo sufrir la aspereza de esta Religion, especialmente en el comer y vestir. El Señor, levantando el brazo dere-

cho, mostróle la llaga de su costado, corriendo sangre, y díjole: Estiende el brazo, y pon aquí tu mano, y untala con la sangre de mi costado, y cuando te viniere á la memoria algun rigor ó aspereza, mójala con esta sangre, y todo, por dificultoso que sea, se te hará fácil y suave. Y haciendo el novicio lo que el Señor le mandó, á cualquier tentacion que le venia, traía á su memoria la pasion de Cristo, y luego se le convertia todo en gran *suavidad* y dulzura. ¿Qué cosa puede parecer áspera á un hombrecillo y vil gusano, mirando á Dios coronado de espinas, y enclavado en una cruz por su amor? ¿Qué no sufrirá y padecerá por sus pecados el que vé padecer tanto por los agenos al Señor de la Magestad?

Este medio del ejemplo de Cristo nuestro Redentor, y deseo de imitarle, usaban mucho los Santos; porque fuera de ser muy eficaz para animarnos á mortificar y padecer, es un medio de grande perfeccion, y que hace subir mucho de quilate las obras, porque nacen de grande amor de Dios. Y así leemos de nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio, lib. 1, cap. 3 de su vida, que al principio de su conversion hacia grandes mortificaciones y penitencias, teniendo ojo á sus pecados, y á satisfacer por ellos. Pero despues iba subiendo mas, y afligia su cuerpo con asperezas y castigos, no tanto mirando á sus pecados, cuanto al ejemplo de Cristo, y de los Santos. Miraban los Santos que Cristo nuestro Señor habia ido por este camino, y habia abrazado los trabajos y la cruz con tanto amor y deseo, que no veía ya la hora en que habia de dar su sangre y vida por nosotros: y como los elefantes se esfuerzan en la batalla cuando ven sangre, así ellos venian con esto á tener una grande sed de padecer martirios y derramar sangre por aquel que primero derramó la suya por ellos: y como no se les cumplia este deseo, encruelecianse contra sí mismos, y hacian de sí verdugos contra sí, y martirizaban sus cuerpos, afligiéndolos con penitencias, y trabajos, y mortificando y quebrantando sus voluntades y apetitos, y de esta manera descansaban algun tanto; porque se les cumplia en algo su deseo, imitando en cuanto podian á Cristo nuestro Redentor. Esto es lo que dice el Apóstol S. Pablo: 2 ad Cor. c. 4, v. 10. *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris*: Andémonos siempre mortificando y maltratando para que la vida de Jesucristo se manifieste en nuestros cuerpos. Ha de ser tal el tratamiento y mortificacion de nuestros cuerpos, que represente la vida de Jesucristo, y se parezca á ella. Dice S. Bernardo: *Non decet sub capite spinoso, membrum esse delicatum*: No conviene ni dice bien, que estando la cabeza llena de espinas, los miembros se hagan delicados y re-

galados, sino que se mortifiquen y crucifiquen su carne, para conformarse con su cabeza.

Muchos otros medios podiamos traer para esto; porque todos los que los Santos dan, y todas las razones que traen para exortarnos á hacer penitencia, pueden servir para animarnos á este ejercicio de mortificacion. Sobre aquellas palabras del Apóstol, ad Rom. c. 8, v. 18: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam quæ revelabitur in nobis*; dice el glorioso S. Bernardo: No igualan, ni tienen que ver las pasiones y tribulaciones de este siglo, ni con la gloria que esperamos, ni con la pena que tenemos, ni con los pecados que habemos cometido, ni con los beneficios que habemos recibido de Dios. Cualquiera de estas cosas bien ponderadas bastará para animarnos mucho á este ejercicio.

## CAPÍTULO XXIII.

### *De tres grados de mortificacion.*

Por conclusion y remate de este tratado, declararémos brevemente tres grados de mortificacion que pone S. Bernardo, serm. 7 Quadrag. para que por ellos, como por escalones, vamos subiendo á la perfeccion. El primero es el que nos enseña el Apóstol S. Pedro en su primera Canónica: c. 2, v. 11. *Charssimi, obsecro vos, tanquam advenas, et peregrinos abstinere vos á carnalibus desideriis, quæ militant adversus animam*: Hermanos mios, ruegoos que vivais como advenedizos y peregrinos sobre la tierra, y que como tales os abstengais de los deseos y apetitos de la carne, que pelean contra el espiritu. Todos somos peregrinos en este mundo, que caminamos á nuestra patria celestial, como dice el Apóstol S. Pablo, ad Hebr. c. 13, v. 14: *Non enim habemus hic civitatem permanentem, sed futuram inquirimus, et dum sumus in corpore, peregrinamur á Domino.* 2 ad Cor. c. 5, v. 6. Pues hayamonos como peregrinos. El peregrino, dice S. Bernardo, va su camino derecho, y procura escusar todos los rodeos que puede; y si ve en el camino á unos que estan riñendo, y á otros que estan en fiestas, bodas y regocijos, no atiende á eso, ni se cura de ello, sino pasa adelante su camino derecho, porque es peregrino, y no le tocan á él aquellas cosas, ni tiene que ver con ellas: todo su hipo y negocio es suspirar por su tierra, y procurar de acercarse y llegar á ella; y asi contento con un vestido ligero, con una comida que baste para pasar su camino, no quiere ir cargado de otras cosas no necesarias para poder mejor caminar. Pues de esta manera habemos de procurar habernos nosotros en esta nuestra peregrinacion, habemos de tomar las cosas de este mundo como de paso, al fin, como peregrinos y viandantes que somos, no tomando mas de lo necesario para poder pasar nuestro camino: *Haben-*

*tes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti sumus*, 1 ad Tim. 6, 8, como dice S. Pablo: Ahorremonos y descarguemonos de todo lo que no nos es muy necesario, para que así ligeros podamos mejor caminar, suspiremos por nuestra patria, y sintamos nuestro destierro: *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* Psal. 119, 5. ¡Ay de mí, como se me alarga este destierro! Dichoso y bienaventurado, dice S. Bernardo, el que se tiene y trata como peregrino sobre la tierra, y conoce y llora su destierro, diciendo con el Profeta: Psal. 38, 13: *Quoniam advena ego sum apud te, et peregrinus sicut omnes Patres mei*: Oíd, Señor, mis suspiros, lágrimas y gemidos, porque yo tambien soy advenedizo y peregrino sobre la tierra, como lo fueron mis padres y antepasados.

Muy bueno es este grado, y no haremos poco si llegamos á él; pero otro hay mas alto y de mayor perfeccion, dice el Santo: porque el peregrino aunque no se junta con los vecinos y moradores de los pueblos; pero algunas veces se huelga de ver y oír lo que pasa por el camino, y de contarlo á otros, y con estas cosillas, aunque no pierde del todo su camino, empero todavía se detiene y tarda mas en llegar; y aun tanto se podria detener y deleitar en esas cosas, que no solo le fuese causa de llegar mas tarde á su tierra, pero aun de nunca llegar. Pues ¿quién está mas ageno, y mas libre y apartado de las cosas de este siglo, que el peregrino? ¿Sabeis quién? El que está muerto: porque el peregrino aunque no sea sino en pedir y buscar lo necesario para su camino, y en ir cargado con ello, se puede ocupar y detener mas de lo que convendria; pero el muerto, aunque le falte la sepultura, no lo siente. El muerto de la misma manera oye á los que le vituperan, y á los que le alaban, á los que le lisonjean, y á los que murmuran de él: antes á ninguno oye, porque está muerto. Pues este es el segundo grado de mortificacion, mas alto y mas perfecto que el pasado, el cual pone S. Pablo: Ad Col. c. 3, v. 3. *Mortui enim estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo*: No nos habemos de contentar con habernos como peregrinos en esta tierra, sino procurar de habernos como muertos. ¿Cómo ha de ser eso? ¿Sabeis cómo? dice el doctor Lansperg: Mirad las condiciones del muerto: *Hic non videt, non loquitur, non sentit, non audit, non inflatur, non irascitur*: La señal de estar uno muerto, es no ver, no responder, no sentir, no quejarse, no ensoberbecerse, no enojarse. Pues si vos teneis ojos para ver y juzgar lo que hacen los otros, y aun por ventura el superior, no estais muerto; si teneis respuestas y escusas para lo que os ordena la obediencia; si mostrais sentimiento cuando os dicen vuestras faltas, y os reprenden; si os sentís y os resentís cuando os humillan, y no

hacen caso de vos, no estais muerto, sino muy vivo en vuestras pasiones, y en vuestra honra y estimacion, porque el muerto, aunque le pisen y le desprecien, y no hagan caso de él, no lo siente. ¡O dichoso, dice S. Bernardo, y bienaventurado aquel que está de esta manera muerto! Porque esta muerte verdaderamente es vida, pues nos conserva sin mancilla en este siglo, y aun nos hace del todo agenos de él.

*Magnus omnino gradus est iste; at fortasse poterit aliquis adhuc superius inveniri*: Grande es por cierto este grado, y de mucha perfeccion: empero ¿por ventura podremos hallar otra cosa mas alta y mas perfecta? Pero; adónde la habemos de ir á buscar? ¿y en quién la podremos hallar sino en aquel que fue arrebatado al tercero cielo? Porque si me dais otro tercero grado mas alto y mas perfecto, ese, dice S. Bernardo, bien le podeis llamar tercero cielo. Pues ¿puede haber mas que morir? Sí, mas hay que morir: *Humiliavit semetipsum Dominus noster Jesus Christus usque ad mortem*: Ad Philip. c. 2, v. 8. Humillóse y abatióse nuestro Señor Jesucristo hasta la muerte. ¿Hay mas que esto? Sí, añade S. Pablo, y añadelo la Iglesia, la segunda noche de las tinieblas: *Mortem autem Crucis*: Morir crucificado, eso es mas que morir simplemente; porque la muerte de cruz era un género de muerte el mas ignominioso y afrentoso que entonces habia. Pues ese es el tercero grado de mortificacion, mas alto y mas perfecto que el pasado, y así con razon le podemos llamar el tercero cielo, al cual tambien fue arrebatado el Apóstol S. Pablo: *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* Ad Galat. c. 6, v. 14. No solo dice que estaba muerto al mundo, sino que estaba crucificado al mundo, y que el mundo era cruz para él, y él para el mundo. Quiere decir: Todo lo que el mundo ama, los deleites de la carne, las honras, las riquezas, las vanas alabanzas de los hombres, todo eso es cruz y tormento para mí, y como tal lo aborrezco; y aquello que el mundo tiene por cruz, por tormento y deshonra, en eso tengo yo enclavado y fijado mi corazon, eso es lo que yo amo y abrazo. Eso es estar crucificado al mundo, y el mundo á mí, y que el mundo me sea *á mi* cruz, y yo á él. Mas alto y mas perfecto grado es este, que el primero y segundo, dice S. Bernardo: porque el peregrino aunque pasa y no se detiene mucho en las cosas que ve, pero al fin las ve, y se detiene algo en eso: el muerto, que es el segundo grado, igualmente lleva lo próspero y lo adverso, las honras y las deshonras, y no hace diferencia de lo uno á lo otro; pero este tercero grado pasa mas adelante, y no se ha igualmente en eso; porque no solo no siente la honra y estimacion como el muerto, sino que le es cruz y tormento el ser tenido y estimado,

y como tal lo aborrece. No solo no siente las deshonras y menosprecios, sino que eso es su gloria y su contento: *Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo*: Ad Galat. c. 6, v. 14. Nunca Dios quiera que yo me glorie en otra cosa, sino en la cruz de Cristo, por amor del cual todo lo que el mundo ama, me es á mi cruz, y todo lo que el mundo tiene por cruz, me es á mí gloria y contento grande: *Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*: 1 ad Cor. c. 7, v. 4. Lleno estoy, dice, de consolacion, bañome en gozo y regocijo en padecer tribulaciones, persecuciones y afrentas por Cristo. Pues este es el tercero grado de mortificacion, que con mucha razon llama S. Bernardo el tercero cielo, por su grande perfeccion. Y aunque él lo dice debajo de esta metáfora, pero es doctrina comun de los Doctores, y Santos, que en esto que nosotros entendemos por el tercero cielo, está la perfeccion de la mortificacion, porque esa es la señal que ponen los filósofos de haber uno alcanzado la perfeccion de cualquier virtud, cuando obra los actos de ella con gusto y delectacion, como diremos despues, trac. 3, c. 16. Y así si quereis saber si vais aprovechando en la mortificacion, si habeis alcanzado la perfeccion de ella, mirad si os holgais cuando os quiebran vuestra voluntad, y os niegan lo que pedís: mirad si os holgais cuando os desprecian y tienen en poco, y si recibis pena cuando os honran y estiman, y hacen mucho caso de vos: *Pensemus ergo singuli, in quo gradu quisque sit positus, et fidamus proficere de die in diem, quoniam de virtute in virtutem, videbitur Deus Deorum in Sion*: Psal. 83, v. 8. Pues entre cada uno dentro de sí, dice S. Bernardo, y mire y examine con atencion á que grado de estos ha llegado; y no paremos ni descansemos hasta llegar y arribar á este tercero cielo, que es lo que dijo el Señor á S. Francisco: Si me deseas, toma las cosas amargas por dulces, y las dulces por amargas.

Cuenta Cesario, l. 8 dialog. c. 16, que en un monasterio de su Orden del Cistér, un Religioso lego, llamado Rodulfo, gran siervo de Dios, y que tenia muchas revelaciones, quedándose una noche despues de maitines en oracion en la iglesia, vió á Cristo nuestro Redentor crucificado, y juntamente con el vió á quince Religiosos de su Religion, cada uno tambien en su cruz acompañando á Cristo nuestro Redentor: que aunque era de noche, era tanta la claridad y replandor que resultaba de la presencia de Cristo, que los podia ver muy claramente, los conoció muy bien, que aun vivian todos: y dice que los cinco eran legos, y los diez monges. Estando él espantado de tan admirable vision, hablóle Cristo desde la

cruz: Rodulfo, ¿conoces quiénes son estos que ves crucificados cerca de mí? Respondió él: Señor, bien conozco quienes son, pero no entiendo lo que significa y quiere decir esto que veo. Entonces dijole el Señor: Estos solos de toda esta Religion son los que estan crucificados conmigo, conformando su vida con mi Pasion.

# TRATADO SEGUNDO,

## DE LA MODESTIA Y SILENCIO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

*Cuan necesaria es la modestia para edificar y aprovechar á nuestros prójimos.*

La modestia de que ahora habemos de tratar, consiste en que sea tal la composicion del cuerpo, y tal la guarda de nuestros sentidos, tal nuestro trato y conversacion, y tales todos nuestros movimientos y meneos, que causen edificacion en todos los que nos vieren y trataren. En esto comprende S. Agustin todo lo que hay que decir de la modestia: *in omnibus motibus vestris nihil fiat, quod cujusquam offendat aspectum, sed quod vestram deceat sanctitatem.* Agust. in regul. No es mi intento descender á tratar en particular las cosas en que se ha de guardar la modestia, ni notar lo que seria inmodestia. Bastará ahora esta regla general del glorioso S. Agustin, que es comun de los Santos, y maestros de la vida espiritual. Procurad que todas vuestras acciones y movimientos vayan de tal manera ordenados, que nadie se pueda ofender, sino edificar. Resplandezca siempre en vuestro esterior humildad, y juntamente gravedad y madureza religiosa, y de esa manera guardareis la modestia que conviene. Solamente pretendo declarar aquí, cuan necesaria sea esta modestia, especialmente á aquellos, cuyo fin é instituto es, no solamente atender á su salvacion y perfeccion de sus propias ánimas, sino tambien á las de los prójimos.

Cuanto á lo primero, una de las cosas con que mucho se edifican y ganan los prójimos, es con lo esterior religioso y edificativo: porque los hombres no ven lo interior, sino solamente lo esterior, y eso es lo que les mueve y edifica, y lo que les predica mas que el

ruido y estruendo de las palabras. Y así se cuenta del bienaventurado S. Francisco, que dijo una vez á su compañero: Vamos á predicar; y sale, y da una vuelta á la ciudad, y vuélvese á casa. Dícele el compañero: ¿Pues Padre no predicamos? Ya, dice, habemos predicado. Aquella composicion y modestia con que iban por las calles, fue muy buen sermon: esa mueve á devocion á la gente, y á menosprecio del mundo, y compungirse de sus pecados, y á levantar su corazon y deseo á las cosas de la otra vida: ese es sermon de obras, que es mas eficaz que el de palabras.

Lo segundo, esta modestia y buena composicion esterior sirve y ayuda mucho para nuestro propio aprovechamiento espirítual, como diremos despues mas largamente: porque es tan grande la *union* y liga que hay entre el cuerpo y el espíritu, entre el hombre esterior y el interior, que lo que hay en el uno, luego se comunica al otro. Y así, si el espíritu está compuesto, luego naturalmente se compone el mismo cuerpo: y por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, luego el espíritu tambien se descompone é inquieta. Y de aquí es, que la modestia y composicion esterior es grande argumento y señal del recogimiento interior, y de la virtud y aprovechamiento espiritual que hay allá dentro, como la mano del reloj del movimiento y concierto de las ruedas.

Con esto se declara mas lo primero; porque esta es la causa de edificarse tanto los hombres de la modestia y composicion esterior: porque por aí entienden y conciben la virtud interior que hay en el alma, y por eso la estiman y tienen en mucho. Dice S. Gerónimo: (a) *Speculum mentis est facies, et taciti oculi, mentis fatentur arcana*: El rostro es un espejo del alma, y lo ojos modestos, ó descompuestos y desasosegados descubren luego lo íntimo del corazon. Y es sentencia del Espíritu Santo: *Quomodo in aquis resplendet vultus prospicientium, sic corda hominum manifesta sunt prudentibus*: Prov. c. 27, v. 19. Así como en el agua clara resplandece el rostro de los que se miran en ella; así el varon prudente conoce los corazones de los hombres por la muestra de lo esterior que ve en ellas. No hay espejo en que así se vea uno, como se ve la virtud y asiento interior en esto esterior: *Ex visu cognoscitur vir, et ab occursu faciei cognoscitur sensatus, amictus corporis, et risus dentium, et ingressus hominis enuntiant de illo*: Eccl. c. 19, v. 26. En el pestañear de los ojos se conoce quien es cada uno, dice el Sabio, la vestidura del hombre, la manera de cubrirse, de reirse, y de andar, descubren luego lo que es. Y poniendo las señas del hombre apóstata, dice: *Homo apostata, vir inutilis, graditur ore perverso, annuit oculis, terit pede, digito loquitur*: Prov. c. 6, v. 12. Ha-

(a) *Hieronim. epist. ad Furiam viduam.*

bla de dedo, y guiña de ojo, da del pie. Y así de Juliano Apóstata dice S. Gregorio Nacianceno: (b) Las condiciones de Juliano no conocieron algunos, hasta que las manifestó por sus obras, y por el poder imperial que recibió; pero yo bien conocí sus costumbres, desde que le ví y comuniqué en Atenas. Ninguna señal ví en él, que me pareciese buena: la cerviz yerta, los hombros movedizos, los ojos ligeros, meneándose á cada parte, el mirar feroz, los pies siempre bullidores, las narices muy prestas para mofar y escarnecer, la lengua ejercitada en males y chocarrerías, la risa desenfrenada, la facilidad en conceder y negar una misma cosa en un tiempo, sus pláticas sin órden y sin fundamento, sus preguntas importunas, sus respuestas sin propósito: mas ¿para qué discurro, dice, tan menudamenre por sus calidades? En conclusion digo, que le conocí antes de sus obras, y por ellas despues le conocí mejor: y si ahora estuviesen presentes los que entonces estaban en mi compañía, darian testimonio, que en viendo en él tales muestras, subitamente dije: ¡O cuán venenosa serpiente cria para sí la república romana! Y diciendo esto deseé salir mentiroso; porque mejor fuera así, que abrasarse la tierra con tantos males, cuales nunca se vieron. Pues así como el desórden y mala composicion esterior es muestra y señal del vicio interior, así la modestia y buena composicion lo es de la virtud interior: y por eso edifica y mueve tanto á los hombres.

Por esta razon tenemos nosotros particular obligacion de procurarla con mucho cuidado, porque como nuestro fin é instituto es aprovechar á los prójimos con nuestros ministerios de predicar, confesar, leer, enseñar la doctrina, y hacer amistades, visitar las cárceles, hospitales, &c. Una de las cosas que da mas fuerza y eficacia á esos ministerios, para que se reciban y hagan fruto en sus almas, es esta modestia y buena composicion esterior, porque con esto se cobra mucha autoridad con los prójimos por la virtud y santidad interior que conciben: y toman entonces lo que se les dice, como venido del cielo, y se les imprime en el corazon. Cuenta Surio, *lib. 2, c. 2 vit. S. Bern.*, que visitó el Papa Inocencio segundo el monasterio de Claraval, acompañado de los Cardenales. Saliéronle á recibir todos los monges con S. Bernardo, que residia allí: y dice la historia, que les movió tanto aquel espectáculo de los monges, que lloraban el Papa y los Cardenales de devocion, solo de ver la modestia de los Religiosos. Maravillábanse todos mucho de ver la gravedad de aquella santa congregacion, que en una fiesta y regocijo tan solemne y tan nuevo, como era ver en una casa al sumo Pontífice, y á los Car-

(b) *Gregor. Nacianz. refer. in histor. Eccles. p. 2, l. 4 in fine.*

denales: todos tenian sus ojos bajos y enclavados en la tierra, sin volverlos á ninguna parte, y teniendo todos puestos los ojos en ellos, *ellos* á ninguno miraban.

No solamente ayuda esta modestia y composicion religiosa para mover y edificar á los de fuera, sino tambien á los de casa; porque *asi* como á los seglares los edifica mucho ver á un Religioso que está ayudando á Misa, y que en toda ella no levanta los ojos, ni vuelve *la cabeza* á una parte ni á otra, y que cuando va por la calle no los levanta, ni aun á mirar á quien pasó junto á él, y se confunden y compungen, y conciben dentro de sí mucha estima: asi tambien acá entre nosotros edifica mucho el que anda con modestia, recogimiento y silencio, y mueve á devocion y á compuncion á los demas. *Y* asi S. Gerónimo entre otros frutos que pone de esta modestia y composicion esterior, es uno este: *Ut loquacibus compunctionem ingerant, et intrandi ad societatem vestram sancta desideria incitent, et affectus ad cœlestia moveantur*: Hier. in reg. Monach. 21. ¿Sabeis, dice, qué hace un Religioso de estos con su silencio y modestia? Es una reprension muy fuerte y eficaz para el que habla mucho, y para el que anda con poca modestia y recogimiento, viendo que no es él tal como el otro. Estos, dice, son los que pueblan las casas de la Religion, y los que las sustentan y conservan en virtud y santidad: porque con su ejemplo atraen y mueven á devocion á los demas, y los despiertan á deseos del cielo. Y esto es lo que nuestro santo Padre nos dice á nosotros, pidiéndonos: * que procedamos de tal manera en esto, que considerando los unos á los otros, crezcan todos en devocion, y alaben á Dios nuestro Señor. * Regul. 29 summar.

De S. Bernardino se cuenta, que era tal su modestia y composicion, que con sola su presencia hacia componer todos sus compañeros; no era menester mas que decir: Bernardino viene, para componerse todos. Y de Luciano martir cuenta Metafraste, y Surio en su vida, que de solo verle los gentiles, se convertian y movian á ser cristianos. Estos son buenos predicadores, imitadores del glorioso Bautista, de quien dice el sagrado Evangelio: *Erat lucerna ardens, et lucens*: Joan. c. 5, v. 25. Era una hacha encendida, que ardia en sí con grande amor de Dios, y daba mucha luz y resplandor á los prójimos con el ejemplo de su vida maravillosa. Este debe ser para nosotros un motivo muy grande para andar siempre con mucha modestia, para edificar á nuestros prójimos y á nuestros hermanos, y hacer en ellos el fruto que habemos dicho: porque sino, ¿dónde está el zelo y deseo de la mayor gloria y honra de Dios, y de ganar almas, tan propio de nuestro instituto, si no procuramos hacer esto, con que ellos tanto se edifican y se

ganan, estando tan en nuestra mano?

## CAPÍTULO II.

### *Cuan necesaria es la modestia para nuestro propio aprovechamiento.*

Doctrina es comun de los Santos, que la modestia y guarda de los sentidos, es uno de los principales medios que hay para nuestro propio aprovechamiento espiritual: porque ayuda mucho á la guarda del corazon, y al recogimiento interior, y á conservar la devocion, por ser esas las puertas por donde entra todo el mal allá dentro al corazon. S. Gerónimo sobre aquello de Job: c. 38, v. 17: *Numquid apertæ sunt tibi portæ mortis: et ostia tenebrosa vidisti?* Dice, que en sentido tropológico las puertas de la muerte son nuestros sentidos, porque por ellos entra la muerte del pecado á nuestra anima, conforme á aquello del profeta Jeremías: cap. 9, v. 21: *Ascendit mors per fenestras nostras.* Y dice, que se llaman puertas tenebrosas, porque dan entrada á las tinieblas de los pecados. Lo mismo dice S. Gregorio, lib. 2 Moral. c. 2; y es comun manera de hablar de los Santos, sacada de la filosofía: *Nihil est in intellectu, quod prius non fuerit in sensu*: Ninguna cosa puede estar en el entendimiento, sin pasar primero por los sentidos, como por puertas. Pues cuando en una casa están las puertas cerradas y bien guardadas, todo lo demas está seguro: pero si están abiertas de par en par y sin guarda, para que entre y salga quien quisiere, no estará segura la casa, ó á lo menos no habrá sosiego ni quietud en ella con tanto entrar y salir. Asi es tambien acá, los que tuvieren bien guardadas las puertas de sus sentidos, andarán recogidos y devotos; pero los que no tienen cuidado de eso, no tendrán paz ni quietud en su corazon.

Por eso nos amonesta el Sabio: *Omni custodia serva cor tuum, quia ex ipso vita procedit*: Prov. c. 4, v. 24. Guarda tu corazon; y añade, con toda guarda, con todo cuidado y diligencia; para darnos á entender la importancia de esto, porque guardando bien las puertas de los sentidos, se guarda el corazon. Dice S. Gregorio, lib. 21 Moral. c. 2: *Unde nobis ad custodiendam cordis munditiam, exteriorum quoque sensuum disciplina servanda est*: Para tener límpio y puro el corazon, es menester que tengamos mucha cuenta con la guarda de nuestros sentidos. Y S. Doroteo: ser. 22, dice: *Assuesce oculos non circumferre ad alienas, et vanas res; hoc enim labores omnes monasticos deperire facit*: Acostumbraos á tener vuestros ojos modestos y bajos, y á no andar mirando cosas impertinentes y vanas; porque eso suele hacer que se pierdan todos los trabajos del Religioso. Todo lo que habeis ganado en mucho tiempo, y con mucho trabajo, se os irá muy facilmente por las puertas de los sentidos, si no

teneis cuidado de guardarlas, y os quedareis vacío y sin nada. ¡O qué bien lo dijo aquel Santo! (a) * Muy presto se pierde por descuido, lo que con mucho trabajo y dificultad se ganó por gracia. * Y en otra parte dice S. Doroteo, ser. 20: *Cave à multiloquio; hoc enim sanctas, ac rationales, et à cœlo advenientes cogitationes penitus extinguit*: Guardaos de hablar mucho, porque eso impide los pensamientos santos, y las inspiraciones y deseos del cielo. Y por el contrario, dice el glorioso S. Bernardo, epist. 378: *Juge silentium, et ab omni strepitu sæcularium perpetua quies cogit cœlestia meditari*: El contínuo silencio, y estar olvidados y apartados del ruido de las cosas del mundo, levanta el corazon, y hace que pensemos en las cosas del cielo, y que pongamos nuestro corazon en ellas. Y tratando de la modestia de los ojos, (b) dice: * Los ojos en el suelo ayudan para traer el corazon siempre en el cielo. * Y bien lo esperimentamos, que cuando andamos los ojos modestos y bajos, andamos recogidos y devotos.

Esta es la causa porque decian aquellos santos padres de Egipto, como refiere Casiano, (c) que el que quisiere alcanzar la perfecta limpieza y pureza de corazon, y tener devocion y recogimiento, ha de ser sordo, ciego y mudo: porque cerradas de esta manera las puertas de estos sentidos, estará su ánima limpia, y la imaginacion desambarazada y dispuesta para tratar y conversar con Dios. Pero dirá alguno: ¿Cómo podremos nosotros ser sordos, ciegos y mudos, que tratamos tanto con los prójimos, y nos es forzoso ver y oir muchas cosas que no querriamos? El remedio es, oir esas cosas, como si no las oyesemos, que por un oido entren, y por otro se salgan, sin dejar pegar el corazon á ellas, sino despidiéndolas luego de nosotros, no haciendo caso de ellas. S. Efren (d) cuenta á este propósito, que un monge preguntó á otro padre antigüo: ¿Qué haré, que me manda el Abad que vaya al horno á ayudar al panadero, y hay alli mozos de fuera, que tratan muchas cosas impertinentes, que no me está á mi bien el oirlas: cómo me habré? Respondió el viejo: ¿No has visto los muchachos en la escuela, como estan juntos con tanto ruido, leyendo y aprendiendo las liciones que han de dar al maestro, y cada uno atiende á su licion, y no á las de los demas, porque sabe que de aquella ha de dar cuenta al maestro, y no de las de los otros? Haz tu asi, y no atiendas á lo que los otros hacen ó dicen, sino á hacer bien tu oficio; porque eso es de lo que has de dar cuenta á Dios.

Del bienaventurado S. Bernardo se dice, que tenia su corazon

(a) *Thom. de Kempis.* (b) *Bern. tra. de 12 gradib humilitat.* (c) *Casian. l. 4 de inst. renuntiat. c. 41.* (d) *Ephr. to. 2, c. 73 variar. doctrin. pag. 234.*

tan puesto en Dios, que viendo no veia, y oyendo no oia. Parecia que no usaba de sus sentidos. Un año habia pasado de novicio, y no sabia de que era el techo de su celda, si de bóveda, ó madera. Habia tres ventanas, ó vidrieras en la iglesia, y él nunca echó de ver si era mas que una. Habia caminado casi todo un dia por la ribera de un lago, y hablando despues los compañeros de él, les preguntó, ¿dónde habian visto aquel lago, que él no le habia echado de ver? Y del Abad Paladio se cuenta, in Prat. Spirit. que estuvo veinte años en una celda, y no levantó los ojos al techo. De esta manera, aunque andemos en medio del mundo tratando con los prójimos, serémos sordos, ciegos y mudos, y no nos impedirá nuestro aprovechamiento el ruido de lo que oimos y vemos.

## CAPITULO III.

*Del engaño de algunos que hacen poco caso de estas cosas esteriores, diciendo que no está en eso la perfeccion.*

De lo dicho se colige bien, cuan engañados andan los que hacen poco caso de estas cosas esteriores, de la modestia y silencio, diciendo que no está en eso la perfeccion, sino en lo interior del corazon, y en las verdaderas y sólidas virtudes. Lipomano trae un ejemplo muy bueno á este propósito, sacado del prado espiritual, cap. 6. Cuentase alli, que uno de aquellos padres viejos, que moraban en el desierto de Citia, fue un dia á la ciudad de Alejandria á vender las cestillas que habia hecho; y vió allí otro monge mancebo, que habia entrado en un bodegon, lo cual sintió el viejo mucho, y acordó de esperarle hasta que saliese, para decirle su parecer; y en saliendo, llamale á parte, y dicele: Hermano mio, ¿no veis que sois mozo, y que son muchos los lazos de nuestro enemigo? ¿No sabeis el daño que recibe el monge en andar por las ciudades, por las figuras y representaciones que le entran por los ojos y por los oidos? Pues ¿cómo os atreveis á entrar en los bodegones, donde hay tan malas compañías de hombres y mugeres, y donde por fuerza habeis de ver cosas malas, y oir lo que no quereis? No por amor de Dios, hijo mio, no lo hagais asi, sino huid al desierto, en donde con ayuda de Dios estareis salvo y seguro. Respondió el mancebo: Andad padre, que no está en eso la perfeccion, sino en la limpieza del corazon. Tenga yo limpio el corazon, que eso es lo que quiere Dios. Entonces levantó el viejo las manos al cielo, diciendo; Bendito y alabado seais vos Señor que cincuenta y cinco años ha que estoy en este desierto de Citia con todo el recogimiento que he podido, y aun no tengo el corazon limpio; y este tratando y conversando en las tabernas y bodegones, ha alcanzado limpieza de co-

razon. Pues esa sea vuestra respuesta. Yo os confieso que la perfeccion esencial está en la puridad y limpieza del corazon, y en la caridad y amor de Dios, y no en estas cosas esteriores: pero no tendreis ni alcanzareis esa perfeccion, si no teneis cuenta con la guarda de vuestros sentidos, y con la modestia y composicion esterior.

San Buenaventura (a) nota esto muy bien, y da la razon porque con este esterior se adquiere y conserva lo interior; y esos son los reparos y defensivos del corazon. Asi como acá vemos que no produce la naturaleza al árbol sin sus hojas y corteza, ni la fruta sin su cáscara, sino que todas las cosas hace con sus reparos y defensivos, para conservacion y ornato de las cosas; asi tambien la gracia, que obra conforme á la naturaleza, y mas perfectamente que ella, no obra lo interior de la virtud, sino mediante esto esterior: esa es la corteza y cáscara con que se conserva la virtud y recogimiento interior, y la puridad y limpieza del corazon; y cuando eso faltare, faltará tambien este otro, como la salud, ó enfermedad corporal no esta en esto esterior, ni en tener uno buen ó mal color, sino en el concierto ó desconcierto de los humores que están allá dentro; pero con todo eso, en viendo en uno mal color, luego decimos: Malo anda fulano, no está del todo sano, ¿no veis que color trae? ¿qué amarillo anda? ¿que ojeras tiene? Pues de esa manera es tambien en la salud espiritual.

San Basilio (b) declara esto con una comparacion, que pues él la trae tambien la podemos traer nosotros. Va suponiendo aquella doctrina y alegoría comun de los Santos, que los sentidos esteriores son unas ventanas, por donde el alma se asoma á mirar lo que pasa allá fuera: y dice, que entre el alma recogida y distraida hay la diferencia que entre la muger honesta y liviana: á la muger honesta, por maravilla la verán á la ventana; pero la que es liviana y mala, todo el dia está á la ventana y á la puerta, mirando todos los que pasan, y llamando al uno, y hablando y entreteniendose con el otro. Esa, dice S. Basilio, es la diferencia que hay entre el Religioso recogido y el distraido, que al recogido por maravilla le vereis asomado á las ventanas de sus sentidos, estáse allá dentro recogido en el retrete de su corazon; pero al otro, á cada paso le vereis asomado á esas ventanas, mirando lo que pasa, oyendo lo que se dice, hablando y perdiendo tiempo con unos y con otros. No está la honestidad ó deshonestidad de la muger en asomarse á la ventana, ó no; pero la muger ventanera y callejera, y amiga de parlar y conversar con unos y con otros, gran



(a) *Bonav. tom. 2 opusc. l. 2 de profectu religios. cap. 22.* (b) *Basil. tract. de vera virginitat. c. 2.*

indicio y muestra da de su liviandad, y eso solo bastaria para hacerla ruin, aunque no lo fuese. De la misma manera, es verdad que no está la perfeccion en la guarda de la lengua y de los sentidos; empero alma ventanera y callejera, amiga de ver, oir y parlar, no alcanzará la perfeccion, ni la pureza de corazon.

Y hase de notar aqui otro punto principal, que asi como esto esterior ayuda á componer y conservar lo interior, asi tambien lo interior compone luego lo esterior. *Ubi Christus est, modestia quoque est*, dice S. Gregorio Nazianceno, epist. 193, cuando hay allá dentro virtud sólida y maciza, luego hay gravedad y peso en los ojos y en la lengua, y mucha madureza en el andar, y en todos nuestros movimientos. La gravedad y peso interior, pone peso y madureza en lo esterior. Y esta es la modestia que nuestro Padre nos pide, (c) que nazca de la paz y verdadera humildad del ánima, no modestia compuesta y fingida artificiosamente, que eso no dura, al mejor tiempo falta, al fin como cosa postiza; sino una modestia, que ella misma se caiga de suyo, nacida, como efecto de su causa, de un corazon compuesto, mortificado y humilde.

De donde podemos colegir una señal muy buena para conocer, si un hombre es espiritual, ó no, y si va aprovechando y creciendo en espíritu, ó no: y declaralo S. Agustin (d) con esta comparacion: Asi como vemos que ahora nosotros, que somos ya hombres, carecemos de muchos deleites y pasatiempos que teniamos cuando eramos niños, que si entonces nos lo quitáran, nos diera mucha pena, y ahora ninguna sentimos en carecer de ellos, porque son pasatiempos y juegos de niños, y nosotros somos ya hombres; asi, dice, es en el camino espiritual, cuando uno comienza á gustar de Dios, y de las cosas de virtud, y se va haciendo hombre espiritual y varon perfecto, no siente ni le da pena el carecer de los gustos y delectaciones sensuales de que gustaba cuando era niño é imperfecto en la virtud, porque aquellos son deleites y pasatiempos de niños y de imperfectos, y él es ya hombre: *Cum essem parvulus, loquebar ut parvulus, sapiebam ut parvulus, cogitabam ut parvulus: quando autem factus sum vir, evacuavi quæ erant parvuli*: 1 ad Cor. cap. 13, v. 11. Cuando era pequeño, sabia y pensaba, y obraba como pequeño; pero despues que soy hombre, dejé las cosas de niño. Pues si quereis ver si sois hombre, y si vais aprovechando y creciendo en perfeccion, ó si sois todavía niño, mirad si habeis dejado y olvidado las cosas de niño; porque si todavia gustais de los juegos y entretenimientos de los niños, niño sois; si gustais de niñerias, de derramar vuestros senti-

(c) *Regul.* 19 *sum. constitut.* (d) *August. l.* 83, *quæst.* 70.

dos, de apacentar vuestros ojos, andando mirando cosas curiosas y vanas, y vuestros oidos en querer oir todo lo que pasa, y vuestra lengua en conversaciones y platicas impertinentes y escusadas; niño sois, é imperfecto sois, pues gustais de los pasatiempos y entretenimientos de los niños y de los imperfectos. El que es hombre espiritual, y va creciendo y haciéndose varon perfecto, ya no gusta de esas cosas, antes se rie y hace burla de ellas, como el hombre de los juegos y entretenimientos de los niños, y se afrentaria de tratar de eso.

## CAPITULO IV.

### *Del silencio, y de los bienes y provechos grandes que hay en él.*

Uno de los medios que nos ayudará mucho para aprovechar en virtud y alcanzar la perfeccion, será refrenar y mortificar la lengua; y por el contrario, una de las cosas que mas nos dañará é impedirá nuestro aprovechamiento, será descuidarnos en esto. Lo uno y lo otro nos dice Santiago en su Canónica, c. 3, v. 2; porque por una parte dice: *Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir*: El que guardare bien su lengua, y no pecáre con ella, ese será varon perfecto; y por otra dice: *Si quis putat se religiosum esse, non refrænans lignam suam, sed seducens cor suum, hujus vana est Religio*: Jacob. c. 1, v. 16. Si alguno piensa que es Religioso, y no refrena su lengua, engañase, que vana es su Religion. S. Gerónimo, in reg. Monachorum c. 22, trae esta autoridad para encomendar la guarda del silencio, y dice que por esto aquellos padres antiguos del yermo, fundados en esta sentencia y doctrina del Apóstol Santiago, tenian gran cuidado de guardarle. Dice que halló á muchos de aquellos santos padres, que habia siete años que no habian hablado palabra con otro. De aqui tambien dice Dionisio Cartusiano, que vinieron todas las Religiones á poner entre las observancias de la Religion, por una de las principales, esta del silencio, y con tanto rigor, que establecieron y ordenaron, que el que le quebrantase, fuese castigado con disciplina pública.

Pero veamos que será la causa de encomendarnos tanto este negocio. ¿Tan grave cosa es hablar una palabra ociosa? ¿Es mas que perder un poco de tiempo que se gasta en decirla, un pecadillo venial, que se quita con agua bendita? Mas debe de haber en ello que perder un poco de tiempo, y de mas peso debe ser este negocio de lo que parece, pues la sagrada Escritura nos lo encarece tanto, porque el Espíritu Santo no es encarecedor ni exagerador de las cosas, ni las pesa con otro peso del que ellas tienen. Los Santos, y Doctores de la Iglesia, á quienes el Señor dió particular luz para entender y declarar los misterios de la Escri-

tura divina, declaran muy á la larga los provechos grandes que se siguen de la guarda del silencio, y los daños grandes que trae consigo lo contrario.

San Basilio, in regul. fusius disp. 13, dice, que es muy provechoso, especialmente á los que comienzan á ejercitarse en el silencio: lo primero, para aprender á hablar como conviene; porque se requieren muchas circunstancias para esto, y es negocio que tiene dificultad, y mucha: pues para aprender las demas ciencias y artes, damos por bien empleados muchos años, á trueque de salir con ellas; tambien será razon que empleemos algunos años en aprender esta ciencia de saber hablar; porque sino os haceis discípulo, y procurais aprender, nunca saldreis maestro. Pero direis: Hablando mucho, la aprenderemos, como las demas ciencias y artes se aprenden, ejercitándose mucho en ellas. Dice S. Basilio, que esta ciencia de saber bien hablar, no se puede aprender sino es callando, y ejercitándose mucho en el silencio: y da la razon: porque como el hablar bien depende de tantas circunstancias, y nosotros estamos tan mal acostumbrados á hablar no con esas circunstancias, sino lo que se nos antoja, y cuando nos parece, y con el tono que queremos, sin órden ni concierto; el silencio hace dos cosas muy principales para saber hablar: lo primero, que con el mucho silencio se nos olvida el mal lenguaje nuestro primero que traiamos del mundo, que es una parte muy principal para aprender buen lenguaje, como lo es para saber olvidar lo mal aprendido; y lo segundo, con el silencio tenemos mucho lugar y tiempo para aprender el buen modo de hablar; porque él nos le da muy cumplido para andar mirando á los Religiosos antiguos, que entendemos son doctos en esta ciencia, y saben hablar como conviene, para aprender de ellos, y que se nos imprima aquella madureza con que ellos hablan, aquel reposo y peso de las palabras. Como el aprendiz está mirando como hace su maestro la obra, para hacerla él de aquella manera, y asi aprende y sale maestro; asi habemos nosotros de andar mirando á los que se señalan en esto, para aprender de ellos. Mirad al otro hermano antiguo, y al otro padre, qué buen modo tiene de hablar, con que buena gracia despacha y da recaudo á todos los que le hablan y tratan, por ocupado que esté, que parece no tiene otra cosa que hacer, sino responderos á vos: siempre le hallaréis de un temple, siempre de un semblante, no como vos, que cuando estais muy ocupado, respondeis desgraciada y sacudidamente. Mirad al otro, cuando le ordenan algo de parte de la obediencia, cuan bien responde, que me place de muy buena voluntad, cuan sin escusas, ni sin preguntar quien lo manda. Mirad al otro, como nunca sabe hablar cosa que

lastime, ni pueda dar disgusto á su hermano, ni en la recreacion ni fuera de ella, ni por burla ni por gracia, ni en presencia ni en ausencia, con todos y de todos habla con respeto y estima: y aprended vos á hablar de esa manera. Advertid como el otro, cuando le dijeron la palabrilla de que se podia sentir, no respondió con otra tal: con cuan buena gracia lo disimuló, como si no la hubiera entendido, conforme á aquello del Profeta: Psal. 37, v. 15: *Factus sum sicut homo non audiens*: qué bien supo ganarse á sí, y á su hermano; y aprended vos á haberos de esa manera en semejantes ocasiones. Para estas dos cosas, dice S. Basilio, que aprovecha mucho el largo silencio: *Quippe cum taciturnitas simul, et oblivionem ex desuetudine pariat, et ad ea quæ recta sunt discenda, otium suppeditet.*

S. Ambrosio, lib. 1 offic. c. 10, y S. Gerónimo sobre aquello del Eclesiastés, c. 3, v. 7: *Tempus tacendi, et tempus loquendi*, confirman esto mismo, y dicen, que esta es la causa, por la cual Pitagoras, aquel antiquísimo filósofo, el primer documento que daba á sus discipulos, era que callasen por cinco años, para que con el largo silencio olvidasen lo que mal sabian, y oyendole á él, aprendiesen lo que habian despues de hablar, y de esa manera saliesen maestros. Y asi viene á concluir allí S. Gerónimo; *Discamus itaque, et nos prius non loqui, ut postea ad loquendum ora reseremus*: Aprendamos pues nosotros primero á callar, para que despues sepamos hablar: *Sileamus certo tempore, ad præceptorum eloquia pendeamus, nihil nobis videatur rectum esse, nisi quod discimus, ut post multum silentium, de discipulis efficiamur magistri*: Tengamos silencio por algun tiempo, andemos mirando á los que se señalen en esta ciencia para imitarlos, hagamonos primero discipulos, para que despues de mucho silencio podamos salir maestros.

Y aunque estos Santos van hablando con los que comienzan; pero á todos nos toca lo que se ha dicho, ó porque sois antiguo, ó novicio, ó os quereis haber en la guarda de la lengua como novicio, ó como antiguo, escoged lo que quisiereis; si sois novicio, ó os quereis haber como novicio, el primero documento ha de ser callar hasta que sepais bien hablar, como queda dicho: si sois antiguo, ó os quereis haber como antiguo, habeis de ser el ejemplo y dechado en que se ha de mirar el novicio, y de quien ha de aprender el que comienza. Mas estimo que os hayais como antiguo, que como novicio; porque á mas obliga el ser antiguo: para eso fuisteis novicio, y callasteis tanto, para aprender á hablar, ya será razon que sepais hablar al cabo de tanto tiempo: y si nunca habeis sido novicio, ni habeis aprendido á hablar, es menester que os hagais en esto novicio, para que asi aprendais á hablar lo que conviene, y cuando conviene, y como conviene.

## CAPÍTULO V.

### *Que el silencio es un medio muy importante para ser hombres de oracion.*

No solo aprovecha el silencio para aprender á hablar con los hombres, sino aprovecha tambien, y es muy necesario para aprender á hablar y tratar con Dios, y ser hombres de oracion: asi lo dice S. Gerónimo, y por eso dice él, que tenian aquellos padres tanta cuenta con el silencio: *Ex hoc enim in eremo Sancti Patres edocti summa cum diligentia observant sancta silentia, tamquam sanctæ contemplationis causam*: Hier. in Regul. Monac. 22. Por esto aquellos santos padres del yermo, enseñados del Espíritu Santo, guardaban con suma diligencia el santo silencio, como causa de la santa contemplacion. Y S. Diadoco tratando del silencio, (a) dice: *Præclara ergo res est silentium, nihilque aliud, quam mater sapientissimorum cogitatuum*: Grande y escelente cosa es el silencio, porque es madre de santos y levantados pensamientos. Pues si quereis ser espiritual y hombre de oracion, si quereis tratar y conversar con Dios, guardad silencio. Si quereis tener siempre buenos pensamientos, y oir las inspiraciones de Dios, tened silencio y recogimiento, porque asi como unos son sordos por impedimentos que tienen en el órgano del oido, otros por haber gran ruido, no oyen; asi tambien el ruido y estruendo de las palabras y cosas y negocios del mundo, impide y nos hace sordos para oir las inspiraciones de Dios, y caer en la cuenta de lo que nos conviene. Quiere Dios soledad para tratar con el alma: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus*, Oseæ c. 2, v. 14, dice por el profeta Oseas: Llevarla he á la soledad, y alli le hablaré al corazon, alli serán los consuelos y regalos: *Ecce ego lactabo eam*: Alli la daré leche á mis pechos: para significar los favores y mercedes que hace al alma, cuando se recoge de esta manera. Dice S. Bernardo, ser. 40 in Cantic, Espíritu es Dios, y no cuerpo, y asi soledad espiritual pide, y no corporal. Y S. Gregorio, l. 30 mor. c. 12, dice: *Quid prodest solitudo corporis, si solitudo defuerit cordis?* Poco aprovechará la soledad del cuerpo, sino hay esta soledad y recogimiento del corazon. Lo que quiere el Señor, es, que allá dentro de vuestro corazon hagais una morada y una celda para tratar con Dios, y para que su divina Magestad huelgue de tratar y conversar con vos. De esa manera podreis decir con el Profeta, Psal. 54, v. 8, que habeis huido y acogidoos á la soledad: *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.* No es menester para eso, que os hagais hermitaño, ni que huyais el trato y conversacion de los prójimos; mas si

(a) *Diado. l. de perfect. spirit. c. 70, in Biblio. sanctor. Patr. tom. 3.*

quereis andar siempre devoto, y muy dispuesto y preparado para entrar facilmente en oracion, tened silencio. Dice muy bien S. Diadoco, *ubi supra*, que asi como cuando la puerta del baño se abre muchas veces, se sale presto por allí el calor; asi cuando uno habla mucho, todo el calor de la devocion se va por la boca. Luego se derrama el corazon, y el alma es desamparada de buenos pensamientos. Es cosa de ver cuan presto desaparece todo el jugo de la devocion, en abriendo la boca á hablar demasiado, vasenos el corazon por la boca: mas si quereis tener mucho tiempo desocupado, y ahorrar y grangear muchos y largos ratos para tener oracion, tened silencio, y vereis que de tiempo os sobra para tratar con Dios, y con vos. ¡*O qué* bien lo dijo aquel santo *Tomas* de Kempis! * Si te apartases de pláticas superfluas, y de andar en balde, y de oir nuevas y murmuraciones, hallarias tiempo aparejado para pensar buenas cosas. * Pero si sois amigo de parlar, y de derramaros por los sentidos, no os espanteis que andeis siempre alcanzado de tiempo, y que os falte aun para los ejercicios ordinarios, como leemos, Exod. 5, v. 22, de los hijos de Israel, que porque andaban derramados por Egipto, buscando pajas, no podian cumplir la tarea ordinaria, y asi eran castigados por ello.

Hase de advertir aqui otro punto principal y muy espiritual, que asi como el silencio es causa de la santa contemplacion, asi tambien la oracion y contemplacion, y el trato con Dios es causa del silencio. Decia Mosies á Dios: *Ex quo loquutus es ad servum, impeditioris, et tardioris linguæ sum*: Exod, 4, 10. Señor, despues que comenzasteis á hablar y tratar conmigo, me he hecho tartamudo, y no acierto á hablar. Y el profeta Jeremias, cap. 1, v. 6, en comenzando á hablar con Dios, dice que se ha vuelto niño, y que no sabe hablar. Nota aqui S. Gregorio, lib. 7 Mor. cap. 6, que los hombres espirituales que tienen trato y conversacion con Dios, luego se hacen mudos para las cosas del mundo, y les da en rostro el hablar y oir tratar de ellas; porque no querrian oir ni tratar de otra cosa, sino de lo que aman y tienen en su corazon, y todo lo demas les da fastidio y pesadumbre: *Valde namque insolens, atque intollerabile æstimant, quidquid illud non sonat, quod intus amant.* Y acá lo esperimentamos; y sino miradlo: cuando el Señor os hace merced en la oracion, y salis de ella con devocion, como no os da gana de hablar con nadie, ni de levantar los ojos á una parte ni á otra, ni de oir nuevas, sino que parece que os han echado un candado á la boca, y á todos vuestros sentidos. ¿Qué es la causa de eso? La causa es, porque estais alla dentro ocupado y entretenido con Dios, por eso no os viene gana de andar buscando entretenimientos y consuelos

esteriores. Y por el contrario, cuando uno anda parlando, y distraido y derramando aca fuera, es que no hay espíritu ni devocion ni entretenimiento alla dentro. Asi lo dice aquel santo Tomas de Kempis. * ¿Qué es la causa que tan de gana hablamos y platicamos unos con otros, viendo cuan pocas veces volvemos al silencio, sin daño de la conciencia? La causa, dice, es que por el hablar buscamos ser consolados unos de otros, y deseamos aliviar el corazon fatigado de pensamientos diversos, y tomamos placer en pensar y hablar de las cosas que amamos, ó nos son contrarias. * No podemos vivir sin algun entretenimiento y contento; y como no le tenemos allá dentro en el corazon con Dios, buscamosle en esas cosas esteriores. Esta es la razon porque acá en la Religion hacemos tanto caso de estas y otras semejantes faltas esteriores, y las reprendemos tanto, aunque de suyo parecen pequeñas: porque esas faltas esteriores, el andar quebrantando el silencio y perdiendo tiempo, y otras cosas semejantes, son señal de poco aprovechamiento, y de la poca virtud interior que hay allá dentro: muestra uno en eso, que no ha entrado en espíritu, ni ha comenzado á gustar de Dios, pues no se sabe entretener consigo y con Dios á solas en su celda. Quando el arca no tiene cerradura, por el mismo caso entendemos que no hay alla dentro tesoro ni cosa preciosa. Cuando la avellana anda muy ligera y salta, es señal que está vana y no hay sustancia dentro. Eso es lo principal que miramos en esas cosas, y por esto hacemos tanto caso de ellas.

## CAPITULO VI.

*Que el silencio es medio muy principal para aprovechar y alcanzar la perfeccion.*

Decia el padre maestro Nadal, muy espiritual y muy docto, una cosa particular y muy notable del silencio, que declara bien su importancia, que aunque á alguno por ventura le parecerá encarecimiento y exageracion, no lo es, sino verdad llana, y muy esperimentada. Decia, que para reformar una casa, y toda una Religion, no es menester mas de reformarla en silencio. Haya silencio en casa, y yo os la doy reformada. No parece que se puede decir mayor alabanza del silencio, porque aqui se encierran todas. La razon de esto es, porque cuando hay silencio en casa, cada uno atiende á su negocio, á que vino á la Religion, que es á tratar de su aprovechamiento espiritual. Pero cuando no hay silencio, entonces son las quejas, los corrillos, las murmuraciones, las amistades particulares, que se fomentan con estas conversaciones y familiaridades: entonces es el perder tiempo, y hacerlo perder á los otros, y otros muchos incon-

venientes que de esto se siguen; y asi vemos que cuando no hay silencio en casa, no parece casa de Religion, sino de seglares: y al contrario, cuando hay silencio, luego parece casa de Religion y un paraiso; luego en entrando por la puerta huele todo á santidad; aquella soledad y silencio, levanta el espíritu, y mueve á devocion á los que entran: *Verè Dominus est in loco isto. Non est hic aliud nisi domus Dei, et porta cœli*: Gen. c. 28, v. 16 et 17. Verdaderamente el Señor mora aquí, esta es la casa de Dios. De la misma manera digo de cualquier particular: reformese uno en el silencio, y yo le doy por reformado. Por esperiencia lo vemos, que cuando hablamos mucho, entonces hallamos en el examen haber caido en muchas culpas: *Ubi verba sunt plurima, ibi frequenter egestas*: Prov. cap. 14, v. 23. Entonces hay pobreza y miseria, y que llorar: y cuando habemos guardado bien el silencio, apenas hallamos de que hacer examen: *Qui custodit os suum, custodit animam suam*, Prov. c. 13, v. 3, dice el Sabio: el que guarda su boca, guarda su ánima. Aun allá Carilo, varon principal, y gran letrado entre los lacedemonios, siendo preguntado, ¿por qué causa Licurgo habia dado tan pocas leyes á los lacedemonios? Respondió: Porque los que hablan poco, como son los lacedemonios, tienen poca necesidad de leyes. De manera que el silencio basta para reformar á cualquier particular, y para reformar toda la casa, y toda la Religion. Y esta es la causa porque aquellos santos antiguos estimaban y ejercitaban tanto el silencio, y por la cual vinieron todas las Religiones á poner en sus observancias por una de las principales esta del silencio. Y por eso dice Dionisio Cartusiano, que dijo el Apostol Santiago, cap. 1, v. 26: El que no peca con la lengua, ese es varon perfecto: y si alguno piensa que es Religioso, y no refrena su lengua, engañase, que vana es su Religion.

Pues considere aqui cada uno atentamente cuan poco le pedimos para ser perfecto, y cuan facil medio le damos para ello. Si quereis aprovechar mucho en virtud y alcanzar la perfeccion, guardad silencio, que con eso dice el Apostol Santiago, c. 3, v. 2, que la alcanzareis. Si quereis ser espiritual, y hombre de razon, guardad silencio, que de esa manera, dicen los Santos, que lo alcanzareis. Y Por el contrario, si no teneis cuidado de guardar silencio, nunca alcanzareis la perfeccion, nunca sereis hombre de oracion, nunca sereis muy espiritual: sino, decidme, ¿si habeis visto algun hombre parlero y hablador, que sea muy contemplativo y espiritual? Ni aun aprovechado le vereis: *Numquid vir verbosus justificabitur*? Dice el santo Job, cap. 11, v. 1. ¿Por ventura el hombre que es hablador, será justificado? Dice alli S. Gregorio, lib. 10 mor. c. 2: Cosa cierta es, que el que habla mucho,

no será justificado, no aprovechará mucho: y trae para esto muchas autoridades de la sagrada Escritura, y entre ellas aquello del Profeta Psal. 139, v. 12: *Vir linguosus non dirigetur in terra*: El hombre parlero y hablador, no será enderezado en la tierra. No medrará, no crecerá, comprenderle ha aquella maldicion del patriarca Jacob: Gen. 49, v. 4. *Effussus est sicut aqua, non crescas*: Habeisos derramado como agua, habeis derramado el corazon por esas puertas de la boca y de los sentidos, desmandandoos á tomar vanos entretenimientos en estas cosas esteriores: no crecereis, no medrareis.

Comparan muy bien los Santos, al que no trae guardada y cerrada su boca, al vaso sin cubierta, al cual mandaba Dios, que fuese tenido por inmundo: *Vas quod non habuerit operculum, nec ligaturam desuper, immundum erit*: Núm. 19, v. 15: porque está espuesto para recibir dentro de sí cualquier inmundicia, y luego se llena de polvo y de suciedad. Asi cuando uno no tiene cerrada la boca, presto se llena de imperfecciones y de pecados. Asi lo dice el Espíritu Santo por el Sabio, y lo repite muchas veces: *Qui multis utitur verbis, lædat animam suam*: Eccles. c. 20, v. 8: y en otra parte: *In multiloquio non deerit peccatum*: Prov. c. 10, v. 19; y en otra: *In multis sermonibus invenietur stultitia*: Eccles. c. 5, v. 2. El que habla mucho, dañará su alma. El que habla mucho, en algo yerra, no faltará pecado en el mucho hablar. Pluguiera á Dios, que no esperimentaramos esto tanto como lo esperimentamos. Dice muy bien S. Gregorio: (a) Comenzareis por palabras buenas, y de aí vendreis á una palabra ociosa, y de aí saltareis luego á otra jocosa, luego á otra enojosa, y poco á poco se va calentando la lengua, y creciendo el deseo de encarecer las cosas, y hacer que parezcan algo, y cuando no pensareis, habreis resbalado en otras mentirosas, y por ventura maliciosas, y aun perniciosas: comenzareis por poco, y acabareis por mucho, que asi suele acontecer, comenzar burlando, y acabar murmurando.

Mas: dice Alberto Magno, lib. de virtut. c. 31: *Ubi non est taciturnitas, ibi homo de facili ab adversario superatur*: Donde no hay silencio, facilmente es uno vencido del enemigo. Y trae para esto aquello de los Proverbios: Prov. c. 25, v. 28. *Sicut urbs patens, et absque mororum ambitu, ita vir, qui non potest in loquendo cohibere spiritum suum*: El que no se puede contener en el hablar, es como una ciudad abierta y sin muros. Sobre las cuales palabras dice S. Gerónimo, (d) que asi como la ciudad abierta y sin muros, está muy espuesta para ser entrada y saqueada de los enemigos; asi el que no está guardado con este muro del silencio, está

(a) *Greg. l. 7 mor. c. 17: et 3 p. Pastor. admon. 3.* (b) *Hier. ibid. Greg. 3 p. Pastor. cap. 13: et l. 7 mor. c. 25.*

muy espuesto, y muy á peligro para ser vencido de las tentaciones del demonio; y podemos dar otra razon mas particular de esto: asi como acá *á un* hombre que está descuidado y entretenido en otras cosas diferentes, facilmente le pueden engañar; pero al que está siempre sobre aviso, con dificultad: asi al que no *guarda* silencio, facilmente le puede engañar el demonio, porque anda divertido, entrenido y embebecido en cosas impertinentes; pero *el que* anda con silencio y recogi*miento*, anda siempre apercibido y sobre aviso, y asi no le engañará facilmente el demonio, ni le echará treta falsa.

## CAPITULO VII.

### *Que andar uno con modestia, silencio y recogimiento, no es vida triste, sino muy alegre.*

De lo dicho se sigue una cosa digna de advertir en esta materia: que esta manera de vida recogi*da*, andar uno con sus ojos bajos, *no* querer hablar ni oir sino lo necesario, haciendose sordo, ciego y mudo por Dios, no es vida trist*e* ni melancólica, sino antes muy alegre y gustosa: y tanto mas que esa otra, cuanto es mas dulce la conversacion y compañía de Dios, que la de los hombres, á la cual nos convida y lleva ese recogimiento. Dice S. Gerónimo: (a) *Viderunt alii quid sentiant, unusquisque enim suo sensu ducitur: mihi oppidum carcer, et solitudo paradisus est*: Sientan otros lo que quisieren, porque cada uno dice de la feria como le va en ella: lo que de mí sé decir, es, que la ciudad me es cárcel, y la soledad paraiso. Y S. Bernardo decia: (d) *Numquam minus solus, quàm cùm solus*: Nunca estoy menos solo, que cuando estoy solo. Entonces estoy mas acompañado, y mas alegre y regocijado, porque aquello que satisface y da verdadero contento al corazon, es el tratar y conversar con Dios. Para los que no tienen este trato interior, ni saben de espíritu, ni de oracion, ni hallan gusto en las cosas espirituales, será esta vida triste y melancólica; pero no para el buen Religioso.

De aqui se entenderá otro engaño, (c) que como piensa el ladron que todos son de su condicion, algunos en viendo al otro devoto y recogido, y sus ojos bajos, y que no anda parlando como ellos con todos los que encuentra, luego les parece que anda tentado, ó que anda triste y melancólico, y aun algunas veces se lo dicen. Y hay algunos que no se atreven á andar con la modestia y silencio que querrian y deberian, por temor de esto: lo cual se debe advertir mucho, para que nadie haga daño por su indiscrecion y poco espíritu: ¿por qué vos no sabeis tener alegría

(a) *Hieronim. epist. 4 ad Rusti. Monac. de vivend. form.* (b) *Bern. epist. seu tract. ad Frat. de Monte Dei.* (c) *Tract.* 1, *cap.* 15.

y contento en el silencio y recogimiento, pensais que el otro tampoco lo ha de tener? ¿O por ventura os da en rostro la modestia del otro, porque es una continua reprension de vuestra modestia y poco recogimiento, y por eso no lo podeis sufrir? Dejad al otro ir adelante en su ejercicio, que mayor alegria y contento trae él, que no vos; porque aquella es una alegria espiritual y verdadera, que es la que dice S. Pablo, 2 ad Cor. c. 6, v. 10: *Quasi tristes: semper autem gaudentes.* Aunque os parece á vos que anda triste, no anda sino con mucho contento y gozo interior. Aun allá Seneca (d) avisa de esto á su amigo Lucilo. No está, dice, la alegria verdadera en lo esterior, sino allá dentro en el corazon. Asi como el oro y metal fino, no es lo que se halla en la superficie de la tierra, sino lo que está en las venas y entrañas de ella; asi la verdadera alegria y contento, no es el que uno muestra de fuera parlando, riendo y conversando con unos y con otros; porque eso no harta ni satisface al alma, sino que está como oro fino en las venas y entrañas del corazon. En tener uno buena conciencia, y un ánimo generoso, despreciador de todas las cosas del mundo, y levantado sobre todas ellas, en eso está el verdadero gozo y contento.

## CAPITULO VIII.

### *De las circunstancias que habemos de guardar en el hablar.*

*Pone Domine custodiam ori meo, et ostium circunstantiæ labiis meis*, Psal. 140, v. 3. Los bienaventurados santos y doctores de la Iglesia, Ambrosio, y Gregorio, (a) tratando de los muchos males y daños que se siguen de la lengua, de que está llena la sagrada Escritura, especialmente los Sapienciales, y encomendandonos mucho la guarda del silencio, para que nos libremos de tantos daños y peligros, dicen: *Quid igitur, mutos nos esse oportet?* ¿Pues qué quereis que hagamos? ¿Habemos de ser mudos? *Minimè*: No queremos decir eso, dicen estos Santos: porque la virtud del silencio no está en no *hablar*. Asi como la virtud de la templanza no está en no comer, sino en comer cuando es menester, y lo que es menester, y en lo demas abstenerse; asi la virtud del silencio no está en no hablar, sino en saber callar á su tiempo, y en saber hablar á su tiempo: y trae para esto aquello del Eclesiastes, c. 3, v. 7: *Tempus tacendi, et tempus loquendi*: Hay tiempo de callar, y tiempo de hablar. Y asi es menester mucha discrecion para acertar á hacer cada cosa de estas á su tiempo: porque asi como es falta de hablar cuando no

(d) *Senec. l. 3, Epist. 23 ad Lucillum, de solido, et inani gaudio.* (a) *Ambr. l. 1 offic. c. 3. Greg. l. 7 Moral. c. 17; et 3 p. pastor. ad moni. 15.*

conviene, asi tambien lo es dejar uno de hablar cuando debria de hablar. Estas dos cosas dicen estos Santos, que nos dió á entender el Profeta en las palabras propuestas: Poned Señor guarda en mi boca. ¿Qué guarda pedís, santo Profeta? *Ostium circunstantiæ labiis meis*: Una puerta con que se cierren mis *lábios*. Nota muy bien S. Gregorio, que no pide David á Dios que ponga una pared en su boca, y la cierre á piedra y lodo para que nunca se abra, sino puerta que se abra y se cierre á sus tiempos, para darnos á entender que habemos de callar y cerrar la boca á su tiempo, y abrirla á su tiempo, y que en eso está la discrecion, y la virtud del silencio. Esto mismo es lo que pide el Sabio, diciendo: *Quis dabit ori meo custodiam, et super labia mea signaculum certum, ut non cadam ab ipsis, et lingua mea perdat me?* Eccles. c. 22, v. 33. ¿Quién dará guarda á mi boca, y pondrá un sello en mis lábios, para que no venga á caer por ellos, y mi propia lengua me condene? Son menester tantas circunstancias y condiciones para hablar sin errar, que con razon teme el Sabio de perderse por la lengua, y pide esta discrecion para saber cerrar y abrir la boca cuando conviene; porque una sola circunstancia que falte, basta para errar: y para que el hablar sea acertado y bueno, es menester que concurran todas las circunstancias, sin faltar ninguna: *Quia bonum consurgit ex integra causa, malum autem ex quocumque defectu.* Esta diferencia hay del bien al mal, y de la virtud al vicio, que para la virtud es menester que concurran todas las circunstancias, sin faltar ninguna; y para el vicio basta una sola que falte.

Las circunstancias que son necesarias para hablar bien, pónenlas comunmente los santos Basilio, Ambrosio, Bernardo, y otros. (b) La primera y principal es mirar primero muy bien lo que se ha de hablar, y la misma naturaleza nos da bien á entender el recato grande que habemos de tener en esto; pues asi guardó y escondió la lengua, no solamente con una puerta y cerradura, sino con dos, primero con los dientes, y despues con los labios; muro y ante muro puso á la lengua, no habiendo puesto á los oídos guarda ni cerradura ninguna: para que por aí entendamos la dificultad y recato que habemos de tener en hablar, y la prontitud y facilidad en el oír, conforme á aquello del Apóstol Santiago, c. 1, v. 19: *Sit autem omnis homo velox ad audiendum, tardus autem ad loquendum.* Esto mismo se nos enseña en la composicion y harmonía de la lengua, porque hay en esta dos venas, una que va al corazon, y otra al celebro, donde ponen los filósofos el asiento del entendimiento, para darnos á entender, que lo que



(b) *Basil. in reg. brevi.* 208; *et in const. monast. c.* 12. *Ambr. l.* 1 *offic. c.* 10. *Bern. de ordine vit. et morum insti. c.* 6.

se ha de hablar, ha de salir del corazon, y regulado por la razon. Y asi este es el primer aviso que da S. Agustin para hablar bien: *Omne verbum prius veniat ad limam, quam ad linguam*: La palabra primero ha de ir á la lima, que á la lengua; primero se ha de registrar allá dentro en el corazon, y limarse con la regla de la razon, que salga por la boca. Esta es la diferencia que pone el Eclesiástico, cap. 21, v. 9, entre el hombre sabio, y el necio: *In ore fatuorum cor illorum, et in corde sapientium os illorum*: Los necios tienen su corazon en la lengua, porque le tienen rendido á ella, y al apetito desordenado de hablar; y asi dicen todo lo que se les viene á la boca; porque el corazon consiente luego, como si lengua y corazon fuese una misma cosa. Pero los sabios y prudentes tienen la lengua en el corazon, porque todo lo que han de hablar sale de él, y con consejo de la razon tienen la lengua rendida y sujeta al corazon, y no el corazon á la lengua, como los necios.

S. Cipriano dice, que asi como el hombre sóbrio y templado ninguna cosa echa en su estómago, sin que primero la masque; asi el hombre prudente y discreto ninguna palabra echa de la boca, sin que primero la rumie muy bien en su corazon; porque de las palabras no bien pesadas ni pensadas se suelen levantar las contiendas. S. Vicente dice, que tanta dificultad habiamos de tener en abrir la boca para hablar, como en abrir la bolsa para pagar. ¡Qué de espacio, y con que acuerdo abre el otro la *bolsa*, mirando primero muy bien si lo debe, y cuanto debe! Pues de esa manera, y con esa dificultad habeis de abrir la boca para hablar, mirando primero, si debeis de hablar, y lo que debeis de hablar, y no hableis mas palabras que las que debeis, como el otro no paga mas de lo que debe. Concuerda con esto S. Buenaventura, (c) diciendo, que ha de ser uno tan cauto y tan escaso en las palabras, como el avariento en sus dineros.

S. Bernardo (d) aun no se contenta con esto, sino dice: *Antequam verba proferat, bis ad limam veniant, quàm semel ad linguam.* Dos veces quieren que pasen primero las palabras por la lima de la razon, antes que lleguen una vez á la lengua: y lo mismo dice S. Buenaventura. (e) S. Efren (f) dice, y lo trae del santo Abad Antonio: Antes que hableis, comunicad primero con Dios lo que habeis de hablar, y la razon y causa que hay para hablar, y entonces hablad como quien ejecuta la voluntad de Dios, que quiere que hableis. Esta es la principal circunstancia para hablar bien, y si esta guardamos, facilmente podremos guardar las demas.

La segunda circunstancia que habemos de mirar en el hablar, es el

(c) *Bonav. t. 2 opus. l. 2 de profectu Religiosorum, c.* 10. (d) *Bern. in spec. Monachor.* (e) *Bonav. in spec. discip. c.* 5. (f) *Eph. t. 2, p. 28, c.* 18.

fin é intencion que nos mueve á hablar: porque no basta que las palabras sean buenas, sino es menester tambien que el fin sea bueno: porque algunos, dice S. Buenaventura, hablan cosas buenas, por parecer espirituales, otros por venderse por agudos y bien hablados: de lo cual, lo uno es hipocresía y fingimiento, y lo otro vanidad y locura.

Lo tercero, dice S. Basilio, que es menester mirar quien es el que habla, y á quien y delante de quien habla: y da aqui muy buenos documentos, de como se han de haber los mozos delante de los viejos, y delante de los sacerdotes los que no lo son, apoyándolo todo con autoridades de la sagrada Escritura: *Noli verbosus esse in multitudine Presbyterorum*: Eccles. c. 7, v. 15. Es muy buena crianza y reverencia callar delante de los ancianos, y delante de los sacerdotes. S. Bernardo (g) dice, que los mozos callando honran á los mayores. Aquello es una manera de reverencia y reconocimiento, y de darles la ventaja: y añade una buena razon: *Silentium est maximus actus verecundiæ*: El silencio es un acto muy principal de la vergüenza, la cual parece muy bien en los mozos. S. Buenaventura (h) declarando esto mas, dice, que asi como el temor de Dios compone y ordena á uno allá en lo interior, y le hace estar bien con Dios; asi la vergüenza le compone y ordena en lo esterior, y le hace tener modestia, comedimiento y silencio delante de los mayores.

La cuarta circunstancia, dice S. Ambrosio, es mirar el tiempo en que se ha de hablar: porque una de las principales partes de la prudencia, es saber decir las cosas á su tiempo: *Homo sapiens tacebit usque ad tempus, lascivus autem, et imprudens non servabunt tempus*: Eccl. c. 20, v. 7. El hombre sabio y prudente callará hasta su tiempo; pero el imprudente é indiscreto no guarda tiempo ni coyuntura. Y del que guarda esta circunstancia de hablar á su tiempo, dice el Espíritu Santo: *Mala aurea in lectis argenteis, qui loquitur verbum in tempore suo*: Prov. c. 25, v. 11. Manzana de oro sobre columnas de plata es hablar lo que conviene á su tiempo, parece eso muy bien, y da mucho contento. Y por el contrario, aunque lo que se habla sea bueno, sino se dice á su tiempo desagrada: *Ex ore fatui reprobabitur parabola, non enim dicit illam in tempore suo*: Eccl. c. 20, v. 22. De la boca del necio, dice el Eclesiástico, no es bien recibida la palabra sentenciosa, porque no la dice á su tiempo. A esta circunstancia pertenece no interrumpir á nadie, que es mala crianza, y poca humildad. No es buen tiempo de hablar cuando el otro está hablando: *In medio sermonum ne adjicias loqui*: Eccles. c. 11, v. 8, dice el Sabio. Esperad que acabe el otro su razon, y entonces

(g) *Bern. de ord. vit, et morum insti.* (h) *D. Bon. de infor. novit. p.* 1, *c.* 28.

entraréis vos con la vuestra. A esto tambien se reduce lo que alli añade: *Priusquam audias, ne respondeas verbum*: No respondais antes que acabeis de oír lo que os dicen: y en otra parte dice: *Qui prius respondet, quàm audiat, stultum se esse demonstrat, et confusione dignum*: Prov. c. 18, v. 13. El que responde antes que acabe de oír lo que le dicen, muestra da de poco asiento, y muchas veces queda confundido, porque no respondió á propósito, pensó que le iban á decir aquello, y no le iban á decir sino otra cosa, despuntó de agudo. Da tambien S. Basilio otro aviso acerca del responder: que si preguntan á otro, calleis vos. Y cuando estan muchos, y les dicen que digan su parecer: en tal caso, sino os preguntan á vos en particular, es poca humildad, que querais haceros el principal, y tomar la mano por todos: hasta que os digan en particular, que digais, callad.

La quinta circunstancia que ponen los Santos para hablar bien, es: *Loquendi modus*: El modo y tono de la voz: que es lo que nos dice á nosotros nuestra regla 28 comun. Todos hablen con voz baja, como á Religiosos conviene. Esta es una muy principal circunstancia del silencio, ó por mejor decir, una muy gran parte de él. S. Agustin (i) sobre aquellas palabras que dijo Marta á su hermana, cuando Cristo nuestro Redentor fue á resucitar á Lazaro: *Et vocavit Mariam sororem suam silentio, dicens: Magister adest, et vocat te*: Llamó Marta á Maria en silencio, diciendo: El Maestro está aqui, y te llama; pregunta el Santo: ¿Cómo dice en silencio, pues dijo: El Maestro está aqui, y te llama? Y responde: que la voz baja se llama silencio. Pues asi acá, cuando hablan unos con otros en sus oficios con voz baja, entonces decimos que hay silencio en casa; pero cuando hablan alto, aunque las cosas sean necesarias, no guardan silencio. De manera que para que haya silencio en todas las oficinas, y parezca casa de Religion, y nosotros parezcamos Religiosos, es menester hablar bajo. Dice S. Buenaventura, (k) que es gran falta en un Religioso hablar alto. Basta que hableis de manera que los que estan cerca os puedan entender. Y si quereis decir algo al que está lejos, id allá, decídselo; porque no conviene á la modestia religiosa hablar á voces ni desde lejos. Y advierte S. Buenaventura, que la noche, y el tiempo de reposo y de recogimiento, piden aun mas particularmente que el hablar sea mas bajo para no inquietar á otros en aquel tiempo, y lo mismo piden algunos lugares particulares, como la sacristía, portería y refitorio.

A esta circunstancia del modo de hablar, dice S. Buenaventura, que pertenece tambien hablar con serenidad del rostro, no haciendo gestos con la boca, encogiendo ó

(i) *Aug. tr. 4 sup. Joan. c. 11, v. 28.* (k) *Bonav. in spec. discip. p. 4, c. 5.*

estendiendo mucho los labios, ni mostrando señales en los ojos, ó arrugas en la frente ó en la nariz, ni meneos en la cabeza, ni hablando mucho de manos, que es lo que encomienda nuestro santo Padre en las reglas de la modestia. Tambien dice S. Ambrosio, (l) y S. Bernardo, (m) que pertenece á esta circunstancia: *Ut vox ipsa non sit remissa, non fracta, nihil fœmineum sonans, sed formam quamdam, et regulam, ac succum virilem reservans*: Que la voz no sea afectada, ni quebrada con una blandura mugeril, sino que sea voz de hombre grave: empero aunque no ha de ser el modo de hablar melindroso ni afeminado, dicen, que tampoco ha de ser áspero, bronco ni pesado: *Sed ut molliculum, aut infractum, aut vocis sonum aut gestum corporis non probo, ita neque agrestem, ac rusticum.* Siempre ha de ser el modo de hablar del Religioso de tal manera grave, que vaya mezclado con suavidad. Y aunque siempre es menester guardar buen modo en el hablar; pero particularmente es esto mas necesario, cuando queremos amonestar ó reprender. Porque si esto no se hace con buen modo, perderáse del todo el fruto de ello. Dice muy bien S. Buenaventura de inform. novit.: el que turbado y con cólera corrige ó avisa á otro, mas parece que lo hace de impaciencia y por lastimarle, que de caridad y por zelo de aprovecharle: *Virtus cum vitio non docetur*: No se enseña la virtud con vicio, ni la paciencia con impaciencia, ni la humildad con soberbia. Mas se edificaría y aprovecharía el otro del ejemplo de vuestra paciencia y mansedumbre, que de vuestras razones. Y asi dice S. Ambrosio, lib. 1 offic. c. 2: *Monitio sine asperitate, oratio sine offensione*: El aviso y amonestacion ha de ser sin aspereza y sin ofension. Y traen á este propósito aquello del Apóstol S. Pablo: *Seniorem ne increpaveris, sed obsecra ut patrem*: 1 ad Tim. c. 5, v. 1. Al anciano no le reprendais, sino rogadle como á padre.

Tambien se reprende aqui con razon el hablar afectadamente, con intencion de parecer muy discreto y bien hablado: y asi son muy reprendidos los predicadores que procuran hablar curiosa y pulidamente, y hacen estudio particular de eso: con lo cual pierden el espiritu y el fruto de los sermones: dicen que el hablar ha de ser como el agua que ningun sabor ha de tener para que sea buena.

Finalmente, son tantas las circunstancias que se requieren para hablar bien, que será gran maravilla no faltar en alguna de ellas: y por eso es muy buen remedio acogernos al puerto del silencio, donde con solo callar está uno guardado de los muchos inconvenientes y peligros que hay con el hablar, conforme á aquello del Sabio: *Qui custodit os suum, et linguam suam,*



(l) *Amb. l. 1 de offic. c. 19.* (m) *Bern. de ordin. vit. et morum instit.*

*custodit ab angustiis animam suam.* Prov. c. 21, v. 23. Yasi decia uno de aquellos padres antiguos: *In omni loco, si taciturnus fueris, requiem habebis*: Si fueres callado, en cualquier lugar tendrás quietud y sosiego. Y aun allá dijo Séneca, epist. 207: *Nihil æquè prodest quam quiescere, et minimum cum aliis loqui, secum plurimum*: No hay cosa que asi aproveche, como andar uno recogido, y hablar muy poco con otro, y consigo mucho. Bien celebre es aquella sentencia del santo Abad Arsenio, que la solia él repetir muchas veces, y aun cantarla, dice Surio en su história: *Me sæpe penituit dixisse, numquam autem tacuisse*: Muchas veces me pesó de haber hablado, y ninguna de haber callado: lo mismo se dice de Sócrates: y da Séneca la razon de esto; porque lo que se calla, se puede hablar despues; pero lo que se habla, no puede dejar de estar hablado: *Et semel emissum volat irrevocabile verbum*, Horat. epist. 19, lib. 1, dijo el otro; y S. Gerónimo epist. de virginitate servanda: *Lapis emissus est sermo prolatus*: La palabra que salió de la boca es como la piedra que salió de la mano, que ya no podeis hacer que no vaya, y haga el daño. Y por eso es menester, dice S. Gerónimo, mirar primero muy bien lo que habeis de hablar, antes que lo echeis por la boca; porque despues no puede dejar de estar hablado: *Quapropter diu antequam sermo proferatur, cogitandus est*: que es el primer aviso que dimos.

Pues resolvámonos de guardar muy bien nuestra lengua, diciendo con el Profeta: Ps. 38, v. 1. *Dixi custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea*: Concerté y determiné de guardar mis caminos. S. Ambrosio, lib. 1 offic. c. 2, sobre estas palabras dice: Unos son los caminos que habemos de seguir, y otros los que habemos de guardar: los caminos de Dios habemos de seguir, y los nuestros guardar, porque no nos despeñemos y perdamos por ellos, cayendo en pecado. Y los guardarémos, dice, si sabemos callar. En la história eclesiástica se cuenta, que un monge llamado Pambo, como fuese hombre sin letras, fue á otro monge sabio, que le enseñase; y oyendo este verso: *Determiné de guardar mis caminos, no pecando con mi lengua*; no consintió á su maestro pasar adelante á enseñarle el segundo verso, diciendo: Si yo la pudiera cumplir, bastaráme esta sola licion. Y como despues de seis meses su preceptor le reprendiese, porque no habia vuelto á tomar licion, respondió: En verdad padre, que la primera tengo hoy por cumplir. Y despues de muchos años preguntóle uno muy conocido suyo, si habia ya aprendido el verso? Y dijo: Cuarenta y nueve años ha que le oí, y apenas le he podido poner por obra. Y si sabía, aunque él por su humildad dudaba; porque Paladio cuenta de él, que tomó tan bien aquella licion, y la puso de tal manera por obra, que antes

que hablase y respondiese á lo que le preguntaban, levantaba siempre el corazon á Dios, y lo comunicaba y trataba primero con él, conforme al consejo que habemos dicho; y dice, que fue por esto tan ayudado de Dios, que cuando se quiso morir, dijo no se acordaba *haber* hablado palabra que le pesase *haberla* dicho. Surio cuenta de santa Maria de Oña virgen, que una vez guardó perpetuo silencio, desde la fiesta de la Cruz de setiembre hasta Pascua de Navidad, de tal manera que en todo este tiempo no habló ni una palabra: lo cual dice que fue tan agradable á Dios, que le fue revelado, que con esta obra y mortificacion de la lengua, principalmente, habia alcanzado no pasar por purgatorio cuando muriese.

## CAPITULO IX.

### *Del vicio de la murmuracion.*

*Nolite detrahere alterutrum fratres*: Jac. c. 4, v. 11. Hermanos mios, dice el Apóstol Santiago, no murmureis unos de otros. Los que murmuran, dice el Apóstol S. Pablo, ad Rom. 1, v. 30, que son aborrecidos de Dios: *Detractores Deo odibiles.* Y el Sabio dice, Prov. c. 24, v. 9, que son tambien aborrecidos de los hombres: *Abominatio hominum detractor, et* (Eccles. c. 5, v. 17) *susurratori odium, et inimicitia, et contumelia.* Abominan los hombres de los murmuradores, y tienenles grande aversion y ojeriza: y aunque esteriormente se rien, y parece que gustan, allá interiormente les parece muy mal, y se guardan de ellos; porque temen, y con razon, que lo que hacen con otros delante de ellos, haran despues con ellos delante de otros. Esto bastaba para aborrecer y huír mucho este vicio; porque, ¿qué mayor mal puede ser, que ser aborrecidos de Dios y de los hombres? Pero dejado esto á parte, ahora solamente querria declarar brevemente la gravedad y malicia de este vicio, y cuan facilmente puede uno llegar en esto á pecar mortalmente, para que procuremos estar muy lejos de ponernos en gran peligro. Su gravedad y malicia consiste en que escurece, y quita la fama y buena opinion y estima del prójimo, la cual es de mayor precio y valor, que la hacienda y riquezas temporales, conforme á aquello del Sabio: *Melius est nomen bonum, quam divitiæ multæ.* Eccl. c. 22, v. 1. *Et curam habe de bono nomine: hoc enim magis permanebit tibi, quam mille thesauri pretiosi, et magni.* Eccl. c. 41, v. 15. Y asi dicen los Doctores, que es mayor y mas grave este pecado de la murmuracion, que el pecado del hurto, cuanto es de mas precio y estima la fama y buena opinion, que la hacienda. Y descendiendo mas en particular á tratar cuando llegará la murmuracion á pecado mortal, y cuando será solamente venial; dicen lo que suelen decir comunmente en todos los demas pe-

cados, que de su genero son mortales. Asi como el hurto es de suyo pecado mortal; pero por razon de la poquedad de la materia puede ser venial, como hurtar una manzana, ó un cuarto; asi tambien el murmurar, de su genero es pecado mortal, mas tan liviana cosa puede ser la que uno dice de otro, que sea solamente venial.

Empero advierten en esto una cosa que hace mucho al caso, para que se entienda el peligro que hay en esto, y el recato que es menester tener aun en las cosas que parecen pequeñas; y es, que muchas veces no son pequeñas ni livianas las que á algunos les parecen tales. Dicen tambien los Teologos, que aunque decir de alguno un pecado venial, como fulano dijo una mentira, en los seglares no sería pecado mortal, porque es cosa liviana, y que no les quita á ellos la fama; pero decir de un Religioso un pecado venial, y aun una imperfeccion, podrá ser pecado mortal; porque mas deshonra é infamia puede ser eso en un Religioso, que un pecado mortal en un seglar. Claro está que si dijese yo de un Religioso, que es mentiroso, que perdería mas opinion y estima delante de vos el tal Religioso, que allá en el mundo pierde un seglar de vida poco concertada, porque digan de él, que no ayuna toda la cuaresma, ó que sale de noche. Y asi es menester advertir, que este negocio de pecar mortalmente en murmurar y decir mal de otro, no se ha de medir, por ser pecado mortal, ó no, lo que se dice de él, sino por la estima y reputacion que se le quita. Siempre habemos de ir en este fundamento, y tenerle por primer principio en esta materia. Porque claro está, que ser uno de casta de moros, ó judios, no es pecado ninguno, y con todo eso infamar á uno de esto, lo dan los Doctores por pecado mortal. Pues de la misma manera, si yo digo de un Religioso, que es liviano, que tiene poco juicio, (que es ejemplo espreso que ponen los mismos Doctores) mas opinion y estima pierde aquel Religioso con aquello, que un seglar porque digan de él algun pecado mortal. Y asi hay mas *peligro* en esto de lo que parece. Tengo yo al otro por buen Religioso, asentado y cuerdo. Decís vos: Fulano es asi, asi, volviendo la mano, y dando á entender que tiene poco asiento: mucho le deshicistels con eso, mucho cayó de la opinion en que antes se tenia. Viene el otro de fuera, y si allá hubo alguna cosa de desedificacion, esa es la primera que cuenta, comienza á calificar al uno de altivo, al otro de porfiado y cabezudo, al otro de inquieto y bullidor. Esas cosas no son livianas, sino tales, que desdoran mucho á un Religioso: sino vealo cada uno por sí. Si otro dijese estas cosas de vos, y fuese causa que os tuviesen en esa posesion, mirad como lo sentiriais. Pues esa es la regla de la caridad que habemos de guardar con nuestros hermanos:

especialmente que tratamos de perfeccion, y habemos de estar muy léjos de ponernos en esas dudas y peligros. Si por lo que yo dije, perdió mi hermano notablemente de la estima y buena opinion que el otro tenia de él, y si llegó á pecado mortal, ó no, como decimos en el voto de la pobreza, ¿téngome yo de poner en duda, si lo que recibí ó dí sin licencia, llegó á cantidad que baste para ser pecado mortal? Muchas veces no podemos determinar de cierto, si llegó á eso, ó no. Pero harto trabajo es ponerse uno en ese peligro: por todo cuanto hay en el mundo no se ha de poner uno en esa duda: es menester que andemos con mucho cuidado y recato en las cosas pequeñas, porque sino muy presto nos hallarémos llenos de escrupulos y remordimientos, y de dudas de pecado grave. Y en esto del murmurar es aun mas necesario ese cuidado, porque es muy grande la inclinacion que tenemos á esto, y la facilidad y ligereza de la lengua es tambien muy grande. Esta diferencia hay de los que tratan de perfeccion, á los que no tratan de ella: que los que tratan de perfeccion, hacen mas caso de faltas pequeñas, que los otros de grandes: y esa es una de las cosas en que se echa mucho de ver si uno trata de veras de su aprovechamiento, ó no.

De nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio leemos, lib. 5, c. 6 de su vida, que de las faltas de los de casa tuvo siempre un estraño silencio; porque si alguno hacia alguna cosa, no de tanta edificacion, no la descubria á nadie, sino á quien le hubiese de remediar, y entonces con tan gran miramiento y recato, y con tanto respeto al buen nombre del que habia faltado, que si para su remedio bastaba que lo supiese uno solo, no lo decia á dos. De aqui habemos de aprender nosotros, como habemos de hablar de nuestros hermanos. Si nuestro santo Padre con ser superior, y poder decir y reprender las faltas de los de casa delante de todos en castigo de ellas, andaba con este recato, y esto aun en faltas pequeñas y menudas, ¿cuánta mayor razon será que nosotros lo andemos?

S. Buenaventura (a) pone esta regla para hablar de los ausentes: *Erubescant dicere de absenti, quod cum charitate non possunt dicere coram ipso.* Asi habeis de hablar del ausente, como si él estuviera presente, y lo que no os atrevierais á decir de él, si estuviera presente y lo oyera, no lo habeis de decir en su ausencia: entiendan todos que tienen seguras las espaldas en vos. Esta es una regla muy buena, y que abraza asi las cosas graves, como las que parecen livianas, que son las que muchas veces nos suelen engañar: porque algunas veces no son tan livianas como entonces nos parecen, como queda dicho, y asi no nos habemos de escusar con

(a) *Bonav. Spec. discipl. part.* 3, *c.* 3 *de informat. novit. part.* 1. *c.* 23.

esto, ni con decir que no hacen los otros caso de aquellas cosas, ni con decir que son públicas; porque la perfeccion que profesamos no admite estas escusas: asi nos lo enseña nuestro santo Padre, (b) el cual nunca hablaba en su conversacion de los vicios agenos, aunque fuesen públicos, y se dijesen por las plazas, y queria que los nuestros hiciesen lo mismo. Sean todos de nuestra boca buenos, virtuosos y honrados, y tenga todo el mundo entendido, que por nuestro dicho nadie ha de perder, ni ser tenido en menos.

Si acaso supisteis ú oisteis alguna falta de vuestro hermano, guardad aquello que dice el Sabio: *Audisti verbum adversus proximum tuam? Commoriatur in te, fidens quoniam non te dirumpet.* Eccles. c. 19, v. 10. ¿Habeis oido ó sabido alguna falta en vuestro hermano? Muérase en vos, sepultadla allá dentro, acabese aí, y no salga fuera, que no rebentaréis por eso. Alude el Espíritu Santo á los que habiendo tomado ponzoña y veneno, estan con grandes ansias y bascas hasta echarlo, y no hacen sino tomar remedios y aceites para ello, pareciéndoles que rebentarán sino lo echan. Y trae alli el Sabio otras dos comparaciones para declarar esto mismo: *A facie verbi parturit fatuus, tanquam gemitus partus infantis. Sagitta infixa femori carnis, sic verbum in corde stulti.* Vers. 11 & 12. Asi como la muger que está de parto, está con grandes ansias y congojas, hasta echar la criatura; y asi como cuando enclavan una saeta ó garrocha en la parte carnuda de un toro, no para ni sosiega el toro hasta echarla de sí; asi el necio, no para ni sosiega hasta decir la falta que sabe de su prójimo. Pues no seamos nosotros de estos, sino de los cuerdos y sabios, que tienen vaso y corazon ancho para encerrar y sepultar esas cosas, y que mueran y se acaben alli.

Nuestro Padre General Claudio Aquaviva en las industrias que escribió, *ad curandos animæ morbos*, hace un capítulo muy sustancial de la murmuracion, que es el *diez* y siete, y da alli un consejo, que cuando aconteciere haberse uno desmandado algo en esto, no se acueste sin confesarse primero de ello. Lo uno, porque si por ventura llegó á cosa grave, que es fácil, no es razon acostarse con eso: siempre nos habemos de echar á dormir, como quien se echa á morir. Y lo segundo, aunque no llegase á tanto, servirá eso de remedio y medicina preservativa para no caer otra vez en ello. Y no solo para este particular, sino para otras cosas semejantes, que traen consigo algunas dudas ó remordimientos, será muy provechoso este consejo, y mas por ser de nuestro Padre.

(b) *Lib. 5, c. 6 vit. N. P. S. Ignat.*

## CAPÍTULO X.

*Que no habemos de dar oidos á murmuraciones.*

El bienaventurado S. Bernardo (a) dice: *Non solum nihil ipsi indecorum loqui, sed neque aurem quidem debemus hujusmodi præbere dictis, quia quem delectat audire, alterum loqui provocat, audire quoque quod turpe sit pudori maximo est:* No solamente nos habemos de guardar de hablar lo que no conviene, sino tambien de dar oidos á ello; porque el que gusta de oir, provoca al otro á hablar, y tambien porque es cosa vergonzosa y torpe oir cosas malas y torpes. El glorioso S. Basilio (in reg. brev. 16.) tratando del castigo que se ha de dar al que murmura, y al que oye la murmuracion, dice, que al uno y al otro han de apartar de la comunidad. Igual castigo les da; porque si el uno no oyese de buena gana, tampoco el otro gustaria de murmurar: *Nemo invito auditore libenter loquitur.*

Los Teólogos en la materia de detraccion tratan esta cuestion: si el que oye al que murmura, y no le resiste, peca mortalmente? Y ponen algunos casos en que dicen que sí, como cuando fuese causa que el otro dijese mal de su prójimo, moviéndole á ello, ó preguntándole de aquello, ó cuando por no estar bien con el otro, se holgase que murmurasen de él, ó cuando ve que aquella murmuracion es en daño notable del prójimo, y puede estorbarla; porque entonces la caridad obliga, que en aquella necesidad ayude á su prójimo. Asi como no solo hace mal el que pega fuego á una casa, sino tambien el que se está calentando á la llama que otro enciende, estando obligado á acudir con agua para apagarla: asi tambien no solo peca el que murmura, sino tambien el que puede y debe estorbar la murmuracion, y no lo hace, antes por ventura con el aplauso y buen rostro que muestra al otro, le da ocasion para que lleve adelante la plática. Otras veces dicen, que será solamente pecado venial no resistir, como cuando por alguna vergüenza, por ser personas de autoridad las que tratan de aquello, no se atreve uno á decirles nada, ni entremeterse en eso. Y advierten aqui una cosa que nos toca mucho á los Religiosos, y es, que cuando el que oye la murmuracion es persona que tiene autoridad cerca de aquellos que estan hablando, este tal tiene mas obligacion á resistir y volver por la honra del prójimo, y tanto mas, cuanto mas autoridad tuviere. Eso es lo que dicen los Teólogos.

De aqui podemos colegir como nos habemos de haber cuando nos hallamos en semejantes conversaciones, y el peligro que puede haber en disimular y callar, y pasar con ellas por nuestra inmortificacion

(a) *Bernard. de Ordin. vit. et mor. instit.*

y pusilanimidad. Y como por nuestros pecados se usa tanto el dia de hoy esto de murmurar, que apenas saben los del mundo tener una conversacion, sin tratar de vidas agenas, y nosotros tratando tanto con ellos, no dejan de ofrecerse escrupulos en esta materia: Si lo pude estorbar y no lo estorbé, si fui yo alguna ocasion que fuese adelante aquella plática, ó preguntando algo, ó mostrando holgarme de oirlo, haciendo buen rostro, á lo que se decia, y condescendiendo con ello. Pero dejemos escrupulos á parte: porque en eso podrá alguno decir, que bien sabe hasta donde llega, y cuando es pecado, y cuando no; vamos siempre en este fundamento, que hablamos ahora con Religiosos, y con gente que trata de virtud y perfeccion, y que no solo pretende guardarse de pecado mortal y venial, sino que desea hacer siempre lo mejor, y lo que es de mas edificacion y provecho para los prójimos. Pues supuesto esto, si cuando nos hallamos en una conversacion, donde estan murmurando de nuestro prójimo, callamos de pura inmortificacion, de vergüenza y pusilanimidad, y pasamos con ello, y lo consentimos; porque callar es consentir: *Qui tacet, consentire videtur*: ¿qué edificacion han de tomar aquellos, sino conformarse mas en lo que hacen, viendo que un Religioso docto y siervo de Dios, y que tiene autoridad acerca de ellos, pasa aquello, y no les dice nada? Diran, esto no debe de ser pecado, pues el Padre calla. Y si piensan que es pecado, y lo hacen delante de vos, os desestiman á vos y á vuestra Religion, pues se atreven á decir en presencia vuestra lo que es malo y pecado, y vos no os atreveis á contradecirlo, ni teneis virtud ni fortaleza para ello.

S. Agustin (b) para obviar á esta pestilencia de la murmuracion, tenia escritos en el lugar donde comia estos versos.

*Quisquis amat dictis absentum rodere vitam,*
*Hanc mensam indignam noverit esse sibi.*
Ninguno del ausente aqui murmure,
Antes quien piense en esto desmandarse,
Procure de la mesa levantarse.

Y cuéntase, que como una vez comiesen con él unos Obispos, amigos suyos, y comenzasen á soltar sus lenguas, y decir mal de las vidas agenas, luego les reprendió, diciendo, que sino cesasen de decir mal, ó habia de borrar aquellos versos, ó levantarse de la mesa. Este es buen ánimo: Señor, iréme sino cesais de decir mal. Y asi dice S. Gerónimo, in reg. Monachorum c. 12, que lo hagamos: *Si quem alicui detrahentem audieritis, procul fugientes dimittite, ut serpen-*

(b) *Refert D. Hier. t. 7, aut Beda, si ejus est ille tract.*

tem. Si oyereis murmurar á alguno, huíd de él, como de serpiente, y dejadle. ¡Ó qué se afrentará! Y aun por eso, dice S. Gerónimo: *Ut verecundia victus, discat de factis aliorum silére.* Para eso le habeis de dejar con la palabra en la boca, para que quede avergonzado, y asi aprenda como ha de hablar otra vez. Este medio nos está muy bien á nosotros, ó avisarles que no murmuren, ó salirnos de la conversacion.

Cuando no pudieremos poner este medio, por parecer áspero, y ser las personas de mucho respeto, dan los Santos otro mas fácil y suave, y es mostrar mal rostro á lo que se dice, para que entienda el otro, que no me parece bien aquello, ni gusto de oirlo, y es medio que nos da el Espíritu Santo por el Sabio: *Ventus Aquilo dissipat pluvias, et facies tristis linguam detrahentem*: Prov. c. 25, v. 23. Asi como el viento cierzo desbarata las nubes, asi el rostro triste la lengua del que murmura y dice mal de otro. Y en otra parte: *Sepi aures tuas spinis, linguam nequam noli audire*: Eccles. c. 28, v. 28. Tapa tus orejas con espinas, cuando oyeres murmurar. Esas son las espinas con que habemos de tapar nuestras orejas. Ese mal semblante, ese ceño y tristeza que mostrais en el rostro cuando el otro murmura, son espinas que punzan al otro, y le hacen compungir, y que caiga en la cuenta de que hace mal de tratar de vidas agenas. No se contenta el Sabio con que tapeis los oídos con algodon ó con otra cosa blanda, sino con espinas, para que no solo no entren allá las palabras malas, holgándoos de oírlas, sino que puncen el corazon del que murmura, y se corrija y enmiende: *Per tristitiam vultus corrigitur animus delinquentis*: Eccl. c. 7, v. 4. Con la tristeza, gravedad y semblante de rostro, se corrige el ánimo del que peca, y por aí viene á entender y caer en la cuenta que hace mal.

De nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio leemos, lib. 5, cap. 5. de su vida, que usaba mucho este medio. Acontecia algunas veces estando con él, descuidadamente caérsele á alguno de los nuestros alguna palabra, que no le pareciese á nuestro santo Padre tan á propósito, ó tan bien dicha, y luego se mesuraba, y se ponia con un semblante algo severo, de manera que en solo verle conocian los padres, que habia habido falta, y quedaba avisado y corregido el que se descuidaba. Y esto hacia muchas veces en cosas muy ligeras y menudas, cuya falta, por ser tan pequeña, á los otros se les iba de vista, y se les pasaba por alto; porque no solamente el estaba siempre muy en sí, sino queria que los suyos tambien lo estuviesen.

Tambien es muy buen medio para esto, mudar la plática y entremeter buenamente otras, para cortar el hilo á aquellas. Y para esto no es menester esperar muchas

coyunturas, ni que venga muy á propósito; antes ese es el mejor propósito, el no venir muy á propósito; porque de esa manera entenderá mejor el otro y todos los circunstantes, que no era bien tratar lo que trataba, y que le hicistes honra en no reprenderle mas claramente y avergonzarle delante de todos. Y si aguardais muchas coyunturas y propósitos, y á que se acabe la plática, ni el otro entenderá la cifra, ni remediaréis el daño. Asi como cuando el toro va tras algun hombre, le echen una capa, para que se entretenga en ella y deje al hombre: asi cuando uno va dando tras otro, murmurando de él, es muy buen remedio echarle una capa, que es otra plática, en que se entretenga y deje de murmurar. Y asi como al que echó la capa se le agradece la vida del otro, asi al que divierte la plática y ataja la murmuracion, se le agradece, y debe la honra y fama que defendió.

## CAPÍTULO XI.

### *Que nos habemos de guardar de todo genero de mentiras.*

*Ante omnia opera verbum verax præcedat te*, Eccles. cap. 37, v. 20, dice el Sabio: Ante todas cosas os habeis de preciar siempre de hablar verdad, y nunca decir mentira. Esto no parece que es menester encomendarlo mucho al Religioso; porque ello se está harto encomendado. Aun allá en el mundo se tiene por gran vicio ser uno mentiroso, y decir á uno que miente, se tiene por grande afrenta y deshonra; ¿qué será acá en la Religion, donde pierde uno mucha mas opinion y estima con estos vicios, que allá en el mundo? Bien se ve cuan baja y fea cosa sea esta, y cuan indigna de un Religioso, y asi muy lejos ha de estar la mentira de su boca, ni por escusarse y encubrir la falta. Léjos está de la mortificacion y humildad el que dice mentira, para que no se sepa su falta, ni le tengan en menos. Habiamos nosotros de andar á buscar ocasiones de humillacion y mortificacion, ¿y huís de las que se os ofrecen, y de las que no podeis escusar sin pecar? Mucho desdice uno en eso de la perfeccion que profesa. Por la salvacion de todo el mundo, dicen los Teólogos, y los Santos, que *no* es lícito decir una mentira: mirad si será bien decirla por no quedar corto ó corrido en alguna cosilla: y asi de siete cosas que dice el Sabio que aborrece Dios, la segunda es, *linguam mendacem*: La lengua mentirosa.

Otra manera hay de decir mentira, aunque no sea tan de propósito, y es, cuando contamos alguna cosa, añadiendo mas de lo que fue. La verdad consiste en indivisible, y asi cualesquier cosa que añada uno, mas de lo que fue, ú de lo que sabe, será mentira, y de esto suele haber comunmente mucho peligro; porque somos muy amigos de que pa-

resca algo lo que decimos, y asi lo querriamos hacer mas, y por eso conviene andar en esto con mucho recato.

Añade S. Buenaventura, (a) que habemos de huír de encarecimientos y exageraciones; porque no es gravedad ni modestia religiosa, encarecer y exagerar mucho las cosas. Vuestra verdad y gravedad ha de ser la que ha de dar autoridad á las cosas que decís, no las palabras superfluas y de exageracion: que esas no solo no dan autoridad á lo que decís, pero aun á vos os quitan la que teneis. Y la razon porque quita la autoridad y crédito el hablar con estos hiperboles y encarecimientos, es porque muchas veces se encarecen las cosas mas de lo justo, y asi hay mentira en ello, porque no es tanto como eso, y asi hombres encarecedores no suelen ser tenidos por muy verdaderos, y pierden crédito y autoridad. De nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio lib. 5, c. 6, se dice, que por maravilla usaba de los nombres que en latin llaman superlativos; porque en ellos se suelen encarecer algunas veces las cosas mas de lo justo: sino decia y contaba las cosas sencilla y llanamente sin amplificarlas ni encarecerlas, y estaba tan lejos de estos encarecimientos y exageraciones, que aun se dice de él, que no afirmaba mucho las cosas que sabia.

Esta es otra doctrina muy buena que nos enseñan aquí los Santos. El glorioso S. Bernardo dice: (b) *Numquam pertinaciter aliquid affirmes, vel neges, sed sint tuæ affirmationes, et negationes dubitationis sale conditæ*: Nunca afirmeis ni negueis con demasiada aseveracion y certidumbre lo que sabeis, sino decidlo siempre con un poco de sal y gracia de alguna duda, como diciendo: Pienso que es asi, ó sino me engaño, asi es: pareceme que lo he oído decir. Si esto se sabe hacer con discrecion, es un modo de hablar modesto, humilde y religioso, y de un hombre que no está muy fiado de sí, ni de su propio parecer, como no lo ha de estar el que es humilde, y por eso hablaban los Santos de esa manera; porque eran muy humildes, y no se fiaban de sí. De santo Domingo Loricato cuenta Surio, que cuando le preguntaban qué hora era, nunca respondia determinadamente, son las ocho, ó las nueve; sino serán como las ocho, ó como las nueve. Y preguntado ¿por qué respondia así? Dijo, porque de esa manera estoy seguro de no decir mentira, ahora haya dado la hora, ahora esté por dar. Esta es otra razon, porque es prudencia y modestia religiosa no afirmar mucho las cosas, sino con un poco de sal y gracia de alguna duda, como dice S. Bernardo; porque con esto no se pone uno á peligro de mentira alguna, aunque aconteciese despues no ser asi, pero cuando

(a) *Bonav. in spec. disc. p.* 3, *c.* 3. (b) *Bern. formulæ honestæ vitæ.*

se afirma absolutamente, y con mucha resolucion y aseveracion, si despues se halla no ser asi, como algunas veces suele acontecer, hallaremosnos corridos de haber dicho una mentira, y afirmándola tan de cierto, y mas será causa de desedificar al otro, que halla despues no ser asi; y esto digo aun en las cosas que nosotros tenemos por ciertas; porque si yo no estoy cierto, sino en duda de alguna cosa, y la afirmo absolutamente, eso tambien es mentir, aunque ello fuese asi, porque digo lo que no sé, y á lo menos me pongo en peligro manifiesto de que sea mentira lo que digo, que es la misma culpa.

Dice mas S. Buenaventura: *Sermo veridicus, et purus sit.* No solo habeis de hablar siempre verdad, sino habeis de hablar llana y sencillamente, y no con dobleces ni con palabras equivocas que tengan diversos sentidos; porque esa es cosa muy agena de llaneza y simplicidad religiosa. Y aun S. Agustin dice, que el tal modo de hablar es mentira: *Omnis simulatio, et omnis duplicitas mendacium est.* Hay algunos, que por una parte no querrian decir mentira, y por otra tampoco quieren decir la verdad, sino andan por rodeos y con equivocaciones, para que entendais vos una cosa, y ellos entiendan otra. En algun caso grave lícito es hablar con palabras equivocas, para ocultar alguna cosa que conviene ocultar; mas en las pláticas ordinarias y comunes, no es eso lícito, antes es vicio de hombres dobles y fingidos. Y asi muy contrario á la pureza y sencilléz, no solo de Religioso, sino de la vida cristiana, y aun política; porque impide la fidelidad, y el trato y comunicacion humana de unos con otros, ni mas ni menos que la materia clara y manifiesta; porque cosa cierta es, que si ordinariamente fuese lícito este lenguage, no se atreverian los hombres á fiarse unos de otros. Y asi nos enseña la esperiencia, que cuando de algunos se sabe que tienen este vicio, aunque en otras cosas sean hombres virtuosos, no se osan fiar de ellos los que los conocen, antes los tratan con recelo y temor de ser engañados; y asi dice el Sabio: *Qui sophisticè loquitur, odibilis est*: Eccl. c. 37, v. 23. El que habla sofisticamente, que es con dobléz, fingimiento y equivocaciones, es aborrecido: porque es tenido por hombre doblado, falso y fingido, y asi se debe huír mucho este lenguaje, no digan de vos lo que suelen decir de algunos: Fulano no dice mentira, pero tampoco dice verdad.

## CAPÍTULO XII.

*Que nos habemos de guardar de palabras juglares y ridículas, y de decir gracias y donaires.*

El bienaventurado S. Basilio (a) dice: *Neque in modum par-*

(a) *Basil. in exhort. ad filium spiritualem.*

*vuli jocari velis assiduè, quia non convenit, qui ad perfectionem nititur jocari ut parvuli*: Guardaos de palabras juglares y ridículas, de palabras juguetonas, y de andar triscando y burlando; porque esos son entretenimientos de niños, y el que trata de perfeccion, es razon que deje de serlo, y sea hombre. Y añade el Santo, (b) que estas burlas y entretenimientos hacen á uno remiso y negligente en las cosas del servicio de Dios, y quitan la devocion y compuncion del corazon. Especialmente, dice, se debe uno guardar de decir gracias ó donaires; porque eso es hacerse chocarrero y truhán: que es cosa muy indigna de quien trata de perfeccion.

S. Bernardo (c) trata muy gravemente este punto: *Inter sæculares nugæ, nugæ sunt; in ore sacerdotis blasphemiæ*: Entre los seglares, dice, los donaires pasan por donaires; pero en la boca del sacerdote y del Religioso son blasfemias: *Consecrasti os tuum Evangelio, talibus jam aperire illicitum; assuescere sacrilegium est*: Habeis consagrado y dedicado vuestra boca al Evangelio, ya es ilicito abrirla para estas cosas, y acostumbrarlo sacrilegio: como el aplicar á usos profanos el templo consagrado al culto divino: *Labia Sacerdotis, ait Malachias, custodient scientiam, et legem requirent ex ore ejus, non nugas profectò, vel fabulas.* De los labios del sacerdote, dice el profeta Malaquias, c. 2, v. 7, que han de buscar y oir los hombres la ciencia y la ley de Dios: no gracias, ni fabulas ni chocarrerias: *Verbum scurrile, quod facti urbani nomine colorant, non sufficit peregrinari ab ore, procul, et ab aure relegandum est.* Aun no se contenta el glorioso S. Bernardo con que esté lejos el Religioso de decir estas palabras de donaires y chocarrerias, sino quiere que esté tambien lejos de oirlas, y de gustar de ellas. Y dice, cap. 10, que cuando otro las dijese delante de nosotros, nos habemos de haber en ellas como en las murmuraciones, procurando de interrumpirlas, y divertir la plática con alguna cosa séria y de provecho, y mostrandoles mal rostro. Pues, si aun de oirlas, y de que se diga delante de nosotros nos habemos de avergonzar, ¿qué será de decirlas? *Fædè ad cachinos moveris, fædius moves*: Fea cosa es, dice, hacer aplausos á esas cosas, riendoos y mostrando holgaros de oirlas: pero mas fea cosa es mover vos á otros á risa, diciéndolas.

Dice Clemente Alejandrino, (d) maestro que fue de Origenes, y es doctrina de los Santos Basilio, Bernardo y Buenaventura: *Cum verba omnia à cogitatione, et moribus emanent, fieri non potest, ut verba aliqua mittantur ridiculo, quæ non proce-*



(b) *Basil. in const. monas. c.* 13. (c) *Bern. l.* 2 *de consi. ad Euge.* 3. (d) *Clem. Alexand. l.* 2 *de pædag. c.* 5. *Basil. in constit. monast. c.* 13. *Bern. in modo bene vivend. ad sor. ser.* 30. *Bonav. in specul. disciplin. p.* 4, *c.* 5.

*dant à moribus ridiculis.* Las palabras proceden del corazon: *Ex abundantia enim cordis os loquitur*: Luc. cap. 6, v. 40: y asi el que habla palabras vanas y livianas, da muestras de la vanidad y liviandad de su corazon. Asi como en el sonido se conoce si la campana ó vaso está sano ó quebrado, si está lleno ó vacío: asi en la voz y sonido de las palabras se echa de ver el que está lleno ó vacío allá dentro, sano ó quebrado. El que habla estas cosas suena á hueco. S. Crisóstomo sobre aquellas palabras del Apóstol: *Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat*, dice: *Quale cor unusquisque habet, talia verba loquitur, et talia opera facit*: Cual tiene uno el corazon, tales son las palabras que habla, y tales son las obras que hace. El santo martir Ignacio en medio de sus tormentos nombraba muchas veces el Nombre de Jesus: y preguntando la causa, respondió: Porque le tengo escrito en mi corazon, y por esto no puedo dejar de nombrarle. Y despues de muerto sacaronle el corazon, y le partieron, y en cada parte hallaron que estaba escrito el Nombre de Jesus con letras de oro. El que da en decir gracias y donaires, no tiene escrito en su corazon el Nombre de Jesus, sino el mundo y su vanidad, y eso está brotando por la boca: y asi vemos, que hombres que se precian de decir gracias, y de hacer reir á otros con sus dichos y donaires, no solo no son espirituales, pero ni buenos Religiosos. El padre maestro Avila declaraba á este propósito aquello del Apóstol: *Scurrilitas quæ ad rem non pertinet*: Ad Ephes. c. 5, v. 4; y glosábalo él de esta manera: Que palabras de gracia y chocarrerias no solo no pertenecian á la modestia del Religioso, pero ni aun á la gravedad del instituto de la vida cristiana. Y leese de él en su vida, que palabra de donaire nunca se vió en su boca. Y de S. Crisóstomo nota Metafraste, in vita S. Chrisost., que nunca dijo gracias, ni consintió á otro que las dijese. Estimaban esto tanto aquellos padres antigüos, que la penitencia que manda S. *Basilio*, (e) que se dé á quien hablare semejantes palabras, es que le aparten por una semana de la comunidad, que era como un género de escomunion que usaban los monges, apartaban los tales de la conversacion y trato de los demas Religiosos, porque no les inficionen y les peguen la roña, y para que ellos se confundan y entiendan, que no merece estar entre los demas Religiosos, el que no trata ni habla como Religioso.

En la vida de S. Hugon *Abad* Cluniacense cuenta Surio de un Arzobispo de Tolosa de Francia, llamado Durano, que era amigo de oir y decir donaires y palabras ociosas. S. Hugon, que era entonces Abad del monasterio de Cluni, reprendióle esto diversas ve-

(e) *Basil. in animadversionibus adversus Canónicos delinquentes.*

ces, por haber sido antes monge de su monasterio, diciéndole, que si no se enmendaba, tendria por esto particular purgatorio. Murió el Arzobispo de aí á pocos dias, y apareciósele á un santo monge llamado Siguino, y mostraba la boca muy hinchada, y los lábios llenos de llagas. Pidióle con lágrimas, que rogase á Hugon, que hiciese oracion por él, porque padecia cruel tormento en el purgatorio, en pena de sus donaires y palabras ociosas de que no se habia enmendado. Refirió esto Siguino al santo Abad Hugon, el cual mandó á siete monges, que siete dias guardasen silencio, por satisfaccion de aquella culpa: de estos el uno quebrantó el silencio: apareciósele á Siguino el Arzobispo, y quejóse de aquel monge, que por su inobediencia se habia dilatado su remedio. Siguino fue con ello á Hugon: él halló que era asi verdad, encargó á otro el silencio por siete dias, y pasados apareciósele el Arzobispo tercera vez, y dió gracias al Abad y á los monges, mostrándose vestido de pontifical, y su rostro sano y muy alegre, desapareciendo luego.

Especialmente se debe advertir aquí, que nos habemos de guardar de gracias picantes, como son algunas palabrillas que se dicen algunas veces por via de gracia, y se tienen por agudeza, que suelen lastimar á otro; porque disimuladamente le notan, ó en la condicion, ó en el entendimiento, ó ingenio no tan agudo, ó de alguna otra falta. Estas son unas gracias muy pesadas, y muy peores que las pasadas, porque son perjudiciales, y tanto mas, cuanto con mas gracia se dicen; porque quedan mas impresas en los oyentes, y se acuerdan mas de ellas. Aun allá en el mundo, cuando los hombres graciosos, que llaman hombres de placer, saben hacer eso sin perjuicio, y sin tocar á nadie, y pasan con ello, y son entretenimiento de los hombres del mundo, y dicen de ellos, gracioso es; pero al fin hacenlo sin perjuicio de nadie; pero cuando con sus donaires muerden á otros, son muy aborrecidos, y aun suelen parar en mal; porque no falta quien les dé su merecido. Pero porque de esto, y de otras maneras de palabras que son contrarias á la union y caridad de unos con otros, tratamos en la primera parte, 1. *p. tract.* 4, *c.* 10, *et* 11, escusarémos el tratarlo aquí.

## CAPITULO XIII.

*Que nuestras pláticas y conversaciones han de ser de Dios, y de algunos medios que nos ayudarán para esto.*

*Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat; sed siquis bonus ad edificationem fidei, ut det gratiam audientibus*: Ad Eph. c. 4, v. 29. No salga palabra mala de vuestra boca, dice el Apostol, sino todas vuestras pláticas sean siempre de cosas buenas de edificacion y pro-

vecho para los oyentes, que les enciendan é inflamen en el amor de Dios, y en deseo de la virtud y perfeccion. Esta es una cosa que habemos menester mucho nosotros; porque nuestro fin é instituto es, no solo atender á nuestro propio aprovechamiento, sino tambien al de los projimos, y una de las cosas que edifica mucho á aquellos con quien tratamos, y con que se hace mucho fruto en ellos, es con semejantes pláticas y conversaciones: porque fuera del provecho que estas pláticas traen consigo, viendo los del mundo que nuestro trato es siempre de estas cosas, conciben esta estima y respeto grande, entendiendo que está lleno de Dios el que nunca trata con ellos sino de Dios: con lo cual son de grande eficacia los ministerios que con ellos se ejercitan. Del padre S. Francisco Javier se lee en su vida, que hacia mas fruto con las conversaciones particulares, que con los sermones. Y nuestro Padre en las constituciones, tratando de los medios con que los de la Compañía han de ayudar á los prójimos, pone este por uno de los principales. Y ponele por general, 7 p. const. c. 4, § 8, de que todos los de la Compañía han de procurar usar, aunque sean hermanos legos.

Para que sepamos y podamos hacer esto mejor, nos ayudará mucho, lo primero, que nos acostumbremos á hablar acá entre nosotros de cosas buenas y espirituales. Del bienaventurado S. Francisco leemos, (a) que hacia á sus Religiosos, que se sentasen muchas veces á hablar entre sí cosas de Dios, para que fuesen instruidos en este lenguage y conversacion, para cuando estuviesen entre seglares. Y cuentase allí, que estando ellos una vez en esta santa conversacion, se les apareció en medio el Señor en forma de un hermosisimo mancebo, y les echó su bendicion, dandoles á entender cuanto le agradaban aquellas pláticas. Y en la Compañía se usa esto desde el noviciado, juntándose muchas veces los novicios á tratar entre sí de cosas espirituales: y despues toda la vida usamos tener á menudo conferencias espirituales entre nosotros, para que estemos diestros en este lenguage. Y fuera de esto nos está muy encomendado, que le usemos en nuestras pláticas y conversaciones ordinarias.

S. Bernardo (b) da sobre esto una muy buena y muy grave reprension á ciertos Religiosos de su tiempo, poniéndoles delante lo que se usaba en aquellos tiempos dorados: *O quantum distamus ab his, qui diebus Antonii extitere monachi!* ¡O cuanto distamos, dice, de aquellos monges que habia en tiempo de S. Antonio, y S. Pablo primer hermitaño! Porque aquellos, cuando se juntaban y visitaban, toda su conversacion era del cielo

(a) 1 *p. l.* 1, *c.* 10 *de la Crónica de S. Francisco.* (b) *Bernard. in Apolog. ad Guillelmum Abbatem.*

y tomaban con tanto deseo y hambre el manjar del ánimo, hablando y tratando cosas de Dios y del provecho de sus ánimas, que se olvidaban del manjar del cuerpo, y se les pasaba muchas veces todo el dia en ayunos, ocupados en esto: *Et hic erat rectus ordo, quando digniori parti prius inserviebatur*: Y este era el buen órden, cuando á la parte mas principal y mas digna, que es el alma, se le servia primero: *Nobis autem convenientibus in unum, ut verbis Apostoli utar, jam non est dominicam cœnam manducare.* 1 Cor. c. 11, v. 20. *Panem quippe cœlestem, nemo qui requirat, nemo qui tribuat, nihil de Scripturis, nihil de salute agitur animarum: sed nugæ, et risus, et verba proferuntur in ventum*: Empero ahora cuando nos juntamos, ya no hay quien pida, ni quien reparta este manjar espiritual y celestial: ya no se usa en las visitas y conversaciones hablar de las Escrituras sagradas, ni de lo que toca á la salud de las almas, sino todo es risas, gracias y palabras que lleva el viento. Y lo peor es, dice el Santo, que ya el saber entretener á uno de esta manera, se llama afabilidad y discrecion, y aun caridad: y lo contrario se llama sequedad é inurbanidad y rusticidad: y á los que hablan de Dios, los tienen por melancólicos, y huyen de su conversacion: *Ista charitas destruit charitatem, hæc discretionem confundit*: Esta caridad destruye la verdadera caridad: Esta discrecion destruye la verdadera discrecion: *Quæ enim charitas est carnem diligere, et spiritum negligere? Quæve discretio totum dare corpori, et animæ nihil?* Porque, ¿qué caridad es amar la carne, y menospreciar el espíritu? ¿Y qué discrecion es darlo todo al cuerpo, y al alma nada? Hartar al cuerpo, y matar el anima de hambre, no es discrecion ni caridad, sino crueldad y desorden grande. Un Doctor grave (Tauler. in instit. cap. 28) cuenta, que una vez apareció el Señor á un gran siervo suyo, y le dijo con grande sentimiento seis quejas que de sus siervos tenia, de las cuales la segunda era, que en sus juntas y pláticas trataban cosas vanas é impertinentes, y que á él no le tomaban en su boca. Pues procuremos que no tenga el señor esta queja de nosotros, ni se nos pueda dar esta reprension.

Otro medio bueno da S. Bernardo, (c) y S. Buenaventura, (d) para tratar siempre de cosas de edificacion, que cuando salimos à tratar con los prójimos, llevemos prevenidas algunas cosas buenas y provechosas que poderles decir. Y para cuando ellos hablaren algunas impertinentes y vanas, tengamos á punto otras de edificacion para cortar y mudar la plática. De lo cual nos avisan á nosotros nuestras reglas: Regul. 11 Sacerdotum: y no es mucho que los que somos Religiosos usemos de este medio para sustentar las pláticas y conversaciones de Dios, tan pro-



(c) *Bern. in formula honestæ vitæ.* (d) *Bonav. in specul. discipl. p.* 3, *c.* 3.

pias nuestras, pues vemos que los del mundo le usan, para sustentar sus pláticas y conversaciones seglares. En esto ha de mostrar uno su buen entendimiento y discrecion, en tener destreza para cercenar y cortar pláticas impertinentes, y saber ingerir y entremeter cosas de Dios.

Lo tercero nos ayudará mucho para esto, amar mucho á Dios, y tener mucha aficion á las cosas espirituales: porque de esta manera no nos cansarémos ni enfadarémos de hablar ni de oir hablar de Dios, sino antes gustarémos mucho de ello; porque no es pesadumbre, sino gusto y recreacion, hablar cada uno de lo que ama y tiene en el corazon: sino mirad cuan de buena gana habla el mercader de sus tratos y negocios en la mesa y sobre mesa, y en todos tiempos gusta de oir donde se compra y vende bien. Y el labrador habla de buena gana de sus barbechos y cosechas: y el pastor de sus becerros y corderos: Eccles. c. 28, v. 27. *Qui tenet aratrum, et qui gloriatur in jaculo, stimulo boves agitat, et conversatur in operibus eorum, et enarratio ejus in filiis taurorum: cor suum dabit ad versandos sulcos.* Cada uno habla de buena gana de lo que toca á su oficio. Pues asi nosotros, que habemos dejado el mundo y tratamos de perfeccion, si amamos mucho á Dios, y tenemos mucha aficion á las cosas espirituales, todo nuestro gusto y recreacion será tratar de esas cosas, y no nos faltará que tratar: y asi es muy buena señal, cuando uno gusta de hablar y tratar de Dios; y mala, cuando no, conforme á aquello que dice san Juan: *Ipsi de mundo sunt, ideò de mundo loquuntur.* 1 Joan. 4, v. 5. Ellos son del mundo, y por eso hablan de las cosas del mundo.

S. Agustin (e) sobre aquellas palabras de la Sabiduría, c. 16, v. 20: *Angelorum esca nutrivisti populum tuum, et paratum panem de cœlo præstitisti illis sine labore, omne delectamentum in se habentem, et omnis saporis suavitatem*, dice, que aquel maná del cielo, con que sustentó Dios en el desierto á los hijos de Israel, sabia á cada uno á *lo que él* queria, conforme á estas palabras. Empero esto, dice, se ha de entender de los buenos, y que á los malos no les sabia á lo que ellos querian: porque si eso fuera, no pudieran *ni* deseáran otro manjar, como lo desearon y pidieron: *Quis dabit nobis ad vescendum carnes? Recordamur piscium quos comedebamus in Ægipto gratis: in mentem nobis veniunt cucumeres, et pepones, porrique, et cæpe, et alia. Anima nostra arida est, nihil aliud respiciunt oculi nostri nisi manna.* Núm. c. 11, v. 5, et 6. A estos no solo no les sabia el *maná* á todas las cosas, antes les enfadaba ya y tenian hastío de él, y suspiraban por carne, y se acordaban de las ollas de Egipto, y de los cohombros, pepinos, puerros, cebollas y ajos que allá comian, y eso desea-

(e) *Aug. l. 1 de inquis. Januar. c. 2; et l. 2 retractat. c. 16, v. 20.*

ban y apetecian mas. Pero los buenos estaban muy contentos con el maná, y no tenian deseo de otro manjar, ni se acordaban de eso, porque en él hallaban todos los manjares que querian. Pues esta es la diferencia que hay entre los Religiosos buenos y perfectos, y los *tibios* é imperfectos: que los buenos Religiosos gustan mucho de las cosas espirituales y de Dios, y de hablar y tratar de eso, y hallan en este maná todos los buenos sabores: sabeles Dios á todas las cosas, y dicen con san Agustin y san Francisco: *Deus meus, et omnia*: Dios mio, y todas las cosas. Todas las cosas les es Dios, y en él hallan todo lo que desean; pero á los tibios é imperfectos ni les sabe este divino maná á todas las cosas, antes les enfada y les da en rostro: y mas se huelgan de oir el cuento, que el ejemplo. No es esa buena señal: *Fœlix lingua, quæ non novit nisi de divinis texere sermonem*: Dichosa la lengua, dice S. Gerónimo, que no sabe hablar sino de Dios. Y S. Basilio dice: *Futilesque habeantur sermones, tu magnopere ne attendite; sed si quæ ex divinis litteris ad salutem animæ partinentia memorare audieris, acerbo gustatu tibi ea sumpto, quæcumque de mundanis rebus memorentur contraque favis mellis assimila, quæ à pietatis colentibus viris narrentur.* (f) Al verdadero siervo de Dios danle en rostro las pláticas vanas é impertinentes; y las conversaciones y pláticas de Dios les son mas dulces y sabrosas que la miel. De aqui es, que el alma muy aficionada á Dios, para su honesta recreacion y alivio de sus trabajos y enfermedades, no tiene necesidad de distraerse á pláticas y conversaciones de cosas impertinentes y ridículas; porque estas como no las ama, antes le acrecientan la pena y el trabajo. Lo que le consuela y alivia, es hablar y oir hablar de las cosas que ama y desea: y asi leemos de santa Catalina de Sena, que nunca se cansaba de hablar de Dios, antes esa era su recreacion y medio para estar mas recia y sana, y para descanso y alivio de sus enfermedades y trabajos: lo mismo leemos de otros muchos Santos.

## CAPITULO XIV.

*De otra razon muy principal, por la cual nos conviene mucho que nuestras pláticas y conversaciones con los prójimos sean de Dios.*

No solamente para la edificacion y provecho de los prójimos es necesario que nuestras pláticas y conversaciones sean de Dios, sino tambien para nuestro propio aprovechamiento y conversacion, porque hablando de Dios nos inflamarémos y encenderémos mas en su amor, que es muy propio de semejantes pláticas, como lo vemos en aquellos dos discípulos

(f) *Basil. ser. de renunt. sæculi istius, et spirituali perfect.*

que iban al castillo de Emaús, hablando de estas dos cosas: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis?* Luc. 24. Y nosotros lo esperimentamos muchas veces, que salimos mas movidos y devotos de algunas conversaciones de estas, que de los sermones.

De santo Tomás de Aquino cuenta Surio, que sus pláticas y conversaciones con todos eran de cosas santas y provechosas á la salud de las almas: y que esta fue una de las causas porque despues de haber hablado y negociado con hombres, se podia recoger á orar y meditar con facilidad las cosas divinas; porque como las pláticas eran de cosas de Dios, y dichas con consideracion, no le distraían ni le impedian la oracion. Y del padre S. Francisco Javier, una de las cosas que se cuenta en su vida, lib. 6, c. 5, por digna de admiracion, es el haber sabido juntar tambien la accion y trato con los projimos con la oracion; porque acudiendo á tantas cosas, y andando ocupado en tan grandes negocios, y caminando casi siempre, ó por tierra, ó por mar, entre tantos trabajos y peligros, siendo en el trato con todos tan urbano y cortesano, con todo eso siempre andaba interior y en la presencia de Dios. Y asi en apartándose de los negocios y del trato con los prójimos, luego con mucha facilidad y gusto entraba en oracion, y en un trato muy familiar con su esposo celestial. Y dase alli la razon; porque como no se habia distraido en la ocupacion, facilmente tornaba á lo que no habia dejado.

Por el contrario, si nuestro trato, y nuestras palabras y conversaciones no son de Dios, corremos mucho peligro. Decia nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio, lib. 3, cap. 6 de su vida, que asi como el trato y conversacion familiar con los prójimos es de mucho fruto y edificacion para ellos, y muy propio de la Compañía, si se hace como debe; asi por el contrario, si no sabemos tratar como debemos, será de mucha desedificacion para ellos, y de mucho peligro para nosotros. Dice S. Bernardo: *Vanus sermo cito polluit mentem et facile agitur, quod libenter auditur.* (a) Las palabras vanas facilmente ensucian el corazon, lo que oimos y tratamos de buena gana, cerca estamos de hacerlo. Es verdad que algunas veces en las pláticas y conversaciones que tenemos con los prójimos, es menester entrar con la suya; pero eso, dice nuestro Padre, que ha de ser para salir con la nuestra. No nos lleven ellos tras sí, y entren con la suya: no salgan tambien con ella, sino salgamos nosotros siempre con la nuestra, trayéndolos á ellos á nosotros, y á Dios con pláticas provechosas y de edificacion: y para esto no es menester aguardar tantos puntos, ni tantas circunstancias y coyunturas; porque si tanto aguardais,

(a) *Bernard. in modo vivendi ad sororem, serm.* 30.

nunca saldreis con la vuestra, y quedaránse ellos con la suya. Entiendan todos que somos Religiosos, y que este es nuestro trato, y que con nosotros no han de perder tiempo, ni tratar de cosas impertinentes, sino que habemos de tratar de Dios, y de cosas de provecho, y sino no vengan á tratar con nosotros. Y asi leemos de nuestro Padre S. Ignacio, lib. 5, c. 11 de su vida, que si algun hombre ocioso venia á él, con quien se hubiese de gastar mucho *tiempo* sin fruto, despues de haberle una y dos veces recibido con alegria, si continuaba las visitas sin provecho, comenzaba á hablar con él de la muerte, del juicio, ó infierno: porque decia, que si aquel no gustaba de oir semejantes pláticas, se cansaria, y no volviera mas: y si gustaba de ellas, sacaria algun fruto espiritual para su alma.

S. Agustin, lib. 83, quæst. 71, en confirmacion de esto dice: Es verdad que habemos de procurar de acomodarnos con todos, para ganarlos á todos, como lo decia el Apóstol S. Pablo, 1 ad Cor. c. 9, v. 22: *Omnibus omnia factus sum.* A todos, dice, me hacia todas las cosas. Con el triste me hacia triste: porque eso consuela mucho al que está triste, ver que el otro se entristece con él, y siente su trabajo: y con el alegre mostraba alegría; pero advierte, que este acomodarnos con nuestros prójimos, y ponernos de su parte, ha de ser de tal manera, que sea para ayudar y aliviar al atribulado, y para levantarle y sacarle de la miseria en que está, y no de manera que nos quedemos nosotros en la misma miseria: *Sic tamen ut ad auxilium non ad æqualitatem miseriæ valeat.* Y declara esto con una buena comparacion, como se inclina el que quiere dar la mano á otro que está caido, para levantarle, que no se arroja en el suelo, ni se deja caer como el otro está, antes hace pié y estribo, porque el otro no le lleve tras sí, y solamente se inclina un poco, cuanto es menester para ayudarle. De esta manera nos habemos nosotros de acomodar con los seglares, y hacernos de su vando, inclinándonos y humanandonos un poco, entrando con la suya para ganarlos; pero habemos de tener firme, y estar siempre muy sobre los estribos, para que no nos lleven tras sí, sino que salgamos con la nuestra: y persuadámonos con esta verdad, que una de las cosas que edifica mucho á aquellos con quien tratamos, es ver que nuestro trato es siempre de cosas buenas y provechosas. Y aunque á algunos al principio parezca que no gustan, despues caen en la cuenta, y quedan edificados, y con mas opinion y estima de nosotros; porque al fin entienden, que aquello es lo que hace al caso: y por el contrario, si ven que entramos y salimos con ellos en sus pláticas seglares y profanas, y que gustamos de esas cosas como ellos, tendrannos por ventura por amigos, como tuvieran á otro seglar, pero no por muy es-

pirituales; y asi se perderá la autoridad y fuerza para hacer fruto en sus ánimas. Pues procuremos llevar adelante en esto el buen nombre de nuestra Religion, y el ejemplo de nuestros padres antigüos.

De nuestro padre S. Francisco de Borja, l. 4, c. 4 de su vida, leemos, que si algunos seglares que le visitaban, á quien no podia huir el cuerpo, ingerian pláticas impertinentes, no atendia ni estaba atento á lo que platicaban, sino tenia su corazon y espíritu puesto en Dios. Y avisándole algunos padres, que caia en falta por esta causa, y que algunas veces no venia bien lo que decia con lo que se trataba, respondia, que mas queria que le tuviesen por necio, que perder tiempo; pareciéndole, que era tiempo perdido todo lo que no se empleaba en Dios, ó por Dios: que es conforme á lo que refiere Casiano, l. 5 de instit. renunt. c. 29, del Abad Maquete, que habia alcanzado de nuestro Señor con largas oraciones esta gracia, que en las pláticas y conferencias espirituales ahora fuesen de dia, ahora de noche, nunca se dormia ni le venia sueño; pero si se hallaba en alguna cosa ociosa ó impertinente, luego se dormia.

Concluyamos con un aviso general que S. Bernardo, in Specul. Monachor., da al Religioso: *Sic in cunctis se habeat, ut ædificet videntes, et nemo dubitet cum viderit eum, vel audierit, quin vere sit Monachus*: Hayamonos en todas las cosas, y especialmente en esta, de tal manera que todos los que nos vieren y oyeren, se edifiquen, y digan: Este es verdadero Religioso: que es lo que dice el Apóstol, ad Tit. c. 2, v. 7, escribiendo á Tito su discípulo: *In omnibus te ipsum præbe exemplum bonorum operum, in doctrina, in integritate, in gravitate, verbum sanum irreprehensibile: Ut is, qui ex adverso est, vereatur nihil habens malum dicere de nobis.* Procuremos en todo dar tal ejemplo y edificacion, que no solo no tengan en que reparar nuestros amigos, sino *que* nuestros mismos emulos se confundan y avergüencen, viendo que no hallan que decir con nosotros, ni de que asir.

De un filósofo se cuenta, que diciéndole que murmuraban de él, respondió: Yo viviré de tal manera, que no den crédito á los que murmuran de mí. De esa manera habemos de vivir nosotros, procurando no solamente que no haya en nuestras palabras ni en nuestras obras cosa digna de reprension, sino que nuestra vida y conversacion sea tal, que no den crédito á los que murmuraren de nosotros: esta es la mejor manera de satisfacer á las murmuraciones, callar con la boca, y responder con las obras.

# TRATADO TERCERO,

## DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD.

### CAPITULO PRIMERO.

*De la escelencia de la virtud de la humildad, y de la necesidad que de ella tenemos.*

*Discite à me quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris.* Matth. c. 11, v. 29. Aprended de mí, dice Jesucristo nuestro Redentor, que soy manso y humilde de corazon, y hallareis descanso para vuestras ánimas. El bienaventurado S. Agustin, *lib.* de vera religio., dice: *Tota vita Christi in terris per hominem, quem suscipere dignatus est, disciplina morum fuit, sed præcipuè humilitatem suam imitandam proposuit, dicens: Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Matth. 11. Toda la vida de Cristo en la tierra fue una enseñanza nuestra, y él fue de todas las virtudes Maestro, pero especialmente de la humildad: esta quiso particularmente que aprendiesemos de él, lo cual bastaba para entender, que debe ser grande la escelencia de esta virtud, y grande la necesidad que de ella tenemos, pues el Hijo de Dios bajó del cielo á la tierra á enseñarnosla, y quiso ser particular Maestro de ella, no solo por palabra, sino muy mas particularmente en la obra; porque toda su vida fue un ejemplo y dechado vivo de humildad. El glorioso S. Basilio, ser. de humilit., va discurriendo por toda la vida de Cristo, desde su nacimiento, mostrando y ponderando como todas sus obras nos enseñan particularmente esta virtud. Quiso, dice, nacer de madre pobre en un pobre portal, y en un pobre pesebre, y ser envuelto en unos pobres pañales: quiso ser circuncidado como pecador, huír á Egipto como flaco, y ser bautizado entre pecadores y publicanos, como uno de ellos: despues en el discurso de su vida quiérenle honrar y levantar por Rey, y escondese; y cuando le quieren afrentar y deshonrar, entonces se ofrece: ensálzanle los hombres, aun los endemoniados, mandales que callen: y cuando le escarnecen y dícenle injurias, no habla palabra. Y al fin de su vida, para dejarnos

mas encomendada esta virtud, como en testamento y última voluntad, la confirmó con aquel tan maravilloso ejemplo de lavar los pies á sus discípulos, y con aquella muerte tan afrentosa de la cruz. Dice S. Bernardo: (a) *Exinanivit semetipsum, ut prius præstaret exemplo, quod erat docturus verbo.* Abajóse y apocóse el Hijo de Dios, tomando nuestra naturaleza humana, y toda su vida quiso que fuese un dechado de humildad, para enseñarnos por obra lo que nos habia de enseñar por palabra. ¡Maravillosa manera de enseñar! ¿Para qué, Señor, tan grande Magestad tan humillada? *Ut non apponat ultra magnificare se homo super terram.* Para que ya de aquí adelante no haya hombre que se atreva á ensoberbecer y engrandecer sobre la tierra: *Intolerabilis enim imprudentia est, ut ubi sese exinanivit majestas, vermiculus infletur, et intumescat.* Siempre fue locura y atrevimiento ensoberbecerse el hombre: empero particularmente despues que la Magestad de Dios se abatió y humilló. Dice el bienaventurado S. Bernardo: Es intolerable desvergüenza y descomedimiento grande, que el gusanillo del hombre quiera ser tenido y estimado. El Hijo de Dios, igual al Padre, toma forma de siervo, y quiere ser humillado y deshonrado: ¡y yo polvo y ceniza quiero ser tenido y estimado!

Con mucha razon dice el Redentor del mundo, que él es el Maestro de esta virtud, y que de él la habemos de aprender: porque esta virtud de humildad no la supo enseñar Platon, ni Socrates, ni Aristóteles. Tratando de otras virtudes los filósofos gentiles, de la fortaleza, de la templanza, de la justicia, tan lejos estaban de ser humildes, que en aquellas mismas obras, y en todas sus virtudes pretendian ser estimados y dejar memoria de sí. Bien habia un Diógenes y otros tales, que se mostraban despreciadores del mundo y de sí mismos, en vestidos viles, en pobreza, en abstinencia; pero en eso mismo tenian una gran soberbia, y querian por aquel camino ser mirados y estimados, y menospreciaban á los otros, como prudentemente se lo notó Platon á Diógenes. Convidando un dia Platon (b) á ciertos filósofos, y entre ellos á Diógenes, tenia muy bien aderezada su casa, y puestas sus alfombras, y mucho aparato, como para tales convidados convenia. Diógenes en entrando, comienza con sus pies sucios á hollar aquellas alfombras: dícele Platon, ¿qué haces? *Calco Platonis faustum.* Estoy, dice, hollando y acoceando el fausto y soberbia de Platon. Respóndele muy bien Platon: *Calcas, sed alio fastu;* notando en él mas soberbia en hollar sus alfombras, que la que él tenia en tenerlas. No alcanzaron los filósofos el verdadero menosprecio de sí mismos, en que consiste la humildad cristiana, ni aun

(a) *S. Bern. ser.* 1 *de Nativit. Dñi.* (b) *Tertul. in Apologeti.* 582.

por el nombre conocieron esta virtud de la humildad: es esta propia virtud nuestra, enseñada por Cristo. Y pondera S. Agustin, (c) que por aquí comenzó aquel soberano sermon del monte: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est Regnum cælorum*: Bienaventurados los pobres de espíritu. Dicen S. Agustin, S. Gerónimo, S. Gregorio y otros Santos, que se entienden los humildes; por aquí comienza el Redentor del mundo su predicacion, con esto media, con esto acaba, esto nos enseña toda su vida, esto quiere que aprendamos de él: *Discite à me, non mundum fabricare, non cuncta visibilia, et invisibilia creare, non in ipso mundo mirabilia facere, et mortuos suscitare, sed quoniam mitis sum, et humilis corde*, dice S. Agustin. No dijo, aprended de mi á fabricar los cielos y tierra: aprended de mi á hacer maravillas y milagros, sanar enfermos, echar demonios y resucitar muertos: sino aprended de mi á ser mansos y humildes de corazon: *Potentior est enim, et tutior solidissima humilitas, quàm ventosissima celsitudo*: Mejor es el humilde que sirve á Dios, que el que hace milagros. Este es el camino llano y seguro, y ese otro está lleno de tropiezos y peligros.

La necesidad que tenemos de esta virtud de la humildad, es tan grande, que sin ella no hay que dar paso en la vida espiritual. Dice S. Agustin: epist. 56 ad Dioscorum: *Nisi humilitas omnia quæcumque benefacimus, et præcesserit, et comitetur, et consecuta fuerit, jam nobis de aliquo bono facto gaudentibus, totum extorquet de manu superbia*: Es menester que todas las obras vayan muy guarnecidas y acompañadas de humildad, al principio, al medio y al fin: porque si tanto nos descuidamos, y dejamos entrar la complacencia vana, todo se lo llevará el viento de la soberbia. Y poco nos aprovechará, que la obra sea muy buena de suyo, antes aí habemos de temer mas el vicio de la soberbia y vanagloria: *Vitia quippe cætera in peccatis; superbia verò etiam inrectè factistimenda est, ne illa quæ laudabiliter facta sunt, ipsius laudis cupiditate amittantur*: Aug. epist. 56 á Dioscoro. Porque los demas vicios, dice Agustin, son acerca de pecados y cosas malas, la envidia, la ira, la lujuria: y así consigo se traen su sobre escrito, para que nos guardemos de ellos; pero la soberbia anda tras las buenas obras, para destruírlas: *Superbia bonis operibus insidiatur, ut pereant.* Iba el hombre navegando prosperamente puesto su corazon en el cielo, porque habia enderezado al principio lo que hacia á Dios, y de repente viene un viento de vanidad, y da con él en una roca, deseando agradar á los hombres, y

(c) *Aug. l. de Sanct. virgin. c. 32. Matth. c. 5, v. 3. Aug. de verb. Domin. in Evang. secundùm Matth. ser. 18 de virgini. c. 34: et l. 8 de Trinitat. c. 7. Hieronim. Daniel. 3. Gregor. 6 mor. c. 16.*

ser tenido y estimado de ellos, ó tomando algun vano contentamiento, que con todo se hundió: y así dicen muy bien S. Gregorio y S. Bernardo: (a) *Qui sine humilitate virtutes congregat, quasi in ventum pulverem portat*: El que quiere allegar virtudes sin humildad, es como el que lleva un poco de polvo ó ceniza en contrario del viento, que todo se derrama y se lo lleva el aire.

## CAPÍTULO II.

### *Que la humildad es fundamento de todas las virtudes.*

San Cipriano dice: *Humilitas est sanctitatis fundamentum.* (a) S. Gerónimo: *Prima virtus Christianorum est humilitas.* (b) S. Bernardo: *Humilitas est fundamentum, custosque virtutum.* (c) Todos dicen, que la humildad es fundamento de la santidad y de todas las virtudes. Y S. Gregorio (d) en una parte la llama maestra y madre de todas las virtudes; y en otra dice, que es raíz y origen de las virtudes. Esta metáfora y comparacion de la raíz es muy propia, y declara mucho las propiedades y condiciones de la humildad; porque cuanto á lo primero, dice S. Gregorio, que así como la flor se sustenta en la raíz, y cortada se seca: así la virtud cualquiera que sea, sino persevera en la raíz de la humildad, se seca y se pierde luego. Mas: así como la raíz está debajo de tierra, y se huella y pisa, y no tiene en sí hermosura ni olor, pero de allí recibe el árbol vida: así el humilde está soterrado, es hollado y tenido en poco, no parece que tiene lustre ni resplandor, sino que está echado al rincon y olvidado: empero esto es lo que le conserva y hace crecer. Mas: así como para que el árbol crezca y dure, y lleve mucho fruto, es menester arraigarse la raíz: y cuanto esta estuviere mas honda y mas dentro de la tierra, tanto el árbol echará mas fruto y durará mas, conforme á aquello que dijo el profeta Isaías: *Mittet radicem deorsum, et faciet fructum sursum*; 4 Reg. c. 19, v. 30; así el fructificar en todas las virtudes, y el conservarse en ellas, está en echar hondas raíces de humildad. Cuanto mas humilde fuereis, tanto mas medraréis, y creceréis en virtud y perfeccion. Finalmente, así como la soberbia es raíz y principio de todo pecado, como dice el Sabio: *Initium omnis peccati est superbia*; Eccl. c. 10, v. 15; así dicen los Santos, que la humildad es raíz y fundamento de toda virtud.

Pero dirá alguno: ¿Cómo decís que la humildad es fundamento de todas las virtudes y del edificio es-

(d) *Greg. sup. Psal. 3 pœnitent. Bern. de ordin. vit. et morum insti. c. 7; et ser. de Donis Spirit. Sanct. qui est ultimus ex parvis, c. 2.*

(a) *Cipria. ser. de Nativit. Christi.* (b) *Hier. epist. ad Eusto.* (c) *Bern. ser. 1 de Nativit.* (d) *Greg. l. 23 mor. c. 13; et l. 27, c. ult.*

piritual: pnes comunmente dicen los Santos, que la fe es el fundamento, conforme aquello de S. Pablo: *Fundamentum enim aliud nemo potest ponere. præter id quod positum est, quod es Christus Jesus.* 1 Corint. c. 3, v. 11. A esto responde muy bien santo Tomas: 2 2, q. 161, art. 5 *ad* 2. Dos cosas se requieren para fundar bien una casa. Lo primero es necesario abrir bien los cimientos, y echar fuera todo lo movediso hasta llegar á lo firme, para edificar sobre ello; despues de muy bien ahondado el cimiento, y sacada fuera toda la tierra movediza, comienzase á asentar la primera piedra, la cual con las demas que se van asentando, es el principal fundamento del edificio. De esta manera, dice santo Tomas, se han la humildad y la fe en este edificio espiritual y fabrica de las virtudes; la humildad es la que abre las zanjas, su oficio es ahondar el cimiento, y echar fuera todo lo movedizo, que es la flaqueza de las fuerzas humanas. No habeis de fundar sobre nuestras fuerzas, que todo eso es arena, todo eso habeis de echar fuera, desconfiando de vos mismo, y ahondando hasta llegar á la peña viva y piedra firme, que es Cristo: *Petra autem erat Christus*: ese es el principal fundamento; pero porque para asentar este fundamento, es menester ese otro, lo cual se hace con la humildad, por eso se llama tambien la humildad fundamento: (e) y así el que con la humildad abriere bien las zanjas, y ahondare en su propio conocimiento, y echare fuera todo lo movedizo de la estima y confianza de sí mismo, hasta llegar al verdadero fundamento, que es Cristo: este tal edificará buen edificio, que aunque le combatan los vientos y crezcan las aguas, no le derrotarán; porque está fundado sobre piedra firme. Pero si edificáre sin humildad, luego caerá su edificio, porque está fundado sobre arena.

No son virtudes verdaderas, sino aparentes y falsas las que no se fundan en humildad: y así dice S. Agustin, (f) que en aquellos romanos, y filósofos antigüos no habia virtudes verdaderas, no solo por faltarles la caridad, que es la forma, y la que da vida y sér á todas, y sin la cual no hay ninguna verdadera y perfecta virtud, sino porque les faltaba tambien el fundamento de la humildad: en su fortaleza, en su justicia, en su templanza pretendian ser estimados, y dejar memoria de sí. Eran unas virtudes huecas y sin sustancia, y una sombra de virtudes: y así como no eran perfectas ni verdaderas, sino aparentes, dice que se las premió y remuneró Dios á los romanos con los bienes de esta vida, que son tambien los bienes aparentes. Pues si quereis edificar verdaderas virtudes en vuestra alma, procurad de echar primero buen fundamento de humildad: *Magnus esse vis? A minimo incipe. Cogitas magnam*

(e) 1 *Cor. c.* 10, *v.* 4. (f) *Aug. l.* 5 *de Civit. Dei. c.* 15; *et in Ps.* 31.

*fabricam construere celsitudinis? De fundamento priùs cogita humilitatis*, dice S. Agustin: ser. 10 de verbis Dñi. Si quereis ser grande, y levantar alto edificio de virtudes, tratad primero de echar muy buen fundamento de humildad: *Et quantam quisque vult, et disponit superimponere molem ædificii, cuantò erit majus ædificium, tantò altius fodit fundamentum*: Y cuanto uno quiere levantar mas alto el edificio, tanto mas ahonda los cimientos: porque no hay alto sin hondo, y así á la medida y proporcion que ahondáreis, y echáreis los cimientos de la humildad, podreis levantar esta torre de la perfeccion evangélica que habeis comenzado. Santo Tomas de Aquino entre otras sentencias graves que se refieren suyas, decia de la humildad: (g) Quien anda con deseo de honra, quien huye de ser tenido en poco, y le pesa si lo es; aunque haga maravillas, lejos está de la perfeccion, porque todo es virtud sin cimiento.

## CAPÍTULO III.

*En que se declara mas en particular como la humildad es fundamento de todas las virtudes, discurriendo por las mas principales.*

Para que se vea mejor cuan verdadera es esta sentencia de los Santos, que la humildad es fundamento de todas las virtudes, y cuan necesario es este fundamento para todas ellas, irémos discurriendo brevemente por las mas principales, comenzando por las teologales. Para la fe es menester humildad, no digo á los niños, á los cuales se les infunde la fe sin acto propio en el bautismo: hablo de los adultos, que ya tienen uso de razon. La fe pide un entendimiento humilde y rendido: *In captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi*, 1 ad Cor. c. 10, v. 5, dice el Apóstol S. Pablo: y el entendimiento soberbio es impedimento y estorbo para recibir la fe: y así dijo Cristo nuestro Redentor á los fariseos: *Quomodo vos potestis credere, qui gloriam ab invicem accipitis, et gloriam quæ à solo Deo est non quæritis?* Joan. c. 5, v. 44. ¿Cómo podeis vosotros creer en mí, pues buscais ser honrados unos de otros, y no buscais la honra que de solo Dios viene? Y no sólo para recibir la fe es menester humildad, sino tambien para conservar la doctrina: es comun de los Doctores y Santos, que la soberbia es principio de todas las heregías: estima uno en tanto su parecer y juício, que le antepone al sentir comun de los Santos, y de la Iglesia, y de aí viene á dar en heregías. Y así dice el Apóstol: *Hoc autem scitote, quod in novissimis diebus instabunt tempora periculosa, et erunt homines se ipsos amantes, cupidi, elati, superbi:* 2 ad Timoth. c. 3, v. 1. Hágoos saber que en los dias postreros habrá unos tiempos muy peligrosos, por-

(g) 1 *part. l.* 3, *c.* 37 *de la Historia de la Orden de los Predicadores.*

que los hombres sean muy amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios. A la elacion y soberbia atribuye los errores y heregías, como lo prosigue muy bien S. Agustin. La esperanza con la humildad se sustenta; porque el humilde siente su necesidad, y entiende que no puede de sí cosa alguna: y asi con mas afecto se vale de Dios, y pone toda su esperanza en él. La caridad y amor de Dios con la humildad se aviva y enciende; porque el humilde conoce que todo lo que tiene le viene de la mano de Dios, y que él está muy léjos de merecerlo, y con esto se enciende é inflama mucho en amor de Dios: *Quid est homo quia magnificas eum, aut quid apponis erga eum cor tuum?* decia el santo Job, c. 7, v. 17. ¿Quien es el hombre, Señor, para que os acordeis de él, y pongais vuestro corazon en él, y le hagais tantos favores y mercedes? ¿Yo tan malo para con vos, y vos tan bueno para conmigo? ¿Yo porfiar y ofenderos cada dia, y vos á hacerme mercedes cada hora? Este es uno de los principales motivos de que se ayudaban los Santos para encenderse mucho en amor de Dios. Mientras mas consideraban su indignidad y miseria, mas obligados se hallaban á amar á Dios, que puso los ojos en tan grande bajeza: *Magnificat anima mea Dominum*, Luc. c. 1, v. 46, decia la sacratísima Reina de los Angeles: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ*: Magnifica y engrandece mi ánima al Señor, porque puso los ojos en la bajeza de su sierva.

Para la caridad con los projimos, bien se ve cuan necesaria es la humildad; porque una de las cosas que suele entibiar y disminuir el amor de nuestros hermanos, es juzgar sus faltas, y tenerlos por imperfectos y defectuosos, y el humilde está muy lejos de eso; porque tiene puestos los ojos en sus faltas propias, y en los otros nunca mira sino á sus virtudes, y asi á todos los tiene por buenos, y á sí solo por malo é imperfecto, y por indigno de estar entre sus hermanos. Y de aqui le nace una estima y respeto, y un amor grande á todos. Mas al humilde no le pesa de que todos le sean preferidos, y de que se haga caso de los otros, y que él solo sea el olvidado, ni de que á los otros se les encomienden las cosas mayores, y á él las bajas y pequeñas; no hay envidias entre los humildes, porque la envidia nace de la soberbia: y asi si hay humildad, ni habrá envidias, ni encuentros, ni cosa que entibie el amor de los hermanos.

De la humildad nace tambien la paciencia tan necesaria en esta vida; porque el humilde conoce sus culpas y pecados, se ve digno de cualquier pena, y ningun trabajo le viene que no lo juzgue por menor de lo que habia de ser, conforme á sus culpas, y asi calla, y no se sabe quejar, antes dice con el profeta Micheas, c. 7, v. 9: *Iram Domini portabo, quoniam peccavi ei*: Sufri-

ré de buena gana el castigo que Dios me envia, porque he pecado contra él. Asi como el soberbio de todo se queja, y le parece que le hacen sin razon, aunque no se la hagan, y que no lo tratan como merece; asi el humilde, aunque le hagan sin razon, no lo echa de ver, ni lo juzga por tal. En ninguna cosa entiende que le hacen agravio, antes todo le parece que le viene ancho, y de cualquier manera que le traten, está muy satisfecho que lo tratan mejor de lo que él merece ser tratado. Gran medio es la humildad para la paciencia: y asi el Sabio avisando al que quiere servir á Dios, que se prepare para sufrir tentaciones y disgustos, y que se arme de paciencia, el medio que le da para ello, es, que se humille: *Deprime cor tuum, et sustine*: Eccl. c. 2, v. 2, et 4. Trae abatido tu corazon, y asi sufre. *Omne quod tibi applicitum fuerit accipe, et in dolore sustine*: Todo lo que se te ofrece, aunque sea muy contrario al gusto y á la sensualidad, recibelo bien, y aunque te duela, sufrelo. ¿Pues cómo será eso? ¿Qué armas me vestís, para que no lo sienta, ó para que ya que lo sienta lo lleve bien? *In humilitate tua patientiam habe*: Tened humildad, y asi tendreis paciencia y sufrimiento.

De la humildad nace tambien la paz, tan olvidada de todos, y tan necesaria al Religioso: asi lo dice bien claramente Cristo nuestro Señor: *Discite à me quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris*: Math. 11, v. 29. Sed humilde, y tendreis grande paz con vos, y tambien con vuestros hermanos. Asi como entre los soberbios siempre hay rencillas, contiendas y porfías: *Inter superbos semper jurgia sunt*, Prov. 13, v. 10, dice el Sabio; asi entre los humildes no puede haber rencilla ni disension, sino en aquella santa rencilla y porfía de cual será mas humillado, y de dar cada uno la ventaja al otro: cual fue aquella graciosa contienda entre san Pablo, y san Antonio, sobre el partir el pan: el uno importunaba al otro, porque era huesped; el otro á este, porque era mas anciano: cada uno buscaba por donde preferir y dar la ventaja al otro. Estas son buenas rencillas y contiendas, que asi como nacen de verdadera humildad, asi no solo no van contra la paz y caridad fraterna, sino la confirman y conservan mas.

Vengamos á aquellas tres virtudes propias y esenciales del Religioso, á que nos obligamos por los tres votos de la pobreza, castidad y obediencia. La pobreza tiene tanta conexion y parentesco con la humildad, que parecen hermanas de un vientre. Y asi por la pobreza de espíritu que Cristo nuestro Señor puso por la primera de las bienaventuranzas, unos Santos entienden la humildad, otros la pobreza voluntaria, cual es la que los Religiosos profesan. Y es menester que la pobreza ande siempre muy acompañada de la humildad; por-

que la una sin la otra es cosa peligrosa. Facilmente se suele criar un espíritu de vanagloria y soberbia del vestido pobre y vil; y de allí suele nacer un menosprecio de los otros. Y por esto S. Agustin huia de muy viles vestiduras, y queria que sus Religiosos trajesen vestidos honestos y decentes, para huir de este inconveniente; y por otra parte tambien es menester humildad, para que no queramos andar muy acomodados, que no nos falte *nada*, sino que nos contentemos con lo que nos dieren, y con lo peor, pues somos pobres, y profesamos pobreza. Para la guarda de la castidad, que sea necesaria la humildad, tenemos muchos ejemplos en las historias de los padres del yermo, de feas y torpísimas caidas en hombres de muchos años de penitencias y vida solitaria, que todas ellas nacian de falta de humildad y presuncion, y fiarse de sí, lo cual suele Dios castigar con permitir semejantes caidas. Es la humildad tan grande ornato de la castidad y pureza virginal, que dice S. Bernardo, hom. sup. Missus est: *Sine humilitate audeo dicere, nec virginitas Mariæ Deo placuisset*: Atrevome á decir, que sin humildad, aun la virginidad de nuestra Señora no agradára á Dios. Vengamos á la virtud de la obediencia, en la cual quiere nuestro santo Padre, que nos señalemos los de la Compañía. Cosa clara es, que no puede ser buen obediente el que no fuere humilde, ni dejarlo de ser el que lo fuere. Al humilde cualquier cosa se le puede mandar, no asi al que no lo fuere. El humilde no tiene juicio contrario, en todo se conforma con el superior, asi con la obra, como con la voluntad y entendimiento, no hay ninguna contradiccion ni resistencia en él.

Pues si venimos á la oracion en que estriba la vida del Religioso y del varon espiritual, si no va acompañada de humildad, no tiene valor, y la oracion con humildad penetra los cielos: *Oratio humiliantis se, nubes penetrabit, et donec propinquet non consolabitur, et non discedet donec altissimus aspiciat*: Eccl. c. 35, v. 21. La oracion del que se humilla, dice el Sabio, penetrará los cielos, y no descansará hasta que alcance de Dios todo lo que desea. Aquella santa y humilde Judith, encerrada en su oratorio, vestida de cilicio, cubierta de ceniza, postrada en tierra clama y da voces: *Humilium, et mansuetorum semper tibi placuit deprecatio*: Judith. c. 9, v. 16. Siempre os agradó, Señor, la oracion de los humildes y de los mansos de corazon. *Respexit in orationem humilium, et non sprevit precem eorum*: Psal. 101, v. 18. Miró Dios la oracion de los humildes, y no menospreció sus ruegos. *Ne avertatur humilis factus confusus*: Psal. 73, v. 21. No hayais miedo que sea desechado el humilde, ni que vaya confundido; él alcanzará lo que pide, Dios oirá su oracion. Mirad cuanto agradó á Dios aquella

oracion humilde del Publicano del Evangelio, que no osaba alzar los ojos al cielo, ni acercarse al altar, sino allá léjos en un rincon del templo, hiriendo sus pechos, con humilde conocimiento decia: *Deus propitius esto mihi peccatori*: Luc. 18, v. 13. Señor, habed misericordia de mi, que soy gran pecador. *Dico vobis, descendit hic justificatus in domum suam ab illo*: De verdad os digo, dice Cristo nuestro Señor, que salió este justificado del templo, y el otro fariseo soberbio que se tenia por bueno, salió condenado. De esta manera podriamos discurrir por las demas virtudes; y asi, si quereis un atajo para alcanzarlas todas, y un documento breve y compendioso, para llegar presto á la perfeccion, este es ser humilde.

## CAPÍTULO IV.

*De la necesidad particular que tienen de esta virtud los que profesan ayudar á la salvacion de los prójimos.*

*Quanto magnus es, humilia te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam*: Eccl. 3, v. 20. Cuanto fueres mayor, tanto mas te humilla, dice el Sabio, y hallarás gracia delante de Dios. Los que profesamos ganar almas para Dios, tenemos oficio de grandes. Que para nuestra confusion bien lo podemos decir, hanos llamado el Señor á un estado muy alto, porque nuestro instituto es para servir á la santa Iglesia en muy altos y levantados ministerios, para los cuales escogió Dios á los Apostoles, que son la predicacion del Evangelio, la administracion de los Sacramentos, y de su sangre preciosísima: que podemos decir con S. Pablo: *Dedit nobis ministerium reconciliationis*: 2 ad Cor. 5, v. 18. Llama ministerio de reconciliacion, la gracia, y la predicacion del Evangelio, y los Sacramentos, por donde se comunica esta gracia: *Et posuit in nobis verbum reconciliationis, pro Christo ergo legatione fungimur*: Hizonos Dios ministros suyos, embajadores suyos, como Apostoles suyos, Legados del sumo Pontifice Jesu Cristo, lenguas, é instrumento del Espíritu Santo: *Tanquam Deo exhortante per nos*: Por nosotros es servido el Señor de hablar á las almas. Por estas lenguas de carne, quiere el Señor mover los corazones de los hombres. Pues por esto tenemos mas necesidad que otros de la virtud de la humildad, por dos razones: La primera, porque cuanto mas alto es nuestro instituto, y la alteza de nuestra vocacion, tanto mayor es nuestro peligro y el combate de la soberbia y vanidad. Los montes mas altos, dice san Gerónimo, con mayores vientos son combatidos. Andamos en ministerios muy altos, y por eso somos respetados y estimados de todo el mundo, somos tenidos por santos, y por otros Apostoles en la tierra, y que nuestro trato es to-

do santidad, y hacer santos á los que tratamos. Grande fundamento de humildad es menester para no dar con tan alto edificio en tierra: gran fuerza, y gran caudal de virtud es menester para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella, cosa dificultosa es andar entre honras, y que no se pegue algo al corazon. No todos tienen cabeza para andar en alto. ¡Ó cuántos se han desvanecido y caído del estado alto en que estaban, por faltarles este fundamento de humildad! ¿Cuántos, que parecia que como águilas iban levantados en el ejercicio de las virtudes, por soberbia quedaron hechos murcielagos? Milagros hacia aquel monge, de quien se escribe en la vida de S. Pacomio, y Palemon, que andaba sobre las brasas sin quemarse: empero de aquello mismo se ensoberbeció, y tenia en poco á los otros, y decia de sí mismo: Este es santo, que anda sobre las brasas sin quemarse: ¿cuál de vosotros hará otro tanto? Corregióle S. Palemon, viendo que era soberbia, y al fin vino á caer miserablemente, y acabar mal. Llena está la Escritura, y las histórias de los Santos de semejantes ejemplos.

Pues por esto tenemos particular necesidad de estar muy fundados en esta virtud, porque si no, estamos en gran peligro de desvanecernos, y caer en el pecado de soberbia, y en la mayor que hay, que es la soberbia espiritual. S. Buenaventura declarando esto, dice que hay dos maneras de soberbia: una de las cosas temporales, y esta llama soberbia carnal: otra de las cosas espirituales, que llama soberbia espiritual: y esa, dice, es mayor soberbia, y mayor pecado, que la primera: y la razon está clara; porque el soberbio, dice S. Buenaventura, es ladron que comete hurto, porque se alza con lo ageno, contra la voluntad de su dueño, alzase con la gloria y honra que es propia de Dios, y que no la quiere él dar á otro, sino reservarla para sí: *Gloriam meam alteri non dabo*, dice él por Isaías, c. 42, v. 8, et c. 48, v. 11. Esa quiere hurtar á Dios el soberbio, y alzarse con ella, y atribuirla á sí. Pues cuando uno se ensoberbece de un buen natural, de la nobleza, de la buena disposicion del cuerpo, del buen entendimiento, de las letras, ú otras habilidades semejantes, ladron es; pero no es tan grande el hurto: porque aunque es verdad, que todos esos bienes son de Dios; pero son los salvados de su casa. Empero el que se ensoberbece de los dones espirituales de gracia, de la santidad, del fruto que hace en las almas, ese es grande ladron, robador de la honra de Dios, ladron famoso, que hurta las joyas mas ricas y de mayor precio y valor delante de Dios, que las estimó él en tanto, que por ellas dió por bien empleada su sangre y su vida. Y así el glorioso y bienaventurado san Francisco andaba con grande temor de caer en esta soberbia, y de-

cia á Dios: Señor, si algo me diereis, guardadlo vos, que yo no me atrevo, porque soy un gran ladron que me alzo con vuestra hacienda. Pues andemos nosotros tambien con este temor, que tenemos mas razon de tenerle, pues no somos tan humildes como S. Francisco, no caigamos en esta soberbia tan peligrosa; no nos alcemos con la hacienda de Dios, que la traemos entre las manos, y ha hecho Dios mucha confianza de nosotros, no se nos pugue algo, ni nos atribuyamos á nosotros cosa alguna, volvamoselo todo á Dios.

No sin gran misterio Cristo nuestro Redentor, Marc. 16, v. 14, cuando apareció á sus Discípulos el dia de su gloriosa Ascension, primero les reprendió de la incredulidad y dureza de corazon, y despues les mandó ir á predicar el Evangelio por todo el mundo, y les dió poder para hacer muchos y grandes milagros; dándonos á entender, que quien ha de ser levantado á grandes cosas, primero es menester que sea humillado, y se abata en sí mismo, y tenga conocimiento de sus propias flaquezas y miserias, para que, aunque despues vuele sobre los cielos y haga milagros, quede entero en su propio conocimiento, y asido á su propia bajeza, sin atribuirse á sí mismo otra cosa, sino su indignidad. Teodoreto, q. 10 super Exod., nota á este propósito, que por esta misma causa, queriendo Dios elegir á Moisés por capitan y caudillo de su pueblo, y hacer por su medio tantas maravillas y señales como habia de hacer, quiso que primero aquella mano con que habia de dividir el mar vermejo, y hacer obras tan maravillosas, entrándola en el seno, la sacase y viese toda llena de lepra.

La segunda razon, por la cual tenemos mas particular necesidad de humildad, es para hacer fruto con esos mismos ministerios que tenemos, de manera que no solo nos es necesaria la humildad para nosotros, para nuestro propio aprovechamiento, para que no nos desvanezcamos y ensoberbezcamos, y asi nos perdamos; sino tambien para ganar nuestros prójimos, y hacer fruto en sus almas. Uno de los principales y mas eficaces medios para esto, es la humildad, que desconfiemos de nosotros mismos, y no estribemos en nuestras fuerzas, industria y prudencia, sino que pongamos toda nuestra confianza en Dios, y á él lo refiramos y atribuyamos todo, conforme á aquello del Sabio: *Habe fiduciam in Domino ex toto corde tuo, et ne innitaris prudentiæ tuæ.* Prov. c. 3, v. 5. Y la razon de esto, como diremos, *c.* 10, *y* 38, despues mas largamente, es, porque cuando desconfiados de nosotros, ponemos toda nuestra confianza en Dios, se lo atribuímos todo á él, y hacemos cargo de todo, con que le obligamos mucho á que él tome la mano en ello. Señor, haced vuestro negocio: la conversion de las al-

mas negocio vuestro es, y no nuestro; ¿qué parte somos nosotros para eso? Pero cuando vamos confiados en nuestros medios y en nuestras razones, hacemonos parte en el negocio, atribuyendo mucho á nosotros mismos, y todo eso quitamos á Dios. Son como las dos balanzas, que cuanto sube la una, baja la otra; cuanto atribuimos á nosotros, quitamos á Dios, y nos queremos alzar con la gloria y honra que es propia suya, y así permite él, que no se haga nada. Y plegue al Señor que no sea esta algunas veces la causa de no hacer tanto fruto en los prójimos.

De nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio leemos en su vida, l. 3, c. 2, que con unas pláticas de doctrina cristiana que hacia en Roma, llanas, y con palabras toscas é impropias, porque no sabía bien la lengua italiana, hacia tan gran fruto en las almas, que en acabando la plática venian los penitentes, heridos los corazones de dolor, gimiendo y sollozando á los pies del confesor, que de lágrimas y sollozos apenas podian hablar; porque no ponia la fuerza en las palabras, sino en el espíritu: *Non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus, et virtutis*, 1 ad Cor. c. 2, v. 4, como decia S. Pablo. Iba desconfiado de sí, y ponia toda su confianza en Dios, y así él daba tanta fuerza y espíritu á aquellas palabras toscas é impropias, que parecia que arrojaba unas como llamas encendidas en los corazones de los oyentes. Ahora no sé si el no hacer tanto fruto, es que vamos muy asidos á nuestra prudencia, y estribamos y confiamos mucho en nuestros medios, letras y razones, y en el modo de decirlas, muy pulido y elegante, y nos vamos saboreando y contentando mucho de nosotros mismos. Pues yo haré, dice Dios, que cuando á vos os parece que habeis dicho mejores cosas, y mas concertadas razones, y quedais muy contento y ufano, pareciéndoos que habeis hecho algo, entonces hagais menos, y se cumpla en vos aquello que dice el profeta Oseas: c. 9, v. 14. *Da eis Domine. Quid dabis eis? Da eis vulvam sine liberis, et ubera arentia*: Yo os haré madre estéril, que no tengais mas que el nombre. El Padre fulano, Padre predicador, con el nombre solo os quedaréis, y no tendréis hijos espirituales: os daré pechos secos, que no se os peguen hijos, ni se les pegue lo que les decís, que eso merece el que se quiere alzar con la hacienda de Dios, y atribuírse á sí lo que es propio de su divina Magestad. No digo yo, que no ha de ir muy bien estudiado, muy bien mirado lo que se predica; pero no basta eso, es menester que vaya tambien muy bien llorado, y muy encomendado á Dios, y que despues que os hayais quebrado la cabeza en estudiarlo y rumiarlo, digais: *Servi inutiles sumus, quod debuimus facere, fecimus*: Lucæ

c. 17, v. 10. Siervos somos sin provecho, ¿qué podré yo hacer? Cuando mucho, un poco de ruído con mis palabras, como la escopeta sin pelota; pero el golpe en el corazon, vos Señor sois el que le habeis de dar: *Cor regis in manu Domini, quocumque voluerit, inclinabit illud*: Prov. c. 21, v. 1. Vos Señor, sois el que habeis de herir y mover los corazones; ¿qué parte somos nosotros para eso? ¿Qué proporcion hay de nuestras palabras, y de cuantos medios humanos podemos nosotros poner, para un fin tan alto y sobrenatural, como es convertir las almas? Ninguna. Pues ¿por qué quedamos tan ufanos y tan contentos de nosotros mismos cuando nos parece que se hace fruto, y que nos suceden bien los negocios, como si nosotros lo hubieramos acabado? *Numquid gloriabitur securis contra eum, qui secat in ea? Aut exaltabitur serra contra eum à quo trahitur?* ¿Por ventura, dice Dios por Isaías, c. 10, v. 15, gloriarseha la hacha ó la sierra contra el que obra con ella, diciendo, yo soy la que he cortado, yo soy la que he aserrado el madero? *Quomodo si elevetur virga contra elevantem se, et exaltetur baculus, qui utique lignum est*: Eso es como si el báculo se ensalzase y engreyese, porque le levantan, siendo un leño que no se puede menear si no le menean. Pues de esa manera somos nosotros, respeto del fin espiritual y sobrenatural de la conversion de las almas. Somos como unos leños, que no nos podemos mover ni menear, si Dios no nos menea. Y asi todo se lo habemos de atribuir á él, y no tenemos de que gloriarnos.

Estima Dios tanto que no estribemos en nuestras fuerzas y medios humanos, y que no nos atribuyamos nada á nosotros, sino que todo se lo atribuyamos á él, y á él demos la gloria de todo, que por esto dice S. Pablo, que Cristo nuestro Redentor, para la predicacion de su Evangelio, y convertir el mundo, no quiso escoger letrados, ni hombres elocuentes, sino unos pobres pescadores, idiotas y sin letras: *Quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes, & infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia, & ignobilia mundi, & contemptibilia elegit Deus, & ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt, destrueret*: 1 ad Cor. c. 1, v. 27. Escogió Dios ignorantes é idiotas, para confundir á los sabios del mundo; escogió pobres y flacos, para confundir á los fuertes y poderosos; escogió los bajos y abatidos en el mundo, y que parece que no eran nada en él, para derribar los Reyes y Emperadores, y todos los Grandes de la tierra. ¿Sabeis por qué, dice S. Pablo? 1 ad Cor. c. 1, v. 29. *Ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus, sed quemadmodum scriptum est, qui gloriatur, in Domino glorietur*: Para que no se gloríe el hombre delante de Dios, ni tenga ocasion de atribuirse nada á sí, sino que todo lo atribuya á Dios,

y á él dé la gloria de todo. Si los predicadores del Evangelio fueran muy ricos y poderosos, y con mucha gente y mano armada fueran por ese mundo á predicar el Evangelio, pudiérase atribuir la conversion al poder y fuerzas de armas: si escogiera Dios para eso *grandes* letrados, y grandes retóricos del mundo, que con sus letras y elocuencia convencieran á los filósofos, pudieran atribuir la conversion á la elocuencia y á la *sutileza* de sus argumentos, y disminuyerase con eso el crédito y reputacion de la virtud de Cristo. Pues no de esa manera, dice S. Pablo: 1 ad Cor. c. 1, v. 17. *Non in sapientia verbi ut non evacuetur crux Christi*: No quiso Dios que fuese con sabiduría y elocuencia de palabras, para que no se menoscabase la estima de la virtud y eficacia de la cruz, y pasion de Cristo. Dice S. Agustin, tract. 7 sup. Joann.: *Dominus noster Jesus-Christus volens superborum frangere cervices, non quæsivit per oratorem piscatorem, sed è piscatore lucratus est Imperatorem*: Nuestro Señor Jesucristo queriendo quebrantar y bajar las cervices de los soberbios, no buscó pescadores por oradores, sino por unos pobres pescadores derribó y ganó á los oradores, y á los Emperadores: *Magnus Cyprianus orator, sed prius Petrus piscator, per quem postea crederet non solum orator, sed et Imperator*: Gran retórico y orador fue S. Cipriano, pero primero fue S. Pedro pescador; por medio del cual creyese y se convirtiese no solo el orador, sino tambien el Emperador.

Llena está la sagrada Escritura de ejemplos, en que escogia Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas grandes, para enseñarnos esta verdad, y que quedase muy fijo en nuestros corazones que no tenemos de que gloriarnos, ni que atribuir nada á nosotros, sino todo á Dios nuestro Señor. Eso nos quiso decir aquella insigne victoria de Judith, una muger flaca, contra un ejército de mas de ciento y cincuenta mil hombres. Eso nos dice lo de un pastorcico David, que muchacho, y sin armas, con su honda derribó al gigante Goliat: *Ut sciat omnis terra, quia est Deus in Israël, et noverit universa Ecclesia hæc, quia non in gladio, nec in hasta salvat Dominus, ipsius est enim bellum*: 1 Reg. cap. 7, v. 46. Para que sepa todo el mundo, dice, que hay Dos en Israél, y entiendan todos, que no ha menester Dios espada ni lanza para vencer, porque suya es la batalla, y suya es la victoria, y para que eso se entienda, la quiere él dar sin armas. Este fue tambien el misterio de Gedeon, el cual habia juntado treinta y dos mil hombres contra los madianitas, que eran mas de ciento y treinta mil, y dícele Dios: *Multus tecum est populus, nec tradetur Madian in manus ejus*. Judicum c. 7, v. 2. Gedeon, mucha gente teneis, con tanta gente no podeis vencer. Mirad,

que razon da Dios: no podreis vencer, porque sois muchos. Si dijera, no podreis vencer porque ellos son muchos, y vosotros pocos, pareciera buena razon. Os engañais, no lo entendeis, esa fuera razon de hombres, esa otra es razon propia de Dios. No podeis vencer, dice Dios, porque sois muchos. ¿Por qué? *Ne glorietur contra me Israël, & dicat meis viribus liberatus sum*: Porque no se glorie contra mí Israél, y se alce con la victoria, y quede muy ufano, pensando que con sus fuerzas ha vencido. Da Dios traza, que solo queden trescientos hombres con Gedeon, y con esos le manda que presente la batalla al enemigo, y con ellos le dió la victoria, y aun no fue menester que se pusiesen en armas, ni que echasen mano á las espadas, sino solo con el sonído de las trompetas que llevaban en la una mano, y con el ruido de quebrar los cántaros, y el resplandor de las hachas encendidas que llevaban en otra mano, causó Dios tanto terror y espanto en los enemigos, que unos á otros se atropellaban y mataban huyendo, pensando que venia todo el mundo sobre ellos. Ahora no direis, que por vuestras fuerzas habeis vencido. Eso es lo que pretende Dios. Pues si en las cosas temporales y humanas, en las cuales nuestros medios tienen alguna proporcion con el fin, y nuestras fuerzas con la victoria, no quiere Dios que nos atribuyamos á nosotros alguna cosa, sino que la victoria de la batalla, y el buen suceso de los negocios, todo se le atribuya á él: si aun en las cosas naturales, ni el que planta, ni el que riega es algo, no es el hortelano el que hace crecer las plantas, y dar el fruto á los árboles, sino Dios; ¿qué será en las cosas espirituales y sobrenaturales de la conversion de las almas, y de su aprovechamiento y crecimiento en virtud? Donde nuestros medios, fuerzas é industrias quedan tan cortas y tan atrás, que ninguna proporcion tienen con tan alto fin. Y asi dice el Apóstol S. Pablo: *Itaque neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus*, 1 ad Cor. c. 3, v. 7. Dios *solo es el* que puede dar el crecimiento, y fruto espiritual. Dios solo es el que puede poner terror y espanto en los corazones de los hombres. Dios solo es el que puede hacer que los hombres aborrezcan los pecados, y dejen la mala vida, que nosotros solamente podemos hacer un poco de ruído con la trompeta de su Evangelio; y si quebrantamos los cántaros de nuestros cuerpos con la mortificacion, para que nuestra luz resplandezca delante de los hombres con vida muy ejemplar, no haremos poco, con eso Dios dará la victoria.

Saquemos de aqui dos cosas, que nos ayudarán mucho para ejercitar nuestros ministerios con mucho consuelo y aprovechamiento, asi nuestro, como de los prójimos. La primera, lo que está dícho, que

desconfiemos de nosotros, y pongamos toda nuestra confianza en Dios, y todo el fruto y buen suceso de los negocios se lo atribuyamos á él. Dice S. Crisóstomo: (a) *Nolímus igitur extolli, sed et nos dicamus inutiles, ut utiles efficiamur*: No nos ensoberbezcamos, sino confesemonos por inútiles, para que asi seamos útiles y provechosos. Y S. Ambrosio (b) dice: Si quereis hacer mucho fruto en los prójimos, guardad aquel documento que nos enseña el Apóstol S. Pedro: *Si quis loquitur quasi sermones Dei, si quis ministrat tamquam ex virtute, quam administrat Deus, ut in omnibus honorificetur Deus per Jesum Christum, cui est gloria, et imperium in sæcula sæculorum. Amen.* 1 Pet. c. 4, v. 11. El que habla, haga cuenta que Dios puso aquellas palabras en su boca: el que obra, haga cuenta que Dios es el que obra por él, y déle á él la gloria y honra de todo. No nos atribuyamos á nosotros cosa alguna, ni nos alcemos con nada, ni tomemos vano contentamiento en ello.

La segunda cosa que habemos de sacar, es no desanimarnos ni desconfiar, viendo nuestra poquedad y miseria: de lo cual tenemos tambien mucha necesidad; porque ¿quién viéndose llamado á un fin é instituto tan alto y sobrenatural, como es convertir almas y sacarlas de pecados, de heregías é infidelidad; quién poniendo los ojos en sí, no desmayará? ¡Jesus, qué desproporcion tan grande! No dice á mí esa empresa, que yo soy mas necesitado y mas miserable que todos. ¡O qué engañado estais! Antes por eso dice á vos esa empresa. No podia acabar de creer Moisés, que él habia de hacer una obra tan grande, como era sacar el pueblo de Israél del cautiverio de Egipto, y escusábase con Dios, que le enviaba á eso: *Quis sum ego ut vadam ad Pharaonem, et educam filios Israël de Ægypto*? Exod. c. 3, v. 11. ¿Quién soy yo, para ir á tratar con el Rey, y hacer que deje salir el pueblo de Israél de Egipto? *Obsecro Domine, mitte, quem missurus es*: Exod. c. 4, v. 11. Enviad, Señor, á quien habeis de enviar, que yo no soy para eso, que soy tartamudo. Eso es lo que yo he menester, dice Dios: *Ego ero in ore tuo, doceboque te, quid loquaris*: Que no lo has de hacer tú, yo seré contigo, y te enseñaré lo que has de hablar. Lo mismo le aconteció al profeta Jeremías, enviabale Dios á predicar á las gentes, y comienza á escusarse: *A, à, à, Domine Deus: ecce nescio loqui, quia puer ego sum*: Jer. c. 1, v. 6. Há, há, há, no veis, Señor, que no acierto á hablar, que soy niño, ¿cómo me quereis enviar á una empresa tan grande? Y aun por eso que bien estais en la cuenta. Eso es lo que anda Dios á buscar. Antes si tuvierais muchas partes, por ventura no os escogiera Dios para

(a) *Chrysost. hom.* 38 *ad Popul Antioch. t.* 5. (b) *Ambros. epist.* 4 *ad sacr. Virg. Demet.*

eso, porque no os alzarais con ello, y os atribuyerais á vos algo. Anda Dios á escoger gente humilde, gente que no se atribuya nada á sí, y por eso quiere hacer cosas grandes.

Cuentan los sagrados Evangelistas, que viniendo de predicar los Apóstoles, viendo Cristo nuestro Redentor el fruto y maravillas grandes que habian hecho, se regocijó en su espíritu, y comenzó á glorificar y dar gracias á su Padre Eterno: *In ipsa hora exultavit in Spiritu Sancto, & dixit: Confiteor tibi Pater Domine Cœli, & terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus, & prudentibus, & revelasti ea parvulis: ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te*: Luc. c. 10, v. 21. Matth. c. 11, v. 25. Gracias te doy Padre Eterno, Señor del cielo y la tierra, que escondisteis estas cosas á los sabios y prudentes del mundo, y las revelaste y comunicaste á los pequeñuelos, y por ellos quieres hacer tantas maravillas y milagros. Bendito y alabado seais, Señor, para siempre, porque os ha placido hacerlo asi. ¡O dichosos los pequeñuelos! dichosos los humildes, los que no se atribuyen nada á sí, porque esos son los que levanta Dios nuestro Señor: esos son por quien hace las maravillas, á esos toma él por instrumento para hacer grandes cosas, grandes conversiones, y grande fruto en las almas: por eso nadie desconfie, nadie desaníme: *Nolite timere pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum*: Lucæ c. 12, v. 32. No quieras temer, manada pequeña, no desmayes, ni te desanimes, Compañia minima de Jesus, por verte pequeñuela, y la mas minima de todas; porque le ha placído á vuestro Padre celestial de franquearos las almas y los corazones de los hombres. Yo seré con vosotros, dijo Cristo nuestro Redentor á nuestro Padre S. Ignacio, l. 2 de su vida c. 12, cuando se le apareció yendo á Roma: *Ego vobis Romæ propitius ero*: Yo os ayudaré, yo seré en vuestra compañia. Y por este milagro y aparicion maravillosa se le dió á esta Religion este nombre y apellido de Compañia de Jesus, para que entendamos, que no somos llamados á la Compañia y Orden de Ignacio, sino á la Compañia de Jesus, y tengamos por cierto, que Jesus será siempre en nuestra ayuda, como él se lo prometió á nuestro santo Padre, y que á él tenemos por caudillo y capitan, y asi no nos cansemos ni desmayemos en esta empresa tan grande de ayudar á las almas, á que Dios nos ha llamado.

## CAPÍTULO V.

*Del primer grado de humildad, que es tenerse uno en poco, y sentir bajamente de sí mismo.*

San Laurencio Justiniano dice, que ninguno conoce bien qué cosa es humildad, sino el que ha recibido de Dios ser humilde: es

cosa muy difícil de conocer. En ninguna cosa se engaña tanto el hombre, dice este Santo, como en conocer la verdadera humildad. ¿Pensais que consiste en decir que soy un miserable, y que soy un soberbio? Si en eso consistiera, bien fácil cosa fuera, todos fueramos humildes; porque todos andamos diciendo de nosotros, que somos unos tales, y unos cuales: plegue al Señor que lo sintamos asi, y que no lo digamos solamente en la boca y por cumplimiento. ¿Pensais que consiste la humildad en traer vestidos viles y despreciados, ó en andar en oficios bajos y humildes? No consiste en eso, porque aí puede haber tambien mucha soberbia, y desear uno ser tenido y estimado por eso, y tenerse por mejor y mas humilde que otros, que es la fina soberbia. Verdad es, que ayudan mucho estas cosas esteriores á la verdadera humildad, si se toman como deben, como adelante diremos: c. 22, et seq.: pero al fin, no consiste en eso la humildad. Dice S. Gerónimo: epist. 27: *Multi humilitatis umbram, veritatem pauci sectantur*: Muchos siguen la sombra y apariencia de humildad: fácil cosa es traer la cabeza inclinada, los ojos bajos, hablar con voz humilde, suspirar muchas veces, y á cada paso llamarse miserables y pecadores; pero si á esos los tocais con una palabra, aunque sea muy liviana, luego vereis cuan lejos están de la verdadera humildad: *Auferantur omnia figmenta verborum, cessent simulati gestus, verum humilem patientia ostendit*: Cesen todas las palabras fingidas, vayan fuera todas esas hipocresías y esterioridades, que el verdadero humilde, en la paciencia y sufrimiento se echa de ver: esa, dice S. Gerónimo, es la piedra de toque, donde se conoce la verdadera humildad.

San Bernardo desciende mas en particular á declarar en que consiste esta virtud, y pone su definicion: *Humilitas est virtus, qua homo verissima sui agnitione sibi ipsi vilescit*: (a) La humildad es una virtud, con la cual el hombre considerando y viendo sus defectos y miserias, se tiene en poco á sí mismo; no está la humildad en palabras, ni en cosas esteriores, sino en lo íntimo del corazon, en un sentir bajo de sí mismo, en tenerse en poco, y en desear ser tenido de los otros en baja reputacion, que nace de un profundísimo conocimiento propio.

Para declarar y desmenuzar mas esto, ponen los Santos muchos grados de humildad. El bienaventurado S. Benito, á quien sigue santo Tomás, (b) y otros Santos, pone doce grados. S. Anselmo (c) pone siete. S. Buenaventura (d) los reduce á tres: y esto seguirémos ahora por causa de mas brevedad, y para que recogiendo la doctrina á menos puntos, la tengamos mas de-

(a) *Bern. tract. de gradib. humilit.* (b) *S. Thom.* 2 2, *q.* 161, *art.* 6. (c) *Anselm. l. de similitudinib.* (d) *Bonav. procesu.* 6 *Relig. cap.* 22.

lante de los ojos, para ponerla por obra. El primer grado de humildad, dice S. Buenaventura, es que se tenga uno á sí mismo en poco, y sienta bajamente de sí: y el medio unico y necesario para esto es el propio conocimiento. Estas dos cosas son las que comprende la difinicion de la humildad de S. Bernardo, y asi solo comprende este primer grado. La humildad es una virtud, con la cual el hombre se tiene en poco á sí mismo. Ved aí lo primero, y esto hace, dice S. Bernardo, teniendo verdadero conocimiento de sí, y de sus miserias y defectos. Por esto ponen algunos por primer grado de humildad el conocimiento propio, y con mucha razon; pero nosotros como reducimos todos los grados á tres, con S. Buenaventura, ponemos por primer grado de humildad el tenerse uno á sí mismo en poco; y al conocimiento propio ponemosle por medio unico y necesario para alcanzar ese grado de humildad; pero en la sustancia todo es uno. Todos convenimos en que el conocimiento propio es el principio y fundamento para alcanzar la humildad, y tenernos en lo que somos: porque ¿cómo habeis de tener á uno en lo que es, sino le conoceis? No puede ser: es menester que primero conozcais quien es, y asi le tendreis y honrareis como á tal: asi es menester que primero os conozcais quien sois, y despues teneos en lo que sois, que para esto licencia teneis; porque si os teneis en lo que sois, sereis bien humilde, porque os tendreis en muy poco. Pero si os quereis tener en mas de lo que sois, eso es soberbia. Dice S. Isidoro: lib. Ethimol. *Superbus dictus est, quia super vult videri, quam est*: Por eso se llama uno soberbio, porque se tiene y quiere ser tenido sobre lo que es, y en mas de lo que es: y esta es una de las razones que dan algunos, de amar Dios tanto á la humildad, porque es muy amigo de la verdad: y la humildad es verdad, y la soberbia y presuncion es mentira y engaño: porque no sois vos lo que pensais, ni lo que quereis que los otros piensen que sois. Pues si quereis andar en verdad y en humildad, teneos en lo que sois. Por cierto, que no parece que pedimos mucho en pediros que os tengais en lo que sois, y que no os querais tener en mas; porque no es razon que nadie se tenga en mas de lo que es, antes seria grande engaño, y muy peligroso, andar uno engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es.

## CAPITULO VI.

### *Del propio conocimiento, que es la raiz y el medio único y necesario para la humildad.*

Comencemos á cavar y ahondar en lo que somos, y en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, para que asi descubramos este riquísimo tesoro. *Drach-*

*ma periit*, dice S. Gerónimo ad Rusticum, *et tamen invenitur in stercore*. Entre ese estiercol de vuestra bajeza, y de vuestros pecados y miserias, hallareis esta margarita preciosa de la humildad. Comencemos del ser corporal, sea esa la primera azadonada. Dice S. Bernardo: in formul. honestæ vitæ: *Ista tria semper mente habeas, quid fuisti? quid es? quid eris?* Estas tres cosas ten siempre delante de los ojos: ¿qué fuiste? ¿qué eres? ¿qué serás? *Quid fuisti? quia sperna fœtidum: Quid es? quia vas stercorum: Quid eris? quia esca vermium.* Ten siempre delante de los ojos lo que fuiste antes de tu generacion: que es una materia hedionda y sucia, que no se puede decir. ¿Qué eres ahora? que eres un vaso de estiercol: ¿Qué serás de aqui á poco? que serás manjar de gusanos. Bien tenemos aqui que meditar, y en que ahondar. Dice bien Inocencio Papa: (a) *O vilis conditionis humanæ indignitas! O indigna vilitatis humanæ conditio! Herbas, et arbores investiga, illæ de se producunt flores, et frondes, et fructus, et tu de te lendes, et pediculos, et lumbricos*: ¡O condicion baja y vil de la naturaleza humana! Mira los arboles, las yerbas del campo, y hallarás que ellas producen y echan de sí flores, hojas, y frutos muy buenos: y el hombre produce y cria de sí mil sabandijas: *Illæ de se effundunt oleum, vinum, et balsamum, et tu de te sputum, urinam, et stercus: illæ de se spirant suavitatis odorem, et tu de te reddis abominationen fœtoris*: Las plantas y los árboles producen de sí aceite, vino y bálsamo, y echan de sí un olor muy suave: y el hombre echa de sí mil inmundicias, y un hedor abominable, que pone asco pensar en ello, cuanto mas decirlo. Al fin: *Qualis arbor, talis fructus, non enim potest arbor mala fructus bonos facere*: Cual es el árbol, tal es el fruto, porque el árbol malo no puede llevar fruto bueno. Con mucha razon por cierto, y con mucha propiedad comparan los Santos al cuerpo humano á un muladar cubierto de nieve, que por defuera parece blanco, y dentro está lleno de inmundicias y suciedades.

Dice el bienaventurado S. Bernardo: c. 3 meditat. *Si diligenter consideres, quid per os et nares, cæterosque corporis meatus egrediatur, vilius sterquilinium, numquam vidisti*: Si os poneis á considerar lo que echais por los ojos, oidos, boca y narices, y por los demas albañares del cuerpo, no hay muladar tan sucio, ni que tales cosas eche de si. ¡O que bien dijo el santo Job! ¿qué es el hombre, sino un poco de podre, y un manantial de gusanos? *Putredini dixi, pater meus es: mater mea, et soror mea, vermibus*: Job. c. 17, v. 14. A la pobreza dije, tu eres mi padre: la semejanza que hay de podre á padre, esa y mas hay de nosotros á la podre; y á los gusanos dije, vosotros sois mi madre, y mis hermanos: Eso es el hombre: un ma-

(a) *Innoc. Papa l. 8 de contemptu mundi.*

nantial de podre, y un costal de gusanos. ¿Pues de qué nos ensoberbecemos? *Quid superbis terra, et cinis?* Eccl. c. 10, v. 9. De aqui á lo menos no tenemos de que nos ensoberbecer, sino harto de que nos humillar y tener en poco. Y asi dice S. Gregorio: *Custos humilitatis est recordatio propriæ fæditatis.* La guarda de la humildad es acordarnos de nuestra propia fealdad. Debajo de esta ceniza se conserva ella muy bien.

Pasemos adelante, cavemos y ahondemos un poco mas, demos otra azadonada. Mirad quien erades antes que Dios os criase, y hallaréis que erades nada, y que no podíadeis vos salir de aquellas tinieblas de no ser, sino que Dios por su bondad y misericordia os sacó de aquel abismo profundo, y os puso en el número de sus criaturas, dandoos el verdadero y real ser que teneis. De manera que cuanto es de nuestra parte, somos nada, y asi nos habemos de tener por iguales de nuestra parte á las cosas que no son, y atribuir á Dios la ventaja que les llevamos. Eso es lo que dice S. Pablo: *Si quis existimat aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit*: Ad Galat. c. 6, v. 3. Si alguno piensa que es algo, engañase, que nada es. Gran mina se nos descubre aqui, para enriquecernos de humildad.

Y aun hay mas en esto: que aun despues que fuimos criados, y recibimos el ser, no nos tenemos en nosotros mismos; no es como cuando el oficial hizo la casa, que despues de edificada la dejó, y ella se sustenta sin tener necesidad del oficial que la hizo: no es asi en nosotros, sino que despues de criados, tenemos tanta necesidad de Dios cada momento de nuestra vida, para no perder el ser que tenemos, como la tuvimos, para, siendo nada, alcanzar el ser. El nos está siempre sustentando y teniendo con su mano poderosa, para que no caigamos en el pozo profundo de la nada, de la cual primero *nos* sacó. Y asi dice David: Psal. 138, 8. *Tu formasti me, et posuisti super me manum tuam*: Vos, Señor, me hicisteis y pusisteis vuestra mano sobre mí. Esa vuestra mano, Señor, que teneis puesta sobre mi, me tiene en pie y me conserva, para que no me torne á volver en la nada que antes era. Estamos siempre tan colgados y pendientes de esta manutenencia de Dios, que si esta nos faltase, y nos soltase de su mano un solo momento, en el mismo punto faltariamos nosotros, y dejariamos de ser, y nos volveriamos en nuestra nada, como en escondiéndose el sol falta la luz en la tierra. Por eso dice la Escritura divina: *Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram eo, et quasi nihilum, et inane reputatæ sunt ei*: *Isaias c.* 40, 17. Todas las gentes son delante de Dios, como si no fuesen: y como nada y vanidad son reputados delante de él. Esto es lo que todos andamos diciendo á cada paso, que somos nada; pero creo que lo decimos sola-

mente con la boca, no sé si entendemos lo que decimos. ¡O si lo entendiesemos ó sintiesemos, como lo entendia y sentia el Profeta cuando decia: Psal. 38. 6. *Et substantia mea tamquam nihilum ante te*! Yo soy, Señor, delante de vos, como nada: verdaderamente nada soy, cuanto es de mi parte; porque *nada* era, y el sér que tengo no lo hube de mí, sino que vos, Señor, me lo disteis, y á vos lo tengo de atribuír; y yo no tengo de que gloriarme ni envanecerme en eso, porque no fuí parte ninguna en ello, vos estais siempre conservando ese sér, y teniéndole en pie me estais dando las fuerzas para obrar: todo el sér, todo el poder, toda la fuerza para obrar, nos ha de venir de vuestra mano, que nosotros de nuestra parte no podemos ni valemos nada; porque somos nada. Pues ¿qué tenemos de que nos podamos ensoberbecer? ¿Por ventura de la nada? Poco ha deciamos, ¿de qué te ensoberbeces polvo y ceniza? Ahora podemos decir, ¿de qué te ensoberbeces siendo nada, que es menos que polvo y ceniza? ¿Qué razon, ó qué ocasion tiene la nada, para engreirse y ensoberbecerse, y tenerse en algo? Ninguna por cierto.

## CAPITULO VII.

*De un medio muy principal para conocerse el hombre á sí mismo, y alcanzar la humildad, que es la consideracion de sus pecados.*

Pasemos adelante, y cavemos y y ahondemos mas en nuestro propio conocimiento. Demos otra azadonada. ¿Pues hay mas que ahondar? ¿Hay mas hondo que la nada? Sí, aun harto mas. ¿Qué? El pecado que vos añadisteis. ¡Ó qué cosa tan honda! Muy mas hondo es eso, que la nada; porque peor es el pecado, que el no ser: mejor fuera no ser, que haber pecado; y asi dijo Cristo nuestro Redentor de Judas, porque le habia de vender: *Bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille*: (a) Mas le valiera no haber nacido. No hay lugar tan bajo, ni tan apartado y despreciado en los ojos de Dios entre todo lo que es, y no es, (b) como el hombre que está en pecado mortal, desheredado del cielo, enemigo de Dios, sentenciado al infierno para siempre jamas. Y aunque ahora por la bondad del Señor, no tengais conciencia de pecado mortal; pero asi como para conocer nuestra nada, nos acordabamos del tiempo que no tenemos sér, asi para conocer mas nuestra bajeza y miseria, nos habemos de acordar del tiempo en que estabamos en pecado. Mirad en cuan miserable estado estaba-



(a) *Matth. c. 26, v. 24.* (b) *Cap. præ.*

des, cuando delante los ojos de Dios estabades feo y desagradable, y enemigo suyo, hijo de ira, obligado á los fuegos eternos; y despreciaos y abajaos en el mas profundo lugar que pudiéredes, muy de espacio, que seguramente podeis creer, que por mucho que os desprecieis y humilleis, no podreis abajar ni llegar al abismo del desprecio que merece el que ofendió al infinito bien, que es Dios. No tiene suelo este negocio: es un abismo profundísimo é infinito: porque hasta que veamos en el cielo cuan bueno es Dios, no podemos del todo conocer cuan malo sea el pecado, que es contra Dios, y cuanto mal merece quien le comete.

¡O si anduviésemos en esta consideracion, y cavasemos y ahondasemos en esta mina de nuestros pecados y miserias! ¡cuán humildes seriamos, cuán en poco nos tendriamos, y cuán bien recibiriamos el ser despreciados y desestimados! Quien ha sido traidor á Dios, ¿qué desprecios no abrazará por amor de él? Quien trocó á Dios por un antojo y apetito suyo, y por un deleite de un momento, quien ofendió á su Criador y Señor, y merecia estar en los infiernos para siempre jamas, ¿qué deshonras, qué injurias, qué afrentas no recibiria de buena voluntad, en recompensa y satisfaccion de las ofensas que ha cometido contra la Magestad de Dios? *Priusquam humiliarer ego deliqui: propterea eloquium tuum custodivi*, dice el profeta David. Psal. 118, 67. Antes que me viniese el azote con que Dios me aflige y humilla, yo habia hecho porque, ya yo habia delinquido, y por eso callo, y no me oso quejar, porque todo es mucho menos de lo que habia de ser, conforme á mis culpas. No me habeis castigado, Señor, como yo merecia. Que todo es nada cuanto podemos padecer en esta vida, en comparacion de lo que merece un solo pecado que hubiesemos hecho. ¿No os parece que merece ser deshonrado y despreciado, quien deshonró y despreció á Dios? ¿No os parece, que es razon que sea tenido en poco, el que tuvo en poco á Dios? ¿No os parece que la voluntad que se atrevió á ofender á su Criador, que merece que de aqui adelante jamas se haga cosa que ella pretenda y quiera, en pena de su grande atrevimiento?

Y hay en esto otra cosa particular, que aunque podemos confiar en la misericordia de Dios, que nos ha perdonado ya nuestros pecados, pero al fin no tenemos certidumbre de ello: *Nescit homo utrum amore, an odio dignus sit*: Eccl. 9, v. 1. No sabe el hombre, dice el Sabio, si le ama Dios, ó le aborrece. Y S. Pablo decia: *Nihil mihi conscius sum, sed non in hoc justificatus sum*: 1 ad Cor. 4, 4. No me remuerde la conciencia de pecado, mas no por eso sé si estoy justificado. Y ¡ay de mí, si no lo estoy, que aunque sea Religioso, y aunque convierta á otros, poco me aprovechará! *Si linguis hominum loquar, et Angelo-*

*rum, charitatem autem non habeam, nihil sum*: 1Cor. 13. Aunque hable con lenguas de Angeles, dice S. Pablo, aunque tenga dón de profecía, y sepa todas las ciencias, aunque dé toda mi hacienda á pobres, y aunque convierta todo el mundo, sino tengo caridad, nada soy, y nada me aprovechará. ¡Ay de vos, si no teneis caridad, gracia de Dios, que nada sois, y menos que nada! Gran medio es para andar uno humillado, y sentir siempre bajamente de sí y tenerse en poco, no saber si está en gracia, ó si está en pecado. Sé cierto, que ofendí á Dios, y no sé de cierto si estoy perdonado, ¿quién se atreverá á levantar cabeza? ¿Quién con esto no andará confundido y humillado debajo de la tierra? Por esto dice S. Gregorio, que nos escondió Dios la gracia: *Ut unam gratiam certam habeamus, scilicet, humilitatem*: Aunque parece penoso este temor é incertidumbre en que Dios nos dejó, que no sepamos de cierto si estamos en su amistad, ó no; empero fue merced y misericordia suya, porque nos es esto muy provechoso para alcanzar la humildad, para conservarla, para no despreciar á nadie, por muchos pecados que haya hecho. ¡O qué aquel aunque haya hecho mas pecados que yo, estará ya perdonado y en gracia de Dios, y yo no sé si lo estoy! Sirve de espuelas para bien obrar, y no os descuidar, sino andar con temor y humildad delante de Dios, y pidiéndole perdon y misericordia, como nos lo aconseja el Sabio: *Beatus homo, qui semper est pavidus, et de propitiato peccato noli esse sine metu*: Prov. c. 28, v. 14 et Eccl. c. 5, v. 5. Bienaventurado el varon que siempre anda con temor. Muy eficaz es esta consideracion de los pecados, para tenernos en poco, y andar siempre humildes y debajo de la tierra, y mucho hay que cavar y ahondar en ella.

Pues si nos parasemos á considerar los efectos y daños que causó en nosotros el pecado original, ¿cuán copiosa y abundante materia hallariamos para humillarnos y tenernos en poco? ¡Cuán estragada quedó la naturaleza por el pecado! Que asi como una piedra con el peso es inclinada á ir hácia abajo, asi por la corrupcion del pecado original tenemos una vivísima inclinacion á las cosas de nuestra carne, honra y provecho: estamos vivísimos á las cosas terrenales que nos tocan, y muy muertos para el gusto de las cosas espirituales y divinas: manda en nosotros lo que habia de obedecer, y obedece lo que habia de mandar. Y finalmente estamos tan miserables, que debajo de cuerpo humano, y derecho, traemos escondidos apetitos de bestias, y corazones encorvados hácia la tierra: *Parvum est cor omnium, et inscrutabile: quis cognoscet illud?* Jerem. 17, v. 9. ¿Quién podrá conocer la malicia del corazon humano? Cuanto mas cavaredeis en esa pared, se descubrirán mayores abominaciones, como lo fue mostrado en figura á

Ezequiel. Pues si nos ponemos á pensar nuestras culpas presentes, hallarémonos muy llenos de ellas, porque eso es lo que tenemos de nuestra cosecha. Cuan fáciles somos en la lengua, cuan descuidados en la guarda del corazon, cuan inconstantes en los buenos propósitos, cuan amigos de nuestro propio interés y regalo, cuan deseosos de cumplir nuestros apetitos, cuan llenos estamos de amor propio, de propia voluntad y juício, cuan vivas tenemos todavia nuestras pasiones, cuan enteras nuestras malas inclinaciones, y cuan facilmente nos dejamos llevar de ellas. Dice muy bien S. Gregorio, l. 11 mor. c. 24, sobre aquellas palabras de Job: c. 13, v. 25. *Contra folium, quod vento rapitur, ostendis potentiam tuam*: Que con mucha razon se compara el hombre á la hoja del árbol; porque asi como esta se trueca y vuelve con cada viento: asi el hombre se vuelve y muda con el viento de las tentaciones: unas veces le turba la ira, otras la vanagloria, otras le lleva tras sí el apetito de la avaricia y de la ambicion, otras el de la lujuria, unas veces le levanta la soberbia, otras le acobarda y abate el temor desordenado. Y asi dijo tambien Isaías: c. 64, v. 6. *Cecidimus quasi folium universi, et iniquitates nostræ quasi ventus abstulerunt nos*: Como las hojas de los árboles son combatidas, y caen con los vientos: asi nosotros somos combatidos y derribados con las tentaciones: no tenemos estabilidad ni firmeza en la virtud, ni en los buenos propósitos. Bien tenemos de que confundirnos y humillarnos. Y no solamente mirando á nuestros males y pecados, sino mirando á las obras á que nosotros nos parecen muy buenas, si bien las consideramos y examinamos, hallarémos harta ocasion y materia para humillarnos, por las faltas é imperfecciones que comunmente mezclamos en ellas, conforme á aquello del mismo Profeta: *Facti sumus ut immundus omnes nos, et quasi pannus menstruatæ universæ justitiæ nostræ*. Isaias. 64, v. 6. De lo cual dijimos, 1 p. tr. 3, c. 6, en otra parte, y asi no será menester alargar mas aqui.

## CAPÍTULO VIII.

*Como nos habemos de ejercitar en el propio conocimiento, para no desmayar ni desconfiar.*

Es tan grande nuestra miseria, y tenemos tanto de que humillarnos; y lo esperimentamos nosotros tanto, que mas parece que tenemos necesidad de ser animados y esforsados, para que no desmayemos ni desconfiemos viendo en nosotros tantas faltas é imperfecciones, que exortados al conocimiento de eso. Y en tanto grado es esto verdad, que los Santos, y maestros de la vida espiritual nos enseñan, que de tal manera habemos de cavar y ahondar en el conoci-

miento propio de nuestras miserias y flaquezas, que no paremos aí; porque no venga el ánima en desconfianza y desesperacion, viendo en sí tanta miseria y tanta inconstancia en los buenos propósitos, sino que pasemos adelante al conocimiento de la bondad de Dios, y pongamos en él toda nuestra confianza. Asi como dice S. Pablo, que la tristeza por haber pecado, no ha de ser tanta que cause descaecimiento y desesperacion: *Ne forte abundantiori tristitia absorbeatur, qui ejusmodi est*; 1 ad Cor. c. 2, v. 7; sino ha de ser una tristeza templada y mezclada con la esperanza del perdon, poniendo los ojos en la misericordia de Dios, y no parando en solo la consideracion del pecado, y de su fealdad y gravedad; asi dicen que no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no desmayemos y desconfiemos, sino que habemos de cavar y ahondar en nuestro propio conocimiento, para con eso desconfiar de nosotros, viendo que de parte nuestra no tenemos arrimo ni en que estrivar, y poner luego los ojos en Dios, y confiar en él, y de esa manera no solo no quedaremos desmayados sino antes mas animados y esforzados: porque lo que sirve para desmayar mirando á vos, sirve para esforzar mirando á Dios, y mientras mas conocieredeis vuestra flaqueza, y mas desconfiaredeis de vos, mirando á Dios, estrivando y poniendo en él toda vuestra confianza, quedareis mas fuerte y mas esforzado para todo.

Empero advierten aqui los Santos una cosa de mucha importancia: que asi como no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no vengamos en desconfianza y desesperacion, sino pasar adelante al conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y poner en él toda nuestra confianza; asi tampoco habemos de parar aí, sino tornar luego á poner los ojos en nosotros mismos, y en nuestra flaqueza y miseria; porque si paramos en el conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y nos olvidamos de lo que somos nosotros, hay en eso un peligro muy grande de caer en presuncion y soberbia; porque vendriamos á asegurarnos demasiado de nosotros mismos, y andar muy confiados, y no tan recatados y temerosos como es menester, que es un gran despeñadero, y raiz y principio de grandes y temerosas caidas. ¡O cuántos muy espirituales, y que parecia que se levantaban hasta el cielo en el ejercicio de la oracion y contemplacion, se han despeñado por aquí! ¡O cuántos, que verdaderamente eran santos, y grandes santos, han venido por aqui á dar miserables caidas, porque se olvidaron de sí, porque se aseguraron demasiado con los favores que recibian de Dios! Andaban muy confiados, y como si

ya para ellos no hubiera peligro, y asi vinieron á caer miserablemente. Llenos tenemos los libros de semejantes caidas. San Basilio dice, que la causa de aquella miserable caida del rey David en adulterio y homicidio, fue una presuncion que tuvo una vez que fue visitado de la mano de Dios, con abundancia de mucha consolacion, y se atrevió á decir: *Ego dixi in abundantia mea, non movebor in æternum*: Ps. 29, v. 7. No seré ya mudado de este estado para siempre. Pues esperaos un poco, alzará Dios algun tanto la mano, cesarán esos favores y regalos estraordinarios, y veréis lo que pasa: *Avertisti faciem tuum à me, et factus sum conturbatus*: Dejaráos Dios en vuestra pobreza, y hareis de las vuestras, y conocereis por vuestro mal, despues de caido, lo que no quisisteis conocer, cuando erades favorecido y visitado de Dios. Y la causa de la caida y negacion del Apóstol S. Pedro, dice tambien S. Basilio, (a) que fue el haber presumido y confiado vanamente de sí: *Etiam si oportuerit me mori tecum, non te negabo: et si omnes scandalizati fuerint in te, ego numquam scandalizabor*: Matth. c. 26, v. 35. Porque dijo con arrogancia y presuncion, que aunque todos se escandalizasen, él no se escandalizaria, sino que antes moriria; por eso permitió Dios que cayese, para que se humillase y se conociese. Nunca habemos de apartar los ojos de nosotros mismos, ni tenernos por seguros en esta vida, sino mirando lo que somos, andar siempre con grande temor de nosotros mismos, y con grande recato y cuidado, no nos haga alguna traicion este enemigo que traemos con nosotros, y nos arme alguna zancadilla con que nos haga caer.

De manera que asi como no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, sino pasar luego al conocimiento de la bondad de Dios; asi tampoco habemos de parar en el conocimiento de Dios, y de sus misericordias y favores, sin tornar luego á bajar los ojos á nosotros mismos. Esta es la escala de Jacob, que por una parte está fija en la tierra de nuestro propio conocimiento, y por otra llega á la cumbre del cielo. Por aí habeis de subir y bajar, como subian y bajaban los Angeles por aquella. Subid al conocimiento de la bondad de Dios; y no pareis aí, porque no vengais en presuncion, sino tornad á bajar al conocimiento de vos mismo; y no pareis aí, porque no desmayeis y desconfiies, sino tornad á subir al conocimiento de Dios, para tener confianza en él: todo ha de ser subir y bajar por esta escala.

De esta manera usaba este ejercicio santa Catalina de Sena, para librarse de diversas tentaciones que el demonio le traia, como ella misma lo cuenta en los dialogos,

(a) *Basil. hom. 22 de humilitate, et regulis brevioribus respons.* 18.

c. 67, cuando el demonio la tentaba por confusion, queriéndola hacer entender, que toda su vida habia sido engaño; entonces ella se alzaba y levantaba en la misericordia de Dios con humildad, diciendo: Yo confieso á mi Criador, que mi vida toda ha sido tinieblas, mas yo me esconderé en las llagas de Jesucristo crucificado, y me bañaré en su sangre, y asi habrá consumido mis maldades, y me gozaré en mi Criador, y Señor: *Lavabis me, et super nivem dealbabor.* Psal. 50. Y cuando el demonio la queria levantar por soberbia con la contraria tentacion, diciendo: Tu eres perfecta y agradable á Dios, y no es menester que mas te aflijas, ni que llores mas tus defectos; entonces ella se humillaba, y respondia al demonio, diciendo: ¡Miserable de mí! S. Juan Bautista no hizo jamas pecado, y fue santificado en el vientre de su madre, y no por eso dejó de hacer tanta penitencia, y yo he cometido tantos defectos, y nunca los he llorado ni conocido como debiera. Con esto el demonio no pudiendo sufrir tanta humildad por una parte, ni tanta confianza en Dios por otra, la dijo: Maldita seas tú, y quien te lo enseñó, que no sé por donde te entre, que si yo te abato por confusion, tu te levantas en alto á la misericordia de Dios: y si yo te levanto, te bajas hasta el infierno por humildad, y dentro del mismo infierno me persigues; y asi la dejaba, porque volvia con grande pérdida. Pues de esta manera babemos nosotros de usar este ejercicio, y andarémos por una parte temerosos y recatados, y por otra esforzados y regocijados: temerosos de nosotros mismos, y esforzados y alegres en Dios. Estas son las dos liciones que aquel santo Tomás de Kempis dice, da Dios cada dia á sus escogidos, una de ver sus defectos, y otra de ver la bondad de Dios, que con tanto amor se los quita.

## CAPITULO IX.

### *De los bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento.*

Para que nos animemos mas á este ejercicio de nuestro propio conocimiento, iremos diciendo algunos de los grandes bienes y provechos que hay en él. Ya queda dicho uno muy principal, que es ser fundamento y raiz de la humildad y medio único y necesario para alcanzarla y conservarla. Preguntado uno de aquellos padres antiguos, ¿cómo podia uno alcanzar la verdadera humildad? Respondió: *Si sua tantum modo, et non alterius mala consideret:* El que apartare los ojos de las faltas agenas, y los pusiese en las suyas propias, cavando y ahondando en su propio conocimiento, ese alcanzará la verdadera humildad. Esto solo bastaba para que procurasemos darnos mucho á este ejercicio, pues tanto nos va en alcanzar la virtud de la humildad.

Pero pasan adelante los Santos, y dicen, que el humilde conocimiento de sí mismo, es mas cierto camino, para conocer á Dios, que el profundo ejercicio de todas las ciencias. Y esa es la razon que da S. Bernardo, c. 12, porque esta es mas alta ciencia que las demas, y de mayor provecho; porque por aqui viene el hombre en conocimiento de Dios. Y eso dice S. Buenaventura, processu 5 Relig. c. 18, que nos da á entender aquel misterio del sagrado Evangelio, que Cristo nuestro Redentor obró en aquel ciego desde su nacimiento, que poniéndole lodo en los ojos, le dió vista corporal con que se viese á sí, y vista espiritual con que conociese á Dios, y le adorase: *Sic Dominus nos cæcos natos per nostri et Dei ignorantiam illuminat, lutum, unde nati sumus, liniendo super oculos nostros, ut primum incipiamus nos ipsos agnoscere, deinde ipsum illuminatorem nostrum credendo proni adorare*: Asi dice, á nosotros que nacimos ciegos, con ignorancia de Dios, y de nosotros mismos, nos da Dios vista, poniendo sobre nuestros ojos el lodo de que fuímos formados, para que considerando que somos un poco de lodo, recibamos vista con que nos veamos y conozcamos primero á nosotros, y de aí vengamos á conocer á Dios. Esto mismo pretende la Iglesia nuestra madre, con aquella santa ceremonia que usa al principio de la cuaresma, de ponernos lodo encima de los ojos: *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*: Acuerdate hombre que eres lodo y polvo, y que en eso te has de volver; para que conociéndose á sí, venga á conocer á Dios, y á pesarle de haberle ofendido, y hacer penitencia de sus pecados. De manera que el verse y conocerse á sí mismo, el considerar el hombre su lodo y su bajeza, es medio para venir en conocimiento de Dios; y mientras mas conociere uno su bajeza, mas conocerá y echará de ver la grandeza y alteza de Dios: porque, *oppositа juxta se posita, magis elucescunt*: Un contrario puesto junto de su contrario, y un estremo puesto delante de otro estremo, echase mas de ver lo blanco puesto sobre lo negro, resplandece y campea mucho mas. Pues el hombre es la suma bajeza, y Dios la suma alteza, son dos estremos contrarios: de aí es, que mientras mas uno se conoce á sí mismo, viendo que de sí no tiene bien ninguno, sino nada y pecados; mas echa de ver la bondad y misericordia y liberalidad de Dios, que se inclina á amar y tratar con tan grande bajeza como la nuestra.

De aqui se viene el ánima á encender é inflamar mucho en amor de Dios, porque nunca se acaba de maravillar y dar gracias á Dios, viendo que siendo el hombre tan miserable y malo, le sufre Dios y le hace tantas mercedes; que muchas veces no nos podemos nosotros sufrir á nosotros mismos, y que sea tanta la bondad y miseri-

cordia de Dios para con nosotros, que no solo nos sufra, pero que diga él: *Delitiæ meæ esse cum filiis hominum*: Prov. c. 8, v. 31. Mis deleites son estar con los hijos de los hombres. ¿Qué hallasteis, Señor, en los hijos de los hombres, para que digais, que vuestros deleites son estar y conversar con ellos? Por esto usaban tanto los Santos este ejercicio del propio conocimiento, para venir en mayor conocimiento de Dios, y en mayor amor de su divina Magestad. Este era el ejercicio y oracion que usaba S. Agustin: lib. de vit. beata. *Deus semper idem, noverim me, noverim te*: Dios mio, que siempre estás en un sér, y nunca te mudas, conozcame á mí, y conozcate á tí. Esa era la oracion en que el humilde S. Francisco gastaba los dias y las noches, ¿Quién sois vos, y quién soy yo? Por aqui vinieron los Santos á muy alto conocimiento de Dios: este es camino muy seguro y cierto para eso, y mientras mas bajárades y ahondárades en vuestro propio conocimiento, mas subiréis y creceréis en el conocimiento de Dios, y de su bondad y misericordia infinita: y tambien mientras mas subieredes y crecieredes en el conocimiento de Dios, mas bajaréis y medraréis en el vuestro; porque la luz celestial descubre los rincones, y hace avergonzar al ánima de lo que aun á los ojos del mundo parece muy bueno. Dice san Buenaventura, asi como cuando los rayos del sol entran en un aposento, se parecen luego los átomos: *Sic, et cor radiis gratiæ illustratum etiam minima videt*: Asi el alma ilustrada con el conocimiento de Dios, con los rayos de aquel verdadero Sol de Justicia, luego ve en sí aun las cosas minimas; y asi viene á tener por malo y defectuoso, lo que el que no tiene tanta luz, tiene por bueno. Esta es la causa porque los Santos son tan humildes, y se tienen en tan poco, y mientras mayores Santos, son mas humildes, y se tienen en menos, porque como tienen mas luz y mayor conocimiento de Dios, conocense mejor á sí, y ven que de su cosecha no tienen sino nada y pecados. Y por mucho que se conozcan, y por muchas faltas que vean en sí, siempre creen que hay otras muchas que ellos no ven, y creen que la menor parte de sus males es la que ellos conocen, y por tales se tienen; porque asi como creen que Dios es mas bueno de lo que ellos conocen, asi tambien creen que ellos son mas malos de lo que alcanzan. Asi como por mucho que conozcamos y entendamos de Dios, no lo podemos comprender, sino siempre hay en él mas y mas que entender y conocer: asi por mucho que nos conozcamos á nosotros, y por mucho que nos despreciemos y humillemos, no podremos bajar ni llegar á lo profundo de nuestra miseria. Y esto no es encarecimiento, sino verdad llana; porque como el hombre no tiene de su cosecha

sino nada y pecados, ¿quién podrá humillarse y bajarse tanto, cuanto merecen estos dos títulos?

De una Santa se lee, que pidió á Dios luz para conocerse: y vió en sí tanta fealdad y miseria, que no lo pudo sufrir: y volvió á suplicar á Dios: Señor, no tanto, que desmayaré. Y el P. M. Avila (a) dice, que conoció él á una persona, que rogó muchas veces á Dios, que le descubriese lo que él podia ser. Abrióle Dios los ojos tantico, y le hubiera de costar caro: vióse tan feo y abominable, que á grandes voces decia: Señor, por vuestra misericordia me quitad este espejo de delante de mis ojos, no quiero ver mas mi figura.

De aqui nacen tambien en los siervos de Dios aquel odio y aborrecimiento santo de sí mismos, de que dijímos arriba, trat. 1, c. 4; porque cuanto mas conocen la bondad inmensa de Dios, y mas le aman, tanto mas se aborrecen á sí mismos, como á contrarios y enemigos de Dios, conforme á aquello de Job: c. 7, v. 20. *Quare posuisti me contrarium tibi, et factus sum mihi metipsi gravis?* Ven que en sí mismos tienen la raiz de todos los males, que es la propia voluntad y sensualidad, de la cual proceden todos los pecados, y con este conocimiento se levantan contra sí mismos, y se aborrecen. ¿No os parece que es razon aborrecer á quien os hizo dejar y trocar un bien tan grande, como es Dios, por tomar un poco de gusto y contentamiento? ¿No os parece que es razon tener odio á quien os hizo perder la gloria eterna, y merecer el infierno para siempre jamás? A quien os causó tanto mal, y aun todavía lo procura, ¿no os parece que es razon aborrecerle? Pues ese sois vos, contrario y enemigo de Dios, y contrario y enemigo de vuestro propio bien y de vuestra salvacion.

## CAPITULO X.

### *Que el propio conocimiento no causa desmayo, sino antes ánimo y fortaleza.*

Hay otro bien grande en este ejercicio del propio conocimiento, que no solo no causa desmayo ni cobardía, como le podria por ventura parecer á alguno, sino antes da grande ánimo y fortaleza para todo lo bueno. Y la razon de esto es, porque cuando uno se conoce á sí, ve que no tiene en que estribar en sí, y desconfiado de sí pone toda su confianza en Dios, en el cual se halla fuerte y poderoso para todo. De aqui es, que estos son los que pueden emprender y acometer cosas grandes, y los que salen con ellas; porque como lo atribuyen todo á Dios, y nada á sí, toma Dios la mano, y hace suyo el negocio, y encargase de él, y entonces quiere él hacer maravillas y cosas grandes por

(a) *M. Avila trat. 5 del Espíritu Santo, pag.* 140.

instrumentos y medios flacos: *Ut ostenderet divitias gloriæ suæ in vasa misericordiæ, quia præparavit in gloriam*: Ad Rom. c. 9, v. 23. Para mostrar las riquezas y tesoros de sus misericordias, quiere Dios por vasos é instrumentos flacos y miserables hacer cosas maravillosas. En los vasos de mayor flaqueza suele poner los tesoros de su fortaleza: porque de esa manera resplandece mas su gloria. Esto es lo que dijo el mismo Dios á S. Pablo cuando fatigado de sus tentaciones, daba voces pidiendo le librase de ellas; respondele Dios: *Sufficit tibi gratia mea, nam virtus in infirmitate perficitur*: 2 ad Cor. c. 12, v. 9. Bástate mi gracia por muchas tentaciones y flaquezas que sientas: porque entonces la virtud de Dios se muestra mas perfecta y mas fuerte, cuando es mayor la enfermedad y flaqueza. Asi como el médico gana mas honra, mientras la enfermedad es mayor y mas peligrosa; asi mientras mas flaqueza hay en nosotros, mas honra gana el brazo de Dios. Asi declaran este lugar S. Agustin, lib. 4, de Trin. c. 1, y S. Ambrosio, 2 ad Cor. 11. Pues por eso cuando uno se conoce y desconfía de sí, y pone toda su confianza en Dios, entonces acude y ayuda su magestad. Y por el contrario, cuando uno va confiado de sí, y de sus medios y diligencias, es desamparado. Esta dice S. Basilio, que es la causa, porque muchas veces, en algunas fiestas principales, cuando nosotros deseamos y pensamos tener mejor oracion y mas devocion, tenemos menos, porque ibamos confiados en nuestros medios, y en nuestras diligencias y preparaciones. Y otras veces, cuando menos pensamos, somos prevenidos con grandes bendiciones de dulzura; para que entendamos, que esta es gracia y misericordia del Señor, y no diligencia ni merecimiento nuestro. De manera que el conocer uno su flaqueza y miseria, no desmaya ni acobarda, antes anima y esfuerza mas: porque hace desconfiar de sí, y poner toda la confianza en Dios. Y eso es tambien lo que dice el Apostol san Pablo: *Cum infirmor, tunc potens sum*: 2 ad Cor. c. 12, v. 10. Esto es: *Cum humilior, tunc exaltor*. Asi lo declara S. Agustin, lib. 4 de Trin. y S. Ambrosio, 2 ad Cor. 11. Cuando me humillo y abato, y conozco que no puedo ni valgo nada, entonces soy ensalzado y levantado: mientras mas conozco y veo mi enfermedad y flaqueza, poniendo los ojos en Dios, me hallo mas fuerte y mas esforzado para todo: porque él es toda mi confianza y fortaleza: *Et erit Dominus fiducia ejus*. Jerem. c. 17, v. 7.

De aqui se entenderá, que no es humildad, ni nacen de ella unos desmayos y descaecimientos que nos suelen venir, unas veces acerca de nuestro aprovechamiento, pareciéndonos que nunca habemos de poder alcanzar la virtud, ni vencer la mala condicion é inclinacion

que tenemos: otras acerca de los oficios y ministerios en que nos pone ó puede poner la obediencia. Si tengo yo de ser para confesar, si tengo de ser para andar en misiones, ó para otras cosas semejantes. Parece esto humildad; pero muchas veces no lo es, antes nace de soberbia; porque pone uno los ojos en sí, como si por sus fuerzas, industrias y diligencias hubiera de poder aquello, habiéndolos de poner en Dios, en el cual habemos de quedar muy esforzados y animados: *Dominus illuminatio mea, et salus mea, quem timebo? Dominus protector vitæ meæ, à quo trepidabo?* Ps. 26, 4. *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum: si exurgat adversus me prælium, in hoc ego sperabo: et si ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es:* Ps. 22, 4. Si se levantaren contra mí ejércitos, no temerá mi corazon: si se levantaren contra mí batallas, en Dios esperaré: aunque ande en medio de la sombra de la muerte, y aunque llegue hasta las puertas del infierno, no temerá mi corazon; porque vos, Señor, estais conmigo. Con que diversidad de palabras dice el santo Profeta una misma cosa, y tenemos los Salmos llenos de esto, para significar la abundancia del afecto y confianza que él tenia, y nosotros habemos de tener en Dios. *In Deo meo transgrediar murum:* Psal. 15, 30. En mi Dios pasaré el muro, por alto que sea, no se me pondrá nada delante, él vencerá los gigantes con las langostas. En mi Dios hollaré los leones y dragones. Con la gracia y favor del Señor seremos fuertes: *Qui docet manus meas ad prælium, et posuisti, ut arcum æreum, brachia mea.* Psal. 17. 35.

## CAPÍTULO XI.

*De otros bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento.*

Uno de los principales medios que podemos poner de nuestra parte, para que el Señor nos haga mercedes, y nos comunique grandes dones y virtudes, es humillarnos, y conocer nuestra flaqueza y miseria. Y asi decia el Apóstol S. Pablo: *Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi:* 2 ad Cor. c. 12, v. 6. De muy buena gana me gloriaré en mis flaquezas, enfermedades y miserias, para que asi more en la virtud de Cristo. Y S. Ambrosio sobre aquellas palabras: *Placeo mihi in infirmitatibus,* 2 ad Cor. c. 12, v. 10, dice: *Si gloriandum est cristiano, in humilitate gloriandum est, de qua crescitur apud Deum:* Si se ha de gloriar el cristiano, ha de ser en su bajeza y poquedad, porque ese es el camino para crecer y valer delante de Dios. S. Agustin, lib 4 de Trinit. c. 1, trae á este propósito aquello del Profeta: *Pluviam voluntariam segregabis Deus hæreditati tuæ, et infirmata est: tu verò perfecisti eam:*

Psal. 67, v. 10. La lluvia voluntaria y graciosa de sus dones y gracias, ¿cuándo pensais que la dará Dios á su heredad, que es el alma? *Et infirmata est*: Cuando ella conociere su enfermedad y miseria, entonces la perficionará Dios, y caerá sobre ella la lluvia voluntaria y graciosa de sus dones. Asi como acá los pobres mendigos, mientras mas descubren su pobreza y sus llagas á los hombres ricos y misericordiosos, mas les mueven á piedad, y mas limosna reciben de ellos: asi mientras mas uno se humilla y se conoce, mientras mas descubre y confiesa su miseria, mas convida é inclina á la misericordia de Dios, á que se compadezca y apiade de él, y le comunique con mayor abundancia los dones de su gracia: *Qui dat lasso virtutem, et his qui non sunt, fortitudinem, et robur multiplicat.* Isaías c. 40, v. 29.

Para decir en breve los bienes y provechos grandes de este ejercicio, digo, que para todas las cosas es remedio universal el propio conocimiento. Y asi en las preguntas que se hacen en las conferencias espirituales que solemos tener, ¿de dónde nace tal cosa, y qué remedio hay para ella? Casi en todas podemos responder, que aquello nace de falta de conocimiento propio, y que el remedio seria conocerse á sí mismo y humillarse; porque si preguntais, ¿de dónde nace el juzgar á mis hermanos? Digo, que de falta de conocimiento propio; porque si anduviésedeis dentro de vos, tendríadeis tanto que mirar y llorar vuestros duelos, que no tendríadeis cuenta con los agenos. Si preguntais, ¿de dónde nace hablar á mis hermanos palabras ásperas y mortificativas? Tambien nace de falta de conocimiento propio: porque si vos os conociésedeis, y os tuviésedeis por el menor de todos, y á cada uno le mirásedeis como á superior, no tendríades atrevimiento para hablar de esa manera. Si preguntais, ¿de dónde nacen las escusas, las quejas y murmuraciones, porque no me dan esto, ó el otro, ó porque me tratan de esta manera? Claro está que nacen de eso. Si preguntais, ¿de dónde nace el turbarse y entristecerse uno demasiado, cuando es molestado de tales ó tantas tentaciones, ó cuando ve que cae muchas veces en algunas faltas, y melancolizarse, y desanimarse con eso? Tambien nace de falta de propio conocimiento: porque si tuviésedeis humildad, y considerásedeis bien la malicia de vuestro corazon, no os turbaríadeis ni desmayaríadeis por eso, antes os espantaríadeis, como no pasan peores cosas por vos, y como no dais mayores caídas, y andaríadeis alabando y dando gracias á Dios, porque os tiene de su mano, para que no caigais en lo que cayéradeis si él no os tuviera. De una sentina y manantial de vicios, ¿qué no ha de brotar? De tal muladar tales olores como esos se han de esperar, y de tal árbol tal fruto. Sobre aquellas palabras del

Profeta, Psal. 102, 14: *Recordatus est quoniam pulvis sumus*, dice S. Anselmo, l. de similitudin. c. 61. ¿Qué mucho que el viento se lleve al polvo? Si pedís remedio para tener mucha caridad con vuestros hermanos, para ser obediente, para ser paciente, para ser muy penitente, aqui hallareis remedio para todo.

De nuestro padre S. Francisco de Borja leemos, l. 4, c. 1 de su vida, que yendo de camino, le encontró un señor de estos Reinos, amigo suyo, y como le vió que andaba con tanta pobreza é incomodidad, condoliéndose de él, rogóle, que tuviese mas cuenta con su persona y regalo. Díjole el Santo con alegre semblante y mucha disimulacion: No le dé pena á vuestra Señoría, ni piense que voy tan desapercebido como le parece; porque le hago saber, que siempre envio delante un aposentador, que tiene aderezada la posada y todo regalo. Preguntando aquel señor, ¿quién era aquel aposentador? Respondió, es mi propio conocimiento, y la consideracion de lo que yo merezco, que es el infierno, por mis pecados: y cuando con este conocimiento llego á cualquier posada, por desacomodada y desapercebida que esté, siempre me parece mas regalada de lo que yo merezco.

En las cronicas de la Orden de los Predicadores, 1 p. l. 3, c. 4, se cuenta de la bienaventurada santa Margarita de la dicha Orden, que una vez hablando con ella un Religioso, gran siervo de Dios, y muy espiritual, entre otras cosas le dijo, como él habia suplicado á Dios muchas veces en la oracion, que le mostrase el camino que los padres antiguos habian llevado, para agradarle tanto, y recibir de su mano muchas mercedes que recibieron: y que estando una noche durmiendo, le fue puesto delante un libro escrito con letras de oro, y luego le despertó una voz, que decia: *Levantate, y lee.* Y que se habia levantado, y leído estas pocas palabras, pero celestiales y divinas. * Esta fue la perfeccion de los padres antiguos, amar á Dios, despreciarse á sí mismos, no despreciar á *nadie*, ni juzgarle. * Y luego desapareció el libro.

## CAPITULO XII.

### *Que conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento.*

De lo dicho se entenderá cuanto conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento. Preguntando Tales Milesio (a) uno de los siete sabios de Grecia, ¿cuál era en todas las cosas naturales la *mas* dificultosa de saber? Respondió, que el conocerse el hombre á sí mismo; porque es tan grande el amor propio que nos tenemos, que nos estorba é impide este conocimiento. Y de aí vino aquel dicho tan celebre entre los antiguos: *Nos-*

(a) *Tales Miles. refert Paul. Manut. in appoteg. p.* 567, § 8 *Id. Diogenes.*

*ce te ipsum*: Conócete á tí mismo. Y el otro dijo: *Tecum habita*. Mora contigo; pero dejemos los estraños, y vengámonos á los nuestros, que son mejores maestros de esta ciencia; los bienaventurados santos Agustin, (b) y Bernardo (c) dicen, que esta ciencia del propio conocimiento es la mas alta y de mayor provecho de cuantas han inventado y hallado los hombres. En mucho estiman los hombres, dice S. Agustin, la ciencia de las cosas del cielo y de la tierra, la ciencia de la astrología, de cosmografia, el saber los movimientos de los cielos, los cursos de los planetas, sus propiedades é influencias; pero el conocerse á sí mismo, es mas alta ciencia y mas provechosa que todas esas: las demas hinchan y envanecen, como dice S. Pablo, 1 ad Cor. c. 8, v. 1; pero esta edifica y humilla. Y asi los Santos, y todos los maestros de espíritu encargan mucho, que nos ocupemos en la oracion en este ejercicio, y reprenden el engaño de algunos que pasan ligeramente por el conocimiento de sus defectos, y se detienen en pensar otras cosas devotas, porque hallan gusto en ella, en considerar sus defectos y faltas no hallan sabor, porque no gustan de parecer mal á sí mismos, como la persona fea, que por eso no se osa mirar en el espejo. Dice el glorioso S. Bernardo, hablando en la persona de Dios: *O homo si te videres, tibi displiceres, et mihi placeres; sed quia te non vides, tibi places, et mihi displices*: O hombre, si te vieses y conocieses, luego te descontentarias y desagradarías á tí, y me contentarías y agradarías á mí; pero porque no te ves ni conoces, agradaste á tí, y descontentasme á mí: *Veniet tempus, cum nec mihi nec tibi placebis, mihi quia peccasti, tibi quia in æternum ardebis*: Guardáos no venga tiempo, cuando ni os agradeis á vos, ni á Dios; á Dios porque pecasteis y á vos porque os condenasteis.

S. Gregorio, (d) tratando de esto, dice: Hay algunos, que en comenzando á servir á Dios, y á tratar un poco de virtud, luego les parece que son buenos santos, y de tal manera ponen los ojos en lo bueno, que hacen que se olvidan del todo de los pecados y males pasados, y aun algunas veces de los presentes, porque se ocupan tanto en mirar lo bueno, que no atienden ni echan de ver muchas cosas malas que hacen. Pero los buenos y los escogidos hacen muy al contrario, porque estando verdaderamente llenos de virtudes y buenas obras, siempre ponen los ojos en lo malo que tienen, y estan mirando y considerando sus faltas é imperfecciones. Y bien se ve lo que va de lo uno á lo otro, porque de esa manera vienen á ser, que estos mirando á sus males conserven sus

(b) *Aug. l. 4 de Trin. in præmio.* (c) *Bernar. de interiori domo.*
(d) *Greg. l. 22 moral. c. 5, et l. 34, c. 16.*

bienes, y las virtudes grandes que tienen, permaneciendo siempre en humildad: y por el contrario, los malos mirando sus bienes los pierden, porque se ensoberbecen y desvanecen con ellos. De manera que los buenos se ayudan de sus males, y sacan bien y provecho de ellos: y los malos sacan mal y daño de sus mismos bienes, porque usan mal de ellos. Como acontece acá en cualquier manjar, que aunque sea bueno y saludable, si come uno de él sin órden y sin regla, enfermará con él; y por el contrario, si el veneno de la vivora le toma con cierta composicion y temperamento, le será triaca y salud. Y cuando el demonio os trajere á la memoria los bienes que habeis hecho, para que os estimeis y ensoberbezcais, dice S. Gregorio, l. 22 mor. c. 5, contraponedle vos vuestros males, trayendo á la memoria vuestros pecados pasados. Como lo hacia el Apóstol S. Pablo, para que no le levantasen y desvaneciesen sus grandes virtudes, y haber sido arrebatado al tercero cielo, y la grandeza de las revelaciones que habia oído: *Qui prius blasphemus fui, et persecutor, et contumeliosus*: 1 ad Tim. c. 1, v. 13. ¡Ay, dice, que he sido blasfemo y perseguidor de los siervos de Dios, y del nombre de Cristo! ¡Ay que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque he perseguido la Iglesia de Dios! *Qui non sum dignus vocari Apostolus, quoniam persecutus sum Ecclesiam Dei*: 1 ad Cor. c. 15, v. 19. Este es muy buen contrapeso, y muy buena contramina contra esta tentacion.

Sobre aquellas palabras que dijo el Arcángel S. Gabriel al profeta Daniel, c. 8, v. 7: *Intellige fili hominis*: Hijo del hombre, entiende lo que te quiero decir. Dice S. Gerónimo: aquellos santos profetas, Daniel, Ezequiel y Zacarías, con las altas y continuas revelaciones que tenian, parece que se hallaban ya entre los coros de los Angeles: y porque no se levantasen sobre sí, y se desvaneciesen y ensoberbeciesen con esto, pensando que eran ya de otra naturaleza angélica superior, les avisa el Angel de parte de Dios, que se acuerden de la fragilidad y flaqueza de su naturaleza, llamándolos hijos de hombres, para que reconozcan que son hombres flacos y miserables como los demas, y asi se humillen y se tengan en lo que son. Y tenemos muchos ejemplos en las historias, asi eclesiásticas, como seglares, y de Santos, y de varones ilustres, Reyes, Emperadores y Pontífices, que usaban de este medio, para conservarse en humildad, y no desvanecerse.

De nuestro padre S. Francisco de Borja se dice, l. 4, c. 1 de su vida, que aun siendo duque de Gandía, un santo varon le dió este consejo: que si queria aprovechar mucho en el servicio de Dios, no se le pasase dia ninguno que no pensase algo que tocase á su confusion y desprecio. Tomó él tan de veras el

consejo: que desde que se dió al ejercicio de la oracion mental, empleaba cada dia las dos primeras horas de ella en este conocimiento y menosprecio de sí mismo. Y cuanto oía, y leía y miraba, todo le servia para este abatimiento y confusion. Y fuera de esto tenia otra devocion, que le ayudaba mucho, y era que cada dia en levantándose, la primera cosa que hacia era arrodillarse, y besar tres veces la tierra, para acordarse que era polvo y tierra, y que en eso se habia de volver. Y bien se le pareció el provecho que de aí sacó, pues nos dejó tan grande ejemplo de humildad y santidad. Lib. 4, c. 4. Pues guardemos nosotros este consejo, y quedemonos con él: no se nos pase dia ninguno, que no gastemos algun rato de oracion en pensar algo que toque á nuestra confusion y desprecio. Y no paremos ni descansemos en este ejercicio, hasta que sintamos que se nos ha embebido en nuestra alma un entrañable desprecio y desestima de nosotros mismos, y una confusion y vergüenza delante del acatamiento de la Magestad de Dios, viendo nuestra bajeza y miseria: que lo habemos mucho menester, porque es tanta nuestra soberbia, y la inclinacion que tenemos á ser tenidos y estimados, que si no andamos continuamente en este ejercicio, cada hora nos hallarémos levantados sobre nosotros, como el corcho sobre el agua. Porque mas vanos y mas livianos somos nosotros que el corcho. Siempre es menester andar reprimiendo y abajando esta hinchazon y soberbia que se levanta en nosotros, mirandonos á los pies de nuestra fealdad y bajeza, para que así se deshaga esa rueda de vanidad y soberbia. Acordemonos de aquella parábola de la higuera, que trae el sagrado Evangelio. Luc. 13, v. 6. Queria arrancarla su dueño, porque habia tres años que no llevaba fruto. Dice el hortelano: Señor, dejadla este año siquiera, y yo la cavaré, y echaré estiércol al rededor de ella, y si con esto no diere fruto, entonces la arrancareis. Pues cavad vos esa higuera seca y estéril de vuestra ánima, y echad al rededor estiércol de vuestros pecados y miserias, pues hay harto, y con eso llevará fruto y se hará fértil.

Para que nos animemos mas á este ejercicio, y ninguno tome ocasion para dejarle por algunas falsas aprehensiones, se han de advertir aquí dos cosas. La primera, que no piense nadie que es ejercicio de solos principiantes, porque lo es tambien de antigüos y aprovechados, y de muy perfectos varones, pues vemos que ellos, y el mismo Apóstol S. Pablo le usaban. Lo segundo, es menester que entendamos que este ejercicio no es triste ni melancólico, ni causa turbacion ni desasosiego, sino antes trae consigo grande paz y quietud, y gran contento y alegria, por muchas faltas y miserias que uno conozca en sí, aunque de verse tan ruín entienda claramente que

merece que todos le aborrezcan y desprecien; porque cuando este conocimiento nace de verdadera humildad, viene aquella pena con una suavidad y contento, que no querria uno verse sin ella. Esas otras penas y congojas que algunos tienen, viendo en sí tantas faltas é imperfecciones, son tentacion del demonio, el cual pretende con eso por una parte, que pensemos que tenemos humildad, y por otra si pudiese á vueltas, querria que desconfiasemos de Dios, y que anduviesemos desalentados y desmayados en su servicio. Si hubieramos de parar en el conocimiento de nuestra flaqueza y miseria, harta ocasion tuviéramos de entristecernos y desconsolarnos, como tambien de desmayar y acobardarnos; pero no habemos de parar aí, sino pasar luego á la consideracion de la bondad y misericordia y liberalidad de Dios, y á lo mucho que nos ama y padeció por nosotros, y en eso habemos de poner toda nuestra confianza. Y así lo que fuera ocasion de desmayo y tristeza, mirandoos á vos, sirve para esforzar y animar, y es ocasion de mayor alegria y consuelo, mirando á Dios. Mirase uno á sí mismo, y no ve sino que llora, y mirando á Dios, confia en su bondad, sin temor de verse desamparado, por muchas faltas é imperfecciones y miserias que vea en sí. Porque la bondad y misericordia de Dios, en que tiene puestos sus ojos y corazon, escede y sobrepuja infinitamente todo eso. Y con esta consideracion arraigada en las entrañas desarrimase de sí, como de caña quebrada, y anda arrimado y confiado siempre en Dios, conforme aquello del profeta Daniel: c. 19, v. 18. *Neque enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam, sed in miserationibus tuis multis*: No confiados de nosotros, ni en nuestros merecimientos y buenas obras nos atrevemos á levantar nuestros ojos á vos, y pediros mercedes, sino confiados, Señor, en vuestra grande misericordia.

## CAPÍTULO XIII.

### *Del segundo grado de humildad, declarase en que consiste este grado.*

El segundo grado de humildad, dice S. Buenaventura, es desear uno ser tenido de los otros en poco: *Amat nesciri, et pro nihilo reputari*: Process. 6 regul. c. 22. Desear que no os conozcan, ni os estimen, y que no haga nadie caso de vos. Si estuvisemos bien fundados en el primer grado de humildad, tendriamos andado mucho camino para llegar á este segundo, si verdaderamente nosotros nos tuviesemos en poco á nosotros mismos, no se nos haria muy dificultoso que los otros tambien nos tuviesen en poco, antes nos holgariamos de ello. ¿Lo quereis ver? dice S. Buenaventura. Todos naturalmente nos holgamos que los de-

mas se conformen con nuestro parecer, y sientan lo mismo que nosotros sentimos. Pues si esto es así; ¿por qué no nos holgamos que los otros nos tengan en poco? ¿Sabeis por qué? Porque no nos tenemos nosotros en poco, no somos de ese parecer. S. Gregorio (a) sobre aquellas palabras de Job: c. 33, v. 17. *Peccavi, et vere deliqui, et ut eram dignus, non recepi*, dice: Muchos con la boca dicen mal de sí, y que son unos tales, y unos cuales, y no lo creen ellos así; porque cuando otros les dicen aquellas mismas cosas, y aun menores, no lo pueden sufrir, y estos tales cuando dicen mal de sí, no lo dicen con verdad, porque no lo sienten ellos así en su corazon, como lo sentia Job, cuando decia: Pequé, y verdaderamente he delinquido y ofendido á Dios, y no me ha castigado tanto como yo merecia. Job decia esto con verdad y de corazon; pero estos, dice S. Gregorio, solamente se humillan con la boca y esteriormente, mas en el corazon no tienen humildad; quieren parecer humildes, pero no lo quieren ser, porque si de veras lo deseasen, no se sentirian tanto cuando otro les reprende y les avisa de alguna falta, y no se escusarian ni volverian tanto por sí, ni se turbarian como se turban.

Cuenta Casiano, collat. 18, c. 11, que vino un monge al Abad Serapion, que en el hábito, meneos y palabras mostraba grande humildad y menosprecio de sí mismo, y nunca acababa de decir mal de sí, que era tan pecador y malo que no era digno de gozar de este aire comun, ni de la tierra que pisaba, no queria sentarse sino en el suelo, y mucho menos consentir que le lavasen los pies. El Abad Serapion despues de haber comido comenzó á tratar algunas cosas espirituales, como tenia de costumbre, y cupole su racion al huesped. Dióle un buen consejo con mucho amor y blandura, que pues era mancebo y robusto, procurase residir en su celda, y trabajar con sus manos para comer, conforme á la regla de los monges, y no anduviese ocioso discurriendo por las celdas de los demas. Sintió tanto aquel monge esta amonestacion y aviso, que no lo pudo disimular, sino que lo mostró esteriormente en el rostro y semblante. Entonces díjole el Abad Serapion: ¿Qué es esto hijo, que hasta ahora nos decias de tí tantos males, y tantas cosas de mucha afrenta y deshonra, y ahora con una amonestacion tan llana como esta, que no contiene en sí injuria ni afrenta alguna, sino mucho amor y caridad, te has indignado y alterado tanto, que no lo has podido disimular? ¿Esperabas por ventura con aquellos males que decias de tí, oir de nuestra boca aquella sentencia del Sabio: *Justus prior est accusator sui*: Prov. c. 18, v. 17: Este es justo y humilde, pues dice mal de sí? ¿Preten-

(a) *Gregor. l. 1 dial. c. 6, l. 24 moral. c. 12; et l. 22, c. 14.*

dias que te alabasemos, y tuviesemos por justo y por bueno? ¡Ay! dice S. Gregorio, que muchas veces eso es lo que pretendemos con nuestras hipocresias y humildades fingidas, y lo que parece humildad, es soberbia grande; porque muchas veces nos humillamos, por ser alabados de los hombres, y por ser tenidos por buenos y por humildes. Sino, pregunto yo: ¿Para qué decis de vos lo que no quereis que crean los otros? Si lo decís de corazon, y andais con verdad, habeis de querer que los otros crean, y os tengan por tal; y si esto no quereis, manifiestamente mostrais que en eso no pretendeis ser humillado, sino ser tenido y estimado. Esto es lo que dice el Sabio: *Est qui nequiter humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo*: Eccl. c. 19, v. 23. Hay algunos que se humillan fingidamente, y allá en lo interior su corazon está lleno de soberbia y engaño; porque, ¿qué mayor engaño, que buscar por medio de humildad ser honrado y estimado de los hombres? ¿Y qué mayor soberbia que pretender ser tenido por humilde? *Appetere de humilitate laudem humilitatis, non est virtus, sed subversio*: Ber. serm. 16 super Cant. Pretender alabanzas de la humildad, dice S. Bernardo, no es virtud de humildad, sino perversion y destruccion de ella. ¿Qué mayor preversion puede ser, que esa? *Quid perversius, quidve indignius, ut inde velis videri melior, unde videris deterior?* ¿Qué cosa puede ser mas fuera de razon, que querer parecer mejor, de donde pareceis peor? Del mal que decís de vos, quereis parecer bueno, y ser tenido por tal, ¿qué cosa mas indigna y mas fuera de razon? Y S. Ambrosio reprendiendo esto, dice: *Multi habent humilitatis speciem, sed virtutem non habent: Multi eam foris prætendunt, et intus impugnant*: l. 7, ep. 44. Muchos tienen la apariencia de la humildad, pero no tienen la virtud de la humildad. Muchos, que parece que esteriormente la buscan, interiormente la contradicen.

Es tanta nuestra soberbia, y la inclinacion que tenemos á ser tenidos y estimados, que buscamos mil modos, é inventamos mil trazas para eso. Unas veces por indirectas, otras por directas, siempre procuramos llevar el agua á nuestro molino. Dice S. Gregorio, (b) que es propio de los soberbios, cuando les parece que han hablado ó hecho alguna cosa bien, preguntar á los que los vieron ú oyeron que les digan las faltas, para que les digan bien de ello: parece que se humillan esteriormente, pidiendo que les digan las faltas, pero no es humildad aquella, sino soberbia: porque pretenden con aquello sacar alabanza. Otras veces comienza uno á decir mal de lo que ha hecho, y dice que ha quedado muy descontento de ello, para con aquello sacar lo que el otro tiene en su pecho, y querria

(b) *Greg. l. 26 mor. c. 1. Idem Bonavent. de informat. novit. c. 8.*

que se lo escusase, y le dijese: No fue por cierto sino muy bien dicho, ó muy bien hecho, no teneis rason de estar descontento. Eso es lo que el otro buscaba.

Llamaba á esta un padre muy grave y muy espiritual, humildad de garabato; porque con ese garabato quereis sacar del otro que os alabe. Acaba uno de predicar, y queda él muy contento y muy pagado de su sermon, y pregunta al otro que le diga las faltas: ¿Para qué son esas ficciones é hipocresias? Que no pensais vos que ha habido faltas. No pretendeis, sino que os digan bien del sermon, y que concuerden con vuestro parecer, y eso oís de buena gana; y si acaso el otro con llaneza os dice alguna falta, no gustais de ello, antes la defendeis, y aun algunas veces acontece, que juzgais al que os notó la falta de no tan buen entendimiento, y que no tiene buen voto en aquella materia, porque tuvo por falta lo que vos tuvisteis por acertado. Todo es soberbia y estimacion, y eso pretendeis sacar con humildades fingidas. Otras veces cuando no podemos encubrir nuestra falta, la confesamos llanamente, para que ya que perdímos honra con la falta, la ganemos con aquella confesion humílde. Otras veces, dice S. Bernardo, de grad. humilit. c. 9, exageramos nosotros nuestras faltas, y decimos aun mas de lo que es; para que viendo los otros, que no es posible ni creible, ser tanto como aquello, piensen que no debió de haber falta ninguna en ello, y lo echen todo á humildad nuestra; y así, exagerando y diciendo mas de lo que es, queremos encubrir lo que es. Con mil mañas y marañas procuramos disfrazar y encubrir nuestra soberbia, so capa de humildad.

Y en esto vereis de camino, dice S. Bernardo (*ubi suprà*) cuan escelente y preciosa cosa sea la humildad, y cuan baja y afrentosa la soberbia. *Gloriosa res humilitas, qua ipsa quoque superbia palliare se appetit, ne vilescat*: Mirad cuan alta y gloriosa cosa es la humildad, pues la misma soberbia se quiere valer de ella, y cubrir con ella. Y mirad cuan baja y vergonzosa cosa es la soberbia, pues no se atreve á parecer descubierta la cara, sino disfrazada y cubierta con velo de humildad. Que quedaríadeis vos corrido y afrentado, si el otro entendiese que pretendeis y deseais ser estimado y alabado: Porque os tendrian por soberbio, que es el mas bajo puesto en que podeis ser tenido, y por eso procurais encubrir vuestra soberbia con muestras de humildad, ¿Pues por qué quereis ser lo que teneis vergüenza de parecer? Si quedarais avergonzado y corrido de que los otros entendiesen, que vos quereis ser alabado y estimado, ¿por que vos no os avergonzais de quererlo? Pues el mal en esto está, en quererlo vos, no en que los otros entienden que lo quereis. Y si teneis vergüenza que los hombres entiendan eso, ¿por que no la teneis de

Dios, que lo entiende y vé? *Imperfectum meum viderunt oculi tui.* Psal. 138, 16.

Todo esto nos viene de no estar bien fundados en el primer grado de humildad, y asi estamos tan lejos del segundo. Es menester que tomemos este negocio de sus principios: primero conviene que conozcamos nuestra miseria y nuestra nada, y del profundo conocimiento propio ha de nacer en nosotros un sentir muy bajamente de nosotros mismos, y despreciarnos y tenernos en poco, que es el primer grado de humildad. Y de aí habemos de subir á este segundo. De manera que no basta que vos os tengais en poco, no basta que vos digais mal de vos, aunque lo digais de verdad y de corazon, y lo sintais asi: sino habeis de procurar llegar á holgaros que los otros tambien sientan de vos eso mismo que vos sentís y decís, y os desprecien y tengan en poco. Dice S. Juan Climaco: cap. de vanag. No es humilde el que se abate, y dice mal de sí; porque, ¿quién hay que no se sufra á sí mismo? Sino aquel es humilde, que con paz huelga ser despreciado y maltratado de otros. Bueno es que uno diga siempre mal de sí, que es un soberbio, perezoso, impaciente, negligente y descuidado: pero mejor seria que guardase eso para cuando otro se lo dice. Si vos deseais que los otros sientan eso mismo, y os tengan en esa posicion y figura, y os holgais de oir esas cosas, cuando se ofrece la ocasion, esa es verdadera humildad.

## CAPÍTULO XIV.

### *De algunos grados y escalones por donde habemos de subir á la perfeccion de este segundo grado de humildad.*

Por ser este segundo grado de humildad de lo mas práctico y dificultoso que hay en el ejercicio de esta virtud, (a) dividirémosle como le dividen algunos Santos, y harémos de él cuatro grados ó escalones, para que así poco á poco, y como por sus pasos contados vamos subiendo á la perfeccion de la humildad, que este grado nos pide. El primer escalon es no desear ser honrado y estimado de los hombres; antes huir de todo lo que dice honra y estimacion. Llenos tenemos todos los libros de ejemplos de Santos, que estaban tan lejos de desear ser tenidos y estimados del mundo, que huian de las honras y dignidades, y de todas las ocasiones que les podian acarrear estimacion delante de los hombres, como de un enemigo capital. De esto nos dió *primero* ejemplo Cristo nuestro Redentor y Maestro, Joan. c. 6, v. 16, que huyó cuando entendió que querian venir á elegirle por Rey, despues de aquel famoso milagro de haber hartado á cinco mil hombres con

(a) *Ansel. l. de similit.*

cinco panes y dos peces; no teniendo él peligro alguno en algun estado, por alto que fuese, sino por darnos ejemplo. Y por la misma razon cuando manifestó la gloria de su sacratísimo cuerpo á sus tres discípulos en su admirable Transfiguracion, Matth. c. 9, v. 20, Marci c. 7, v. 35, les mandó que no lo dijesen á nadie, hasta despues de su muerte y gloriosa Resurreccion: y dando vista á los ciegos, y haciendo otros milagros, les encargaba el secreto, todo para darnos á nosotros ejemplo, que huyamos de la honra y estimacion de los hombres, y por el grande peligro que en ello hay de desvanecernos y perdernos.

En las crónicas de la Orden del bienaventurado san Francisco, p. 1, l. 7, c. 6, se cuenta, que oyendo fray Gil contar la caida de fray Elías que habia sido Ministro General, y gran letrado, y entonces era apostata y descomulgado, porque se fue para el emperador Federico Segundo, rebelde á la Iglesia; echóse fray Gil en tierra, oyendo estas cosas, y apretabase fuertemente con ella. Y preguntado, ¿porque hacia aquello? Respondió: quiero descender cuanto pudiere, porque aquel cayó por subir mucho. Gerson (b) trae á este propósito aquello que fingen los poetas de Anteo gigante, hijo de la tierra, que peleando con Hércules, cada vez que se echaba en la tierra cobraba nuevas fuerzas, y asi no podia ser vencido. Pero Hércules cayendo en la cuenta, levantóle en alto, y así le cortó la cabeza. Eso, dice Gerson, pretende el demonio con las alabanzas, honras y estimacion del mundo, levantarnos en alto para degollarnos y hacernos dar mayor caida: y por esto el verdadero humilde se echa en la tierra de su propio conocimiento, y teme y huye tanto ser levantado y estimado.

El segundo escalon, dice S. Anselmo, que es: *Ut patiatur contemptibiliter se tractari*: Sufrir con paciencia ser despreciado de otros: que cuando se os ofreciere alguna ocasion, que parezca que es menoscabo y desprecio vuestro, la lleveis bien. Ahora no tratamos, que deseeis injurias y afrentas, y que las andeis á buscar, y os holgueis y regocijeis en ellas. De eso trataremos despues que es cosa mas alta y mas perfecta. Lo que decimos es, que á lo menos cuando se ofreciere la ocasion de alguna cosa que toque á vuestro desprecio, la lleveis con paciencia, sino podeis con alegría, conforme á aquello del Sabio: *Omne quod tibi applicitum fuerit, accipe, et in dolore sustine, et in humilitate tua patientiam habe*: Eccl. c. 2, v. 4. Todo lo que se te ofreciere, aunque sea muy contrario al gusto y á la sensualidad, recibelo muy bien, y aunque te duela, sufrelo con humildad y paciencia. Este es un medio muy grande para alcanzar la humildad y para conser-

(b) *Gerson. ser. de humilit. in Cœna Domini.*

varla: porque asi como la honra y estimacion de los hombres, es ocasion para ensoberbecernos y desvanecernos, y por eso huian tanto de ella los Santos; asi todo lo que es en nuestro desprecio y desestima, es muy grande medio para alcanzar la humildad, y conservarnos y crecer en ella. Decia S. Laurencio Justiniano, que la humildad es semejante al arroyo ó corriente, que en el invierno lleva grande avenida, y en el verano pequeña. Asi la humildad con la prosperidad desmedra, y con la adversidad crece.

Muchas son las ocasiones que de esto se nos ofrecen cada dia, y grande ejercicio de humildad podriamos traer, si anduviesemos con atencion y cuidado de aprovecharnos de ellas. Dice muy bien aquel Santo: (c) * Lo que agrada á los otros, irá delante: lo que á tí contenta, no se hará: lo que dicen los otros, será oido: lo que dices tú, será contado por nada: pedirán los otros, y recibirán; tú pedirás, y no alcanzarás. Otros serán muy grandes en la boca de los hombres, de tí no se hará cuenta: á los otros encargarán los negocios, tú serás tenido por inútil. Por esto entristecerse ha la naturaleza, mas será gran cosa si lo sufrieres callando. * Cada uno entre en cuenta consigo, y vaya discurriendo en particular por las ocasiones que se pueden y suelen ofrecer, vea como le va en ellas. Mirad como os va cuando alguno os manda con imperio y resolucion: mirad como lo tomais cuando os avisan ó reprenden alguna falta: mirad lo que sentís cnando os parece que el superior no hace mucha confianza de vos, sino que antes anda con recato. Dice S. Doroteo: Cualquier ocasion de estas que se ofreciere, recibidla como remedio y medicina para curar y sanar vuestra soberbia, y rogad á Dios por el que os ofrece esa ocasion, como por medico de vuestra alma, y persuadíos que el que aborrece estas cosas, aborrece la humildad.

El tercero escalon que habemos de subir es no holgarnos ni tomar contentamiento cuando *somos* alabados y estimados de los hombres: esto es mas dificultoso que lo pasado, dice S. Agustin: *Et si cui quam facile est laude carrere, dum denegatur; difficile est ea non delectari cum offertur*: (d) Aunque es facil cosa carecer de alabanzas, y no se nos da nada de no ser alabados ni honrados cuando esto no se ofrece; pero no holgarse uno cuando le alaban y estiman, y no tomar contentamiento en eso, es muy dificultoso. S. Gregorio, lib. 22 moral. c. 6, trata muy bien este punto, sobre aquellas palabras de Job, c. 31, v. 26, et 27: *Si vidi solem cum fulgeret, et lunam incedentem clarè, et lætatum est in abscondito cor meum*: Si ví al sol cuando resplandecia, y la luna cuando andaba claramente, se alegró allá dentro

(c) *Thom. de Kempis.* (d) *Augus. epist.* 64 *ad Aurel, Episcop.*

mi corazon. Dice S. Gregorio, que esto dice Job, porque no se holgaba, ni tomaba vano contentamiento en las alabanzas y estimacion de los hombres, que eso es mirar al sol cuando resplandece, y á la luna cuando está con gran claridad, mirar uno la buena fama y opinion que tiene acerca de los hombres y sus alabanzas, y holgarse y contentarse de eso. Pues dice, que esta diferencia hay entre los soberbios y los humildes, que los soberbios huelganse cuando los alaban, y aunque sea mentira el bien que dicen de ellos, se huelgan; porque no tienen cuenta con lo que son verdaderamente en sí, y delante de Dios; solo pretenden ser tenidos y estimados de los hombres, y asi se alegran y engrien con eso, como quien ha alcanzado el fin que pretendia: empero el verdadero humilde de corazon, cuando ve que le alaban y estiman, y dicen bien de él, entonces se encoge y se confunde mas, conforme aquello del Profeta: Psal. 87, 16. *Exaltatus autem humiliatus sum, et conturbatus*: Cuando me ensalzaban, entonces me humillaba yo mas, y andaba con mayor vergüenza y temor: y con razon: *Cauta enim consideratione trepidat, ne aut de his, in quibus laudatur, et non sunt, majus Dei judicium inveniat, aut de his in quibus laudatur, et sunt, competens præmium perdat*: Gregor. Porque teme no sea mas castigado de Dios, por no tener aquello de que es alabado, ó si por ventura lo tiene, teme no se libre su premio y galardon en aquellas alabanzas, y le digan despues: *Recepisti bona in vita tua*: Luc. c. 16, v. 25. Ya recibiste en tu vida el premio de tus obras.

De manera que de lo que los soberbios toman ocasion para engreirse y desvanecerse, que es de las alabanzas de los hombres, de eso toman los humildes ocasion para confundirse y humillarse mas: y eso es, dice S. Gregorio, lib. 22 moral. c. 9, lo que dice el Sabio: *Quomodo probatur in conflatorio argentum, et in fornace aurum, sic probatur homo ore laudantis*: Prov. c. 21, v. 21. Asi como la plata se prueba en el lugar donde es fundida, y el oro en el crisol, asi es probado el hombre en la boca de quien le alaba. La plata, ó el oro, si es malo, en el fuego se consume: mas si es bueno, en el fuego se clarifica y purifica mas. Pues así, dice el Sabio, se prueba el hombre con las alabanzas: porque el que cuando es alabado y estimado se ensalza y envanece con las alabanzas que oye, ese es oro ó plata no buena, sino reprobada, pues se consume en el crisol de la lengua; pero el que oyendo alabanzas suyas, de alli toma ocasion para humillarse y confundirse mas, es plata y oro finísimo, pues no se consumió con el fuego de las alabanzas, antes quedó mas acendrado y clarificado con ellas, porque quedó mas humillado y confundido. Pues tomad esta por señal de si vais aprovechando en virtud y humildad,

pues por tal nos la da el Espíritu Santo. Mirad si os pesa cuando os alaban y estiman, ó si os holgais y contentais de eso, y aí veréis si sois oro ú oropel.

De nuestro padre S. Francisco de Borja, lib. 4, c. 1 de su vida, leemos, que ninguna cosa le daba tanta pena, como cuando se veia honrado por santo ó por siervo de Dios. Y preguntando una vez, ¿por qué se afligia tanto de ello, pues él no lo deseaba ni procuraba? Respondió: que temia la cuenta que habia de dar á Dios por ello, siendo él tan otro del que se pensaba; que es lo que deciamos de S. Gregorio. Asi nosotros habemos de estar tan fundados en nuestro propio conocimiento, que no basten los vientos de las alabanzas y estimacion de los hombres á levantarnos y sacarnos de nuestra nada; antes entonces nos habemos de confundir y avergonzar mas, viendo que son falsas aquellas alabanzas, y que no hay en nosotros aquella virtud de que nos alaban, ni somos tales, cuales el mundo nos predica, y habiamos de ser.

## CAPITULO XV.

*Del cuarto escalon, que es desear ser despreciados y tenidos en poco, y holgarnos con ello.*

El cuarto escalon para llegar á la perfeccion de la humildad, es que desee uno ser despreciado y tenido en poco de los hombres, y que se huelgue con las deshonras, injurias y menosprecios. Dice S. Bernardo: (a) *Verus humilis, vilis vult reputari, non humilis prædicari, et gaudet de contemptu sui*: El verdadero humilde desea ser tenido de los otros en poco, no por humilde, sino por vil, y gozase en eso. Este es el segundo grado de humildad, y en esto consiste la perfeccion de él. Y por eso, dice, (b) se compara la humildad al nardo, yerba pequeña y odorífera, conforme á aquello de los Cantáres, c. 1, v. 11. *Nardus mea dedit odorem suum*; porque entonces se estiende y esparce el olor de este nardo de la humildad á los demas, cuando no solo vos os teneis en poco, sino quereis y deseais que los demas tambien os desprecien y tengan en poco.

Nota S. Bernardo, (c) que hay dos maneras de humildad, una que está en el entendimiento, que es cuando uno mirándose á sí mismo, y viendo su miseria y vileza, convencido de la verdad, se tiene en poco, y se juzga por digno de todo desprecio y deshonra. Otra está en la voluntad, y es cuando uno quiere ser tenido de otros en poco, y desea ser despreciado y deshonrado de todos. En Cristo nuestro Redentor, dice que no hubo la primera humildad de entendimiento, porque no podia Cristo tenerse á sí mismo en poco, ni por digno de desprecio y deshonra:

(c) *Bern. ser.* 16 *super Cant.* (a) *Ser.* 24 *super Cant.* (b) *Ser.* 41 *super Cant.*

*Quoniam sciebat se ipsum.* Porque se conocia él muy bien á sí mismo, y sabia que era verdadero Dios, é igual al Padre: *Non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo, sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens*: Ad Philip. c. 2, v. 6 et 7: Mas hubo en él la segunda humildad de corazon y de voluntad, porque por el grande amor que nos tuvo, quiso abatirse y desautorizarse, y parecer vil y despreciado delante de los hombres. Y así dice él: *Discite á me, quia mitis sum, et humilis corde*: Math. c. 1, v. 29. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon y de voluntad. Empero en nosotros, dice S. Bernardo, ha de haber ambas humildades, porque la primera sin la segunda es falsa y engañosa. Querer parecer y ser tenido por otro de lo que verdaderamente sois, falsedad y engaño es. El que verdaderamente es humilde, y de veras siente bajamente de sí, y se desprecia él á sí mismo y se tiene en poco, hase de holgar tambien que los otros le desprecien y tengan en poco.

Esto es lo que habemos de aprender de Cristo. Mirad cuan de corazon, y con cuan gran deseo y voluntad abrazó él los desprecios y deshonras por nuestro amor, que no se contentó con abatirse y apocarse, haciéndose hombre, y tomando forma y hábito de siervo, el que es Señor de los cielos y de la tierra, sino que quiso tomar forma y hábito de pecador: *Deus Filium suum mittens in similitudinem carnis peccati*, ad Rom. c. 8, v. 3, dice el Apostol S. Pablo: Envió Dios á su Hijo en trage y semejanza de un hombre pecador: no tomó pecado, porque no pudo caber en él; pero tomó el cauterio y señal de pecadores; porque quiso ser circuncidado como pecador, y bautizado entre pecadores y publicanos, como si fuera uno de ellos, ser tenido en menos que Barrabás, y ser juzgado por peor y por mas indigno de la vida que él.

Finalmente era tan grande el deseo que tenia de padecer afrentas, escarnios y vituperios por nuestro amor, que le parecia que se tardaba mucho aquella hora, en la cual embriagado de amor habia de quedar desnudo, como otro Noé, para ser escarnecido de los hombres: *Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur!* Luc. cap. 12, v. 25. Con bautismo, dice, tengo de ser bautizado, con bautismo de sangre, ¡y cómo vivo en estrechura, hasta que se ponga por obra! *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum.* Luc. 22, v. 15. Con deseo he deseado que se llegue ya esta hora, en la cual no se verán sino escarnios y vituperios nunca vistos, bofetadas y pescozones como á esclavo, esculpirle su cara como á blasfemo, y vestirle de blanco como á loco, y de púrpura como á Rey fingido: y sobre todo los azotes, que es castigo de ladrones y malechores, y el tormento de la Cruz en compañía de ladrones, que en aquel tiempo

era el mas vergonzoso é ignominioso linage de muerte que habia en el mundo. Esto es lo que con gran deseo estaba deseando Cristo nuestro Redentor: *Improperium expectavit cor meum, et miseriam*, Psal. 68, 23, dice el Profeta en su nombre: Estaba esperando improperios y afrentas, como quien espera una cosa muy agradable y de que gusta mucho, que de esas cosas es la esperanza como el temor de las que dan pena y tristeza. Y el profeta Jeremias, c. 3, v. 30, dice: *Saturabitur oprobriis*: Estaba deseando esta hora para hartarse de oprobios, escarnios y afrentas, como de cosa que él tenia grande hambre, y de que gustaba mucho y le era muy sabrosa por nuestro amor.

Pues si el Hijo de Dios deseó con tan gran deseo los desprecios y deshonras, y las recibió con tan grande gusto y contento por nuestro amor, no siendo digno de ellas, no será mucho que nosotros siendo dignos de todo desprecio y deshonra, deseemos por su amor ser tenidos siquiera en lo que somos, y que nos holguemos con las deshonras y menosprecios que merecemos, como lo hacia el Apostol S. Pablo, cuando decia: *Propter quod placeat mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo*: Por lo cual me huelgo en las enfermedades, en las injurias, afrentas, necesidades, persecuciones y angustias por Cristo. Y escribiendo á los filipenses, c. 1, v. 7, tratando de su prision, les pide que le sean compañeros en la alegría que tenia, por verse preso en aquella cadena por Cristo. Tenia tanta abundancia de gozo en las persecuciones y trabajos que padecia, que podia repartir alegria á los compañeros, y asi los convidaba á que participasen de su alegría. Esta es la leche que mamaron á los pechos de Cristo los sagrados Apóstoles; y asi leemos de ellos: *Et illi quidem ibant gaudentes à conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati*: Act. c. 5, v. 41. Que iban gozosos y regocijados, cuando los llevaban presos delante de los Presidentes, y Sinagogas, y tenian por gran regalo y merced de Dios ser dignos de padecer afrentas é injurias por el nombre de Cristo. Esto imitaron despues los Santos, como un S. Ignacio que cuando le llevaban á martirizar á Roma, con muchos denuestos é injurias iba con grande alegría, y decia: *Nunc incipio Christi esse discipulus*: Ahora comienzo á ser discípulo de Cristo. Esto quiere nuestro santo Padre que imitemos nosotros, y nos lo encarga con palabras de grande encarecimiento y ponderacion. * Los que entraren y viven en la Compañía, han, dice, (d) de advertir y ponderar delante de nuestro Criador y Señor en cuanto grado ayuda y aprovecha á la vida

(d) *Cap. 4 exam.* § 44, *et reg.* 11 *summ.*

espiritual, aborrecer en todo y no en parte cuanto el mundo ama y abraza; y admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado; y como los mundanos que siguen el mundo, aman y buscan con tantas diligencias, honras, fama y estimacion de mucho nombre en el mundo, como el mundo les enseña; así los que van en espíritu, y siguen de veras á Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario: es á saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor, por su divino amor y reverencia: tanto, que donde á su divina Magestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado á pecado, deseen pasar injurias, falsos testimonios y afrentas, y ser tenidos y estimados por locos no dando ellos ocasion alguna de ello, por desear parecer é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo.

En esta regla está cifrado todo lo que podemos decir de la humildad: esto es haber dejado y aborrecido de veras el mundo, lo mas fino de él, que es el apetito y deseo de ser tenidos y estimados. Esto es estar muertos al mundo, y ser de veras Religiosos: que como los del mundo desean honra y estimacion, y se huelgan con ella; así nosotros deseemos deshonras y menosprecios, y nos holguemos con ellos. Esto es ser de la Compañia de Jesus, y compañeros de Jesus: que le hagamos compañia, no solo en el nombre, sino en sus deshonras y menosprecios, y nos vistamos de su librea, siendo afrentados y despreciados del mundo con él, y por él, y alegrándonos y regocijándonos en eso por su amor. Vos, Señor, fuisteis pregonado públicamente por malo, puesto entre dos ladrones como malhechor, no permitais que yo sea pregonado por bueno, que no es razon que el siervo sea tenido en mas que el señor ni el discípulo en mas que su maestro. Matth. c. 9, v. 24. Pues si á vos, Señor, os persiguieron y menospreciaron, persíganme á mí, despreciénme, afrénten me, para que así os imite á vos, y parezca discípulo y compañero vuestro.

Decia el padre S. Francisco Javier, l. 2, c. 3 de su vida, que tenia él por cosa indigna que un hombre cristiano, que ha de traer siempre en la memoria las afrentas que hicieron á Cristo nuestro Señor, guste de que los hombres le honren y veneren.

## CAPÍTULO XVI.

*Que la perfeccion de la humildad y de las demas virtudes, está en hacer sus actos con deleite y gusto: y cuanto importa esto para perseverar en la virtud.*

Doctrina es comun de los Filósofos, que la perfeccion de la virtud consiste en hacer los actos de ella con deleite y gusto: porque tratando de las señales por donde

se conoce si uno ha alcanzado el hábito de la virtud, dicen que son, cuando obra las obras de aquella virtud, *promptè, faciliter, et delectabiliter*, con prontitud, facilidad y deleite: el que tiene adquirido hábito de algun arte ó ciencia, obra con grandísima prontitud y facilidad las obras de ella. Y así vemos, que el que es músico, como tiene ya adquirido el hábito de la música, tañe con grandísima facilidad y prontitud, y no ha menester prevenirse ni estar pensando en eso, que aun pensando en otras cosas tañe muy bien. Pues de la misma manera obra los actos de la virtud el que tiene adquirido hábito de ella. Y así, si quereis ver si habeis adquirido la virtud de la humildad, mirad lo primero, si obrais las obras de ella con prontitud y facilidad; porque si sentis repugnancia y dificultad en las ocasiones que se os ofrecen, es señal que no habeis alcanzado perfectamente la virtud. Y si para llevarlas bien habeis menester prevenciones y consideraciones, buen camino es ese para alcanzar la perfeccion de esta virtud; pero al fin es señal que aun no la habeis alcanzado. Como el que para tañer ha menester ir pensando donde ha de poner este dedo, donde este otro, y acordándose de las reglas que le han dado, bien va para aprender á tañer; pero es señal, que aun no ha adquirido el hábito de la música, porque ese no ha menester acordarse de nada de eso para tañer bien. Y así dijo allá Aristóteles: (a) *Ars perfecta non deliberat, tam sibi facilis est actus suus.* El que tiene adquirido perfectamente el hábito de algun arte, esle tan fácil el obrar los actos de ella, que no ha menester ponerse á pensar ni á deliberar como los ha de hacer para hacerlos bien. Y así vienen á decir los Filósofos, que de los actos repentinos é indeliberados, se conoce la virtud de uno: *In repentinis secundum habitum operamur.* No se conoce la virtud en las cosas que uno hace muy de pensado, sino en los actos que hace descuidadamente.

Y aun mas que esto dicen los Filósofos. Plutarco, (b) tratando como se conocerá cuando uno ha alcanzado la virtud, pone doce señales, y una de ellas que nos la dejó, dice, escrita aquel gran filósofo llamado Zenon, es por los sueños: si aun en sueños, cuando estais durmiendo, no os vienen movimientos malos, ni imaginaciones torpes y deshonestas, ó cuando os vienen no tomais gusto ni contentamiento ninguno en ellas, sino antes pena, y estais resistiendo á la tentacion y á la delectacion entre sueños, como si estuviéradeis despierto, esa es señal de estar la virtud muy arraigada en vuestra alma, y que no solamente la voluntad está sujeta á la razon, sino tambien la sensualidad é imaginacion: así como cuando los caballos que llevan un coche, estan bien doma-

(a) *Aristot. 3 Ethicorum, c. 8.* (b) *Plutar. l. de profectu morum.*

dos y amaestrados en aquello: aunque el cochero que los rige afloje las riendas, y se vaya durmiendo, ellos se van su camino derecho sin errar. Así, dice este Filósofo, los que han alcanzado perfectamente la virtud, y han ya domado y sujetado del todo los afectos y apetitos brutales, aun durmiendo van su camino derecho. S. Agustin nos enseña tambien esta doctrina: (c) *Domine memores mandatorum tuorum, etiam in somnis resistimus.* Tienen algunos siervos de Dios tanto amor y aficion á la virtud, y á la guarda de los mandamientos de Dios, y tanto aborrecimiento al vicio, y estan tan hechos y acostumbrados á resistir en vela á las tentaciones, que aun en sueños tambien las resisten.

Del padre S. Francisco Javier leemos en su vida, l. 6, c. 6, que en una tentacion ó ilusion que tuvo durmiendo, hizo tanta fuerza para resistirla, que con la fuerza echó tres ó cuatro bocanadas de sangre. De esta manera declaran algunos aquello de S. Pablo: *Sive vigilemus, sive dormiamus, simul cum illo vivamus.* 1 ad Thes. c. 5, v. 10: que quiere decir, no solo que viviendo y durmiendo siempre vivamos con Cristo, que es la comun esposicion; sino que los fervorosos siervos de Dios, siempre han de vivir con Cristo, no solamente velando, sino tambien durmiendo y soñando.

Pasan mas adelante los Filósofos, y dicen que la tercera condicion ó señal en que se conoce cuando uno ha adquirido y alcanzado perfectamente la virtud, es cuando obra las obras de aquella virtud, *dilectabiliter*: con deleite y con gusto. Esta es la principal señal, y en lo que consiste la perfeccion de la virtud. Pues si quereis ver si habeis alcanzado la perfeccion de la virtud de la humildad, examináos por la regla que pusimos en el capítulo pasado, mirad si os holgais tanto con la afrenta y deshonra, como se huelgan los mundanos con la honra y estimacion.

Fuera de ser esto menester para llegar á la perfeccion de cualquier virtud, hay en ello otra cosa de mucha sustancia, que es ser muy importante para durar y perseverar en ella. Porque mientras no llegaremos á hacer las cosas virtuosas con gusto y alegria, será cosa muy dificultosa el perseverar en la virtud. S. Doroteo dice, que esta era doctrina comun de aquellos padres antigüos: (d) *Solebant patres, et majores nostri firmiter asserere, quidquid animus alacriter non admittit diuturnum esse non posse*: Solian decir aquellos padres antigüos, y tenian esta por una verdad muy averiguada y cierta, que lo que no se hace con gozo y alegria, no puede durar mucho tiempo. Bien podrá ser que por alguna temporada guardeis el silencio, y andeis con modestia y recogimiento; pero hasta

(c) *August. l.* 12 *super Gen. ad lit.* c. 15. (d) *Doroth.* 1, *serm.* 10.

que eso salga de lo interior del corazon, y con la buena costumbre se os haga como connatural, y así lo vengais á hacer con suavidad y gusto, no perseverareis mucho en ello, porque será como cosa postiza y violenta: *Et nullum violentum perpetuum.* Por esto importa mucho ejercitarnos en los actos de las virtudes, hasta que la virtud se nos vaya embebiendo y arraigando en el corazon, de tal manera que parezca que ella se cae de suyo, y que aquel es nuestro natural, y así vengamos á obrar las obras de la virtud con gusto y alegria. Porque de esa manera podremos tener alguna seguridad de que duraremos y perseveraremos en ella. Esto es lo que dice el Profeta: Ps. 1, 2. *Sed in lege Domini voluntas ejus*; dice otra letra: *Sed in lege Domini voluptas ejus*: Bienaventurado el varon que todo su contento y todo su gozo y regocijo es en la ley del Señor, y esos son sus deleites y entretenimientos; porque ese dará fruto de buenas obras, como árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas.

## CAPÍTULO XVII.

*Declarase mas la perfeccion á que habemos de procurar subir en este segundo grado de humildad.*

San Juan Climaco (a) añade otro punto á lo dicho, y dice, que así como los soberbios aman tanto la honra y estimacion, que para ser mas honrados y estimados de los hombres, muchas veces fingen y dan á entender lo que no tienen, como mas nobleza, ó mas riqueza, ó mas habilidades y partes de las que tienen, así es altísima humildad, que llegue uno á tener tanto deseo de ser despreciado y tenido en poco, que para alcanzar esto, procure en casos fingir y dar á entender algunas faltas que no tenga, para que así sea tenido en menos. Tenemos, dice, de esto ejemplo en aquel padre Simeon, que oyendo que el Adelantado de la Provincia le venia á visitar, como á varon famoso y santo, tomó en las manos un pedazo de pan y queso, y asentado á la puerta de su celda comenzó á comer de aquello á manera de tonto: y visto esto, el Adelantado le despreció: de lo cual quedó él muy contento, porque alcanzó lo que pretendia. Y de otros Santos leemos ejemplos semejantes: como de S. Francisco, (b) cuando se puso á amasar el barro con los pies, por huír la honra y recibimiento que le querian hacer. Y de fray Junipero, cuando se puso á columpiar con los muchachos, por el mismo fin. Miraban estos santos, que el mundo despreció al Hijo de Dios, que es sumo é infinito bien, y viendo que el mundo es tan mentiroso y falso, que fué engañado en no conocer una tan clarísima luz, como era el Hijo de Dios,

(a) *Clim. c. 25 de humil.* (b) *1 p. l. 1, c. 72 de la Cron. de S. Francisco.*

y en no honrar á lo que era verdaderísima honra; toman tanto ódio y aborrecimiento con el mundo y su estimacion, que reprueban aquello que el mundo aprueba; y aquello aprecian y aman, que el mundo aborrece y desprecia; y asi huyen con mucho cuidado de ser apreciados y estimados de quien despreció *á su* Dios y Señor: y tienen por grande señal de ser amados de Cristo, el ser despreciados del mundo con él y por él. Esta es la causa por que gustaban tanto los Santos de los oprobios, afrentas y deshonras del mundo, y hacian tantos ensayos para alcanzar este desprecio. Verdad es, dice S. Juan Clímaco, que muchas cosas de estas fueron hechas por particular instinto del Espíritu Santo, y asi mas son para admirarnos de ellas, que para imitarlas. Empero aunque no lleguemos á hacer con efecto aquellas locuras santas que hacian los Santos, habemos de procurar imitarlos en el amor y deseo grande que tenian de ser despreciados y tenidos en poco.

S. Didaco pasa adelante, y dice, que hay dos maneras de humildad: *Una mediocrum*, *altera perfectorum*: Didac. l. de perfect. spirit. c. 95. La primera es de los medianos que van aprovechando, pero estan todavia en pelea, y son combatidos de pensamientos de soberbia y de malos movimientos, aunque procuran con la gracia del Señor, resistirlos y desecharlos, humillándose y confundiéndose. Otra humildad hay de perfectos, y es cuando el Señor comunica á uno tanta luz y conocimiento de sí mismo, que le parece que ya no se puede ensoberbecer, ni parece que le pueden venir movimientos de soberbia y elacion: *Tunc anima velut naturalem habet humilitatem*: Entonces tiene el ánima una humildad como natural, que aunque obra grandes cosas, no se levanta nada por eso, ni se tiene en mas, sino entes se tiene por menor de todos. Y entre estas dos maneras de humildad hay, dice, esta diferencia, que la primera comunmente está con dolor, y con alguna tristeza y pena, al fin como gente que no ha alcanzado perfecta victoria de sí mismos, sino que todavia siente en sí alguna contradiccion, que esa es la que causa la pena y tristeza, cuando se ofrece la ocasion de la humillacion y desestima. Y lo que hace, que aunque la lleve con paciencia, no la lleve con alegria; porque todavia hay allá dentro quien haga alguna resistencia, por no estar acabadas de vencer las pasiones. Pero la segunda humildad no está con pena ni dolor ninguno, sino antes con mucha alegria se está uno en aquella confusion y vergüenza delante del Señor, y en aquella desestima y desprecio de sí mismo, como quien no tiene ya quien le haga resistencia, y por haber vencido y sujetado las pasiones y vicios contrarios, y alcanzado perfecta victoria de sí mismo. Y de aí es tambien, dice

el Santo, que los que tienen la primera humildad, se turban y mudan con las adversidades y prosperidades, y diversos sucesos de esta vida; pero á los que tienen la segunda humildad, ni las cosas adversas les turban, ni las prósperas les desvanecen, ni engrien, ni causan en ellos vano contentamiento; sino siempre permanecen en un sér, y gozan de grande paz y tranquilidad, como gente que ha alcanzado la perfeccion, y es superior á todos esos sucesos. Al que desea ser tenido en poco, y se huelga con eso, no hay cosa que le inquiete ni le dé pena; porque si lo que le podia dar alguna, que es ser olvidado y desestimado, eso desea él, y ese es su gusto y contento: ¿qué le podrá inquietar ni dar pena? Si en aquello en que los hombres parece que le podian hacer guerra, siente él mucha paz, nadie le podrá quitar su paz. Y asi dice S. Crisóstomo, (c) que este tal ha hallado paraíso y bienaventuranza en la tierra: *Anima autem, quæ sic se habet, quid potest esse beatius? Quicumque talis est, is in portu continuò sedet ab omni tempestate liber, et oblectatur in serenitate cogitationum.*

Pues á esta perfeccion de humildad habemos de procurar llegar: y no se nos haga esto imposible, porque con la gracia de Dios, dice S. Agustin, (d) no solamente á los Santos, sino al Señor de los Santos podemos imitar, si queremos; porque el mismo Señor dice, que aprendamos de él: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde*: Matth. c. 11, v. 29. Y el Apóstol S. Pedro dice, que nos dió ejemplo para que le imitemos: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus.* 1 Petr. c. 2, v. 21. S. Gerónimo sobre aquellas palabras de Cristo: (e) *Si vis perfectus esse*, dice, que de estas palabras se colige manifiestamente, que está en nuestra mano ser perfectos, pues Cristo dice: Si quereis: *Quia si dixeris vires non suppetunt, qui inspector est cordis ipse intelligit*: Prov. 12. Porque si dijéredeis, no tengo fuerzas, bien sabe Dios nuestra flaqueza; y con todo eso dice que podreis, si quereis; porque él está á punto para ayudarnos, si nosotros queremos, y con su ayuda todo lo podrémos. Vió Jacob una escala, dice el Santo, que llegaba desde la tierra al cielo, y que subian por ella Angeles, y bajaban; y al fin de la escala en lo alto de ella estaba sentado el todo poderoso Dios, para dar la mano á los que subian, y para animarlos al trabajo de la subida con su presencia. Pues procurad vos subir por esta escala, y por estos grados que habemos dicho, que él os dará la mano para que llegueis hasta el último escalon. Al caminante que vé de lejos algun puerto muy alto, parécele imposible la subida; mas cuando llega cerca, y vé el camino hollado, hácesele muy fácil.

(c) *Chrys. h. 9 sup. Gen.* (d) *Aug. ser. 47 de Sanct.* (e) *Hier. Matt. 19, v. 21.*

## CAPITULO XVIII.

*De algunos medios para alcanzar este segundo grado de humildad, y particularmente del ejemplo de Cristo nuestro Señor.*

Dos maneras de medios se suelen dar comunmente, para alcanzar las virtudes morales: el uno es de razones y consideraciones que nos convenzan y animen á ello; el otro de ejercicio y uso de los actos de aquella virtud, con los cuales se alcanzan los hábitos. Comenzando del primer grado de medios, una de las mas principales y eficaces consideraciones de que nos podemos ayudar para ser muy humildes, ó la mas principal y eficáz de todas, es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro: de lo cual aunque habemos dicho algo, siempre hay que decir. Toda la vida de Cristo fue un perfectísimo dechado de humildad, desde que nació hasta que espiró en la cruz: pero el bienaventurado S. Agustin pondera particularmente para esto el ejemplo que nos dió, lavando los pies á sus discípulos en el jueves de la Cena, ya cercano á su pasion y muerte. No se contentó Cristo nuestro Redentor, dice S. Agustin, lib. de Sanct. Virg., con los ejemplos de toda su vida pasada, ni con los que luego habia de dar en su pasion que tan cercana estaba, donde habia de padecer, como dice Isaías, c. 35, v. 3, el postrero de los hombres; y como dice el Real profeta David, Psal. 21, 7, oprobio de los hombres, y deshecho del mundo; sino *Sciens Jesus, quia venit hora ejus, ut transeat ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos*: Joan. 13, v. 1. Sabiendo Jesus, que era ya llegada la hora en que se habia de partir de este mundo á su Padre, como tuviese grande amor á los suyos, quisoseles mostrar al fin de su vida; y acabada la Cena, levantase de la mesa, y quitase sus vestiduras, y ciñese una toalla, echa agua en una vacía, y postrase á los pies de sus discipulos, y á los de Judas, y comienza á lavarselos con aquellas manos divinas, limpiarselos con la toalla con que estaba ceñido. ¡O misterio grande! ¿Qué es esto, Señor, que haceis? *Domine tu mihi lavas pedes?* dice el Apóstol S. Pedro: ¿Vos, Señor, me lavais á mí los pies? No entendian los discípulos lo que hacia. *Quod ego facio, tu nescis modo, scies autem postea.* Responde el Señor: Ahora no entiendes lo que hago, empero despues lo entenderás, yo os lo declararé. Vuelvese á sentar á la mesa, y declárales el misterio muy de propósito: *Vos vocatis me Magister, et Domine; et bene dicitis, sum etenim. Si ergo ego lavi pedes vestros, Dominus, et Magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes*: Joan. 13, v. 13. Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo siendo vuestro Maestro y Se-

ñor, me he humillado y os he lavado los pies, vosotros habeis de hacer lo mismo unos con otros. *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita, et vos faciatis*: Os he dejado ejemplo para que aprendais de mí y hagais como yo. Ese es el misterio: que aprendais á humillaros, como yo me he humillado. Es tan grande por una parte la importancia de esta virtud de la humildad, y por otra la dificultad que hay en ella, que no se contenta con tantos ejemplos como nos habia dado, y tenia tan á la mano para darnos, sino como quien conocia bien nuestra flaqueza, y tambien habia tomado el pulso á nuestro corazon, y tenia bien entendida la malicia del humor, de que pecaba nuestra dolencia, cargó tanto la mano en esta parte, y puso esta entre las postreras mandas de su testamento, por su última voluntad, para que quedase mas impresa en nuestros corazones.

Sobre aquellas palabras de Cristo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, esclama S. Agustin: (a) *O doctrinam salutarem! O Magistrum, Dominumque mortalium, quibus mors poculo superbiæ propinata, atque transfussa est! Quid ut discamus à te venimus ad te?* Matth. c. 11, v. 29. ¡O doctrina saludable! ¡O Maestro y Señor de los hombres, á los cuales por la soberbia les entró la muerte! ¿Qué es, Señor, lo que quereis que vamos á aprender de vos? Que soy manso y humilde de corazon. Esto es lo que habeis de aprender de mí: *Huccine redacti sunt omnes thesauri sapientiæ, et scientiæ absconditi in te; ut pro magno discamus à te, quoniam mitis es, et humilis corde?* ¿En eso se han resumido todos los tesoros de la sabiduría y ciencia del Padre, escondidos en vos, que por gran cosa digais, que vamos á aprender de vos, que sois manso y humilde de corazon? *Ita ne magnum est esse parvum, ut nisi à te, qui tam magnus es fieret, disci omnino non posset?* ¿Tan grande cosa es hacerse uno pequeño, que si vos que sois tan grande no os hicieredes pequeño, no hubiera quien lo pudiera aprender? Sí dice S. Agustin, (b) tan grande cosa es, y tan dificultosa humillarse y hacerse pequeño, que si el mismo Dios no se hubiera humillado y hecho pequeño, no acabáran los hombres de humillarse. Porque no hay cosa que tengan tan metida en las entrañas, y tan entrañada en el corazon, como este apetito de ser honrados y estimados. Y asi todo eso fue menester para que seamos humildes. Tal medicina como esta requeria la enfermedad de nuestra soberbia: á tal llaga tal cura. Y si esta medicina de haberse Dios hecho hombre y humilladose tanto por nosotros, no cura nuestra soberbia; no sé, dice S. Agustin, con que se podrá curar: *Hæc medicina, si superbiam non curat, quid eam curet nescio.* Si

(a) *Aug. l. de Sanct. Virgin. c. 34.* (b) *Aug. Domin. 2 Quadrag. ser. 1.*

ver al Señor de la Magestad tan abatido y humillado, no basta para que nosotros nos avergonzemos de desear ser honrados y estimados; y nos tome gana de ser despreciados y abatidos con él, y por él; no sé que ha de bastar. Y asi Guerrico Abad, admirado y convencido con tan grande ejemplo de humildad, esclama y dice lo que es razon que nosotros digamos, y saquemos de aquí: *Vicisti Domine, vicisti superbiam meam, ecce do manus in vincula tua, accipe servum sempiternum*: Vencido habeis, Señor, vencido habeis mi soberbia, atado me habeis de pies y manos con vuestro ejemplo, yo me rindo y entrego por esclavo vuestro para siempre.

Es tambien maravilloso pensamiento á este propósito aquel del glorioso Bernardo. Serm. 1 de Advent. Vió, dice, el Hijo de Dios, que dos criaturas nobles, generosas y capaces de la bienaventuranza, que Dios habia criado, se perdian, por querer ser semejantes á él: crió Dios los Angeles, y luego Lucifer quiso ser semejante á Dios: *In cœlum conscendam: super astra Dei exaltabo solium meum, sedebo in monte testamenti in lateribus Aquilonis, ascendam super altitudinem nubium, similis ero Altissimo*; Isai. c. 14, v. 13; y llevó tras sí á otros; echalos Dios luego en el infierno, y de Angeles quedaron hechos demonios: *Verumtamen ad infernum detraheris, ad profundum laci.* Cria Dios al hombre, y luego el demonio le pega su lepra y su ponzoña: *Eritis sicut Dii, scientes bonum, et malum*: Gen. c. 3, v. 5: engolosinaronse de que les dijo que serían como Dios, y quebrantaron su mandamiento, y quedaron semejantes al demonio. Dijo el profeta Eliseo, 4 Reg. c. 5, v. 27, á su criado Giezi, despues que tomó los dones de Naaman leproso: Tomaste la hacienda de Naaman: pues la lepra de Naaman se te pegará á tí y á todos tus descendientes eternalmente. Este fue el juicio de Dios contra el hombre, que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fue la culpa de su soberbia, tambien se le pegase la lepra del que fue la pena de ella. Pues veis aqui tambien al hombre perdído, y comparado con el demonio, porque quiso ser semejante á Dios. ¿Qué será bueno que haga el Hijo de Dios, viendo á su Eterno Padre zelar y volver asi por su honra? *Ecce, inquit, ocasione mei creaturas suas Pater amittit*: Veo, dice, que por mi ocasion pierde mi Padre sus criaturas: los Angeles quisieron ser como yo, y se perdieron: el hombre tambien quiso ser como yo, y se perdió: todos tienen envidia de mí, y quieren ser como yo. Pues: *Ecce venio, et talem eis exhibeo me ipsum, ut quisquis videre voluerit, quisquis gestierit imitari, fiat ei æmulatio ista in bonum*: Advertid, yo iré en tal forma, dice el Hijo de Dios, que de aqui adelante el que quisiere ser como yo, no se pierda, sino se gane. Para esto bajó el Hijo de Dios del cielo, y se

hizo hombre. O bendita, ensalzada y glorificada sea tal bondad y misericordia, que condescendió Dios con el apetito tan grande que teniamos de ser semejantes á él, y ya no con mentira y falsedad, como el demonio dijo, sino con verdad; ya no con soberbia y malicia, sino con mucha humildad y santidad podemos ser como Dios.

Y sobre aquellas palabras: *Parvulus natus est nobis*, Isai. c. 9, v. 6, dice el mismo Santo; *Studeamus effici sicut iste parvulus, discamus ab eo, quia mitis est, et humilis corde, ne magnus Deus sine causa factus sit homo parvulus*: Bern. h. 3 sup. Miss. est. Pues que Dios siendo tan grande, se hizo por nosotros pequeño, procuremos nosotros humillarnos y hacernos pequeños, porque no sea sin fruto para nosotros, el haberse Dios hecho niño y pequeño: *Quia nisi efficiamini sicut parvulus iste, non intrabitis in Regnum cœlorum*: Porque si no os haceis como este niño, no entraréis en el reino de los cielos.

## CAPITULO XIX.

*De algunas razones y consideraciones humanas, de que nos habemos de ayudar para ser humildes.*

Desde el principio de este tratado habemos ido diciendo otras muchas razones y consideraciones que nos pueden ayudar y animar mucho á esta virtud de la humildad, diciendo, que es raíz y fundamento de todas las virtudes, atajo para alcanzarlas, medio para conservarlas, y que si tenemos esta, las tendremos todas, y otras cosas semejantes; pero porque no parezca que lo queremos llevar todo por la via del espíritu solamente, será bien que digamos algunas razones y consideraciones humanas, que son mas connaturales y proporcionadas á nuestra flaqueza, porque asi convencidos, no solamente por via de espíritu y de perfeccion, sino de la misma razon natural, nos animemos y aficionemos mas á despreciar la honra y estimacion del mundo, y á seguir el camino de la humildad: que todo es menester para una cosa tan *dificultosa* como esta, y asi es bien que nos ayudemos de todo. Pues sea lo primero: que nos pongamos á considerar y examinar muy de espacio y con atencion, qué cosa sea esta opinion y estimacion de los hombres, que tanta guerra nos hace, y tanto nos da en que entender: veamos el tomo y peso que tiene, para que asi lo tengamos en lo que es, y nos animemos á despreciarlo, y no andemos tan engañados como andamos. Dijo muy bien Seneca, que hay muchas cosas que juzgamos por grandes, no porque tengan en sí grandeza, sino porque es tanta nuestra vileza y poquedad, que lo pequeño nos parece grande, lo poco mucho: y trae el ejemplo del peso que llevan las hormigas, que conforme á su cuerpo nos parece muy grande, siendo él en sí

muy pequeño. Pues asi es esto de la honra y estimacion de los hombres: sino pregunto yo: ¿Sois mejor porque los otros os tengan en algo, ó peor porque os tengan en menos? No por cierto. Dice muy bien S. Agustin: (a) *Nec malam conscientiam sanat præconium laudantis, nec bonam vulnerat convitiantis oprobrium*: Ni al malo le hace bueno ser alabado y estimado, ni al bueno le hace malo ser deshonrado y vituperado: (b) *Senti de Augustino quidquid libet, sola me in oculis Dei conscientia non acuset*: Siente tú de Agustino lo que quisieres, lo que yo querria es, que mi conciencia no me acuse delante de Dios: esto es lo que hace al caso, lo demas es vanidad, pues ni quita, ni pone. Esto es lo que dice aquel Santo. (c) * ¿Qué mejoría tiene el hombre porque otro le alabe? Cuanto cada uno es en los ojos de Dios, tanto es y no mas, como dice el humilde S. Francisco, ó por mejor decir el Apostol S. Pablo: *Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est, sed quem Deus commendat*: 2 ad Cor. c. 10, v. 18.

Trae S. Agustin una buena comparacion á este propósito: (d) *Est enim superbia, non magnitudo, sed tumor: quod autem tumet, videtur magnum, sed non est sanum*: La soberbia y estimacion del mundo no es grandeza, sino viento é hinchazon: y asi como cuando una cosa está bien hinchada, parece grande, y no lo es, asi los soberbios, que son tenidos y estimados de los hombres, parecen grandes, pero no lo son: porque no es grandeza aquella, sino hinchazon. Hay unos convalecientes ó enfermizos, que parece que estan gordos y buenos, y no es aquella buena gordura, sino falsa, es enfermedad ó hinchazon. Asi, dice S. Agustin, es el aplauso y estima del mundo; puedeos hinchar, pero no os puede hacer grande. Pues si es asi, como lo es, que la opinion y estima de los hombres no es grandeza, sino hinchazon y enfermedad, ¿para qué andamos como camaleones, abiertas las bocas, papando viento, para con eso quedar hinchados y enfermos? Mejor le es á uno estar sano, aunque parezca enfermo, que no estar enfermo y parecer sano: asi tambien mejor es ser bueno, aunque sea tenido por ruín, que ser ruín, y ser tenido por bueno. Porque, ¿qué os aprovechará ser tenido por virtuoso y espiritual, si no lo sois? *Et laudent eam in portis opera ejus*: Prov. c. 31, v. 31. Dice S. Gerónimo sobre estas palabras: No son los vanos loores de los hombres, sino vuestras buenas obras las que os han de alabar y valer, cuando parezcais en juício delante de Dios.

Cuenta S. Gregorio, l. 4 dialog. c. 38, que en un monasterio de Iconia habia un monge, del cual tenian todos mucha opinion de

(a) *Aug. l. 3 contra epist. Petiliani Donatistæ.* (b) *Aug. l. unico contra Secun. Manich. c. 1.* (c) *Thom. de Kempis.* (d) *Aug. serm. 16 de tempore.*

santo, especialmente de muy abstinente y penitente. Llegándose la hora de su muerte, llamó á todos los monges: ellos fueron muy alegres, pensando oír de él alguna cosa de edificacion: pero él temblando y muy angustiado, fue compelido interiormente á decirles su estado, y asi les declaró como estaba condenado por haber sido toda su vida hipocresía, porque cuando ellos pensaban que ayunaba y hacia mucha abstinencia, comia secretamante sin que nadie lo viese: y por eso, dice, soy ahora entregado á un terrible dragon, el cual con su cola me tiene trabado, y atados mis pies: ya entra su cabeza en mi boca, para sacar y llevar mi ánima consigo para siempre: y diciendo esto espiró con grande espanto de todos. ¿Qué le aprovechó á este miserable el haber sido tenido por santo?

S. Atanasio (e) compara á los soberbios que buscan honras, á los niños que andan cazando mariposas. Otros los comparan á las arañas, que se desentrañan tejiendo sus telas para cazar moscas, conforme á aquello de Isaías, c. 59, v. 5: *Telas araneæ texuerunt*: asi el soberbio se desentraña y echa los higados, como dicen, para alcanzar un poco de honor humano. Del padre S. Francisco Javier leemos en su vida, l. 6, c. 8, que tenia y mostraba siempre particular ódio y aborrecimiento á esta opinion y estima del mundo. Porque decia que era causa de grandes males, é impedia muchos bienes, y asi le oían decir algunas veces con grande afecto y gemídos: ¡O opinion! ¡ó opinion y estima de los hombres, cuántos males has hecho, haces y harás!

## CAPITULO XX.

*De otras razones humanas que nos ayudarán para ser humildes.*

San Crisóstomo (a) sobre aquellas palabras de S. Pablo: *Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem*; va probando muy de propósito, que el soberbio y arrogante, no solo es malo y pecador, sino loco: y trae para esto aquello de Isaías, c. 32, v. 6: *Stultus enim fatua loquetur*: El loco dirá locuras, y por las locuras que dice entenderéis que es loco. Pues mirad las locuras que dice el soberbio y arrogante, y veréis como es loco. ¿Qué es lo que dijo el primer soberbio, que fue Lucifer? *In cœlum conscendam*: *super astra Dei exaltabo solium meum, sedebo in monte testamenti, in lateribus Aquilonis, ascendam super altitudinem nubium, similis ero Altissimo*: Isai. c. 14, v. 12. Subiré al cielo, y pondré y ensalzaré mi asiento sobre las nubes, y allá encima de las estrellas, y seré semejante al Altísimo. *Quid stultius?* ¿Qué cosa mas loca y desatinada? Y en el capítulo décimo pone unas palabras muy arrogantes y

(e) *Athanas. h. de simil. c.* 27. (a) *Chrys. h.* 20 *sup. epist. ad Rom.* 12, 3.

locas de Asur, rey de los Asirios, con que se gloriaba que con su mano poderosa habia vencido y sujetado á todos los Reyes de la tierra: *Et invenit quasi nidum manus mea fortitudinem populorum: et sicut colliguntur ova, quæ derelicta sunt, sic universam terram ego congregavi, et non fuit, qui moveret pennam, et aperiret os, et ganniret*: Isai. c. 10, v. 14. Como quien toma de un nido los pajaritos pequeños que crian las aves, como quien vá á coger los huevos que han dejado: asi, dice, tomé yo toda la tierra con esa misma facilidad, que no hubo quien se menease, ni osase abrir la boca ni chistar. ¡Qué mayor locura! dice S. Juan Crisóstomo. Y trae alli otras muchas palabras de soberbios, en las cuales muestran bien su locura, de tal manera que si no oís sus palabras, no podreis conocer si acaso son palabras de hombre soberbio, ó de alguno que está verdaderamente loco, segun son de locas y desatinadas: y asi vemos acá, que como los locos nos mueven á risa con las locuras que dicen y hacen; asi tambien los soberbios dan materia de risa y conversacion con las palabras que dicen arrogantes, y que redundan en su loor, y con los meneos y autoridad con que andan, y con el caso que quieren se haga de ellos y de sus cosas, y con la estimacion en que ellos las tienen. Y añade S. Crisóstomo, (b) que es peor locura la del soberbio, y digna del mayor vituperio é ignominia, que la natural; porque esta no trae consigo culpa ni pecado alguno, y aquella sí. De donde se sigue otra diferencia entre estas dos locuras, que los locos naturales causan compasion, y mueven á que todos se duelan y compadezcan de su trabajo; pero la locura de los soberbios no mueve á compasion ni misericordia, sino á risa y escarnio.

De manera que los soberbios son locos, y asi tratamos con ellos como con tales. Porque asi como condescendeis con lo que dice el loco para tener paz con él, aunque ello no sea asi, ni vos lo sintais asi, y no lo quereis contradecir, porque está loco: de esa manera hacemos con los soberbios. Y reina tanto el dia de hoy este humor y locura en el mundo, que apenas se puede ya hablar con los hombres sin lisonjearlos, y decir de ellos lo que verdaderamente no es asi, ni vos lo sentís asi. Porque gusta tanto el otro de entender que contentan y parecen bien sus cosas, que para contentarle y ganarle la voluntad, no sabeis mejor entrada que alabarle. Y esta es una de las vanidades y locuras que dice el Sabio que vió en el mundo, ser alabados los malos, por estar en lugares altos, como si fueran buenos: *Vidi impios sepultos, qui etiam cum adhuc viverent, in loco sancto erant, et laudabantur in civitate quasi justo-*

(b) *Chrysost. hom.* 29 *ad Populum Antiochenum, t.* 5.

*rum operum; sed et hoc vanitas est.* Eccl. c. 8, v. 10. ¿Qué mayor vanidad y locura, que alabaros los hombres sin sentirlo ellos asi? Y que muchas veces os alaban de lo que hicisteis mal, y de lo que á ellos les pareció mal; y el donaire es, que á los otros ya les han dicho la verdad de lo que sienten, sino que con vos, á trueque de contentaros, unas veces no se les da nada de mentir, y otras buscan rodeos para sin mentir poder alabar y decir bien de lo que les pareció mal. Es que os tratan como á loco condescendiendo con vos: entiende el otro que vos teneis ese humor, y que os holgais de ser tratado de esa manera, y que el mejor bocado de la comida, despues que habeis predicado ó hecho otra cosa semejante, es deciros que salió muy bien, y que quedaron todos muy contentos, y por eso os trata asi, para teneros contento, y ganaros la voluntad, que por ventura os ha menester. Y de lo que sirve eso, es de haceros mas loco, porque os alaban de lo que dijisteis ó hicisteis mal, y quedais mas confirmado para hacerlo otra vez. No se atreven los hombres el dia de hoy á decir lo que sienten; porque saben que las verdades amargan: *Veritas odium parit*: y saben que asi como el que está loco y frenético, resiste á las medicinas, y escupe al médico que le quiere curar: asi el soberbio resiste al aviso y á la correccion. Y por eso no quieren los hombres decir al otro, lo que saben que no le ha de hacer buen estómago, porque nadie quiere buscar ruído por sus dineros; antes le dan á entender que les parece bien lo que les parece mal; y el otro está tan pagado de sí, que lo cree. De donde se verá tambien lo que deciamos en el capítulo pasado, cuan grande vanidad y locura sea hacer caso de las alabanzas de los hombres; pues sabemos que el dia de hoy todo es cumplimiento, engaño, lisonja y mentira, que aun ellos interpretan asi el nombre cumplimiento: cumplo y miento para cumplir.

Mas los soberbios, dice S. Crisóstomo, son aborrecidos de todos: de Dios primeramente, como dice el Sábio: *Abominatio Domini est omnis arrogans*: Prov. c. 16, v. 5. Todo hombre arrogante y soberbio, es abominacion delante de Dios. Y de siete cosas que aborrece Dios, la primera pone la soberbia: *Oculos sublimes.* Prov. c. 6, v. 7. Pero no solo de Dios, sino tambien de los hombres son aborrecidos: *Odibilis coram Deo est, et hominibus superbia*: Eccl. c. 10, v. 7. *Et sicut eructant præcordia fætentium, sic et cor superborum*: Eccl. c. 11, v. 23. Asi como los que tienen los higados y entrañas dañadas, echan un olor muy malo de sí, que no hay quien lo sufra; asi son los soberbios. El mismo mundo les da aquel pago de su soberbia, castigándoles en lo mismo que ellos pretendian, porque todo les sale muy al revés: ellos pretenden ser tenidos y esti-

mados de todos, y vienen á ser tenidos por locos. Ellos pretenden ser queridos de todos, y viene á ser al revés. De todo el mundo es aborrecido el soberbio: de los mayores, porque se les quiere igualar; de los iguales, porque los quiere sobrepujar: de los menores, porque quiere mas de lo que es razon. Aun los criados dicen mal de su amo, cuando es soberbio, y no le pueden sufrir: *Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia.* Prov. c. 12, v. 2. Por el contrario, el humilde es tenido y estimado, querido y amado de todos. Asi como los niños por su bondad, inocencia y simplicidad, son muy amables: asi, dice el glorioso S. Gregorio, l. 7 mor. c. 23, lo son los humildes, porque aquella simplicidad y llaneza en las palabras, y en la manera de tratar sin fingimiento y dobléz, roba el corazon. Es piedra iman la humildad, que trae á sí los corazones, todos parece que querrian meter en las entrañas al humilde.

Para que nos acabemos de persuadir, que es locura el andar deseando y procurando la estima y opinion de los hombres, hace S. Bernardo, ser. 1 de Nativ., un dilema muy bueno, y que concluye: O fue locura la del Hijo de Dios en abatirse y apocarse tanto, y escoger menosprecio y deshonra; ó es gran locura nuestra en desear tanto la honra y estimacion de los hombres. No fue locura la del Hijo de Dios, ni lo pudo ser, aunque al mundo le pareció tal, como dice S. Pablo: *Nos autem prædicamus Christum crucifixum: Judæis quidem scandalum: Gentibus autem stultitiam: ipsis autem vocatis Judæis, atque Græcis Christum Dei virtutem, et Dei sapientiam:* 1 ad Cor. c. 1, v. 23. A los ciegos y soberbios gentiles, pareceles locura la de Cristo: pero á nosotros, que tenemos luz de fe, parécenos suma sabiduría y amor infinito. Pues si aquella fue suma sabiduría: luego la nuestra es locura, y nosotros somos los locos en hacer tanto caso de la opinion y estima de los hombres, y de la honra del mundo.

## CAPITULO XXI.

*Que el camino cierto para ser uno tenido y estimado de los hombres, es darse á la virtud y á la humildad.*

Si con todo lo que habemos dicho no acabais de dejar los humos, y perder los brios y deseos de honra y estimacion, sino que decís que al fin es gran cosa tener buen crédito y opinion cerca de los hombres, y que importa eso mucho para la edificacion, y para otras cosas, y que el Sabio nos aconseja que tengamos cuidado de esto: *Curam habe de bono nomine:* Eccl. c. 41, v. 15, digo que sea en buena hora, yo soy contento que tengais cuidado de conservar el buen nombre que teneis, y de que seais tenido y estimado en mucho de los hombres. Pero hagoos saber,

que de la manera que lo deseais, vais muy errado, aun para alcanzar esto mismo que pretendeis, por aí nunca lo alcanzaréis, sino antes lo contrario. El camino seguro y cierto, por el cual sin duda vendreis á ser muy tenido y estimado de los hombres, dice S. Crisóstomo, hom. 29 ad Populum, es el de la virtud y humildad. Procurad vos ser muy buen Religioso, y el menor y mas humilde de todos, y de parecerlo en vuestro modo de proceder, y en las ocasiones que se ofrecieren; y de esa manera sereis muy tenido y estimado de todos: esa es la honra del Religioso que dejó el mundo, á quien le parece mejor la escoba en la mano, y el vestido pobre, y el oficio bajo y humilde, que al caballero las armas y el caballo; y por el contrario, el desear y buscar ser tenido y estimado de los hombres, es grande afrenta y deshonra suya. Asi como sería grande afrenta y deshonra salirse de la Religion y volverse al mundo, y con razon harian los hombres burla de él: *Quia hic homo cæpit ædificare, et non potuit consummare*: Luc. c. 14, v. 30. Porque comenzó á edificar, y no lo pudo acabar; asi lo es desear y pretender ser tenido y estimado de los hombres: porque eso es volverse al mundo con el corazon: porque eso es lo mas fino del mundo, y lo que vos dejasteis y huisteis, cuando os acogisteis á la Religion.

¿Queréis ver claramente cuan vergonzosa y afrentosa cosa es el desear ser tenido y estimado de los hombres, en quien profesa tratar de perfeccion? Salga á luz ese deseo, de manera que echen de ver los otros que lo deseais, y vereis que afrentado y corrido quedaréis vos mismo de que eso se entienda. Tenemos un ejemplo muy bueno de esto en el sagrado Evangelio. Cuentan los Evangelistas que iban una vez los Apóstoles con Cristo nuestro Redentor algo apartados de él, que les parecia á ellos que no les oiria, é iban disputando y contendiendo entre sí: *Quis eorum videretur esse major?* Luc. 22, 24. ¿Quién de ellos era el mayor y mas principal? Y llegados á casa en Cafarnaum, preguntó el Señor: Marc. c. 9, v. 32. ¿Qué era aquello que veniais tratando por el camino? Dice el sagrado Evangelio, que se hallaron los pobres tan corridos y avergonzados de ver descubierta su pretension y ambicion, que no tuvieron boca para responder: *At illi tacebant, siquidem in via inter se disputaverant, quis eorum major esset.* Entonces toma la mano el Salvador del mundo, y díceles: Mirad discipulos mios, allá entre los del mundo y los que siguen sus leyes, los que gobiernan y mandan, son tenidos por grandes: *Vos autem non sic: sed qui major est in vobis, fiat sicut minor, et qui præcessor est, sicut ministrator:* Empero en mi escuela es al revés: el mayor ha de ser el menor, y el que ha de servir á todos: *Si quis vult primus esse, erit omnium*

*novissimus, & omnium minister.* En la casa de Dios y en la Religion, humillarse y abatirse, es ser grande. El hacerse uno menor que todos, le hace ser tenido y estimado en mas que todos. Esa es la honra acá en la Religion, que esa otra que vos pretendeis no es honra, sino *deshonra*, y en lugar de alcanzar ser tenido y estimado, venis por sí á ser desestimado y tenido en menos que todos; porque quedais en reputacion de soberbio, que es la mayor bajeza en que podeis dar. En ninguna cosa podreis tanto como en que se entienda que deseais y pretendeis ser tenido y estimado de los hombres, y que andais mirando en puntillos, y que os sentís de cosillas de estas.

Y asi dice muy bien S. Juan Clímaco, (c. de vanaglor.) que la vanagloria muchas veces fue causa de ignominia á los suyos; porque les hizo caer en cosas, con que descubriendo su vanidad y ambicion vinieron en gran vituperio y confusion. No mira el soberbio, que en las cosas que dice y hace para que le estimen, descubre su apetito desordenado de soberbia; y asi de donde pretendia sacar estimacion, saca vituperio y confusion. Y S. Buenaventura (a) dice, que la soberbia ciega de tal manera el entendimiento, que muchas veces mientras mas soberbia hay, menos se conoce; y asi como ciego hace y dice el soberbio tales cosas, que si cayera en la cuenta, aunque no fuera por Dios ni por la virtud, sino solamente por esa misma honra y estimacion que desea, no las dijera ni hiciera en ninguna manera. Cuantas veces acontece que se siente y se queja uno porque no hicieron caso de él en tal ocasion, ó porque prefirieron á otro en tal cosa, pareciéndole que se le debia aquello á él, que le hacen agravio en ello, y que redundará en deshonra, desestima y nota suya, y que los otros lo echarán de ver y repararán en ello. Y con este titulo y color da á entender su sentimiento y pretension, con lo cual queda en realidad de verdad mas notado y desestimado, porque queda tenido por soberbio, y por hombre que mira en puntos de honra, que acá en la Religion es cosa muy aborrecible. Y si disimulára en aquella ocasion, y se descuidára de sí, y que hicieran los superiores lo que quisieran, ganára mucha honra, y fuera muy estimado por ello.

De manera que aunque no fuese por via de espíritu, sino en ley de prudencia y buen juício, y aun en ley de mundo, el camino verdadero y cierto para ser uno tenido y estimado, querido y amado de los hombres, es darse uno muy de veras á la virtud y á la humildad. Aun allá se dice de Argesilao, rey de los lacedemonios, y grande sabio entre ellos, que preguntado de Sócrates, cómo haria que todos tuviesen estima y buen concepto

(a) *Bonav. l.* 1 *de profectu Religiosorum, c.* 9.

de él; respondió: *Si talis esse studeas, qualis haberi vis*: Si procurárres ser tal, cual deseas parecer. Y otra vez siendo preguntado de lo mismo, respondió: *Si loquaris quæ sunt optima, & facias quæ sunt honestissima*: (Pindarus.) Si hablares siempre bien, y obrares mejor. Y de otro filósofo se cuenta, que tenia un grande amigo, que en cualquier ocasion decia grandes bienes de él; y diciéndole un dia: Mucho me debes, pues donde quiera que me hallo te alabo mucho, y encarezco tus virtudes; respondió el filósofo: Bien te lo pago en vivir de manera que no mientas en ninguna cosa de las que dijeres.

No queremos por esto decir, que nos habemos de dar á la virtud y humildad, por ser tenidos y estimados de los hombres, que eso sería soberbia y perversion grande. Lo que decimos es, que si vos procurais ser humilde de veras y de corazon, seréis tenido y estimado en mucho aunque vos no querais: antes mientras mas huyéradeis la honra y estimacion, y deseáredeis ser tenido en menos, os irá ella siguiendo mas, porque es como la sombra. Tratando S. Gerónimo de santa Paula, dice: *Fugiendo gloriam, merebatur, quæ virtutem, quasi umbra sequitur, et appetitores sui deserens, appetit contemptores*: Huyendo de la honra y estimacion, era mas honrada y estimada: porque asi como la sombra mientras mas uno huye de ella, mas le sigue; y por el contrario, si vos quereis ir trás la sombra, ella huirá de vos, y mientras mas corrieredes tras ella, mas huirá, que no la podreis alcanzar; asi es la honra y estimacion.

Este medio nos enseñó Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio, declarando el modo para tener los lugares y asientos mas honrosos en los ayuntamientos: *Cum invitatus fueris ad nuptias, non discumbas in primo loco, ne fortè honoratior te sit invitatus ab illo, & veniens is qui te, & illum vocavit, dicat tibi: Da huic locum, & tunc incipias cum rubore novissimum locum tenere: sed cum vocatus fueris, vade, recumbe in novissimo loco, ut cum venerit, qui te invitavit, dicat tibi: Amice ascende superius; tunc erit tibi gloria coram simul discumbentibus*: Luc. 14, v. 8. Cuando fuereis convidado, no os senteis en el primer lugar, porque por ventura estará convidado otro mas honrado que vos, y viniendo os dirán que le dejeis aquel lugar, y entonces iréis bajando hasta el postrero, con gran vergüenza y confusion vuestra: sino lo que habeis de hacer es, sentaros en el postrero lugar, para que cuando venga el que os convidó, os haga subir mas arriba, y de esta manera quedaréis honrado *delante* de todos: que es lo mismo que el Espíritu Santo habia dicho antes por el Sabio: *Ne gloriosus appareas coram Rege, & in loco magnorum ne steteris: melius est enim ut dicatur tibi ascende huc, quam ut humilieris coram Principe*: Prov. c. 25, v. 6. Y concluye la parábola dicien-

do: *Quia omnis, qui se exaltat humiliabitur, & qui se humiliat exaltabitur*: Porque todo aquel que se ensalza, será humillado, y el que se humilla será ensalzado. Ved como no solo delante de Dios, sino tambien delante de los hombres, el humilde que escoge el lugar bajo y despreciado, es tenido y estimado: y por el contrario, el soberbio que desea y pretende el primer lugar, y los mejores puestos y mas honrosos, es despreciado y tenido en menos. Esclama S. Agustin, y dice: *O sancta humilitas, quàm dissimilis es superbiæ*! (b) ¡O humildad santa, cuán desemejante eres á la soberbia! *Ipsa superbia, fratres mei, Luciferum de cœlo dejecit, sed humilitas Dei filium incarnavit: ipsa superbia Adam de Paradiso expulit, sed humilitas Latronem in Paradisum introduxit. Superbia Gigantum linguas divisit, & confundit, sed humilitas cunctas congregavit dispersas. Superbia Nabuchodonosor in bestiam transmutavit, sed humilitas Joseph Principem Israël constituit. Superbia Pharaonem submersit, sed humilitas Moysem exaltavit*: La soberbia, hermanos mios, echó del cielo á Lucifer; pero la humildad hizo que el Hijo de Dios se hiciese hombre. La soberbia echó á Adan del paraíso; pero la humildad subió allá al ladron. La soberbia dividió y confundió las lenguas de los gigantes; la humildad juntó en uno las que estaban divididas. Las soberbia convirtió en bestia al rey Nabucodonosor; pero la humildad hizo á Josef señor de Egipto, y principe del pueblo de Israél. La soberbia anegó á Faraón; pero la humildad levantó y ensalzó á Moisés.

## CAPITULO XXII.

*Que la humildad es medio para alcanzar la paz interior del alma, y que sin ella nunca la tendrémos.*

*Discite à me, quia mitis sum, & humilis corde, & invenietis requiem animabus vestris*: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis descanso para vuestras ánimas. Una de las mas principales y eficaces razones que podemos traer, para que nos animemos á despreciar la honra y estimacion del mundo, y procurar ser humildes, es la que nos propone Cristo nuestro Redentor en estas palabras, que es ser este medio único para alcanzar la paz y quietud interior del alma, cosa tan deseada de todos los espirituales, y que el Apóstol S. Pablo pone por uno de los frutos del Espíritu Santo: *Fructus autem spiritus pax.* Ad Galat. c. 5, v. 22. Para que entendamos mejor la paz y quietud de que goza el humilde, será bien que veamos la inquietud y desasosiego que el soberbio trae en su corazon; porque por un contrario se conoce mejor el otro.

(a) *Aug. in serm. 22 ad fratres in eremo.*

Llena está la sagrada Escritura de sentencias, que dicen que los malos no tienen paz: *Non est pax impiis dicit Dominus*: Issi. c. 48, v. 22. *Pax, pax, & non erat pax*: Jerem. c. 6, v. 14. *Contritio, & infelicitas in viis eorum, & viam pacis non cognoverunt*: Psal. 13, v. 3. No saben que cosa es tener paz, y aunque parece algunas veces esteriormente que la tienen, no es paz verdadera aquella; porque allá dentro de su corazon tienen guerra, la cual les está haciendo siempre su propia conciencia: *Ecce in pace amaritudo mea amarissima*: Isai. c. 38, v. 17. Siempre viven en amargura de corazon los malos. Pero particularmente los soberbios traen siempre consigo grande inquietud y desasosiego. Y la razon particular de esto podemos colegir muy bien de S. Agustin, el cual dice que de la soberbia nace luego la envidia, como hija suya legítima, y que nunca está sin compañia de esta mala hija: *Quibus duobus malis, hoc est, superbia, & invidentia, diabolus, diabolus est*: Aug. l. de S. Virg. c. 55. Los cuales dos males, soberbia y envidia, dice que hacen al demonio demonio. Pues por aqui se entenderá, que obrarán en el hombre estos dos males, pues bastan para hacer al demonio, demonio. El que por una parte anda lleno de soberbia, y de deseos de honra y estimacion, y vé que no le suceden las cosas conforme á sus trazas; y por otra parte anda juntamente lleno de envidia, porque es hija de la soberbia, y que siempre le acompaña, cuando viere á otros tenidos y estimados, y preferidos á sí, claro está que ha de andar lleno de hiel y de amargura, y con grande inquietud y desasosiego; porque no hay cosa que mas lastime á un soberbio, ni que tanto le llegue al corazon, como una cosa de estas.

La divina Escritura nos pinta esto muy al vivo en aquel soberbio Aman. Era muy privado del rey Asuero, sobre todos los Principes y Grandes del reino, y tenia grande abundancia de riquezas y bienes temporales, y asi era muy tenido y estimado de todos, que no parecia que tenia acá mas que desear; y con todo eso le daba tanta pena que un solo hombre, y bajo, que era aquel Mardoqueo que estaba asentado á las puertas de palacio, no hiciese caso de él, ni se quitase la gorra, ni se levantase ni moviese de su lugar cuando él pasaba, que no hacia caso de cuanto tenia, en comparacion de la pena y turbacion que en esto sentia. Y asi lo confesó él mismo, quejándose de esto á sus amigos y á su muger, declarándoles su prosperidad y pujanza: *Et cum hæc omnia habeam nihil me habere puto, quamdiu videro Mardochæum Judæum sedentem ante fores regias*: Esther c. 5, v. 13; paraque se vea el desasosiego del soberbio, y las olas y tempestades que se levantan en su corazon: *Impii autem quasi mare fervens, quod quiescere non potest:*

Isai. c. 57, v. 20. Como la mar, cuando anda brava y alterada, asi anda el corazon del malo y soberbio. Y fue tanta la rabia que tomó allá en su corazon por esto, que no tuvo en nada poner las manos en aquel particular, sino sabiendo que era judío de nacion, alcanzó patentes y provisiones del rey Asuero, para que muriesen todos los judíos que estaban en su Reino, y para Mardoqueo tenia aprestada en su casa una viga muy alta para ahorcarle de ella: aunque le salió el sueño muy al revés, porque los judíos ejecutaron en sus enemigos la sentencia dada contra ellos, y el mismo Amán fue colgado en la horca que él tenia para ahorcar á Mardoqueo. Y primero le sucedió otra buena mortificacion, y fue, que cuando él andaba tratando de su venganza, una mañana que habia madrugado mucho, é ido á palacio, para alcanzar licencia del Rey para ello; aconteció que aquella noche no habia podido dormir el Rey, y mandó que le trajesen y leyesen la historia y crónica que se escribia de sus tiempos; y como llegasen á lo que habia hecho Mardoqueo en servicio del Rey, descubriéndole cierta traicion que unos criados suyos armaban contra él, preguntó: ¿Qué premio y galardon dieron á ese hombre por ese servicio y fidelidad tan grande? Respondieron: Ninguno. Dice el Rey: ¿Quién está aí? ¿Ha venido alguno á palacio? Dicenle: Amán está aqui fuera. Pues entre. Entró Amán, y preguntale: ¿Qué será razon hacer con un hombre á quien el Rey quiera honrar? Amán, pareciéndole que él seria aquel á quien el Rey deseaba honrar, respondió: El hombre á quien desea el Rey honrar, ha de ser vestido de las vestiduras Reales, y ser puesto en el mismo caballo del Rey con la corona Real en su cabeza, y uno de los mas principales Caballeros de la Corte ha de ir delante de él, llevándole el caballo del diestro, y pregonando por estas plazas: asi ha de ser honrado aquel á quien quisiere el Rey honrar. Dicele el Rey: pues vé á ese Mardoqueo que está á las puertas de palacio, y haz con él todo eso que has dicho, y mira que no faltes en un punto. Ved el dolor que sentiria aquel triste y soberbio corazon: al fin no pudo hacer menos sino ejecutarlo al pie de la letra. No parece que se podia imaginar otra mayor mortificacion para él. Y luego se le siguió la de ahorcarle en la horca que él tenia á punto para Mardoqueo. Este es el pago que el mundo suele dar á los suyos. Y mirad de donde le nació la pepita á la gallina, como dicen, de que no se quitaba el otro la gorra, ni se levantaba cuando él pasaba: y una cosilla de estas basta para traer inquietos y desasosegados á los soberbios, y para que anden siempre lastimados y amargos; y asi lo vemos el dia de hoy en los del mundo: y tanto mas, cuanto en mas alto lugar estan.

Todos estos puntos son para ellos puntas que punzan y atraviesan su corazon; que no hay lanzada que tanto sientan: nunca les falta á los soberbios del mundo algo de esto, por mucho que priven y tengan: y asi traen siempre el corazon mas amargo que una hiel, y andan siempre con una perpetua inquietud y desasosiego: y lo mismo será acá en la Religion, si uno es soberbio; porque tambien reparará en si hacen menos caso de él que de los otros, y porque echaron mano de aquel para tal, y tal negocio, y á él le dejaron olvidado. Y estas cosas y otras semejantes causarán tanta inquietud en él, como en los del mundo sus puntos y pretensiones.

De aqui se entenderá otra cosa que esperimentamos muy comunmente; que aunque es verdad que hay enfermedad de melancolía, pero muchas veces el estar uno melancólico y triste, no es humor de melancolía, ni enfermedad corporal, sino humor de soberbia, y enfermedad espiritual. Estais triste y melancólico, porque estais olvidado y arrinconado, y no hacen caso de vos. Estais triste y melancólico, porque de donde pensabadeis salir con honra, no salisteis con ella, antes os parece que quedasteis corrido y afrentado. No os sucedió la cosa como quisieradeis, ni os salió el sermon, ni argumento, ni las conclusiones como pensabadeis, antes os parece que perdisteis de vuestro crédito y opinion, y por eso quedais triste y melancólico; y cuando habeis de hacer alguna cosa de estas publicas, el temor de como os ha de suceder, y si habeis de ganar honra ó perderla, os trae triste y congojado. Estas son las cosas que traen triste y melancólico al soberbio; pero el humilde de corazon, que no desea honra y estimacion, y se contenta con el lugar bajo, está libre de todas esas congojas y desasosiegos, y goza de mucha paz, conforme á las palabras de Cristo, de quien lo tomó aquel Santo que dice: (a) Si hay paz en la tierra, el humilde de corazon la posee. * Y asi aunque no hubiera de por medio otro espíritu ni perfeccion, sino solo nuestro interes, y tener paz y quietud en nuestro corazon, por solo eso habiamos de procurar ser humildes, porque eso es vivir, y ese otro es morir viviendo.

S. Agustin cuenta (b) á este propósito una cosa de sí, con que dice que le dió el Señor á entender la ceguedad y miseria en que entonces andaba. Como yo anduviese, dice, muy ocupado en una oracion que habia de recitar al Emperador, diciendo sus loores, de los cuales los mas habian de ser falsos, y yo loado por ello de los que sabian ser tales, (para que se vea la vanidad y la locura del mundo) pues como yo anduviese con grande cuidado de esto, muy pensativo é imaginativo en como me

(a) *Thom. de Kempis.* (b) *Augus. l.* 6 *Confes. c.* 6.

habia de suceder, ardiendo con calentura de consumidores pensamientos, acaeció, que pasando por una calle de Milán, ví á un pobre mendigo, que despues de haber comido y bebido, jugaba y tomaba placer, estaba muy alegre y regocijado: lo cual como yo viese, *suspiré*, y dije á mis amigos que *alli* estaban, muchas lastimas de nuestras locuras, pues que en todos nuestros trabajos, como en los que entonces estabamos ocupados, trayendo acuestas la carga de nuestra infidelidad, heridos con los aguijones de mil codicias, y añadiendo carga á carga, no buscabamos ni procurabamos otra cosa, sino alcanzar una segura alegria, en lo cual nos iba ya adelante aquel pobre á nosotros, que por ventura nunca allá llegariamos; porque lo que *él* habia alcanzado con su poca limosna, eso andaba yo buscando con tantos trabajos y desventuras, quiero decir, la alegría de la felicidad temporal. Es verdad, dice S. Agustin, que aquel pobre no tenia la verdadera alegría, mas yo con mis ambiciones mas falsa la buscaba que aquella; y al fin él se alegraba, y yo andaba triste, y él estaba seguro, y yo con miedo y sobresaltos: y si alguno me preguntara, ¿qué quisiera mas, estar alegre ó triste? Yo le respondiera, que mas quisiera alegrarme; y si me volviera á preguntar, ¿si querria yo mas ser tal como aquel, ó como yo era? Entonces escogiera ser mas el que era, asi lleno de trabajos y malas venturas. Y no tuviera razon, dice. Sino pregunto: ¿Qué causa habia para ello? ¿No me debiera yo anteponer á aquel pobre, por ser mas sabio que él? Por serlo no me dejaba contentamiento, mas con el saber solamente deseaba contentar á los hombres, no para enseñarles, mas solo para agradarlos. Sin duda, dice, era aquel mas bienaventurado que yo, no solamente porque él estaba alegre, y yo con cuidados que me arrancaban las entrañas, mas tambien porque con buenos medios habia alcanzado el vino, y yo mintiendo buscaba gloria vana.

## CAPÍTULO XXIII.

### *De otro género de medios mas eficaces para alcanzar la virtud de la humildad, que es el ejercicio de ella.*

Ya habemos dicho del primer género de medios que suelen dar para alcanzar la virtud, que es, razones y consideraciones, asi divinas, como humanas; pero es tanta la inclinacion que tenemos á este vicio de la soberbia, por habersenos quedado arraigado en el corazon aquel *eritis sicut Dei*, Gen. c. 3, v. 5, de nuestros primeros padres, que no bastan cuantas consideraciones hay, para que acabemos de perder estos brios y humos de ser tenidos y estimados. Parece que nos acontece en esto, como á los que tienen miedo, que por mu-

chas razones que les digais, para persuadirles que no hay de que temer, dicen: Bien veo que todo eso es verdad, y yo querria, pero con todo eso no puedo acabar conmigo de perder el miedo. Asi dicen algunos: Bien veo yo que todas esas razones que habeis dicho de la opinion y estima de los hombres, son verdaderas, y convencen que todo es un poco de viento y vanidad; pero con todo eso no puedo acabar conmigo de no hacer caso de ello. Yo querria, pero paréceme que sin querer, no sé como me llevan esas cosas tras sí, y me inquietan. Pues asi como no bastan razones y consideraciones para quitar el miedo al medroso, sino que juntamente con eso le solémos dar remedios de obras, diciéndole que llegue y toque aquellas que le parecen fantasmas y espantajos, y que se vaya de noche á los lugares oscuros y solos, para que esperimente y vea que no hay nada, sino que todo era imaginacion y aprehension suya, y de esa manera vaya perdiendo el miedo; asi tambien para acabarlo de perder á la opinion y estimacion del mundo, y no hacer caso de eso, dicen los Santos, que no bastan razones ni consideraciones, sino que es menester medio de obra, y ejercicio de humildad, y que ese es el mas principal y eficaz remedio que podemos poner de nuestra parte, para alcanzar esta virtud.

S. Basilio (in regul. brevi. 198.) dice, que asi como las ciencias y artes se adquieren con el ejercicio; asi tambien las virtudes morales. Para ser uno buen músico, ó buen oficial mecánico, ó buen retórico, ó filósofo, es menester ejercitarse en eso, y de esa manera saldrá con ello. Asi tambien para alcanzar el hábito de la humildad, y de las demas virtudes morales, es menester ejercitarnos en sus actos, y de esa manera lo alcanzarémos. Y si alguno dijere, que para componer y moderar las pasiones y afectos de su ánima, y alcanzar las virtudes, bastan razones y consideraciones, y los avisos y documentos de la Escritura, y de los Santos, engañase dice S. Basilio in regul. fusius disp. 7: *Is similiter facit, ut si quis disceret ædificare, nec unquam tamen ædificaret, et excudere, et quæ didiscisset, ea in actum nunquam educeret*: Ese será como el que quisiese aprender á edificar ó á acuñar moneda, y nunca se ejercitase en ello, sino que todo se le fuese en oir los documentos y avisos del arte. Ese cosa cierta es, que nunca saldrá oficial. Pues asi tampoco saldrá con la humildad, ni con las demas virtudes el que no se ejercitare en ellas. Y trae en confirmacion de esto aquello del Apóstol S. Pablo: ad Rom. c. 3, v. 13. *Non enim auditores legis justi sunt apud Deum: sed factores legis justificabuntur*: No basta para esto oir muchas razones y documentos, sino es menester obrarlos; y mas vale y aprovecha para este negocio la practica y ejercicio, que toda cuanta

retórica hay. Y aunque es verdad que toda virtud y todo bien nos ha de venir de la mano de Dios, y que nuestras fuerzas no son bastantes para eso; pero quiere ese mismo Señor que nos lo ha de dar, que nosotros nos ayudemos de esta manera.

S. Agustin, tract. 58 sup. Joan, sobre aquellas palabras de Cristo: *Si ergo ego lavi pedes vestros Dominus, et Magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes*, Joan. c. 13, v. 14, dice, que esto es lo que nos quiso enseñar Cristo nuestro Redentor con este ejemplo de lavar los pies á sus discípulos: *Hoc est, Beate Petre, quod nesciebas, quando fieri non sinebas, hoc tibi postea sciendum promisit, ecce ipsum est postea*: Esto es, Pedro, lo que no sabias cuando no querias consentir que te lavase Cristo los pies, él te prometió que lo sabrias despues; este despues, ahora lo entendereis. Y es, que si queremos alcanzar la virtud de la humildad, nos ejercitemos en actos esteriores de humildad: *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita, et vos faciatis*: Heos dado ejemplo, para que hagais como yo lo hecho: *Didiscimus fratres humilitatem ab excelso, faciamus invicem humiles, quod humiliter fecit excelsus*: Pues el soberano y todo poderoso se humilló, pues el Hijo de Dios se abatió y ocupó en ejercicios humildes y bajos, lavando los pies á sus discípulos, y sirviendo á su madre, y al santo José, y estando sujeto y obediente á ellos en todo lo que le mandaban; aprendamos nosotros de él: ejercitemonos en ejercicios bajos y humildes, y de esa manera alcanzarémos la virtud de la humildad.

Esto es tambien lo que dice S. Bernardo, epist. 87: *Humiliatio via est ad humilitatem, sicut patientia ad pacem, sicut lectio ad scientiam*: La humiliacion esterior es el camino y medio para alcanzar la virtud de la humildad, como la paciencia para alcanzar la paz, y la licion y estudio para alcanzar la ciencia. *Si virtutem appetis humilitatis, viam non refugias humiliationis; nam si non poteris humiliari, non poteris ad humilitatem provehi*: Por tanto, si quereis alcanzar la virtud de la humildad, no huyais de los ejercicios de la humiliacion: porque si decís que no podeis, ó no os quereis humillar y abajar, tampoco podreis alcanzar la virtud de la humildad.

Va probando muy bien S. Agustin, y dando la razon porque este ejercicio de la humiliacion esterior ayuda, y es tan importante y necesario para alcanzar la verdadera humildad del corazon: *Cum enim ad pedes fratris inclinatur corpus, etiam in corde ipso, vel exercitatur, vel si jam inerat, confirmatur ipsius humilitatis affectus*: Estan tan unidos y travados entre sí este hombre esterior é interior: depende tanto el uno del otro, que cuando el cuerpo anda humillado y abatido, se despierta allá dentro en

el corazon un afecto de humildad: no sé que tiene aquel humillarme delante de mi hermano á servirle, y á besarle los pies: no sé que se tiene el vestido pobre y vil, y el oficio bajo y humilde, que parece que va engendrando y criando la humildad en el corazon, y si la hay, la va conservando y aumentando. Y con esto responde S. Doroteo (doctr. 2.) á esta pregunta: ¿Cómo del vestido bajo y vil que está en el cuerpo, puede ganar humildad el alma? Porque cierta cosa es, dice, que del cuerpo se pega al alma la buena ó mala disposicion. Y asi vemos que una disposicion tiene el alma, cuando el cuerpo está sano, y otra cuando está enfermo, y una cuando está harto, y otra cuando está con hambre. Pues de la misma manera: de un afecto se viste el alma, cuando el hombre se sienta en un trono, ó sobre un caballo ricamente enjaezado; y de otro, cuando se siente en la tierra, ó sobre un jumento: y un afecto y disposicion tiene cuando se adorna de vestidos preciosos, y otra cuando se cubre con vestidos pobres y viles.

S. Basilio, in regul. fusius disp. 22, notó tambien esto muy bien: dice que asi como á los hombres del mundo el vestido bueno y lustroso les levanta el corazon, y engendra en ellos unos humos de vanidad y soberbia y estima propia; asi en los Religiosos y siervos de Dios el vestido pobre y humilde despierta en el corazon un afecto de humildad, y cria desestima de sí, y parece que hace al hombre despreciable. Y añade el Santo, que asi como los hombres del mundo desean los vestidos buenos y lustrosos, para ser por ellos mas conocidos, y mas tenidos y estimados, asi los siervos de Dios y verdaderos humildes desean los vestidos viles y pobres, para ser por eso desestimados y tenidos en menos de los hombres, y porque en aquello les parece que hallan gran remedio para conservarse en la verdadera humildad, y crecer en ella. Entre todas las humillaciones esteriores, una de las mas principales es la del vestido pobre y vil, y por eso es tan usado de los verdaderos humildes. Del padre S. *Francisco* Javier leemos en su vida, lib. 6. c. 7, que andaba siempre muy pobremente vestido, para conservarse en humildad, temiendo no se envolviese y mezclase en el vestido bueno alguna estimacion ó presuncion, como suele acontecer.

Por otra razon se verá tambien, que para alcanzar la humildad de corazon, y cualquier otra virtud interior, ayuda mucho el ejercicio esterior de la misma virtud; porque la voluntad se mueve mucho mas con eso, que con los deseos: porque el objeto presente, claro está que mueve mas que el ausente, como lo que vemos con los ojos nos mueve mas que lo que oimos. De donde manó el proverbio: Lo que ojos no ven, corazon no quiebra. Asi lo esterior que se pone por obra, porque el objeto

está allí presente, mueve mucho mas la voluntad, que las aprehensiones y deseos interiores, donde el objeto no está presente, sino en sola la imaginacion y aprehension. Mas virtud de paciencia criará en vuestra ánima una grande afrenta bien sufrida con la voluntad, que cuatro en solo deseo sin obrar: y mas virtud de humildad criará en vuestra anima el hacer un dia el oficio bajo y humilde, y el traer un dia el vestido roto y pobre, que muchos dias de solos deseos. Cada dia lo esperimentamos, que tiene uno repugnancia de hacer una mortificacion de esas ordinarias que hacemos, y al segundo dia que la hace no siente dificultad, y antes habia tenido muchos deseos de eso, y no bastaron para vencer la dificultad; y por esta misma razon usa tambien la Compañía algunas mortificaciones públicas, como vemos que las usaron muchos Santos; porque con una vez que se haga una cosa de estas, queda uno señor de sí para otras cosas que antes se le hacian dificultosas. Y añadese á esto lo que dicen los Teologos, que el acto interior, cuando se acompaña con el esterior, comunmente es mas intenso y eficaz. De manera que por todas partes ayuda mucho para alcanzar la virtud de la humildad, el ejercitarnos esteriormente en cosas bajas y humildes.

Y porque por los mismos medios y causas por donde una virtud se alcanza, se conserva y aumenta: asi como el ejercicio esterior es necesario para alcanzar la virtud de la humildad, asi tambien lo es para conservarla y aumentarla. De donde se sigue, que para todos es muy importante este ejercicio, no solamente para los que comienzan, sino para los que van adelante, y estan muy aprovechados; como lo dijímos tambien tratando de la mortificacion: asi nuestro santo Padre en las constituciones y reglas (a) lo encomienda mucho á todos: *Magnopere confert devotè quoad fieri poterit, ea munera obire, in quibus magis exercetur humilitas, et charitas*: Muy especialmente ayudará hacer con toda devocion posible los oficios, donde se ejercita mas la humildad y caridad. Y en otra parte (b) dice: * Debense prevenir las tentaciones con los contrarios de ellas, como es cuando uno se entiende ser inclinado á soberbia, ejercitándose en cosas bajas, que se piensa le ayudarán para humillarse; y asi de otras inclinaciones siniestras. Y en otra, cuanto á los oficios bajos y humildes, debense prontamente tomar aquellos, en los cuales hallare mayor repugnancia (si le fuere ordenado que los haga). Y asi digo, que estas dos cosas, humildad y humiliacion, se han de ayudar la una á la otra, y de la humildad interior, que es despreciarse á sí mis-

(a) *Tract.* 1, *c.* 18, 3 *part. const. c.* 1, § 13, *et* 23, *reg.* 14, *et* 19 *sum.* (b) *Cap.* 4 *exam*, § 28, *reg.* 13 *sumar.*

mo, y tenerse en poco, y desear ser tenido de los otros en poco, ha de nacer la humiliacion esterior, que tal se muestra el hombre por defuera, cual se estima de dentro: quiero decir, que asi como el humilde se desprecia interiormente en sus mismos ojos, y se tiene por indigno de toda honra, asi ha de ser el tratamiento esterior, y las obras esteriores que hiciere: echase de ver en las obras la humildad interior que hay allá dentro, escoged el lugar mas bajo, como dice Cristo nuestro Redentor; no os desdeñeis de tratar con los pequeñuelos y bajos; holgaos con los oficios humildes; y esa misma humiliacion esterior, que nace de la interior, acrecentará esa misma fuente de donde nace.

## CAPÍTULO XXIV.

*Confírmase lo dicho con algunos ejemplos.*

Cuenta Pedro Cluniacense, (a) que hubo en la Orden de la Cartuja un Religioso de santa y aprobada vida, á quien nuestro Señor conservó tan casto, puro y entero, que ni aun entre sueños tuvo jamas ninguna ilusion. Llegándose la hora de su muerte, como asistiesen á su cabecera todos los Religiosos, el Prior que tambien estaba allí, le mandó que les dijese cual era la cosa en que entendia haber agradado mas á nuestro Señor en esta vida El respondió: Padre, dificultosa cosa es la que me mandas, y que en ninguna manera la dijera, si la obediencia no me obligara á ello. Yo desde mi niñez he sido muy afligido y perseguido del demonio; pero segun la muchedumbre de los dolores y tribulaciones que padecia mi corazon, asi era recreada mi anima con las muchas consolaciones que Cristo, y la Vírgen Maria su madre me enviaban. Estando, pues, yo un dia muy afligido y fatigado con graves tentaciones del demonio, apareciómeme la soberana Vírgen, y con su presencia huyeron los demonios, y cesaron todas sus tentaciones: y despues de haberme consolado y animado á perseverar, y á ir adelante en la virtud y perfeccion, me dijo: Y para que mejor puedas hacer esto, te quiero decir en particular de los tesoros de mi Hijo tres maneras ó ejercicios de humildad, en las cuales ejercitandote, agradarás mucho á Dios, y vencerás á tus enemigos: y son, que te humilles siempre en estas tres cosas, en la comida, en el vestido, y en los oficios que hicieres: de manera que en el comer desees y procures los manjares mas viles, y en el vestido el mas pobre y grosero: y cuanto á los oficios, procures siempre los mas bajos y humildes, teniendo por grande honra y ganancia ocuparte en otros oficios

(a) *Petr. Cluniac. l. 2 miracul. c. 19: et Titelm. Brandembr. l. 2 collat. sacrarum, c. 33.*

mas abatidos y despreciados, de que otros se desdeñan y huyen. Y en diciendo esto desapareció, y yo imprimí en mi corazon la virtud y eficacia de aquellas sus palabras, para hacer de alli adelante, segun ella me habia enseñado: y con esto ha sentido mi anima gran provecho.

San Casiano (b) cuenta del Abad Pafnufio, que siendo monge en Egipto, y Abad de un monasterio, por sus venerables canas y admirable vida estimado y honrado de los monges, como padre y maestro, llevando mal tanta honra, y deseando verse humillado y olvidado y tenido en poco, una noche salió secretamente de su monasterio, y vistiéndose un hábito de seglar, se partió para el monasterio de Pacomio, que estaba muy lejos del suyo, y florecia entonces mucho en rigor y fervor de santidad, para que así, no siendo conocido, le tratasen como á novicio, y le tuviesen en poco: y estuvo á la puerta muchos dias, pidiendo el hábito humilmente, postrándose y arrodillándose delante de todos los monges: y alli de propósito le despreciaban, y daban en rostro, que despues de estar harto de gozar del mundo, á la vejez venia á servir á Dios, cuando parece que venia mas por necesidad, y porque le diesen de comer y sirviesen, que no para servir él. Al fin le recibieron, dandole el cargo de la huerta del monasterio, poniéndole otro por superior, á quien en todo obedeciese. Haciendo su oficio con grande exaccion y humildad, procuraba hacer todo lo que otros rehusaban, que era lo mas molesto de casa: y no contentándose con lo que hacia de dia, se levantaba de noche secretamente, y aderezaba las cosas que podia de casa, sin que pudiese ser visto, maravillándose todos por la mañana, por no saber quien lo hacia. Estuvo asi tres años muy contento de la buena ocasion que tenia entre manos, de trabajar, y ser tenido en poco, que era lo que tanto habia deseado; y como sus monges sintiesen mucho la ausencia del tal padre, salieron algunos de ellos á buscarle por diversas partes, y ya desconfiados de hallarle, al cabo de tres años, como pasasen por el monasterio de Pacomio, uno de los monges de Pafnufio, bien descuidado de hallarle, al fin le reconoció, estando el Santo estercolando la tierra. Echóse á sus pies: los que le vieron no poco se espantaron de esto, y mas cuando supieron quien era, por la fama que de él y de sus cosas tenian, pidieronle perdon. El santo viejo lloraba su desdicha, en haber sido descubierto por envidia del demonio, y perdido el tesoro que alli tenia. Llevaronle aunque por fuerza á su monasterio: recibieronle con incomparable alegria, y guardaronle desde entonces con

(b) *Casian. l.* 5 *de instit. renuntiantium, c.* 30, *et* 31; *et collatione* 20, *cap.* 21.

mucha diligencia. Pero no fue parte esto, para que él (con el deseo grande que tenia de ser menospreciado y desconocido, y con el sabor y gusto de aquella vida humilde que en el otro monasterio habia tenido) dejase de salir otra noche teniendo antes concertado de partirse en una nao á Palestina, que era muy lejos: hízose así, aportando al monasterio de Casiano. Pero nuestro Señor, que tiene cuidado de levantar los humildes, ordenó como alli fuese descubierto de unos monges suyos, que alli habian venido á visitar aquellos santos lugares, siendo el santo viejo por estas cosas mas estimado.

En las vidas de los Padres se cuenta de un monge, que habiendo vivido mucho tiempo en el yermo en soledad, en gran penitencia y oracion, le vino una vez al pensamiento, que ya debia de ser perfecto; y pusose en oracion, y pidió á Dios: Señor, muestrame lo que me falta para la perfeccion. Y queriendo Dios humillar sus pensamientos, oyó una voz, que le dijo: Vé á tal persona (que era un hombre que guardaba puercos) y haz lo que él te dijere. Y en el mismo tiempo fuele revelado al otro, como iba á hablarle aquel solitario, y que le dijese, que tomase el azote, y guardase los puercos. Llegado el viejo solitario, despues de haber saludado al otro, díjole: Yo deseo servir mucho á Dios: dime por caridad lo que me conviene hacer para eso. Díjole el otro: ¿Harás tú lo que yo te dijere? Respondió el viejo que sí: entonces díjole: Toma este azote, vete á guardar los puercos. El obedeció, porque deseaba servir á Dios, y alcanzar lo que le faltaba para la perfeccion. Y andaba el buen viejo con su azote guardando puercos, y los que le conocian, que eran muchos, por ser grande la fama de su santidad en aquella tierra, viéndole guardar puercos, decian: ¿Habeis visto como aquel viejo solitario, del cual oíamos decir tan grandes cosas, se ha tornado loco, y anda guardando puercos? Los muchos ayunos, ó la mucha penitencia le debieron de secar el celebro, y ha enloquecido. Y el buen viejo que oia decir estas cosas, llevábalo con mucha paciencia y humildad, y perseveró asi algunos dias, y viendo Dios su humildad, y que llevaba de buena gana aquellas afrentas y vituperios, mandóle que de nuevo se tornase á su lugar.

En el prado espiritual se cuenta de un santo Obispo, que dejado el obispado y su honra, se vino solo á la ciudad santa de Jerusalén, con deseo de ser tenido en poco, porque no era de nadie allí conocido; y vistiéndose pobremente, asentó por peon en las obras públicas, sustentándose con su trabajo. Habia alli un conde llamado Efremio, hombre piadoso y prudente, el cual tenia á su cargo reparar los edificios públicos de la ciudad: este vió diversas veces al santo Obispo dormir en el suelo, y veia una

columna de fuego, que salia de él, que llegaba al cielo, lo cual le tenia muy maravillado, por verle un hombre tan pobre y sucio con la tierra de los edificios, crecido el cabello y barba, y que vivia en un oficio tan vil y despreciado. Finalmente un dia no se pudo contener sin que le llamase á parte, y le preguntase, quien era. El Santo respondió, que era uno de los pobres de la ciudad, y que pasaba su vida en aquel trabajo, por no tener con que sustentarse. Al conde no le quietó esta respuesta, queriendolo asi Dios, para honrar á su siervo, descubriendo su humildad; y asi le volvió á preguntar una y muchas veces, quien era, con tan grande instancia, que le constriñó á descubrirselo: y asi le dijo, que con dos condiciones se lo descubriria; la una, que mientras viviese no habia de descubrir nada de todo lo que le dijese; la otra, que no le habia de preguntar su nombre. Concedióselo, y él le descubrió como era Obispo, y que por huir la honra y estimacion habia venido huido.

Cuenta S. Juan Clímaco, c. 4, de un hombre principal de Alejandria, que vino á ser recibido en un monasterio, al cual el Abad como le pareciese por su aspecto y otras señales hombre áspero, altivo é hinchado con la vanidad del siglo, quiso llevarle por el seguro camino de la humildad, y asi le dijo: Si verdaderamente has determinado de tomar sobre tí el yugo de Cristo, haste de dejar ejercitar con los trabajos de la obediencia. El respondió: Asi como el hierro está en las manos del herrero, sujeto á todo lo que quiere hacer de él; asi yo, Padre, me sujeto á todo lo que me mandares. Pues quiero, dijo él, que estés á la puerta del monasterio, y te derribes á los pies de todos cuantos entran y salen, y les digas que ruegen á Dios por tí, porque eres gran pecador. El obedeció muy bien á esto, y despues de haber estado siete años en este ejercicio, y alcanzado por este medio una grande humildad, quiso el Abad recibirle en el monasterio en compañía de los otros, y ordenarle, como merecedor de esta honra: mas echando muchos rogadores, y entre ellos al mismo S. Juan Clímaco, acabó con el superior, que le dejase en el mismo lugar y ejercicio que hasta entonces habia tenido, hasta que acabase su carrera, como significando ó conjeturando, que ya el dia de su fin se llegaba: y asi fue, porque diez dias despues de esto, nuestro Señor le llevó para sí: y siete dias despues llevó consigo al portero del mismo monasterio, á quien habia prometido en su vida, que si despues de su muerte tenia alguna cabida con Dios, le negociaría que fuese su compañero muy presto: y así fue. Y dice mas el mismo Santo, que cuando estaba vivo, y se ejercitaba en aquel ejercicio de humildad, le preguntó, ¿en que se ocupaba ó pensaba en aquel tiempo? Y respon-

dió, que su ejercicio era tenerse por indigno de la conversacion del monasterio, y de la compañía y vista de los padres, y de levantar los ojos para mirarlos.

Cuentase en la vida de los padres, 2 part. § 80, que contaba el Abad Juan, que un filósofo tuvo un díscipulo que cometió una culpa, y díjole no te perdonaré, sino sufres las injurias de otros por tres años. Hízolo así, y vino por el perdon, y volvióle á decir el filósofo: No te perdono, sino das premios otros tres años, porque te injurien. Hízolo así, y entonces le perdonó, y le dijo: ya podrás ir á Atenas á aprender la sabiduría; con lo cual fue á Atenas, y un filósofo injuriaba á los que entraban á oirle de nuevo, por ver si tenian paciencia, y como le hiciese una injuria, y él se riese, díjole: ¿Cómo te ries, injuriándote yo? Respondió: Tres años dí dones porque me injuriasen, y ahora hallando quien me injurie de valde, ¿no quieres que me ría? Entonces dijo el filósofo: Entra, que tú eres bueno para la sabiduría. De lo cual concluia el Abad Juan, que la paciencia era la puerta de la sabiduria.

El padre Mafeo, en la vida que escribe de nuestro bienaventurado P. S. Ignacio, lib. 3, c. 5, cuenta, que yendo una vez nuestro santo Padre en peregrinacion de Venecia á Padua, con el padre Diego Lainez, con unos vestidos muy viejos y remendados, viéndolos un pastorcillo, se llegó cerca de ellos, y comenzó á reir y burlar de ellos. Se paró nuestro santo Padre con mucha alegría, y diciéndole el compañero, ¿que por qué no andaba, y dejaba aquel muchacho? Respondió: ¿Por qué habemos de privar á este niño de este contento y alegria que se le ha ofrecido? y asi se estuvo parado, para que el muchacho se hartase de mirarlo, y de reir y burlar de él, recibiendo el mayor contento con este desprecio, que los del mundo reciben con las honras y estima.

De nuestro padre S. Francisco de Borja se cuenta en su vida, lib. 4, c. 5, que yendo una vez de camino con el padre Bustamante, que era su compañero, llegaron á una posada, donde no hubo para dormir sino un aposentillo estrecho, con sendos jergones de paja: acostaronse los padres, y el padre Bustamante por su vejez, y ser fatigado de asma, no hizo en toda la noche sino toser y escupir, pensando que escupia hácia la pared, acertó acaso á escupir en el padre san Francisco, y muchas veces en el rostro. El santo Padre no habló palabra, ni se mudó ni desvió por ello. A la mañana cuando el padre Bustamante vió de dia lo que habia hecho de noche, quedó en gran manera corrido y confuso, y el padre S. Francisco no menos alegre y contento; y para consolarle, le decia: No tenga pena de esto, padre, que yo le certifico, que no habia en el aposento lugar mas digno de ser escupido que yo.

## CAPÍTULO XXV.

### *Del ejercicio de humildad que tenemos en la Religion.*

El bienaventurado S. Basilio, (a) prefiriendo y anteponiendo la vida monástica á la solitaria, una de las razones que de esto da, es, porque la vida solitaria, fuera de ser paligrosa, no es tan suficiente para alcanzar las virtudes necesarias, como la monastica, por carecer del uso y ejercicio de ellas. Porque ¿cómo se ejercitará en la humildad, el que no tiene alguno á quien humillarse? ¿Y cómo se ejercitará en la caridad y misericordia, quien no tiene trato ni comunicacion con otro? ¿Y cómo se podrá ejercitar en la paciencia, el que no tiene quien le resista á lo que quiere? Pero el Religioso que vive en comunidad, tiene gran comodidad para alcanzar todas las virtudes necesarias, por la ocasion grande que tiene de ejercitarse en todas ellas. En la humildad, porque tiene á quien se humillar y sujetar. En la caridad, porque tiene con quien la ejercitar. En la paciencia, porque á quien trata con tantos, nunca le faltan ocasiones para esto. Y asi podiamos ir discurriendo por las demas virtudes. Mucho debemos al Señor los Religiosos, por la merced tan grande que nos ha hecho, en traernos á la Religion, donde hay tanta disposicion y tantos medios para alcanzar la virtud: al fin es escuela de perfeccion. Pero nosotros tenemos en esto particular obligacion; porque fuera de los medios comunes, nos ha dado otros muy particulares, y especialmente para alcanzar la virtud de la humildad, y esto de regla y constitucion. De manera que si guardamos bien nuestras reglas, seremos muy humildes, porque en ellas tenemos muy bastante ejercicio para ello. Tal es el que nos pide aquella regla (b) y constitucion que tenemos tan principal é importante en la Compañía, que nos manda, que tengamos toda nuestra conciencia descubierta al superior, dandole cuenta de todas nuestras tentaciones, pasiones y malas inclinaciones, y de todos nuestros defectos y miserias: y aunque es verdad, que esto se ordena para otros fines, como diremos en su propio lugar, pero no hay duda, sino que es grande ejercicio de humildad. Tal es tambien el que nos pide aquella regla, (c) que dice: * Para mas aprovecharse en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, deben todos contentarse, que todos los errores y faltas, y cualesquier cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas á sus mayores, por cualquier persona que fuera de confesion las supiere. * Nótese aquella razon que da para

(a) *Basil. in reg. fusius disp.* 9. (b) 3 *p. const. c.* 1, § 12, *et reg.* 40, *et* 41. (c) 3. *p. tr.* 7, *regul.* 9 *summarii*, *c.* 4 *exam.* § 8.

mayor bajeza y humildad propia, porque eso es lo que vamos diciendo. Si deseais alcanzar la verdadera humildad, vos os holgaréis de que todas vuestras faltas sean manifiestas á vuestros mayores. Y asi el buen Religioso y humilde, él mismo va á decir sus faltas al superior, y á pedir penitencia de ellas, y procura que el primero de quien el superior sepa sus faltas, sea de él mismo. Y no solo esto, sino mucho mayor ejercicio de humildad tenemos en la Compañía; porque publicamente decís vuestras culpas delante de todos, para que os desprecien y os tengan en poco, que ese es el fin de ese ejercicio de humildad, y no para que os tengan por humilde y mortificado, porque eso no seria acto ni ejercicio de humildad, sino de soberbia. Con este mismo espíritu habeis de tomar y desear las reprensiones, no solo en particular y en secreto, sino en público delante de todos; y cuanto es de vuestra parte, os habeis de holgar que se haga aquello muy de veras, y que lo sientan todos así, y os tengan por tal. Y generalmente el uso y ejercicio de todas las penitencias y mortificaciones esteriores que se usan en la Compañía, ayuda mucho para alcanzar y conservar la verdadera humildad, el besar los pies, y comer debajo de la mesa, ó hincado de rodillas, el postrarse á la puerta del refectorio, etc. Si estas cosas se hacen con el espíritu que se han de hacer, seran de mucho provecho para alcanzar la verdadera humildad y para conservarla. Cuando os sentais á comer en el suelo, lo habeis de hacer con un conocimiento interior de vos mismo, que no mereceis sentaros á la mesa con vuestros hermanos: y cuando les besais los pies, que no mereceis aun besar la tierra que ellos pisan. Y cuando os postrais, que mereceis que todos os pisen la boca. Y habeis de querer y desear que todos lo sientan asi. Y seria muy bueno, que cuando uno hace estas mortificaciones, se actuase interiormente en estas consideraciones, como lo hacia aquel santo monge, que estuvo siete años á la puerta del monasterio, de *quien* dijímos en el capítulo pasado, porque de esa manera serán ellas de mucho provecho, y engendrarán humildad allá dentro en el corazon; pero si vos haceis esas cosas sin espíritu, y solamente esteriormente, serán de poco provecho. Porque como dijo S. Pablo: *Corporalis exercitatio ad modicum utilis est*, 1 ad Tim. 48. Eso es hacer las cosas por cumplimiento y costumbre, cuando se hace solamente lo esterior, sin espíritu, y sin procurar conseguir el fin que se pretende con ello. Si vos acabais de besar los pies á vuestros hermanos, y de postraros para que todos os pisen, y despues les hablais palabras asperas y desabridas, no viene bien lo uno con lo otro: eso es señal que aquello fue cumplimiento ó hipocresía.

Estos y otros muchos ejercicios de humildad tenemos en la Compañía de regla y constitucion: los he querido traer aquí á la memoria, aunque los apuntamos arriba, trat. 1, c. 7, á otro propósito, para que pongamos los ojos en ellos, y eso sea en lo que principalmente ejercitemos la humildad; porque *en lo* que el Religioso ha de ejercitar y mostrar principalmente la virtud y mortificacion, ha de ser en aquello que es menester para guardar muy bien las reglas y constituciones de su Religion; porque eso es en lo que consiste nuestro aprovechamiento y perfeccion. Y sino teneis virtud para poner por obra las cosas de humildad y mortificacion, á que nos obliga vuestra regla é instituto, no hagais caso de cuanto teneis. Como podemos decir tambien de cualquier cristiano, que lo principal para que tiene necesidad de humildad y de mortificacion, es para guardar la ley de Dios: y si para eso no la tiene, poco ó nada le aprovechará. Sino tiene humildad y mortificacion para confesar una cosa vergonzosa, sino que de vergüenza, ó por mejor decir, de soberbia la deja y quebranta un mandamiento tan principal, ¿qué le aprovechará cuanto tuviere é hiciere? Pues por solo eso se condenará. Asi podemos decir en su modo del Religioso. Si vos no teneis humildad para descubrir al superior vuestra conciencia, y cumplir una regla tan principal como esa, ¿de qué sirve la humildad y la mortificacion? Si aun no podeis sufrir que otro avise de vuestra parte al superior, para que os corrija, ¿donde está vuestra humildad? Sino la teneis para recibir las reprensiones y la penitencia, y para hacer el oficio bajo y humilde, y para ser incorporado en el grado que os quisiere poner la Compañía, ¿de que sirve la humildad y la indiferencia, y para que la quieren los superiores? A este modo puede especificar cada Religioso en las cosas espirituales de su Religion, y cada uno en las particulares que pide su estado y oficio.

## CAPÍTULO XXVI.

### *Que nos habemos de guardar de hablar palabras que puedan redundar en nuestro loor.*

Los Santos y maestros de la vida espiritual, Basilio, (a) Gregorio, Bernardo, y otros nos avisan, que nos guardemos con mucho cuidado de hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima, conforme á aquello que el santo Tobías, cap. 4, v. 14, aconseja á su hijo: *Superbiam nunquam in tuo sensu, aut in tuo verbo donari permittas.* Nunca permitas que la soberbia se enseñoree en tu corazon, ni en tus palabras. Pondera muy bien S. Bernardo, epist. 87, á este propósito aquello de S. Pablo: *Parco autem, ne quis me exis-*

(a) *Basil. serm de exercitatione monastica.*

*timet supra id quod videt in me, aut aliquid audit ex me*: 1 ad Cor. c. 12, v. 6. Habia dicho el Apóstol algunas cosas grandes de sí, porque convenia asi para los oyentes, para mayor gloria de Dios, y pudiera decir otras mayores, (b) pues habia sido arrebatado al tercero cielo, donde vió y entendió mas que lo que la lengua puede hablar: pero dejélas, dice, de decir, porque no piense alguno de mí mas de lo que hay y se vé en mí. Dice S. Bernardo: *Quám pulchrà dixit, parco! Non parcit sibi arrogans, non parcit sibi superbus, non cupidus vanæ gloriæ, et jactator actuum suorum, qui vel sibi arrogat, quod est, vel mentitur quod non est.* ¡O que bien dijo, yo perdono ahora eso! El soberbio y el arrogante no perdona á esas cosas, porque no deja pasar ninguna ocasion en que pueda mostrar ser algo, que no lo haga: antes algunas veces añade y dice mas de lo que es, para ser tenido y estimado en mas: *Solus, qui verè humilis est, parcit animæ suæ, qui ne putetur, quod non est, semper, quantum in se est, vult nesciri quod est*: Solo el verdadero humilde deja pasar estas ocasiones, y para que no le tengan en mas de lo que es, quiere encubrir lo que verdaderamente es. Y descendiendo en esto mas en particular, dice: (c) *Loquens nihil dicas, unde multum eruditus, multumque Religiosus possis putari*: Nunca digais cosa de donde podais parecer muy letrado, ó muy Religioso ú hombre de oracion, y generalmente, cosa que pueda redundar en vuestro loor, de cualquier manera que sea, siempre os habeis de guardar de decirla, porque es cosa muy peligrosa, aunque la podais decir con mucha verdad, y aunque sea de edificacion, y os parezca que la decís para bien y provecho del otro, basta ser cosa vuestra, para no la decir. Siempre habeis de andar muy recatado en esto, para que no perdais con eso el bien que por ventura hicisteis.

San Buenaventura dice: (d) *Nunquam de scientia, vel de sæculi statu se jactent*: Nunca digais palabras que den á entender que sabeis, ó que tengais habilidad, ingenio ó talento particular, ni tampoco hagais cosa por donde puedan los otros entender, que allá en el siglo eradeis algo. Parece muy mal en la Religion preciarse de la nobleza y estado de los suyos: porque todos estos linages y estados son un poco de viento: y como decia uno muy bien, la nobleza, ¿sabeis para que es buena? Para menospreciarla, como la riqueza. De lo que acá se hace caso, es de la virtud y humildad que tuvieredeis: eso es lo que se estima, que lo que eradeis ó no eradeis allá fuera, todo es aire, y el que en la Religion se precia de esas cosas, ó hace caso de ellas, muestra bien su vanidad y poco espíritu: ese tal no ha dejado ni menospreciado el mundo.

(b) *Nota S. Gregor. l.* 18 *mor. c.* 5. (c) *Bernard. in spec. Monachor.* (d) *Bonav. in specul. disc. part.* 3, *c.* 3.

Dice S. Basilio: in regul. bre. 90: *Qui natus est ex spiritu juxta Domini vocem, & potestatem accepit fieri Filius Dei, cum cognationis secundum carnem pudet*: El que ha nacido con otro nacimiento nuevo, y ha contrahído parentesco espiritual y divino con Dios, y recibido poder para ser hijo suyo, avergüenzase de ese otro parentesco carnal, y olvidase de él. En cualquiera parecen mal las palabras de su alabanza: y asi dice el Proverbio: *Laus in ore proprio vilescit*; y mejor el Sabio: cap. 27, v. 2: *Laudet te alienus, & non os tuum: extraneus, & non labia tua.* Pero en la boca del Religioso parecen mucho peor, por ser tan contrarias á lo que profesa: y por donde uno piensa que será estimado, viene á ser desestimado y tenido en poco. S. Ambrosio, ser. 20, sobre aquellas palabras del Profeta, Psal. 118, 153: *Vide humilitatem meam, & eripe me*: Mirad, Señor, mi humildad, y libradme; dice: aunque uno sea enfermo, pobre y de baja suerte, si él no se ensoberbece ni se quiere preferir á nadie, *Ipse humilitate commendat*: con la humildad se hace amar y estimar: ella lo suple todo: y por el contrario, aunque uno sea muy rico, noble, poderoso, y aunque sea muy letrado, y tenga muchas partes y habilidades, si el se jacta y engrie de eso, *Insolentia sibi vilis est*: con eso se apoca y abate, y viene á ser despreciado y tenido en menos, porque viene á ser tenido por soberbio. Del Abad Arsenio cuenta su história, (e) que con haber sido en el mundo tan ilustre y eminente en letras, porque fue maestro de los hijos del emperador Teodosio, Arcadio y Honorio, que fueron tambien Emperadores; con todo eso despues que se hizo monge, jamas se le oyó palabra que oliese á grandeza, ni que diese á entender que sabía letras, sino que conversaba y trataba con los demas monges con tanta humildad y llaneza, como sino supiera letras ningunas: antes él preguntaba á los monges mas simples las cosas del espíritu, diciendo que en esta altísima ciencia no merecia ser discípulo. Y del bienaventurado S. Gerónimo se dice en su vida, que era de linage nobilísimo, y con todo eso en todas sus obras no se halla, que él haya dado significacion alguna de ello.

Dice S. Buenaventura (f) una razon muy buena: Entended, que apenas puede haber en vos cosa buena y digna de loor, que no se les trasluzca á los otros, y la entiendan y sepan: y si vos callais y la escondeis, agradaréis mucho mas, y seréis mas digno de loor, asi por la virtud, como por quererla encubrir; pero si vos la manifestais y haceis plato de ella, harán burla de vos, y de donde antes se edificaban y os estimaban, os vendrán á despreciar y tener en poco. Es en esto la virtud como el almizcle, que mientras mas le escondeis, mas



(e) *Metaph. & Surius in vita Arsenii.* (f) *Bon. de infor. nov. p.* 1, *c.* 25.

se muestra con el olor que da, y si lo traeis descubierto, presto perderá el olor.

Cuenta S. Gregorio, l. 3 dialog. c. 33, que un santo Abad, llamado Eleuterio, iba una vez caminando, y llegando á hacer noche á un monasterio de monjas, le hospedaron en cierta casa, donde estaba un muchacho muy atormentado del demonio, el cual fue aquella noche su compañero. Venida la mañana, preguntáronle las monjas, si le habia venido á aquel mozo algun accidente: respondió que no. Entonces dijeron ellas, que era muy atormentado cada noche del demonio, y ruéganle con mucha instancia que le lleve consigo al monasterio. Aceptó el viejo sus ruegos, y como estuviese mucho tiempo en el convento, y no se osase llegar á él el enemigo antigüo, fue tocado el corazon del viejo de alguna alegria desordenada y vano contento, por la salud del mozo, y hablando con sus monges, díjoles: Burlábase, hermanos, el demonio con aquellas monjas, atormentando este mozo, mas despues que ha venido al monasterio de los siervos de Dios, no se ha atrevido á llegar á él. En diciendo estas palabras, subitamente delante de todos fue el mozo atormentado del demonio: lo cual visto por el santo viejo, comenzó á llorar amargamente, viendo que su vanagloria habia sido causa de aquel desmán, y consolándole los monges, les dijo: Que ninguno de todos ellos comeria bocado, hasta que alcanzasen la salud de aquel mozo. Y postrados todos en oracion, no se levantaron de ella, hasta que fue sano el enfermo. Por donde se verá cuanto aborrece Dios las palabras que tienen algun resabio de alabanza propia, aunque se digan burlando por gracia y por donaire, como parece que las dijo este Santo.

## CAPITULO XXVII.

### *Como nos habemos de ejercitar en la oracion en este segundo grado de humildad.*

Nuestro Padre, en las constituciones, pone aquella regla tan principal (a) y de tanta perfeccion, que dijimos arriba. * Que asi como los mundanos aman y desean con tanta diligencia honras, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, asi los que van en espíritu, y siguen de veras á Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario, deseando pasar injurias, falsos testimonios y afrentas, y ser tenidos por locos: no dando ellos ocasion alguna de ello, por desear parecer é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo. * Y manda que todos los que hubieren de entrar en la Compañia, sean primero preguntados, si tienen estos deseos. Cosa recia

(a) *C. 4 de exa. § 44, & 45, c. 5.*

parece por cierto, que un novicio recien cortado del mundo, y que viene corriendo sangre, como dicen, sea examinado por una regla tan estrecha, y de tanta perfeccion como esta. Aí se verá la perfeccion grande que nuestro instituto nos pide. Quiere hombres verdaderamente deshechos de sí, y que estén muertos del todo al mundo. Pero porque esto es dificultoso, y de gran perfeccion, añade nuestro Padre, que si alguno por nuestra humana flaqueza y miseria, no sintiere en sí tan encendidos deseos de esto, que sea preguntado, si tiene á lo menos deseos de tenerlos, y con eso y con que esté dispuesto á llevarlo en paciencia, cuando se le ofrecieren semejantes ocasiones, se contenta. Porque esa es buena disposicion para aprender y aprovechar; basta que el aprendiz entre con deseo de saber el oficio y se aplique á eso, de esa manera saldrá con ello. La Religion es escuela de virtud y perfeccion; entrad con ese deseo, y saldréis con lo que deseais.

Pues conocemos por aqui este ejercicio; vámoslo tomando poco á poco. Decís, que no sentís en vos deseos de ser despreciado y tenido en poco, pero que deseais tenerlos: comenzad por aí á ejercitaros en la oracion en esta virtud de la humildad, decid con el Profeta: Ps. 118, 10: *Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore*: Deseó, ó Señor, mi ánima desear vuestras justificaciones en todo tiempo. ¡O Señor, y cuan léjos me veo de tener aquellos vivos y encendidos deseos, que tenian aquellos grandes Santos y verdaderos humildes, de ser despreciados del mundo! Mucho querria, Señor, llegar siquiera á tener deseo de tener esos deseos, deseo de desearlo. Bien vais por aí, muy buen principio y disposicion es esa para alcanzarlo; insistid y perseverad en eso en la oracion, y pedid al Señor que os ablande el corazon, y deteneos en eso algunos dias, porque agradan mucho al Señor estos deseos, y los oye él de muy buena gana: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus; præparationem cordis eorum audivit auris tua*: Psal. 9, 38. Presto os dará el Señor un deseo de padecer algo por su amor, y de hacer alguna penitencia por vuestros pecados, y cuando os lo diere, ¿en qué podeis emplear mejor ese deseo de padecer? ¿Y en qué podeis hacer mayor penitencia, que ser despreciado y tenido en poco por su amor, en recompensa de vuestros pecados? Como hacia David, cuando le maldecia y deshonraba Semeí: 1 Reg. c. 16, v. 11. Dejádle, dice, que por ventura será servido el Señor de recibir esas afrentas y desprecios, en descuento de mis pecados, y será esa gran dicha mia. Y cuando el Señor os hiciere esa merced, que sintais en vos esos deseos de ser despreciado y tenido en poco, por parecer é imitar á Cristo, no habeis de pensar que está acabado el negocio, y que habeis alcanzado ya

la virtud de la humildad; antes entonces habeis de hacer cuenta, que ha de comenzar de nuevo el plantar y asentar en vuestra alma la virtud: y asi habeis de procurar no pasar ligeramente por esos deseos, sino deteneros en ellos muy de espacio, ejercitaros mucho tiempo en ellos en la oracion, hasta que lleguen á ser tales y tan eficaces, que se estiendan á la obra. Y cuando llegáredeis á eso, que os parece que llevais bien las ocasiones que se os ofrecen, en la misma obra hay muchos grados y escalones que subir para llegar á la perfeccion de la humildad: Porque lo primero es menester que os ejerciteis en llevar con paciencia todas las ocasiones que se ofrecieren que tocáren á vuestro desprecio y desestima: en lo cual habrá que hacer por algun tiempo, y aun por ventura por mucho. Despues habeis de pasar adelante, y no parar ni descansar hasta que os holgueis en el desprecio y afrenta, y sintais en esto tanto contento y gusto, como los mundanos en cuantas honras, riquezas y placeres hay en el mundo, conforme á aquello del Profeta: Ps. 118, 14. *In via testimoniorum tuorum delectatus sum sicut in omnibus divitiis.* Cuando deseamos alguna cosa de veras, naturalmente nos holgamos cuando la alcanzamos, y si mucho la deseamos, mucho nos holgamos, y si poco, poco. Pues tomad esto por señal, para ver si deseais de veras ser tenido en poco, y si vais creciendo en la virtud de la humildad: y lo mismo es en las demas virtudes.

Para que nos aprovechemos mas de este medio de la oracion, y con él se nos vaya imprimiendo mas en el corazon la virtud, habemos de ir en ella descendiendo á casos particulares y dificultosos que se nos pueden ofrecer, animándonos y actuándonos en ellos, como si los tuviésemos presentes, insistiendo y deteniéndonos en eso, hasta que ninguna cosa se nos ponga delante, sino que todo quede allanado, porque de esa manera se va desarraigando el vicio, y la virtud embebiendo y entrañando en el corazon, y perficionándose mas. Es muy buena comparacion para esto lo que hacen los plateros para refinar el oro: derrítenlo en el crisol, y cuando está derretido, echan alli un granito de soliman, y comienza el oro á hervir con grande furia y braveza, hasta que se acaba de gastar el soliman, y en gastándose sosiégase el oro: torna el platero á echar otro granito de soliman, y torna el oro á hervir; pero no con tanta furia como la primera vez, y en consumiéndose el soliman, tornase el oro á sosegar: torna á echar tercera vez otro poquito de soliman, y torna el oro á hervir, pero mansamente: torna cuarta vez á echar otro poco de soliman, y ya no hace ruído el oro con el soliman, ni hace sentimiento mas que si nada le echáran; por-

que está ya refinado y purificado, y esa es la señal de ello. Pues esto es lo que nosotros habemos de hacer en la oracion, echar un granito de soliman, imaginando que se os ofrece una cosa de mortificacion y desprecio, y si os comenzais á azorar y turbar, deteneos en eso, hasta que con el calor de la oracion se gaste ese granito de soliman, y hagais rostro á aquella, y quedeis quieto y sosegado en ello. Y tornad otro dia á echar otro granito de soliman, imaginando que se ofrece otra cosa dificultosa de mucha mortificacion y humiliacion, y si todavia hierve y se turba la naturaleza, deteneos hasta que lo gasteis, y os sosegueis en aquello, y tornad á echar otra y otra vez otro granito, y cuando ya no causare en vos ruido ni turbacion el soliman, sino que con cualquier cosa que se ofrezca y se os ponga delante, os quedais con mucha paz y sosiego, entonces está refinado y purificado el oro: esa es la señal de haber alcanzado la perfeccion de la virtud.

## CAPÍTULO XXVIII.

### *Como habemos de traer el examen particular de la humildad.*

El examen particular, como dijimos (a) en su lugar, siempre se ha de hacer de una cosa sola, porque de esta manera es mas eficaz este medio y de mayor efecto, que si le trajesemos de muchas cosas juntas; y por eso se llama particular, porque se hace de una cosa sola: y es de tanta importancia esto, que aun un vicio ó una virtud muchas veces, y aun lo mas ordinario, es menester tomarla por partes y poco á poco, para poder alcanzar mejor lo que se desea. Pues asi es en esta virtud: si quereis traer examen de desarraigar la soberbia de vuestro corazon, y alcanzar la virtud de la humildad, no lo habeis de tomar en general, porque la soberbia ó la humildad comprende mucho, y si lo tomais asi á bulto y en general, no habeis de ser soberbio en nada, sino en todo humilde: es mucho examen, y mas que si lo trajeradeis de dos ó tres cosas juntas, y asi no haréis nada; sino habeislo de tomar poco á poco por partes. Mirad en que soleis principalmente sentir falta de humildad, y tener soberbia, y de eso comenzad: y en concluyendo con una cosa particular, tomad á pechos otra, y despues otra, y de esa manera poco á poco iréis desarraigando de vos el vicio de la soberbia, y alcanzando la virtud de la humildad. Pues estas cosas iremos ahora dividiendo y desmenuzando, para que asi podamos hacer mejor y con mas provecho el examen particular de esta virtud tan necesaria.

Sea lo primero, de no hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima. Como

(a) 1 *p. tract.* 7, *c.* 4, *et* 5.

nos es tan natural este apetito de honra y estimacion, y le tenemos tan arraigado en el corazon, casi sin sentir ni advertir en ello se nos va la lengua á decir palabras que pueden redundar en nuestro loor directa ó indirectamente: *Ex abundantia enim cordis os loquitur*: Matth c. 12, v. 34: et Luc. c. 6, v. 45. En ofreciéndose alguna cosa honrosa, luego nos querriamos hacer parte de ella: yo me hallé allí, y aun fuí en que se hubiese así, sino fuera por mí, etc. Desde el principio se me ofreció á mí aquello: yo aseguro que si la cosa no fuera tal, que aunque os hubierais hallado y sido parte en ella, que lo callarais. Y á este modo hay otras palabras, que muchas veces no echamos de ver, hasta despues que las habemos dicho: y asi es muy bueno traer examen particular de esto, para que con esa advertencia y costumbre buena quitemos esa otra mala, y casi connatural que tenemos.

Lo segundo sea lo que nos avisa S Basilio, ser. de exerc. Monast., y es tambien de los santos, Gerónimo, Agustino y Bernardo, que no oigamos de buena gana, que otro nos alabe y diga bien de nosotros, porque en eso hay tambien grande peligro. Dice S. Ambrosio, que cuando el demonio no nos puede derribar con pusilanimidad y desmayo, procura derribarnos con presuncion y soberbia: y cuando no nos puede derribar con deshonra, trata que nos honren y alaben, para derribarnos por allí. Del bienaventurado S. Pacomio se cuenta en su vida, que solia salir del monasterio, é irse á partes mas solitarias á orar, y cuando volvia, muchas veces venian los demonios, y como cuando viene un gran ejército con un capitan, con grande acompañamiento, iban delante haciendo mucho estruendo, y como que hacian lugar, y quitaban los impedimentos, iban diciendo: *Date locum homini Dei*: *date locum homini Dei*: Aparta, aparta, haced lugar, haced lugar, que viene el santo; que viene el siervo de Dios: para ver si podian por allí levantarle y ensoberbecerle, y él reíase y hacia burla de ellos. Pues hacedlo vos asi: cuando oyereis que os alaban, ó cuando os vinieren pensamientos de vuestra estima, haced cuenta que oís al demonio que os dice esas cosas, y reíos y haced burla de él, y asi os libraréis de esa tentacion.

S. Juan Clímaco, (c. 21.) cuenta una cosa muy particular acerca de esto. Dice, que una vez el demonio descubrió á un monge los pensamientos malos con que combatió á otro, porque oyendo el combatido de la boca del otro lo que pasaba en su corazon, le tuviese por profeta, y le alabase y predicase por santo, y asi se ensoberbeciese. De donde se verá, cuanto estima el demonio que entre en nosotros esta soberbia y complacencia vana; pues con tantos ardides y mañas lo procura. Y asi dice S. Gerónimo: *Nos ergo ad patriam fes-*

*tinantes, mortiferos syrenarum cantus surda debemus aure pertransire*: Guardaos de las sirenas de la mar, que encantan los hombres, y les hacen perder el juicio. Es tan dulce música y tan suave á nuestras orejas la de las alabanzas de los hombres, que no hay sirenas que asi encanten y hagan á uno salir de sí, y por eso es menester hacernos sordos y taparnos los oidos. S. Juan Clímaco dice: cuando nos alaban, pongamos delante nuestros pecados, y hallarémonos indignos de las alabanzas que nos dan, y asi sacarémos de ellas mayor humildad y confusion. Pues esta puede ser la segunda cosa de que se puede traer examen particular de no holgaros que otros os alaben y digan bien de vos: y con esta se puede juntar el holgaros cuando alaban y dicen bien de otro, que es otra cosa particular de mucha importancia. Y cuando tuviereis algun sentimiento ó movimiento de envidia de que alaban y dicen bien de otro, ó alguna complacencia ó contentamiento vano de que dicen bien de vos, apuntadlo por falta.

La tercera cosa de que podemos traer examen particular, es de no hacer cosa alguna, por ser vistos y estimados de los hombres, que es lo que nos avisa Cristo nuestro Señor en el Evangelio: *Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis, alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in Cœlis est.* Matth. c. 6, v. 1. Este es un examen muy provechoso y puédese dividir en muchas partes. Primero se puede traer de no hacer las cosas por respetos humanos; y despues de hacerlas puramente por Dios; y despues de hacerlas muy bien hechas, como quien las hace delante de Dios, y como quien sirve á Dios, y no á hombres, hasta llegar á hacer las obras de tal manera, que mas parezca que estamos en ella amando, que obrando; como dijímos largamente, 1 p. trat. 7, tratando de la rectitud y pureza de intencion que habemos de tener en las obras.

La cuarta cosa de que podemos traer examen particular, es de no nos escusar: porque tambien nace de soberbia, que en haciendo la falta, ó en diciéndonosla, luego la queremos escusar, y sin sentir se nos sale una escusa tras otra, y aun de habernos escusado, queremos luego dar otra escusa: *Ad excusandas excusationes in peccatis*: Psal. 140, v. 4. S. Gregorio lib. 22 Moral. cap. 9, sobre aquellas palabras de Job 31: *Si abscondi quasi homo peccatum meum, et celavi in sinu meo iniquitatem meam*: Si escondí como hombre mi pecado: pondera muy bien aquel *quasi homo*, y dice, que es propio del hombre querer encubrir y escusar su pecado: porque nos viene de casta este vicio, y le heredamos de nuestros primeros padres. En pecando el primer hombre, luego se fue á esconder entre los árboles del Paraiso: y reprendiéndole Dios de su inobediencia, luego se escusó con la muger: *Mu-*

*lier quam dedisti mihi sociam, dedit mihi de ligno, et comedi*: Gen. 3, v. 12. Señor, la muger que vos me disteis por compañera, me hizo comer. Y la muger se escusó con la serpiente: *Serpens decepit me, et comedi.* Preguntales Dios de su pecado, para que conociéndole, y confesándole alcanzasen perdon de él. Y asi dice S. Gregorio, no preguntó á la serpiente; porque á esa no la habia de perdonar: y ellos en lugar de humillarse y conocer su pecado, para alcanzar perdon de él, acreciéntanle y hacenle mayor escusandole, y aun queriendo en alguna manera echar la culpa á Dios. Señor, la muger que vos me disteis fue causa de esto: como si dijera: Si vos no me la dierais por compañera, no hubiera nada de esto. La serpiente que vos criasteis, y dejasteis entrar en el paraiso, esa me engañó, que si vos no la dejarais entrar acá, no pecara yo. Dice S. Gregorio, como habian oido de la boca del demonio, que serian semejantes á Dios: ya que ellos no pudieron ser semejantes á él en la divinidad, quisiéronle hacer semejante á sí en la culpa: y asi la hacen mayor, defendiéndola, que habia sido cometiendola. Pues como hijos que somos de tales padres, al fin como hombres nos habemos quedado con esta enfermedad, y con este vicio y mala costumbre, que en reprendiéndonos de alguna falta, luego la queremos encubrir con escusas, como debajo de unas hojas y ramas: y algunas veces no se contenta uno con escusarse á sí, sino que quiere echar la culpa á otros. Compara un Santo á los que se escusan, al erizo, que cuando siente que le quieren tomar ó tocar, encoge con grandísima velocidad la cabeza y los pies, y queda por todas partes rodeado de espinas, hecho una bola, que no le podréis tomar ni tocar sin punzaros primero: *Ut prius videas sanguinem tuum, quám corpus suum.* De esa manera, dice este Santo, son los que se escusan, que si los quereis tocar, y les decís la falta que hicieron, luego se defienden como el erizo. Y unas veces os punzarán á vos, dandoos á entender que tambien vos habeis menester aquello: otras diciéndoos que tambien hay regla que no reprenda uno á otro: otras diciendo, que otros hacen mayores faltas, y se disimulan. Llegaos á tocar al erizo, y veréis si punza. Todo esto nace de la mucha soberbia que tenemos, que no querriamos que se supiesen nuestras faltas, ni ser tenidos por defectuosos, y mas nos pesa de que se sepan, y de la estima que por ello perdemos, que de haberlas hecho: y asi las procuramos encubrir y escusar cuanto podemos: y hay algunos tan inmortificados en esto, que aun antes que les digan nada, ellos previenen, y se escusan, y quieren dar razon de lo que les pueden oponer: si hice aquello, fue por esto, y si hice lo otro, fue por esto otro. ¿Quién os pica ahora, que asi saltais? Es estimu-

lo y aguijon de la soberbia, que tiene allá dentro de las entrañas, ese les pica, y les hace faltar con eso, aun antes de tiempo. Pues el que sintiere en sí este vicio y mala costumbre, será bien traer examen particular de esto, hasta que no os venga gana de encubrir vuestra falta, sino que antes os holgueis, ya que la hicisteis, de que os tengan por defectuoso, en recompensa y satisfaccion de ella: y aunque no hayais hecho falta, y os repren - dan por ella, no os escuseis, que cuando el superior quisiere saber la causa ó razon que tuvisteis para hacer aquello, él sabrá preguntar, y por ventura la sabe ya, sino que quiere probar vuestra humildad, y ver como tomais la reprension y el aviso.

Lo quinto, es tambien buen examen de cortar y cercenar pensamientos de soberbia. Es uno tan soberbio y tan vano, que le vienen muchos pensamientos vanos y altivos, imaginándose en puestos altos, y en tales ministerios, ya os hallais predicando en vuestra tierra, con grande aceptacion, é imaginando que haréis mucho fruto: ya os hallais leyendo ó disputando en tales conclusiones, con grande aplauso de los circunstantes, ó en otras cosas semejantes. Todo eso nace de la soberbia grande que tenemos, que está brotando y rebentando en esos pensamientos. Y asi es muy bueno traer examen particular de cercenar y cortar luego estos pensamientos altivos y vanos: como lo es tambien de atajar y cortar luego los pensamientos deshonestos, y de juicios, y de otro cualquier vicio de que uno es molestado.

Lo sexto, será tambien buen examen de tenerlos á todos por superiores, conforme á lo que nos dice nuestra Regla: (b) Que nos animemos á la humildad, procurando y deseando dar ventaja á los otros, estimándolos en nuestra ánima á todos, como si nos fuesen superiores, y esteriormente teniéndoles el respeto y reverencia que sufre el estado de cada uno, con la llaneza y simplicidad religiosa, que es tomada del Apóstol. (c) Aunque en lo esterior haya de haber diferencia, conforme á los estados y personas, pero cuanto á la humildad verdadera é interior de nuestra ánima, quiere nuestro santo Padre, que asi como llamó minima á esta Compañía y Religion, asi cada uno de ella se tenga por el minimo de todos, y que á todos los tenga por superiores y mejores. Pues este será muy buen examen y muy provechoso; con tal que esto no sea solamente especulacion, sino que en la práctica y ejercicio procureis haberos con todos con aquella humildad y respeto, como si os fuesen superiores. Porque si vos teneis al otro por superior, no le hablaréis con libertad ni aspereza, y mucho menos palabras que le puedan lastimar ó mortificar, ni le juzgareis tan facilmente,

(b) 3 *p. const. c.* 1, § 4: *et reg.* 29 *sum.* (c) *Ad Phil.* 2, 3. *Ad Rom.* 12, 10.

ni os sentireis de que él os trate ó hable de esta ú otra manera. Y asi todas estas cosas habeis de notar y apuntar por faltas, cuando traeis examen de esto.

La septima cosa de que podemos traer examen particular en esta materia, es de llevar bien todas las ocasiones que se nos ofrecieren de humildad. ¿Os soleis sentir cuando el otro os dice la palabrilla, ó cuando os mandan con resolucion y con imperio, ó cuando os parece que no hacen tanto caso de vos como de los otros? Traed examen de llevar bien esas y las demas ocasiones que se os ofrecieren, que puedan redundar en desestima vuestra. Este es un examen de los mas propios y provechosos que podemos traer para alcanzar la virtud de la humildad; porque fuera de irnos en esto previniendo para todo lo que se nos ofrece, y habemos menester entre dia, podemos en este examen ir creciendo y subiendo por aquellos tres grados que pusimos en la virtud. Cap. prec. Primero podeis traer examen de llevar todas esas cosas con paciencia, despues de llevarlas con prontitud y facilidad, hasta que no repareis ni hagais caso de nada de eso. Despues le podeis traer de llevarlas con alegría, y holgaros en vuestrs desprecio en que dijimos consistia la perfeccion de la humildad.

Lo octavo de que puede uno traer examen particular, asi en esta materia, como en otras semejantes, es de hacer algunos actos y ejercicios de humildad, ú otra virtud de que trajere examen, asi interiores, como esteriores, actuandose en aquello tantas veces á la mañana, tantas á la tarde, comenzando con menos actos, y yendo añadiendo mas, hasta que vaya ganando hábito y costumbre en aquella virtud. De esta manera divididos los enemigos, y tomando á cada uno por sí, se vencerá mejor, y se alcanza mas brevemente lo que se desea.

## CAPÍTULO XXIX.

### *Como con la humildad se puede compadecer el querer ser tenidos y estimados de los hombres.*

Suelese ofrecer muchas veces una duda acerca de la humildad, cuya resolucion nos importa mucho, para que sepamos como nos habemos de haber en ello. Decimos comunmente, y es doctrina comun de los Santos, que habemos de desear ser despreciados, abatidos y tenidos en poco, y que no hagan caso de nosotros. Luego por otra parte se nos ofrece: ¿pues cómo harémos fruto en los prójimos, si nos desprecian y tienen en poco? Porque para eso es menester tener autoridad con ellos, y que tengan buena opinion y estima de nosotros. Y asi parece que no será malo, sino bueno, desear ser estimados y tenidos de los hombres. Esta duda tratan los gloriosos san-

tos Basilio, Gregorio y Bernardo; (a) y responden muy bien á ella, y dicen que aunque es verdad que habemos de huir la honra y estimacion del mundo, por el gran peligro que hay en esto, y cuanto es de nuestra parte, y por lo que nos toca á nosotros, siempre habemos de desear ser despreciados y tenidos en poco; pero que por algun buen fin del mayor servicio de Dios, lícita y santamente se puede desear la honra y estimacion de los hombres. Y asi dice S. Bernardo, que es verdad que cuanto es de nuestra parte, habemos de querer que los otros conozcan y sientan de nosotros, lo que nosotros sentimos y conocemos de nosotros mismos, para que nos tengan en lo mismo que nosotros nos tenemos: mas muchas veces, dice que conviene que los otros sepan eso; y asi podemos algunas veces lícita y santamente querer que no sepan nuestras faltas; porque no reciban de ello algun daño, y se impida en ellos algun provecho espiritual.

Pero es menester que entendamos esto bien, y que vamos en ello con tiento y con mucho espíritu; porque semejantes verdades como esta, socolor de verdades, suelen hacer grande daño en algunos, por no usar bien de ellas. Los mismos Santos nos declaran bien esta doctrina, para que no tomemos en ellas ocasion de errar. Dice S. Gregorio: *Nonnunquam etiam sancti viri de bona sua opinione gaudent; sed cum per hanc ad meliora proficere audientes pensant.* Algunas veces tambien los varones santos se huelgan de tener buena opinion y estima cerca de los hombres: pero eso es cuando ven que es medio necesario para que los prójimos se aprovechen y ayuden mas en sus almas: *Nec jam de opinione sua, sed de proximorum gaudent utilitate, qua aliud est favores quærere, et aliud de defectibus exultare.* Y eso, dice S. Gregorio, no es holgarse de su estima y opinion, sino del fruto y aprovechamiento de los prójimos, que es cosa muy diferente. Una cosa es amar uno la honra y estimacion humana por sí misma, y parando en ella por su propio respeto y contento, por ser grande y señalado en la opinion de los hombres, y esto es malo. Otra cosa es cuando esto se ama por algun buen fin, como por el provecho de los prójimos, y para hacer fruto en sus almas, y esto no es malo, sino bueno. Y de esta manera bien podemos nosotros desear la honra y estimacion del mundo, y que tengan buena opinion de nosotros, por la mayor gloria de Dios, y por ser asi necesario para la edificacion de los prójimos, y para hacer fruto en ellos; porque esto no es holgarse uno de su honra y estimacion, sino del provecho y bien de los prójimos, y de la mayor gloria de Dios. Como el que

(a) *Basil. in reg. brev.* 185. *Greg. lib.* 22 *moral. cap.* 29. *Bern. serm.* 42 *super Cant.*

por la salud quiere la purga que naturalmente aborrece : el querer y admitir la purga, es amar la salud; asi el que à la honra humana que huye y desprecia, la quiere y admite solamente por ser en aquel caso medio necesario y provechoso para el servicio de Dios, y bien de las almas, se dice con verdad que no quiere ni desea sino la gloria de Dios.

Pero veamos en que se conocerá si se huelga uno con la honra y estimacion puramente por la gloria de Dios, y provecho de los prójimos; ó si se huelga por sí mismo, y por su propia honra y estima; porque esa es cosa muy delicada, y todo el punto y dificultad de este negocio consiste en ello. A lo cual responde S. Gregorio : *Qua in re necesse est, ut cum audientium utilitati non proficit, mentem nostram fama laudabilis non elevet, sed fatiget*: El holgarnos con la honra y estimacion, ha de ser tan puramente por Dios, que cuando no fuere necesario para su mayor gloria y bien de los prójimos, no solo no nos habemos de holgar con ellos, sino nos ha de dar pena. De manera que nuestro corazon y deseo, cuanto es de nuestra parte, siempre ha de ser inclinar á la deshonra y desprecio: y asi cuando se nos ofreciere ocasion de esto, la habemos de abrazar de corazon, y holgarnos con ella como quien ha topado con lo que deseaba. Y la honra y estimacion la habemos de desear, y holgarnos con ella, solamente en cuanto es necesaria para la edificacion de los prójimos, y para hacer fruto en ellos, y para la mayor honra y gloria de Dios nuestro Señor. De nuestro bienaventurado padre S. Ignacio leemos, lib. 5, c. 3 de su vida, que decia, que si se dejaba llevar de su fervor y deseo, se anduviera por las calles desnudo y emplumado, y lleno de lodo, para ser tenido por loco: mas la caridad y deseo que tenia de ayudar á los prójimos, reprimia en él este tan grande afecto de humildad, y le decia que se tratase con la autoridad y decencia, que á su oficio y persona convenia. Pero su inclinacion y deseo era ser despreciado y abatido: y siempre que se le ofrecia ocasion de humillarse, la abrazaba, y aun la buscaba muy de veras. Pues en esto se conocerá si os holgais vos con la autoridad y estimacion por el bien de las almas, y gloria de Dios, y por vos mismo, y por vuestra propia honra y autoridad : si cuando se os ofrece la ocasion de humildad y desprecio, la abrazais muy de veras y de corazon, y os holgais con ella; entonces es buena señal, que cuando os sucede bien el sermon ó el negocio, y por eso sois tenido y estimado, que no os holgais por vuestra honra y estima, sino que puramente por la gloria de Dios, y provecho de los prójimos que se sigue de aí. Pero si cuando se os ofrece la ocasion de humildad y de ser tenido en poco, la reúsais y no la llevais

bien: y si cuando no es necesario para el provecho de los prójimos, con todo eso os holgais con la estimacion y alabanza de los hombres, y la procurais, eso es señal que tambien en lo demas os holgais por lo que toca á vos, y por vuestra honra y estimacion, y no puramente por la gloria de Dios, y provecho de los prójimos.

De manera que la honra y estimacion de los hombres, es verdad que no es mala, sino buena si usamos bien de ella, y asi lícita y santamente se puede desear: como cuando el padre S. Francisco Javier, l. 4, c. 10 de su vida, fue al rey de Burgo, con grande acompañamiento y autoridad. Y aun alábarse uno á sí mismo, puede ser bueno y santo, si se hace como se debe: como vemos que S. Pablo, escribiendo á los de Corinto, c. 4, v. 11, & 12, se comienza á alabar y contar grandezas de sí, refiriendo grandes mercedes que nuestro Señor le habia hecho, diciendo que habia trabajado mas que los demas Apóstoles, y comienza á contar las revelaciones y arrebatamientos que habia tenido hasta el tercero cielo: mas esto hacia él porque entonces convenia y era menester para la honra de Dios, y para el provecho de los prójimos, á quien escribia, para que asi le tuviesen y estimasen por Apóstol de Cristo, 1 ad Cor. c. 15, v. 9, y recibiesen su doctrina, y se aprovechasen de ella. Y decia estas cosas de sí con un corazon no solo despreciador de la honra, sino amador del desprecio y deshonra por Jesucristo; porque cuando no era necesario para el bien de los prójimos, muy bien se sabía él apocar y abatir, diciendo de sí, que no era digno de llamarse Apóstol, 1 ad Tim. c. 1, v, 15, porque persiguió la Iglesia de Dios, y llamándose blasfemo y abortivo, y el mayor de los pecadores; y cuando se le ofrecian deshonras y menosprecios, ese era su contento y regocijo. De estos tales corazones bien se puede fiar que reciban honra, y que digan ellos algunas veces cosas que aprovechen para tenerla; porque nunca haran estas cosas, sino cuando fuere necesario para la mayor gloria de Dios, y entonces lo hacen tan sin pegarseles nada de ello, como sino lo hiciesen; porque no aman su propia honra, sino la honra de Dios, y el bien de las almas.

Pero porque es muy dificultoso recibir la honra, y no ensoberbecerse, ni tomar en ella algun vano contentamiento ó complacencia, por eso los Santos temiendo el peligro grande que hay en la honra y estimacion, y en las dignidades y puestos altos, huían cuanto podian de todo eso, y se iban á donde no fuesen conocidos ni estimados, y procuraban ocuparse en oficios bajos y despreciados; porque veían que aquello les ayudaba mas á su aprovechamiento, y á conservarse en humildad, y que era camino mas seguro para ellos. Decia S.

Francisco, 1 p. l. 1, c. 7 de su Cor., una razon buena: No soy Religioso, sino tomo con la misma alegria de rostro y alma la deshonra, que la honra; porque si me alegro en la honra que otros me dan por su provecho, cuando predico, ó les hago otras buenas obras, donde pongo el alma á riesgo y peligro de vanidad, mucho mas me debo alegrar de mi provecho, y de la salud de mi alma, que tengo mas segura cuando me vituperan. Claro está que estamos mas obligados á holgarnos de nuestro bien y provecho, que del bien y provecho de nuestros prójimos, porque la caridad bien ordenada de sí mismo ha de comenzar. Pues si os holgais del provecho del prójimo, cuando el sermon ó el negocio os salió bien, ó sois alabado y estimado por ello; ¿por qué no os holgais de vuestro provecho, cuando haciendo vos lo que es de vuestra parte, sois tenido en poco? Porque eso es mejor, y mas seguro para vos. Si os holgais cuando teneis gran talento para hacer grandes cosas por el bien de los otros; ¿por qué cuando Dios no os dió talento para esas cosas, no os holgais por vuestro provecho, y por vuestra humildad? Si os holgais cuando teneis mucha salud y fuerzas para trabajar para otros, por el provecho de ellos; ¿por qué no os holgais cuando Dios quiere que esteis enfermo y flaco, y que no seais para nada, sino que esteis arrinconado é inútil? Porque ese es vuestro provecho, y eso os ayudará mas á ser humilde, y en eso agradaréis mas á Dios, que si fuerais gran predicador, pues él lo quiere asi.

De donde se verá cuan engañados andan los que tienen puestos los ojos en la honra y estimacion del mundo, socolor de que eso es menester para hacer fruto en los prójimos: y con ese título desean los oficios honrosos, y los puestos altos, y todo lo que dice autoridad: y huyendo de lo bajo y humilde, pareciéndoles que en eso se desautorizan. Y hay en eso otro engaño muy grande, que con lo que uno piensa que gana autoridad, la pierde: y con lo que piensa que la perderá, la ganará. Algunos piensan, que con el vestido pobre, y oficio y ejercicio bajo y humilde, perderán la opinion y estima necesaria para hacer fruto en los prójimos, y engáñales su soberbia, que antes con eso la ganaréis, y con lo contrario que vos procurais, la perderéis. Enseñaba esto muy bien nuestro bienaventurado padre S. Ignacio: decia, l. 5, c. 3 de su vida, que ayudaba mas á la conversion de las almas el afecto de verdadera humildad, que el mostrar autoridad que tenga algun resabio y olor del mundo. Y asi lo practicaba él, no solo en sí, sino en los que enviaba á trabajar á la viña del Señor; de tal manera les enseñaba, que para salir con las cosas arduas y grandes, siempre procurasen hacer el camino

por la humildad y desprecio de sí mismos; porque entonces estaría la obra bien segura, si estuviese bien fundada sobre esta humildad. Porque ese es el camino por donde suele el Señor obrar cosas grandes. Y conforme á esto, cuando envió á los padres S. Francisco Javier y Simon Rodriguez á Portugal, les ordenó, que llegados á aquel Reino pidiesen limosna, y que con la pobreza y menosprecio de sí, abriesen la puerta para todo lo demas. Y á los padres Salmerón y Pascasio, cuando fueron á Hibernia por Nuncios Apóstolicos, tambien les ordenó, que enseñasen la doctrina cristiana á los niños, y á la gente ruda. Y al mismo padre Salmerón, y al padre maestro Lainez, cuando la primera vez fueron al Concilio de Trento, enviados del Papa Paulo III. por teólogos de su Santidad, la instruccion que les dió, fue, que antes de decir su parecer en el Concilio, se fuesen al hospital, y sirviesen en él á los pobres enfermos, y enseñasen á los niños los principios de nuestra santa fe: y que despues de haber echado estas raíces pasasen adelante, y dijesen su parecer en el Concilio, porque asi sería de fruto y provecho, como sabemos que lo fue por la misericordia del Señor. Y andarémos nosotros mirando, temiendo y tanteando con nuestras prudencias humanas, si se pierde autoridad por estas cosas. Que no hayais miedo que se desautorice el púlpito, por ir á enseñar la doctrina, ni por hacer pláticas en las plazas, hospitales y cárceles. No hayais miedo que perdais crédito con la gente grave, porque os vean confesar á los pobrecitos, porque os vean vestido como Religioso pobre. Antes con eso ganaréis autoridad, y cobraréis mas crédito y reputacion, y haréis mas fruto en las almas, porque á los humildes levanta Dios, y por esos suele él obrar grandes cosas.

Y dejando á parte esta razon, que es la principal, llevándolo por via de prudencia y razon humana: no podeis poner medio mas eficaz para ganar autoridad y opinion con los prójimos, y para hacer mucho fruto en las almas, que usar estas cosas que parecen bajas, y humildes: y tanto mas, cuanto mayores fueren vuestras partes. La razon de esto es, porque es tanto en lo que el mundo tiene la honra y estimacion, y las cosas altas, que de lo que mas se admiran los de él, es de ver que eso se desprecie, y que el que podia entender en cosas altas y honrosas, se ocupa en cosas bajas y humildes: y asi cobran grande opinion y estima de santidad de los tales, y reciben su doctrina como venida del cielo.

Del P. S. Francisco Javier leemos en su vida, l. 1, c. 12, que habiéndose de embarcar para la India, y no queriendo recibir ninguna provision para su navegacion, instándole mucho el conde de Castañeda, que tenia entonces oficio

de proveedor de las armadas para aquellas partes, que á lo menos llevase un criado que le sirviese en la mar, diciéndole, que se disminuiria su crédito y autoridad para con la gente, á quien habia de enseñar, si le viesen en la mar con los demas lavar sus paños al borde de la nao, y guisar su comida. El padre S. Francisco le representó: Señor Conde, el procurar adquirir crédito y autoridad por ese medio que vuestra Señoría dice, ha traído á la Iglesia de Dios y á sus Prelados al estado en que ahora está. El medio por donde se ha de adquirir el crédito y autoridad, es lavando esas cosillas, y guisando la olla, sin tener necesidad de nadie; y con todo eso, procurando emplearse en el servicio de las almas de los prójimos. Quedó con esta respuesta el Conde tan atajado, y tan edificado, que no supo que responder. De esta manera, y con esta humildad y verdad se ha de adquirir la autoridad, y de esa manera se hace mas fruto. Y asi vemos que hizo tanto el padre S. Francisco Javier en esas Indias, con enseñar la doctrina á los niños, y andar tañendo la campanilla de noche á las ánimas del purgatorio, y sirviendo y consolando á los enfermos con otros oficios bajos y humildes. De esa manera vino á tener tanta autoridad y reputacion, que robaba y atraía á sí los corazones de todos, y le llamaban el padre santo. Esta es la autoridad que es menester para hacer fruto en las almas: estima y opinion de humildes: estima y opinion de santos y de predicadores evangélicos. Y asi esta es la que nosotros habemos de procurar; que esas otras autoridades y puntos que tienen resabio y olor de mundo, antes dañan y desedifican mucho á los prójimos, asi á los de fuera, como á los de dentro.

Sobre aquellas palabras de S. Juan: *Ego autem non quæro gloriam meam, est qui quærat, et judicet*: Yo no busco mi gloria, mi Padre tiene cuenta con eso; dice muy bien un Doctor: pues si nuestro Padre celestial busca y procura nuestra gloria y nuestra honra, no es menester que nosotros tengamos cuidado de eso. Tenedlo vos de humillaros, y de ser el que debeis; y el de vuestra estima y autoridad, para hacer mas fruto en los prójimos, dejadlo á Dios, que por donde vos mas os humillais y bajais, por aí os levantará él mas con otra estima muy diferente de la que vos pudierais alcanzar por esos otros medios y prudencias humanas.

Y no se os ponga tampoco delante la honra y autoridad de la Religion, que es otra solapa que se nos suele algunas veces ofrecer, para colorear nuestra imperfeccion é inmortificacion. ¡O que no lo hago yo por mí, sino por la autoridad de la Religion, que es razon se le tenga respeto! Dejáos de esos respetos, que la Religion tambien ganará mas en que os vean á vos humilde; porque en eso consiste la autoridad y

estima de la Religion, en que sus Religiosos sean humildes y mortificados, y estén muy deshechos de todo lo que tiene sabor y olor de mundo.

El padre Mafeo, en la historia de las Indias, l. 14, pag. 277, y 280, cuenta, que predicando uno de los nuestros en el Japon la fe de Cristo nuestro Redentor, en una calle pública de Firando, un gentil de aquellos que acaso pasaba por alli, hizo burla de él y de lo que predicaba, y arranca un flemon muy grande, y escúpesele en el rostro. El predicador sacó su pañuelo, y limpióse, sin mostrar turbacion alguna, y sin responder palabra, y prosiguió su sermon con el mismo tenor y semblante, como si no hubiera pasado nada. Uno de los que estaban oyendo notó mucho aquello, y viendo la paciencia y humildad grande del predicador, comenzó á pensar entre sí: No es posible que doctrina que enseña tanta paciencia, tanta humildad y constancia de ánimo, no sea del cielo: cosa de Dios debe ser esta: lo cual le hizo tanta fuerza, que bastó para convertirle, y asi se fue tras él en acabando de predicar, y le pidió que le instruyese en la fe y le bautizase.

## CAPITULO XXX.

### *Del tercer grado de humildad.*

El tercero grado de humildad es cuando uno teniendo grandes virtudes y dones de Dios, y estando en grande honra y estimacion, no se ensoberbece en nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye á su misma fuente, que es Dios, del cual procede todo bien, y todo dón perfecto. Este tercero grado de humildad, dice S. Buenaventura, (a) es de grandes y perfectos varones, que cuanto mayores son, tanto mas se humillan en todo. Que uno siendo malo é imperfecto, se conozca y estime por tal, no es mucho: bueno es, y de loar es; pero no es de maravillar, como no lo es, que el hijo del labrador no quiera ser tenido por hijo del Rey, y que el pobre se tenga por pobre, y el enfermo por enfermo, y que quieran ser tenidos por tales de los demas; pero que el rico se haga pobre, y el grande se apoque y conforme con los bajos, haciéndose pequeño, esto es de maravillar. Pues asi, dice el Santo, (b) no es de maravillar, que siendo uno malo é imperfecto, se tenga por malo é imperfecto: antes lo es, que siendo tal, se tenga por bueno y por perfecto: como si estando lleno de lepra, se tuviese por sano; pero que el que es muy aventajado en virtud, y tiene muchos dones de Dios, y es verdaderamente grande ante su divino acatamiento, se tenga por pequeño: esa es humildad grande y de maravillar, dice S. Bernardo: ser. 13 sup. Cant. *Magna, & rara virtus profecto est, cum magna operaris, magnum te nescire,*



(a) *Bonav. proc.* 6 *relig. c.* 22. (b) *Idem dicit Bernar. ser.* 45 *sup. Cant.*

*cum omnibus nota sit sanctitas tua, te solum lateat: cum omnibus mirabilis appareas, tibi soli vilescas*: Grande y rara virtud es, que obre uno grandes cosas, y que él no se tenga por grande, sino por pequeño, que todos le tengan por santo, y por varon admirable, y que él solo se tenga en poco: *Hoc ego ipsis virtutibus mirabilius judico*: En mas tengo esto, dice, que todas las virtudes. Esta humildad se halló perfectísimamente en la sacratísima Reina de los Angeles, que sabiendo que era elegida por madre de Dios, con profundísima humildad se reconoció por sierva y esclava suya: *Ecce ancilla Domini.* Luc. c. 1, 38. Dice S. Bernardo: *Mater Dei eligitur, & ancillam se nominat*: Bern. hom. 4 super Missus est. Eligiéndola para tan alta dignidad y tan grande honra, como era ser madre de Dios, se llama esclava, y siendo predicada por la boca de santa Isabel por bienaventurada entre todas las mugeres, no se atribuyó á sí gloria alguna de las grandezas que en ella habia, sido todas se las atribuyó á Dios, engrandeciéndole, y ensalzándole por ellas, quedándose ella entera y firme en su profundísima humildad: *Magnificat anima mea Dominum, & exultavit spiritus meus in Deo salutari meo. Quia respexit humilitatem ancillæ suæ.* Luc. c. 1, v. 46. Esta es humildad del cielo: los bienaventurados tienen allá esa humildad; y eso dice S. Gregorio, l. 12 moral. c. 151, que es lo que vió S. Juan en el Apocalipsi, c. 4, & 10, de aquellos veinte y cuatro ancianos, que postrados delante del trono de Dios, le adoraban, quitando las coronas de sus cabezas, y arrojándolas á los pies del trono. Dice, que arrojar sus coronas á los pies del trono de Dios, es no atribuirse á sí sus victorias, sino atribuirlo todo á Dios, que les dió las fuerzas y virtud para vencer, y darle á él la gloria y honra de todo: *Dignus es Domine Deus noster accipere gloriam, & honorem & virtutem, quia tu creasti omnia, & propter voluntatem tuam erant, & creata sunt*: Razon es, Señor, que te demos la honra y gloria de todo, y que quitemos las coronas de nuestras cabezas, y las arrojemos á tus pies; porque todo es tuyo; y por tu voluntad ha sido hecho; y si algo bueno tenemos, es porque tú lo quisiste. Pues este es el tercero grado de humildad, no alzarse uno con los dones y gracias que ha recibido de Dios, ni atribuírselos á sí, sino atribuírlo y referirlo todo á Dios, como á autor y dador de todo lo bueno.

Pero podrá decir alguno: Si en eso consiste la humildad, todos somos humildes; porque ¿quién hay que no conozca que todo el bien nos viene de Dios, y que de nosotros no tenemos sino pecados y miserias? ¿Quién hay que no diga: Si Dios me dejase de su mano, sería el mas mal hombre del mundo? *Perditio tua ex te Israël, tantummodo in me auxilium tuum*: Oss. c. 13, v. 9. De nues-

tra parte no tenemos sino perdicion y pecados, dice el profeta Oseas: todo el favor, y todo lo bueno nos ha de venir de acarreo de la liberalidad de Dios. Eso es fe católica, y asi todos parece que tenemos esa humildad; porque todos creemos muy bien esa verdad, de que está llena la sagrada Escritura. El Apóstol Santiago en su Canónica, c. 1, v. 17, dice: *Omne datum optimum, & omne donum perfectum desursum est, descendens á Patre luminum*: Toda dádiva buena, y todo dón perfecto nos ha de venir de arriba del Padre de la lumbre. Y el Apóstol S. Pablo: *Quid habes, quod non accepisti?* 1 ad Cor. c. 4, v. 7. *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est*: 2 ad Cor. 3, v. 5. *Deus est qui operatur in nobis, & velle, & perficere pro bona voluntate*: Ad Phil. c. 2, v. 13: Dice, que no podemos obrar, ni desear, ni pensar, ni comenzar, ni acabar cosa que sirva para nuestra salvacion, sin Dios, de quien toda nuestra suficiencia procede. ¿Y con qué mas clara comparacion se nos pudo dar á entender esto, que con la que el mismo Cristo Redentor nuestro nos la declara en el sagrado Evangelio? *Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vite; sic nec vos, nisi in me manseritis.* Joan. c. 15, v. 4. ¿Quereis ver, dice, lo poco ó nada que podeis sin mí? Asi como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no está unido con la vid; asi nadie puede hacer obra meritoria por sí mismo, si no estuviere unido conmigo: *Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, & ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil potestis facere.* ¿Qué cosa mas fructifera que el sarmiento junto con la vid? ¿Y qué cosa mas inútil y desaprovechada que el sarmiento apartado de la vid? ¡Para qué vale! pregunta Dios al profeta Ezequiel: c. 15, v. 2. *Fili hominis, quid fiet de ligno vitis?* ¿Qué se hará del sarmiento? No es madera, dice, que valga para obra alguna de carpintería, ni aun para hacer siquiera una estaca que pongais en la pared, para colgar de ella alguna cosa: no es bueno el sarmiento apartado de la vid, sino para el fuego. Pues asi somos nosotros, si no estamos unidos con la vid verdadera, que es Cristo nuestro Redentor: *Si quis in me non manserit, mittetur foras, sicut palmes, & arescet, & colligent eum, & in ignem mittent, & ardet.* Joan. 15, v. 6. No valemos nada sino para el fuego: si algo somos, es por la gracia de Dios, como dice S. Pablo: *Gratia Dei sum id, quod sum.* 1 ad Cor. 15, v. 10. Bien enterados parece que estamos todos en esa verdad, que todo el bien que tenemos es de Dios, y que de nosotros no tenemos sino pecados, y que ningun bien nos habemos de atribuir á nosotros, sino todo á Dios, á quien se le debe la honra y gloria de todo. No parece esto muy dificultoso al que cree, para ponerlo por último y

perfectísimo grado de humildad, pues es una verdad de fe tan llana. Asi parece á prima faz, mirándolo superficialmente y á sobre haz, parece fácil; pero no es sino muy dificil.

Dice Casiano: coll. 2 de castit. & 17 inter coll. A los que comienzan, paréceles cosa fácil el no atribuírse nada á sí, y el no estribar, ni confiar en su industria y diligencia, sino referirlo y atribuirlo todo á Dios; pero no es sino muy dificultoso; porque como nosotros ponemos tambien algo de nuestra parte en las buenas obras: *Dei enim sumus adjutores*, 1 ad Cor. c. 3, v. 9, dice S. Pablo, como obramos nosotros tambien, y concurrimos juntamente con Dios, luego tacitamente y casi sin sentirlo estribamos y confiamos en nosotros mismos, y se nos entra una presuncion y soberbia secreta, pareciéndonos, que por nuestra diligencia é industria se hizo esto ó lo otro: y asi luego nos engreímos y envanecemos, y nos alzamos con las obras que hacemos, como si por nuestras fuerzas las hubiésemos hecho, y como si fuesen solo nuestras. No es tan fácil este negocio como parece: bástanos saber que los Santos ponen este por perfectísimo grado de humildad, y dicen que es humildad de grandes, para que entendamos, que hay en ello mas dificultad y perfeccion de lo que parece. Recibir uno grandes dones de Dios, y obrar grandes cosas, y saber dar á Dios la gloria de ello, como se debe, sin atribuírse á sí cosa alguna, ni tomar de ello algun vano contentamiento, cosa es de mucha perfeccion. Ser honrado y alabado por santo, y no se le pegar al corazon la honra y estimacion, mas que si no tuviera nada, cosa es dificultosa, y que pocos la alcanzan: mucha virtud es menester para eso.

Dice S. Crisóstomo, que andar entre honras, y no pegarse nada al corazon del honrado, es como andar entre hermosas mugeres, sin alguna vez mirarlas con ojos no castos. Cosa dificultosa y peligrosa es esa, y mucha virtud es menester para ella. Para andar en alto, y no se desvanecer, buena cabeza es menester: no todos tienen cabeza para andar en alto, no la tuvieron los Angeles en el cielo, Lucifer y sus compañeros: y asi se desvanecieron y cayeron en el abismo del infierno. Ese dicen que fue el pecado de los Angeles, que habiéndolos Dios criado tan bellos y tan hermosos, con tantos dones naturales y sobrenaturales: *In veritate non stetit*: No estuvieron en Dios, ni le atribuyeron á él la gloria de todo, sino estuviéronse en sí: no porque entendiesen que tenian de sí aquellas cosas, que bien sabian que todas venian de Dios, y que de él dependian, pues conocian que eran criaturas; sino como dice el profeta Ezequiel: c. 28, v. 17: *Elevatum est cor tuum in decore tuo, perdidisti sapientiam tuam in decore tuo*: Envaneciéronse en su hermosura,

pavonearonse en aquellos dones que habian recibido de Dios, y deleitáronse en ellos, como si los tuvieran de sí: no los refirieron ni atribuyeron todos á Dios, dándole á él la gloria y honra de ello, sino que se desvanecieron ensalzándose y contentándose vanamente de sí mismos, como si de sí tuvieran el bien. De manera que aunque con el entendimiento conocian, que la gloria se debia á Dios, robabansela con la voluntad, y atribuíansela á sí. Ved como no es tan fácil como parece este grado de humildad; pues á los mismos Angeles les fue tan dificultoso, que cayeron de la alteza en que Dios les habia puesto, por no saber conservarse en él. Pues si los Angeles no tuvieron cabeza para andar en alto, sino que se desvanecieron y cayeron; mas razon tenemos nosotros de temer, no nos desvanezcamos, puestos y levantados en alto; porque somos tan miserables los hombres, dice el profeta David, Psal. 36, v. 20, que como humo nos desvanecemos: *Mox ut honorificati fuerint, & exaltati, deficientes, quemadmodum fumus deficient.* Asi como el humo mientras mas alto sube, mas se deshace y desaparece; asi el hombre miserable y soberbio, mientras mas le honran y suben á mas alto estado, mas se desvanece.

¡O qué bien, y cuan á punto nos avisó de esto Cristo nuestro Redentor! Cuenta el sagrado Evangelio, que habiendo enviado á los setenta y dos discípulos á predicar, volvieron ellos muy contentos y ufanos de su mision, diciendo: ¡O Señor, que habemos hecho maravillas, aun hasta los demonios se rendian y nos obedecian en vuestro nombre! Respóndeles el Redentor del mundo con gran severidad: *Videbam Satanam sicut fulgur de Cœlo cadentem*: Luc. c. 10. Guardáos del vano contentamiento, mirad que por eso cayó Lucifer del cielo; porque en aquel estado alto en que fue criado, se contentó vanamente de sí mismo, y de los dones que habia recibido, y no atribuyó á Dios la gloria y honra como debia, sino que se quiso alzar con ella. No os acontezca á vosotros lo mismo: no os desvanezcais con las maravillas y cosas grandes que haceis en mi nombre, ni tomeis vano contentamiento en eso. A nosotros dicen estas palabras: Mirad no os ensoberbezcais de que por vuestro medio se hace mucha hacienda en los prójimos, y se ganan muchas almas. Guardáos, no tomeis algun vano contentamiento del aplauso y opinion de los hombres, y del mucho caso que hacen de vos. Mirad no os alceis con algo, y se os pegue al corazon la honra y estimacion; porque eso es lo que hizo caer á Lucifer, y lo que de Angel le hizo demonio. En lo cual veréis, dice S. Agustin, cuan mala cosa es la soberbia, pues de Angeles hace demonios: y por el contrario, cuan buena es la humildad, que hace á los hombres semejantes á los Ange-

les santos: *Humilitas homines sanctis Angelis similes facit: & superbia dæmones ex Angelis fecit.* (c)

## CAPÍTULO XXXI.

### *Declarase en qué consiste el tercero grado de humildad.*

No habemos acabado de declarar bien en qué consiste este tercero grado de humildad, y asi será menester declararlo un poco mas, para que mejor podamos ponerlo por obra, que es lo que pretendemos. Este grado de humildad, dicen los Santos, que consiste en saber distinguir entre el oro que nos viene de Dios, de sus dones y beneficios, y entre el lodo y miseria que somos nosotros, y dar á cada uno lo que le pertenece: atribuir á Dios lo que es de Dios, y á nosotros lo que es nuestro: y que todo esto sea practicamente, en lo cual está todo el punto de este negocio. De manera que no consiste la humildad en conocer especulativamente, que de nosotros no podemos ni valemos nada, y que todo el bien nos ha de venir de Dios, y que él es el que obra en nosotros, el querer, y el comenzar y el acabar, por su libre y buena voluntad, como dice el Apóstol S. Pablo: Ad Philip. c. 2, v. 13, que conocer eso especulativamente, porque asi nos lo dice la fe, fácil cosa es, y todos los cristianos lo conocemos y creemos asi; sino en conocer y ejercitar eso practicamente, y en estar tan llenos y tan asentados en esto, como si lo viesemos con los ojos, y tocasemos y palpasemos con las manos. Lo cual dice S. Ambrosio, (a) que es particularísimo dón y merced grande de Dios. Y trae para esto aquello de S. Pablo: *Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est, ut sciamus, quæ à Deo donata sunt nobis*: 1 ad Cor. c. 2, v. 12. Nosotros habemos recibido, no el espiritu de este mundo, sino el espíritu de Dios, para que conozcamos y sintamos los dones que habemos recibido de su mano. Sentir y reconocer uno los dones que ha recibido de Dios, como agenos, y como recibidos y dados de la liberalidad y misericordia de Dios, es particular don y merced suya. Y el Sabio Salomón dice, que esta es suma sabiduría: *Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det, & hoc ipsum erat sapientiæ, scire cujus esset hoc donum*: Sapient. c. 8, v. 21. Otra letra dice: *Et hoc ipsum erat summa sapientia*: Entender y conocer practicamente, que el ser continente no es cosa que podemos nosotros alcanzar por nuestras fuerzas, y que no basta ningun trabajo ni industria nuestra para esto, sino que es don de Dios, y que nos ha de venir de su mano, es suma sabiduria. Pues en esto que S. Pablo dice,

(c) *Aug. l. seu exhor. de salute mon. ad quemdam comitem c.* 18.
(a) *Ambros. epist.* 84 *ad sacram Virginem Demetriadem.*

que es particular dón y merced de Dios, y Salomón suma sabiduría, consiste este grado de humildad: *Quid habes, quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?* 1 ad Cor. c. 4, v. 7. ¿Qué tienes, que no lo hayas recibido, y sea ageno? Dice el Apóstol S. Pablo, todo cuanto bien tenemos es recibido y ageno; de nosotros no tenemos bien ninguno. Pues si lo has recibido, y es ageno, ¿por qué te glorías como sino lo hubieses recibido, y como si fuese tuyo propio?

Esta era la humildad de los Santos, que con estar enriquecidos de dones y gracias de Dios, y haberles él levantado á la cumbre de la perfeccion, y con eso á grande honra y estimacion del mundo, con todo eso se tenian ellos por tan viles en sus ojos, y se quedaba su ánima tan entera en su bajeza y humildad, como sino tuviera nada de aquellos dones. No se les pegaba ninguna vanidad en su corazon, ni cosa alguna de aquella honra y estima en que el mundo los tenia, porque sabian bien distinguir entre lo que era ageno, y lo que era suyo propio; y asi todos los dones, honras y estimacion lo miraban como cosa agena, y recibida de Dios, y á él le daban y atribuían toda la gloria y alabanza de ello, quedándose ellos enteros en su bajeza, mirando que de sí no tenian nada, ni podian bien alguno: y de aí les venia, que aunque todo el mundo los ensalzase, ellos no se ensalzaban, ni se tenian por eso en mas, ni se les pegaba nada de aquello al corazon, sino parecíales que aquellas alabanzas no decian ni hablaban con ellos, sino con otro á quien pertenecian, que es Dios, y en él y en su gloria ponian su gozo y contento.

Y asi con mucha razon dicen ser esta humildad de grandes y perfectos varones. Lo primero, porque presupone grandes virtudes y dones de Dios, que es lo que hace á uno grande delante de él. Lo segundo, porque ser uno verdaderamente grande delante de los ojos de Dios, y muy aventajado en virtud y perfeccion, y por eso tenido y estimado en mucho de Dios, y de los hombres, y tenerse él por pequeño y vil en sus ojos, es grande y maravillosa perfeccion: y de eso es lo que se maravillan S. Crisóstomo y S. Bernardo de los Apóstoles y otros, que con ser tan grandes Santos, y tan encumbrados en dones de Dios, y haciendo su Magestad por ellos tantas maravillas y milagros, y resucitando muertos, y siendo por eso tan estimados de todo el mundo, con todo eso se quedasen ellos tan enteros en su humildad y bajeza, como sino tuvieran nada de aquello, y como si otro hiciera aquellas cosas, y no ellos, y como si toda aquella honra, estima y alabanza fuera agena, y se hiciera á otro, y no á ellos. Dice S. Bernardo: *Non magnum est esse humilem in abjectione: magna prorsus, & rara virtus,*

*humilitas honorata*: hom. 4 super. Miss. est. No es mucho humillarse uno en la pobreza y abatimiento; porque eso de suyo ayuda á conocerse y tenerse en lo que es; pero que uno sea honrado y estimado de todos, y tenido por santo, y por varon admirable, y se quede él tan entero en la verdad de su bajeza y de su nada, como sino hubiera nada de aquello en él; esa es rara y escelente virtud, y cosa de grande perfeccion.

En esto dice S. Bernardo, serm 13 super Cant., conforme al mandamiento del Señor, su luz luce y resplandece delante de los hombres, para glorificar, no á sí mismos, sino á su Padre celestial que está en los cielos. Matth. c. 5, v. 16. Estos son verdaderos imitadores del Apóstol S. Pablo, 2 ad Cor. c. 4, v. 5, y de los predicadores evangélicos, que no se predican á sí mismos, sino á Jesucristo. 2 ad Cor. c. 12, v. 14. Estos son buenos y fieles siervos, que no buscan sus comodidades, ni se alzan con cosa alguna, ni se atribuyen nada á sí, sino todo lo atribuyen fielmente á Dios, y á él le dan la gloria de todo: y asi oirán de la boca del Señor aquellas palabras del Evangelio: *Euge serve bone, et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam*: Matth. c. 25, v. 21. Alegrate siervo bueno y fiel, que porque fuiste fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho.

## CAPÍTULO XXXII.

*Declarase mas lo sobredicho.*

Habemos dicho, que el tercero grado de humildad es cuando uno teniendo grandes virtudes y dones de Dios, estando en grande honra y estimacion, no se ensoberbece en nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye á su misma fuente, que es Dios, dándole á él la gloria de todo, y quedándose él entero en su bajeza y humildad, como si no tuviese ni hiciese nada. No queremos por esto decir, que nosotros no obremos tambien, y tengamos parte en las buenas obras que hacemos, que esto sería ignorancia y error. Claro está que nosotros y nuestro libre alvedrío concurre y obra juntamente con Dios en las buenas obras: porque libremente da el hombre su consentimiento en ellas, y por eso obra el hombre, pues que de su voluntad propia y libre quiere lo que quiere, y obra lo que obra, y en su mano está no obrar. Antes eso es lo que hace tan dificultoso este grado de humildad; porque por una parte habemos nosotros de hacer todas nuestras diligencias, y poner todos los medios que pudieremos, para alcanzar la virtud, y para resistir á la tentacion, y para que el negocio suceda bien, como si ellos solos bastasen para ello. Y por otra, despues de haber hecho eso, habemos de

desconfiar de todo ello, como sino hubiéramos hecho nada, y tenernos por siervos inútiles ó sin provecho, y poner toda nuestra confianza en solo Dios, como nos lo enseña él en el Evangelio: *Cum feceritis omnia quæ præcepta sunt vobis, dicite, servi inutiles sumus, quod debuimus facere fecimus*: Luc. c. 17, v. 10. Despues que hubiéredeis hecho todas las cosas que os son mandadas (no dice algunas, sino todas) decid, siervos somos sin provecho, pues para acertar á hacer esto, virtud es menester, y no poca. Dice Casiano, el que llegáre á conocer bien, que es siervo sin provecho, y que no bastan todos sus medios y diligencias, para alcanzar bien alguno, sino que ha de ser dádiva graciosa del Señor, este tal no se ensoberbecerá cuando alcanzare algo; porque entenderá que no alcanzó por su diligencia, sino por gracia y misericordia de Dios; que es lo que dice S. Pablo: ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? 1 ad Cor. 4.

Dice S. Agustin, que nosotros sin la gracia de Dios no somos otra cosa, sino lo que es un cuerpo sin alma. Asi como un cuerpo muerto no se puede mover ni menear; asi nosotros sin la gracia de Dios no podemos obrar obras de vida y de valor delante de Dios. Pues asi como sería loco un cuerpo, que se atribuyese á sí el vivir y el moverse, y no al ánima que en él está, y le da vida; asi sería muy ciega el ánima, que las buenas obras que hace, las atribuyese á sí misma, y no á Dios que le infundió el espíritu de vida, que es la gracia, para que las pudiese hacer. Y en otra parte dice, (a) que asi como los ojos corporales, aunque estén muy sanos, sino son ayudados de la luz, no pueden ver; asi el hombre, aunque sea muy justificado, sino es ayudado de la luz y gracia divina, no puede vivir bien. Si el Señor no guarda la ciudad, dice David, Psal. 126, v. 1, en vano vela el que la guarda: *O si cognoscant se omnes homines, & qui gloriantur, in Domino glorientur*, (b) dice el Santo: ¡O si se conociesen ya los hombres, y acabasen de entender que no tienen de que gloriarse en sí, sino en Dios! ¡O si nos enviase Dios una luz del cielo, con la cual quitadas las tinieblas, conociésemos y sintiésemos, que ningun bien, ni sér, ni fuerza hay en todo lo criado, mas de aquello que el Señor de su graciosa voluntad ha querido dar, y quiere conservar!

Pues en esto consiste el tercero grado de humildad, sino que no llegan nuestras cortas palabras á acabar de declarar la profundidad y perfeccion grande que hay en él, por mas que lo andemos diciendo, ahora de una manera, ahora de otra: porque no solo la práctica, sino tambien la teórica de él es dificultosa. Esta es aquella aniquilacion de sí mismos, tan repetida y enco-

(a) *Aug. l. de natur. & gratia, c.* 26. (b) *Aug. l.* 9 *de confession. c.* 13.

mendada de los maestros de la vida espiritual. Este es aquel tenerse y confesarse por indigno é inútil por todas las cosas, que S. Benito y otros Santos ponen por perfectísimo grado de humildad: *Ad omnia indignum, & inutilem, se confiteri, & credere.* Esta es aquella desconfianza de sí mismos, y aquel estar colgados y pendientes de Dios, tan encomendado en las sagradas letras. Este es el verdadero tenerse en nada, que á cada paso oimos y decimos, si lo acabasemos de sentir asi con el corazon. Que entendamos y sintamos con verdad y practicamente, como quien lo ve con los ojos, y lo toca y palpa con las manos, que de nuestra parte no tenemos ni podemos sino perdicion y pecados, y que todo el bien que tuvieremos y obraremos, no lo tenemos ni obramos de nosotros, sino de Dios, y que suya es la honra y gloria de todo.

Y si aun con todo esto no acabais de entender la perfeccion de este grado de humildad, no os espanteis; porque es esta una Teología muy alta: y asi no es mucho que no la acabemos de entender tan facilmente. Dice muy bien un Doctor, que en todas las artes ó ciencias acontece esto, que las cosas comunes y claras, cualquera las sabe y entiende; pero las sútiles y delicadas, no todos las alcanzan, sino solamente aquellos que son eminentes en aquella arte ó ciencia. Asi acá, las cosas comunes y ordinarias de la virtud, cualquiera las entiende; pero las particulares y sútiles, las altas y delicadas no las entienden sino los que son eminentes y aventajados en aquella virtud. Y esto es lo que dice S. Laurencio Justiniano, que ninguno conoce bien que cosa es humildad, sino aquel que ha recibido de Dios ser humilde. Y de aqui es tambien, que los Santos, como tenian profundísima humildad, sentian y decian tales cosas de sí, que los que no llegamos allá, no las acabamos de entender, y nos parecen encarecimientos y exageraciones: como que eran los mayores pecadores de cuantos habia en el mundo, y otras semejantes, como luego diremos. Y si nosotros no sabemos decir ni sentir estas cosas, ni aun las acabamos de entender, es porque no habemos llegado á tanta humildad como ellos: y así no entendemos las cosas sútiles y delicadas de esta facultad. Procurad vos ser humilde, é ir creciendo en esta ciencia, y aprovechar mas y mas en ella, y entonces entenderéis como se pueden decir con verdad estas cosas.

## CAPITULO XXXIII.

*Declarase mas el tercero grado de humildad, y que de aí nace que el verdadero humilde se tiene en menos que todos.*

Para que entendamos mejor este tercero grado de humildad, y nos

podamos fundar bien en él, es menester tomar el agua mas de atrás. Asi como arriba, cap. 6, dijimos, que todo el sér natural, y todas las operaciones naturales que tenemos, las tenemos de Dios, porque nosotros eramos nada, y entonces no teniamos fuerza para movernos, ni para vér, ni oír, ni gustar, ni entender, ni querer; mas dándonos Dios el sér natural, nos dió estas potencias y fuerzas: y asi á él le habemos de atribuir, asi el sér, como estas operaciones naturales; de la misma manera, y con mucha mayor razon habemos de decir en el sér sobrenatural y obras de gracia, y tanto mas cuanto estas son mayores y mas escelentes. El sér sobrenatural que tenemos no le tenemos de nosotros, sino de Dios: al fin es sér de gracia, que por eso se llama asi, porque es añadido al sér de naturaleza graciosamente: *Eramus natura filii iræ*: Ad Ephes. c. 2, v. 3. Nosotros nacimos en pecado, hijos de ira, enemigos de Dios, el cual nos sacó de aquellas tinieblas, *In admirabile lumen suum*, 1 Pet. c. 2, v. 9, á su admirable luz, como dice el Apóstol S. Pedro. Hízonos Dios de enemigos amigos, de esclavos hijos, de no valer nada tener ser agradable en sus ojos. Y la causa por que Dios hizo esto, no fueron nuestros merecimientos pasados, ni el respeto de los servicios que le habiamos de hacer, sino por sola su bondad y misericordia, y por los merecimientos de Jesucristo, único medianero nuestro como dice S. Pablo: *Justificati gratis per gratiam ipsius, per redemptionem, quæ est in Christo Jesu*: Ad Rom. c. 3, v. 24. Pues asi como no podiamos nosotros salir de la nada que eramos, al sér natural que tenemos, no podiamos obrar obras de vida, ni vér, ni oír, ni sentir, sino que todo eso fue dadiva graciosa de Dios, y á él se lo habemos de atribuír todo, sin que nos podamos atribuír á nosotros gloria alguna de ello: asi tampoco podiamos salir nosotros de las tinieblas del pecado en que estabamos, y en que fuímos concebidos y nacidos, si Dios por su infinita bondad y misericordia no nos sacára, ni podiamos obrar obras de vida, si él no nos diera su gracia para ello: porque el valor y merecimiento de las obras no es por lo que tienen de nosotros, sino por lo que tienen de la gracia del Señor: como el valor que tiene la moneda, no la tiene de suyo, sino por el cuño con que se labra. Y asi no debemos atribuírnos gloria alguna, sino toda á Dios, cuyo es, asi lo natural, como lo sobrenatural, trayendo siempre en la boca y el corazon aquello que dice S. Pablo: *Gratia Dei sum id quod sum*: 1 ad Cor. c. 15, v. 10. Por la gracia de Dios soy eso que soy.

Mas asi como deciamos, que no solo nos sacó Dios de la nada, y nos dió el sér que tenemos, sino que aun despues que fuímos criados y recibimos el sér, no nos tenemos en nosotros mismos, sino

que nos está Dios sustentando, teniendo y conservando con su mano poderosa, para que no caigamos en el pozo profundo de la nada, de la cual primero nos sacó: de la misma manera en el sér sobrenatural, no solo nos hizo Dios merced de sacarnos de las tinieblas de los pecados en que estabamos, á la luz admirable de la gracia, sino siempre nos está conservando y teniendo de su mano, para que no tornemos á caer: de tal manera que si un punto apartase y alzase Dios su mano y guarda de nosotros, y diese licencia al demonio para que nos tentase cuanto quisiese, nos tornariamos á los pecados pasados, y á otros peores. *Quoniam à dextris est mihi, ne commovear*, decia el profeta David: Ps. 15, v. 8. Vos estais siempre á mi lado, teniéndome, para que no sea derribado: vuestro es, Señor, el levantarnos de la culpa, y vuestro es el no haber vuelto á caer en ella: si me levanté, fue porque vos me disteis la mano: y si ahora estoy en pie, es porque vos me teneis para que no caiga. Pues asi como decíamos, aquello basta para tenernos en nada, porque de nuestra parte eso somos, y eso eramos y eso seriamos, si Dios no nos estuviese siempre conservando: y asi esto tambien basta para tenernos siempre por pecadores y malos; porque cuanto es de nuestra parte, eso somos, y eso fuímos y eso seriamos, si Dios no nos estuviese siempre teniendo de su mano.

Y asi dice Alberto Magno, (a) que el que quisiere alcanzar la humildad, ha de plantar en su corazon la raíz de la humildad; esto es, que conozca su propia flaqueza y miseria, y entienda y pondere muy bien, no solo cuan vil y miserable es ahora, sino cuan vil y miserable puede ser, y sería al dia de hoy, si Dios con su mano poderosa no le apartase de los pecados, y le quitase las ocasiones, y ayudase en las tentaciones. ¿En cuántos pecados hubiera yo caído, si vos, Señor, no me hubiéradeis por vuestra infinita misericordia librado? ¿Cuántas ocasiones de pecar me habeis escusado, que bastáran para derribarme, pues derribaron á David, si vos no las atajaradeis conociendo mi flaqueza? ¿Cuántas veces habeis atado las manos al demonio, para que no me tentase cuanto pudiese, y si me tentase, para que no me venciese? ¿Cuántas veces podria yo decir con verdad aquellas palabras del Profeta: Psal. 93, v. 17. *Nisi quia Dominus adjuvit me, paulo minus habitasset in inferno anima mea*: Si vos, Señor, no me hubiéradeis ayudado, ya mi ánima estuviera en los infiernos? ¿Cuántas veces fuí combatido y trastornado para caer, y vos, Señor, me tuvisteis, y poniadeis allí vuestra blanda y poderosa mano, para que no me lastimase? *Si dicebam motus est pes meus, misericordia tua Domine adjuvabat me*: Si os decia

(a) *Alb. Magn. tract. de variis perfectisq. virtut. c. 2.*

que mis pies habian resbalado, luego vuestra misericordia me ayudaba. ¡O cuántas veces nos hubiéramos ya perdido, si Dios por su infinita bondad y misericordia no nos hubiera guardado! Pues eso es en lo que nos habemos de tener, porque eso es lo que somos, y lo que tenemos de nuestra parte, y eso fuímos, y eso seriamos tambien ahora, si Dios apartase y alzase su mano y su guarda de nosotros.

De aqui venian los Santos á confundirse, y despreciarse y humillarse tanto, que no se contentaban en tenerse en poco, y por malos y pecadores, sino que se tenian en menos que todos, y por los mas *viles* y pecadores de cuantos habia en el mundo. Un S. Francisco, del cual leemos, 1 part. l. 1, c. 68 de su Cron., que le habia Dios levantado y encumbrado tanto, que su compañero estando en oracion, vió allá entre los Serafines una silla muy ricamente labrada de varios esmaltes y piedras preciosas, que estaba preparada para él; y preguntándole despues: Padre, ¿qué reputacion tienes de tí? Respondió: No creo que hay en el mundo mayor pecador que yo. Y lo mismo dijo de sí el glorioso Apóstol S. Pablo: 1 ad Tim. c. 1, v. 15. *Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere, quorum primus ego sum*: Nuestro Señor Jesucristo vino á este mundo á salvar los pecadores, de los cuales el primero y principal soy yo. Y asi nos amonesta á nosotros, que procuremos llegar á esta humildad, que nos tengamos por inferiores y por menos que todos, y que á todos los reconozcamos por superiores y mejores. Dice S. Agustin: (b) *Non fallit nos Apostolus, nec adulatione uti jubet, cum ad Philip. 2 dicit, in humilitate superiores sibi invicem arbitrantes. Et ad Romanos 12, honore invicem prævenientes*: No nos engaña el Apóstol cuando nos dice, que nos tengamos por los menores, y que á todos los tengamos por superiores y mejores, ni nos manda que usemos de palabras de adulacion y lisonja. Los Santos no decian con mentira ni con fingida humildad, que eran los mayores pecadores del mundo, sino con verdad, porque asi lo sentian en su corazon: y asi nos encargan á nosotros, que lo sintamos y digamos, no por cumplimiento ni con ficcion.

S. Bernardo, serm. 17 super Cantica, pondera muy bien á este propósito aquel dicho del Salvador: *Cum vocatus fueris ad nuptias, recumbe in novissimo loco*: Luc. c. 14, v. 10. Cuando fueres convidado, sientate en el postrer lugar. No dijo que escogieseis un lugar medieno, ó que os sentaseis entre los postreros, ó en el penúltimo lugar, sino solo quiere que esteis en el postrer lugar: *Ut solus videlicet omnium novissimus sedeas, teque nemini, non dico præponas, sed nec comparare præsumas*: No solo no os habeis de

(b) *Aug. l. 83, quæst. 71, et l. de Sanct. Virg. c. 46, t. 6.*

preferir á nadie; pero ni habeis de presumir de compararos ni igualaros con nadie: solo os habeis de quedar en el postrer lugar, sin igual en vuestra bajeza, teniéndoos por mas miserable y pecador de todos. Dice el bienaventurado S. Bernardo: A ningun peligro os poneis en humillaros mucho, y poneros debajo de los pies de todos; pero el anteponeros á solo uno, os puede hacer mucho daño: y trae aquella comparacion comun: Asi como si pasais por una puerta baja, no os puede dañar el bajar mucho la cabeza; empero un tantico menos que os dejeis de bajar de lo que la puerta requiere, os puede hacer mucho daño, y quebraros la cabeza: asi en el ánima, el bajarse y humillarse mucho, no puede dañar: empero el dejarse de humillar un poco, el quererse anteponer ó igualar á solo uno, es cosa peligrosa. ¿Qué sabes, ó hombre, dice el Santo, si ese uno que piensas que es no solo peor que tú, (que por ventura te parece que ya vives bien) sino que es el mas malo de los malos, y el mas pecador de los pecadores, ha de ser mejor que ellos y que tú, y si lo es ya delante de Dios? Quien sabe, si cruzará Dios las manos como Jacob, y se trocarán las suertes, y serás tú el desechado, y el otro el escogido? *Quid scis, inquit, si melior, & te, & illis mutatione dexteræ excelsi in se quidem futurus sit, in Deo verò jam sit?* Gen. c. 8, v. 14. ¿Qué sabeis vos lo que ha obrado Dios en su corazon de ayer acá, y en un momento? *Facile est enim in oculis Dei subitò honestare pauperem*: Eccl. 11, v. 23. En un instante puede Dios hacer de un públicano, y de un perseguidor de la Iglesia Apóstoles suyos, como hizo á S. Mateo, y á S. Pablo: *Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahæ*: Matt. c. 3, v. 9. De pecadores empedernidos y mas duros que un diamante, puede hacer hijos de Dios. ¡Cuán engañado se halló aquel fariseo, Luc. c. 7, v. 39, que juzgó á la Magdalena por mala, y como le reprendió Cristo nuestro Redentor, y le dió á entender que era mejor que él la que él tenia por pública pecadora! Y asi S. Benito, santo Tomas, y otros Santos ponen este por uno de los doce grados de humildad: *Credere, & pronuntiare se omnibus viliorem*: Decir y sentir de sí, que es el peor de todos. No basta decirlo con la boca, es menester que lo sintais asi en vuestro corazon. * No pienses haber aprovechado algo, si no te tienes por el peor de todos, dice aquel santo Tomas de Kempis.

## CAPÍTULO XXXIV.

*Como los buenos y santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo.*

No será curiosidad, sino de mucho provecho declarar como

los buenos y los santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo: pues decimos que habemos de procurar llegar aqui. Algunos Santos no quieren responder á esta cuestion, sino contentanse con sentirlo ellos asi en *su* corazon. Cuenta S. Doroteo, doctrin. 2 de humilit., que como el Abad Zozimo estuviese un dia platicando de la humildad, y dijese esto de sí: hallóse allí un sofista ó filósofo, y preguntóle: ¿Cómo te tienes por tan pecador, pues que sabes que guardas los mandamientos de Dios? Respondió el santo Abad: Yo sé que esto que digo es verdad, y asi lo siento: no me preguntes mas. Empero S. Agustin, santo Tomas, y otros Santos responden á esta cuestion, y dan diversas respuestas. La de S. Agustin y santo Tomas es, (a) que poniendo uno los ojos en los defectos que él conoce en sí, y considerando en su prójimo los dones ocultos que tiene ó puede tener de Dios, puede cada uno con verdad decir de sí, que es mas vil y mayor pecador de todos; porque mis defectos sélos yo, y no sé los dones ocultos que el otro tiene de Dios. ¡O que le veo que comete tantos pecados, que yo no cometo! ¿Y qué sabeis vos lo que Dios ha obrado en su corazon despues acá? En un momento, oculta y secretamente puede aquel haber recibido algun don y merced de Dios, con la cual os haga mucha ventaja, como aconteció en aquel fariseo, y publicano del Evangelio, que entraron á orar al templo: *Dico vobis: descendit hic justificatus in domum suam ab illo*: Luc. c. 18, v. 14. De verdad os digo, dice Cristo nuestro Redentor, que el publicano y tenido por malo salió justificado: y el fariseo que se tenia por bueno, salió condenado. Esto nos habia de bastar para escarmentar y para que no nos atrevamos á preferir ni comparar con nadie, sino que nos quedemos solos en el postrer lugar, que es lo seguro.

Al que de verdad y de corazon es humilde, muy fácil cosa le es el tenerse en menos que todos; porque el verdadero humilde considera en los otros las virtudes y lo bueno que tienen, y en sí sus defectos: y anda tan ocupado en el conocimiento y remedio de ellos, que no se le levantan los ojos á mirar faltas agenas, pareciéndole que tiene harto que hacer en llorar sus duelos: y asi á todos los tiene por buenos, y á sí solo por malo: y mientras mas santo es uno, mas fácil le es esto; porque asi como va creciendo en las demas virtudes, va tambien creciendo en la humildad, y en mayor conocimiento propio, y mayor desprecio de sí mismo, que todo anda junto. Y mientras mas luz y conocimiento tiene de la bondad y Magestad de

(a) *Aug. l. de sanc. vir. c.* 46, & 47. *S. Thom.* 2 2, *q.* 161, *art.* 1 *ad* 1; & *art.* 3.

Dios, mas profundo conocimiento tiene de su miseria y de su nada; porque *Abyssus abyssum invocat*: Psal. 41, v. 8. Aquel abismo del conocimiento de la bondad y grandeza de Dios descubre el abismo y profundidad de nuestra miseria, y hace ver los átomos y polvos infinitos de las imperfecciones. Y si nosotros nos tenemos en algo, es porque tenemos poco conocimiento de Dios, y poca luz del cielo. Aun no han entrado por las puertas de nuestra alma los rayos del Sol de justicia, y asi no solo no vemos los átomos, que son nuestras faltas é imperfecciones menudas, pero aun tenemos tan corta vista, ó por mejor decir, estamos tan ciegos, que aun las faltas graves no echamos de ver.

Añadese á esto, que ama Dios tanto la humildad, y le agrada tanto que se tenga en poco á sí mismo, y se conserve en eso, que por eso suele muchas veces en grandes siervos suyos, á quien él hace muchas mercedes y beneficios, disfrazar tanto sus dones, y comunicarlos tan secreta y escondidamente, que el mismo que los recibe no lo entiende, y piensa que no tiene nada. Dice S. Gerónimo: (b) *Tota illa tabernaculi pulchritudo pellibus tegitur, & ciliciis*: Toda aquella hermosura del tabernáculo estaba cubierta con cilicios y pieles de animales. Asi suele Dios cubrir y encubrir la hermosura de las virtudes, y de sus dones y beneficios, con diversas tentaciones, y á veces con algunas faltas é imperfecciones que permite, para que asi se conserven mejor, como las brasas cubiertas con la ceniza. S. Juan Clímaco dice, que como el demonio procura ponernos delante nuestras virtudes y buenas obras, para que nos ensoberbezcamos, porque desea nuestro mal; asi al contrario, Dios nuestro Señor, porque desea nuestro mayor bien, suele dar luz particular á sus siervos, para que conozcan sus faltas é imperfecciones, y encubrir y disfrazar tanto sus dones, que el mismo que los recibe no lo entiende. Y es doctrina comun de los Santos, dice S. Bernardo: *Nimium conservandæ humilitatis gratia, divina solet pietas ordinare, ut quanto quis plus profecit, eo minus se reputet profecisse; nam, & usque ad supremum exercitii spiritualis gradum, si quis eo usque pervenerit, aliquid ei de primi gradus imperfectione relinquitur, ut vix sibi primum videatur adeptus*: ser. de quatuor modis orand. Para conservar la humildad en sus siervos, suele la divina bondad disponer las cosas de tal manera, que cuanto uno va aprovechando mas, tanto menos piensa que aprovecha: y cuando ha llegado al último grado de la virtud, permite que tenga alguna imperfeccion en el primero, para que piense que aun no ha alcanzado aquel: lo mismo nota S. Gregorio en muchas partes. (c)

(b) *Hieron. in prolog. galeato. Exod.* 36, *v.* 19. (c) *Greg. l.* 34 *mor. c.* 15 *in pastoral. p.* 4, *l.* 3 *dialog. c.* 14.

Por eso comparan algunos muy bien á la humildad, y dicen que se ha con las otras virtudes, como el sol con las demas estrellas: es la razon, que asi como cuando aparece el sol, desaparecen y se encubren las otras estrellas; asi cuando hay humildad en el alma, se encubren las demas virtudes, y le parece al humilde que no tiene ninguna virtud. Dice el glorioso S. Gregorio: *Boni soli bona sua non vident, qui in se videnda omnibus ad exemplum præbent*: lib. 22 moral. c. 5. Siendo á todos manifiestas sus virtudes, ellos solos no las ven. De Moisés cuenta la sagrada Escritura, que cuando salió de hablar con Dios, traia un grande resplandor en su rostro: viéndolo los hijos de Israél, él no: *Ignorabat quod cornuta esset facies sua, ex consortio sermonis Domini*: Exod. c. 34, v. 29: asi el humilde no ve en sí ninguna virtud: todo lo que ve, le parece que son faltas é imperfecciones; y aun cree que la menor parte de sus males, es la que el conoce, y que son muchos mas los que ignora. Con esto le es fácil tenerse en menos que todos, y por el mayor pecador de cuantos hay en el mundo.

Es verdad (para que lo digamos todo) que como son muchos y diversos los caminos por donde Dios lleva á sus escogidos, aunque á muchos lleva por el camino que habemos dicho, de encubrirles sus dones, que ellos mismos no los vean, ni piensen que los tienen; á otros se los manifiesta y hace que los conozcan, para que los estimen y agradezcan. Y asi decia el Apóstol S. Pablo: *Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est: ut sciamus quæ à Deo donata sunt nobis*: 1 ad Cor. c. 2, v. 12. Nosotros habemos recibido, no el espíritu de este mundo, sino el espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que recibímos de su mano. Y la sacratísima Reina de los Angeles muy bien conocia y reconocia las mercedes y dones grandes que tenia y habia recibido de Dios: *Quia fecit mihi magna, qui potens est*, Luc. c. 1, v. 59, dice ella en su cántico: Magnifica y engrandece mi alma al Señor; porque ha obrado en mí grandes cosas el que es todo poderoso. Y esto no solo no es contrario á la humildad y perfeccion, antes está acompañado con una tan alta y levantada humildad, que por eso la llaman los Santos humildad de grandes y perfectos varones.

Hay aqui empero un peligro y engaño grande, de que nos advierten los Santos, y es, que algunos piensan de sí, que tienen mas dones de Dios, de los que tienen: en el cual engaño estaba aquel miserable á quien mandó Dios decir en el Apocalipsi: cap. 2, v. 17. *Dicis dives suum, et locupletatus, et nullius egeo, et nescis, quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cæcus, et nudus*: Dices que eres rico, y que de nada tienes necesidad, y no en-

tiendes que eres miserable, pobre, ciego y desnudo. En el mismo engaño estaba aquel fariseo del Evangelio, Luc. c. 18, v. 11, el cual daba gracias á Dios, porque no era él como los otros hombres, creyendo de sí que tenia lo que no tenia, y que era por eso mejor que los otros. Y algunas veces se nos entra esta soberbia tan oculta y secretamente, que casi sin sentirlo ni entenderlo estamos muy llenos de nosotros mismos, y de nuestra propia estimacion: por eso es gran remedio el tener el hombre siempre los ojos abiertos para ver las virtudes agenas, y cerrados para ver las suyas propias; y asi vivir siempre con un santo temor, con el cual estan mas seguros y guardados los dones de Dios.

Pero al fin como nuestro Señor no está atado á eso, y lleva á los sùyos por diversos caminos, algunas veces, como dice el Apóstol S. Pablo, quiere él hacer esta particular merced á sus siervos, que conozcan los dones que de su mano han recibido. Y entonces parece que tiene mas dificultad la cuestion propuesta. ¿Cómo estos santos y varones espirituales, que conocen y ven en sí grandes dones que han recibido de Dios, pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir de sí, que son los mayores pecadores del mundo? Ya cuando nuestro Señor lleva á uno por ese otro camino de encubrirle sus dones, y que no vea en sí ninguna virtud, sino todo faltas é imperfecciones, no tiene eso tanta dificultad: pero en estos otros ¿cómo puede ser? Muy bien puede ser con todo eso: sed vos humilde como S. Francisco, y entenderéis el como. (d) Apretándole su compañero, ¿cómo podia él con verdad sentir y decir esto de sí? Respondió el seráfico padre: Verdaderamente entiendo y creo, que si Dios hubiera hecho con un ladron, y con el mayor de todos los pecadores las misericordias y beneficios que ha hecho conmigo, que fuera mucho mejor que yo, y que fuera mas agradecido que yo. Y por el contrario, entiendo y creo, que si Dios levantase su mano de mí, y no me tuviese, que yo cometeria mayores males que todos los hombres, y que seria peor que todos ellos: y por esto, dice, yo soy el mayor pecador y mas ingrato de todos los hombres. Esta es muy buena respuesta y humildad muy profunda, y doctrina maravillosa. Este conocimiento y consideracion es la que hacia á los Santos hundirse debajo de la tierra, y ponerse ó los pies de todos, y tenerse con verdad por los mayores pecadores del mundo. Porque tenian plantada y arraigada muy bien en su corazon la raiz de la humildad, que es el conocimiento de su propia flaqueza y miseria; y sabian penetrar y ponderar muy bien lo que ellos eran y tenian de sí; y eso les hacia creer, que si Dios los dejara de su

(d) 1 *p. l.* 2, *c.* 68 *de la Cr. de S. Franc.*

mano, y no los estuviera siempre teniendo, fueran los mayores pecadores del mundo: y asi se tenian por tales. Y los dones y beneficios que habian recibido de Dios, los miraban ellos, no como cosa suya, sino como cosa agena y prestada. Y no solo no los estorbaba ni impedia eso, para que ellos se quedasen enteros en su humildad y bajeza, y se tuviesen en menos que todos; antes les ayudaba mas á eso, por parecerles que no se aprovechaban de ellos como debian. De manera que á cualquier parte que volvamos los ojos, ahora los pongamos en lo que tenemos de nuestra parte, ahora los levantemos á lo que habemos recibido de Dios, hallarémos harta ocasion para humillarnos y tenernos en menos que todos.

S. Gregorio, lib. 34 moral. c. 16, pondera á este propósito aquellas palabras que dijo el profeta David á Saúl, despues que pudiéndole matar en la cueva donde habia entrado, le perdonó y le dejó ir. Salese David tras él, y dale voces, diciendo: *Quem persequeris Rex Israel? Quem persequeris? Canem mortuum persequeris, et pulicem unum?* 1 Reg. c. 24, v. 15. ¿A quién persigues Rey de Israél? ¿A un perro muerto persigues, á una pulga como yo? Pondera muy bien san Gregorio: Ya David estaba ungido por Rey, y habia sabido del Profeta Samuel que le ungió, que Dios queria quitar el reino á Saúl, y darselo á él: y con todo eso se le humilla, y se apoca y abate delante de él, sabiendo que Dios le habia preferido á él, y que delante de Dios era mejor que él. Para que de aqui aprendamos nosotros á tenernos en menos que los que no sabemos en que grado estan delante de Dios.

## CAPÍTULO XXXV.

*Que este tercero grado de humildad es medio para vencer todas la tentaciones, y alcanzar la perfeccion de todas las virtudes.*

Casiano dice, (a) que era tradicion de aquellos padres antiguos, y como primer principio entre ellos, que no puede uno alcanzar la puridad de corazon, ni la perfeccion de las virtudes, si primero no conociere y entendiere, que toda su industria, diligencia y trabajo no es bastante para ello, sin especial ayuda y favor de Dios, que es el principal autor y dador de todo bien. Y este conocimiento, dice, no ha de ser especulativo, porque asi lo habemos oido ó leido, ó porque asi nos lo dice la fé; sino conviene que lo conozcamos practicamente y por esperiencia, y que estemos tan llanos, y tan ausentados y resueltos en esta verdad, como si lo viesemos con los ojos, y tocasemos con las manos: que es al pie de la letra el tercero gra-

(a) *Casian. l.* 12 *de spiritu superbiæ, c.* 13.

do de humildad, de que vamos tratando: y de esta humildad se entienden las autoridades de la sagrada Escritura, que prometen grandes bienes á los humildes, los cuales son inumerables. Y por eso con mucha razon le ponen los Santos por último y perfectísimo grado de humildad, y dicen que ese es el fundamento de todas las virtudes, y la preparacion y disposicion para recibir todos los dones de Dios. Y prosiguiendo Casiano (b) esto mismo mas en particular tratando de la castidad, dice, que para alcanzarla ningun trabajo basta, hasta que entendamos por esperiencia que no lo podemos alcanzar por nuestras fuerzas, sino que nos ha de venir de la liberalidad y misericordia de Dios. Y S. Agustin, lib. 2 de sanct. virg. c. 39, concuerda muy bien con esto; porque el primero y principal medio que pone para alcanzar y conservar el dón de la castidad, es esta humildad: que no penseis que lo podeis vos, ni que bastan vuestras diligencias; que mereceis perderlo, si en eso estribais; sino que entendais que ha de ser don de Dios, que os ha de venir de arriba, y en eso pongais toda vuestra confianza. Y asi decia un viejo de aquellos padres antiguos, que seria uno tentado en la carne, hasta que conociese bien que la castidad es don del Señor, y no fuerza propia. Confirma esto Paladio con el ejemplo del Abad Moisés, el cual habiendo sido en el cuerpo de admirable fortaleza, y en el ánimo viciosísimo, se convirtió muy de corazon á Dios. Fue á los principios muy gravemente tentado, especialmente de torpezas; y por consejo de los santos Padres ponia sus medios para vencerlas. Oraba tanto, que pasó seis años orando, la mayor parte de la noche en pie, sin dormir. Trabajaba mucho de manos, no comia sino un poco de pan, iba por las celdas de los monges viejos, y traíales agua, y hacia otras mortificaciones y asperezas grandes. Con todo eso no acababa de vencer las tentaciones, sino que ardia en ellas, y estaba en peligro de caer, y dejar el instituto de monge. Estando en este trabajo, vino á él el santo Abad Isidoro, y díjole de parte de Dios: desde ahora en nombre de Jesucristo cesarán tus tentaciones. Y asi fue que nunca mas le vinieron. Y añadió el Santo, declarándole la causa porque hasta alli Dios no le habia dado cumplida victoria de ellas: Moisés, porque no te gloriases, ni cayeses en soberbia, pensando que por tu ejercicio habias vencido; por eso ha permitido Dios esto para tu provecho. No habia Moisés alcanzado el don de la desconfianza de sí mismo, y porque lo alcanzase, y no cayese en soberbia de propia confianza, por eso le dejó Dios tanto tiempo, y no alcanzó con tan grandes y tan santos ejercicios la cumplida victoria de esta

(b) *Casian. collat. 2 Abbatis Cheremontis, c. 4.*

pasion, que otros con menos trabajo han alcanzado.

Lo mismo refiere Paladio que le aconteció al Abad Pacon, que con ser ya viejo de setenta años, era muy molestado de tentaciones deshonestas; y dice que le afirmó con juramento, que despues de cincuenta años de edad, por espacio de dos años fue tan recia la pelea, y tan ordinario el combate, que no se le pasó dia ó noche en todo este tiempo, que no fuese combatido de este vicio. El hacia cosas muy estraordinarias para librarse de estas tentaciones, y no aprovechaba. Un dia estandose él lamentando, pareciéndole que le habia el Señor desamparado, oyó una voz que le decia interiormente: Entiende, que la causa de haber Dios permitido en tí esta récia batalla, ha sido para que conozcas tus flaquezas y pobresa, y lo poco ó nada que tienes de tu parte, y asi te humilles de aqui adelante, no confiando en cosa alguna de tí, sino recurriendo en todas á mi á pedirme socorro. Y dice, que con esta enseñanza quedó tan consolado y confortado, que nunca mas sintió aquella tentacion. Quiere Dios que pongamos toda nuestra confianza en él, y que desconfiemos de nosotros, y de nuestros medios y diligencias.

Esta doctrina no solo es de Agustino, Casiano, y de aquellos padres antiguos, sino del mismo Espíritu Santo, y en estos propios terminos que la vamos diciendo. El Sabio en el libro de la Sabiduría, Sapient. c. 8, v. 21, nos pone espresamente la teorica, y juntamente la práctica de todo esto: *Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det, et hoc ipsum erat sapientia, scire cujus esset hoc donum: adii Dominum, et deprecatus sum illum ex totis præcordiis meis*: Como yo supiese, dice Salomon, que no podia ser continente sin especial dón de Dios. Continente aqui es nombre general, que abraza no solo el contener y refrenar la pasion, que es contra la castidad, sino todas las demas pasiones y apetitos que son contra la razon. Como tambien en aquello del Eclesiástico: c. 26, v. 20. *Omnis autem ponderatio non est digna continentis animæ*: Todo peso de plata y oro, no es digno de la ánima continente. No hay cosa que tanto pese ni valga, como la persona continente, quiere decir, que por todas partes tiene y contiene sus afectos y apetitos, para que no salgan de la raya de la virtud y de la razon. Pues dice Salomon: Luego que supe que sin especial dón de Dios no podia contener siempre estas potencias y pasiones de mi alma y de mi cuerpo en aquel medio de verdad y virtud, sin que algunas veces sobresaliesen; y conocer esto, es, dice, gran sabiduría: acudí al Señor, á pedírselo de todo mi corazon. De manera que este es medio único para ser continentes, y para poder refrenar y gobernar nuestras pasiones, y tenerlas á raya; y para alcanzar victoria de to-

das las tentaciones, y la perfecion de todas las virtudes, y asi lo reconocia muy bien el Profeta, cuando decia: Psal. 126, v. 1. *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt, qui ædificant eam*: Si el Señor no edifica la casa, en vano trabaja el que la edifica: *Et nisi Dominus custodierit Civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*: Y si el Señor no guarda la ciudad, en vano trabaja el que la guarda. El es el que nos ha de dar todo el bien, y el que despues de dado lo ha de guardar y conservar; y sino en vano será todo nuestro trabajo.

## CAPÍTULO XXXVI.

### *Que la humildad no es contraria á la magnanimidad, antes es fundamento y causa de ella.*

Santo Tomás, 2 2, q. 1, art. 29, tratando de la virtud de la magnanimidad, pone esta cuestion. Por una parte dicen los Santos, y dícelo el sagrado Evangelio, que nos es muy necesaria la humildad, y por otra nos es tambien muy necesaria la magnanimidad, especialmente á los que tienen oficios y ministerios altos. Estas dos virtudes parecen contrarias entre sí: porque la magnanimidad es una grandeza de ánimo, para emprender y acometer cosas grandes y escelentes, y que sean en sí dignas de honra: y lo uno y lo otro parece contrario á la humildad; porque cuanto á lo primero, que es emprender cosas grandes, no parece que dice con ella; porque uno de los grados de humildad que ponen los Santos, es: *Ad omnia indignum, et utilem se confiteri, et credere*: Confesarse y tenerse por indigno é inútil para todas las cosas: y emprender uno aquello para lo que no es, parece soberbia y presuncion. Y lo segundo, que es emprender cosas de honra, parece tambien contrario; porque el verdadero humilde ha de estar muy léjos de desear honra y estimacion. A esto responde muy bien santo Tomás, y dice, que aunque mirando la apariencia y sonido esterior, parecen contrarias entre sí estas dos virtudes: pero en efecto ninguna virtud puede ser contraria á otra: y en particular dice de estas dos, humildad, y magnanimidad, que si miramos atentamente á la verdad y sustancia de la cosa, hallarémos que no solo no son contrarias, pero que son muy hermanas, y depende mucho la una de la otra. Y declara esto muy bien; porque cuanto á lo primero, que es emprender y acometer cosas grandes, que es propio del magnánimo, no solo no es eso contrario al humilde, antes es muy propio suyo; y solo el que lo fuere puede hacer eso bien. Si fiados en nuestras fuerzas y medios, emprendiesemos cosas grandes, seria presuncion y soberbia; porque ¿qué cosas grandes, ni aun pequeñas podemos nosotros emprender, fiados

en nuestras fuerzas, pues no somos suficientes de nosotros, ni aun para tener un buen pensamiento? como dice S. Pablo: 2 ad Cor. 3, v. 5. *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis.* Pero el fundamento firme de esta virtud de la magnanimidad, para acometer y emprender cosas grandes, ha de ser desconfiar de nosotros, y de todos los medios humanos, y poner nuestra confianza en Dios, que es la verdadera humildad.

El glorioso S. Bernardo, sobre aquello de los Cantares: *Quæ est ista, quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum?* Bern. ser. 60 ex parv. ¿Quién es esta que sube del desierto, abundante en riquezas, estribando sobre su amado? declara muy bien, como toda nuestra virtud y fortaleza, y todas nuestras buenas obras han de estribar en nuestro amado. Y trae para esto el ejemplo del Apóstol S. Pablo á los de Corinto: *Gratia autem Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius illis omnibus laboravi*: 1 ad Cor. 15, v. 10. Comienza el Apóstol á contar sus trabajos, y lo mucho que habia hecho en la predicacion del Evangelio, y en el servicio de la Iglesia, hasta venir á decir que habia trabajado mas que los demas Apóstoles. Dice el bienaventurado san Bernardo: Mirad lo que decís Apóstol santo; para que podais decir eso, y para que no lo perdais: *Innitere super dilectum tuum*: Estribad sobre vuestro amado. *Non ego autem, sed gratia Dei mecum*: Luego estriba sobre su amado: No yo, sino la gracia de Dios conmigo. Y escribiendo á los filipenses, c. 4, v. 13, dice: *Omnia possum*: Todo lo puedo. Y luego estriba en su amado, y dice: *In eo qui me confortat*: En aquel que me conforta. En Dios todo lo podrémos, con su gracia serémos poderosos para todo: en eso hemos de estribar, y ese ha de ser el fundamento de nuestra magnanimidad y grandeza de ánimo. Y eso es lo que dice el profeta Isaías: c. 40, v. 31. *Qui sperant in Domino, mutabunt fortitudinem*: Los que desconfian de sí, y ponen toda su confianza en Dios, mudarán su fortaleza: porque trocarán la fortaleza de hombres, que es flaqueza, en fortaleza de Dios, trocarán su brazo flaco y de carne, en el brazo del Señor, y así quedarán fuertes y poderosos para todo, porque en Dios todo lo podrán. Y así dijo muy bien S. Leon Papa: serm. 5 Epiph. *Nihil arduum humilibus: nihil asperum mitibus*: El verdadero humilde, ese es magnánimo, animoso y esforzado para acometer y emprender cosas grandes, ninguna cosa se le hace ardua ni dificultosa: porque no confia en sí, sino en Dios, y poniendo los ojos en Dios, y estribando en él, nada se le pone delante: *In Deo faciemus virtutem, et ipse ad nihilum deducet tribulantes nos*: Psal. 59, v. 14 En Dios todo lo puede. Esto es lo que habemos menester mucho nosotros, ánimo

grande, esfuerzo y confianza en Dios, no desmayos que quitan la gana de obrar nuestros ministerios. De manera que habemos de ser en nosotros humildes, conociendo que de nosotros no somos para nada, ni valemos ni podemos nada; pero en Dios, y con su virtud y gracia, habemos de ser animosos y esforzados para emprender cosas grandes.

S. Basilio declara esto muy bien sobre aquellas palabras de Isaías: c. 6, v. 8. *Ecce ego, mitte me.* Queria Dios enviar á predicar alguno á su pueblo, y como el quiere obrar las cosas en nosotros con voluntad y consentimiento nuestro, dijo donde lo pudo oir Isaías: *Quem mittam, et quis ibit nobis*: ¿A quién enviaré, quién querrá ir de buena gana? Responde el Profeta: *Ecce ego, mitte me*: Señor, aqui estoy yo, si me quereis enviar. Pondera bien S. Basilio, que no dijo: Señor, yo iré, y haré eso muy bien; porque era humilde, y conocia su flaqueza, y veia que era atrevimiento prometer de sí que haría una cosa tan grande, y que sobrepujaba todas sus fuerzas; sino dice: Señor, aqui estoy yo muy pronto y dispuesto para recibir lo que vos me quisiereis dar. Enviadme vos, que si me enviais, yo iré; como si dijera: Yo no soy suficiente para un ministerio tan alto como ese; empero vos me podeis dar la suficiencia, vos podeis poner palabras en mi boca, que truequen los corazones. Si vos me enviais, yo podré ir, y seré suficiente para ello yendo en vuestro nombre. Y dícele Dios: *Vade*. Veis aqui, dice S. Basilio, quedó el profeta Isaías graduado por predicador y apóstol de Dios, porque supo responder muy bien en la materia de humildad, porque no se atribuyó á si el ir, sino reconociendo su insuficiencia y flaqueza, puso toda su confianza en Dios, creyendo que en él todo lo podia, y que si él le enviaba podria ir. Pues eso se lo concede Dios, y le dice que vaya, haciéndole predicador, y embajador y apóstol suyo. Esta ha de ser nuestra fortaleza, y nuestra magnanimidad, para emprender y acometer cosas grandes. Por eso no desmayeis, ni os desanimeis por vuestra flaqueza é insuficiencia: *Noli dicere puer suum*, dice Dios á Jeremías: c. 1, v. 7. *Quoniam ad omnia quæ mittam te, ibis: et universa, quæcumque mandavero tibi, loqueris*: No digas que eres niño, y que no sabes hablar, que á todo lo que yo te enviare, irás, hablarás, harás, y podrás muy bien todo lo que yo te mandare: *Ne timeas à facie eorum, quia tecum ego sum*: No temas, que yo seré contigo. De manera que cuanto á esta parte de la humildad no solo no es contraria á la magnanimidad, sino antes es raiz y fundamento de ella.

Lo segundo que tiene el magnánimo, que es desear hacer cosas grandes, y que sean en sí dignas de honra, tampoco es contrario á la humildad; porque como dice muy

bien santo Tomás, 2 2, q. 129, ar. 2 ad 3, aunque el magnánimo desea esto, no lo desea por la honra humana, ni este es su fin: merecerla sí, pero no procurarla, ni estimarla: antes tiene un corazon tan despreciador de las honras y de las deshonras, que ninguna cosa tiene por grande, sino la virtud, y por amor de ella se mueve á hacer cosas grandes, despreciando la honra de los hombres; porque la virtud es cosa tan alta, que no se puede honrar ni premiar suficientemente de los hombres; porque merece ser honrada y premiada de Dios. Y asi el magnánimo no tiene en nada todas las honras del mundo, es esa cosa baja y de ningun precio para él, mas alto es su vuelo: por solo amor de Dios, y de la virtud se mueve á obrar y hacer cosas grandes, despreciando todo lo demas. Pues para tener este corazon tan grande, tan generoso, y tan despreciador de las honras y deshonras de los hombres, cual le ha de tener el magnánimo, menester es mucha humildad para llegar á tanta perfeccion, que podais decir con S. Pablo: ad Philip. c. 4, v. 12. *Scio, et humiliari, scio, et abundare, (ubique, et in omnibus institutus sum) et satiari, et esurire, et abundare, et penuriam pati*: Sé portarme asi en la humillacion, como en la abundancia y prosperidad: y asi en la hartura, como en la hambre: *Per gloriam, et ignobilitatem, per infamiam et bonam famam: ut seductores, et veraces: sicut qui ignoti, et cogniti: quasi morientes, et ecce vivimus.* 1 ad Cor. c. 6, v. 8. Para que vientos tan recios y tan contrarios como de la honra y de la deshonra, de las alabanzas y de las murmuraciones, de los favores y de las persecuciones, no causen en nosotros mudanza, ni nos hagan titubear, sino que siempre nos quedemos en un mismo ser, gran fundamento de humildad y de sabiduría del cielo es menester. No sé si sabreis vadearos en la abundancia, como el Apóstol S. Pablo: padecer pobreza y mendigar, peregrinar y andar humilde entre las deshonras y afrentas, por ventura sabreis; pero ser humilde en las honras, cátedras, púlpitos y ministerios altos, no sé si sabreis. ¡Ay! que los Angeles en el cielo no supieron hacer eso, sino que se desvanecieron y cayeron. Aun allá dijo Boecio: *Cum omnis fortuna timenda sit, magis tamen timenda est prospera, quàm adversa*: Mas dificultoso es conservarse uno en humildad en las honras y en la estimacion del mundo, y en los ministerios y oficios altos, que en los desprecios y deshonras, y en oficios bajos y humildes; porque estas cosas traen consigo humildad, y esas otras soberbia y vanidad: *Scientia inflat*: 1 ad Cor. c. 8, v. 7. La ciencia, y las demas cosas altas, de suyo hinchan y desvanecen. Por eso dicen los Santos, que es humildad de grandes y de perfectos varones, saber ser humildes entre los dones y mercedes gran-

des que reciben de Dios, y entre las honras y estimacion del mundo.

Cuéntase (a) del bienaventurado S. Francisco una cosa, que parece bien diferente, de cuando se puso á amasar el barro con los pies, por huir la honra con que le salian á recibir. Entrando una vez en un pueblo, hiciéronle grande honra, por la opinion y estima que tenian de su santidad, y venian todos á besarle el hábito, las manos y los pies, y él no hacia resistencia alguna. Su compañero le juzgó, de que parecia que se holgaba con aquella honra, y le venció tanto la tentacion, que al fin se lo dijo. Respondió el Santo: Esta gente, hermano, ninguna cosa hace en comparacion de la honra que habia de hacer. El compañero quedó mas escándalisado con esta respuesta, porque no la entendió. Entonces le dijo el Santo: Hermano, esta honra que me ves hacer, no la atribuyo yo á mí, sino toda la refiero á Dios, cuya es, quedándome yo en lo profundo de mi vileza: y ellos ganan con esto, porque reconocen y honran á Dios en su criatura. Quedó el compañero satisfecho y maravillado de la perfeccion del Santo: y con mucha razon; porque ser tenido y honrado por Santo (que es la mayor honra y estima en que uno puede ser tenido) y saber dar á Dios la gloria de ello, como se debe, sin atribuirse á sí cosa alguna, y sin que se le pegue la miel á las manos, sin tomar de ello algun vano contentamiento; sino quedándose tan entero en su humildad y bajeza, como sino hubiera nada de aquello, y como si aquella honra no se diera á sí, sino á otro: es altísima perfeccion y humildad profundísima.

Pues á esta humildad habemos de procurar llegar con la gracia del Señor, especialmente los que somos llamados, no para que estemos arrinconados y escondidos debajo del celemin, sino en alto, como ciudad sobre el monte, y como antorcha sobre el candelero, para alumbrar y dar luz al mundo, para lo cual es menester echar muy buenos fundamentos, y tener un deseo grande, cuanto es de nuestra parte, de ser despreciados y tenidos en poco, el cual nazca de un profundo conocimiento de nuestra miseria y vileza, y de nuestra nada, cual la tenia S. Francisco, cuando se puso á amasar el barro con los pies, para ser tenido por loco: de aquel profundo conocimiento propio que tenia de sí mismo, de donde nacia el desear ser despreciado y tenido en poco, de allí nacia tambien, que cuando despues le honraban, y le besaban el hábito y los pies, no se desvanecia, ni se tenia por eso en mas, sino se quedaba tan entero en su bajeza y humildad, como si ninguna honra le hicieran: atribuyendo y refiriendo todo aquello á Dios. Y así aunque estos dos hechos de S. Francisco parecen entre sí contra-

(a) 1 *part. l.* 1, *c.* 37 *de la Cron. de S. Francisco.*

rios, procedian de una misma raiz, y de un mismo espíritu de humildad.

## CAPITULO XXXVII.

### *De otros bienes y provechos grandes que hay en este tercero grado de humildad.*

*Tua sunt omnia, et quæ de manu tua accepimus, dedimus tibi*: 1 Par. cap. 29, 14. Despues que el rey David habia preparado mucho oro y plata, y grandes materiales, para el edificio y fabrica del templo, ofreciéndolo á Dios, dijo estas palabras: Todas las cosas, Señor, son vuestras, y lo que habemos recibido de vuestra mano, eso os damos y volvemos. Esto es lo que habemos de hacer y decir nosotros en todas nuestras buenas obras: Señor, todas nuestras buenas obras son vuestras, y asi os volvemos lo que nos habeis dado. Dice muy bien S. Agustin: lib. 9 conf. c. 13. *Quisquis tibi enumerat merita sua, quid tibi enumerat nisi munera tua?* El que se pone á contaros sus merecimientos, y los servicios que os hace, ¿qué otra cosa os cuenta, Señor, sino los dones y beneficios que ha recibido de vuestra mano? Esa es vuestra bondad y liberalidad infinita, que quereis que vuestros dones y beneficios sean nuevos merecimientos nuestros, y cuando pagais nuestros servicios, galardonais vuestros beneficios, y por una gracia nos dais otra, y por una merced otra: *Gratiam pro gratia.* Joan. 1, v. 16, No se contenta el Señor como otro José con darnos el trigo, sino darnos tambien el dinero y precio con que se compra: *Gratiam, et gloriam dabit Dominus.* Psal. 83, 11. Todo es dádiva de Dios; y todo se lo habemos de atribuir y volver á él.

Uno de los bienes y provechos grandes que hay en este tercero grado de humildad, es que este es el bueno y verdadero agradecimiento y hacimiento de gracias, por los beneficios recibidos de Dios. Bien sabida cosa es, cuan encomendado y estimado es este hacimiento de gracias en la divina Escritura, pues vémos, que cuando el Señor hacia á su pueblo algun beneficio señalado, luego ordenaba alguna memoria ó fiesta en su agradecimiento, por lo mucho que nos importa serle agradecidos, para recibir de él nuevas gracias y mercedes. Pues esto se hace muy bien con este tercero grado de humildad, que como está dicho, consiste en no atribuirse el hombre á sí bien ninguno, sino atribuirlo todo á Dios, y darle á él la gloria de todo: y en eso está el bueno y verdadero agradecimiento y hacimiento de gracias, no en que digais con la boca: Gracias os doy, Señor, por vuestros beneficios; aunque tambien con la boca habemos de alabar á Dios y darle gracias; pero si lo haceis solamente con la boca, no será hacer gracias, sino decir gracias. Pues para que sea no

solo decir gracias á Dios, sino hacerle gracias, y sea no solo con la boca, sino tambien con el corazon y con la obra, es menester que reconozcais, que todo el bien que teneis es de Dios, y que se lo volvais y atribuyais todo á él, dándole la gloria de todo, sin alzaros con nada; porque de esa manera se desnuda el hombre de la honra que ve no ser suya, y la da toda á Dios nuestro Señor, cuya es. Y esto nos quiso dar á entender Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio, cuando habiendo sanado aquellos diez leprosos, y volviendo solo uno á agradecer el beneficio recibido, le dijo: *Non est inventus, qui rediret, et daret gloriam Deo, nisi hic alienigena*: Luc. c. 17, v. 18, No hubo quien volviese, y diese la gloria á Dios, sino este estrangero. Y amonestando Dios á los hijos de Israel, que fuesen agradecidos, y no se olvidasen de los beneficios recibidos, les advierte de esto: *Observa, et cave, netuando obliviscaris Domini Dei tui, et elevetur cor tuum, et non reminiscaris Domini Dei tui, qui eduxit te de terra Ægypti*, Deut. 8, 11. 14. Guardaos no os olvideis de Dios cuando os veais en la tierra de promision en mucha prosperidad de bienes temporales, de casas, heredades y ganados. Guardaos no se levante entonces vuestro corazon, y seais ingratos, y digais que por vuestras fuerzas y diligencias habeis alcanzado esas cosas: *Fortitudo mea, et robur manus meæ, hæc mihi omnia præstiterunt*: eso es olvidarse de Dios, y el mayor desagradecimiento que puede uno tener, atribuirse á sí los dones de Dios. No os pase tal cosa por el pensamiento: *Sed recorderis Domini Dei tui, quòd ipse vires tibi præbuerit, ut impleret pactum suum*: Sino acordaos de Dios, y reconoced que suya es la fortaleza, y él os dió las fuerzas para todo, y esto hizo, no por vuestros merecimientos, sino por cumplir la promesa que liberalmente hizo á aquellos padres antigüos: este es el agradecimiento y hacimiento de gracias, y el sacrificio de alabanza con que Dios nuestro Señor quiere ser honrado, por los beneficios y mercedes que nos hace: *Sacrificium laudis honorificabit me*: Psal. 49, 21. Este es el *Regi sæculorum immortali, et invisibili, soli Deo honor, et gloria*, 1 ad Tim. c. 1, v. 17, que dice S. Pablo, á solo Dios se ha de dar la gloria de todo.

De aqui se sigue otro bien y provecho grande, que el verdadero humilde, aunque tenga muchos dones de Dios, y sea por eso muy tenido y estimado de todo el mundo, él no se estima, ni se tiene por eso en mas, sino quedase tan firme en el conocimiento de su bajeza, como si nada de lo que le dieron se hallára en él. Porque sabe muy bien distinguir entre lo que es ageno, y lo que es suyo propio, y atribuir á cada uno lo que le pertenece: y asi los dones y beneficios que ha recibido de Dios, miralos él, no como cosa suya, sino como

cosa agena y prestada, y trae siempre puestos los ojos en el conocimiento de su propia flaqueza y miseria, y en lo que él seria, si Dios le dejase de su mano, y no le estuviese siempre teniendo y conservando. Antes mientras mas dones tiene recibidos de Dios, anda mas confundido y humillado con ellos. *Dice* S. Doroteo, ser. de humil., que asi como en los árboles que estan muy cargados de fruta, el mismo fruto hace bajar y encorvar los ramos, y aun algunas veces hasta quebrarlos con su grande peso: empero el ramo que no tiene fruto ninguno, quedase muy derecho y levantado en alto: y las espigas, cuando los trigos estan muy granados, se inclinan tanto, que parece que se quiere quebrar la caña; pero cuando las espigas estan muy derechas, es mala señal é indicio de que estan vacías; asi dice, acontece en lo espiritual, que los que estan vacíos y sin fruto, andan muy engreídos y levantados, teniendose en algo: pero los que estan cargados de fruto, y de dones de Dios, andan mas humillados y confundidos.

De los mismos dones y beneficios que han recibido toman ocasion los siervos de Dios para humillarse y confundirse mas, y para andar mas temerosos. Dice S. Gregorio, (a) que asi como el que recibe prestada gran cantidad de dineros, de tal manera se huelga con el emprestito, que le templa muy bien la alegría del recibo, el saber que queda obligado á pagarlo; y le da cuidado y pena el pensar, si podrá cumplir á su tiempo con la obligacion; asi el humilde, mientras mas dones tiene recibidos, se reconoce por mas deudor á Dios, y se tiene por obligado á servirle mas; y parecele que no corresponde á mayores mercedes con mayores servicios, ni á mayores gracias con mayores agradecimientos: y cree y entiende, que cualquiera á quien Dios hubiera dado lo que á él, usara mejor de ello, y fuera mucho mejor que él, y mas agradecido. Y una de las consideraciones que trae á los siervos de Dios muy humillados y confundidos, es esta; porque saben, que no solo les ha de pedir Dios cuenta de los pecados cometidos, sino tambien de los beneficios recibidos: y saben, que á quien dieren mucho, mucho le pedirán, y á quien le encomendaron mas, mas le pedirán: *Omni autem, cui multum datum est, multum quæretur ab eo: et cui commendaverunt multum, plus petent ab eo.* Luc. c. 12, v. 48, dice Cristo nuestro Redentor. El Abad Macario dice, que el humilde mira los dones de Dios como depositario y tesorero, que tiene la hacienda de su amo, al cual no le viene vanagloria de ello, sino antes temor y cuidado, por la cuenta que sabe le han de pedir de ella, si por su culpa se pierde.

De aqui se sigue otro bien y

(a) *Greg. l.* 22 *moral. c.* 5, *hom.* 9. *in Evangel.*

Provecho, y es, que el verdadero humilde no desprecia á nadie, ni le tiene en poco, por mucho que le vea caer en culpas y pecados, ni por eso se ensoberbece él, ni se tiene en mas que el otro: antes de allí toma ocasion de humillarse mas, viendo al otro caer; porque considera, que él y el caido son de una masa, y que cayendo el otro, cae él, cuanto es de su parte; porque como dice S. Agustin, soliloq. c. 17, no hay pecado que uno haga, que otro no le haria, sino le tuviese piadosamente la mano de Dios. Y asi uno de aquellos padres antigüos, cuando oia que alguno habia caido, lloraba amargamente, y decia: *Ille hodie, et ego cras*: Hoy por tí, y mañana por mí. Asi como aquel cayó, pudiera yo caer, pues soy hombre flaco como él: *Homo sum, et humanum, me nihil alienum puto*: Y el no haber caido, lo tengo de tener por particular beneficio del Señor. Asi como nos aconsejan los Santos, que cuando vieremos á uno ciego, á otro sordo, á otro cojo, manco, ó enfermo, todos aquellos males tengamos por beneficios nuestros, y demos gracias á Dios, que no me hizo á mi ciego, ni sorda, ni manco, ni mudo, como á aquel: asi habemos de hacer cuenta, que los pecados de todos los hombres son beneficios nuestros, porque en todos ellos pudiera yo haber caido, si el Señor no me hubiera por su infinita misericordia librado. Con esto se conservan los siervos de Dios en humildad, y en no menospreciar á sus prójimos, no indignarse contra nadie, por muchas faltas y pecados que vean, conforme á aquello de S. Gregorio: hom. 34 sup. Evang. *Vera justitia compassionem habet, falsa justitia dedignationem*: La verdadera justicia hace que tengamos compasion de nuestro hermano: la falsa, desdén é indignacion. Y estos tales deben temer aquello que dice S. Pablo: *Considerans te ipsum, ne et tu tenteris*: Ad Galat. c. 6, v. 1: no permita el Señor, que sean tentados en aquello mismo que condenan, y vengan á probar á su costa, cuanta es la humana flaqueza, que suele ser castigo de esta culpa. En tres cosas, dijo uno de aquellos padres antigüos, (b) juzgué á mis hermanos, y en todas tres he caido: *Ut sciant gentes, quoniam homines sunt*: Psal. 9, 21. Para que conozcamos por esperiencia, que nosotros tambien somos hombres, y aprendamos á no juzgar ni menospreciar á nadie.

## CAPITULO XXXVIII.

*De los favores y mercedes grandes que hace Dios á los humildes, y que es la causa porque los levanta tanto.*

*Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* Sap. cap. 7, v. 11, Estas palabras dice Salomon de la sabiduría divina, que con ella le

(b) *Refert Casian. l. 5 de Instit. ren. c. 30 de Abb. Macar.*

vinieron todos los bienes; pero podemoslas aplicar muy bien á la humildad, y decir que todos los bienes vienen con ella: pues el mismo Sabio dice, que donde hay humildad, aí está la sabiduria: *Ubi est humilitas, ibi et Sapientia*: Prov. 11, 2; en otra parte dice, que tener esta humildad, es suma sabiduría. Sapient. c. 8, v. 22. Y el profeta David Psal. 18, 8, que á los humildes da Dios la sabiduría: *Sapientiam præstans parvulis.* Pero fuera de esto en propios términos nos enseña esta verdad la Escritura divina, asi en el viejo como en el nuevo Testamento, prometiendo grandes bienes y gracias de Dios, unas veces á los humildes, otras á los pequeñuelos, otras á los pobres de espiritu, llamando por estos y por otros tales nombres á los verdaderos humildes: *Ad quem autem respiciam, nisi ad pauperculum, et contritum spiritu, et trementem sermones meos*, dice Dios por Isaías: c. 66, v. 2. ¿A quién miraré yo, y en quién pondré los ojos, sino en el humilde, y en el pobrecito, y en el que está temblando y confundiéndose delante de mí? En estos pone Dios los ojos para hacerles mercedes y llenarlos de bienes. Y los gloriosos Apóstoles S. Pedro y Santiago en sus Canónicas dicen: *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam*: 1 Petr. c. 5, v. 5: Jacob. c. 4, v. 6. Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia. Lo mismo nos enseña la sacratísima Reina de los Angeles en su cántico: *Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles. Esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes*: Luc. c. 1, v. 56. El Señor abate á los soberbios, y ensalza á los humildes: harta de bienes á los hambrientos, y deja vacíos á los que les parece que estan ricos: que es lo que habia dicho antes el profeta David: Psal. 17, 28. *Quoniam tu populum humilem salvum facies, et oculos superborum humiliabis*: y lo que nos dice Cristo en el sagrado Evangelio: *Quia omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur*: Luc. c. 4, v. 11. El que se ensalza, será humillado: y el que se humilla, será ensalzado. Asi como las aguas se van corriendo á los valles: *Qui emittis fontes in convallibus*; Psal. 103; asi las lluvias de las gracias de Dios se van á los humildes. Y asi como los valles, por las muchas aguas que recogen en sí, suelen ser fértiles y dar abundantes frutos: *Et valles abundabunt frumento*: Psal. 64, 1: asi los bajos en sus ojos, que son los humildes, aprovechan y dan mucho fruto, por los muchos dones y gracias que reciben de Dios. Dice S. Agustin, serm. 2 de Asc., que la humildad atrae á sí al altísimo Dios: *Altus est Deus: humilias te, et descendit ad te; erigis te, et fugit á te*: Alto es Dios, y si os humillais, desciende á vos; y si os levantais y ensoberbeceis, huye de vos: *Quare? Quoniam excelsus est, et humilia respicit, et alta à longè cognoscit.* ¿Sabeis por qué? dice S. Agustin. Porque como dice el Real profeta David,

Psal. 137, 6, es Dios grande y Soberano Señor, mira á los humildes, y el mirarlos es llenarlos de bienes. A los soberbios, dice, que los vé de léjos; porque asi como acá, cuando vemos á uno de léjos, no le conocemos, asi no conoce Dios á los soberbios para hacerles mercedes: *Amen dico vobis, nescio vos*: Matth. c. 25, v. 12. De verdad os digo, que no os conozco, dice Dios á los malos y soberbios. San Buenaventura (a) dice, que asi como la cera blanda está muy dispuesta para recibir el sello que quieren imprimir en ella; asi la humildad dispone el alma para recibir las virtudes y dones de Dios. En aquel convite que José hizo á sus hermanos, al mas pequeño cupo la mejor parte. Genes. cap. 43, v. 34.

Pero veamos, qué cosa es la causa porque levanta Dios tanto á los humildes, y les hace tantas mercedes. La causa de esto es, porque se le queda todo en casa. Can. 10, t. 4, c. 15; porque el humilde no se alza con nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo se lo atribuye y vuelve enteramente á Dios, y á él da la gloria y honra de todo: *Quoniam magna potentia Dei solius, et ab humilibus honoratur*: Eccl. c. 3, v. 21. Pues en estos tales, dice Dios, bien podemos hacer, bien les podemos fiar nuestra hacienda, y darles nuestros dones y riquezas, que no se nos levantarán ni alzarán con ellas. Y asi hace Dios en ellos como en cosa propia. Porque toda la gloria y honra se queda por suya. Aun acá vemos que un gran Señor, y un Rey se precia y tiene por grandeza levantar á uno del polvo de la tierra, como dicen, y hacer en el que no era, ni tenia nada; porque en eso se echa mas de ver la liberalidad y grandeza del Rey; y dicen despues, que aquel es hechura suya. Asi dice el Apóstol S. Pablo: 2 ad Cor. c. 4, v. 7. *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus, ut sublimitas sit virtutis Dei, et non ex nobis*: Tenemos los tesoros de las gracias y dones de Dios en vasos de barro, para que se entienda, que esos tesoros son de Dios, y no de nosotros, que el barro no lleva eso. Pues por eso levanta Dios á los humildes, y les hace tantas mercedes: y por eso deja vacíos á los soberbios; porque el soberbio confia mucho de sí, de sus diligencias é industrias, y atribuyese mucho á sí, y toma vano contentamiento en los buenos sucesos de los negocios, como si por sus fuerzas y diligencias se hubieran hecho; y todo eso quita á Dios, alzandose con la honra y gloria que es propia de su Magestad. En entrando un poco en oracion, con tantica devocion, con una lagrimita que tengamos, nos parece que ya somos espirituales y hombres de oracion, y aun algunas veces nos preferimos á los otros, y nos parece que los otros no estan tan aprovechados, ó que

(a) *Bonav. in Specul. disciplinæ ad novitios, c. 3.*

no son tan espirituales, ni van tan adelante como eso. Por esto no nos hace el Señor mayores mercedes, y algunas veces nos quita lo que nos habia dado; porque no se nos convierta el bien en mal, la salud en enfermedad, la triaca en ponzoña, y sean para mayor condenacion nuestra los dones y beneficios recibidos, por usar nosotros mal de ellos. Como al enfermo y de flaco estómago, aunque sea la vianda buena, como de una gallina, le dan poco, porque no tiene virtud para digerir mas, y si le diesen mas, se le corrompería y convertiría en mal humor. Aquel oleo del profeta Eliseo nunca dejó de correr, hasta que faltaron vasos en que le recibir, y en faltando, dice la sagrada Escritura: *Stetitque oleum*: 4 Reg. c. 4, v. 6. Luego paró el oleo. Pues tal es el oleo de la divina misericordia, que por sí no se limita de parte de Dios: no tienen límite sus gracias y misericordias: *Non est abbreviata manus Domini*: No ha estrechado ni encogido Dios su mano, ni ha mudado de condicion; porque Dios no se muda, ni se puede mudar, sino siempre permanece en un sér: y mas gana tiene él de dar, que nosotros de recibir. La falta está de parte nuestra, que no tenemos vasos vacíos para recibir el oleo de las misericordias y gracias de Dios: estamos muy llenos de nosotros mismos, y confiamos mucho de nuestros medios. La humildad, y el propio conocimiento desembaraza, y desarríma al hombre de sí mismo, haciéndole desconfiar de sí, y de todos los medios humanos, y que no se atribuya á sí nada, sino todo á Dios: y asi á estos tales á manos llenas les hace él mercedes: *Humiliare Deo, & expecta manus ejus.* Eccles. c. 13, v. 9.

## CAPÍTULO XXXIX.

*Cuanto nos importa acogernos á la humildad, para suplir con ella lo que nos falta de virtud y perfeccion, para que no nos humille y castigue Dios.*

El bienaventurado S. Bernardo dice: *Stultus est qui confidit, nisi in sola humilitate, quia apud Deum, fratres, jus habere non possumus: quoniam in multis offendimus omnes*: Bern. serm. de divers. serm. 26. Muy necio es el que confia sino en sola la humildad; porque, hermanos mios, todos habemos pecado y ofendido á Dios en muchas cosas, y asi no tenemos derecho sino á ser castigados. Si quisiere el hombre entrar en juício con Dios, dice Job, cap. 9, v. 3: *Non poterit ei respondere unum pro mille*: No podrá responder, ni uno por mil: á mil cargos no podrá dar un buen descargo. *Quid ergo restat, nisi ad humilitatis remedia tota mente confugere, & quidquid in aliis minus habemus, de ea supplere*: ¿Pues que resta, y que otro remedio nos queda, dice, sino acogernos á la humildad, y suplir con ella lo que nos falta

en todo lo demas? Y por ser este remedio de mucha importancia, le repite el Santo muchas veces por estas y otras semejantes palabras: (a) *Quidquid verò minus est fervoris, humilitas suppleat puræ confusionis*: Lo que os falta de buena conciencia, suplidlo de vergüenza: y lo que os falta de fervor y de perfeccion, suplidlo de confusion. Y S. Doroteo dice, que el Abad Juan encomendaba tambien mucho esto, y decia: *Humiliemus nos paulisper, ut salutem animæ nostræ consequamur, si propter imbecillitatem laborare non possumus, humiliare saltem nos ipsos studeamus*: Dorot. ser. de humil. Hermanos mios, ya que por nuestra flaqueza no podemos trabajar tanto, humillémonos siquiera, y con esto confio que nos hallarémos entre aquellos que trabajaron. Cuando despues de muchos pecados os hallareis inhabilitado con falta de salud para hacer mucha penitencia, caminad por el camino llano de la santa humildad; porque no hallaréis otro mas conveniente medio para vuestra salud. Si os parece que no podeis entrar en la oracion, entrad en vuestra confesion; y si os parece que no teneis talento para cosas grandes, tened humildad, y con esto supliréis la falta de todas esas cosas.

Pues consideremos aqui cuan poco se nos pide, y con cuan poco se contenta el Señor; pidenos conforme á nuestra bajeza, que nos conozcamos y humillemos. Si nos pidiera Dios grandes ayunos, grandes penitencias, grandes contemplaciones, pudiéranse algunos escusar, diciendo, que para lo uno no tenian fuerzas, y para lo otro no tenian talento ni habilidad: *Sed num humiliare nos ipsos non possumus*: Empero para no ser humildes, no hay razon, ni escusa ninguna. No podeis decir que no teneis salud ni fuerzas para ser humilde, ó que no teneis talento ó habilidad para ello. *Nihil facilius est volenti, quam humiliare semetipsum*, serm. 2. cap. jejun., dice S. Bernardo: Al que quiere, no hay cosa mas fácil que humillarse, eso todos lo podemos, y dentro de nosotros tenemos harta materia para ello: *Humiliatio tua in medio tui.* Mich. c. 6, v. 14. Pues acojámonos á la humildad, y suplamos con confusion lo que nos falta de perfeccion, y de esa manera moverémos las entrañas de Dios á misericordia y perdon. Ya que sois pobre, sed humilde, y con eso contentaréis á Dios; pero ser pobre y soberbio, ofendele mucho. De tres cosas que pone el Sabio, que aborrece mucho Dios, esa es la primera: *Pauperem superbum*: Eccl. c. 25, v. 3. Pobre y soberbio: eso aun acá á los hombres ofende.

Mas, humillémonos, porque no nos humille Dios, que es cosa que suele hacerse muy ordinariamente: *Qui se exaltat, humiliabitur.* Lucæ c. 18, v. 14. Pues si quereis que Dios no os humille, humillaos vos. Este es un punto muy principal, y

(a) *Bern. serm. de Nativ. Joan. Bapt. & de interior. domo, c. 37.*

digno de ser considerado y ponderado muy de espacio. El bienaventurado S. Gregorio (b) dice: *Plerumque omnipotens Dominus rectorum mentes, quamvis majori ex parte perficit, imperfectas tamen in aliquibus esse permittit; ut licet mitis virtutibus rutilent, imperfectionis suæ tædio tabescant, & de magnis se non extollant, dum adhuc contra minima innitentes, laborentur. Deniquè cum extrema vincere non valeant, de præcipuis actibus superbire non audeant.* ¿Sabeis cuanto ama Dios la humildad, y cuanto aborrece la soberbia y presuncion? Aborrécela tanto, que permite, lo primero que caigamos en pecados veniales, y en muchas faltas pequeñas, para con esto enseñarnos, que pues no podemos guardarnos de los pecados y tentaciones pequeñas, sino que nos vemos tropezar y caer cada dia en cosas bajas y fáciles de vencer, estemos ciertos que no tenemos fuerzas para evitar las mayores: y asi no nos ensoberbezcamos en las cosas grandes, ni nos atribuyamos á nosotros cosa alguna, sino que andemos siempre con temor y humildad, pidiendo al Señor su gracia y favor. Lo mismo dice S. Bernardo, (c) y es doctrina comun de los Santos. S. Agustin, tract. 1 sup. Joan., sobre aquellas palabras de S. Juan: c. 1, v. 3. *Et sine ipso factum est nihil*; y S. Gerónimo sobre aquello del profeta Joel: c. 2, v. 25. *Et reddam vobis annos, quos comedit locusta, bruchus, & rubigo, & eruca*, dicen, que para humillar al hombre, y domar su soberbia, crió Dios estos animalejos y gusanillos pequeños y viles, que nos son tan molestos. Y aquel pueblo soberbio de Faraon, bien pudiera Dios domarle y humillarle, enviándoles osos, leones y serpientes; pero quiso domar su soberbia con cosas vilísimas, con moscas, mosquitos y ranas, para humillarlos mas. Pues asi para que andemos humillados y confundidos, permite Dios que caigamos en faltas livianas, y que nos hagan algunas veces guerra unas tentacioncillas, unos mosquitos, unas cosillas que parece que no tienen en sí tomo ninguno. Si nos paramos á considerar atentamente lo que nos suele inquietar y desasosegar algunas veces, hallarémos que son unas cosas, que bien apuradas no tienen tomo ni sustancia ninguna: ni sé que palabrilla que me dijeron, ó porque me la dijeron con tal modo, ó porque me parece que no hicieron tanto caso de mí. De una mosca que voló por el aire, suele uno fabricar una torre de viento, y juntando unas con otras venir á andar muy inquieto y desasosegado: ¿qué fuera si soltára Dios un tigre ó un leon? Cuando un mosquito asi os turba é inquieta; ¿qué fuera si viniera una grandísima tentacion? Y asi habemos de sacar de estas cosas

(b) *Greg. in Past. 4 p. in fin. & l. 34 mor. c. 15: & l. 3 dialog. c. 14.*
(c) *Bern. serm. de quatuor mod. orand. & serm. in Cœna Domini.*

mas humildad y confusion. Y si eso sacais, dice S. Bernardo: ser. in Cœna Domini: *Pia dispensatione, nobiscum agitur, ut non penitus auferantur*: Es misericordia de Dios, y gran beneficio y merced suya, que no faltan de estas cosillas, y que os baste eso para andar humilde.

Pero si estas cosas pequeñas no bastan, entended que pasará Dios adelante, y muy á costa suya, que lo suele él hacer. Aborrece él tanto la soberbia y presuncion, y ama tanto la humildad, que dicen los Santos, que suele permitir por justo y secretísimo juício suyo, que caiga en pecados mortales, á trueque de que se humille; y aun no en cualesquiera, sino en pecados carnales, que son mas afrentosos y feos, para que mas se humille. * Castiga Dios, dicen, la secreta soberbia con manifiesta lujuria. Y traen (d) para esto aquello que dice S. Pablo de aquellos soberbios filósofos, que por su soberbia los entregó Dios á los deseos de su corazon: *In immunditiam, ut contumeliis afficiant corpora sua, in semetipsis, in passiones ignominiæ*: Vinieron á caer en pecados deshonestos, feísimos y nefandos, permitiéndolo asi Dios por su soberbia, para que quedasen confundidos y humillados, viéndose hechos bestias como Nabucodonosor, con corazon, y conversacion y trato de bestias. *Quis non timebit te, ò Rex gentium?* Ps. 89, v. 11. ¿Quién no te temerá, ó Rey de las gentes? ¿Quién no temblará de este castigo tan grande? Que ninguno hay mayor, fuera del infierno, y aun peor es el pecado que el infierno. *Quis novit potestatem iræ tuæ, & præ timore tuo iram tuam dinumerare?* ¿Quién conoció, Señor, el poder de tu ira, ó la podrá contar con el gran temor de ella?

Notan los Santos, que Dios usa con nosotros de dos maneras de misericordia, grande y pequeña: misericordia pequeña es cuando socorre en las miserias pequeñas, como son las temporales que tocan solamente al cuerpo: y misericordia grande, cuando socorre en las miserias grandes, que son las espirituales que llegan al alma: y asi cuando David se vió con esta miseria grande desamparado y desposeído de Dios por el adulterio y homicidio cometido, clama y da voces pidiendo á Dios misericordia grande: *Miserere mei Deus, secundùm magnam misericordiam tuam.* Ps. 50, v. 3. Asi dicen tambien, que hay en Dios ira grande, é ira pequeña: la pequeña es cuando castiga acá en lo temporal con adversidades de pérdidas de hacienda, honra, salud, y otras cosas semejantes que tocan solamente al cuerpo; pero la ira grande es cuando llega el castigo á lo interior del alma, conforme á aquello de Jeremías: c. 4, v. 10. *Ecce perve-*

(d) *Greg. l.* 25 *mor. c.* 13. *Isid. de summo bono, l.* 2. *c.* 39. *Ad Rom. c.* 1, *v.* 24. *Jerem. c.* 10, *v.* 7.

nit glodius *usque ad animam.* Y esto es lo que dice Dios por el profeta Zacarías: c. 1, v. 15. *Ira magna ego irascor super gentes opulentas*: Con las gentes hinchadas y soberbias, me airaré yo con ira grande. Cuando Dios desampara á uno, y le deja caer en pecados mortales en pena y castigo de otros pecados, esa es la ira grande de Dios, esas son las heridas del furor divino, heridas no de Padre, sino de justo y riguroso Juez, de las cuales se puede entender aquello de Jeremías: c. 30, v. 14. *Plaga inimici percussi te, castigatione crudeli*: Con herida de enemigo te herí, con castigo cruel. Y asi dice el Sabio: *Fovea profunda os alienæ, cui iratus est Dominus, incidet in eam*: Hoya es muy profunda la mala muger, y aquel con quien Dios estuviere airado, caerá en ella.

Finalmente, es tan mala cosa la soberbia, y aborrécela Dios tanto, que dicen los Santos, que algunas veces le es bueno y provechoso al soberbio, que le castigue Dios con este castigo, para que con ese sane de la soberbia que tenia: asi lo dice S. Agustin: (e) *Audeo dicere superbis esse utile cadere in aliquod apertum manifestumque peccatum, unde sibi displiceant, qui jam sibi placendo ceciderant*: Atrévome á decir, que es útil y provechoso á los soberbios, que les deje Dios caer en algun pecado esterior y manifiesto, para que se conozcan, y comiencen á humillarse y desconfiar de sí los que por estar muy contentos y pagados de sí, ya interiormente habian caído por la soberbia, aunque no lo habian sentido: conforme aquello del Sabio: *Contritionem præcedit superbia, & ante ruinam exaltatur spiritus.* Prov. c. 16, v. 10. Lo mismo dicen S. Gregorio y Basilio. (f) Pregunta S. Gregorio, á propósito del pecado de David: ¿Por qué Dios á los que él ha escogido y predestinado para la vida eterna, y encumbrado con grandes dones suyos, les permite algunas veces caer en pecados, y en pecados carnales y feos? Y responde, que la razon de esto es, porque algunas veces los que han recibido grandes dones, caen en soberbia: la cual tienen algunas veces tan entrañada en lo íntimo de su corazon, que ellos mismos no lo entienden, sino que estando agradados y confiados de sí mismos piensan que lo estan de Dios, como le aconteció al Apóstol S. Pedro, Matth. c. 26, v. 83, que no le parecia á él que era soberbia aquellas palabras que dijo: Aunque todos se escandelicen, yo no me escandalizaré: sino que era grande fortaleza de ánimo, y grande amor de su Maestro. Pues para curar tales soberbias, tan secretas y disfrazadas, en las cuales ya está uno caído, y no lo conoce, permite el Señor que caigan los tales en pecados esteriores mani-



(e) *Aug. l. 14 de Civ. c. 13: & serm. 53 de verbis Domini.* (f) *Basil. in reg. brev. 81. Greg. l. 23 moral. c. 16.*

fiestos, feos y deshonestos: porque esos conocénse mejor, y échanse mas de ver, y por aí viene el hombre á entender el otro mal que tenia de secreta soberbia, que él no entendia; y asi no le buscára remedio, y se perdiera: y con la caída manifiesta conócelo, y humillado delante de Dios hace penitencia de lo uno y de lo otro, y alcanza remedio para ambos males. Como lo vemos en S. Pedro, que por la caída esterior y manifiesta vino á conocer la soberbia oculta que habia tenido, y vino á llorar y hacer penitencia de ámbos pecados: y asi le fue provechosa la caída. Lo mismo le aconteció á David, y asi dice él: *Bonum mihi, quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas*: Ps. 118, 71. Señor, caro me costó, yo lo confieso; pero bueno ha sido para mí el haberme humillado, para que aprenda como os tengo de servir de aquí adelante, y como tengo de desconfiar de mí. Asi como el sabio medico, cuando no puede sanar del todo la dolencia, y por ser el humor maligno y rebelde, no le puede digerir y vencer, procura llamarle y sacarle á las partes esteriores del cuerpo, para que mejor se pueda curar; asi el Señor, para sanar algunas ánimas altivas y rebeldes, las deja caer en culpas graves y esteriores, para que se conozcan y humillen, y con el abatimiento de fuera se cure el humor maligno y pestífero que estaba dentro. Palabra es esta que Dios hace en Israél, (g) que á quien quiera que la oyere le retiñirán las orejas de puro temor. Estoson los grandes castigos de Dios, que solo oírlo hace temblar las carnes.

Pero al fin como el Señor es tan benigno y misericordioso, no usa con el hombre de este castigo tan riguroso, ni de este medio tan desdichado y lamentable, sino habiendo usado de otros medios mas fáciles y suaves, primero nos envia otras ocasiones, y otras medicinas y remedios mas blandos, para que nos humillemos. Unas veces la enfermedad, otras la contradiccion y murmuracion, otras la deshonra, y que caiga uno de su punto. Y cuando estas cosas temporales no bastan para humillarnos, pasa á las espirituales. Primero á cosas pequeñas, y despues permitiendo tentaciones recias y graves, y tales que nos lleguen hasta ponernos en un hilo, y hasta persuadirnos, ó hacernos dudar si consentimos, para que asi vea y esperimente uno bien, que por sí no las puede vencer, y conozca y entienda por esperiencia su flaqueza, y la necesidad que tiene del favor divino, y dosconfie de sus fuerzas, y se humille. Y cuando todo eso no basta, entonces viene esa otra tan fuerte y costosa cura de dejar caer al hombre en pecado mortal, y que sea vencido de la tentacion. Entonces viene ese boton de fuego del infierno, para que siquiera despues

(g) *Jerem. c.* 9, *v.* 3. 1 *Reg. c.* 3, *v.* 11.

de haberse quebrado los ojos, caiga el hombre en la cuenta de lo que es, y se acabe de humillar, ya que por bien no quiso.

Pues por aqui se verá bien cuanto nos importa ser humildes, y no fiar ni presumir de nosotros: y asi cada uno entre en cuenta consigo, y vea como se aprovecha de *las* ocasiones que Dios le envia para humillarse, como Padre, y Médico piadoso, para que no sean menester esos otros remedios fuertes y tan costosos. Castigadme, Señor, con castigo de Padre, curad mi soberbia con trabajos, enfermedades, deshonras y afrentas, y con cuantas humillaciones fuéredes servido, y no permitais que yo caiga en pecado mortal. Dad, Señor, licencia al demonio, para que me toque en la honra, y en la salud, y me ponga como otro Job: c. 2, v. 6. *Veruntamen animam meam serva*; pero no le deis licencia para que me toque en el alma. (h) * Con tal que no os aparteis vos Señor de mí, ni permitais que yo me aparte de vos, no me dañará cualquier tribulacion que venga sobre mí, sino antes me aprovechará para alcanzar la humildad, de que vos tanto os agradais.

## CAPÍTULO XL.

*En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.*

Cuenta Severo Sulpicio, y Surio (a) en la vida de S. Severino Abad, de un santo varon muy señalado en virtudes y milagros, que sanaba enfermos, echaba demonios de los cuerpos, y hacia otras muchas maravillas, por lo cual acudian á él de todo el mundo, y le venian á visitar Señores de título, y Obispos, y tenian por gran dicha poder tocar sus vestiduras, y que les echase su bendicion. Con estas cosas sentia el Santo, que se le comenzaba á entrar alguna vanidad en su corazon. Y viendo por una parte que no podia estorbar el concurso del pueblo, y por otra que no podia librarse de aquellos pensamientos importunos de vanidad, afligiase mucho; y poniéndose un dia en oracion, pidió á nuestro Señor con mucha instancia, que para remedio de aquella tentacion, y para que él se conservase en humildad, permitiese su Magestad, y diese licencia al demonio que entrase en su cuerpo por algun tiempo, y le atormentase como á los otros endemoniados. Oyó Dios su oracion, y entra el demonio en él, y era cosa de espanto y admiracion ver aquel á quien solian poco antes traer los endemoniados para que los curase, atado con cadenas como furioso y endemoniado, y ser asi llevado á que hiciesen sobre él los exorcismos, y todo lo demas que se suele hacer con los tales: y estuvo asi cinco meses, y al cabo de ellos, dice la historia, fue curado y libre, no solo del demonio que habia entrado en su cuer-

(h) *Thom. de Kemp.* (a) *Sever. Sulpi. dialog.* 1, § 14. *Sur. die* 8 *Januar.*

po, sino de la soberbia y vanidad que se le entraba en el ánima.

Surio, *ubi suprà*, cuenta otro ejemplo semejante, y dice, que el santo Abad Severino tenia en su monasterio tres monges altivos, tocados de soberbia y vanidad. Habiales avisado de ello, y perseveraban en su falta. El Santo con el deseo que tenia de verlos enmendados y humildes, pidió al Señor con lágrimas, que los corrigiese y castigase de su mano con algun castigo que les humillase y enmendase. Y antes que se levantase de la oracion, permitió el Señor que tres demonios se apoderasen de ellos, y los atormentasen reciamente, confesando á voces la soberbia é hinchazon de su corazon. Castigo proporcionado á su culpa, que el espíritu de soberbia entrase y morase en sujetos soberbios y llenos de vanidad. Y porque veía el Señor que ninguna cosa tanto les humillaría, estuvieron asi cuarenta dias, y al cabo de ellos pidió el Santo al Señor los librase del poder del demonio, lo cual alcanzó, y ellos quedaron sanos del cuerpo y alma, y bien humillados con este castigo del Señor.

Cuenta Cesario, l. 4 dialog. c. 5, que trujeron á un convento del Cister un endemoniado, para ser sano. Salió el Prior, y llevó consigo á un Religioso mozo de grande opinion de virtud, que sabía que era virgen. Y dijo el Prior al demonio: Si este monge te mandáre salir, ¿osarás quedarte? Respondió el demonio, no lo temo, porque es soberbio.

Cuenta S. Juan Clímaco, c. 24, que una vez los demonios malvados comenzaron á sembrar ciertas alabanzas en el corazon de un fortísimo caballero de Cristo, que corria á esta virtud de la humildad: mas él movido por inspiracion de Dios, halló un brevísimo atajo para vencer la malicia de estos espíritus perversos: y fue, que escribió en la pared de su celda los nombres de algunas altísimas virtudes, conviene á saber, caridad perfecta, humildad profundísima, castidad angélica, oracion purísima y altísima, y otras cosas semejantes. Y cuando aquellos malos pensamientos comenzaron á tentarle, respondia él á los demonios, vamos á la prueba de esto, y leía todos aquellos títulos: Profundísima humildad; èsa no tengo yo. Con profunda nos contentariamos: aun no sé si habemos concluido con el primer grado. Caridad perfecta; caridad si, pero no es muy perfecta, que algunas veces hablo á mis hermanos alto y sacudidamente. Castidad angélica: no, que muchos malos pensamientos, y aun muchos malos movimientos siento en mí. Oracion altísima: no, duermome, y distraigome mucho en ella. Y deciase á sí mismo: Despues que hubieres alcanzado todas estas virtudes, aun has de decir que eres siervo inútil y sin provecho, y por tal te has de tener, conforme á aquellas palabras de Cristo nues-

tro Redentor: *Cum feceritis omnia, quæ præcepta sunt vobis, dicite: Servi inutiles sumus.* Luc. c. 17, v. 10. Pues ahora que estás tan lejos de eso, ¿qué serás?

# TRATADO CUARTO,

## DE LAS TENTACIONES.

### CAPITULO PRIMERO.

*Que en esta vida no han de faltar tentaciones.*

*Fili, accedens ad servitutem Dei, sta in justitia, et in timore, præpara animam tuam ad tentationem.* Eccl. c. 2, v. 1. Dice el Sabio: Hijo, si quieres servir á Dios, consérvate en justicia y en temor, y preparate para la tentacion. El bienaventurado S. Gerónimo, sobre aquello del Eclesiastes: c. 3, v. 8. *Tempus belli, et tempus pacis*: Hay tiempo de guerra, y tiempo de paz, dice, que mientras estamos en este siglo, es tiempo de guerra, y cuando pasemos al otro, será tiempo de paz: *Et factus est in pace locus ejus.* Ps. 75, 3. Y de aí tomó aquella nuestra ciudad celestial el nombre de Jerusalén, que quiere decir vision de paz. *Nemo ergo se nunc putet esse securum tempore belli, ubi certandum est, et Apostolica arma tractanda, ut victores quondam requiescamus in pace*: Por tanto, dice, ninguno se tenga ahora por seguro, porque es tiempo de guerra, ahora ha de ser el pelear, para que saliendo vencedores, descansemos despues en aquella bienaventurada paz. S. Agustin, serm. 45 de temp., sobre aquello de S. Pablo: *Non enim quod volo bonum, hoc facio*: dice, que aqui la vida del hombre justo es pelea, y no triunfo: y asi oímos ahora voces de guerra, cuales son estas que da el Apóstol, sintiendo la repugnancia y contradiccion que la carne tiene á lo bueno, y la inclinacion tan grande que tiene á lo malo, y deseando verse ya libre de eso: *Non enim quod volo bonum, hoc facio, sed quod nolo malum, hoc ago. Et video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in lege peccati, quæ est in membris meis*: Ad Rom. c. 7, v. 15, et 23. Pero la voz de triunfo se oirá despues, cuando, como dice el mismo Apóstol, este cuerpo corruptible y mortal se vista de incorrupcion é inmortalidad. Y la

voz de triunfo que entonces se oirá, será la que dice aí S. Pablo: *Absorpta est mors in victoria, ubi est mors victoria tua, ubi est mors stimulus tuus?* 1 ad Cor. c. 15, v. 5. ¿Dónde está muerte tu victoria, dónde tu aguijon? Todo esto dijo muy bien el santo Job, c. 7, v. 2, en aquellas breves palabras: *Militia est vita hominis super terram, et sicut dies mercenarii dies ejus*: La vida del hombre sobre la tierra, es una continua guerra, y como el dia del jornalero. Porque asi como el oficio del jornalero es trabajar y cansarse todo el dia, y despues se sigue el premio y el descanso; asi tambien en nosotros el dia de esta vida es lleno de trabajos y tentaciones, y despues se nos dará el premio y el descanso, conforme á como hubieremos trabajado.

Pero descendiendo en particular á examinar la causa de esta continua guerra, el Apóstol Santiago la pone en su Canónica: c. 4, v. 1. *Unde bella, et lites in vobis? Nonne hinc ex concupiscentiis vestris, quæ militant in membris vestris?* Dentro de nosotros mismos tenemos la causa y la raíz, que es la rebeldía y contradiccion, para todo lo bueno que quedó en nuestra carne despues del pecado. Quedó tambien maldita la tierra de nuestra carne, y asi brota cardos y espinas, que nos punzan y atormentan continuamente. Traen los Santos á este propósito la comparacion de la navecilla, que dice el sagrado Evangelio, Matth. c. 8, v. 14, que en comenzando á dar la vela, se alborotó el mar, y se levantó una tempestad y olas tan grandes, que la cubrian y querian anegar. Asi nuestra ánima va en esta barquilla del cuerpo, rota, agujereada, que por una parte hace agua, y por otra se levantan olas y tempestades de muchos movimientos y apetitos desordenados, que la quieren anegar y hundir: *Corpus quod corrumpitur, agravat animam.* Sap. 15.

De manera que la causa de nuestras continuas tentaciones es la corrupcion de nuestra naturaleza; aquel *fomes peccati* é inclinacion mala que nos quedó despues del pecado. Se nos quedó el mayor enemigo dentro de casa, y ese es el que nos hace continua guerra. Y asi no tiene el hombre de que espantarse cuando se ve molestado de tentaciones; porque al fin es hijo de Adan, concebido y nacido en pecado: *Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea*: Psal. 50, 7; y no puede dejar de tener tentaciones, é inclinaciones y apetitos malos que le hagan guerra. Y asi nota S. Gerónimo, que en la oracion del Pater noster, que Cristo nuestro Señor nos enseñó, no nos dice que pidamos á Dios no tener tentaciones; porque eso, dice, es imposible: *Impossibile enim est humanam animam non tentari*; sino que no nos deje caer en la tentacion. Y eso es tambien lo que el mismo Cristo en otra parte dijo á sus discípulos: *Vigilate, et orate, ut non intretis*

*in tentationem*: Matth. c. 6, v. 13. Velad y orad, porque no entreis en la tentacion. Dice S. Gerónimo: (a) *In tentationem intrare, non est tentari, sed vinci*: Entrar en la tentacion, no es ser tentado, sino es ser vencido de la tentacion. El santo patriarca José tentado fue de adulterio, pero no fue vencido de la tentacion. La santa Susana tentada fue tambien de lo mismo, pero la ayudó el Señor, para que no cayese en la tentacion. Pues eso es lo que nosotros pedimos al Señor en la oracion del Pater noster, que nos dé gracia y fortaleza, para que no caigamos ni seamos vencidos de la tentacion: *Non tentationem pœnitus refutantes: sed vires sustinendi in tentationibus deprecantes.* Y en la epístola ad Heliodorum dice: *Erras, frater, erras, si putas unquam Christianum persecutionem non pati*: Yerras, hermano, yerras y te engañas mucho, si piensas que el cristiano ha de estar sin tentaciones: *Tunc maximè oppugnaris, si te impugnari nescis*: Esa es, dice, la mayor tentacion, cuando te parece que no tienes tentacion: entonces os hace el demonio mayor guerra, cuando á vos os parece que no hay guerra: *Adversarius noster tanquam leo rugiens, aliquem devorare quærens, circuit, et tu pacem putas*: 1 Pet. 5, v. 8. Nuestro adversario el demonio, como dice el Apóstol S. Pedro, anda bramando y dando vueltas como leon, á ver si halla á quien tragar, ¿y tú piensas que hay paz? *Sedet in insidiis cum divitibus, in occultis, ut interficiat innocentem, oculi ejus in pauperem respiciunt, insidiatur in abscondito quasi leo in spelunca sua*: Psal. 9, 29. Está escondido, azechando para matar al inocente, ¿y te tienes tú por seguro? Es engaño ese, porque esta vida es tiempo de guerra y de pelea, y espantarse de las tentaciones, es como si el soldado se espantase del sonido del tiro y del arcabúz, y se quisiese por eso volver de la guerra; ó como el que quisiese dejar de navegar, y salirse de la nave, por ver que se le revuelve el estómago.

Dice S. Gregorio, lib. 24 moral. c. 14, que es engaño de algunos, que en teniendo alguna grave tentacion, luego les parece que es todo perdído, y que ya les ha olvidado Dios, y que estan en desgracia suya. Muy engañado andais; antes es menester que entendais, que el tener tentaciones, no solo es cosa ordinaria de hombres, sino muy propia de hombres espirituales, y que tratan de virtud y perfeccion, como nos lo da á entender el Sabio en las palabras propuestas, y lo mismo nos enseña el Apóstol S. Pablo: *Omnes qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur*: 2 ad Tim. c. 3, v. 12. Los que quieren vivir bien, y tratan de su aprovechamiento, y de adelantarse en el servicio de Dios, esos son los perseguidos y combatidos con tentaciones, que esos otros

(a) *Idem notat August. de ser. Dom. in monte, l. 2, c. 14.*

muchas veces no saben que cosa es tentacion, ni echan de de ver la rebelion y guerra que la carne hace al espíritu, antes hacen de eso golosina. Nota esto muy bien S. Agustin, (b) sobre aquellas palabras de S. Pablo: *Caro concupiscit adversus spiritum*: La carne desea y apetece contra el espíritu: *In bonis concupiscit adversus spiritum, nam in malis non habet contra quem concupiscere, ibi enim concupiscit adversus spiritum, ubi spiritus*: En los buenos, dice, que tratan de espíritu de virtud y perfeccion, apetece la carne contra el espíritu; pero en los malos, que no tratan de eso, no tiene la carne contra quien apetecer; y asi estos no sienten la lucha de la carne contra el espiritu, porque no hay espíritu que la contradiga y pelee contra ella. Y asi el demonio tampoco ha menester gastar tiempo en tentar á estos tales; porque sin nada de eso ellos de su voluntad le siguen, y se le rinden sin dificultad ni contradiccion. No andan los cazadores á caza de jumentos, sino á caza de ciervos y gamos, que corren con ligereza, y se suben á los montes: *Qui perfecit pedes meos tamquam cervorum, et super excelsa statuens me.* Psal. 17, 34. A los que con ligereza de ciervos y de gamos corren á lo alto de la perfeccion, á esos anda por cazar el demonio con sus lazos y tentaciones, que á esos otros que viven como jumentos, en casa los tiene, no ha menester él andar á caza de ellos: *Eos enim pulsare negligit, quos quieto jure possidere se sentit*, dice S. Gregorio, l. 24 mor. c. 12. Y asi no solo no nos habemos de espantar de tener tentaciones, sino antes las habemos de tener por buena señal, como lo advirtió S. Juan Clímaco: *Nullum certius argumentum est, quòd dæmones victi à nobis sint, quam si nos acerrimè oppugnant*: No hay, dice, mas cierta señal de que los demonios han sido vencidos de nosotros, que ver que nos hacen mucha guerra: porque por eso os la hacen, porque os habeis rebelado contra él, y os habeis salido de su jurisdiccion: por eso os persigue el demonio, porque tiene envidia de vos, que sino, no os persiguiera tanto.

## CAPITULO II.

### *Como unos son tentados al principio de su conversion, otros despues.*

El bienaventurado S. Gregorio, lib. 24 mor. c. 12, 13, & 14, nota, que unos comienzan á sentir esta guerra de las tentaciones al principio de su conversion, en comenzando á recogerse, y á tratar de virtud: y trae para esto el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, el cual nos quiso figurar y dibujar esto en sí mismo con una admirable dispensacion, porque no permitió que el demonio le tentase, sino cuando despues de bautisado se recogió al desierto á ayunar,

(b) *Aug. de verbis Domini in Evangel. secundum Joan. ser.* 43.

y orar y hacer penitencia. Entonces, dice el sagrado Evangelio, Matth. c. 4, v. 1, que acudió el demonio á tentarle. Quiso Cristo nuestro Redentor con esto, dice S. Gregorio, avisar á los que habian de ser miembros é hijos suyos, que cuando tratan de recogerse y darse á la virtud, estén apercibidos para las tentaciones, porque es muy propio del demonio acudir entonces. Como en saliendo los hijos de Israél de Egipto, luego juntó Faraon su ejercito y todo su poder, para ir contra ellos. Y Labán, viendo que Jacob se apartaba de él, le siguió con gente, y con encendido furor. Y cuando salió el demonio del otro hombre, dice el sagrado Evangelio, que tomó otros siete espíritus peores, para tornar á él, como quien hace gente contra quien se le alzó, y le va de nuevo á sujetar. Luc. c. 11, v. 26. Asi el demonio, cuanto ve que uno se le rebela, y quiere salir de su señorío y sujecion, entonces se embravece mas, y se muestra mas cruel, y le procura hacer mayor guerra. Trae S. Gregorio, l. 33 mor. c. 18, á este propósito aquello que dice el Evangelista S. Marcos, cuando Cristo nuestro Redentor echó aquel demonio inmundo, sordo y mudo: *Et exclamans, et multum discerpens eum, exiit ab eo*, Marc. c. 9, v. 25, dice el Santo: *Ecce eum non diserpserat cum tenebat, exiens discepsit.* Notad, que cuando el demonio poseía aquel hombre no le despedazaba; y cuando con la virtud divina es compelido á salir de él, entonces le despedaza: para que entendamos, que entonces procura él turbarnos y molestarnos mas con tentaciones, cuando nos apartamos de él.

Fuera de esto, dice S. Gregorio, l. 24 mor. c. 12, 13, & 14, que permite y quiere el Señor, que seamos tentados á los principios de nuestra conversion, porque no piense uno que es ya santo por haber dejado la mala vida, y tomado otra buena, que son pensamientos que suelen venir á los tales: y tambien porque la seguridad suele ser madre de la negligencia, y para que la seguridad de la buena vida que ha tomado no le haga negligente y flojo, permite el Señor que le vengan tentaciones, que le pongan delante los ojos el peligro en que todavia está, y le despierten y aviven, y le hagan diligente y cuidadoso.

S. Juan Clímaco, c. de discretion., dice: La novedad de la vida nueva suele hacerla pesada á quien estaba acostumbrado á la mala. Y al abrazar de la virtud se declara y siente la contradiccion y guerra del vicio que le repugna, como el ave cuando quiere salir del lazo, entonces siente que está presa; y asi no se ha de espantar ni desmayar nadie, por sentir dificultades y tentaciones á los principios, porque es cosa muy ordinaria.

Añade S. Gregorio, que algunas veces el que ha dejado el mundo y la mala vida, y comienza á

servir á Dios, es tentado de tales tentaciones, cuales nunca antes de su conversion habia sentido; pero esto, dice, no es porque no hubiese en él antes la raíz de aquellas tentaciones, que en sí habia, sino porque no se parecia ni descubria entonces, y ahora se descubre: como cuando el hombre está muy ocupado en otros pensamientos y cuidados muy diferentes, muchas veces no se conoce á sí mismo, ni entiende lo que pasa allá dentro, y en comenzando á recogerse y á entrar dentro de sí, entonces echa de ver las malas raíces que brotaron de su corazon: es, dice, como el cardo que nace en el camino, que como le pisan todos los que pasan, no se echa de ver; pero aunque no salgan fuera las espinas, dentro queda la raíz encubierta en la tierra, y en dejándole de pisar los que pasan, luego brotan y salen á fuera: asi, dice, en los seglares, muchas veces está la raíz de las tentaciones oculta, que no se echa de ver por defuera, porque como cardo que está en el camino, se pisa y trilla como de caminantes, de la diversidad de los pensamientos que van y vienen, y de los muchos cuidados, y ocupaciones que hay. Pero cuando uno se aparta de todo eso, y se recoge á servir á Dios, entonces como no hay quien pise el cardo, parecese lo que habia allá dentro escondido, y sientense las espinas de la tentacion, que brotan de la mala raíz: y esta es tambien la causa porque suelen algunos sentir mas las tentaciones en tiempo de la oracion, que cuando andan ocupados en oficios y cosas esteriores. De manera que el sentir uno acá en la Religion tales tentaciones, cuales nunca antes de su conversion habia sentido, no es porque ahora sea peor que cuando estaba en el siglo, sino porque entonces no se veía el hombre ni se conocia, y ahora comienza á ver y á conocerse sus malas inclinaciones y apetitos desordenados: y asi lo que ha uno de procurar, es no tapar y cubrir la raiz, sino arrancarla.

Otros hay, dice S. Gregorio, que al principio de su conversion no son combatidos con tentaciones, antes sienten mucha paz, gustos y consolaciones, y despues andando el tiempo los prueba el Señor con tentaciones. Lo cual ordena su Magestad con divino consejo y disposicion, porque no les parezca áspero y dificultoso el camino de la virtud, y desmayen y se vuelvan á lo que poco antes dejaron: como hizo con su pueblo cuando le sacó de Egipto, que no les llevó por la tierra de los filisteos, que estaba cerca: da la razon la sagrada Escritura: *Ne forte pœnitere eum, si vidisset adversum se bella consurgere, et reverteretur in Ægiptum*: Exod. c. 13, v. 17. Porque por ventura, viendo que luego se les levantaban guerras, no se arrepintiesen de haber salido de Egipto, y se volviesen allá. Antes al principio les mostró Dios muchos favores, haciendo por ellos gran-

des maravillas y milagros; pero despues que habian ya pasado el mar vermejo, y estaban en el desierto, y no podian volver atrás, probólos con muchos trabajos y tentaciones, antes de entrar en la tierra de promision. Asi, dice el Santo, á los que dejan el mundo, les quita el Señor algunas veces á los principios las guerras de tentaciones; porque como estan tiernos en la virtud, no se espanten con ellas, y se vuelvan al mundo. Llevalos el Señor por suavidad al principio, y dales consuelos y gustos, para que habiendo gustado de la dulzura y suavidad del camino de Dios, puedan despues mejor llevar la guerra y molestia de las tentaciones y trabajos; y tanto mas, cuanto mas han gustado de Dios, y conocido cuanto merece ser servido y amado. Y asi á S. Pedro primero le mostró nuestro Señor la hermosura y resplandor de su gloria en la Transfiguracion, y despues permitió que fuese tentado de la esclava, que le preguntó, si era discípulo de Cristo, para que humillado en la tentacion, llorando, y amando supiese valer y ayudarse de aquello que primero habia visto en el monte Tabor, y asi como el temor le habia derribado, asi la dulzura de la suavidad y bondad de Dios, que ya habia esperimentado, le levantase.

De aqui, dice S. Gregorio, se entenderá un engaño que suele haber en los que comienzan á servir á Dios, que como se ven algunas veces con tanta paz y quietud, y que les hace el Señor merced de darles entrada en la oracion, y hallan facilidad en los ejercicios de la virtud y de la mortificacion, piensan que ya han alcanzado la perfeccion, y no entienden que son aquellos regalos de niños y de principiantes, y que les da el Señor aquellas ayudas de costa, para acabarlos de destetar de las cosas del mundo. Algunas veces, dijo el Santo, se comunica el Señor mas abundantemente á los menos perfectos, y que no tienen tanto aprovechamiento en la virtud, no porque ellos lo merecen, sino por ser mas necesitados: á la manera que le suele hacer acá un padre, que con amar mucho á todos sus hijos, parece que no hace caso de los que estan sanos; pero si alguno está enfermo, no solo le cura con medicinas, sino tambien le da lo que es de contento y de regalo. Y como el hortelano, que las plantas mas tiernas las riega á menudo, y las regala, pero despues que estan fuertes y bien arraigadas, dejalas sin ese riego y regalo: asi aquella divina bondad tiene esta manera de gobierno con los flacos y pequeñuelos, y con los que comienzan.

Dicen tambien los Santos, que algunas veces da el Señor mas consuelos á los que han sido mas pecadores, y parece que les hace mas particulares regalos y favores, que á los que han siempre vivido bien, porque aquellos no desconfien ni desesperen, y porque estos otros no se

ensoberbezcan. Bien se nos declara esto en aquella parábola del hijo pródigo, y en aquella fiesta, música y regocijo, con que su padre le recibió, matando el becerro grueso, y haciendo un gran convite, no habiendo dado al hijo mayor, que le habia servido toda su vida, y nunca habia salido de su mandado, ni siquiera un cabrito con que se holgase alguna vez con sus amigos: que no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos, como dice el mismo Señor.

## CAPITULO III.

### *Por qué quiere el Señor que tengamos tentaciones, y de la utilidad y provecho que de ellas se sigue.*

*Tentat vos Dominus Deus vester, ut palam fiat utrum diligatis eum, an non in toto corde, et in tota anima vestra.* Dice el Espíritu Santo en el Deuteronomio: c. 13, v. 3. Tientaos el Señor Dios vuestro, para que se vea si le amais de veras, y de todo vuestro corazon, ó no. El bienaventurado S. Agustin (a) mueve una cuestion sobre estas palabras: ¿Cómo dice aqui la sagrada Escritura, que Dios nos tienta, y por otra parte dice el Apóstol Santiago en su Canónica: *Deus neminem tentat*: (b) Dios no tienta á nadie? Responde, que hay dos maneras de tentar, una para engañar y hacer caer en pecado, y de esta manera no tienta Dios á nadie, sino el demonio, cuyo oficio es ese, conforme á aquello del Apóstol S. Pablo: *Ne forte tentaverit vos is, qui tentat*, dice allí la Glosa, *id est, diabolus, cujus officium est tentare*: 1 ad Tesal. c. 3, v. 5. Otra manera de tentar hay para probar y tomar esperiencia de uno; y de esta manera dice aquí la divina Escritura, que nos tienta y prueba Dios. Y en el capitulo veinte y dos del Genesis dice: *Tentavit Deus Abraham*: *Id est, probavit*: Tentó y provó Dios á Abrahan. Danos el Señor un tiento, y muchos tientos, para que conozcamos nuestras fuerzas, y entendamos que tanto es lo que amamos y tememos á Dios. Y asi dijo luego el mismo Dios á Abrahan, cuando echó mano al cuchillo para sacrificar á su hijo: *Nunc cognovi quod times Deum*: *Id est, feci te cognoscere*, como declara S. Agustin: hom. 58 super Genes. Ahora he hecho que conozcas que temes á Dios. De manera que unas tentaciones nos envia el Señor de su mano, y otras permite que nos vengan por medio del demonio, mundo y carne nuestros enemigos.

Pero ¿qué es la causa, por que permite y quiere el Señor que tengamos tentaciones? S. Gregorio, Casiano, (c) y otros tratan muy

(a) *Aug. tract.* 34 *super Joan. et q.* 57 *super Genes.* (b) *Jac. c.* 1, *v.* 13. *Idem Sanct. Thom.* 1 *p. quæst.* 114, *art.* 2. (c) *Greg. l.* 8 *mor. c.* 10; *et l.* 20, *c.* 21. *Casian. colla.* 4. *Abb. Daniel. c.* 6.

bien de este punto, y dicen lo primero, que nos es provechoso el ser tentados y atribulados, y que alce el Señor algunas veces un poco la mano de nosotros; porque si esto no fuera asi, no dijera y pidiera el Profeta á Dios: *Non me derelinquas usquequaque*: Psal. 118, v. 8. Señor, no me dejeis ni desampareis del todo; pero porque sabia muy bien que algunas veces suele el Señor desamparar á sus siervos, y alzar un poco la mano de ellos para mayor bien y provecho suyo; por eso no pide á Dios que no le desampare nunca, ni alce jamás la mano de él, sino que no le desampare del todo. Y en el sal. 26, v. 9, dice: *Ne declines in ira à servo tuo*: No pide á Dios que no se aparte de él en ningun tiempo, y de ninguna manera, sino que no se aparte de él en ira, que no le desampare tanto, que venga á caer en pecado; pero que le pruebe, y le envie tentaciones y trabajos, antes lo pide: *Proba me, Domine, et tenta me.* Psalm. 25, v. 2. Y por Isaías, c. 54, v. 7, dice el mismo Señor: *Ad punctum in modico dereliqui te, et in miserationibus magnis congregabo te, in momento indignationis abscondi faciem meam parumper à te, et in misericordia sempiterna misertus sum tui.*

Pero veamos en particular, que bienes y provechos son los que se nos siguen de las tentaciones. Casiano, *ubi sup.*, dice que se ha Dios con nosotros, como se hubo con los hijos de Israél, que no quiso del todo destruir los enemigos de su pueblo, sino dejó en la tierra de promision aquellas gentes de los cananeos, amorreos, y jebuseos, etc. *Ut erudiret in eis Israelem, ut postea discerent filii eorum certare cum hostibus, et habere consuetudinem præliandi*: Judic. 3, 2. Para enseñar y ejercitar á su pueblo, que no estuviesen con la seguridad ociosos, sino que se hiciesen valientes y hombres de guerra. Así, dice, quiere el Señor que tengamos enemigos, y que seamos combatidos de tentaciones, para que teniendo ejercicio de pelear, no nos haga daño la ociosidad ó prosperidad; porque muchas veces á los que el enemigo no pudo vencer con peleas, con seguridad falsa los engañó y derribó.

S. Gregorio, lib. 23 mor. c. 24 et seq., dice, que con alta y secreta providencia quiere el Señor que sean tentados y atribulados en esta vida los buenos y escogidos, porque esta vida es un camino, ó por mejor decir, un destierro, por donde andamos caminando y peregrinando, hasta llegar á nuestra patria celestial; y porque suelen algunos caminantes, cuando ven en el camino algunos prados y florestas, detenerse y apartarse del camino: por eso quiso el Señor que estuviese esta vida llena de trabajos y tentaciones, para que no pongamos nuestro corazon y amor en ella, ni tomemos el destierro por la patria, sino que suspiremos siempre por ella. S. Agustin da la misma razon, y dice, que

aprovechan las tentaciones y trabajos para mostrarnos la miseria de esta vida: *Ut illa ubi erit beatitudo vera, atque perpetua et desideretur ardentius, et instantius inquiratur*: Aug. l. 13 de Trinit. c. 16. Para que asi deseemos mas ardientemente aquella vida bienaventurada, y la busquemos con mayor cuidado y fervor. Y en otra parte dice: *Ne viator tendens ad patriam, stabulum amet pro domo sua*: Aug. super Psal. 40. Porque no amemos el establo, y nos olvidemos de aquellos palacios Reales, para que fuímos criados. Cuando el ama quiere destetar al niño, y que se enseñe á comer pan, pone acibar en los pechos; asi Dios pone amargura en las cosas de esta vida, para que los hombres se aparten de ellas, y no tengan acá que desear, sino todo su deseo y corazon pongan en el cielo. Y asi dice san Gregorio: *Mala, quæ nos hic premunt, ad Deum nos ire compellunt*: Los trabajos que nos fatigan y aprietan en esta vida, hacen que acudamos y nos volvamos á Dios.

## CAPÍTULO IV.

### *De otros bienes y provechos que traen consigo las tentaciones.*

*Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ*: Jacob. c. 1, v. 12. Bienaventurado el varon que sufre la tentacion, y prueba bien en ella, porque recibirá corona de vida. Dice S. Bernardo, ser. 64 super Cantic., sobre estas palabras: *Necesse est ut veniant tentationes: quis enim coronabitur, nisi qui legitimè certaverit? Aut quomodo certabunt, si desit qui impugnet?* Necesario es que haya tentaciones; porque, como dice el Apóstol, no será coronado sino el que peleare varonilmente; y si no hay tentaciones, ¿quién peleará, no habiendo contra quien pelear? Todos los bienes y provechos que la Escritura divina, y los Santos nos predican de los trabajos y adversidades, que son innumerables, todos los traen consigo las tentaciones; y uno de ellos y el principal es el que nos dicen las palabras propuestas. Envianoslas el Señor, para que tengamos despues mayor premio y corona en la gloria: *Quoniam per multas tribulationes, oportet nos intrare in regnum Dei*: 2 ad Tim. cap. 2, v. 5. Ese es el camino real del cielo, tentaciones, trabajos y adversidades; y asi en el Apocalipsi, cap. 7, v. 14, mostrándole á S. Juan la gloria grande de los Santos, le dijo uno de aquellos ancianos: *Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni*: Estos son los que vinieron de grandes trabajos, y lavaron y blanquearon sus vestiduras en la sangre del Cordero. De camino pregunta S. Bernardo, serm. 1 de Resur. ¿cómo dice que blanquearon sus vestiduras

con la sangre del Cordero? Porque la sangre no suele blanquear, sino colorear. Quedaron blancas, dice, porque con la sangre del costado salió juntamente agua que las blanqueó: ó sino digamos, dice, que se pararon blancas, porque la sangre de aquel Cordero *tierna* y sin mancilla, era como una leche blanca y colorada, conforme á aquello de la esposa de los Cantares: cap. 5, v. 10. *Dilectus meus candidus, et rubicundus, electus ex millibus.*

De manera que por sangre y trabajos se entra en el reino de los cielos. Desbastanse, labranse y pulense acá las piedras, para asentarlas en el templo de aquella Jerusalen celestial; porque allá no se ha de oir golpe ni martillo: *Malleus, et securis, et omne ferramentum non sunt audita in domo, cum ædificaretur*: 3 Reg. c. 6, v. 7, y cuanto en mejor y mas principal lugar se han de asentar las piedras, tanto mas las pican y labran; y asi como la piedra de la portada suele ser la mas picada y labrada, para que quede mas vistosa la entrada: asi Cristo nuestro Señor, porque se hacia nueva puerta del cielo, que hasta él estuvo cerrada, quiso ser muy golpeado y martillado: y tambien para que nosotros pecadores tuviesemos vergüenza de entrar por puerta labrada con tantos golpes de tribulaciones y trabajos, sin primero padecer algunos, para quedar labrados y pulidos. Las piedras que se han de echar en el cimiento, no se suelen labrar, asi los que se han de echar abajo en el profundo del infierno no es menester labrarlos ni martillarlos; estos huelguense aqui en esta vida, y cumplan sus antojos y apetitos, hagan su voluntad, dense á buena vida, que con eso quedarán pagados.

Pero los que han de ir á reparar aquellas ruinas de los Angeles malos, y llenar aquellas sillas celestiales que ellos perdieron por su soberbia, es menester labrarlos con tentaciones y trabajos. Dice S. Pablo: *Si autem filii, et hæredes, hæredes, quidem Dei, cohæredes autem Christi: sic tamen compatimur, ut et conglorificemur*: Ad Rom. c. 8, v. 17. Si somos hijos, serémos herederos, y herederos de Dios, y juntamente herederos con Cristo: empero siéndole acá primero compañeros en sus trabajos, para que asi lo seamos despues en su gloria. Y el Angel dijo á Tobías: c. 12, v. 13, *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te*: Porque eras acepto á Dios, y te queria bien, por eso te quiso probar con la tentacion, para que asi tu premio y galardon fuese mayor. Y de Abrahan dice el Sabio, que le tentó Dios, y le halló fiel: *Et in tentatione inventus est fidelis*: y porque le halló fiel, constante y fuerte en la tentacion, luego le ofrece el premio, y le promete con su juramento que habia de multiplicar su generacion como las estrellas del cielo, y como las arenas del mar. Pues

para esto nos envia el Señor los trabajos y tentaciones, para darnos mayor premio y mas rica corona; y asi dicen los Santos, que es mayor merced la que el Señor nos hace en darnos tentaciones, dandonos juntamente favor para vencerlas, que si del todo nos las quitase; porque de esa manera careceriamos del premio y gloria que con ellas merecemos.

Añade á esta razon S. Buenaventura, proces. 4 Relig. c. 1, que como nos ama tanto el Señor, no se contenta con que alcancemos la gloria, y grande gloria, sino quiere que gocemos presto de ella, y que no nos detengamos en el purgatorio: y para eso nos envia aqui trabajos y tentaciones, que son martillo y fragua con que se quita el orin y escoria de nuestra anima, y queda purgada y purificada para poder entrar luego á gozar de Dios: *Aufer rubiginem de argento, et egreditur vas purissimum*: Prov. c. 25, v. 4. Y no es pequeña merced y beneficio ese: fuera del que se nos hace en conmutarnos tanta y tan grave pena, como es la que allá habiamos de padecer en lo poco ó nada, que en su comparacion padecemos en esta vida.

Mas, llena está la sagrada Escritura, de que las prosperidades de esta vida apartan el alma de Dios, y las adversidades y trabajos son ocasion de atraerle al mismo Dios. ¿Quién hizo al copero de Faraon olvidarse tan presto de su interprete José, sino la prosperidad? *Et tamen succedentibus prosperis præpositus pincernarum oblitus est interpretis sui.* Gen. c. 40, v. 23, ¿Quién hizo ensoberbecer al rey Ozías, teniendo tan buenos principios, sino la prosperidad? *Cum roburatus esset, elevatum est cor ejus in interitum suum, et neglexit Dominum Deum suum?* 2 Paral. c. 26, v. 16. ¿Quién desvaneció á Nabucodonosor, quién á Salomon, quién á David, para contar al pueblo? Y los hijos de Israél, cuando se vieron muy pujantes con los favores y mercedes grandes que el Señor les habia hecho, entonces se empeoraron, y se olvidaron mas de Dios: *Incrassatus est dilectus, et recalcitravit incrassatus, impinguatus, dilatatus, dereliquit Deum factorem suum, et recessit à Deo salutari suo.* Deut. c. 32, v. 15. Y por el contrario dice el Profeta, que con los trabajos se volvian á Dios: *Imple facies eorum ignominia, et quærent nomen tuum Domine.* Ps. 82, v. 17. *Et clamaverunt ad Dominum cum tribularentur.* Psal. 106, v. 13. *Et cum occideret eos, quærebant eum, et revertebantur, et diluculo veniebant ad eum.* Ps. 77, 34. Vuelto en bestia Nabucodonosor, ahora fuese en realidad de verdad, ahora en su imaginacion, entonces conoce á Dios. Dan. 4, 31. ¿Cuanto mejor le fue á David en la persecucion de Saúl, Absalon, y Semei, que con la prosperidad y paseo del corredor? Y asi, como bien acuchillado, dice despues: *Lætati sumus pro diebus, quibus nos humiliasti, annis quibus vidimus mala*: Ps. 80, v. 15. y *Bo-*

*num mihi quia humiliasti me*: Psal. 118, 17. ¡O qué bueno ha sido, Señor, para mí el haberme humillado y atribulado! ¿Cuantos han sanado de esa manera, que de otra se perdieran? *Conversus sum in ærumna mea, dum configitur spina*: Psal. 31, v. 4. Cuando punza la espina de la tribulacion y tentacion, entonces entra uno dentro de sí, y se convierte y vuelve á Dios. Aun allá dicen, que el loco por la pena es cuerdo: y es sentencia del Espíritu Santo por Isaías: c. 28, v. 19. *Sola vexatio intellectum dabit auditui.* Y mas claramente por el Sabio: *Infirmitas gravis sobriam facit animam*: Eccl. c. 31, v. 2. *Et virga atque correptio tribuit sapientiam*: Prov. c. 29, v. 25. La enfermedad grave, los trabajos y adversidades hacen asesar. Anda uno con la prosperidad libre y cerrero, como novillo por domar, echale Dios el yugo de la tribulacion y de la tentacion, para que asiente: *Castigasti me, et eruditus sum, quasi juvenculus indomitus.* Jerem. c. 31, v. 18. Con la hiel curó el Angel á Tobías, Tob. c. 11, v. 13: y con el lodo dió Cristo nuestro Redentor vista al ciego. Joan. c. 9, v. 6.

Pues para eso envia el Señor las tentaciones, que son de los mayores trabajos, y que mas sienten los hombres espirituales. Porque esos otros corporales, de sucesos de hacienda, enfermedades y cosas semejantes, para los siervos de Dios que tratan de espíritu, son cosa muy somera, y que cae muy por defuera; porque todo eso no toca mas que al cuerpo, y asi no hacen mucho caso de ello. Pero cuando el trabajo es interior y llega al alma, como la tentacion que les quiere apartar de Dios, y parece que los pone en ese peligro y contingencia; esto es lo que se siente mucho, y lo que les hace dar el grito tan grande, como le daba el Apóstol S. Pablo, cuando sentia esta guerra y contradiccion de la carne, que queria llevar tras sí al espíritu: *Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus?* Ad Rom. c. 7, v. 24. ¡Ay miserable de mí! que me lleva tras sí lo malo, y lo bueno que deseo no lo acabo de poner por obra: ¿quién me librará de este cautiverio y servibumbre?

## CAPITULO V.

*Que las tentaciones aprovechan mucho, paraque nos conozcamos y humillemos, y para que acudamos mas á Dios.*

Traen tambien consigo las tentaciones otro bien y provecho grande, que hacen que nos conozcamos á nosotros mismos. [a] Muchas veces no sabemos lo que podemos, mas la tentacion descubre lo que somos, [a] dice aquel santo Tomás de Kempis. Y este conocimiento de nosotros mismos es la piedra fundamental de todo el edificio espiritual, sin el cual ninguna cosa que sea de dura,

se edifica: y con el cual crece el alma como espuma, porque sabe arrimarse á Dios, en quien todo lo puede. Pues las tentaciones descubren al hombre su grande flaqueza é ignominia, que hasta allí á lo uno y á lo otro tenia cerrados los ojos: y asi no sabia sentir vilmente de sí, porque no lo habia esperimentado. Pero cuando uno ve que un soplico le derriba, que con una no nada se para frio, que en viniendole una tentacion se desconcierta y se encona, y que luego huye de él el consejo y el acuerdo, y que le crecen tinieblas, comienza á templar los brios, y á humillarse y sentir bajamente de sí. Dice el bienaventurado S. Gregorio, lib. 23 mor. c. 27, sino tuviesemos tentaciones, luego nos tendriamos en algo, y pensariamos que eramos muy valientes; pero cuando viene la tentacion, y se ve el hombre á pique de caer, que no parece que está un canto de real de dar consigo al través; entonces conoce su flaqueza, y humillase. Y asi dice el Apóstol S. Pablo de sí: *Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meæ, Angelus Satanæ, qui me colaphizet*: Porque el haber sido arrebatado al tercero cielo, y las grandes revelaciones que he tenido no me ensoberbeciesen, permitió el Señor que fuese tentado, para que conociese lo que era de mi parte, y me humillase.

De aqui se sigue otro bien y provecho grande, que como uno conoce su flaqueza, viene de ahí á conocer la necesidad que tiene del favor y ayuda del Señor, y acudir á él con la oracion, y estar siempre colgado de él, como de su remedio, conforme á aquello del Profeta: Psal. 62, v. 9: et Psal. 71, v. 28. *Adhæsit anima mea post te, mihi autem adhærere Deo bonum est*: ¡O qué bueno es para mi llegarme á Dios, y nunca jamas apartarme de él! Asi como la madre cuando quiere que su hijo se venga para ella, hace que otros le pongan miedo, para que la necesidad le haga ir á su regazo; asi el Señor permite que el demonio nos espante y nos ponga miedo con las tentaciones, para que acudamos á su regazo y amparo. Dice Gerson: (a) *Ut provocet sicut aquila pullos ad volandum, ut mater filium ad horam relinquit, quo instantius ille clamet, accuratius quærat, arctius stringat, et illa vicissim blandiatur suavius.* Deut. c. 32, v, 11. S. Bernardo, ser. 74 sup. Cant., dice, que deja el Señor á veces al alma para que con mas deseo y fervor le llame, y mas fuertemente le tenga, como hizo con los discipulos que iban á Emaús, fingiendo que queria pasar adelante, é ir mas lejos, para que ellos le importunasen y detuviesen: *Mane nobiscum, quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies.* Luc. c. 24, v. 29. De aqui viene uno tambien á estimar en mas el favor y proteccion del Señor, viendo la necesi-

(a) *Gers. de Justitia Theol. practic. consid. vel indust. art.* 6.

dad que tiene de ella. Dice san Gregorio, que por esto nos es provechoso que alce él algun tanto la mano de nosotros, porque si siempre tuviesemos aquella proteccion, no la estimariamos en tanto, ni la tendriamos por tan necesaria; pero cuando Dios nos deja un poco, y parece que vamos á caer, y vemos que luego nos da la mano: *Nisi quia Dominus adjuvit me, paulo minus habitasset in inferno anima mea*; Psal. 93, v. 17; entonces estimamos mas su favor, y quedamos mas agradecidos, y con mayor conocimiento de su bondad y misericordia: *In quacumque die invocavero te, ecce cognovi, quoniam Deus meus es.* Psal. 53, v. 10. Llama uno á Dios en la tentacion, y siente su ayuda, y esperimenta la fidelidad de su Magestad en el buen acogimiento que le hace en el tiempo de la necesidad, y reconocele por Padre (b) y por defensor: enciendese con eso mas en su amor, y prorumpe en alabanzas suyas, como los hijos de Israél cuando los egipcios les iban á los alcances, y se vieron de esa otra parte del mar, y á los otros ahogados. Exod. cap. 10, v. 1.

De aqui viene (c) tambien á no atribuirse uno á sí cosa buena, sino atribuirlo todo á Dios, y á darle á él la gloria de todo: que es otro bien y provecho grande de las tentaciones, y un remedio grande contra ellas, y para alcanzar grandes favores y mercedes del Señor.

## CAPITULO VI.

*Que en las tentaciones se prueban y purifican mas los justos, y se arraiga mas la virtud.*

Dicen tambien los Santos, que quiere el Señor que seamos tentados, para probar la virtud de cada uno: asi como con los vientos y tempestades se ve si el arbol ha echado buenas raices, y el valor y fortaleza del caballero y buen soldado no se echa de ver en tiempo de paz, sino de guerra en los encuentros y peleas; asi la virtud y fortaleza del siervo de Dios no se echa de ver cuando hay devocion y sosiego, sino cuando hay tentaciones y trabajos. S. Ambrosio, ser. 8 sup. Psal. 118, sobre aquellas palabras: *Paratus sum, et non sum turbatus, ut custodiam mandata tua*, dice, que asi como es mejor piloto, y digno de mayor loa el que sabe y tiene industria para gobernar la nave en tiempo que hay tempestades y borrascas, cuando la nave unas veces parece que se va á fondo, otras con las olas se levanta hasta el cielo, que el que la rige y gobierna en tiempo de tranquilidad y bonanza; asi tambien es digno de mayor loa el que se sabe regir y gobernar en tiempo de tentaciones, de tal manera que ni con la prosperidad se levanta ni ensoberbece, ni con las adversidades y trabajos se amila-

(b) *Bonav.* 1 2, *opusc.* 2 *de prof. Relig. c.* 5. (c) *Tract.* 3, *c.* 53.

na y desmaya, sino que puede decir con el Profeta: Ps. 118, v. 60. *Paratus sum, et non sum turbatus*: dispuesto y preparado estoy para eso, y eso otro. Pues para eso envia Dios las tentaciones, como hizo con los hijos de Israél, dejandoles aquellas gentes enemigas y contrarias: *Ut in ipsis experiretur Israelem, utrum audirent mandata Domini, quæ præcepit patribus eorum per manum Moysi, an non*: Judic. c. 3, v. 4. Para probar la constancia y firmeza que tenian en su amor y servicio. Y el Apóstol S. Pablo dice: *Oportet, et hæreses esse, et ut qui probati sunt manifesti fiant in vobis*: 1 ad Cor. c. 11, v. 19. Es menester que haya heregías, para que se conozcan los buenos, y los que prueban bien: *Quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se*: Sap. c. 5, v. 5. Las tentaciones son los golpes con que se descubre la fineza del metal, y la piedra de toque con que prueba Dios á los amigos: entonces se echa de ver lo que hay en cada uno.

Asi como acá los hombres se huelgan de tener amigos probados; asi tambien Dios, y por eso los prueba: *Vasa figuli probat fornax, et homines justos tentatio tribulationis*, Eccl. c. 27, v. 6, dice el Sabio: *Et sicut igne probatur argentum, et aurum camino; ita corda probat Dominus*: Prov. 17. v. 3. Como los vasos se prueban en el horno, y la plata y oro con el fuego; asi los justos se prueban con la tentacion. Dice S. Gerónimo, ad Galat. 3, cuando la masa está ardiendo en el fuego, no se echa de ver si es oro, plata, ú otro metal, porque todo está entonces de un color, todo parece fuego. Asi en tiempo de consolacion, cuando hay fervor y devocion, no se echa de ver lo que es uno, todo parece fuego: pero sacad la masa del fuego, dejadla enfriar, y vereis lo que es. Dejad pasar aquel fervor y consuelo, venga el trabajo y la tentacion, y entonces se echará de ver lo que es cada uno. Cuando uno en tiempo de paz sigue la virtud, no se sabe si aquello es virtud, ó si nace de su natural bueno, ó de gusto particular que tiene en aquel ejercicio, ó de no haber otra cosa que le lleve; pero el que combatido de la tentacion, persevera, ese bien muestra que lo hace por virtud, y por el amor que tiene á Dios.

Sirve tambien la tentacion de purificar mas á uno: *Igne nos examinasti sicut examinatur argentum*: Psal. 65, v. 10. Asi como el artifice purifica la plata y el oro con el fuego, y le quita toda la escoria: asi el Señor quiere purificar á sus escogidos con la tentacion, para que asi queden mas agradables á su divina Magestad: *Uram eos sicut uritur argentum, et probabo eos sicut probatur aurum*, dice Dios por Zacarías: c. 1, 3, 9. Y por Isaias: c. 1, v. 25: *Et excoquam ad purum scoriam tuam, et auferam omne stannum tuum*. Esto obra la tentacion en los justos: va consumiendo y gastando en ellos el orin de los vi-

cios, y amor de las cosas del mundo, y de sí mismos, y hace que queden mas acendrados y purificados. Verdad es, dice S. Agustin, que no todos sacan este fruto de las tentaciones, sino solamente los buenos. Hay unas cosas que puestas al fuego luego se ablandan y derriten, como la cera: otras hay que se paran mas duras, como el barro.

Asi los buenos con el fuego de la tentacion y del trabajo se paran tiernos, conociéndose y humillandose; pero los malos quedan mas duros y obstinados, como vemos que de los dos ladrones en Cruz, el uno se convirtió, y el otro blasfemó: y asi dice S. Agustin: *Tentatio ignis est, in quo aurum rutilat, palea consumitur, justus perficitur, peccator miserè perit*: La tentacion es fuego, con el cual el oro queda mas resplandeciente, y la paja consumida: el justo queda mas puro y mas perfecto, y el malo mas perdido. *Tempestas est, ex qua hic emergit, ille suffocatur*: Exod. c. 14, v. 29. Es una tempestad, de la cual el justo escapa, y el malo queda anegado. Los hijos de Israél hallaron camino por las aguas, y las mismas aguas les servian de muro á la diestra y á la siniestra; pero los egipcios quedaron hundidos y anegados en las mismas aguas.

S. Cipriano, lib. de exh. mart., trae esta razon para animarnos á los trabajos y persecuciones, y persuadirnos que no las temamos; porque la Escritura divina nos enseña que antes con eso crecen y se multiplican los siervos de Dios, como dice de los hijos de Israél, cuando mas eran oprimidos y acosados de los egipcios, tanto mas crecian y se multiplicaban. Y del arca de Noé dice: *Et multiplicatæ sunt aquæ, et elevaverunt arcam in sublime*: Exod. c. 1, v. 12; et Gen. c. 7, v. 17. Multiplicaronse las aguas del diluvio, y levantaron el arca sobre los montes de Armenia. Asi las aguas de las tentaciones y trabajos levantan y perfeccionan mucho una alma: y si vos no quedais mas purificado con la tentacion, será porque no sois oro, sino paja, y por eso quedais negro y feo. Gerson (a) dice, que asi como el mar con las borrascas y tempestades desecha de sí las inmundicias que ha recogido, y queda límpio y purificado; asi la mar espiritual de nuestra ánima con las tentaciones y trabajos queda límpia y purificada de las inmundicias é imperfecciones, que con la demasiada paz y tranquilidad suelen recoger, y para eso las envia Dios.

Mas, asi como el buen labrador poda la vid, para que dé mas fruto: asi dicen los Santos, Dios nuestro Señor, que se compara en el Evangelio al labrador, poda sus vides, que son los escogidos, para que fructifiquen mas: *Omnem palmitem, qui fert fructum, purgabit eum, ut fructum plus offerat*, Joan. c. 15. v. 2.

(a) *Gers. de institutio. Theologic. pract. consid. vel. indust. art.* 6.

Mas, con que se confirma lo pasado: la tentacion hace que se arraigue mas en el alma la virtud contraria. Dice el santo Abad Nilo: *Plantas enutriunt venti, et tentatio confirmat animæ fortitudinem*: Asi como los vientos, hielos y tempestades hacen que las plantas y árboles se arraiguen mas en la tierra; asi las tentaciones hacen que se arraiguen mas en el alma las virtudes contrarias. Y asi declaran los Santos aquello de S. Pablo: *Virtus in ifirmitate perficitur: id est, stabilitur, fundatur, stabilis declaratur.* 2 ad Cor. c. 12, v. 9. Como cuando otro impugna una verdad que vos defendeis, mientras mas razones y mas argumentos trae para impugnarla, mas razones buscais vos para defenderla y confirmarla; y con eso, y con ver que respondeis y satisfaceis á los argumentos contrarios, os vais mas confirmando en ella: asi tambien el siervo de Dios, mientras mas tentaciones le trae el demonio para contrastar la virtud, mas motivos y razones busca él para conservarla, y resistir á la tentacion; y entonces hace nuevos propósitos, y se ejercita mas en actos de aquella virtud, con lo cual ella se arraiga, fortifica y crece mas. Y asi dicen muy bien, que la tentacion obra en el alma, lo que los golpes en el yunque, que le endurecen mas, y hacen mas sólido y fuerte.

Fuera de esto que va por el camino ordinario, dice S. Buenaventura, proces. 4 Relig. c. 13, que suele Dios nuestro Señor consolar y premiar estraordinariamente á los que han sido muy tentados de algun vicio, y mostrádose fieles en la tentacion, dandoles con ventaja y escelencia grande la virtud contraria, como cuenta S. Gregorio de S. Benito, que porque resistió varonilmente á una tentacion vehemente de la carne, *alli* echándose desnudo sobre unos abrojos y espinas, le dió el Señor tanta perfeccion en la castidad, que de ahí adelante nunca mas sintió tentaciones deshonestas. Lo mismo leemos de santo Tomás de Aquino, cuando con un tizon de fuego hizo huir á una muger que le venia á solicitar. Envióle Dios luego dos Angeles que le ciñeron y apretaron los lomos fuertemente, en señal que le concedia el don de perpetua castidad. Asi dice san Buenaventura, que á los que son tentados de la fé, y con tentaciones de blasfemias, suele el Señor dar despues una claridad é ilustracion grande en eso, y un muy encendido amor de Dios: y asi de otras tentaciones. Y trae á este propósito aquello de Isaías: c. 14, v. 2. *Et erunt capientes eos, qui se ceperant, et subjicient exactores suos*: Cogerán y sujetarán á los que los querian coger y sujetar. Esta es una cosa que consuela mucho en las tentaciones. Consolaos y animaos á pelear, hermano mio, que quiere el Señor arraigar en vos con eso la virtud contraria, y quiere daros una castidad angélica. Le salió á San-

son un leon al encuentro, Judic. c. 14, v. 6 et 8, y le acometió, y le mató, y despues halló en él un panal de miel. Así, aunque la tentacion al principio os parezca leon, no la temais, sino acometedla, y vencedla, y vereis como hallais despues en eso mismo una dulzura y suavidad muy grande.

De aqui se entenderá, que tambien al contrario, cuando uno se deja llevar de la tentacion, y condesciende con ella, crecerá el vicio con sus propios actos, y juntamente la tentacion; y será mas fuerte de ahí adelante, porque está mas arraigado el vicio, y mas enseñoreado de él; y lo nota S. Agustin, lib. 8, confes. c. 5: *Peccatum peccavit Jerusalem, propterea instabilis facta est*: Tren. c. 1, v. 8, dice el profeta Jeremías: Porque pecó, quedó mas instable é inconstante, y mas flaca para tornar á caer: que es lo que dijo tambien el Sabio: *Et peccator adjiciet ad peccandum.* Eccl. c. 3. v. 29. Este es un aviso muy importante para los que son combatidos de tentaciones: porque á algunos suele engañar y cegar el demonio, haciéndoles en creyéndole, que satisfagan á su tentacion, y que asi cesará, el cual es un engaño muy grande; antes si cumplís con la tentacion, se arraigará mas, y crecerá mas la pasion y apetito, y tendrá de ahí adelante mayores fuerzas y mayor señorío sobre vos, y os tornará á derribar mas facilmente otra y otra vez.

Dicen muy bien, que es esto como la hidropesía, que mientras mas bebe el hidrópico, mas sed tiene; y como el avariento, que mientras mas tiene, mas crece la codicia de tener: *Crescit amor nummi, quantum ipsa pecunia crescit.* Asi es acá. Tened entendido, que cuando os dejais llevar de la tentacion y condescendeis con ella, crece ella tantos quilates, y vos perdeis otros tantos de fortaleza; y asi quedais mas sujeto para tornar á caer mas facilmente. Y cuando resistís y os haceis fuerza, no condescendiendo con ella, crece la virtud y fortaleza en vos otros tantos quilates. Y asi el medio para alcanzar victoria contra las tentaciones y malas inclinaciones, y quedar quieto y sosegado, es no condescender con ellas, ni dejar que salgan jamas con la suya; porque de esa manera poco á poco, con el favor del Señor, va perdiendo la fuerza la tentacion y la pasion, hasta no dar molestia ni pesadumbre ninguna. Lo cual nos deberia animar mucho á resistir con valor á las tentaciones.

## CAPITULO VII.

### *Que las tentaciones hacen al hombre diligente y fervoroso.*

Traen tambien consigo otro bien y provecho muy grande las tentaciones, que hacen al hombre diligente y cuidadoso, y que ande con fervor y espíritu, como quien anda siempre á punto de

pelear: asi como la larga paz hace á los hombres flojos, descuidados, y para poco: y la guerra y ejercicio de armas los hace fuertes, robustos y valerosos: y por eso Caton en el Senado romano dió aquel parecer: *Carthaginem non delendam, ne Romani otio, et torpore languerent. Væ (dixit) Romæ, si Carthago non steterit*: (a) Conviene á los romanos, que Cartago esté en pie, porque el ocio no los traiga á otros mayores males. Y ¡ay, dice, (a) de Roma, cuando faltare Cartago! Lo mismo respondieron los lacedemonios, porque afirmando su Rey, que habia de destruir y asolar una ciudad que les daba mucho en que entender á cada paso; dijeron los Gobernadores, y Senadores, que en ninguna manera consentirian que se quebrase la piedra de amolar en que se aguzaban y avivaban las fuerzas y virtud de los mancebos lacedemonios. A la ciudad que muchas veces les hacia tocar al arma, llamaban piedra de amolar; porque por ella la juventud se ejercitaba en las armas, y se descubrian los aceros y valor de cada uno: y el no tener peleas y conquistas, juzgaban por gran detrimento. Pues asi el no tener tentaciones, suele hacer á los hombres remisos y descuidados; y el tenerlas, diligentes y fervorosos. Andase uno mano sobre mano: no hay quien le haga tomar la disciplina ni el cilicio; en la oracion está bostezando, en la obediencia con flojedad, anda buscando entretenimientos: vienele una tentacion vehemente, en que es menester *Dios* y ayuda, y con eso se anima y cobra brío y fervor para la mortificacion, y para la oracion. Aun allá dicen si quereis saber orar, entrad en la mar. La necesidad y peligro enseñan á orar, y hacen acudir á Dios de veras. Y asi dice S. Crisóstomo, (b) que para esto permite Dios las tentaciones para nuestro mayor bien y provecho espiritual: *Cum enim nos ad torporem declinantes viderit, et ab ipsius familiaritate resilientes, et spiritualium nullam rationem facientes paululum nos derelinquit, ut ita castigati ad ipsum studiosius redeamus.* Y en otra parte dice: *Quando malignus ille perterret nos, atque perturbat, tunc frugi efficimur, tunc nos metipsos agnoscimus, tunc ad Deum omni studio recurrimus*: Cuando el demonio nos acomete, y procura espantar con sus tentaciones, aquello nos es de provecho, porque entonces conocemos lo que somos, y acudimos á Dios con mayor cuidado.

De manera que las tentaciones, no solamente no son impedimento ni estorbo para caminar en el camino de la virtud, antes son medio y ayuda para eso. Y asi el Apóstol S. Pablo no llamó á la tentacion cuchillo ni lanza, sino estímulo y aguijon: *Datus est mihi stimulus carnis*: 2 ad Cor. c. 12, v. 7.

(a) *Paul. Manuu. in Apop. part.* 113, § 24. (b) *Chrysost. homil.* 4 *ad Popul. Antioc. tom.* 5; *et lib.* 1 *de Provid.*

Porque asi como el aguijon no mata ni daña, sino aviva y despierta, y hace caminar mas apriesa; asi la tentacion no hace daño, sino mucho provecho, porque aviva y despierta para caminar mejor: y este provecho suele ser general para todos, aunque estén muy aprovechados: porque asi como el caballo, aunque sea bueno y fuerte, ha menester espuela, y entonces corre mejor cuando la siente; asi los siervos de Dios corren mejor y mas ligeramente en el servicio de Dios, cuando sienten estos estímulos y aguijones de las tentaciones, y entonces andan mas humildes y recatados.

Dice S. Gregorio: l. 2. mor. c. 31. La pretension del demonio con la tentacion es mala: mas la del Señor es buena: como la sanguijuela cuando chupa la sangre del enfermo, lo que pretende es hartarse de ella, y bebersela toda si pudiese; pero el médico pretende con ella sacar la mala sangre, y dar la salud al enfermo. Y cuando dan un boton de fuego á un enfermo, lo que pretende el fuego es abrasar; pero el cirujano no pretende sino sanar. El fuego queria pasar á lo sano; el cirujano solo á lo enfermo, y no le deja pasar adelante. Asi el demonio con la tentacion pretende destruir la virtud, y el merecimiento y gloria nuestra; pero el Señor pretende y obra maravillosamente todo lo contrario por ese mismo medio. Y asi las piedras que el demonio arroja contra nosotros para descalabrarnos y matarnos, las toma Dios para labrarnos de ellas una muy hermosa y preciosísima corona, como leemos del glorioso S. Estevan, como estaba rodeado de sus perseguidores, y cercado de piedras que le tiraban, Actor. c. 7, v. 55, y vé abiertos los cielos, y alli á Jesu-cristo, como que estaba recogiendo aquellas piedras para de ellas fabricarle una corona de pedrería de gloria.

Añade Gerson, trat. contra pusilan., aqui otra cosa de mucho consuelo, y dice que es doctrina comun de los Doctores y Santos, que aunque uno cuando es molestado de tentaciones, haga algunas faltas, y le parezca que tuvo alguna negligencia y descuido, y que se mezcló alguna culpa venial; con todo eso por otra parte la paciencia que tiene en aquel trabajo, y la conformidad con la voluntad de Dios, y la resistencia que hace peleando contra la tentacion, y las diligencias y medios que pone para alcanzar victoria, no solamente quitan y purgan todas esas faltas y negligencias, sino que hacen que crezca y se adelante en merecimiento de mayor gracia y mayor gloria, conforme aquello del Apóstol S. Pablo: *Faciet etiam cum tentatione proventum*: 1 ad Cor. c. 10, v. 13. Saca Dios bien de la tentacion, y hace que quedemos de ella medrados y aventajados. El ama ó madre, para que el niño sepa andar, apartale un poco de sí, y luego llamale; él tiembla, y no osa ir; ella le deja,

aunque caiga algunas veces, teniendo aquel por menor daño, que el no saber andar. De esa manera se ha Dios con nosotros: *Et ego quasi nutritius Ephraim.* Oseæ c. 11, v. 3. No tiene Dios en nada esas caidas y faltas que á vos os parece que haceis, en comparacion del provecho que de las tentaciones se sigue.

De la santa vírgen Gertrudis cuenta Blosio, c. 4 monilis spiritualis, que afligiéndose y reprendiéndose ella mucho por un defecto pequeño que tenia, deseó y pidió á Dios, que se le quitase del todo. Y respondióle el Señor con mucha blandura y suavidad: ¿Para qué quieres que yo sea privado de grande honra, y tú de grande premio? Porque cada vez que reconociendo ese defecto ó otro semejante, propones de evitarle de ahi adelante, ganas grande premio: y cada vez que procura uno vencer sus defectos por mi amor, me honra á mí tanto, cuanto un soldado á su Rey, cuando por él pelea varonilmente en la guerra contra sus enemigos, y los procura vencer.

## CAPÍTULO VIII.

*Que los Santos y siervos de Dios no solamente no se entristecian con las tentaciones, antes se holgaban por el provecho que con ellas sentian.*

Por estos bienes y provechos grandes que se siguen de las tentaciones, los Santos y siervos de Dios, no solamente no se entristecian con ellas, antes se holgaban, conforme á aquello del Apóstol Santiago: c. 1, v. 2. *Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis*: Hermanos mios, cuando os vieredes en diversas tentaciones, tenedlo por grande ganancia, y holgaos mucho con eso. Y el Apóstol S. Pablo escribiendo á los romanos, c. 5, v. 3, dice: *Non solum autem, sed et gloriamur in tribulationibus: scientes quod tribulatio patientiam operatur: patientia autem probationem: probatio verò spem*: No solamente llevamos las tentaciones y trabajos con paciencia, sino gloriamonos en ellas, y llevamoslas con gozo y regocijo: porque sabemos que en ellas se muestra la paciencia, y en esa paciencia se prueba uno, y esa prueba da grandes esperanzas. De esta manera declara tambien S. Gregorio, lib. 8 mor. cap. 1, aquello de Job: cap. 7, v. 4. *Si dormiero, dicam, quando consurgam? Et rursum expectabo vesperam.* Por la tarde que esperaba, entiende S. Gregorio la tentacion. Y nota, que la desea el santo Job como cosa buena y provechosa: *Expectamus enim prospera, et formidamus adversa*: Porque las cosas buenas y prósperas, decimos que las esperamos: y las malas y dañosas, que las tememos. Pues porque tenia el santo Job la tentacion por cosa que le convenia, y le era buena y provechosa, por eso dice que la esperaba.

San Doroteo, doctrina 13, trae á

este propósito aquel ejemplo que se cuenta en el prado espiritual, de un discípulo de uno de aquellos padres antigüos, el cual era combatido del espíritu de la fornicacion, y él, favoreciéndole la gracia del Señor, resistia varonilmente á sus malos y sucios pensamientos, y para mortificarse ayunaba, estaba mucho tiempo en oracion, y maltrataba su cuerpo con la obra de sus manos. Como un santo maestro le vió en tanto trabajo, díjole: Si quieres, hijo mio, rogaré al Señor que te libre de este combate. A esto respondió el discípulo: Bien veo, padre, que es grande trabajo el que padezco; mas con todo eso siento, que por causa de esta tentacion me aprovecho mas, porque acudo mas á Dios con la oracion, y con la mortificacion y penitencia. Y asi lo que te suplico es, ruegues á Dios me dé paciencia y fortaleza para sufrir este trabajo, y salir de él vencedor, límpio y sin reprension alguna. Mucho se holgó el santo viejo de oir esta respuesta, y dijo: Ahora entiendo, hijo, que vas aprovechando en el camino de la perfeccion, porque cuando uno es combatido de algun vicio, y él procura resistir varonilmente, anda humillado, y solícito y congojado, y con estas aficiones y trabajos se va poco á poco purgando y purificando el alma, hasta llegar á una puridad y perfeccion muy grande.

De otro santo monge cuenta S. Doroteo, (a) que porque le quitó Dios una tentacion que tenia, se entristeció, y llorando decia amorosamente á Dios: Señor, ¿qué no fuí yo digno de padecer, y ser afligido y atribulado algun tanto por vuestro amor?

S. Juan Clímaco (b) cuenta de S. Efren, que viéndose en altísimo estado de paz y tranquilidad, á la cual llamaba él cielo terrenal é impasibilidad, rogaba á Dios que le volviese y renovase las batallas antigüas de sus tentaciones, por no perder la ocasion y materia de merecer y labrar su corona. Y de otro santo monge (c) cuenta Paladio, que vino un dia al abad Pastor, y díjole: Ya Dios me ha quitado las peleas, y dadome paz, porque se lo he rogado. Dijo Pastor: Vuelve á Dios, y pidele que te vuelva tus peleas, porque no te hagas negligente. Fué al Señor, y díjole lo que Pastor decia. Respondióle Dios, que tenia su maestro razon; y volvióle sus tentaciones. En confirmacion de esto vemos, que el Apóstol S. Pablo, cuando pidió ser libre de la tentacion, no fue oido, sino respondióle el Señor: *Sufficit tibi gratia mea: nam virtus in infirmitate perficitur*: 2 ad Cor. c. 12, v. 5. Bastate mi gracia, porque en la tentacion se perficiona y se echa de ver la virtud.

(a) *Dorot. ubi suprà.* (b) *Clim. c.* 19. (c) *Del Abad Juan Breve.*

## CAPITULO IX.

*Que en las tentaciones es uno enseñado, no solamente para sí, sino para otros.*

Traen consigo las tentaciones otro provecho muy grande y muy importante para los que tratan de ayudar á los prójimos, y es, que en ellas es un alma muy enseñada, no solamente para sí, sino para otros; porque esperimenta en sí lo que despues ha de ver en los que ha de tratar y enderezar. Vase uno ejercitando en la milicia espiritual, y va advirtiendo con atencion las entradas y salidas del demonio, con lo cual se aprende el magisterio espiritual, para guiar almas, porque la esperiencia enseña mucho: y de ahí vino el proverbio: No hay mejor cirujano, que el bien acuchillado. Asi como el andar por el mundo hace á los hombres rasgados, prácticos y esperimentados: *Qui navigant mare, enarrent pericula ejus*; asi tambien lo hacen las tentaciones: y por eso dijo el Sabio: *Qui non est tentatus, quid scit?* Eccl. c. 43, v. 26. El que no ha sido tentado, ¿qué puede saber? Ni para sí, ni para otro sabrá: *Vir in multis expertus, cogitabit multa*; *qui non est expertus, pauca recognoscit*: Eccl. c. 34, v. 9; pero el hombre ejercitado y esperimentado, ese sabrá mucho, y será hombre de muchos medios. El que estuviere bien curtido en estas guerras espirituales, será buen pastor. Pues para eso quiere tambien el Señor que tengamos tentaciones, para que quedemos enseñados y diestros en el magisterio espiritual de guiar y enderezar almas.

Declarando mas esto, quiere tambien el Señor que seamos tentados, para que cuando vieremos á nuestro hermano tentado y afligido, sepamos tener compasion de él. Asi como acá en lo corporal aprovecha mucho el haber tenido uno enfermedades y achaques, para compadecerse despues de los que los tienen, y saberles acudir con caridad y amor: asi es tambien en lo espiritual.

Cuenta Casiano, (a) que un monge mancebo, y muy Religioso, era muy tentado de tentaciones deshonestas, y fuese á otro monge viejo, y declaróle llanamente todas aquellas tentaciones y movimientos malos que padecia, pensando que hallaría consuelo y remedio en sus oraciones y consejos; pero acontecióle muy al revés, porque el viejo eralo solo en los años, y no en la prudencia y discresion: y oyendo las tentaciones del mancebo, se comenzó á espantar y santiguar, y dióle una buena mano, reprendiéndole con palabras muy ásperas, llamandole desdichado y miserable, y diciéndole que era indigno del nombre de monge, pues tales cosas pasaban por él. Al fin le envió tan desconsolado con

(a) *Casian. collat 2. Abbat. Moysi, cap. 13.*

sus reprensiones, que el pobre monge en lugar de salir curado, salió mas llagado, con tan grande tristeza, y desconfianza y desesperacion, que ya no pensaba ni trataba del remedio de su tentacion, sino de ponerlá por obra, tanto que tomaba ya el camino de la ciudad con esa determinacion é intento. Encontróle acaso el Abad Apolo, que era uno de los padres mas santos y mas esperimentados que allí habia: y en habiéndole conocido en su semblante y disposicion, que tenia alguna grave tentacion, comenzó con grande blandura á preguntarle, ¿qué sentia, y qué era la causa de la turbacion y tristeza que mostraba? El mancebo estaba tan embebecido en sus imaginaciones, que no respondió palabra. El viejo viendo que la tristeza y turbacion era tan grande, que no le dejaba hablar, y queria encubrir la causa de ella, importunóle con mucho amor y suavidad, que se la dijese. Al fin importunado, dícele claramente que pues no podia ser monge, ni refrenar las tentaciones y movimientos de la carne, conforme á lo que le habia dicho tal viejo, que habia determinado de dejar el monasterio, y volverse al mundo y casarse. Entonces el santo viejo Apolo comiénzale á consolar y animar, diciéndole que él tambien tenia cada dia aquellas tentaciones, que no por eso se habia de espantar ni desconfiar; porque estas cosas no se vencen ni desechan tanto con nuestro trabajo, como con la gracia y misericordia de Dios. Finalmente, pídele que siquiera por un dia se detenga, y se torne á su celda, y que allí pida á Dios luz y remedio de su necesidad. Y como fué tan breve el plazo que pidió, alcanzólo de él, y alcanzado, vase el Abad Apolo á la hermita ó celda del viejo que le habia reprendido, y ya que llegaba cerca, ponese en oracion, é hincadas las rodillas, y levantadas las manos, y con lágrimas en sus ojos comenzó á rogar á Dios: Señor, que sabeis las fuerzas y flaqueza de cada uno, y sois médico piadoso de las almas, pasad la tentacion de aquel mancebo á este viejo, para que sepa siquiera en la vejez compadecerse de las flaquezas y trabajos de los mozos. Apenas habia él acabado esta oracion, cuando vió que un negrillo muy feo estaba tirando una saeta de fuego á la celda de aquel viejo, con la cual herido el viejo, salió luego de la celda, y andaba como loco, saliéndose y volviéndose á entrar: y al fin no pudiendo sosegar ni quietarse en la celda, tomó el camino que llevaba el otro mancebo para la ciudad. El Abad Apolo que estaba á la mira, y por lo que habia visto entendia su intencion, llégase á él, y preguntarle: ¿A dónde vas, y qué es la causa ó tentacion que te hace, que olvidado de la gravedad y madurez que pide tu edad, andas con tanta priesa é inquietud? El confundido y avergonzado con su mala conciencia, entendió que

habia conocido su tentacion, y no tuvo boca para responder. Entonces toma la mano el santo Abad, y comiénzale á dar doctrina: Vuelvete, dice, á tu celda, y entiende que hasta aquí el demonio no te conocia, y no hacia caso de tí, pues no peleaba contigo como él suele hacer con aquellos de quien tiene envidia: en eso conocerás tu poca virtud, pues al cabo de tantos años que eres monge, no pudiste resistir á una tentacion, ni aun sufrirla y aguardarla siquiera un solo dia, sino que luego al punto te dejaste vencer, y la ibas ya á poner por obra. Entiende que por esto ha permitido el Señor, que te venga esta tentacion, para que siquiera en la vejez sepas compadecerte de las enfermedades y tentaciones de los otros, y aprendas por esperiencia, que los has de enviar consolados y animados, y no desesperados, como hiciste con aquel mancebo que vino á tí, al cual sin duda el demonio acometia con estas tentaciones, y te dejaba á tí, porque tenia mas envidia de su virtud y de su aprovechamiento, que del tuyo; y le parecia que una virtud tan fuerte, con fuertes y vehementes tentaciones habia de ser contrastada. Pues aprende de aquí adelante de tí á saber compadecerte de los otros, y á dar la mano al que va á caer, y ayudarle á levantar con palabras blandas y amorosas, y no ayudarle á caer con palabras ásperas y desabridas, conforme á aquello de Isaías: c. 50, v. 2. *Dominus dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare eum, qui læsus est verbo*: Dios me ha dado prudencia y discrecion para que sepa animar y sustentar al que ha caído: y conforme al ejemplo de nuestro Salvador, del cual dice el mismo Isaías, c. 42, v. 3, y lo trae el Evangelista S. Mateo: c. 12, v. 20. *Calamum quassatum non conteret, et lignum fumigans non extinguet*: La pluma cascada no la acabará de quebrar, y la torcida que estaba humeando, no la acabará de apagar. Concluyó el santo viejo diciendo: Y porque ninguno puede apagar ni reprimir los movimientos y encendimientos de la carne, sino es con el favor y gracia del Señor, hagamos oracion á Dios, pidiéndole que te libre de esta tentacion; porque él es el que hiere y el que sana, el que humilla y ensalza, el que mortifica y vivifica. Ponese el Santo en oracion, y así como por su oracion le vino la tentacion, así tambien por ella se la quitó luego el Señor; y con esto quedaron remediados y enseñados, así el mozo, como el viejo.

## CAPITULO X.

*Comienzase á tratar de los remedios contra las tentaciones, y primeramente del ánimo, esfuerzo y alegria que habemos de tener en ellas.*

*De cætero, fratres, confortamini in Domino, et in potentia vir-*

*tutis ejus, induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli*: Ad Ephes. c. 6, v. 10. Hermanos mios, dice el Apóstol S. Pablo, confortáos en el Señor, y en la potencia de su virtud. Armáos de Dios, para que podais resistir y tener fuerte contra las asechanzas del demonio. El bienaventurado S. Antonio, varon muy ejercitado y esperimentado en estas guerras y batallas espirituales, solia decir, que uno de los principales medios para vencer á nuestro enemigo, era mostrar ánimo, esfuerzo y alegria en las tentaciones; porque con eso luego él se entristece, y desmaya y pierde la esperanza de podernos dañar. Nuestro S. Padre, (a) en el libro de los ejercicios espirituales, pone una regla y documento muy bueno á este propósito: dice, que el demonio nuestro enemigo se ha con nosotros en las tentaciones, como se ha una muger cuando riñe con algun hombre, que si ve que el hombre la resiste y muestra pecho, luego ella se amilana, y vuelve las espaldas y huye; pero sí siente en el hombre pusilanimidad y cobardía, luego ella se engrie, y toma de alli mas atrevimiento y osadía, y se hace un tigre. Asi el demonio cuándo nos tienta, si nosotros le mostramos pecho y brio, y resistimos varonilmente á sus tentaciones, luego desmaya y se da por vencido; pero si siente en nosotros pusilanimidad y desmayo, entónces cobra mayor brio y fortaleza, y se hace un tigre y un leon contra nosotros. Y así dice el Apóstol Santiago: c. 4, v. 7. *Resistite diabolo, et fugiet à vobis*: Haced rostro al demonio, resistidle con ánimo y esfuerzo, y huirá de vosotros. Confirma esto S. Gregorio, l. 5 moral. c. 17, con aquello de la Escritura en el libro de Job, c. 4, v. 11, donde segun los Setenta, llama al demonio: *Myrmicaleon, id est, leo et formica*: Es leon de las hormigas; pero si vos le mostrais fortaleza de leon, será uno hormiga para vos. Por esto nos aconsejan los Santos, que en las tentaciones no nos entristezcamos: porque nos haremos cobardes y pusilanimes; sino que peleemos con alegria, como dice la sagrada Escritura de Judas Macabeo, y sus hermanos y compañeros: *Et præliabantur prælium Israël cum lætitia*: Macab. c. 3, v. 3. Peleaban las batallas de Israel con grande alegria, y así vencian.

Y hay otra razon para esto, que como los demonios son tan envidiosos de nuestro bien, nuestra alegria les atormenta y da pena; y nuestra tristeza y pusilanimidad los alegra; y así aunque no fuese sino por eso, habiamos de procurar no mostrar pusilanimidad ni tristeza, por no darles ese contento; sino mostrar mucho ánimo y alegria, para hacerlos rabiar con eso. Cuentan las historias eclesiásticas, de los santos Martires, que una de

(a) *S. Ignat. l. de Exerc. spirit. regul.* 12 *ad motus animæ dicernendos.*

las cosas con que hacian rabiar á los tiranos, y con que los atormentaban mas á los tiranos, que los tiranos á ellos, era con el ánimo y fortaleza que mostraban en los tormentos. Pues de esa manera nos habemos de haber nosotros con los demonios en las tentaciones, para hacerlos rabiar, y que queden corridos. Por ser este medio tan principal para vencer las tentaciones, y salir con victoria y triunfo de nuestros enemigos, iremos diciendo en los capitulos siguientes algunas cosas, que nos ayudarán á tener este ánimo y esfuerzo en ellas.

## CAPITULO XI.

*Cuan poco es lo que el demonio puede contra nosotros.*

Ayudarános, y no poco, para tener ánimo y esfuerzo en las tentaciones, considerar la flaqueza de nuestros enemigos, y cuan poco puede el demonio contra nosotros; pues no nos puede hacer caer en pecado ninguno, si nosotros no queremos. Dice muy bien S. Bernardo: *Videte fratres, quàm debilis est hostis noster, qui non vincit nisi volentem*: Mirad y advertid, hermanos mios, cuan flaco es nuestro enemigo, pues no puede vencer, sino al que quiere ser vencido. Si cuando uno va á la guerra á pelear contra su enemigo, estuviese cierto, que si él quisiese venceria, y que en su mano estaba la victoria, ¿qué contento llevaria? Sin duda muy grande; porque iria cierto de ella, pues de sí está cierto que quiere vencer, y no ser vencido. Pues de esta manera podemos ir nosotros á pelear con el demonio; porque estamos ciertos que no nos puede vencer, si nosotros no queremos ser vencidos. S. Gerónimo, sup. c. 4 Matth. 1, notó esto muy bien, sobre aquellas palabras que el demonio dijo á Cristo nuestro Señor, cuando puesto en el pinaculo del templo le tentó, persuadiéndole que se echase de allí abajo: *Mitte te deorsum.* Matth. c. 4, v. 6, y dice S. Gerónimo: *Vox diaboli est, qui semper omnes cadere deorsum desiderat*: Esa es voz del demonio, que desea que todos se echen y caigan abajo: *Persuadere potest, præcipitare non potest*: El demonio os puede persuadir que os echeis, mas no os puede él echar, si vos no quereis. Echate de aí abajo, dice el demonio cuando os tienta, echate en el infierno: Decidle vos: Echate tu, que sabes ya el camino, que yo no me quiero echar. Pues si vos no quereis, él no os puede echar, si vos no quereis ir al infierno, él no os puede llevar allá. Andaba uno muy afligido, y ya muy consumido y gastado con una tentacion del demonio, que le decia interiormente: Ahorcate. Díjole un Religioso, á quien se declaró: Hermano, eso no ha de ser queriendo vos. Pues decidle: No quiero: y avisadme de aquí á ocho dias como os va; y se le quitó con aque-

llo la tentacion, y volvió á dar las gracias al confesor, que tal remedio le habia dado. Pues este es el medio que ahora vamos dando.

Concuerda bien con esto lo que dice S. Agustin: serm. 176 de temp.: Hermanos mios, antes de la venida de Cristo el demonio andaba suelto; pero viniendo él al mundo, *ató* al demonio, que se habia hecho fuerte con él, como dice el sagrado Evangelio, Matt. c. 12. v. 29, y lo vió S. Juan en el Apocalipsi c. 20, v. 1: *Et vidi Angelum descendentem de Cœlo, habentem clavem abissi, et catenam magnam in manu sua. Et apprehendit draconem serpentem antiquum, qui est diobolus, et Satanas, et ligavit eum per annos mille, et missit eum in abissum, et clausit, et signavit super illum, ut non seducat amplius gentes, donec consumentur mille anni. Et post hæc oportet illum solvi modico tempore.* Dice S. Agustin sobre este lugar, que este atar al demonio, es no le dejar ni permitir, que haga todo el mal que él podia y queria, si le dejaran tentando y engañando á los hombres de mil maneras esquisitas. Cuando venga el Anticristo, le darán alguna mas licencia, mas ahora está muy atado. Pero direis: si está atado, ¿cómo prevalece, y hace tanto mal? Es verdad, dice S. Agustin, que prevalece, y hace mucho daño; pero eso es en los descuidados y negligentes; porque el demonio está atado, como perro con cadenas, y no puede morder á nadie, sino es al que se quiere llegar á él: *Latrare potest, solicitare potest, mordere omnino non potest, nisi volentem*: Aug. lib. 8 de Civ. c. 8. Ladrar puede, y provocar y solicitar á mal; pero no puede morder ni hacer mal sino al que se le quisiere llegar. Pues asi como seria necio, y os reiriadeis y hariadeis burla del hombre que se dejase morder de perro que está amarrado fuertemente con una cadena; asi, dice S. Agustin, merecen que se rian y hagan burla de ellos, los que se dejan morder y ser vencidos del demonio, pues está atado y amarrado fuertemente, como perro rabioso, y no puede hacer mal, sino á los que se quieren llegar: vos os lo quisisteis, pues os llegasteis á él para que os mordiese, que él no puede llegar á vos, ni haceros caer en culpa alguna, si vos no quereis, y asi podeis hacer burla de él. Y declara S. Agustin á este propósito aquello del Salmo 103, v. 46. *Draco iste, quem formasti ad illudendum ei*: Este dragon que criasteis, Señor, para que hiciesemos burla de él: ¿No habeis visto como hacen burla de un perro ú de un oso atado, y se van á jugar y pasar tiempo con él los muchachos? Pues asi podeis hacer burla del demonio, cuando os trae las tentaciones, y llamarle de perro, y decirle: Anda miserable, que estás atado, no puedes morder, no puedes hacer mas de ladrar.

Cuando al bienaventurado S. Antonio le aparecieron los demonios en diversas formas espantables, en

figura de fieros animales, como leones, tigres, toros, serpientes y escorpiones, cercándole, y amenazándole con sus uñas, dientes, bramidos y silvos temerosos, que parecia le querian ya tragar, el Santo hacia burla de ellos, y decíales: Si tuviesedeis algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaria para pelear con un hombre; mas porque sois flacos, procurais juntaros á una mucha canalla, para poner miedo con eso. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, me veis aquí, tragadme: mas si no le teneis, ¿para qué trabajais en valde? Asi podemos hacer nosotros; porque despues que Dios se hizo hombre, ya no tiene fuerzas el demonio, como él mismo lo confesó á S. Antonio, el cual respondió: Al Señor se den gracias por eso, que aunque eres padre de mentiras, en esto dices verdad, porque el mismo Cristo nos lo dice: *Confidite, ego vici mundum*: Joan. cap. 16, v. 33. Ya yo he vencido y librado al mundo de la sujecion y poderío del demonio, por eso tened ánimo y confianza. *Deo autem gratias, qui dedit nobis victoriam per Dominum nostrum Jesum Christum*: 1 ad Cor. c. 15, v. 47. Gracias infinitas sean dadas al Señor, que por Cristo nos ha concedido esta victoria.

## CAPITULO XII.

*Que nos ha de dar grande ánimo y esfuerzo para pelear en las tentaciones, considerar que nos está mirando Dios.*

Ayudanos tambien mucho para tener grande ánimo y esfuerzo en las tentaciones, y pelear varonilmente en ellas, considerar que nos está mirando Dios como peleamos. Cuando un buen soldado está en campo peleando contra sus enemigos, y echa de ver que el Emperador ó Capitan General le está mirando, y gustando de ver el ánimo con que pelea, cobra grande esfuerzo y bríos para pelear. Pues eso pasa en nuestras peleas espirituales en realidad de verdad. Y asi cuando peleamos contra las tentaciones, habemos de hacer cuenta que estamos en un teatro cerrados y rodeados de Angeles, y de toda la Corte celestial, que está á la mira esperando el suceso, y que el presidente y juez de nuestra lucha y pelea, es el todo poderoso Dios; y es consideracion esta de los Santos, fundada en aquellas palabras del sagrado Evangelio: *Et ecce Angeli accesserunt, et ministrabant ei*: Matth. c. 4, v. 11. En aquella tentacion, y batalla espiritual de Cristo con el demonio, estaban los Angeles á la mira, y en acabando de vencer, comenzaron á servirle, y á cantarle la gala de la victoria. Y del biena-

venturado san Antonio leemos, que siendo una vez reciamente azotado y acoceado de los demonios, alzando los ojos arriba, vió abrirse el techo de su celda, y entrar por allí un rayo de luz tan admirable, que con su presencia huyeron todos los demonios, y el dolor de las llagas le fue quitado: y con entrañables suspiros dijo al Señor, que entonces le apareció: ¿Dónde estabas, buen Jesus, dónde estabas cuando yo era tan maltratado de los enemigos? ¿Por qué no estuviese aqui al principio de la pelea para que la impidieras, y sanáras todas mis llagas? A lo cual el Señor respondió diciendo: Antonio, aqui estuve desde el principio, mas estaba mirando como te habías en la pelea: y porque varonilmente peleaste, siempre te ayudaré, y te haré nombrado en la redondez de la tierra. De manera que somos espectáculo de Dios, y de los Angeles, y de toda la Corte celestial. Pues ¿quién no se animará á pelear con esfuerzo y valentia delante del teatro?

Y mas, porque el mirar de Dios es ayudarnos, habemos de pasar en esto adelante, y considerar que no solamente nos está Dios mirando como Juez, 2. Par. c. 16, v. 9, para darnos premio y galardon, si vencemos, sino tambien como Padre y valedor para darnos favor y ayuda, para que salgamos vencedores: *Oculi enim Domini contemplantur universam terram, et præbent fortitudinem. Quoniam à dextris est mihi ne commoveur.* Psal. 15, v. 9. En el cuarto libro de los Reyes cuenta la sagrada Escritura, que envió el Rey de Siria la fuerza de todo su ejército de carros y caballos sobre la ciudad de Dotain, á donde estaba el profeta Eliseo, para prenderle; y levantándose de mañana su criado Giezi, viendo sobre sí tanta multitud, fue corriendo y dando voces á Eliseo, diciéndole lo que pasaba: *Heu, heu, heu, domine mi, quid faciemus?* 4. Reg. c. 16. Pareciale que ya eran perdidos. Dícele el Profeta: *Noli timere, plures enim nobiscum sunt, quam cum illis*: No temas, que mas son los que nos defienden á nosotros. Y pidió á Dios, que le abriese los ojos, para que lo viese. Abrele Dios los ojos, y ve que todo el monte estaba lleno de caballerías y carros de fuego en su defensa: con lo cual quedó muy esforzado. Pues con esto lo habemos de quedar tambien nosotros. *Pone me juxta te: et cujusvis manus pugnet contra me*, decia el santo Job. c. 17, v. 3. Y el profeta Jeremias c. 2, v. 11. *Dominus autem mecum est, quasi bellator fortis, idcirco qui persequuntur me, cadent, et infirmi erunt: confundentur vehementer*: El Señor está conmigo, y como fuerte guerrero pelea por mí, no hay que temer los enemigos; porque sin duda caerán y quedarán confundidos.

San Gerónimo, sobre aquello del Profeta: Psal. 5, v. 18. *Domine ut scuto bonæ voluntatis tuæ coronasti nos*: Señor, con el escudo de

vuestra buena voluntad nos coronaste; dice: Notad, que allá en el mundo una cosa es el escudo, y otra la corona; pero para con Dios, una misma cosa es el escudo, y la corona; porque defendiéndonos el Señor con el escudo de su buena voluntad, enviandonos su proteccion y ayuda, ese es su escudo, y ampara vuestra victoria y corona: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* Ad Rom. 8, v. 31.

## CAPÍTULO XIII.

### *De dos razones muy buenas para pelear con grande ánimo y confianza en las tentaciones.*

El bienaventurado S. Basilio serm. 21, et 28 de variis arg. dice, que la rabia y enemistad que el demonio tiene con nosotros, no solo es envidia del hombre, sino odio que tiene contra Dios nuestro Señor, y como no puede hacer fuerte en Dios ni satisfacer en él su rabioso enojo, viendo que el hombre habia sido criado á su imagen y semejanza, convierte toda su rabia y enojo contra el hombre, por ser imagen y semejanza de Dios, á quien él tanto aborrece, y procura vengarse en él, haciendole todo el mal y daño que puede. Como si uno estuviese muy airado con el Rey, y descargase el enojo en su imagen, porque no puede llegar al Rey. Y como el toro, dice S. Basilio, que viéndose agarrochado del hombre, arremete contra su estátua y figura que en el caso le han puesto, y en ella descarga su furia y rabia, haciendola pedazos, vengándose en ella del hombre.

De aqui sacan los Santos dos razones muy buenas, para animarnos á pelear varonilmente en las tentaciones, y para que tengamos *grande* confianza, que saldremos de ellas con victoria. La primera es, porque no nos va en ello nuestra honra sola, sino la de Dios, á quien el demonio quiere injuriar y ofender en nosotros: lo cual nos ha de animar á dar la vida, antes que faltar; porque el demonio no salga con la suya, de haber tomado aquella venganza contra Dios en nosotros, como en imagen suya, y que él tanto ama y estima. De manera que ya no solo defendemos nuestro partido sino que volvemos por el partido y causa de Dios; y asi habemos de morir en la demanda, antes que consentir que se menoscabe la honra de Dios.

Lo segundo, pues el demonio por respeto de Dios, y por el odio que á su divina Magestad tiene, nos hace guerra, podemos confiadamente esperar, que el Señor saldrá á la causa, y tomará este negocio por suyo, y volverá por nosotros, para que no seamos vencidos ni sobrepujados de él, sino que salgamos con victoria y triunfo: porque aun acá vemos, que si un príncipe, ó señor poderoso, ve á otro puesto en algun trabajo ó aprieto

por su causa y respeto, luego sale á la demanda, y toma el negocio por suyo. En el libro de Ester, c. 8, et 9, cuenta la sagrada Escritura, que por causa de Mardoqueo habia Amán puesto á punto de muerte á todo el pueblo de los judios, y tornó Mardoqueo por su causa, de tal manera que puso á Amán y á los suyos, donde él queria ponerlos. Mucho mejor hará esto el Señor: y asi osadamente podemos decir á Dios: *Exurge Deus, judica causam tuam*: Psal. 71, v. 22. Levantaos, Señor, y volved por vuestra causa: *Apprehende arma, et scutum, et exurge in adjutorium mihi.* Psal. 34, v. 2.

## CAPÍTULO XIV.

*Que Dios no permite que nadie sea tentado mas de lo que puede llevar, y que no debemos desmayar cuando crece ó dura la tentacion.*

*Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari suprà id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere*: 1 ad Cor. c. 10, v. 13. Fiel es Dios, dice el Apóstol S. Pablo, que no permitirá que seais tentados mas de lo que podeis; y si creciere la tentacion, crecerá tambien el socorro y favor, para vencer y triunfar de vuestros enemigos, y quedar con ganancia de la tentacion. Esta es una cosa de grandísimo consuelo, y que pone grande ánimo en las tentaciones. Por una parte sabemos, que el demonio no puede mas de lo que Dios le diere licencia, ni nos podrá tentar un punto mas. Por otra parte estamos ciertos, que Dios no le dará licencia para que nos tiente mas de lo que pudieremos llevar como, dice aqui el Apóstol. ¿Quien con esto no se consolará y animará? No hay médico que con tanto cuidado mida y tase las onzas de acibar que ha de dar al enfermo, conforme á la disposicion del sugeto, como aquel físico celestial mide y tasa el acibar de la tentacion y tribulacion que ha de dar ó permitir á sus siervos, conforme á la virtud y fuerzas de cada uno. Dice muy bien el santo Abad Efren: serm. 1 de Patientia. Si el ollero, que hace vasos de barro, y los pone en el horno, sabe muy bien el tiempo que conviene tenerlos en el fuego, para que salgan bien sazonados y templados, y sean provechosos para el uso de los hombres, y no los tiene mas tiempo del que es menester, porque no se quemen y se quiebren; ni los tiene menos tiempo del necesario, porque no salgan tan tiernos, que luego se deshagan entre las manos; ¿cuánto mas hará esto Dios con nosotros, que es de infinita sabiduría y bondad, y es grande el amor paternal que nos tiene?

S. Ambrosio, lib. 6 sobre aquello de S. Matth.: c. 8, v. 23. *Ascendente Jesu in naviculam, secuti*

*sunt eum discipuli ejus, et ecce motas magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus, ipse vero dormiebat*, dice: Notad, que tambien los escogidos del Señor, y que andan en su compañía, son combatidos de tentaciones, y algunas veces hace él del que duerme, escondiendo como buen Padre el amor que tiene á sus hijos, para que acudan mas á él; pero no duerme Dios, ni se ha olvidado de vos. Dice el profeta Abacuc: *Si moram fecerit, expecta illum, quia veniens veniet, et non tardabit; id est citissime veniet*: Si os pareciere que tarda el Señor, esperadle, y estad muy cierto que vendrá, y no tardará. Pareceos á vos que tarda; mas en realidad de verdad no tarda. Al enfermo parecele larga la noche, y que se tarda el dia; mas no es así, no se tarda, que á su tiempo viene. Asi Dios no se tarda, aunque á vos como á enfermo os parezca que sí. El sabe muy bien la ocasion y la coyuntura, y acudirá al tiempo de la necesidad.

S. Agustin, epist. 134 ad Demet. virg., trae á este propósito aquello que respondió Cristo nuestro Redentor á las hermanas de Lázaro, Marta y María: *Infirmitas hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glorificetur filius Dei per eam.* Joan. c. 11, v. 4. Habíanle enviado á decir que estaba enfermo su amigo Lázaro, y detúvose dos dias, que no quiso ir allá, para que el milagro fuese mas señalado. Así, dice, hace Dios muchas veces con sus siervos: dejales por algun tiempo en las tentaciones y trabajos, que parece se ha olvidado de ellos, pero no se ha olvidado, sino hacelo para sacarles despues de ellos con mayor triunfo y gloria; como á José, que le dejó estar mucho tiempo en la cárcel, para sacarle despues de allí, como le sacó con grande honra y gloria, haciéndole Governador de toda la tierra de Egipto. Asi, dice, habeis de entender, que si el Señor se detiene y permite que dure la tentacion y el trabajo, es para sacaros despues de él con mayor aprovechamiento y acrecentamiento vuestro. S. Juan Crisóstomo nota tambien esto, sobre aquellas palabras: *Qui exaltas me de portis mortis.* Psal. 9, 15. Advertid, dice, que no dijo el Profeta: Libradme, Señor, de las puertas de la muerte, sino: Ensalzasme. Porque el Señor, no solamente libra á sus siervos de las tentaciones, sino pasa adelante, haciéndoles con esto mas aventajados y señalados. Y asi por muy apretado que os veais, aunque os parezca que llegais hasta las puertas del infierno, habeis de tener confianza, que de aí os sacará Dios: *Quia Dominus mortificat, et vivificat: deducit ad inferos, et reducit*: El es el que mortifica y vivifica, y el que deja llegar hasta las puertas de la muerte, y el que saca y libra de ella, cuando ya pensabades perecer. Y asi decia él santo Job: c. 13, v. 15. *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo*: Aunque me mate, en él esperaré.

S. Gerónimo pondera aqui muy bien aquello del profeta Jonás, que cuando pensó que era ya perdido, y que no habia remedio, sino que dan con él en el mar: *Præparavit Dominus picem grandem, ut deglutiret Jonam*: Joan. c. 2, v. 1. Aí le tenia el Señor á punto una ballena, que le recibiese, no para despedazarle, sino para salvarle y echarle á tierra: como en navío muy seguro: *Animadvertendum est, quod ubi putabatur interitus, ibi custodia sit*: Advertid y considerad, dice el glorioso S. Gerónimo, que lo que los hombres pensaban que era su muerte, eso fue su guarda y su vida. Pues asi, dice, nos acontece á nosotros, que lo que pensamos muchas veces que es pérdida, es ganancia, y lo que pensamos que es muerte, es vida, como la redoma de vidrio en manos de hombre que juega de manos, que la echa muchas veces en alto, y piensan los otros que cada vez se le ha de caer y hacer pedazos; pero despues de dos ó tres veces quitaseles el miedo á los que lo ven, y tienen por tan diestro al jugador, que se admiran de su destreza. Asi los siervos de Dios, que saben muy bien cuan diestro oficial es Dios, y conocen practicamente y por esperiencia, que sabe muy bien jugar con nosotros, levantándonos y humillannos, mortificandonos y vivificándonos, hiriendo y sanando: no temen ya en las adversidades y peligros, aunque se tengan por flacos, y de vidrio; porque saben que están en buenas manos, que no se le quebrará la redoma, ni la dejará caer: *In manibus tuis sortes meæ*. Psal. 30, v. 16.

En la historia eclesiástica se refiere, que decia el Abad Isidoro; Cuarenta años ha que soy combatido de un vicio, y nunca he consentido. Y de otros muchos de aquellos santos monges antigüos leemos semejantes ejemplos de tentaciones muy contínuas y largas en que peleaban con grande fortaleza y confianza: *Ibi fuerunt gigantes scientes bellum*. Baruch. c. 3. v. 26. Pues á estos gigantes que sabian bien pelear, habemos nosotros de imitar. El glorioso S. Cipriano, lib. de exh. mart., para animarnos á esto trae aquello de Isaias: *Noli timere: quia redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu, cum transieris per aquas tecum ero, et flumina non operient te: cum ambulaveris in igne, non comburéris, et flamma non ardebit in te, quia ego Dominus Deus tuus sanctus Israel Salvator tuus*: No quieras temer, dice Dios, porque yo te redimí, tu eres mio, y bien te sé el nombre: cuando pasares por las aguas seré contigo, y no te hundirás: cuando anduvieres en medio del fuego, no te quemarás, ni la llama te hará mal alguno; porque yo soy tu Dios, tu Señor y Salvador. Tambien son para esto muy tiernas y regaladas aquellas palabras que dice Dios por el mismo Profeta: *Ab ubera portabimini, et super genua blandientur vobis. Quomodo si cui mater blandiatur, ita*

*ego consolabor vos.* Isai. c. 66, v. 12. Mirad con que amor y ternura recibe la madre al niño, cuando teniendo miedo de alguna cosa se acoge á ella: como le abraza, y le da los pechos, como junta su rostro con el suyo, y le acaricia y regale. Pues con mayor amor y regalo sin comparacion acoge el Señor á los que en las tentaciones y peligros acuden á él. Esto decia el Profeta que le consolaba y animaba mucho á él en sus tentaciones y trabajos: *Memor esto verbi tui servo tuo, in quo mihi spem dedisti. Hæc me consolata est in humilitate mea, quia eloquium tuum vivificavit me.* Psal. 118, v. 49. Esto nos ha de consolar y animar tambien á nosotros, y hacer que tengamos grande ánimo y confianza en las tentaciones, porque no puede faltar Dios á su palabra: *Impossibile est mentiri Deum*, dice el Apóstol S. Pablo. Ad Heb. cap. 6, v. 18.

## CAPÍTULO XV.

*Que el desconfiar de si, y poner toda su confianza en Dios, es grande medio para vencer las tentaciones, y por qué acude Dios tanto á los que confian en él.*

Uno de los mas principales y eficaces medios para alcanzar victoria y triunfo en las tentaciones, es desconfiar de nosotros, y poner toda nuestra confianza en Dios; y asi vemos que no da otra razon el mismo Señor en muchos lugares de la sagrada Escritura, para amparar y librar á uno en el tiempo de la tribulacion y tentacion, sino haber esperado y confiado en él: *Quoniam in me speravit, liberabo eum.* Psal. 90, 14. *Qui salvos fecit sperantes in se.* Psal, 16, 7. *Protector est omnium sperantium in se.* Psal. 17, 31. De donde tomó la Iglesia aquella oracion: *Protector in te sperantium Deus, etc.* Señor, que sois protector y amparo de los que esperan en vos. Y en el salmo 56 esto alega el Profeta, y pone delante á Dios, para obligarle á que use con él de misericordia: *Miserere mei Deus, miserere mei: quoniam in te confidit anima mea: et in umbra alarum tuarum sperabo*: Psal. 56, 1. Señor, habed misericordia de *mí*, porque he esperado y puesto toda mi confianza en vos. Y lo mismo hace el profeta Daniel, c. 3, v. 40: *Quoniam non est confusio confidentibus in te.* Y el Sabio dice: ¿Quién jamas esperó en Dios, que quedase confundido? Eccl. c. 2, v, 11. Y toda la Escritura está llena de esto, de lo cual dijímos arriba largamente, trat. 3, c. 35, y 38, asi no será menester detenernos aqui en ello.

Pero veamos ¿qué es la causa de ser este medio tan eficaz para alcanzar el favor del Señor; y por qué acude Dios tanto á los que desconfian de sí, y ponen en él toda su confianza? La razon de esto habemos tambien tocado diversas veces, y la da el mismo Señor en el salmo 90. Porque esperó en mí, le ampararé y libraré: Por que *prote-*

*tegam eum, quoniam cognovit nomen meum.* Declaralo muy bien S. Bernardo: *Si tamen cognoverit nomen meum: ne sibi tribuat, quod liberatus est, sed nomini meo det gloriam.* Bern. serm. 15 sup. Ps. *Qui habitat.* La razon es, porque ese no se atribuye nada á sí, sino todo lo atribuye y refiere a Dios, y á él le da la honra y gloria de todo; y así entonces toma Dios la mano, y hace suyo el negocio, y se encarga de él, y vuelve por su gloria y honra; pero cuando uno va confiado en sí, y en sus medios y diligencias, todo aquello se atribuye á sí, y lo quita á Dios, y se quiere alzar con la honra y gloria que es propia de su Magestad; y así le deja Dios en su flaqueza, que no haga nada, porque como dice el Profeta: Ps. 147, 10. *Non in fortitudine equi voluntatem habebit, nec in tibiis viri beneplacitum erit ei: beneplacitum est Domino super timentes eum, et in eis qui sperant super misericordia ejus:* No se agrada Dios en los que confian en la fortaleza de sus caballos, y en sus industrias y diligencias, sino en aquellos que desconfiados de sí y de todos sus medios, ponen toda su confianza en Dios, y á esos envia él su socorro y favor muy copioso y abundante.

S. Agustin dice, (a) que por esto dilata Dios algunas veces sus dones y favores, y permite que duren mucho en nosotros los resabios de algunos vicios, de malas inclinaciones que tenemos, y que no las acabemos de vencer y sujetar del todo: *Non ut damnemur, sed ut humiles simus. Commendans nobis gratiam suam, ne facilitatem in omnibus assecuti, nostrum putemus esse quod ejus est, qui error multum est Religioni, pietatique contrarius:* No para que nos perdamos y condenemos, sino para que seamos humildes, y para encomendarnos mas sus dones, y que los estimemos en mas, y los reconozcamos por suyos, y no nos atribuyamos á nosotros lo que es de Dios, porque ese es un error muy grande, y muy contrario á la honra de Dios, y á la Religion y piedad cristiana. Y si alcanzasemos esas con facilidad, no las tendriamos en tanto, y luego pensariamos que nos las teniamos en la manga, y que por nuestra diligencia las habiamos alcanzado. S. Gregorio, l. 7 mor. c. 10, sobre aquellas palabras de Job: c. 6, v. 13. *Ecce non est auxilium mihi in me;* dice: *Plerumque enim virtus habita, deterius quam si deesset, interficit, quia dum ad sui confidentiam mentem erigit, hanc elationis gladio transfigit: cumque eam quasi roborando vivificat, elevando necat: ad interitum videlicet pertrahit, quàm per spem propriam ab interna fortitudinis fiducia evellit:* Muchas veces usamos tan mal de la virtud y de los dones de Dios, que nos fuera mejor no los tener, porque nos ensoberbecemos con ellos, y confiamos luego mucho en nosotros mismos, y atribuímos á nosotros, y á nuestras fuerzas y diligencia, lo que es

(a) *August. l. 2 de pecat. meri. et remis. c. 19.*

pura gracia y misericordia de Dios. Pues por esto (b) nos niega el Señor muchas veces sus dones, y permite que millares de veces esperimente uno su propia imposibilidad en muchas obras buenas grandes y pequeñas, y que no pueda obrar cuando querria; y permite que dure por mucho tiempo esa imposibilidad, para que aprenda á humillarse, y á no confiar de sí, ni atribuirse cosa alguna, sino que todo el bien lo atribuya á Dios: y entonces podrá cantar y decir: *Arcus fortium superatus est, et infirmi accincti sunt robore*: 1 Reg. 24. Las armas de los fuertes fueron vencidas, y los flacos han sido ceñidos de fortaleza.

## CAPÍTULO XVI.

*Del remedio de la oracion, y ponense algunas oraciones jaculatorias, acomodadas para el tiempo de las tentaciones.*

El medio de la oracion siempre se ha de tener por muy encomendado, porque es un remedio generalísimo, y de los mas principales que la divina Escritura, y los Santos nos dan para esto. Y el mismo Cristo nos le enseña en el sagrado Evangelio: *Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem*: Matth. c. 26, v. 42. Velad y orad, porque no entreis en la tentacion. Y no solo de palabra, sino con su propio ejemplo nos le quiso enseñar la noche de su Pasion, apercibiéndose para aquella batalla con larga y prólija oracion, no porque él tuviese necesidad, sino para enseñarnos á nosotros que lo *hagamos* así en todas nuestras tentaciones y adversidades. El Abad Juan decia, que ha de ser el Religioso como un hombre que tiene á la mano izquierda el fuego, y á la derecha el agua, para que encendiéndose el fuego, luego eche agua y le apague. Así en encendiéndose el fuego del pensamiento torpe y malo, habemos de tener luego á la mano el agua y refrigerio de la oracion para apagarle. Traía tambien otra comparacion, y decia, que el Religioso es semejante á un hombre que está sentado debajo de un árbol grande, Prov. 1, v. 18, el cual viendo venir muchas serpientes y bestias fieras contra sí, como no les puede resistir, súbese encima del árbol, y así se salva. De la misma manera el Religioso cuando ve venir las tentaciones, se ha de subir á lo alto con la oracion, y acogerse á Dios, y así se salvará y librará de las tentaciones y lazos del demonio: *Frustra autem jacitur rete ante oculos pennatorum*: Ps. 24, v. 15. En valde trabajará y echará él sus redes, si nosotros sabemos volar y subirnos á lo alto con las alas de la oracion: *Oculi mei semper ad Dominum: quoniam ipse evellet de laqueo pedes meos.*

En la primera parte tratamos largamente de este medio de la

(b) *D. Vincentius tract. de vita spirituali, c.* 3.

oracion; ahora solamente recogerémos algunas oraciones jaculatorias, de que nos podemos ayudar en semejantes tiempos. Llena tenemos la sagrada Escritura, Isai. c. 38, v. 14, especialmente los Salmos, de oraciones acomodadas para esto, cuales son: *Domine vim patior, responde pro me. Exurge, quare obdormis Domine? Exurge, et ne repellas in finem. Quare faciem tuam avertis, oblivisceris inopiæ nostræ, et tribulationis nostræ*: Ps. 43, v. 8. Levantáos, Señor, ¿por qué dormís, por qué apartais vuestro rostro, y os olvidais de nuestra pobreza y tribulacion? *Apprehende arma, et scutum, et exurge in adjutorium mihi: dic animæ meæ: Salus tua ego sum*: Ps. 34, v. 2. Tomad armas y escudo, y levantáos en nuestra ayuda: decid á mi ánima: Yo soy tu salud: *Usquequo Domine oblivisceris me in finem? Usquequo avertis faciem tuam à me? Usquequo exaltabitur inimicus meus super me? Respice, et exaudi me Domine Deus meus. Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte, ne quando dicat inimicus meus, prævalui adversus eum*: Ps. 12, v. 1 & 3. ¿Hasta cuando, Señor, me habeis de olvidar? ¿Hasta cuando habeis de apartar de mí vuestro rostro? ¿Hasta cuando se ha de gloriar mi enemigo sobre mí? Mirad, Señor, y oídme, y alumbrad mis ojos, para que no duerma sueño de muerte, ni pueda decir mi enemigo, que prevaleció contra mi: *Adjutor in opportunitatibus, in tribulatione*: Psalm. 9, v. 10. Vos sois, Señor, nuestro refugio y amparo en el tiempo de la necesidad y tribulacion: *In umbra alarum tuarum sperabo.* Psal. 56, v. 2. *Et in velamento alarum tuarum exultabo.* Ps. 62, v. 8. Así como los pollitos se guarecen debajo de las alas de su madre, cuando viene el milano; así nosotros, Señor, estarémos bien guarecidos y guardados debajo de vuestras alas. S. Agustin se alegraba mucho con esta consideracion, y decia á Dios: *Si non me protegis, quia pullus sum, milvus me rapiet*: Señor, pollito soy tierno y flaco, y si vos no me amparais, arrebataráme el milano: *Sub umbra alarum tuarum protege me*: Ps. 16, v. 8. Amparadme, Señor, debajo de vuestras alas. Particularmente es maravilloso para este efecto aquel principio del salmo 67, v. 1: *Exurgat Deus, et dissipentur inimici ejus, et fugiant qui oderunt eum à facie ejus*: Levántese Dios, y sean desbaratados sus enemigos: huyan de delante de él los que le aborrecen; porque como les ponemos delante, no nuestra virtud, sino la de Dios, desconfiando de nosotros, é invocando contra ellos el favor de su Magestad, desfallecen y huyen, viendo que ha de salir él á la causa contra ellos en favor nuestro.

Unas veces con estas, ú otras semejantes palabras de la sagrada Escritura, que tienen particular fuerza: otras veces con palabras salidas de nuestra necesidad, (que tambien suelen ser muy eficaces) siempre habemos de tener muy á la mano este remedio de acudir á Dios

con la oracion: y así solia decir el P. M. Avila: * La tentacion á vos, y vos á Dios. * *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi*: Ps. 120, v. 1. Levanté mis ojos á aquellos montes soberanos, de donde me ha de venir todo el socorro y favor: *Auxilium meum à Domino, qui fecit cœlum et terram.* Y habemos de procurar, que estos clamores y suspiros salgan, no solamente de la boca, sino de lo intimo del corazon, conforme á aquello del Profeta: Psal. 129, v. 1. *De profundis clamavi ad te Domine.* Dice S. Juan Crisóstomo, t. 1, homil. sup. Ps. 129, sobre estas palabras: *Non dixit solummodo ex ore, neque solummodo ex lingua: nam errante etiam mente, verba funduntur, sed ex corde profundíssimo, cum magno studio, et magna animi alacritate ex ipsis mentis penetralibus*: No dijo ni clamó solamente con la boca, porque estando el corazon distraído, puede la lengua hablar; sino de lo profundísimo y mas íntimo de sus entrañas, y con grande fervor clamaba á Dios.

## CAPITULO XVII.

### *De otros remedios contra las tentaciones.*

El bienaventurado S. Bernardo, de interior. dono, c. 47, dice, que el demonio cuando quiere engañar á uno, primero mira muy bien su natural, su condicion, é inclinacion, y adonde le ve mas inclinado, por allí le acomete; y así á los blandos y de suave condicion les acomete con tentaciones deshonestas, y de vanagloria: y á los que tienen condicion áspera, con tentaciones de ira, de soberbia, de indignacion é impaciencia. Lo mismo nota S. Gregorio, y trae una buena comparacion: dice, que así como uno de los principales avisos de los cazadores, es saber á qué linage de cebo son mas aficionadas las aves que quieren cazar, para animarles con eso: así el principal cuidado de nuestros adversarios los demonios, es saber á qué género de cosas estamos mas aficionados, y de qué gustamos mas, para armarnos y entrarnos por aí: y así vemos que acometió y tentó el demonio á Adán por la muger; porque sabia la aficion grande que le tenia: y á Sanson tambien por aí le acometió y le venció, para que declaráse el enigma, y para que dijese en qué estaba su fortaleza. Anda el demonio como diestro guerrero, rodeando y buscando con mucha diligencia la parte mas flaca de nuestra alma, la pasion que reina mas en cada uno, y aquello á que es mas inclinado, para combatirlo por allí; y asi esta ha de ser tambien la prevencion y remedio que nosotros habemos de poner de nuestra parte contra este ardid del enemigo, reconocer la parte mas flaca de nuestra ánima, y mas desamparada de virtud, que es donde la inclinacion natural, ó la pasion ó costumbre mala mas

nos llena, y poner aí mayor cuidado y defensa.

Otro remedio muy conforme á este nos le ponen los Santos y maestros de la vida espiritual. Dicen, que habemos de tener por regla general cuando somos combatidos de alguna tentacion, acudir luego á lo contrario de ella, y defendernos con ello; porque de esta manera curan acá los médicos las enfermedades del cuerpo: *Contraria contrariis curantur.* Cuando la enfermedad procede de frio, aplican cosas calientes, y cuando de sequedad, cosas húmedas, y de esa manera los humores se reducen á un medio, y se ponen en conveniente proporcion. Pues de esa misma manera habemos nosotros de curar y remediar las enfermedades y tentaciones del alma, y eso es lo que nos dice nuestro santo Padre. (a)* Debense prevenir las tentaciones con los contrarios de ellas, como cuando uno se entiende ser inclinado á soberbia, ejercitándose en cosas bajas, que se piensa le ayudarán para humillarse: y asi de otras inclinaciones siniestras.

## CAPÍTULO XVIII.

*De otros dos remedios muy principales, que son resistir á los principios, y nunca estar ociosos.*

Otro remedio muy bueno y general nos dan aqui los Santos, y es, que procuremos resistir á los principios. Dice S. Gerónimo: *Dum parvus est hostis interfice: nequitia elidatur in semine*: Cuando el enemigo es pequeño, matadle, ahogadle en su principio, y deshacedle en su raíz antes que crezca; porque despues por ventura no podreis. Es la tentacion, como una centella de fuego, que si una vez prende, crece y abrasa: *A scintilla una augetur ignis*: Eccl. c. 11, v. 34: asi dijo muy bien el otro: *Principiis obsta, sero medicina paratur, cum mala per longas invaluere moras.* Resiste á los principios: tarde viene el remedio cuando la llaga es muy vieja. Y mucho mejor nos avisa de esto el Espiritu Santo por el profeta David: Ps. 136, v. 12. *Beatus qui tenebit, et allidet parvulos tuos ad petram*; y por su hijo Salomon: *Capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas.* Cant. 2, v. 15. Cuando las raposillas de las tentaciones son pequeñas, cuando comienzan los pensamientos de juícios, de soberbia, de la aficioncilla, de la amistad, y de la singularidad, entonces los habeis de quebrantar en la piedra firmísima, que es Cristo nuestro Redentor, con su ejemplo y consideracion, para que no crezcan y vengan á destruír la viña de nuestra alma. No podemos escusar, que no nos vengan tentaciones y pensamientos malos; pero bienaventurado aquel que al principio, cuando comienza á venir, se sabe sacudir de ellos. Asi declara S. Gerónimo, epist. ad Eustoch., este



(a) 3 *part. Constit. c.* 1, § 13: *et reg.* 14 *summ.*

lugar. Importa mucho resistir á los principios cuando el enemigo es flaco y tiene pocas fuerzas; porque entonces el resistir es fácil, y despues muy dificultoso.

S. Crisóstomo, contra Concubinar., declara esto con una comparacion. Asi como si á un enfermo le viene apetito de comer una cosa dañosa, y vence aquel apetito, se libra del daño que le habia de hacer aquella mala comida, y sana mas presto de la enfermedad; mas si por tomar aquel poco de gusto, come el manjar dañoso, agravasele la enfermedad, y viene á morir de ella, ó á tener muy grande pena en la cura: todo lo cual pudiera escusar, con tomar un poco de trabajo en refrenar al principio aquel apetito de gula de comer aquel manjar dañoso: asi dice: Si cuando al hombre le viene el mal pensamiento ó el deseo de mirar, se vence en eso al principio, refrenando la vista, y desechando luego el mal pensamiento, librarâse de la molestia y pena de la tentacion que de alli se le habia de levantar, y del daño en que consintiendo podria caer; pero si no se vence y refrena al principio, por aquel pequeño descuido, y por aquel poquito de gusto que recibió mirando ó pensando, viene despues á morir en el alma, ó á lo menos á tener gran trabajo y pena, resistiendo. De manera que lo que al principio le costára poco ó casi nada, le viene despues á costar mucho. Y asi concluye el Santo: que importa grandemente resistir á los principios.

En las vidas de los Padres, 1 p. pag. 91, 3, se cuenta, que el demonio se le apareció una vez al Abad Pacomio, en figura de una muger muy hermosa, y riñéndole el Santo, porque usaba de tanta malicia para engañar á los hombres, le dijo el demonio: Si comenzais á dar alguna entrada á nuestras tentaciones, luego os ponemos mayores incentivos, para provocaros mas á pecar: empero, si vemos que al principio resistís, y no dais entrada á las imaginaciones y pensamientos que os traemos, como humo desaparecemos.

Tambien es gran remedio contra las tentaciones, nunca estar ociosos, y asi dice Casiano, que aquellos padres de Egipto tenian esto por primer principio, y lo guardaban como tradicion antigua, recibida de sus mayores, y lo encomendaban mucho á sus discipulos, por singular remedio: *Semper te diabolus occupatum inveniat*: Hállete siempre el demonio ocupado. Y asi se lo enseñó Dios á S. Antonio, y le dió este medio para poder perseverar en la soledad, y defenderse de las tentaciones; y lo trae S. Agustin, ser. 17 ad frat. in eremo. Dice, que S. Antonio no podia siempre estar en oracion con ser S. Antonio, y era combatido y fatigado algunas veces de diversos pensamientos, y pidió á Dios: Señor, ¿qué haré, que querria ser bueno, y mis pensamientos no me dejan? Y oyó una voz que le di-

jo: *Antoni, cupis Deo placere, ora: et dum orare non poteris, manibus labora, & semper aliquid facito: fac quod in te est, & non deficiet tibi auxilium de sancto*: Antonio, si deseas agradar á Dios, ora; y cuando no pudieres orar, trabaja: procura siempre estar ocupado en algo, y hacer lo que es de tu parte, y no te faltará el favor del Señor. Otros dicen, que le apareció un Angel en figura de un mancebo, que cavaba un poco, y otro poco estaba puesto de rodillas en oracion, las manos puestas y levantadas, que era decirle lo mismo. La ociosidad es raíz y orígen de muchas tentaciones y de muchos males, y asi nos importa mucho, que nunca el demonio nos halle ociosos, sino siempre ocupados.

## CAPÍTULO XIX.

*De las tentaciones que vienen con apariencia de bien, y que es gran remedio contra todas las tentaciones, el conocerlas y tenerlas por tales.*

San Buenaventura, proces. 4 Relig. c. 12, avisa otra cosa comun, pero muy necesaria; y es, que estemos advertidos, que á los buenos que tratan de virtud y de perfeccion, procura el demonio acometerles siempre con apariencia de bien, transfigurándose en Angel de luz. Los venenos y ponzoña, dice S. Gerónimo, no se dan sino cubiertos con azucar ó con otra cosa gustosa, para que no se sientan; y el cazador esconde el lazo con cebo. Asi lo hace el demonio: *In viu hac qua ambulabam absconderunt laqueum mihi.* Ps. 141, v. 4. Porque si claramente y al descubierto acometiese con lo malo, los que aman la virtud y desean servir á Dios, huirian de ellos, y no haria nada con ellos. Y asi dice S. Bernardo: *Bonus, nunquam nisi boni simulatione deceptus est*: Ber. ser. 66 in Cant. El bueno y virtuoso nunca es engañado, sino con apariencia de bien. Es el demonio muy astuto, y sabe muy bien por donde ha de entrar á cada uno; y asi para mejor conseguir su intento, entra muy disimulado. Lo primero, dice S. Buenaventura, propone cosas de suyo buenas, luego las mezcla con las malas, despues ofrece falsos bienes, y verdaderos males: y cuando tiene ya á uno en el lazo, que con dificultad puede salir de él, entonces muestra claramente su ponzoña, y le hace caer en pecados manifiestos. Es como el escorpion, que tiene una cara alhagüeña, y en la cola tiene el veneno con que mata. Cuantos, dice S. Buenavetura, han trabado conversacion y amistad con algunas personas, con socolor de espiritu, pareciéndoles que todo aquel trato era de Dios y espiritual, y que aprovechaban sus almas con aquello, y por ventura al principio era asi: pero ese es el ardid del demonio que vamos ahora descubriendo: *Non enim ignoramus cogitationes ejus*, 2 ad Cor. c. 2, v. 11, como

dice el Apóstol S. Pablo: bien sabemos sus celadas, sus entradas y salidas: por aí comienza él; primero por cosas buenas; pero luego se siguen de aí largas pláticas y conversaciones, y unas veces son de Dios, y otras del mucho amor que se tienen: luego se sigue de aí el darse algunas cosillas y donecillos en señal de amor, y para que se acuerde el uno del otro: las cuales cosas, como dice S. Gerónimo: (a) *Sanctus amor non habet*: son señal clara de amor no santo. Va ya mezclando el demonio males con bienes: y de aí se siguen falsos bienes, y verdaderos males. De esta manera engaña el demonio á muchos en este y en otros muchos vicios, cubriéndolos con velo de virtud, para que no se entienda ni conozca lo que son. Como el que se finge ser amigo de otro para tener entrada con él, y despues matarle á traicion, como hizo (b) Joab con Amasa, y Judas con Cristo nuestro Redentor, entregándole y vendiéndole con beso de paz. Y asi es menester que nos guardemos mucho de estas tentaciones que vienen con apariencia de bien, y que estemos muy sobre aviso, porque son tanto mas peligrosas, cuanto son menos conocidas. Por lo cual pedia el Profeta al Señor, que le librase del demonio de medio dia: *Ab incursu, & dæmonio meridiano.* Aun no se contenta el demonio (c) con transfigurarse en Angel de luz, como dice el Apóstol S. Pablo, sino que se transfigura en luz de medio dia, haciendo que parezca muy claro y resplandeciente lo que es oscuridad y tinieblas, y haciendo entender que no hay que dudar, ni hay peligro ninguno, sino que es claramente bueno lo que es ciertamente malo, y de suyo muy peligroso. Hay algunos ladrones, los cuales andan tan vestidos de seda, que no hay quien les conozca, ni piense que puede caber tal maldad en hombres que parecen tan honrados, hasta que los hallan con el hurto en las manos. Entonces se espantan, como aquellos eran ladrones, y dicen: ¿Quién pensára tal? Asi es la tentacion que viene con apariencia de bien.

Doctrina es comun de los Santos y maestros de la vida espiritual, que es gran remedio contra todas las tentaciones, conocer que es tentacion aquella que me combate: como lo es, conocer á uno por enemigo, para guardarse de él. Y por eso tambien deciamos arriba, trat. 1, cap. 11, que el propio conocimiento es un medio eficacísimo para vencer todas las tentaciones. Y veráse bien la fuerza de este medio por aquí: si cuando viene la tentacion, y el movimiento y apetito malo, viesedes delante de vos un demonio horrible y espantoso, que os está persuadiendo á aquello, ¿qué hariadeis? Luego os

(a) *Hieron. epist. 2 ad Nepotianum, t. 1.* (b) *2 Reg. c. 20, v. 9. Luc. c. 22, v. 48.* (c) *Bern. ser. 33 sup. Cant. Ps. 50, v. 6. 2 ad Cor. c. 11, v. 14.*

santiguariades, é invocariades el nombre de Jesus; no seria menester mas de ver, que el demonio es el que os persuade á ello, para entender que es engaño y tentacion, y huir de ello. Pues esto pasa al pie de la letra en nuestras tentaciones. Asi como tenemos con nosotros cada uno su Angel Custodio, conforme á aquellas palabras de Cristo: *Videte ne contemnatis unum ex his pusillis: dico enim vobis, quia Angeli eorum in Cœlis semper vident faciem patris mei qui in Cœlis est*: Matt. c. 18, v. 10. Mirad no menospecieis uno de estos pequeñitos; porque os digo de verdad, que sus Angeles siempre ven el rostro de mi Padre que está en los cielos. Sobre las cuales palabras, dice S. Gerónimo: sup. Matth. *Magna dignitas animarum: ut unaquæque habeat ab ortu nativitatis in custodiam sui Angelum deputatum*: Grande es la dignidad de las almas, y en mucho las estima Dios: pues en naciendo el hombre, (d) luego le deputa un Angel que le guarde y tenga cuidado de él. Asi como un padre principal da á un hijo muy querido un ayo que le guarde en lo corporal, y le enseñe en las costumbres; asi Dios nos quiso y estimó en tanto, que dió á cada uno un Angel por ayo. Pues volviendo á nuestro punto, tambien traemos contra nosotros cada uno un demonio, que atiende y se ocupa en solicitarnos á lo malo, y causar en nosotros malos pensamientos y peores movimientos, y está siempre aguardando la ocasion y coyuntura para eso, porque nunca duerme, y está mirando nuestra inclinacion, y lo que nos da mas gusto, para acometernos y tentarnos por allí, tomando por medio nuestra carne y sensualidad para hacernos mal. Y asi dijo Dios al demonio: *Numquid considerasti servum meum Job?* Job c. 2, v. 3. ¿No has considerado á mi siervo Job? Como á quien anda tras él: *Et diabolus est à dextris ejus*: Psal. 108, v. 5: de manera que siempre anda el demonio á nuestro lado. Y asi, cuando os viniere algun movimiento, ó algun pensamiento que os incite á hacer algun pecado ó alguna imperfeccion, entended que esa es tentacion del demonio, y santiguaos, y guardáos, como si viesedes al mismo demonio que os está diciendo que hagais aquello.

San Gregorio (e) trae un ejemplo, que le aconteció al bienaventurado S. Benito con un monge suyo, con que se declara bien esto. Dice, que un monge era muy tentado de la vocacion: parecíale que no podia llevar el rigor de la Religion, y queríase volver al mundo; acudia muchas veces con esta tentacion á S. Benito; el Santo deciale, que era tentacion del demonio, y aconsejabale lo que convenia. Y como hiciese esto muchas veces, y



(d) *Ita Sancti, et Doctores gravissimi, quos referunt Pater Joann. Maldona. sup. locum citatum Matth. et P. Gabriel Vazquez sup.* 1 *part. S. Thom. tom.* 2, *disp.* 245, *c.* 2. (e) *Greg. lib. Dial. c.* 15.

no aprovechase, para que el novicio dejase de hacer instancia para irse; el Santo cansado é importunado, dijo que fuese en buena hora, y mandale dar sus vestidos; pero al fin, como padre no pudo dejar de sentirlo, y púsose en oracion por él. Y en saliendo el monge por las puertas del monasterio para irse al mundo, ve venir contra sí un grande dragon, que abierta la boca le queria tragar. El temblando y palpitando, comienza á dar grandes voces: *Sucurrite fratres*: *Sucurrite fratres*: Socorredme, socorredme hermanos, porque este dragon me quiere tragar. Acudieron los monges á las voces, y no vieron el dragon; pero hallaron al monge temblando, casi ya agonizando: traenle al monasterio, y en viendose dentro, hizo voto de nunca mas salir de él. Y asi lo cumplió, y no fue de aí adelante molestado de aquella tentacion. Nota allí san Gregorio, que por las oraciones del bienaventurado san Benito, vió al dragon que le queria tragar, al cual antes no veia, y asi le seguia, porque no le tenia por dragon, ni por demonio; pero cuando le vió y conoció comenzó á dar voces, y á pedir socorro, para librarse de él. De manera que no es esta imaginacion ni consideracion inventada de nuestra cabeza, sino que pasa asi en realidad de verdad, que el demonio es el que nos acomete con la tentacion. Y asi nos lo avisa tambien el Apóstol S. Pedro, como buen pastor, y nos lo trae cada dia á la memoria nuestra madre la Iglesia, como cosa de mucha importancia: *Fratres sobrii estote, et vigilate: quia adversarius vester diabolus, tanquam Leo rugiens circuit, quærens quem devoret: cui resistite fortes in fide*: 1 Petr. c. 5, v. 8. Hermanos mios, estad siempre á punto y sobre aviso, porque vuestro adversario el demonio anda como un leon bramando, buscando y rodeando á ver si hallará á quien tragar; resistidle varonilmente, y no os dejeis llevar de sus engaños y persuasiones.

## CAPÍTULO XX.

*Como nos habemos de haber en las tentaciones de pensamientos malos y feos, y de los remedios contra ellas.*

Acerca de esto se ha de advertir lo primero, que hay algunos que se entristecen y afligen mucho cuando se ven combatidos de pensamientos malos, de blasfemias, ó contra la fé, ó pensamientos torpes y deshonestos: tanto, que algunas veces les parece que el Señor les ha desamparado y olvidado, y que deben de estar en su desgracia, pues tales cosas pasan por ellos. Este es un engaño grande. Cuenta Gerson, 3 part. fol 71, de un monge, que hacia vida solitaria en el yermo, que era muy tentado y afligido de pensamientos, y blasfemias, y de otros muy feos y torpes, y habia veinte años que pa-

decia esta tentacion, y no se atrevia á descubrirla á nadie, pareciéndole ser aquella una cosa nunca oída ni vista, y que se escandalizaría el que la oyese. Finalmente al cabo de veinte años fue á un padre muy antiguo y esperimentado, y aun no se atrevió á decirselo de palabra, sino escríbelo en un papel, y daselo. El viejo leyó su papel, y comenzóse á reir, y dice al monge: Pon tu mano sobre mi cabeza: y como la pusiese, dijo el viejo: yo tomo todo este pecado sobre mí, no hagas mas conciencia de él de aqui adelante. El monge quedó espantado. ¿Pues cómo, parecíame á mí que estaba yo en el infierno, y dicesme que no haga caso de ello? Dícele el viejo: ¿Recibias tú por ventura contento en esos pensamientos malos y torpes? Jesus, dice, no, sino muy grande pena y tormento. Pues de esa manera, dice el santo viejo, claro está que no hacias tú eso, sino padecíaslo contra tu voluntad, procurandolo el demonio para traerte con eso á desesperacion. Y asi toma hijo mio mi consejo; y si de aqui adelante te tornaren á venir esos pensamientos malos, dí: Sobre tí sea esa blasfemia, espíritu maligno, y ese pensamiento sucio, yo no quiero tener parte en eso, sino creo y tengo todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia, y daré la vida antes que ofender á mi Dios. Con esto quedó remediado el monge, y de alli adelante nunca mas le vino aquella tentacion. Y nótese aqui de camino, para los que por la dificultad que sienten, dejan de manifestar sus tentaciones, como es mayor pena y tormento el no declararse uno, que el declararse, como dirémos en su lugar. Veinte años estuvo este monge en grande afliccion y tormento, 3 part. trat. 7, cap. 6, por no manifestar su tentacion, y en manifestándola quedó quieto y sosegado. ¡Cuánto trabajo hubiera ahorrado, si lo que hizo al cabo de veinte años, lo hiciera al principio! De manera que no es nueva esta tentacion, ni nos habemos de espantar de ella.

Resta decir, como nos habemos de haber en semejantes tentaciones de pensamientos malos y feos. Algunos no se saben valer en ellas, porque hacen mucha fuerza, y ponen mucho ahinco para desechar y resistir á estos pensamientos, apretando las sienes, arrugando la frente, meneando la cabeza, cerrando los ojos, como quien dice: No habeis de entrar acá. Y algunas veces si no hablan y responden, no quiero: les parece que consienten. Mayor es el daño que se hace uno con esto á sí mismo, que el que le hace la tentacion. Estaba el otro criado del rey Saúl dando voces de cerca, y reprendia al que las daba de léjos: porque despertaba é inquietaba al Rey: *Quis es tu, qui clamas, et inquietas Regem?* 1 Reg. c. 26, v. 14. Os estais vos inquietando y turbando á vos mismo de cerca, ¿y os quejais de la tentacion

que viene de fuera? Adviertase mucho esto, porque es una cosa que suele destruir mucho las cabezas, especialmente á gente escrupulosa. No es la oracion ni los ejercicios espirituales lo que les tiene cascadas y quebradas las cabezas, y gastada la salud: sino sus escrúpulos é indiscreciones. Y eso es lo que pretende el demonio, que bien sabe él que estais muy lejos de consentir; y no es pequeña, sino grande ganancia para él, cuando esto saca. No es negocio este que se ha de hacer por fuerza.

¿Pues cómo se han de resistir y desechar estas tentaciones? Dicen los Santos y maestros de la vida espiritual, que el modo de resistir no ha de ser pelear por desecharlas, fatigandose y cansandose, y haciendo fuerza con la imaginacion, sino no haciendo caso de ellas. Declaran esto con algunas comparaciones, que aunque bajas lo declaran bien. Asi como cuando salen algunos gozquejos á ladrar á uno, si no hace caso de ellos, luego se van: y si hace caso y vuelve á ellos, vuelven á ladrar; asi acontece en estos pensamientos. Y asi el remedio es no hacer caso de ellos, y de esa manera nos dejarán mas presto; ó habemos de hacer, dicen, como el que va por alguna calle, y el aire trae contra él muchedumbre de polvo, y él no hace caso de eso, sino cierra los ojos, y pasa adelante. Y para mayor consuelo de los que son molestados de esta tentacion, y para que se acaben de persuadir á usar de este remedio, advierten los Santos, que por muy malos que sean los pensamientos, no hay que hacer caso de ellos, antes mientras *mas malos* son, menos caso habemos de hacer de ellos, por ser menos peligrosos. ¿Pueden ser peores que contra Dios y sus Santos, contra la fé y Religion? Pues esos son los menos peligrosos, porque cuanto peores, tanto por la gracia del Señor estan mas lejos de vuestra voluntad y consentimiento. Y asi no hay que tener pena de que os vengan, porque eso no es culpa ninguna, ni está en vuestra mano, ni sois vos el que haceis eso, sino padeceislo contra vuestra voluntad, procurándolo el demonio para haceros desmayar y caer en desesperacion, ó en una tristeza y afliccion grande.

Cuentase de santa Catalina de Sena, que estando una vez muy fatigada y afligida de estos pensamientos, se le apareció Cristo nuestro Redentor, y desaparecieron luego todos aquellos nublados. Ella quejóse dulcemente á su Esposo: ¡Ay, Señor! ¿y dónde estabades vos cuando tales cosas pasaban por mi corazon? Dícele: Hija, aí estaba yo dentro de tu corazon. Jesus mio, ¿entre pensamientos tan torpes y malos estabades vos? Dícele: Dime, hija, ¿holgabaste tú por ventura de tener aquellos pensamientos? ¡O Señor, que me llegaban al alma, y no sé que me escogiera, antes que tenerlos! ¿Pues quién, dice, hacia que te pesase,

sino yo que estaba allí? De manera que por malos y feos pensamientos que tengais, si vos no os holgais con ellos, antes recibís pena y pesar, no solo no os ha desamparado Dios, sino podeis tomar esa por señal de que mora en vos; porque él es el que os da ese aborrecimiento del pecado, y ese temor de perder á Dios: *Cum ipso sum in tribulatione*: Psal. 90, v. 15. Con él estoy en la tribulacion, dice el Señor. En medio de la zarza y de las espinas, y del fuego está Dios. Exod. c. 3, v. 2.

Dice S. Bernardo, de interiori dono, c. 19: *Molesta est lucta, sed fructuosa, quia si habes pœnam, habebis et coronam, non nocet sensus, ubi non est consensus: imò quod resistentem fatigat, vincentem coronat*: Penosa y molesta es esta pelea, pero fructuosa, porque todo lo que se le añade de pena y de trabajo, se le acrecienta de premio y de corona. No está el pecado en el sentimiento, sino en el consentimiento. Blosio, in speculo spirituali, cap. 6, en confirmacion de esto dice: Cualquiera que gusta de complacerse vanamente á sí mismo, aunque sea una sola vez, parece mas mal en los ojos de Dios, que si muchos años padeciese semejantes movimientos, por muy malos que sean, como no les dé consentimiento. Y asi no hay que congojarse, ni hacer mucho caso de estos movimientos y pensamientos, sino como si pasasen por otro, y no por vos, asi os habeis de hacer en ellos: y muy bien podeis hacer cuenta que pasan fuera de vos, dice un Santo, porque en tanto los pensamientos malos estan dentro de vos, en cuanto la voluntad consiente, y no mas; y no consintiendo, aun no han entrado en vuestra casa, sino llaman y dan golpes á la puerta de afuera.

Y advierten aqui los maestros de la vida espiritual, que el temer mucho estas cosas, y hacer mucho caso de ellas, no solo no es bueno, sino malo y dañoso, porque hace crecer la tentacion; y esta es esperiencia: y la razon de ello es natural, y los mismos Filósofos la enseñan, porque el miedo despierta la imaginacion; y el pensar, y dar y tomar mucho en una cosa, hace que se imprima mas profundamente en la memoria, con lo cual crece y se aviva mas la tentacion. Asi como vemos que pasa uno seguramente por un madero angosto cuando está en el suelo; pero cuando el madero está en alto, el temor le hace que no vaya por allí seguro, sino con grande peligro de caer, porque con el temor recogese la sangre al corazon, y como quedan los miembros destituidos de virtud, va con grande peligro, y viene á caer. Eso hace tambien el temor y pusilanimidad en las tentaciones, y asi conviene no andar con demasiados temores en estas cosas, ni hacer mucho caso de ellas, porque asi se suelen olvidar mas presto. Pero nota aqui Gerson, y otros, que aunque no es bue-

no entonces este temor particular, pero que es bueno y muy provechoso el temor del pecado en general pidiendo á Dios: *Ne permittas me separari à te*: Señor, no permitais que jamás me aparte de vos, y haciendo algunos actos, de antes de morir mil muertes, que hacer un pecado mortal, sin pensar ni acordarse en particular de aquella tentacion que entonces le combate.

Añado á lo dicho otro punto que encomienda aqui mucho los Santos, y servirá de medio general contra todo género de tentaciones interiores: y es cuando nos viene el pensamiento malo, procurar divertir el entendimiento á algun pensamiento ó consideracion buena, como de la muerte de Cristo crucificado, ó á otra cosa semejante; y esto no ha de ser haciendo fuerza con la imaginacion, ni congojándose ni fatigandose, sino solo procurando hurtar el cuerpo, como dicen, al mal pensamiento, y emplearlo en el bueno; ó como cuando uno anda por hablar á otro, y el otro nunca se desocupa para ello, ni le da lugar; ó como cuando le dicen á un hombre cuerdo algunas cosas impertinentes, y vuelve la cabeza á otra parte, no cuidando de responder ni atender á aquello. Este es muy buen modo de resistir á estas tentaciones, y muy fácil y seguro, porque mientras estuvieremos en el pensamiento bueno, muy léjos estarémos de consentir en el malo. Para esto ayudará mucho el cavar y ahondar uno en la oracion en algunas cosas que le suelen mover mas, haciéndoselas muy familiares, porque con esto, cuando es fatigado y molestado de algunas tentaciones y malos pensamientos, luego halla allí guarida, y asi es bien que cada uno tenga para esto algunos lugares de refugio, donde se pueda acoger en semejantes aprietos, como quien se acoge á sagrado. Unos se acogen á las llagas de Cristo, especialmente á la del costado, y se hallan allí muy bien guarecidos: *In foraminibus petræ, in caverna maceriæ.* Cant. c. 2 1, v. 14. Otros se hallan bien acordándose de la muerte, y del juicio, ó infierno: *Quis mihi hoc tribuat, ut in inferno protegas me, et abscondas me, donec pertranseat furor tuus?* Job c. 4, v. 13. Cada uno eche mano de lo que mas le aprovechare y moviere; y procure haber ahondado y cavado bien en alguna cosa de estas, para que asi pueda tener fácil recurso, y hallar luego entrada y guarída en ella en semejante tiempo.

Cuenta Esmaragdo Abad, lib. de gemma animæ, una cosa graciosa á este propósito, pero provechosa. Dice, que un Religioso vió, que estaban una vez dos demonios platicando entre sí: A tí ¿cómo te vá con tu monge? Decia el uno: A mí muy bien; porque le pongo el pensamiento, y luego para y se pone á pensar en él, y vuelve á hacer reflexion: ¿Cómo fue aquel pensamiento, si me detuve, si

tuve yo alguna culpa en ello, si resistí, si consentí, de dónde me vino esto, si dí yo alguna causa para ello, si hice todo lo que pude? Y con aquello le traigo al retortero medio loco. Muy bien le va al demonio, cuando uno se pone á razones, y en demandas y respuestas con la tentacion; porque no le faltarán á él argumentos ni replicas. Dice el otro: A mí me va muy mal con mi monge; porque en representándole el mal pensamiento, luego acude á Dios, ó á otro buen pensamiento, ó se levanta de la silla, y toma alguna ocupacion, para no pensar en aquello, ni hacer caso de ello: y asi no le puedo entrar. Este es muy buen modo de resistir á estas tentaciones y pensamientos, no los dejar entrar, ni responder á ellos, ni ponerse á razones con la tentacion; sino volver la cabeza, y huirle el rostro y no hacer caso de ella. Y cuando este huir y no querer escuchar, es volviendo la cabeza á algun buen pensamiento, como habemos dicho, es mejor. Y cuando eso no bastare, es bueno tomar alguna ocupacion esterior.

## CAPÍTULO XXI.

*Que en diferentes tentaciones, diferentemente nos habemos de haber en el modo de resistir.*

San Juan Clímaco, cap. 26, tratando de la discrecion, dice, que en diferentes tentaciones nos habemos de haber diferentemente en el modo de resistir; porque hay algunos vicios que de su naturaleza son desabridos y penosos, como es la ira, la envidia, el rencor, el odio, el deseo de venganza, la impaciencia, la indignacion, la amargura de corazon, la tristeza, la contienda, y otros tales. Otros vicios hay que traen consigo deleite, como son los pecados carnales, el comer, el beber, el jugar, el reir, el parlar, y otros gustos y contentamientos sensuales. Y porque estos segundos vicios, cuanto mas los miramos y ponemos los ojos en ellos, tanto mas atraen nuestro corazon y le llevan en pos de sí; dice, que habemos de pelear contra ellos, huyendo, que es apartandonos de las ocasiones, y desviando la vista, y la memoria y consideracion de ellos con toda presteza; pero en los otros vicios primeros, habemos de pelear luchando contra ellos, mirando atentamente la naturaleza, malicia y fealdad de ellos, para poder mejor vencerlos: lo cual se hace con menos peligro, por no ser tan pegajosos; aunque á la ira y deseo de venganza, dice que es menester tambien hurtarle el cuerpo, no pensando cosas que nos pueden incitar á ella.

Esta misma doctrina ponen Casiano y S. Buenaventura. (a) Y añaden: que en los primeros vicios puede uno desear ejercitarse, y bus-

(a) *Casian. colla.* 19, *c.* 16: *et l.* 6 *instit. renu. Bonav. de refor. mentis, c.* 3: *et proc.* 4 *Relig. c.* 12.

car loablemente ocasiones de pelear contra ellos: como conservando y tratando con los que le persiguen y ofenden, para aprender paciencia, y sujetándose á quien en todo le quiebre la voluntad, para aprender á obedecer y á ser humilde; pero en los vicios carnales seria indiscrecion y cosa muy peligrosa desear estas tentaciones, y ponerse en ocasiones de ellas. Y asi Cristo nuestro Redentor no permitió ser tentado de este vicio, para enseñarnos que en tentacion semejante no nos habemos nosotros de poner, aunque sea con esperanza de mayor premio y triunfo; porque este vicio es muy connatural al hombre; y como trae consigo mezclada tanta delectacion, no solo en la voluntad, sino en el mismo cuerpo, es mas fácil y mas peligrosa su entrada.

Trae S. Buenaventura una buena comparacion para declarar esto. Asi como cuando el enemigo tiene dentro de la ciudad que combate, algunos que le favorecen, mas facilmente la entra y la rinde: asi el demonio nuestro enemigo tiene acá dentro quien le favorezca muy particularmente en esta tentacion, que es nuestro cuerpo, por el deleite grande que de ello le cabe, conforme aquello de S. Pablo: 1 ad Cor. 6, et 18. *Omne peccatum quodcumque fecerit homo, extra corpus est.* En los demas pecados no tiene tanta parte el cuerpo; pero en este tiene mucha, y por eso conviene mucho apartarnos de las acasiones, y huir y desechar luego con diligencia los pensamientos é imaginaciones que nos vienen de estas cosas: y asi añadió alli el Apóstol: 1 ad Cor. 6, et 18. *Fugite fornicationem*: Huid la fornicacion. Huyendo se ha de resistir y vencer esta tentacion. De esta manera declaran Casiano y santo Tomás este lugar.

Cuentase en las crónicas de la Orden de S. Francisco, 1 part. lib. 6, c. 38, que estando una vez juntos en plática espiritual Fr. Gil, Fr. Rufino, Fr. Simon de Asis, y Fr. Junipero, dijo Fr. Gil á los otros: Hermanos, ¿cómo os armais y resistis á las tentaciones de la sensualidad? Respondió Fr .Simon: Yo, hermano, considero la vileza y torpeza del pecado, y cuan aborrecible es, no solo á Dios, mas aun á los hombres, los cuales por malos que sean, se esconden y encubren para que no sean vistos cometer un pecado sensual: y de esta consideracion me viene un grande enojo y aborrecimiento, y asi escapo de la tentacion. Fr. Rufino dijo: Yo póstrome en tierra, y con muchas lágrimas llamo la clemencia de Dios, y de nuestra Señora, hasta que me siento perfectamente libre. Fr. Junipero dijo: Cuando yo siento las tales tentaciones diabólicas, y oigo su entrada en los sentidos de la carne, luego en esa hora cierro fuertemente las puertas del corazon, y pongo mucha gente de santas meditaciones y buenos deseos para

guarda segura de él. Y cuando aquellas sugestiones de los enemigos llegan y combaten la puerta, respondo yo, como de dentro, no les abriendo en ninguna manera: A fuera, á fuera, que la posada está tomada, y por eso no podeis entrar acá, y asi nunca doy entrada á aquella gente ruín, y ella vencida y confusa, vase. Fr. Gil habiendo oído á todos, respondió, á tí me atengo Fr. Junipero, porque con este vicio mas seguramente pelea el hombre huyendo. De manera que el mejor modo de resistir á esta tentacion es no dejar entrar en el corazon los pensamientos malos, ni dar entrada alguna á esta tentacion, porque esto es mas fácil. Pero si una vez entran los malos pensamientos, no será fácil, sino muy dificultoso el desecharlos. La puerta facilmente se defiende; mas ella tomada, Dios nos libre. En la tercera parte, en el tratado de la castidad tratarémos mas largamente de esta tentacion, y de los remedios que habemos de usar contra ellos, los cuales nos podran ayudar tambien mucho para las demas tentaciones.

## CAPITULO XXII.

### *De algunos avisos importantes para el tiempo de la tentacion.*

Hartos remedios habemos dicho para las tentaciones: pero por muchos que se digan, no se pueden decir todos: porque asi como las enfermedades corporales y sus remedios son tantos, y tan diversos, que no se pueden escribir ni enseñar todos, sino que se ha de dejar mucho al arbitrio y parecer del médico, que conforme al sugeto y circunstancias particulares, aplique el remedio que le pareciere convenir; asi tambien en las enfermedades espirituales. Por lo cual los Santos y maestros de la vida espiritual ponen por remedio general y muy principal para todas las tentaciones, el descubrirlas y manifestarlas al médico espiritual. Pero porque de esto tratarémos largamente en la tercera parte, trat. 7, aqui solamente avisarémos una cosa que advierte S. Basilio acerca de esto. Dice el Santo, in reg. brev. 229, que asi como las enfermedades del cuerpo no se descubren á cualquiera, sino solamente á los médicos que las han de curar; asi tambien las tentaciones y enfermedades espirituales no se han de descubrir á todos, sino solamente á aquellos que Dios nos ha puesto por médicos para eso, que son los superiores, ó confesores, conforme á aquello de S. Pablo: ad Rom. c. 15, v. 1. *Debemus autem nos firmiores imbecillitates infirmorum sustinere.* Y asi nuestra regla dice, 3 p. const. 1, § 12, regul. 14 summ., que se acuda con estas cosas al prefecto de las cosas espirituales, ó al confesor, ó al superior. Este es un aviso de mas importancia de lo que algunos por ventura piensan; porque suele acon-

tecer algunas veces, que no quiere uno descubrir sus tentaciones á quien debe, y descúbrelas á quien no debiera, y á quien por ventura hará daño, descubriéndolas, y le recibirá él tambien; porque podrá ser que el otro tenga la misma tentacion y flaqueza, y con eso quede mas confirmado en ella el uno y el otro. Pues por esto y por otros inconvenientes que se podrian seguir, conviene mucho que solamente comunique uno sus tentaciones y enfermedades espirituales con los médicos espirituales que los han de curar y remediar; de quienes puede estar seguro que no le hará daño, y que recibirá provecho. Y asi dice el Sabio: *Non enim omni homini cor tuum manifestes*: No descubrais vuestro corazon á cualquiera. Y en otro lugar: *Multi pacifici sunt tibi, & consiliarius sit tibi unus de mille*: Amigos muchos, todos han de ser nuestros amigos, pero consejero uno entre mil.

Otro aviso (a) dan tambien para el tiempo de las tentaciones de mucha importancia: Que procuremos en los tales tiempos continuar nuestros ejercicios espirituales, y perseverar en ellos con diligencia, y nos guardemos mucho de dejarlos ó disimularlos; porque cuando no hiciese otra cosa el demonio con la tentacion sino desbaratarnos en eso, habria hecho mucho, y se daría por bien pagado. Antes entonces hay necesidad de mayor continuacion en estos ejercicios, y de añadir, antes que quitar. Porque si el demonio nos quita las armas espirituales, con que nos defendemos y le ofendemos; claro está que nos llevará *mas facilmente* á lo que él desea. Y *asi* conviene mucho ser fieles á Dios nuestro Señor en el tiempo de la tentacion, y en eso se conocen sus verdaderos siervos: *Vos estis, qui permansistis mecum in tentationibus meis*: Luc. 22, v. 28. No es mucho perseverar uno en sus buenos ejercicios, cuando hay bonanza y devocion; pero perseverar cuando hay tempestades, tentaciones, sequedades y desconsuelos, eso es mucho de loar, porque es gran señal de verdadero amor, y de que *sirve* á Dios purisimamente por quien *él* es.

El tercer aviso es, que se debe guardar uno mucho en el tiempo de la tentacion de hacer mudanza y tomar nuevas resoluciones, porque no es aquel tiempo á propósito para eso. En el agua turbia no se ve nada, dejadla asentar y aclarar, y entonces vereis las guigítas y arenítas que estan allá en lo mas hondo. Con la tentacion está uno muy inquieto y turbado: no puede ver bien lo que le conviene: *Comprehenderunt me iniquitates meæ, & non potui ut viderem*; Psal. 36, v. 13; y asi no es ese buen tiempo para deliberar, y resolverse y determinarse en ninguna cosa de nuevo. Dejad asentar y aclarar el agua, y cuando esteis sosegado y

(a) *Divus Vincentius Ferrer l. de Spirit. c.* 12.

quieto, entonces vereis mejor lo que os conviene. Todos los maestros de la vida espiritual encomiendan mucho este aviso. Y nuestro santo Padre (b) nos le pone en el libro de los ejercicios, en las reglas que da para discernir los diversos espiritus. Y da allí una razon muy buena de esto; porque asi como en el tiempo de la consolacion es uno llevado y movido de Dios á lo bueno; asi en la tentacion es llevado é instigado del demonio, con cuya instigacion nunca se hace cosa buena.

Lo cuarto, es menester que en el tiempo de la tentacion seamos diligentes en aprovecharnos de los remedios arriba dichos, y que no nos estemos mano sobre mano. Lo cual se entenderá bien con el ejemplo siguiente. Cuéntase en las vidas de los Padres, que un monge andaba muy molestado del espíritu de fornicacion, y deseando librarse de tal molestia, se fue á un aprobadísimo padre del yermo, y con mucho sentimiento le dijo: Pón, padre venerable, tu cuidado y solicitud en mí, y ruega á Dios que me favorezca, porque pesadamente me combate el espíritu de la fornicacion. Y como esto oyó el santo viejo, de allí adelante suplicaba de dia y de noche á Dios le favoreciese. Pasados algunos dias volvió el monge al padre, y le suplicó, que orase por él con mas vehemencia, porque no se le mitigaba su pegajosa tentacion. El padre de allí adelante suplicaba con mas instancia al Señor, diese esfuerzo al monge, y enviaba á su Magestad suspiros y gemidos con mucha eficacia. Otra y otra vez volvió el monge á él, y le dijo, que no le aprovechaban sus oraciones: de lo cual el santo viejo quedó desconsolado, y se maravillaba como Dios no le oía. Estando pues fatigado con este pensamiento, el Señor le reveló aquella noche siguiente, que la causa porque no le oía, era la negligencia y poco valor del monge para resistir: y la revelacion fue de esta manera: que veía estar muy ocioso y sentado aquel monge, y el espíritu de la fornicacion andaba delante de él tomando diversas formas y rostros de mugeres, jugando y haciéndole visajes, y el monge lo miraba, y se holgaba mucho con ello: veía tambien que el Angel del Señor estaba cabe de él, muy indignado con el monge; porque no se levantaba de allí, y acudia al Señor, y se postraba en tierra, y hacia oracion, y dejaba de deleitarse en sus pensamientos. Por esto conoció el buen viejo, que la causa porque Dios no le oía, era la negligencia del monge. Y asi la primera vez que le volvió á visitar, le dijo: Por tu culpa, hermano, no me oye Dios, por cuanto te deleitas con los malos pensamientos. Imposible es que de tí se aparte el espiritu sucio de la fornicacion, aunque otros rueguen á Dios por tí, si tu

(b) *S. P. N. Ignat. l. exerc. spir. reg. 5 ad discernendum varios animi motus.*

mismo no tomas el trabajo de muchos ayunos, oraciones y vigilias, rogando á Dios con gemídos y lágrimas que te conceda su favor y misericordia, y te dé fortaleza; de manera que puedas resistir á los malos pensamientos: porque aunque los médicos apliquen á los enfermos todas las medicinas necesarias, y se las dén con toda diligencia y cuidado, ninguna cosa les aprovechará, si por otra parte los enfermos comen cosas dañosas. De la misma manera pasa en las enfermedades del alma, que aunque los padres venerables, que son los médicos del alma, oren con toda su intencion y corazon á Dios por aquellos que piden les ayuden con sus oraciones, poco aprovecharán los tales médicos, si los que son tentados no se ejercitan en obras espirituales, rezando, ayunando y haciendo otras cosas que son á Dios agradables. Como esto oyó el monge, arrepintióse de todo su corazon, y de allí adelante siguió el consejo del buen viejo, y afligióse con ayunos, vigilias y oraciones, y asi mereció la misericordia del Señor, y se le quitó la tentacion. Pues de esta manera nos habemos de haber nosotros en las tentaciones, haciendo lo que es de nuestra parte, y poniendo los medios que debemos; porque de esa manera nos quiere el Señor dar la victoria.

Y porque en esto del resistir á las tentaciones, puede haber mas y menos, no nos habemos de contentar con resistir de cualquier manera, sino procurar la mejor. En las cronicas de S. Francisco, p. 2, lib. 7, c. 8, se cuenta, que declaró el Señor á un grande siervo suyo Religioso de aquella Orden, llamado fray Juan de Alverne, el diverso modo con que se habian los Religiosos contra las tentaciones, especialmente contra los pensamientos de la carne: vió casi inumerable multitud de demonios, que sin cesar arrojaban contra los siervos de Dios muchas saetas, algunas de las cuales con impetuosa ligereza volvian contra los demonios que las tiraban, y entonces ellos con gran clamor daban á huír como afrentados: otras de aquellas saetas arrojadas de los demonios tocaban á los Religiosos, mas luego caían en el suelo sin hacerles daño alguno: otras entraban con el hierro hasta la carne, y otras pasaban el cuerpo de parte á parte. Pues conforme á esto, el mejor modo de resistir, y el que habemos de procurar es el primero; hiriendo al demonio con las mismas tentaciones y saetas con que él nos procura herir, y haciéndole huír. Y esto harémos muy bien, cuando pensando el demonio dañarnos con sus tentaciones, nosotros sacamos mayor provecho de ellas: como si de la tentacion de soberbia y vanidad, que el demonio nos trae, sacamos mas humildad y confusion; y de la tentacion deshonesta sacamos mayor aborrecimiento del vicio, y mayor amor á la castidad, y andar

con mayor recato y fervor, y acudir mas á Dios: Y así dice el bienaventurado S. Agustin, sobre aquellas palabras: Ps. 102, v. 26. *Draco iste, quem formasti ad illudendum ei*: que de esta manera los siervos de Dios hacen burla de este dragon, porque queda cogido y enlazado con el mismo lazo con que *nos* queria enlazar. Conforme á aquello del Real Profeta: Ps. 9, v. 16. *In laqueo isto, quem absconderunt, comprehensus est pes eorum. Captio, quam abscondit, apprehendat eum. Et in laqueum cadat in ipsum*: Psal. 34, v. 8. Viniendo por lana, vuelve trasquilado: *Convertetur dolor ejus in caput ejus, et in verticem ipsius iniquitas ejus descendet.* Psal. 7, v. 17.

# TRATADO QUINTO,

## DE LA AFICION DESORDENADA DE PARIENTES.

### CAPÍTULO PRIMERO.

*Cuanto le importa al Religioso huír visitas de parientes, y de las idas á su tierra.*

Acerca del amor y aficion que habemos de tener á parientes, nos pone nuestro santo Padre (a) una regla, que dice bien á todos los Religiosos. * Cada uno de los que entran en la Compañia, siguiendo el consejo de Cristo nuestro Señor: *Qui dimiserit Patrem, &c.* Matth. c. 19, v. 19, haga cuenta de dejar el padre y madre, hermanos y hermanas, y cuanto tenia en el mundo: Antes tenga por dicha á sí, aquella palabra: *Qui non odit patrem suum, et matrem, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus*: Luc. c. 14, v. 26. Y así debe procurar de perder toda la aficion carnal, y convertirla en espiritual con los deudos, amándolos solamente con el amor que la caridad ordenada requiere, como quien es muerto al mundo y al amor propio, y vive en Cristo nuestro Señor solamente, teniendo á él en lugar de padres y hermanos, y de todas las cosas. * No basta dejar el mundo con el cuerpo, es menester que le dejemos tambien con el corazon, perdiendo todas las aficiones que tratan de él, y le inclinan á las cosas del siglo. No es malo amar al deudo,



(a) C. 4 *exa.* § 7: *et reg.* 8 *summ.*

porque es deudo: antes por ese respeto debe ser amado mas que otro que no lo es: mas si este amor se funda solamente en la naturaleza, no es amor propio de cristiano, y mucho menos del Religioso, pues todos los hombres, aunque sean inhumanos y bárbaros, quieren bien á sus padres, y á los que estan conjuntos consigo en naturaleza; pero el cristiano, y mas el Religioso, dice S. Gerónimo, hom. 27, ha de subir el punto de este amor natural, y apurarle como en crisol con el fuego del amor divino, y amar á los suyos, no tanto porque la naturaleza le inclina á amarlos, como porque Dios le manda que los ame, cercenando del todo lo que le puede dañar y apartar del amor del sumo bien, y amándolos solamente para lo que Dios los ama, y para lo que quiere que nosotros los amemos. Y esto es lo que dice la regla, que habemos de perder toda la aficion carnal, y convertirla en espiritual, haciendo de amor propio, amor de caridad, y de amor de carne, amor de espíritu. Y da la razon de esto: porque el Religioso debe ser muerto al mundo y al amor propio; y así no ha de vivir ya en él el amor del mundo, sino solo el amor de Cristo. Y apoya nuestro santo Padre esta regla con autoridades de la sagrada Escritura, que es cosa que no suele hacer en otras reglas y constituciones, aunque lo pudiera facilmente hacer: porque la doctrina de nuestras constituciones es tomada del Evangelio, mas no quiso, sino darnos esta doctrina con la llaneza y sinceridad con que de Dios *le habia* recibido: pero en llegando *á tratar* de parientes, luego apoya lo que dice con autoridades de la Escritura, como vemos que lo hace tambien, cuando trata de dejar la hacienda á los parientes, luego trae (b) la Escritura que dice: *Dispersit, dedit pauperibus*: y el consejo de Cristo: *Da pauperibus*; Matth. c. 19, v. 21. No dijo, que diesemos nuestra hacienda á parientes, sino á pobres. Vió muy bien nuestro santo Padre, que todo esto era aquí menester, por ser este afecto tan natural, y con el cual nacemos todos, y está tan arraigado en nuestras entrañas, y tan apoderado de nosotros.

Esta es una materia de mucha importancia para el Religioso, y asi muy tratada de los santos Basilio, Gregorio, Bernardo y otros muchos. Recogerémos aquí brevemente la sustancia de ella. Cuanto á lo primero: S. Basilio, in quæst. fusius disp. 32, trata muy bien cuanto le conviene al Religioso huír el trato y conversacion de parientes, y escusar sus visitas, y las idas á su tierra. Y trae muchas razones que muestran bien la importancia de esto: *Nam supra hoc, quod illis nullam utilitatem exhibemus, insuper, et nostram ipsorum vitam, tumultibus, et turbatione replemus, et peccatorum occasiones attrahimus:*

(b) *C. 4 exa. § 1 et 2. Ps. 111, v. 9.*

Porque fuera de que nosotros no hacemos fruto ninguno con esto en nuestros parientes, recibimos de ello mucho daño en nuestras almas: porque ellos nos cuentan sus cuitas, pleitos, y la perdida de la hacienda y de la honra, y todos sus duelos y lástimas; y así volvemos nosotros á nuestra casa cargados de todo lo que á ellos les da pena. Y mas, ponémonos con esto en muchas ocasiones de pecados, por muchas vias y maneras; porque de este trato y conversacion de parientes se suele recrecer lo primero: *Memoria prioris vitæ*: El acordarse y traer á la memoria las cosas de la vida pasada, que suele ser no pequeña ocasion de pecados, porque de aquí suele proceder el renovarse las llagas viejas, y el refrescarse la sangre, trayendo á la memoria tal casa, tal lugar, tal pase; y unas cosas van trayendo y llamando á otras, y de lance en lance, y de treta en treta nos vienen á dejar inquietos, y hacer mucho daño. Y es una razon fuerte, del daño que esto hace, que aconsejan los maestros de la vída espiritual, que no nos acordemos de los pecados de la vida pasada en particular, aun cuando tratamos de tener dolor y contricion de ellos, sino solamente en general, haciendo como un manojito de ellos, para que no nos tornen á inquietar: Cuanto mas será dañoso el tomar nosotros esa ocasion sin necesidad; no teneis que quejaros despues de la inquietud y daño que sentís, pues vos os lo buscasteis, vuestro merecido teneis.

Mas dice S. Basilio, in constit. monast. c. 11, que los que gustan de tratar y conversar con parientes, con aquel trato y conversacion van embebiendo poco á poco en sus almas las malas costumbres y aficiones de ellos, y ocupada el alma con pensamientos mundanos, se va resfriando en el fervor del espíritu, y perdiendo la estabilidad y firza de los primeros deseos, y se va aseglarando y volviendo al mundo sin sentir, conforme á aquello del Profeta: Psal. 105, v. 35. *Commixti sunt inter gentes, & didicerunt opera eorum, & servierunt sculptilibus eorum, factum est illis in scandalum.* ¿Qué se les podia pegar á los hijos de Israél de morar con los filisteos, sino adorar sus ídolos, y que ellos les fuesen escándalo y ruína? Así se os pegará á vos si tratais con parientes, su lenguage seglar, el no andar en verdad, sino con ficciones, con fruncimientos y cumplimientos, como se usa en el mundo, y á sus ídolos, os contentan su honrilla y regalo, y estais lleno de presuncion, y deseais salir con la vuestra, que es otro mundillo que os han pegado.

Trae otra razon muy principal S. Basilio, in const. monast. c. 11, por la cual nos conviene mucho huir el trato y conversacion de los parientes, que es por el daño grande que causa la compasion y ternura natural; porque de tratar y conversar uno con sus parientes,

naturalmente se sigue el alegrarse con sus prosperidades, y entristecerse con sus adversidades y trabajos, y cargarse de pensamientos y cuidados, si tienen bien lo que han menester, que es lo que les falta, si les sucederá bien aquel empleo, si saldrán bien del otro negocio de honra ó hacienda: los cuales pensamientos y cuidados van debilitando y apocando la virtud y fuerzas espirituales; de tal manera que cualquiera tentacion le viene despues á derrotar, porque viene, dice S. Basilio, á quedar como una estatua que está vestida de hábito de Religioso, sin tener la verdad y espíritu Religioso: *Eoque promovet, ut habitum Religionis tantum instar statuæ circumferamus, illi nullo pacto virtutum studio correspondentes.* No tiene uno mas que el cuerpo en la Religion, y el corazon está allá en el mundo entre sus parientes. Casiano, colla. 1, c. 11, cuenta de un monge, que hizo su asiento y morada cerca de sus parientes, y ellos le proveían allí de todo lo necesario; de manera que él no tenia que hacer sino vacar á la oracion y leccion; y estaba él muy contento con esto, pareciéndole que era aquella una vida muy quieta y sosegada. Fue una vez á visitar al gran Antonio, y preguntóle el Santo, ¿donde moraba? El respondió, que cerca de sus parientes; y que ellos le acudian con todo lo necesario, y él no tenia otra ocupacion sino vacar á Dios. Preguntóle: Dime hijo, cuando á tus parientes les vienen algunas adversidades y trabajos ¿entristéceste? Y cuando les va bien ¿huélgaste de sus prosperidades? Eso, Padre, por fuerza, no puede ser menos. Confesó llanamente la verdad, que de uno y otro participaba. Pues entiende, hijo, dice el Santo, que en la otra vida serás contado tambien en el número de esos de quien en esta vida fuíste compañero en sus gozos y tristezas. Con los seglares será contado en la otra vida, el que con ellos y de sus cosas trata en esta. Pues por esta causa, dice S. Basilio, que nos importa mucho huir el trato y conversacion de parientes; porque al fin, lo que ojos no ven, corazon no quiebra. Y así como el dejar con el afecto la hacienda, como la dejamos por el voto de la pobreza, dicen los Santos, que nos ayuda á perder la aficion de ella; así el dejar con afecto los parientes, y no los tratar ni conversar, nos hará olvidar esta aficion carnal, y así nos libraremos de los peligros grandes que de ella se siguen. Importa mucho el despegarnos de ellos con la obra, para despegarnos de ellos con el corazon: y sino hay lo primero, no habrá lo segundo. Aun acontece estar muy apartados, é irsenos el corazon allá, ¿qué será si tratamos y conversamos con ellos?

Por esto en nuestra Religion estan prohibidas las idas de los nuestros á sus tierras tan estrechamente como todos saben. Pero para que esta santa y provechosa prohi-

bicion se pueda poner en ejecucon, es menester que ayudemos nosotros á ello: y que cuando vuestros parientes piden á los superiores, que os den licencia para ir allá, vos seais el primero que resistais, y les satisfagais y persuadais que en ninguna manera os conviene, que no os faltarán razones bastantes para ello, si vos quereis. Y con esto se cumple con los parientes, y quedan satisfechos por vuestro contento, y algunas veces por el suyo. Y esto es lo que desean los superiores, y se edifican mucho cuando vos decis que no es necesario, y que deshareis eso con ellos. Porque los superiores muchas veces no pueden cumplir de otra manera con quien se lo pide, y con los intercesores que algunas veces echan, si vos no salís á esto: y así condescienden y dan una licencia como estrujada, que no es obediencia, sino permision, que mas quisiera el superior que no fuerades. Este es un aviso muy bueno, así para esto, como para otros muchos casos. Cuando vuestros parientes, ú otros amigos ó devotos os piden que hagais ó entendais en algun negocio, que no es conforme á nuestra vocacion é instituto, no echeis toda la carga al superior, que le obligais, ó á romper con ellos, ó ha conceder lo que piden. No traigais las cosas á esos terminos, desviadles vos de su pretension con buenas palabras, dándoles á entender, que no es cosa aquella de nuestra profesion. Eso es de buenos Religiosos, y no como hacen algunos, que por no dejar al otro disgustado contra sí, quieren echar la carga sobre los superiores. Dice S. Gerónimo, sobre aquellas palabras de Cristo: Matth. c. 10, v. 16. *Estote prudentes sicut serpentes: Serpentis ponitur exemplum qui toto corde occultat caput, ut illud, in quo vita est protegat.* Se nos pone ejemplo de la serpiente, que con el cuerpo defiende la cabeza, en la cual está la vida. Así nosotros siempre habemos de defender la cabeza, que es el superior, y no al revés, que porque no dé el golpe en el cuerpo, descubrimos la cabeza, y por escusarnos á nosotros, echamos muchas veces la culpa al superior: pues con esto se ha de tener muy particular cuenta en el caso de que vamos hablando. Y comunmente todo el punto de este y otros semejantes negocios está en nosotros. Quiera uno, que facilmente se desharán las dificultades. Y así lo que yo aconsejaria en este particular, á quien desease acertar, es lo primero, que procure cuanto pudiese escusar estas idas y visitas, y cuando no las pudiere escusar, sea el hacerlas forzado por la obediencia, y diciendo al superior, si siente algun peligro en ello; y con todo eso hay bien de que temer, y es menester ir bien preparados.

Del Abad Teodosio cuenta Surio, que viniéndole á ver su madre con muchas cartas de los Obispos y Prelados, para que se le dejasen ver; y dándole licencia el

santo Abad Pacomio, que era su superior, para verla, él respondió: Padre, asegurame que no daré cuenta á Dios el dia del juício de esta visita, y yo la haré. Entonces el santo Abad dijo: hijo, si tu entiendes que no te conviene, yo no te obligo á ello. No le quiso asegurar, y él no quiso hacer la visita sino la tomaba el superior sobre su conciencia, y así se quedó. Y sucedió bien, porque su madre determinó de quedarse en un monasterio de monjas que estaba cercano, de que tenian cuidado aquellos monges, con esperanza de ver alguna vez entre ellos á su hijo. Este andaba bien, que no queria hacer estas visitas, sino era por pura obediencia, y que lo tomase el superior sobre su conciencia. De esa manera ha de ir á su tierra el buen Religioso, cuando fuere. Y si entendiésemos bien lo que en semejantes idas suele acontecer, temeriamos las mas, y las procurariamos escusar y estorbar con mayor diligencia. Llenas estan las historias y las vidas de los Padres de ejemplos de monges, que venian perdidos de semejantes jornadas. Y será razon que escarmentemos en cabeza agena, para que no vengamos á esperimentar el daño en la propia.

Dice S. Basilio, epist. ad Chilon.: *Si mórtuus es cum Cristo à cognatis tuis secundum carnem, quid rursus inter ipsos conversari cupis? Si verò quæ destruxisti propter Christum, rursus ædificas propter cognatos tuos, transgressorem te ipsum constituis: ne igitur ob cognatorum tuorum necessitatem secesseris à loco tuo, nam discedens è loco, fortassis ex æquo discedes à moribus tuis.* Si habeis muerto ya al mundo, y á vuestros padres y parientes, ¿para qué volveis á tratar y conversar con ellos? Mirad que es mal caso volver á tomar lo que habeis ya dejado por Cristo: por eso guardaos de dejar vuestro puesto, y vuestro sosiego y recogimiento por vuestros parientes, porque no dejeis juntamente con eso el espíritu y las buenas costumbres, que es cosa que suele acontecer: *Non invenitur Jesus inter cognatos, & notos.* Luc. c. 2, v. 44. No se halla Jesus entre parientes. Dice muy bien el glorioso S. Bernardo: *Quomodo te bone Jesu inter meos cognatos inveniam, qui inter tuos minime es inventus?* ¿Cómo te hallaré, ó buen Jesus, entre mis parientes, pues entre los tuyos no te pudo hallar tu sacratísima Madre? Pues si quereis hallar á Jesus, no le busqueis entre parientes, sino buscadle en el templo, en la oracion, en el recogimiento, y aí le hallareis.

Del padre S. Francisco Javier leemos en su vida, lib. 1, c. 9, que cuando vino de Roma á Portugal, para de allí ir á las Indias, pasando cuatro leguas de su tierra, nunca quiso llegar á ella, ni visitar á sus parientes, ni á su madre que aun vivia, por mucho que se lo importunaron; aunque sabia que pasada aquella ocasion, nunca tendria otra para poderlos ver. Y lo mismo hi-

so el padre maestro Pedro Fabro pasando cinco leguas de la suya. Y nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio, cuando por necesidad fue á Loyola, nunca quiso posar en casa de su hermano, sino en el hospital.

## CAPITULO II.

*Que el Religioso ha de evitar tambien cuanto pudiere, el ser visitado de parientes, y la comunicacion por cartas.*

El buen Religioso que de veras desea servir á Dios, y tratar de su aprovechamiento, y del fin á que vino á la Religion, no solamente ha de huir de estas visitas de parientes, é idas á su tierra, aunque sean con buen título, sino ha de procurar cuanto pudiere, evitar todo el trato y conversacion de los deudos, y no se ha de contentar con no irles él á visitar, sino ha de procurar no ser visitado de ellos. S. Efren dice, (a) que amonestemos y persuadamos á nuestros parientes, que no nos visiten, sino cuando mucho una ó dos veces al año: *Sed si inutilem illorum conversationem pœnitus præcideris, melius ages.* Pero si pudiésedes, dice, evitar del todo su conversacion inútil, mucho mejor sería; y llamala con mucha razon inútil. Y nuestro santo Padre tambien en las constituciones (b) usó de este término, porque lo es; y no solo es sin provecho, sino de mucho daño, como habemos dicho. Y para que entendamos cuanto agrada á Dios esta sequedad, y ese despego y desvio de parientes, y el no querer ser visitados de ellos, lo ha querido el Señor mostrar y confirmar con milagros. En el Prado espiritual se cuenta de un santo monge llamado Ciriaco, que viniendo una ves sus padres y parientes á verle, llamaron á la puerta de su celda; él sabiendo ya la gente que era, y á lo que venian, hizo primero oracion á Dios nuestro Señor, pidiendo le librase de ellos, y diese órden como no le viesen; hecha esta oracion abrió su puerta, y salió de su celda sin que le viese nadie de aquella gente, ni echasen de ver si salia alguno, y apartóse bien, entrándose por el desierto adentro, sin querer volver hasta que supo de cierto que se habian ido. Y del santo Abad Pacomio cuenta Surio, (c) que viniéndole á visitar una hermana suya, no la quiso salir á ver, ni que le viese, sino envióle á decir con el portero: (d) *Ecce audivisti me vivere, abi.* Ya has oido que soy vivo, y estoy bueno, vete en paz. Y aprovechóle mucho la respuesta, como á la madre de Teodosio, porque se quedó en un monasterio de monjas que estaba allí cerca, haciéndose Religiosa.

No solamente las visitas, sino la comunicacion por cartas ha de

(a) *Efren t. 2, tract. de varia doct. c. 53.* (b) *Cap. 4 exam. sess. 2.*
(c) *Surio 14 de mayo, & legitur in vit. Patrum.* (d) *Cap. præcedenti.*

procurar escusar el buen Religioso cuanto pudiere: porque tambien inquieta y desasosiega. Y así como no les visitando vos, os librareis de muchas visitas, así no les escribiendo, os librarîades de muchas cartas suyas. Dice muy bien aquel santo Tomas de Kempis: * Si tu sabes dejar los hombres, ellos te dejarán hacer tus hechos. * Todo está en que vos querais; que si quereis, hallareis medios para todo lo que quisiéredes. Ya dejamos nuestra tierra, casa y parientes por Dios: acabémoslos de dejar del todo, y olvidémonos de ellos, para que así estemos libres y desembarazados, para acordarnos mas de Dios, y para amarle y servirle mas. Cuenta Casiano, l. 5 de inst. renunt. c. 32, de un santo monge, que era muy dado á la oracion y contemplacion, y tenia mucho cuidado de guardar la puridad y limpieza de su corazon, como para tales ejercicios se requeria. Habia quince años, que estaba en el desierto, y al cabo de ellos trajéronle un grande mazo de cartas de su tierra, de la provincia del Ponto, de sus padres, de todos sus parientes y amigos; recibe su pliego, y comienza á pensar y revolver entre sí: Si yo leo estas cartas, ¿de cuántos pensamientos me serán causa? ¿Qué diversidad de olas se levantarán luego en mi corazon de alegria vana, si hallo que á mis parientes les va bien; ó tristeza inútil y desaprovechada, si hallo que les ha sucedido mal? ¿Cuántos dias me llevará tras si la memoria de aquellos que me han escrito, y me apartarán del reposo y sosiego de mi oracion y contemplacion? ¿Cuántos dias se me representarán y pondrán delante las figuras y facciones de sus rostros, y los dichos que me dijeron, y las cosas de que me escribieron? ¿Cuándo se me acabarán de olvidar, y raer de la memoria aquellas especies? ¿Con cuánto trabajo volveré yo al estado de la tranquilidad, y olvido de las cosas del mundo que ahora tengo? ¿Qué me aprovechará haber dejado los parientes con el cuerpo, si con el corazon y con la memoria me torno á ellos, y me estoy conversando y entreteniendo con ellos? Y diciendo y revolviendo estas cosas en su corazon, toma su mazo de cartas, así como venia, y da con él en el fuego, diciendo: *Ite cogitationes patriæ, pariter concremamini: ne me ulterius ad illa, quæ fugi, revocare tentetis:* Apartáos de mi, pensamientos de carne y sangre, y quemáos aquí todos juntamente con estas cartas, porque no hagais que me vuelve á lo que ya he dejado. No solo no quiso leer carta alguna; pero ni desenvolver el pliego, ni ver los nombres y firmas de los que le escribian, ni aun mirar los sobrescritos, porque reconociendo la letra no se le representase la memoria de ellos, y le impidiese aquello la tranquilidad y paz de su corazon. De nuestro bienaventurado padre S. Ignacio leemos otro ejemplo semejante. Lib. 5, c. 1 vitæ suæ.

Esto es muy bueno para los que aun *no* se contentan con leer una vez las cartas, sino que las tienen muy guardadas para tornarlas á leer otra y otra vez, y relamerse y saborearse en ellas, refrescando la memoria de sus deudos. Ya que no la quemasteis antes de leerla, ¿por qué no la quemais luego en leyéndola? Y con ella todos los pensamientos de carne y sangre, para que no os inquieten mas.

## CAPÍTULO III.

*Que aunque sea con título de predicar, ha de huir el Religioso el trato de parientes, y las idas á su tierra.*

Algunos les viene esta tentacion de ir á su tierra, y visitar y tratar sus parientes con título de predicarles, y hacer fruto espiritual en sus almas. Y cuando las tentaciones vienen de esta manera, disfrazadas con color y apariencia de bien, suelen ser mas peligrosas: porque no se suelen tener por tentaciones, sino por buenas razones. S. Bernardo, ser. 64 sup. Cant., sobre aquellas palabras: *Capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas*; Cant. 1, v. 15, dice, que esta es una de las raposillas que entrando con engaño, y con apariencia de bien, suele destruir y echar á perder á muchos. Y á algunos, dice el Santo, que conoció él, que se vinieron á perder por aquí: pensaron ganar á otros, y perdiéronse á sí. Especialmente, que para hacer fruto espiritual en parientes, comunmente no son aptos parientes; porque como ayer los conocieron que andaban jugando con ellos, no los tratan con la estima y respeto que es necesario para el Predicador evangélico. Y asi dijo Cristo nuestro Redentor: *Amen dico vobis, quia nemo Propheta acceptus est in patria sua*: Luc. c. 4, v. 24. Ningun Profeta es accepto en su tierra. Y queriendo Dios hacer de Abrahan un gran predicador, y padre de los fieles, le mandó que saliese de su tierra, y de entre sus parientes, amigos y conocidos, y se fuese á Mesopotamia, donde de nadie fuese conocido. Y á S. Pablo (que es cosa digna de consideracion) estando él en Jerusalén en oracion en el templo, le dijo Dios que saliese de allí, y fuese á predicar á la gentilidad; porque aquí en Jerusalén, dice, no harás fruto: *Non recipient testimonium tuum de me.* Actorum c. 22, v. 18. O Señor, que aquí me conocen, criado á los pies de Gamaliel, y saben que yo perseguia á los que creian en vos, y que cuando los otros apedreaban á S. Estevan, guardaba sus vestiduras. Anda, que no lo entiendes: sale de esta tierra, donde eres conocido, que te quiero hacer Predicador de las gentes: *Ego in nationes longè mittam te*: Allá donde no te conocen, harás mucho fruto. Y pareceos á vos que hareis fruto en vuestra tierra; ¿y qué fruto podeis vos hacer aí entre parientes? ¿Cómo les podeis

predicar y persuadir el desprecio del mundo y del regalo, viéndoos ellos á vos regalado y entretenido en el mundo entre carne y sangre?

El padre Pedro de Ribadeneira, en unos diálogos manuscritos, cuenta un ejemplo gracioso que le aconteció á uno de la Compañía, que vencido de la ternura de su madre, se fue á su tierra, en Mecina, y dice: Que estando un dia un sacerdote conjurando en la iglesia un demonio, que tenia una pobre muger, delante de mucha gente, entró á deshora este, y quiso ayudar al sacerdote, comenzó á amenazar al espíritu maligno, y mandarle en nombre de Dios, que saliese de aquel cuerpo. El espíritu le respondió solamente, mama, mama. Cayóles á todos muy en gracia la respuesta, como le conocian, y sabian la causa de su venida, y él quedó muy confuso y corrido. Pues lo mismo os podran responder á vos, cuando en vuestra tierra predicais á los otros, que se mortifiquen, y que dejen los regalos y entretenimientos del mundo.

Severo Sulpicio, dialog. 1, cuenta otro ejemplo á este propósito, no gracioso, sino temeroso. Dice, que un mancebo de Asia muy rico de bienes temporales, de muy ilustre linage, casado, y ya con un hijo, era tribuno tambien de Egipto, y en viages que solia hacer algunas veces, sobre negocios que pertenecian á su oficio, una de ellas le fue necesario pasar por el yermo, donde vivian los padres, en donde vió muchos monasterios y celdas de monges; tuvo plática con el Abad Juan, el cual le trató de las cosas de su alma y salvacion; y de la plática quedó tan movido, que no volvió mas á su casa: antes renunciando el mundo, comenzó una vida tan admirable en aquel desierto, y tomó tan á pechos el negocio de la virtud, que en breve tiempo hacia ventaja á muchos de los viejos. Yendo tan viento en popa, le vino una recia tentacion, que seria mejor volver al mundo, y salvar su muger é hijo, pues él estaba ya tan desengañado, y no ser para sí solo. Con esta apariencia de caridad, engañado del demonio, despues de haber estado cuatro años en el desierto, toma el camino para su tierra: y pasando por un monasterio, como visitase á los monges, y les dijese su intento, todos le decian ser tentacion del demonio, y que muchos habian sido burlados de aquella manera. El no les dió crédito, antes obstinado en su parecer, se despidió de los monges, y queria ya proseguir su camino: apenas habia salido del monasterio, cuando permitió Dios nuestro Señor, que un demonio entrase en su cuerpo, y le atormentase fuertemente, haciéndole despedazarse con los dientes, y echar espumarajos por la boca. Fue traído en brazos al monasterio, y allí fue forzoso por su fiereza echarle en pri-

siones, y atarle de pies y manos. Digna pena del fugitivo; y aunque los monges rogaban á Dios por él, y conjuraban al demonio, permitió Dios nuestro Señor, que no le dejase hasta pasados dos años; al cabo de los cuales, siendo libre, volvió bien escarmentado á su primer lugar y vida de monge, siendo para los otros grande escarmiento, para que perseverasen en lo comenzado, y para que no se deje nadie engañar de estas falsas apariencias de piedad. De aquí se verá cuan lejos debe estar el Religioso de estas idas á su tierra, y visitas de parientes; porque si aun con título de predicarles y hacer fruto en sus almas, dicen los Santos que es tentacion, y que hay en ello muchos inconvenientes y peligros, ¿qué será cuando uno va solamente por consolarlos ó consolarse?

## CAPITULO IV.

*Que particularmente se ha de guardar mucho el Religioso de ocuparse en negocios de parientes.*

Sobre todo se debe guardar mucho el Religioso de encargarse de negocios de parientes, y de ocuparse en ellos, por los muchos y grandes inconvenientes y peligros que en ello hay. Dice S. Gregorio, l. 7 mor. c. 14, muchos hay, que despues de haber dejado sus haciendas, y todo cuanto poseian en el siglo, y lo que es mas, á sí mismos, despreciándose y teniéndose en poco, y hollando con igual constancia la prosperidad y la adversidad, se hallan todos con el vínculo del amor del deudo y sangre, y queriendo indiscretamente cumplir con esta obligacion, vuelven con el afecto de la carne y parentesco á las cosas que ya tenian dejadas y olvidadas, y amando mas de lo que deben á sus deudos, olvidados de su profesion, se ocupan en negocios y cosas esteriores de ellos, entran en las audiencias y tribunales, y se enredan en los pleitos y marañas de las cosas terrenales, y dejada la paz y quietud interior, se engolfan de nuevo en los negocios seglares con mucho peligro de sus almas. Lo mismo dice S. Isidoro, l. 1 de summo bono: *Multi Monachorum amore parentum, non solum terrenis curis, sed etiam forensibus jurgiis involuti sunt, & pro suorum temporali salute suas animas perdiderunt.*

Este es uno de los mayores barrancos y atolladeros que hay en esta materia. Cuando la aficion carnal se enseñorea tanto del Religioso, que le hace cuidar de los negocios de sus parientes, y encargarse de ellos; como lo vemos y esperimentamos mas de lo que quisieramos por nuestros pecados. Dice S. Basilio, in const. monast. c. 21, que esto nace de que el demonio envidioso de ver que en el mundo hace un Religioso vida celestial, y viviendo en carne, vive sin ella, y va ganando lo que él per-

dió, procura con pretexto de piedad, y aun de obligacion, embarazar á los Religiosos con estos cuidados, para que así pierdan la paz y quietud de las almas, y vayan resfriándose en el amor que tenian puesto en Dios, y en el fervor con que caminaban á la perfeccion. Y es cosa de ver el ahinco que en esto pone el demonio, tomando por instrumento á los mismos parientes, que parece que no saben en todos sus negocios, trampas y diferencias, y en todos sus casamientos y embarazos, sino acudir luego al pariente Religioso. Aquel ha de ser como el obligado á la carnicería; paréceles que aquel es mas á propósito, y está mas desocupado, y que no tiene en que entender sino en acudir á sus negocios. Dice muy bien Dionisio Cartujano, (a) aun hablando de los prelados y clérigos seglares, quitó Dios los hijos á los clérigos, y el demonio les dió sobrinos: y trae aquello que dijo el otro:

*Cum factor rerum privaret semine clerum:*
*Ad Satanæ votum, successit turba nepotum.*

Para eso procura satanás el negocio del sobrino, y el poner en estado á la sobrina, y meteros á vos en la danza, para sacaros de vuestro puesto y de vuestra profesion. Eso es lo que él pretende, no el bien de vuestros parientes, sino vuestro mal y daño. Pues cuidado del Religioso: dejó él su hacienda, y su honra, y sus comodidades y regalo, por librarse de esos cuidados y embarazos, ¿y hase de encargar acá de los agenos, y ser como el obligado á todas las cosas que tocan á la carne y sangre, y perder por eso el fruto de su vocacion? Muy bien respondió el Abad Apolo, como refiere Casiano, colla. 24, c. 9, el cual como estuviese en su celda, vino á él un hermano suyo una noche á pedirle que saliese de ella, y le fuese á ayudar á sacar un buey que se le habia atollado en un buhedal, ó pantano, porque él solo no le podia sacar. Díjole el Abad Apolo: ¿Por qué no fuiste á llamar al otro hermano que quedó allá? Respondió él: Ese ya ha quince años que es muerto. Entonces dijo el Abad Apolo: Pues hermano mio, yo ha veinte años que soy muerto, y estoy sepultado en esta celda, y así no puedo salir de ella á ayudarte. De esta manera se ha de haber el Religioso en semejantes ocasiones, y sino se sabe sacudir de cuidados y negocios de parientes, tenga por cierto, que recibirá muy grande daño en su ánima, aunque sea con título de piedad, y cuanto mas justificado quisiere.

Concuerda muy bien con lo dicho, dice S. Gerónimo: *Quanti Monachorum, dum patris, matrisque miserentur, suas animas perdiderunt!* (b) ¡O cuántos Religiosos, di-

(a) *Ludolph. de Saxonia. Cartus. in vita Christi, part. 1, c. 68.*
(b) *Hieron. in Reg. Monachor. quam colleg. Lup. de Olivet.*

ce, con pretexto de piedad, y con una falsa compasion de sus parientes, perdieron sus ánimas, y acabaron mal! La esperiencia cotidiana nos lo muestra, y ejemplos hay muchos de Religiosos, que ha derrotado esta falsa compasion de los parientes. ¿Cuántos han faltado en su vocacion y dejado de ser Religiosos, por enfrascarse en semejantes cuidados de hacienda de los suyos, ó de ponerlos en estado? ¿Cuántos por consolar á sus padres los vemos apóstatas por esas calles, que despues no sirven sino de comerles las haciendas, y darles mala vejez con su mala vida? Y así llama S. Basilio, in const. monast, c. 21, á esta, arma ó saéta del demonio, de la cual debemos huír, porque la toma él por instrumento y medio para hacernos grande mal: *Scientes itaque intolerabile detrimentum, hujus erga cognatos affectus: fugiamus illorum curam, tanquam diabolicam ad impugnandum nos armaturam habentem.*

Y no se escuse, ni asegure nadie en estas cosas, ni piense que está todo santificado, con decir que lo que hace está ya colado y pasado por la obediencia; porque como decimos de las visitas de parientes, é idas á las tierras, así es en esto, que muchas veces los superiores no querrian que vos os entremetiésedeis en los negocios de vuestros parientes, porque eso entienden que seria lo mejor; pero permítenlo, porque no ven virtud en vos para otra cosa. No es obediencia esa, sino permision; condesciende el superior con vos y con vuestra flaqueza, y mas hace él vuestra voluntad en eso, que vos la suya. Y si el otro monge no quiso visitar á su madre, porque el superior no lo tomaba sobre su conciencia; ¿cuánto mas será razon, que vos no os engolfeis ni entremetais en negocios de vuestros parientes, sino es puramente por obediencia: y que el superior diga que lo toma sobre su conciencia, habiendo tanto peligro en ellos?

## CAPÍTULO V.

*En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.*

Del santo Abad Pemenes contaban aquellos santos padres antigüos, que en un cierto tiempo habia ido á Egipto un juez, el cual oyendo la fama y opinion de este Santo, le deseó ver, y para esto le envió un mensagero á suplicarle, que tuviese por bien de recibirle, porque le queria ir á visitar. Pemenes se entristeció y desconsoló con este recado, pensando entre sí, que si las personas nobles comenzaban á irle á visitar y á honrar, luego acudirian muchos de los populares, y le inquietarian en su vida y ejercicios solitarios, y perderia y le robaria el demonio la gracia de la humildad, que con tanto trabajo, favoreciéndole el Señor, habia procurado alcanzar y conservar desde su mocedad hasta entonces,

y caeria en los lazos de la vanagloria. Pensando, pues, en sí estas cosas, se determinó de escusarse, y no recibirle. De lo cual el juez quedó desconsolado, y dijo á un su oficial: A mis pecados imputo el no poder ver á este hombre de Dios. Y de allí adelante deseó verle, por cualquier ocasion que fuese. Y al cabo dió en una traza, que le pareció ser bastante para forzarle á que le recibiese de buena gana, ó él viniese del yermo á visitarle: y fue, que prendió á un su sobrino, hijo de una hermana suya, y le puso en la cárcel, y secretamente dijo á su oficial, que porque no se desconsolase el santo viejo por la prision de su sobrino, le enviase á decir, que si venia á visitar al juez, luego le sacaría de la cárcel, aunque la causa era tan grave y criminal, que no podia pasar sin ser asperamente castigado. Como esto oyó la madre del preso, y entendió que si su hermano venia á visitar el juez, su hijo seria suelto y libre, fue al yermo, y comenzó á dar en la puerta de la celda de su santo hermano muchas voces y sollozos, y con abundancia de lágrimas desde allí le rogaba, que fuese á ver al juez, y le rogase por su hijo. S. Pemenes, aunque la oyó, ni le dijo nada, ni le quiso abrir la puerta para que entrase. Viendo esto la hermana, se enojó, y le comenzó á maldecir y decir: Durísimo y cruelísimo, que tienes las entrañas de acero, ¿cómo mi gran dolor, ni mis llantos no te inclinan á misericordia, entendiendo, que un hijo único que tengo está puesto en peligro de muerte? Pemenes que esto oyó, dijo al monge su compañero que le servia: *Anda*, díle estas palabras: Pemenes no engendró hijos, y así no se duele. Con esto se volvió la hermana desconsolada, y el juez supo lo que habia sucedido en el desierto, y viendo que era escusado irle á visitar, dijo á ciertos amigos suyos: persuadidle, que á lo menos me escriba una carta de ruego, para que le pueda soltar. Muchos fueron con este recado á Pemenes, y le rogaron que escribiese al juez, y él molestado de sus ruegos, le escribió de esta manera: Mande tu nobleza inquirir diligentemente la causa de ese mancebo, y si ha hecho alguna cosa digna de muerte, muera; porque pague en este presente siglo la culpa de su pecado, y con esto se escape de las penas eternas del infierno. Del santo Abad Pastor se cuenta en las vidas de los padres otro ejemplo semejante: Que no pudieron alcanzar de él, que interciediese por un sobrino suyo que estaba condenado á muerte, por no embarazarse en cosas que tocaban á la carne y sangre.

De nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio leemos, l. 5, c. 5, vitæ S. Ignatii, que nunca se quiso encargar del casamiento de su sobrina, que era heredera y señora de su casa, ni aun escribir una carta para ello, por mucho que se lo rogaron algunos grandes señores,

como los duques de Najera, y Alburquerque; á los cuales respondió, que ya aquellos negocios no le tocaban á él, ni eran conforme á su profesion, y por haber ya tantos años antes renunciado estos cuidados, y ser muerto al mundo, y que no le estaba bien volver á tomar lo que tanto antes habia dejado, y tratar cosas agenas de su vocacion, y vestirse otra vez la ropa de que ya se habia desnudado, y ensuciar los pies, que con la gracia divina, á tanta costa suya, desde que de su casa partió, habia lavado: *Expoliavi me tunica mea, quomodo induar illa? Lavi pedes meos, quomodo inquinabo illos?* Cant. 53.

De nuestro padre S. Francisco de Borja leemos en su vida, l. 4, c. 6, que nunca se pudo acabar con él que suplicase á su Santidad dispensase con Don Alvaro de Borja su hijo, para que se casase con su sobrina, hija de su hermana Doña Juana de Aragon, que habia heredado el marquesado de Alcañizas, yéndole tanto en ello á su hijo, pues le iba á heredar un estado tan principal, y sabiendo por otra parte la voluntad grande que tenia el Papa de favorecerle á él y á todas las cosas que le tocasen. Y con el Emperador, se dice allí, que le aconteció en esto otro caso, del cual quedó el Emperador muy edificado, y conoció que era verdad lo que le habian dicho del despegamiento del padre S. Francisco para con sus hijos, que se habia con ellos, como sino lo fueran. Consideremos aquí, de que negocios se estrañaban aquellos Santos, y pudiéndolos concluír tan brevemente; y miremos por otra parte, en que negocios se embarazan ahora algunos Religiosos. Si aquellos ilustres varones, siendo tan santos, temian tanto de tratar semejantes negocios, ¿cómo no tememos los que no somos tan santos, y asi corremos mayor peligro? Y aun esa creo que es la causa, porque no tememos, porque no somos tan santos, que si de veras tratasemos de santidad y perfeccion, temeriamos los peligros grandes que hay en estos negocios, y huiriamos de ellos, como vemos que lo hacian los Santos.

## CAPITULO VI.

*De otros males y daños que causa la aficion á los parientes, y como nos enseñó Cristo nuestro Redentor el desvío de ellos.*

El bienaventurado S. Basilio, in const. monast. c. 21, dice, que este afecto y compasion natural á los parientes, suele algunas veces poner en tal estado al Religioso, y llegarle á tales terminos, que viene á hacer sacrilegio, hurtando á la Religion para socorrerles. Y ya que no tome uno de la Religion para dar á los parientes, toma de lo que los devotos habian de dar á la Religion: y de aquí y de allí, de parientes y amigos busca

para darles, y algunas veces con detrimento de los ministerios; porque no puede uno tener tanta libertad con aquellos que ha menester, y de quien de esta manera está prendado. Otras con algun escrupulo de conciencia contra el voto de la pobreza: Si me lo dan á mi, ó se lo dan á otro; si lo doy yo, ó si se lo da el otro. Y añadese á esto, que esta aficion de parientes ciega de tal manera, que hace que no repare uno en esas cosas, y que le parezca lícito lo que algunas veces es ilícito, y que le parezca que no es contra el voto de la pobreza lo que en realidad de verdad lo es. Y aunque no llegue uno á hurtar otra cosa á la Religion, sino el tiempo que gasta en los negocios de sus parientes, en eso hurta y la defrauda harto; porque ya dice S. Basilio: No sois vuestro, sino de la Religion, á lo cual ofrecisteis tambien vuestro cuerpo, y todas vuestras obras y trabajos, y por eso ella tiene cuidado, no solo de vuestra alma, sino tambien de vuestro cuerpo, dandoos todo lo necesario; y vos tomais el sustento de la Religion, y os ocupais en servir á vuestros parientes. Todo eso le hurtais, fuera de la desedificacion que en esto dais á los que os ven tan pegado y asido á parientes.

No sin gran razon dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: *Si quis venit ad me, & non odit patrem suum, & matrem, & uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus*: Luc. c. 14, v. 26. Si alguno quisiere venir en pos de mi, y no aborreciere á su padre, madre, hijos, muger, hermanos, y tambien á sí mismo, no puede ser mi discípulo. Advierte aquí muy bien S. Gregorio, lib. 7 mor. c. 14, que de la misma manera que manda que nos aborrezcamos á nosotros mismos, manda que aborrezcamos á nuestros padres y parientes. De manera que así como habeis de tener un odio santo contra vos mismo, mortificándoos y contradiciéndoos en todo aquello que la carne pidiere contra el espíritu y contra la razon, y no condescendiendo con ello, porque ese es el mayor enemigo que teneis; así tambien habeis de tener un odio santo á vuestros padres y parientes, no condescendiendo con ellos, sino contradiciéndoles en todo aquello que fuere impedimento para vuestra salvacion, y para vuestro aprovechamiento y perfeccion, porque esos son parte de vos, y son tambien vuestros enemigos: *Et inimici hominis domestici ejus.* Mich. c. 7, v. 6.

En las crónicas de S. Francisco, 1 p. c. 24, se cuenta, que un hombre dijo al santo fray Gil, que en todo caso determinaba de ser Religioso. Respondió el siervo de Dios: Si determinas de hacer eso, ve primero, y mata cuantos parientes tienes. Y aquel hombre díjole llorando, que no le obligase á hacer tantos pecados.

Respondio fray Gil: ¿Por qué eres de tan poco saber y entendimiento? Yo no digo que los mates con la espada material, sino con la mental. Porque segun la palabra del Señor, el que no tiene odio al padre y á la madre, y á los parientes, no puede ser su discípulo. Es cosa digna de consideracion, ver que de veces nos repite el Salvador esta doctrina en el santo Evangelio. Y lo nota muy bien S. Basilio, in const. monast. c. 21, y trae aquellos dos ejemplos que en él leemos. El primero de aquel mancebo que queria seguir á Cristo, y le pidió licencia para ir á disponer de su hacienda y legitima. Al cual respondió: *Nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retro, aptus est Regno Dei*: Luc. c. 96, v. 2. El que echa mano al arado, y vuelve atras, no es apto para el reino de los cielos. De manera que es volver atras, habiendo comenzado á echar mano del arado de los consejos evangélicos, tornaros á embarazar en los negocios del siglo que dejasteis. Por eso temed la sentencia de Cristo, que es no ser apto para el reino de los cielos. El segundo ejemplo es del otro mancebo que queria tambien seguir á Cristo, y pidióle licencia para ir á enterrar á su padre, cosa tan honesta, y que tan en breve se podia hacer, y no se la dió, sino respondióle: *Sine ut mortui sepeliant mortuos suos*: Luc. c. 9, v. 60. Deja á los muertos enterrar sus muertos. Dice Teofilato sobre estas palabras: *Si autem illi, neque patrem sepelire licuit, væ his qui monasticem professi, ad mundana regrediuntur negotia*! Si aun para enterrar á su padre no le dió licencia: ¡ay de aquellos que profesan ya la Religion, y tornan á negocios mundanos y seglares!

Y no se contentó Cristo nuestro Redentor con avisarnos de esto de palabra, y con ejemplos agenos, sino con su propio ejemplo nos quiso encomendar este desvío de parientes. Como se ve en muchos lugares del Evangelio, que en lo esterior parece que muestra rigor y aspereza á su santísima Madre, como en aquel desvío, al parecer, que le dió habiéndole hallado en el templo: *Quid est quod me quærebatis? Nesciebatis quia in his quæ patris mei sunt, oportet me esse?* Luc. c. 2, v. 49. ¿Para qué me buscabadeis, no sabíadeis que me conviene estar en las cosas de mi padre? Y en las bodas cuando faltó el vino: *Quid mihi, et tibi est mulier?* Joan. c. 2, v. 4. ¿Qué tenemos nosotros que ver con eso? Para enseñarnos á nosotros, dice S. Bernardo, serm. 2, Dom. 1 post octav. Epiph, el modo con que habemos de tratar á los parientes, que cuando nos quisieren apartar del fin de nuestra profesion, les demos de mano diciendo: *In his, quæ patris mei sunt, oportet me esse*: Convienenos atender al negocio de Dios, y de nuestra salvacion. Y al otro que le dijo: Maestro, dí á mi hermano, que parta conmigo la herencia: Le res-

pondió sacudidamente: *Homo quis me constituit judicem aut divisorem super vos?* Luc. c. 12, 14. ¿Quién me ha hecho á mi juez de partijas? No me enviaron á mi á averiguar y componer esas diferencias. Para enseñarnos, que habemos de huir de semejantes negocios, porque no son conformes á nuestra profesion.

## CAPÍTULO VII.

*Como se suele disfrazar esta tentacion, con título no solo de piedad, sino de obligacion: y del remedio para eso.*

Porque esta tentacion se suele algunas veces valer y ayudar, no solo de título de piedad, sino de obligacion, que son las mas peligrosas tentaciones; nuestro santo Padre, para prevenir y obviar el daño grande que de aqui podia resultar en la Compañía, manda en las constituciones, c. 5 exag. § 3, que á todos los que entran en ella, se les pregunte: Si cuando hubiere duda, si estan obligados á socorrer á sus padres ó parientes, se dejarán regir por lo que la Compañía y superior de ella les ordenare, no dejándose llevar de su propio juicio; porque en negocio de parientes, como en cosa propia, la aficion ciega suele ser causa de errar: asi no pueden ser ellos buenos jueces en esa causa. Pues para que estén todos quietos, y no tengan que tener escrúpulo ninguno, proveyó nuestro santo Padre de este remedio. Y asi está uno obligado á quietarse con lo que la Compañía le dijere en esta parte, pues hay en ella tantas letras, y tanto amor de Dios, y lo mira bien, conforme á *ciencia y* conciencia. Y para eso se le propone y pregunta esto al principio al que quiere entrar en la Compañía; y no le reciben, sino es contento de pasar por esto. Y debe dar muchas gracias á Dios de que se pueda seguramente descuidar con esto, para tratar mas de veras de su aprovechamiento y perfeccion.

Por esta misma razon manda tambien nuestro santo Padre, que cuando la distribucion de la hacienda se hubiere de hacer á parientes, por ser pobres, se deje á juicio de dos ó tres personas de ciencia, ó conciencia, que cada uno eligiere con aprobacion del superior, los cuales han de juzgar si son verdaderamente pobres, y si es verdadera necesidad la que tienen; porque la aficion de la carne y sangre no haga errar. De manera que para dar uno su hacienda á pobres estraños, no es menester esta consulta, y para dar á parientes pobres, sí, por el peligro que hay del amor y aficion natural. Y asi notó S. Gregorio, *lib.* 7 mor. cap. 24, en aquel ejemplo, en que prohibió Cristo *á aquel* mancebo, que no fuese á enterrar á su padre. Luc. 9, 60. Advertid, que lo que no prohibiera hacer con un estraño, antes lo aconsejára y fuera obra de misericordia, lo prohibe para con su padre, para que entendamos, que lo que se pue-

de hacer con los estraños, muchas veces no conviene que se haga con los parientes, por el peligro que suele haber en ellos, y por la desedificacion de los que ven á un Religioso envuelto, y embarazado en cosas de carne y sangre. Claro está que de otra manera hace uno el negocio del estraño, que de sus deudos y parientes: porque aquel no le inquieta ni desasosiega; pero este otro bien esperimenta, que le causa grande inquietud, y le roba la paz de su alma, y le es grande impedimento para los ejercicios espirituales: y asi, cuando alguna vez fuese necesario ayudar uno en algo á sus parientes, será mejor y mas seguro para él, y de mas edificacion para los prójimos, que otro padre se encargase de eso, y no él. Y en la Compañía tenemos órden de que se haga así, y es doctrina de S. Basilio: in quæst. fusius disp.: fuera de que cuando él propio entiende en esos negocios, si en él hay alguna cosa de mundo y carne, querria que los suyos no fuesen pobres ni padeciesen, y Dios quiere que sean pobres, y que padezcan necesidad: porque aquello les conviene mas á ellos para su salvacion, y á él para su humillacion. Y aun suele en esto entrarse algunas veces otra vanidad y locura, que algunos Religiosos quieren y procuran, que sus padres y parientes sean y tengan mas de lo que fueran y tuvieran si ellos no fueran Religiosos. En lo cual dan claras muestras de no serlo, sino solamente con el cuerpo, pues habiendo de ser mas humildes, tienen mas vanidad y presuncion.

Finalmente, el que quisiere alcanzar el fin á que vino á la Religion, conviene que se sacuda del trato y negocios de parientes, y que les dé de mano: *Qui dixit patri suo, & matri suæ nescio vos, & fratribus suis ignoro vos, & nescierunt filios suos, hi custodierunt eloquium tuum, & pactum tuum servaverunt*: Deut. c. 33, v. 9. El que por mas servir á Dios se olvida de sus parientes, y dice á su padre, madre y hermanos no os conozco, ese guardará bien los mandamientos de Dios y los consejos que ha profesado. Dice muy bien S. Bernardo, y es doctrina comun de los Santos, que el Religioso ha de ser como otro Melchisedech, del cual dice S. Pablo, ad Hebr. c. 7, v. 3, que no tenia padre, ni madre, ni linage. No porque careciese de esto, que siendo como era verdadero hombre, no podia carecer de ello: pero dícese, que no lo tenia, porque la sagrada Escritura, cuando habla de él en razon de sacerdote, no hace mencion de esto, ni del principio y fin de sus dias. Para darnos á entender, que los sacerdotes, y mucho mas los Religiosos, han de estar tan despegados de todo esto, como sino lo tuviesen, y tan dedicados á las cosas espirituales y divinas, como si hubieran venido del cielo. De manera que sean en su corazon como otro Melchisedech, sin tener cosa en este mundo que trate de él, y les

impida y retarde su apresurado caminar á Dios. Pues concluyamos con lo que concluye S. Bernardo: *Sede itaque solitarius sicut turtur, nihil tibi, & turbis, nihil cum multitudine cæterorum, etiamque ipsum obliviscere populum tuum, et domum patris tui, & concupiscet rex decorem tuum*: Psal. 114, v. 11. Recogeos y sentaos á solas, y apartaos, no solamente de la demas multitud, sino olvidaos tambien de vuestro pueblo, y de la casa de vuestro padre, y codiciará Dios vuestra hermosura. S. Gerónimo (a) sobre estas palabras del Profeta, dice: *Grande præmium est parentis oblivisci, quia concupiscet rex decorem tuum*: Gran cosa debe ser el olvidarse uno de sus padres y parientes, pues tan gran premio se le promete, que codiciará Dios su hermosura.

En las crónicas de la Orden de S. Francisco, 2 p. c. 13, se cuenta, que entró en Paris en la Orden un maestro en Teología, al cual habia sustentado su madre con limosnas y mucha pobreza hasta ponerle en aquel estado. Y oyendo que su hijo era fraile, vino al convento, y con muchas lágrimas é importunaciones, pedia á voces á su hijo descubriéndole los pechos, y diciéndole los trabajos con que le habia criado, representándole la necesidad y miseria en que la dejaba. Por estas lágrimas fue movido el maestro á dejar su propósito; y determinó el dia siguiente salirse de la Religion: y sintiendo sobre este caso grande contienda en su corazon, acudió á la oracion, como lo tenia de costumbre; y postrado ante la imágen de un Crucifijo, decia con angustiado corazon: Señor, no os quiero yo dejar, ni vos permitais tal cosa, mas solamente quiero remediar á mi madre, que está en gran necesidad. Y como diciendo estas cosas, levantase los ojos á la imágen, vió que del lado del Señor manaba verdadera sangre; y luego oyó una voz que le decia: Mas caro me costaste á mi que á tu madre, pues te crié, y redimí con esta sangre: no me debes tu dejar por amor de tu madre. Con este aviso quedó el maestro espantado, y prefiriendo el amor de Jesucristo al amor natural de su madre, que le movia por su necesidad á dejar aquel estado, perseveró en la Orden acabando en ella con mucho loor.

Aunque en este tratado parece que habemos hablado solamente con los Religiosos, pero si los seglares sacasen de él, como deseamos, ni inquietar á los Religiosos ni embarazarlos en sus negocios, ni entremeterse en el gobierno de la Religion, pidiendo y procurando que su pariente ó amigo vaya ó resida en tal parte, no seria de pequeño fruto, asi para ellos, como para nosotros.

(a) *Hieron. in regul. monachorum, quam collegit Lupus de Olivero.*

# TRATADO SEXTO,

## DE LA TRISTEZA Y ALEGRIA.

### CAPITULO PRIMERO.

*De los daños grandes que se siguen de la tristeza.*

*Tristitiam longe repelle à te: multos enim occidit tristitia, & non est utilitas in illa.* Eccl. c. 30, v. 23. Echa muy léjos de tí la tristeza, dice el Sabio, porque la tristeza ha muerto á muchos, y no hay en ella provecho alguno. Casiano, lib. 9 de instit. renunt., hace un libro del espíritu de la tristeza; porque dice, que para curar y remediar este mal y enfermedad, no es menester menor cuidado y diligencia que para las demas enfermedades y tentaciones espirituales que se nos ofrecen en esta vida, por los muchos y grandes daños que se siguen de ella: los cuales va allí poniendo, y fundándolos muy bien en la Escritura sagrada. Guardaos, dice, de la tristeza, no la dejeis entrar en vuestro corazon; porque si le dais entrada, y se comienza á enseñorear de vos, luego os quitará el gusto de la oracion, y hará que os parezca larga la hora, y que no la cumplais enteramente, y aun algunas veces hará que os quedeis del todo sin oracion, y que dejeis la leccion espiritual. Y en todos los ejercicios espirituales os pondrá un tedio y un hastío, que no podais arrostrar á ellos: *Dormitavit anima mea præ tædio.* Psal. 118, v. 28. En este verso dice Casiano, lib. 10, c. 3, declara muy bien el Profeta estos daños que se siguen de la tristeza. No dice que se adormeció su cuerpo, sino su ánima; porque con la tristeza y acedia espiritual cobra el ánima tanto tedio y hastío á todos los ejercicios espirituales, y á todas las obras de virtud, que está como dormida, inhabil y torpe para todo lo bueno. Y algunas veces es tan grande el fastidio que tiene uno con las cosas espirituales, que le vienen á enfadar y dar en rostro los que tratan de virtud y perfeccion, y aun algunas veces los procura retraer y estorbar de sus buenos ejercicios.

Tiene tambien otra cosa la tristeza, dice Casiano, que hace al hombre desabrido y áspero con sus hermanos. S. Gregorio, lib. 31

mor. c. 31, dice, *Tristis ex propinquo habet iram*: La tristeza mueve á ira y enojo. Y asi esperimentamos, que cuando estamos tristes, facilmente nos airamos, y nos enfadamos luego de cualquiera cosa. Y mas, hace al hombre impaciente en las cosas que trata: hacele sospechoso y malicioso, y algunas veces turba de tal manera al hombre la tristeza, que parece que le quita el sentido, y le saca fuera de sí, conforme á aquello del Eclesiástico, c. 21, v. 15. *Non est sensus, ubi est amaritudo*: Donde hay amargura y tristeza, no hay juicio. Y asi vemos muchas veces, que cuando reina en uno la tristeza y melancolía, tiene unas aprehensiones tan fuera de camino, unas sospechas y temores tan sin fundamento, que los que estan en su seso, se suelen reir, y hacer conversacion de ellas, como de locuras. Y á otros habemos visto hombres gravísimos, de grandes letras y talentos, tan presos de esta pasion, que era gran compasion verlos, unas veces llorar como criaturas, y otras dar unos suspiros, que no parecia sino que bramaban. Y asi cuando estan en su seso, y sienten que les quiere venir esta locura (que bien se puede llamar asi) se encierran en su aposento, para allí á solas llorar y suspirar consigo, y no perder la autoridad y opinion con los que les vieren hacer tales cosas.

Si quereis saber de raiz los efectos y daños que causa la tristeza en el corazon, dice Casiano, el Espíritu Santo nos los declara brevemente por el Sábio: *Sicut tinea vestimento, & vermis ligno, ita tristitia viri nocet cordi*: Prov. 25, v. 20. Lo que hace la polilla en la vestidura, y el gusano y carcoma en el madero, eso hace la tristeza en el corazon del hombre. La vestidura comida de polilla no vale nada, ni puede servir para nada: y el madero lleno de carcoma no es de provecho para el edificio, ni se puede cargar sobre él peso alguno, porque luego se hace pedazos: asi el hombre lleno de melancolía, triste y desgraciado se hace inútil para todo lo bueno. Y no para aqui el mal, sino lo que peor es, la tristeza en el corazon es causa y raiz de muchas tentaciones, y de muchas caídas: *Multos enim occidit tristitia*: A muchos ha hecho la tristeza caer en pecados. Y asi llaman algunos á la tristeza, nido de ladrones, y cueva de los demonios: y con mucha razon. Y traen para esto aquello que dice el santo Job del demonio: *Sub umbra dormit*: En esa sombra y oscuridad, en esas nieblas y tinieblas de esa confusion que teneis cuando estais triste, aí duerme y se esconde el demonio; ese es su nido y madriguera, y aí él hace sus mangas, como *dicen*: esa es la disposicion que él está aguardando, para acometer con todas cuantas tentaciones quiere: *Posuisti tenebras, & facta est nox, in ipsa pertransibunt omnes bestiæ silvæ*: Psal. 103, v. 20, et 22. Así como las serpientes y bestias fieras estan

aguardando la oscuridad de la noche para salir de sus cuevas; asi el demonio, serpiente antigua, está esperando esa noche y oscuridad de la tristeza, y entonces acomete con todo género de tentaciones: *Paraverunt sagittas suas in pharetra, ut sagitent in obscuro rectos corde.* Psal. 10, v. 2.

Decia el bienaventurado san Francisco, que se alegra mucho el demonio, cuando el corazon de uno está triste: porque facilmente, ó le ahoga en la tristeza y desesperacion, ó le convierte á los placeres mundanos. Nótese mucho esta doctrina, porque es de mucha importancia. Al que anda triste y melancólico, unas veces le hace el demonio venir en gran desconfianza y en desesperacion, como lo hizo con Cain, y con Judas. Otras veces, cuando por aí le parece que no tiene buen juego, le acomete con deleites mundanos, otras con deleites carnales y sensuales: socolor que con aquello saldrá de la pena y tristeza que tiene. Y de aquí es, que cuando está uno triste, le suelen venir unas tentaciones de la vocacion; porque le representa el demonio que allá en el mundo viviera alegre y contento: y algunos ha sacado de la Religion la tristeza y melancolía. Otras veces les suele traer el demonio pensamientos carnales y deshonestos, que dan gusto á la sensualidad, y procura que se detengá en ellos, socolor de que con eso desechará la tristeza, y se aliviará su corazon. Esta es una cosa mucho de temer en los que andan tristes y melancólicos; porque suelen ser muy ordinarias en ellos estas tentaciones. Y lo advierte muy bien san Gregorio. (a) Dice, que como todo hombre naturalmente desea alguna delectacion y contento, cuando no lo halla en Dios, ni en las cosas espirituales, luego el demonio que sabe bien nuestra inclinacion, le representa y pone delante cosas sensuales y deshonestas, y le ofrece gusto y contento en ellas: con que le parece que se le mitiga y alivia la tristeza y melancolía presente: *Sine delectatione anima nunquam potest esse, nam aut in infimis delectatur, aut in summis*: Entended, dice el Santo, que si no teneis contento y gusto en Dios y en las cosas espirituales, que le habeis de ir á buscar en las cosas viles y sensuales. Porque no puede vivir el hombre sin algun contento y entretenimiento.

Finalmente, son tantos los males y daños que se siguen de la tristeza, que dice el Sabio: *A tristitia enim festinat mors.* Y en otro lugar: *Omnis plaga tristitia cordis est*: Todos los males vienen con la tristeza. La muerte viene con ella; y aun la muerte eterna que es el infierno. Asi declara S. Agustin (b)

(a) *Greg. l.* 18 *mor. c.* 8. *Idem notat S. Bonav. t.* 2 *opusc. l.* 3 *de profect. Relig. c.* 2. *Eccles. c.* 38, *v.* 19. *Eccles. c.* 24, *v.* 17. (b) *Aug. l.* 52 *sup. Gen. ad lit. c.* 33. *Genes. c.* 42, *v.* 38.

aquello que dijo Jacob á sus hijos: *Deducetis canos meos cum dolore ad inferos.* Dice, que temió Jacob, no hiciese tanta impresion, y causase en él tanto daño la tristeza de carecer de su hijo Benjamin, que le pusiese en contingencia su salvacion, y diese con él en el infierno de los condenados. Y por eso, dice, nos avisa el Apóstol S. Pablo, que nos guardemos de ella: *Nequa radix amaritudinis sursum germinans impediat, & per illam inquinentur multi*: Ad Heb. c. 12, v. 15. Por ser tan grandes los daños y peligros que se siguen de la tristeza, nos previene y avisa tanto la sagrada Escritura y los Santos, que nos guardemos de ella. No es por vuestro consuelo, ni por vuestro gusto, que sino hubiera mas que eso, poco importaba que estuviesedeis triste ó alegre. Y por eso tambien la desea y procura tanto el demonio, porque sabe que es causa y raiz de muchos males y pecados.

## CAPITULO II.

*En que se ponen algunas razones, por las cuales nos conviene mucho servir á Dios con alegría.*

*Gaudete in Domino semper: iterum dico gaudete*: Ad Philip. 44. Gozaos siempre en el Señor: otra vez os vuelvo á decir, que os goceis y regocijeis, dice el Apóstol S. Pablo. Lo mismo nos repite muchas veces en los salmos el profeta David: *Lætamini in Domino, & exultate justi, & gloriamini omnes recti corde.* Psal 31. v. 11. *Exultent, & lætentur in te, omnes, qui quærunt te.* Ps. 69, v. 5. *Jubilate Deo omnis terra, servite Domino* in *lætitia, introite in conspectu ejus* in *exultatione.* Psal, 99, v. 1. *Lætetur cor quærentium Dominum.* Ps. 104, v. 3. Y en otros muchos lugares nos exorta á menudo á que sirvamos á Dios con alegría. Y con esto saludó el Angel á Tobías: *Gaudium tibi sit semper*: Tob. c. 5, v. 11. Dios te dé siempre mucho gozo y alegría. Solia decir el bienaventurado S. Francisco: Al demonio y á sus miembros pertenece estar triste, mas á nosotros alegrarnos siempre en el Señor: *Vox exultationis, & salutis in tabernaculis justorum*: Psal. 117, v. 15. En las moradas de los justos siempre se ha de oir voz de alegria y de salud. Hanos traido el Señor á su casa, y escogido entre millares, ¿cómo hemos de andar tristes? Bastaba para entender ser esta cosa de mucha importancia, ver qué de veces nos la encomienda y repite la sagrada Escritura, y el ver por otra parte los daños grandes que dijímos se siguen de la tristeza. Pero para mayor abundancia, y para que viendo al ojo el provecho, nos esforzemos mas á ello, dirémos algunas razones, por las cuales nos conviene mucho andar siempre en el servicio de Dios con esta alegría de corazon. Y sea la primera, porque asi lo quiere el Señor: *Non ex tristitia, aut ex neces-*

*sitate, hilarem enim datorem diligit Deus.* 2 ad Cor. c. 9, v. 7. Dice S. Pablo: Quiere Dios un dadivoso alegre, conforme á lo que él dijo por el Sabio: *In omni dato hilarem fac vultum tuum*: Eccl. c. 35, v. 11. Asi como acá en el mundo vemos, que cualquier señor quiere que sus criados le sirvan con alegría; y cuando ve que andan encapotados, y le sirven con ceño y con tristeza, no le es agradable su servicio, antes le enfada; asi Dios nuestro Señor gusta de que le sirvamos con mucha voluntad y alegría, no con ceño ni tristeza. Nota la sagrada Escritura, que ofreció el pueblo de Israel mucho oro, y plata y piedras preciosas, para el edificio del templo con grande voluntad y alegría: *Cum ingenti gaudio.* Y el rey David, 1 Paral. c. 29, v. 9, et 17, dió gracias á Dios de ver al pueblo ofrecer sus dones con tan grande gozo. Eso es lo que estima mucho Dios, no estima tanto la obra que se hace, cuanto la voluntad con que se hace. Aun acá solemos decir: la voluntad con que lo hace, vale mas que todo. Y aquello estimamos en mucho, aunque el servicio haya sido pequeño. Y por el contrario, por grande que sea, sino fue hecho con voluntad y alegria, no lo estimamos ni agradecemos, antes nos descontenta. Dicen muy bien, que es como quien sirve un buen manjar, pero con salsa amarga, que lo hace todo desabrido.

La segunda razon es, que redunda en mucha gloria y honra de Dios el servirle con alegría, por que de esa manera muestra uno que hace aquello de buena gana, y que le parece todo poco para lo que desea hacer. Los que sirven á Dios con tristeza, parece que dan á entender que hacen mucho, y que andan rebentando con la carga, y que apenas la pueden ya llevar, porque es grande y pesada, y eso desagrada y da en rostro. Y asi una de las causas porque el bienaventurado S. Francisco no queria ver en el rostro de sus frailes tristeza, era, porque da á entender que hay pesadumbre en la voluntad, y pereza en el cuerpo para el bien. Pero esos otros, segun van de alegres y ligeros, parece que estan diciendo, que no es nada lo que hacen, para lo que desean y querrian hacer: como decia S. Bernardo: ser. 14 sup. Cant. *Opus meum vix unius est horæ, & si plus, præ amore non sentio*: Señor, lo que yo hago por vos, apenas es trabajo de una hora, y si mas es, con el amor no lo siento. Eso da mucho contento al Señor. Y asi dice él en el Evangelio: *Tu autem cum jejunas, unge caput tuum, & faciem tuam lava, ne videaris hominibus jejunans*: Matt. c. 6, v. 17. Cuando ayunaredes, ungid la cabeza, y lavaos el rostro. Quiere decir, poneos de fiesta, y andad alegre, que parezca que no ayunais, ni haceis nada: *Nolite fieri sicut hipocritæ tristes*: No andeis tristes, como los hipócritas, que quieren dar á entender á todos, que ayunan, y

que echen de ver, que hacen algo. De camino se ha de advertir aqui, que hay algunos que para andar con modestia y recogimiento, les parece que es menester andar cabizbajos y con semblante triste. Y engañanse, dice san Leon Papa, ser. 4 Quadrag.: *Religiosorum modestia non sit mæsta, sed sancta*: La modestia del Religioso no ha de ser triste, sino santa. Ha de tener siempre el Religioso una modestia alegre, y una alegria modesta. Y saber juntar estas dos cosas, es gran decoro y grande ornato del Religioso.

Lo tercero, no solamente redunda esto en mucha honra de Dios, sino tambien en provecho y edificacion de los prójimos, y en abono de la virtud, porque los que de esta manera sirven á Dios, persuaden mucho á los hombres con su ejemplo, que en el camino de la virtud no hay la pesadumbre y dificultad que los malos imaginan, pues les ven á ellos caminar por él con tanta suavidad y alegría. Con lo cual, los hombres que naturalmente son amigos de andar alegres y contentos, se animan mucho á darse á la virtud. Por esta razon particularmente nos conviene mucho á nosotros andar con alegria en nuestros ministerios, por tratar tanto con prójimos, y ser nuestro fin é instituto el ganar almas para Dios; porque de esa manera se ganan y aficionan mucho, no solo á la virtud, sino á la perfeccion y á la Religion. De algunos sabemos, que han dejado el mundo y entrado en Religion, por ver la alegría y contento con que andan los Religiosos; *porque lo* que desean los hombres, es pasar esta vida con contento; y si entendiesen el que tiene el buen Religioso, creo se despoblaria el mundo, y se acogerian todos á la Religion, sino que es este un maná escondido que le escondió y guardó Dios para los que él quiso escoger: á vos os descubrió el Señor este tesoro escondido, y no se le descubrió á vuestro hermano, y asi él se quedó allá, y á vos os trajo acá, por lo cual le debeis infinitas gracias.

La cuarta razon porque *nos* conviene andar con alegría, es porque la obra comunmente es de mayor mérito y valor cuando se hace con esta alegria y prontitud; porque eso hace hacer la obra mejor y mas perfectamente. Aun allá dijo Aristóteles, l. 10 Ætic. 6, 4, et 5: *Delectatio perficit operationem, tristitia corrumpit*: La alegria y gusto con que se hace la obra, es causa que se haga con perfeccion, y la tristeza de que se haga mal hecha. Y asi vemos por esperiencia, que hay mucha diferencia del que hace la cosa con gusto, al que la *hace de* mala gana. Porque este no parece que atiende mas que á poder decir que la hizo: pero aquel estáse esmerando en hacer bien lo que hace, y procura hacerlo lo mejor que puede. Añadese á esto lo que dice S. Crisóstomo, hom. 41 sup. Genes.,

que la alegria y contento del ánima da fuerzas y aliento para obrar. Y asi dice el profeta David: Psal. 118, v. 32. *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum*: La alegria dilata y ensancha el corazon. Pues dice el Profeta: Señor, cuando vos me dabadeis aquella alegria con que se dilataba mi corazon, corria yo con grande ligereza por el camino de vuestros mandamientos. Entonces no se siente el trabajo: *Current, et non laborabunt, ambulabunt, et non deficient.* Isai. c. 40, v. 41. Y por el contrario, la tristeza estrecha, aprieta y encoge el corazon: no solo quita la gana de obrar, sino tambien las fuerzas, y hace que se le haga á uno pesado lo que antes le era facil. Y asi confesó su flaqueza el sacerdote Aaron, que habiéndole Dios muerto dos hijos de un golpe, y siendo reprendido de su hermano Moisés, por no haber ofrecido sacrificio al Señor, respondió: *Quomodo potui placere Domino in ceremoniis mente lugubri?* Levit. c. 10, v. 19. ¿Cómo podia yo agradar con el sacrificio al Señor con ánimo lloroso y triste? Y los hijos de Israél en el destierro de Babilonia decian, ¿cómo cantarémos el cántico del Señor en tierra agena? Ps. 136, v. 2, et 4. Y por esperiencia vemos cada dia, que cuando estamos con tristeza, no solo se disminuyen las fuerzas espirituales, conforme á aquello del Sabio: *In mœrore animi dejicitur spiritus.* Prov. 15, v. 13, sino tambien las corporales, que no parece sino que cada brazo, y cada pie nos pesa un quintal. Por esto aconsejan los Santos, trat. 4, c. 10, et 11, que en las tentaciones no nos entristezcamos; porque eso quita el vigor del corazon, y hace al hombre cobarde y pusilanime.

Otra razon se puede colegir de las pasadas, por lo cual es mucho de desear que el siervo de Dios, y especialmente el Religioso ande con alegría. Y es, porque cuando se ve que uno anda con alegria en las cosas de la virtud y de la Religion, da aquello grande satisfaccion y esperanza, que aquel perseverará y llevará adelante lo comenzado; pero cuando le vemos andar triste, sospecha da y temor si ha de perseverar. Como cuando veis á uno que lleva á cuestas una gran carga de leña, y que va con pesadumbre, anelando y suspirando, y aqui para, y allí se le cae un pedazo, y acullá otro, luego decís: este no ha de poder con tanto; creo que lo ha de dejar á medio camino: pero cuando le veis ligero con la carga, y que va cantando y alegre, luego decís: este aun mas que aquello llevaria. Pues de la misma manera, cuando uno hace con tristeza y pesadumbre las cosas de la virtud y de la Religion, y parece que va gimiendo y rebentando con la carga, sospecha da que no ha de durar: porque ir siempre remando y forcejando agua arriba, es vida de galera, y cosa muy violenta. Pero cuando anda alegre en los oficios humil-

des, y en los demas ejercicios de la Religion, asi corporales, como espirituales, y todo se le hace fácil y ligero, da muy buenas esperanzas que irá delante y perseverará.

## CAPÍTULO III.

### *Que no han de bastar las culpas ordinarias en que caemos, para quitarnos esta alegria.*

Estiman tanto los Santos que andemos siempre con este animo y alegria, que aun en las caidas, dicen que no habemos de desmayar ni desanimarnos, ni andar tristes y meláncólicos, con ser el pecado una de las cosas porque con razon podemos tener tristeza, como luego diremos: con todo esto dice S. Pablo, que esa tristeza ha de ser templada y moderada con la esperanza del perdon y misericordia de Dios, para que no cause desmayo ni desconfianza: *Ne forte abundantiori tristitia absorbeatur, qui ejusmodi est.* 2 ad Cor. c. 2, v. 7. Y asi el bienaventurado S. Francisco, que aborrecia mucho esta tristeza en sus frailes, reprendió á uno de sus compañeros que andaba triste, diciendo: No debe el que sirve á Dios andar triste, sino es por haber cometido algun pecado: si tu le has cometido, arrepientate y confiesate, y pide á Dios perdon y misericordia; y suplicale con el Profeta, Psal. 50, v. 14, que te vuelva la alegria primera: *Redde mihi lætitiam salutaris tui, et spiritu principali confirma me*: Tornadme, Señor, aquella alegria y prontitud que sentia en vuestro servicio antes que pecara; y sustentadme y confirmadme en eso con el espíritu magnífico y poderoso de vuestra gracia. Asi declara tambien S. Gerónimo este lugar: *Id est, redde mihi illam exultationem, quam in Christo habui, prius quam peccarem.* El padre maestro Ávila reprende, y con mucha razon, á algunos que andan en el camino de Dios llenos de tristeza desaprovechada, ahelados los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prójimos, desmayados y desanimados: y muchos dicen: ¡ay de estos, que no cometen pecados mortales, sino dice, que por no servir á Dios como deben y desean, y por los pecados veniales que hacen, estan de aquella manera! Este es un engaño grande; porque mucho mayores son los daños que se siguen de esa pena y tristeza demasiada, que los que se siguen de la misma culpa, y lo que pudieran atajar, si tuvieran prudencia y esfuerzo, lo hacen crecer, y que de un mal caigan en otro. Y eso es lo que pretende el demonio con esta tristeza, quitarles el vigor y esfuerzo para obrar, y que no acierten á hacer cosa bien hecha.

Lo que habemos de sacar de nuestras faltas y caidas, ha de ser lo primero, que nos confundamos y

humillemos mas, conociendo que somos mas flacos de lo que pensabamos. Lo segundo, que pidamos mayor gracia al Señor, pues la habemos menester. Lo tercero, que vivamos de aí adelante con mayor cautela y recato, tomando avisos de una vez para otra, previniendo las ocasiones, y apartándonos de ellas. De esta manera harémos mas que con desmayos y tristezas desaprovechadas. Dice muy bien el padre maestro Avila: Si por las culpas ordinarias que hacemos, hubiesemos de andar decaidos, tristes y desanimados, ¿quién de los hombres tendria descanso ni paz, pues todos pecamos? *Si iniquitates observaveris Domine, Domine quis sustinebit?* Psal. 129, v. 3. Procurad vos de servir á Dios, y de hacer vuestras diligencias, y sino las hicieredeis todas, y cayeradeis en faltas, no os espanteis por eso, ni desmayeis, que asi somos todos: hombre sois, y no Angel; flaco, y no santificado. Y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria, y no quiere que desmayemos por eso, sino que nos levantemos luego y pidamos mayor fuerza al Señor; como el niño que cae, que luego se levanta, y corre como primero. Dice san Ambrosio, lib. 2 de reparatione gentium, c. 3, et ult., las caidas de los niños no indignan á su padre, sino enternecenle. De esa manera, dice, se ha Dios con nosotros, conforme á aquello del Profeta: Psal. 102, v. 13. *Quomodo miseretur Pater filiorum, misertus est Dominus timentibus se, quoniam ipse cognovit figmentum nostrum. Et recordatus est quoniam pulvis sumus*: Conoce Dios muy bien nuestra enfermedad y miseria, y ámanos como á hijos flacos y enfermos; asi esas caidas y flaquezas nuestras antes le mueven á compasion, que á indignacion. Uno de los grandes consuelos que tenemos los que somos flacos en el servicio de Dios, es entender que es Dios tan rico en amor y misericordia, que nos sufre y ama, aunque nosotros no le correspondamos tan por entero, como era razon: *Qui dives est in misericordia*: Ad Ephes. c. 2, v. 4. Sobrepuja su misericordia á nuestros pecados. Asi como se derrite la cera delante del fuego, asi se deshacen todas nuestras faltas y pecados delante de su misericordia infinita. Esto nos ha de animar mucho para andar siempre con grande contento y alegria, entender que Dios nos ama y nos quiere bien, y que por todas estas faltas ordinarias que hacemos, no perdemos un punto de gracia y amor de Dios.

## CAPÍTULO IV.

### *De las raices y causas de la tristeza, y de sus remedios.*

Pero veamos las raices y causas de donde suele nacer la tristeza, para que asi apliquemos los re-

medios necesarios. Casiano, y san Buenaventura (a) dicen, que la tristeza puede nacer de muchas raices. Algunas veces nace de enfermedad natural de humor melancólico que predomina en el cuerpo: y entonces el remedio mas pertenece á los médicos, que á los teólogos, pero se ha de advertir, que ese humor melancólico se engendra y aumenta con los pensamientos melancólicos que uno tiene. Y asi dice Casiano, que no menor cuidado habemos de poner en que no entren, ni nos lleven tras sí estos pensamientos tristes y melancólicos, que en los pensamientos que nos vienen contra la castidad, ó contra la fé, por los daños grandes que dijímos nos pueden de eso venir.

Otras veces, dice, que sin haber procedido causa alguna particular que provoque á ello, de repente se suele hallar uno tan triste y melancólico, que no gusta de nada, ni aun de los amigos y conversaciones que antes solia gustar, sino que todo le enfada y le da en rostro, y no querria tratar ni conversar con nadie, y si trata y habla, no es con aquella suavidad y afabilidad que solia, sino con sacudimiento y desgracia. De donde podemos colegir, dice Casiano, que nuestras impaciencias, y palabras ásperas y desabridas no nacen siempre de ocasion que nos den nuestros hermanos para ello, sino de acá dentro, en nosotros está la causa, el no tener mortificados nuestras pasiones, es la raiz de donde nace todo eso. Y *assi no es* el remedio para tener paz, el *huir* el trato y conversacion de los hombres, ni nos manda Dios eso, sino el tener paciencia, y mortificar muy bien nuestras pasiones, porque si estas no mortificamos, á donde quiera que vamos, y á donde quiera que huyamos, llevamos con nosotros la causa de las tentaciones y turbaciones.

Bien sabido es aquel ejemplo que cuenta Surio (b) de un monge airado, el cual por razon de su cólera é ira poco mortificada, era pesado á sí y á los otros: determinóse de salir del monasterio del santo Abad Eutimio, en el cual vivia, pareciéndole que estando quitado de tratar con otros, y viviendo solo, cesaria la ira, pues no tendria ocasiones con que airarse. Hacelo asi, y encerrándose en una celda, llevó consigo un cantaro de agua, y por arte del demonio se le derramó: levantóle, y volvióle á llenar de agua, y segunda vez se derramó, cayendo en el suelo: volvió tercera vez á llenarle bien, y tercera vez se le derramó: entonces con mas cólera que solía, coge el cántaro, y da con él en el suelo, haciéndole pedazos. Acabando de hacer esto, cayó en la cuenta, y echó de ver, que no era la compañía de los monges y

(a) *Casian. l. 9 de Instit. renunt. Bonav. tract. de Reform. mentis, c. 12.*
(b) *Surius in vita Sancti Euthimii, mense Januarii.*

la comunicacion con ellos la causa de su caida en impaciencias é iras, sino su poca mortificacion; y al fin se volvió á su monasterio. De manera que en vos está la causa de vuestra inquietud é impaciencia, y no en vuestros hermanos: mortificad vos vuestras pasiones, y de esa manera, dice Casiano, aun con las bestias fieras tendreis paz, conforme á aquello de Job: c. 5, v. 23. *Bestiæ terræ pacificæ erunt tibi*; cuanto mas con vuestros hermanos.

Otras veces dice san Buenaventura, que suele nacer la tristeza de algun trabajo que sobreviene, ó de no haber alcanzado alguna cosa deseada. Y S. Gregorio, y S. Agustin, (c) y otros Santos ponen tambien esta raiz, y dicen, que la tristeza del mundo nace de estar uno aficionado á las cosas mundanas; porque claro está que se ha de entristecer el que se viere privado de lo que ama; pero el que estuviere desasido y desaficionado de todas las cosas del mundo, y pusiere todo su deseo y contento en Dios, estará libre de la tristeza del mundo. Dice muy bien el padre maestro Avila: No hay duda, sino que el penar viene del desear, y asi á mas desear, mas penar; á menos desear, menos penar; á ningun desear, descansar. De manera que nuestros deseos son nuestros sayones: ésos son los verdugos que nos atormentan y dan garrote.

Descendiendo en esto mas en particular, y aplicándolo á nosotros, digo: Que muchas veces la causa de la tristeza del Religioso es no estar indiferente para todo aquello en que le puede poner la obediencia: eso es lo que le suele traer muchas veces triste y melancólico, y lo que le hace que ande con pena y con sobresalto. ¿Si me quitarán esto en que me hallo bien? ¿Si me mandarán aquello á que tengo repugnancia? Asi lo dice S. Gregorio: lib. 22 mor. c. 24. *Quia aut non habita concupiscit, ut habeat; aut adepta metuit, ne amitat, & dum in adversis sperat prospera, in prosperis formidat adversa, huc illucque quasi quibusdam fluctibus volvitur, ac per modos varios rerum alternantium mutabilitate versatur.* Porque desea uno tener lo que no tiene, ó teme perder lo que tiene, por eso anda con pena y con sobresalto; pero el Religioso que está indiferente para cualquier cosa que le ordenare la obediencia, y tiene puesto todo su contento en hacer la voluntad de Dios, siempre anda contento y alegre, y nadie le podrá quitar su contento. Bien podrá el superior quitarle de este oficio, y de este colegio; pero no podrá quitarle el contento que en eso tiene, porque no le ha puesto en estar aqui ó allí, ni en hacer este oficio ó aquel, sino en hacer la voluntad de Dios; y asi consigo lleva siempre su contento, donde quiera que

(c) *Greg. l. 22 mor. c. 14. Aug. sup. illud Psalm. 7: Concepit dolorem, & peperit iniquitatem; & tract. 4 super Joan.*

fuere, y en cualquier cosa que le ocuparen. Pues si quereis andar siempre alegre y contento, poned vuestro contento en hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, y no le pongais en esto ó aquello, ni en hacer vuestra voluntad, porque ese no es medio para tener contento, sino para tener mil descontentos y sinsabores.

Declarando esto mas, lo que suele ser muy comunmente causa y raiz de nuestras melancolías y tristezas, es no el humor de melancolía, sino el humor de soberbia que reina mucho en nuestro corazon, como dijímos, trat. 3, c. 22, tratando de la humildad; y mientras ese humor reinare en vuestro corazon, tened por cierto, que nunca os faltarán tristezas y melancolías, porque nunca faltarán ocasiones; y asi siempre vivireis con pena y tormento. Y á esto podemos reducir lo que acabamos de decir, de estar uno indiferente para cualquier cosa que la obediencia le quiere mandar; porque muchas veces no es el trabajo, ni la dificultad del oficio lo que se nos pone delante. ¿Qué mayor trabajo, y mayores dificultades suele haber en los oficios y puestos altos que nosotros apetecemos y deseamos, sino la soberbia, y el deseo de honra? Esa es la que nos hace fácil lo trabajoso, y pesado lo que es mas fácil y ligero, y lo que nos trae tristes y melancólicos en ello. Y aun solo el pensamiento y temor, si nos han de mandar aquello, basta para eso.

El remedio para esta tristeza bien se ve que será ser uno humilde, y contentarse con el *lugar bajo*; ese tal estará libre de todas estas tristezas y desasosiegos, y gozará de mucha paz y descanso: *Discite à me, quia mitis sum, & humilis corde, & invenietis requiem animabus vestris.* Matth. c. 15, v. 19. De esta manera declara el glorioso S. Agustin estas palabras: dice, que si imitamos á Cristo en la humildad, no sentirémos trabajo ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino mucha facilidad y suavidad; porque lo que lo hace á eso dificultoso, es el amor propio, la voluntad y juicio propio, el deseo de la honra y estimacion, y del deleite y comodidad, y todos esos impedimentos quita y allana la humildad; porque ella hace que el hombre se tenga en poco á sí mismo, y niegue su voluntad y juicio, y desprecie las honras y estimacion, y todos los bienes y contentos temporales; y quitando esto, no se siente trabajo ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino grande paz y descanso.

## CAPITULO V.

### *Que es muy grande remedio para desechar la tristeza, acudir á la oracion.*

Casiano, lib. 9 de instit. renunt. cap. ult., dice, que para todo

genero de tristeza, por cualquier via ó causa que venga, es muy buen medio acogernos á la oracion, y pensar en Dios, y en la esperanza de la vida eterna que nos está prometida. Con lo cual se quitan y aclaran todos los nublados, y huye el espíritu de la tristeza: como cuando David tañia con su harpa y cantaba, huia el espíritu malo de Saúl, y le dejaba. Y asi el Apóstol Santiago en su Canónica, c. 5, v. 15, nos pone este remedio: *Tristatur aliquis vestrum? Oret*: ¿Estais triste? Acudid á la oracion. Y el profeta David dice, que usaba de él: *Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum*: Ps. 76, v. 4. Cuando me siento triste y desconsolado, el remedio que tengo es acordarme de Dios, y con eso quedo consolado: *Cantabiles mihi erant justificationes tuæ, in loco peregrinationis meæ; idest, erant mihi cantica, & solatium*: Ps. 118, v. 54. El pensar, Señor, en vos, y en vuestros mandamientos, y en vuestras promesas, eso es para mí cantar de alegría: eso es lo que me recrea y consuela en este destierro y peregrinacion en todos mis trabajos y desconsuelos. Si él conversar acà con un amigo basta para desmelancolizarnos y alegrarnos, ¿qué será el conversar con Dios? Y asi el siervo de Dios, y el buen Religioso no ha de tomar por medio para desechar sus tristezas y melancolías, el parlar, y el distraerse y derramar sus sentidos, ni leer cosas vanas ó profanas, ni menos cantarlas, sino el acudir á Dios, el recogerse á la oracion; ese ha de ser su consuelo y descanso.

Ponderan los Santos aquello que cuenta la Escritura divina, que despues del diluvio, pasados cuarenta dias, abrió Noe la ventana del arca, y envió el cuervo para ver si estaba ya seca la tierra, para poder desembarcar; y no volvió mas; (por eso dicen: el mensagero del cuervo) envió luego tras él la paloma, la cual dice la sagrada Escritura, que no hallando donde poner los pies, se volvió al arca: *Quæ cum non invenisset, ubi quiesceret per ejus, reversa est ad eum in Arcam.* Gen. 89. Preguntan los Santos: Pues el cuervo no volvió, claro está que halló donde poner los pies: ¿cómo dice la Escritura, que la paloma no halló donde ponerlos? La respuesta es que el cuervo sobre aquellos lodazares, y sobre aquellos cuerpos muertos hizo su asiento; pero la palomica simple, blanca y hermosa, no se ceba en cuerpos muertos, no hace su asiento en lodazares; y asi se volvió al arca, porque no halló donde poner los pies, no halló donde descansar. Pues asi el verdadero siervo de Dios, y el buen Religioso, no halla contento ni recreacion en esas cosas muertas, en esos entretenimientos vanos del mundo: y asi se vuelve como la palomica al arca de su corazon, y todo su descanso y consuelo en todos sus trabajos y tristezas, es acudir á la

oracion, acordarse de Dios, irse un rato al Santísimo Sacramento á consolarse con Cristo, y darle alli cuenta de sus trabajos, y decirle: ¿Cómo puedo yo, Señor, estar triste, estando en vuestra casa y compañía?

Sobre aquellas palabras del Real profeta David: Psal. 4, v. 7. *Dedisti lætitiam in corde meo*: diste alegria en mi corazon, dice san Agustin: *Non ergo foris quærenda est lætitia, sed intus in interiori homine, ubi habitat Christus, in ipso corde, id est, in illo cubiculo, ubi orandum est*: Enseñanos aqui el santo Profeta, que no se ha de buscar la alegria fuera en las cosas esteriores, sino allá dentro en la celda secreta del corazon, donde dice Cristo nuestro Redentor, que habemos de orar al Padre Eterno. Matth. c. 6, v. 6.

Del bienaventurado san Martin Obispo cuenta Severo Sulpicio, que el alivio de sus trabajos y cansancios era la oracion. A la manera de los herreros, que para aliviar un poco su trabajo, suelen dar en vacío algunos golpes en el yunque; asi él cuando parecia que descansaba, oraba. De otro siervo de Dios se cuenta, que estando en su celda, lleno de gravisima tristeza é increible afliccion, con la cual Dios á tiempos le quiso ejercitar, oyó una voz del cielo, que en lo interior de su alma le dijo: ¿Qué haces aí ocioso consumiendote? (a) Levantate, y ponte á considerar en mi Pasion. Levantóse luego, y púsose con cuidado á meditar los misterios de la Pasion de Cristo, y luego se le quitó *la tristeza*, y quedó consolado y animado; y continuando esta consideracion, nunca jamas sintió en toda su vida esta tentacion.

## CAPÍTULO VI.

*De una raiz muy ordinaria de la tristeza, que es no andar uno como debe en el servicio de Dios, y de la alegria grande que causa la buena conciencia.*

Una de las causas y raices principales de las tristezas, trat. 1, cap. 10, y melancolías suele ser el no andar uno á las derechas con Dios, el no hacer lo que debe conforme su estado y profesion. Por esperiencia vemos, y cada uno lo esperimenta en sí, que cuando anda con fervor y cuidado en su aprovechamiento, anda tan alegre y tan contento, que no cabe de placer; y por el contrario, cuando no hace lo que debe, anda triste y desconsolado: *Cor nequam gravabitur in doloribus*: Eccl. c. 3, v. 26, dice el Sabio: *Et cor pravum dabit tristitiam.* Eccl. c. 36, v. 22. Es propiedad y condicion natural del mal y del pecado causar tristeza y dolor en el alma. Esta propiedad del pecado intimó Dios á Cain en pecando; porque luego

(a) *Enriq. Sus. in horologio sapientiæ, c.* 14.

que tuvo envidia de su hermano Abel, dice la sagrada Escritura: *Iratus est Cain vehementer, et concidit vultus ejus*: Gen. c. 4,v. 6. Traia consigo una ira y una rabia interior, que le hacia andar muy triste y cabizcaido: echabasele bien de ver en el rostro la amargura y tristeza interior de su alma. Y preguntale Dios: *Quare iratus es, & cur concidit facies tua?* ¿Qué es la causa, que andas de esa manera turbado, triste y cabizcaido? Y como no respondiese Cain, responde el mismo Dios, que es aquella la condicion del pecado, diciendo: *Nonne si bene egeris, recipies?* ¿Por ventura no es cierto, que si hicieres bien, recibirás contento y alegria? Y asi dice otra letra: *Nonne si bene egeris levabis caput tuum?* Si bien hiciereses, levantarás el rostro, que es andar alegre: *Sin autem male, statim in foribus peccatum aderit*: Pero si mal hiciereis, luego á la puerta está tu pecado, dando golpes para entrarte á atormentar: y tambien luego se te echará de ver por defuera en el semblante del rostro. Asi como la virtud, porque es conforme á razon, naturalmente causa grande alegría en el corazon; asi el vicio y el pecado naturalmente causa grande tristeza; porque pelea uno contra sí mismo, y contra el dictamen natural de su razon: y luego el gusano de la conciencia le está dando latidos allá dentro, remordiendo y royendo las entrañas.

Dice S. Bernardo, de inter. domo, c. 45: *Nulla pœna gravior est prava conscientia. Mala conscientia propriis agitur stimulis, si publica fama te non damnat, propria conscientia te condemnat, quoniam nemo potest se ipsum fugere*: Ninguna pena hay mayor ni mas grave que la mala conciencia, porque aunque los otros no vean vuestras faltas, ni las sepan, basta que vos las sabeis; ese es el testigo que está siempre acusando y atormentando: no os podeis esconder, ni huir de vos mismo, por mas que hagais. Y asi decia el otro filósofo Séneca, que la mayor pena que se puede dar á una culpa, es haberla cometido, por el tormento grande con que la propia conciencia está atormentando al que hace el mal. Plutarco, epist. ad Pacium, compara esta pena y tormento que causa la mala conciencia, al calor y frio de la calentura. Dice, que asi como los enfermos reciben mucha mayor pena con el frío y calentura que nace de la enfermedad, que los sanos cuando acá por razon del tiempo tienen frio ó calor; asi las tristezas melancólicas que vienen de nuestras propias culpas, de que nos está remordiendo la conciencia, causan mucha mayor pena y tormento, que las que vienen de casos fortuitos y desastrados, pero sin culpa nuestra. Y particularmente tiene esto mas lugar en el que comenzó ya á gustar de Dios, y en algun tiempo andaba bien con fervor y diligencia, y despues viene á desdecir y á proceder con tibie-

za; porque venir uno á empobrecer despues de haber sido rico, es vida mas trabajosa y triste, que la de los que nunca supieron que cosa eran riquezas. Cuando uno se acuerda que en otro tiempo andaba con devocion y cuidado de servir á Dios, y que le hacia el Señor merced, y ahora se ve tan diferente de entonces, no puede dejar de causarle aquello gran sentimiento, y darle gran golpe en el corazon.

Pues si quereis desterrar de vos la tristeza, y vivir siempre alegre y contento, el remedio es vivir bien, y hacer lo que debeis conforme á vuestro estado: *Vis numquam esse tristis? Bene vive*: ¿Queréis nunca estar triste? dice S. Bernardo: Vivid bien. Entrad en cuenta con vos, y quitad las faltas que causan esa tristeza, de esa manera cesará ella, y vendrá la alegría: *Bona vita semper gaudium habet, conscientia rei semper in pœna est*: La buena vida siempre anda acompañada de gozo y alegria, como la mala de pena y tormento. Asi como no hay mayor pena y tormento, que el remordimiento y latidos de la mala conciencia, asi no hay mayor contento y alegría en esta vida, que el testimonio de la buena conciencia. *Non est oblectamentum super cordis gaudium*, Eccl. c. 30, v. 16, dice el Sabio: No hay alegria en la tierra que se le pueda comparar: *Secura mens, quasi juge convivium*: Prov. 15. Es, dice, como un banquete perpetuo. Asi como el que está en un convite se alegra con la variedad de los manjares, y con la presencia de los convidados; asi el siervo de Dios que hace *lo que* debe, se alegra con el testimonio de la buena conciencia, y con el olor de la presencia divina, de la cual tiene grandes prendas y conjeturas en su ánima. Conforme á aquello de S. Juan: *Si cor nostrum non reprehenderit nos, fiduciam habemus ad Deum.* 1 Joan. cap. 3, v. 21. El Apóstol S. Pablo dice, 2 ad Cor. c. 2, v. 12, que la buena conciencia es un paraiso, y una gloria y bienaventuranza en la tierra: *Gloria nostra hæc est, testimonium conscientiæ nostræ.* S. Crisóstomo, hom. 25 ad populum Anth., dice, que la buena conciencia causada de la buena vida, quita y deshace todas las tinieblas y amarguras del corazon, como el sol cuando sale quita y deshace todos los nublados: de tal manera que toda abundancia de tristeza cayendo en una buena conciencia, asi se apaga como una centella de fuego cayendo en un lago muy profundo de agua. San Agustin añade, que asi como la miel no solamente es dulce en sí, sino hace dulces las cosas desabridas con que se junta; asi la buena conciencia, no solo es alegre y *dulce* en sí, sino alegre en medio de los trabajos, y los hace dulces y sabrosos, conforme aquello del Profeta: Psal. 18, v. 10. *Judicia Domini vera justificata in semetipsa: desiderabilia super aurum, & lapidem pretiosum multum, & dulciora super*

*mel, & favum*: Los juicios de Dios, que son sus santos mandamientos, y el cumplimiento de su ley, son mas dulces que el panal de miel: no solo es en sí dulce el servir á Dios, sino hace tambien dulces todos los trabajos y molestias de esta vida.

Leemos en las historias eclesiasticas, part. 1, l. 4, c. 3, que los perseguidores de la fé hicieron una cosa muy nueva, que no hay memoria que otros hiciesen en tiempos pasados: y fue, que á todos aquellos que primero siendo llamados, ó puestos á tormento habian negado la fé, pusieron juntamente con los santos martires en la cárcel, y para que su castigo fuese sin consuelo, no ya acusados por cristianos, sino por matadores de hombres y malechores. Y notóse allí la diferencia que habia en lo esterior, en el gesto, y en los ojos de los unos á los otros, porque los Santos salian á la audiencia y al tormento regocijados, y en sus rostros parecia no sé que divinidad, sus prisiones los hermoseaban como collares de perlas, y de la suciedad de la carcel salian olorosísimos á Cristo, y á sus Angeles, y á sí mismos, como sino hubieran estado en cárceles, mas en jardines. Los otros salian tristes, la cabeza baja, y en sus acatamientos espantables, y sobre toda fealdad disformes. A estos su propia conciencia les fatigaba y atormentaba mas asperamente que los grillos y cadenas, y el hedor de la cárcel; pero á los otros su buena conciencia, y la esperanza del descanso, y de la gloria los aliviaba los dolores, y los recreaba. Y asi lo esperimentan comunmente los buenos; porque es tan grande la alegria de la buena conciencia, que muchas veces, cuando el bueno se halla triste y atribulado, y volviendo los ojos á todas partes, no ve cosa que le consuele; volviéndolos hácia dentro, y mirando la paz de su conciencia y el testimonio de ella, se consuela y esfuerza; porque entiende bien, que todo lo demas como quiera que suceda, ni hace ni deshace á su negocio, sino solo esto.

De aqui se sigue una cosa de mucho consuelo, y es que si la buena couciencia, y el andar bien con Dios, es causa de andar alegre, que tambien esta alegría espiritual será señal é indicio muy grande, de que uno tiene buena conciencia, y anda bien con Dios, y está en gracia y amistad suya; porque por el efecto se conoce la causa: y asi lo nota S. Buenaventura: in spec. disc. p. 1, c. 3. *Maximum inhabitantis gratiæ signum est spiritualis lætitia*: La alegria espiritual, dice, es gran señal de que mora Dios en una alma, y que está en su gracia y amor: *Lux orta est justo, et rectis corde lætitia*: Psal. 96, v. 11. Para los justos nació la luz, y para los rectos de corazon la alegria: *Impii autem in tenebris ambulant*. Psal. 61, v, 5. Pero las tinieblas, oscuridad y tristeza, esa es para los malos: *Contritio, & in-*

*fælicitas in viis eorum, & viam pacis non cognoverunt.* Psal. 13, v. 3. Y asi una de las causas principales, porque el bienaventurado S. Francisco, 1 p. l. 1, c. 6 de su Crónica, deseaba ver en sus Religiosos esta alegria espiritual, era por esto: porque era indicio de que moraba Dios en ellos, y que estaban en su gracia y amistad: *Fructus autem spiritus est gaudium,* ad Galat. c. 5, v. 22, dice S. Pablo: Esa alegria espiritual, que proviene y nace como de fuente de la limpieza de corazon, y de la pureza de vida, es fruto del Espíritu Santo, y asi es señal de que mora él allí. Y holgabase tanto S. Francisco de ver á sus Religiosos con esta alegria, que decia él: Si alguna vez me tienta el demonio á mi con acedia y tristeza de espíritu, pongome á mirar y considerar la alegria de mis frailes y compañeros, y luego con la vista de su alegria, quedo libre de la tentacion, como si viese Angeles. Ver la alegria de los siervos de Dios que estan en gracia y amistad suya, es como ver Angeles en la tierra, conforme á aquello de la Escritura: *Vidi te quasi Angelum Dei.* Esther c. 15, v. 16. *Et bonus es tu in oculis meis sicut Angelus Dei.* 1 Reg. c. 29, v. 9.

## CAPITULO VII.

### *Que alguna tristeza hay buena y santa.*

Pero dirá alguno: ¿siempre habemos de andar alegres? ¿Nunca nos habemos de entristecer? ¿No hay alguna tristeza que sea buena? A esto responde S. Basilio, in regul. brev. 192, et 194, que alguna tristeza hay buena y provechosa. Porque una de las ocho Bienaventuranzas, que pone Cristo nuestro Redentor en el Evangelio, es: *Beati, qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur*: Matth. c. 5, v. 5. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Dice san Basilio, y S. Leon Papa, y traelo tambien Casiano, lib. 9 de instit. renunt., que hay dos maneras de tristeza, una mundana, que es cuando alguno se entristece de alguna cosa del mundo, como de sucesos adversos y trabajosos: y esta dicen, que no la han de tener los siervos de Dios. De S. Apolonio se lee en las vidas de los Padres, que predicaba á sus discípulos, que los siervos de Dios que tienen puesto su corazon en él, y esperan el reino de los cielos, no conviene que se entristezcan. Entristezcanse, dice, los gentiles, y los judíos, y los demas infieles, y lloren tambien sin cesar los pecadores; pero los justos, que con fé viva esperan gozar de aquellos bienes eternos, alegrense y regocijense: *Lætamini in*

*Domino, & exultate justi, & gloriamini omnes recti corde.* Psalm. 61, v. 11. Porque si aquellos que aman las cosas caducas y terrenas, se alegran y regocijan del buen suceso de ellas, ¿cuánta mayor razon tenemos nosotros de alegrarnos y regocijarnos en Dios, y en la gloria eterna que esperamos? Y asi el Apóstol S. Pablo, aun de la muerte de nuestros amigos y parientes, quiere que no nos entristezcamos demasiado: *Nolumus autem vos ignorare fratres de dormientibus, ut non contristemini, sicut & cæteri qui spem non habent.* 1 ad Thesal. c. 4. v. 12. No dice absolutamente que no nos entristezcamos; porque mostrar algun sentimiento de eso, es cosa natural, y no es malo, sino bueno, y señal de amor: Cristo nuestro Redentor lo mostró, y lloró en la muerte de su amigo Lazaro, y dijeron los circunstantes: *Ecce quomodo amabat eum.* Joan. c. 11, v. 24. Pero lo que dice S. Pablo es, que no nos entristezcamos, como los infieles que no esperan otra vida, sino que la tristeza sea moderada, consolandonos con que presto nos veremos todos juntos con Dios en el cielo: aquel va delante, luego irémos nosotros tras él. De manera que las cosas presentes de esta vida, aunque no las podemos dejar de sentir como hombres; pero no habemos de reparar mucho en ellas, sino tomarlas como de paso. Los que lloran, dice el Apóstol, 1 Cor. c. 7, v. 30, como sino llorasen, y los que se gozan, como sino se gozasen.

Otra tristeza hay espiritual y segun Dios: esta es buena y provechosa, y conviene á los siervos de Dios. Y esta, dice S. Basilio, y Casiano, (a) que se engendra de cuatro maneras, ó de cuatro cosas. Lo primero, de los pecados que habemos cometido contra Dios, conforme á aquello del Apóstol S. Pablo, 2 ad Corinth. c. 7, v. 9. *Gaudeo, non quia contristati estis, sed quia contristati estis ad pœnitentiam, contristati enim estis secundum Deum, quæ enim secundum Deum tristitia est, pœnitentiam in salutem stabilem operatur:* El llorar uno sus pecados, y entristecerse y dolerse por haber ofendido á Dios, esa es muy buena tristeza, segun Dios. Dice S. Crisóstomo una razon digna de ingenio: Ninguna pérdida hay en el mundo que se restaure con el dolor, pesar y tristeza, sino sola la del pecado: asi en todas las otras materias es mal empleado el dolor y la tristeza, sino es en esta; porque todas las demas pérdidas, no solo no se remedian con llorar y estar tristes, sino antes se aumentan y acrecientan con eso; pero la pérdida del pecado remediase con la tristeza y dolor, y asi eso habemos de llorar.

Lo segundo, se engendra y nace esta tristeza de los pecados de otros, de ver que Dios es ofendido y menospreciado, y que es quebrantada su ley. Esta es tam-

(a) *Idem August. serm.* 11 *ad fratres in eremo.*

bien muy buena tristeza; porque nace de amor y zelo de la honra y gloria de Dios, y bien de las almas. Y asi vemos á aquellos santos Profetas, y amigos grandes de Dios, enflaquecidos y consumidos de esta tristeza y dolor, viendo los pecados y ofensas que se cometian contra su Magestad, y que ellos no las podian remediar: *Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam.* Psal. 118, 53; 139, 158. Era tan grande la afliccion que por esta causa sentia el profeta David, que el dolor del ánima le enflaquecia el cuerpo, y le corrompia la sangre: *Tabescere me fecit zelus meus: quia obliti sunt verba tua inimici mei. Et vidi prævaricantes, & tabescebam, quia eloquia tua non custodierunt.* Pudriasele la sangre en el cuerpo de ver las injurias y ofensas que se hacian contra Dios. Y el profeta Jeremias está lleno de semejantes llantos y gemidos. Esta tristeza nos está muy bien á nosotros, y nos es muy propia; porque el fin de nuestro instituto es que el nombre de Dios sea santificado y glorificado de todo el mundo: y asi el mayor de nuestros dolores ha de ser ver que esto no se haga asi, sino muy al reves.

Lo tercero, puede nacer esta tristeza del deseo de la perfeccion, que es tener una ansia tan grande de ir adelante en la perfeccion, que siempre andemos suspirando y llorando, porque no somos mejores y mas perfectos. Conforme á aquello que dice Cristo en el Evangelio: *Beati qui esuriunt, & sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur*: Matth. c. 5, v. 6. Bienaventurados los que andan con esta *hambre* y sed de la virtud y perfeccion; porque ellos serán hartos: Dios les cumplirá sus deseos.

Lo cuarto, suele nacer tambien una tristeza santa en los siervos de Dios, de la contemplacion de la gloria, y del deseo de aquellos bienes celestiales, viéndose desterrados de ellos, y que se les dilatan: como lloraban los hijos de Israel en su destierro de Babilonia, acordandose de la tierra de promision: *Super flumina Babilonis illic sedimus, & flevimus, cum recordaremur tui Sion.* Psal. 136, v. 1. Y el profeta David lloraba el destierro de esta vida: *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* Psal. 119, v. 5. ¡Ay de mí, que se me dilata mi destierro! Aquel, á ti suspiramos los desterrados hijos de Eva, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas, suspiros son que hacen muy buena y suave música á los oidos de Dios.

Casiano pone las señales para conocer cual sea tristeza buena y segun Dios, y cual mala y del demonio. Dice, que la primera es obediente, afable, humilde, mansa, suave y paciente. Al fin, como nace de amor de Dios contiene en sí todos los frutos del Espíritu Santo, que cuenta S. Pablo, ad Gal. c. 5, v. 22, que son caridad, gozo, paz, longanimidad, bondad, fé, mansedumbre, continencia; pero la

tristeza mala y del demonio, aspera, impaciente, llena de rencor, y amargura infructuosa, que nos inclina á desconfianza y desesperacion, nos retrae y aparta de todo lo bueno. Y mas, esta tristeza mala no trae consigo consuelo ni alegria ninguna; pero la tristeza buena y segun Dios, dice Casiano, *est quodammodo læta*: es en cierta manera alegre, y trae consigo un consuelo, y un conforte y aliento grande para todo lo bueno; como se ve discurriendo por todas esas cuatro maneras de tristeza que habemos dicho. El mismo andar uno llorando sus pecados, aunque por una parte aflige y da pena, por otra consuela grandemente. Por esperiencia vemos, cuan contentos y satisfechos quedamos cuando habemos llorado muy bien nuestros pecados: y una de las cosas en que se echa mucho de ver la diferencia y ventaja grande que hay de la vida espiritual de los siervos de Dios á la vida de los del mundo, es en esto, en que sentimos mayor gozo y regocijo en nuestra alma cuando acabamos de llorar nuestros pecados, que el que sienten los mundanos en todas las fiestas y placeres del mundo. Asi pondera esto muy bien S. Agustin diciendo: si esta que es la primera de las verdaderas obras del que comienza á servir á Dios, si el llorar de los justos, si su tristeza les da tanto contento, ¿qué será la alegria y contento que sentirán, cuando el Señor los consuele en la oracion, y les dé aquellos jubilos espirituales que él suele comunicar á sus escogidos? ¿Qué será cuando del todo los enjugue y limpie las lágrimas de sus ojos? *Absterget Deus omnem lacrimam ab oculis eorum, & mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra.* Apocal. c. 21, v. 4. Pues el andar siempre hecho un Jeremias, llorando los pecados agenos, bien se ve el sabor, gusto y satisfaccion que causa en el alma; porque es señal de buenos hijos ser muy zelosos de la honra de su padre. Pues el andar siempre anhelando y suspirando por la perfeccion, y con deseos de vernos ya en aquella patria celestial, ¿qué cosa puede haber mas suave y mas dulce, dice S. Agustin? l. 37 medit. *Quid enim pulchrius, quidve dulcius, Tuam inter tenebras hujus vitæ multasque amaritudines, divinæ dulcedini inhiare, & æternæ beatitudini suspirare, illicque teneri mente, ubi vera haberi gaudia certissimum est?* ¿Qué cosa mas dulce, que estar siempre suspirando por aquella gloria y bienaventuranza que esperamos, y tener siempre nuestro corazon á donde está el verdadero gozo, que es en el cielo?

De aqui se verá tambien, que la alegria que pedimos en los siervos de Dios, no es alegria vana, de risas y palabras livianas, ni de donaires y gracias, que ande uno parlando con todos cuantos encuentra; porque esa no seria alegria de siervos de Dios, sino dis-

traccion, libertad y disolucion. Lo que pedimos, una alegria esterior que redunde de la interior. Conforme á aquello del Sabio: *Cor gaudens exhilarat faciem*: Prov. cap. 13. Asi como la tristeza del espíritu redunda en el cuerpo, de tal manera que viene á secar y consumir no solo las carnes, pero aun los huesos: *Spiritus tristis exsicat ossa*: Prov. c. 17, v. 22; asi la alegria interior del corazon redunda tambien en el cuerpo, y hace que se eche de ver en el *rostro*: y asi leemos de muchos *Santos*, que parecia en su rostro una alegria y serenidad, que daba testimonio de la alegria y paz interior de su alma. Esta es la alegria que habemos nosotros menester.

# TRATADO SEPTIMO,

## DEL TESORO Y BIENES GRANDES QUE TENEMOS EN CRISTO, Y DEL MODO QUE HABEMOS *DE* TENER EN MEDITAR LOS MISTERIOS DE SU SAGRADA PASION, Y DEL FRUTO QUE HABEMOS DE SACAR DE ELLOS.

### CAPITULO PRIMERO.

*Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo.*

*At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum, factum ex muliere, factum sub lege, ut eos, qui sub lege erant, redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus*: Ad Galat. cap. 4, v. 4. Cuando vino la plenitud del tiempo, dice el Apóstol S. Pablo, nos envió Dios á su Hijo. Todos los demas tiempos fueron como vacíos de gracia: este tiempo es lleno de ella, y de dones espirituales, y por eso con mucha razon se llama ley de gracia; porque en él se nos dió esta gracia, que es fuente, principio y manantial de todas las gracias. Envió Dios á su Unigenito Hijo, hecho hombre, para que nos librase del pecado, para que nos rescatase y remediase de la potestad y servidumbre del demonio en que estabamos: *Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras*: Joan c. 18, v. 31, para que nos re-

conciliase con Dios, para que nos hiciese hijos adoptivos suyos, para que nos abriese la puerta del cielo que el pecado tenia cerrada, despues de aquella miserable caida de nuestros primeros padres, con la cual perdieron para sí y para nosotros el estado dichoso de la justicia original en que Dios les habia criado, y quedaron sujetos, y en ellos todos sus descendientes, á infinitas miserias: *Deus fecit hominem rectum, & ipse se infinitis miscuit quæstionibus.* Eccl. c. 7, v. 30. Un consuelo les quedó entre tantos trabajos, y fue, que luego que pecó Adan, maldiciendo Dios á la serpiente, alli prometió de dar en cierto tiempo á su Unigenito Hijo, para que hecho hombre, y padeciendo por nosotros, nos librase de los males en que caimos por el pecado: *Inimicitias ponam inter te, & mulierem, & semen tuum, & semen illius, ipsa conteret caput tuum*: Gen. c. 3, v. 15. Pondré enemistades entre tí y la muger, y entre tu simiente y la suya, y ella quebrantará tu cabeza. Esa promesa les consoló mucho, y con esto hicieron penitencia, y enseñaban á sus hijos el estado dichoso que habian tenido, y como le habian perdido por el pecado; pero que habia de venir un Redentor, en cuya virtud se salvarian. Esa promesa la confirmó Dios, Sap. c. 10, v. 2, despues muchas veces, especialmente á algunos que le agradaron mas particularmente, como Abrahan, Jacob, y David, prometiéndoles, que de su linage naceria: y toda la Religion de los judíos profesaba eso, y los Profetas decian maravillas de esta venida, le estaban aguardando con clamores, gemidos y oraciones: *Emitte agnum Domine dominatorem terræ.* Isai. c. 16, v. 1. *Utinam. disrumperes Cœlos, & descenderes.* Isai. c. 64, v. 1. *Rorate Cœli desuper, & nubes pluant justum, aperiatur terra, & germinet salvatorem.* Isai. c. 45, v. 8. Acabad ya cielos de enviarnos ese divino rocío. Acabad nubes de echar acá al que es por sí enteramente justo. Acabad ya tierra de abriros, y darnos al Salvador. Y la Esposa de los Cantares, c. 8, v. 1, deseaba y decia: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meæ, ut inveniam te foris, & deosculer te, & jam me nemo despiciat.* ¡O si te viese acá fuera hecho ya hermano mio, en los pechos de la madre, para que alli te pudiese besar, y abrazarme contigo, y ya nadie me menosprecie, pues que tengo á Dios por hermano! Esta era toda la esperanza de las gentes: *Et ipse erit expectatio gentium.* Gen. c. 49, v. 10. Estaban esperando como cautivos el rescate, y esta esperanza los sustentaba. Y en virtud del que habia de venir se les perdonaban los pecados: como nosotros creemos que vino, asi ellos creian que habia de venir, y asi le llamaban *el que ha de venir*; y eso es lo que preguntaron los discípulos de S. Juan Bautista: *Tu es qui venturus es, an alium expectamus?* Matt. c. 21, v. 3. ¿Eres tú el que

ha de venir, ó esperamos á otro?

Pues cuando vino el cumplimiento del tiempo, cuando llegó la hora en que Dios habia determinado de hacer esta misericordia tan grande al mundo, nos envió á su Unigenito Hijo. No quiso Dios enviar luego el remedio, porque conociesen mas los hombres su miseria, y deseasen su remedio, y le estimasen mas, cuando se le diesen. Muchas veces no nos quiere Dios remediar, ni dar el consuelo luego, porque echemos de ver nuestra poquedad, y la necesidad que tenemos de acudir á Dios, y no nos atribuyamos nada á nosotros. Pues cuando determinó Dios de remediarnos, y llegó aquel tiempo dichoso y tan deseado, porque aquella caida y daño ninguno lo podia reparar digna y debidamente sino el mismo Dios; no bastaban las fuerzas del hombre para levantarse, ni bastaban fuerzas de Angeles para levantarle, eran menester fuerzas divinas, y porque la redencion se habia de obrar con la satisfaccion de la culpa, y esta satisfaccion habia de ser penosa, y Dios en su sustancia y naturaleza no podia padecer; halló la infinita Sabiduria este medio é invencion maravillosa, de hacerse el Hijo de Dios hombre, y unidas ambas naturalezas, divina y humana, en una misma persona, ella obrase este importantísimo negocio de la redencion de los hombres. Invencion llena de sabiduría y bondad, manifestadora de la grandeza y poder infinito de Dios, mas que ninguna de todas las otras obras que ha hecho en el mundo. Y asi dice el Profeta á Dios: Psal. 79. v. 5. *Excita potentiam tuam, & veni, ut salvos facias nos*: Despertad, Señor, vuestro poder, manifestad vuestra omnipotencia, y venid á salvarnos. Pídele que muestre su potencia en esta venida, porque la obra era de la mayor fuerza que Dios podia hacer en el mundo. Asi lo dice S. Agustin: l. 10 de Civ. c. 29. Grande obra fue criar este mundo, criar tan perfectas criaturas, señal fue de su poder, y asi lo canta la Iglesia: *Credo in unum Deum Patrem omnipotentem, creatorem Cœli, & terræ*: pero comparada la redencion del mundo con esta obra, es como cifra. Y asi David, Psal. 8, v. 4, llama á la creacion obra de los dedos de Dios: *Quoniam videbo Cœlos tuos, opera digitorum tuorum, Lunam, & Stellas, quæ tu fundasti*: pero cuando se habla de la redencion del linage humano, llamase obra de su brazo: *Fecit potentiam in brachio suo*: Hizo fuerza en su brazo. La diferencia que hay del brazo al dedo, esa hay de la una obra á la otra. Y no solamente fue esta obra manifestadora del poder y grandeza de Dios, sino tambien de la grandeza del hombre, y del caudal que Dios hace de él, mucho mas que lo fue la de la creacion. Y asi dice la Iglesia: *Deus, qui humanæ substantiæ dignitatem mirabiliter condidisti, & mirabilius reformasti*. Mucho dió

Dios al hombre cuando le crió; pero mucho mas le dió, cuando le redimió. Dice S. Leon Papa: (a) A altísimo ser levantó Dios al hombre, haciéndole á su imágen y semejanza; pero mucho mas le levantó y ennobleció, haciéndose Dios, no solo á imagen y semejanza del hombre, sino verdadero hombre.

Son tantos y tan grandes los bienes que se nos han seguido de haberse hecho Dios hombre para redimirnos, que á trueque de ellos habemos de tener por buena para el mundo la culpa de Adan. Como la Iglesia en el sabado Santo, con un esceso de amor arrebatada en espíritu, enterneciéndose y regalándose con su Esposo Cristo, canta: *O felix culpa, quæ talem, ac tantum meruit habere redemptorem! O certe necessarium Adæ peccatum, quod Christi morte deletum est!* ¡O dichoso mal, por el cual tan grande bien vino á los hombres! ¡O dichosa enfermedad, que con tal medicina sanó! Mas se nos da por Cristo, que se nos quitó por Adán. Mayor es la ganancia de la redencion, que fue la pérdida de la culpa: *Non sicut delictum, ita & donum*, ad Rom. c. 5, v. 15, dice el Apóstol S. Pablo, ponderando que mas fue la gracia que Cristo nuestro Redentor comunicó al mundo, que el daño que en él causó la culpa de Adan. Y S. Bernardo (b) trayendo este testimonio de S. Pablo, dice: *Vehementer quidem nobis, dilectissimi, vir unus, & mulier una nocuere, sed gratias Deo, per unum nihilominus virum, & mulierem unam omnia restaurantur, nec sine magno fœnore gratiarum, neque enim sicut delictum, ita & donum, sed excedit damni æstimationem beneficii magnitudo*: Mucho daño nos hicieron un hombre y una muger; pero infinitas gracias sean dadas á Dios, que por medio de otro hombre, y de otra muger, que son Cristo, y la Vírgen, se restauró ese daño, y con grande ventaja: escede en infinito la grandeza del beneficio y don que se nos dió, al daño que habiamos recibido.

No se pueden contar ni decir los bienes y tesoros grandes que tenemos en Cristo. El Apóstol S. Pablo dice, que le habia el Señor dado esta gracia de predicar y declarar á las gentes estas riquezas y tesoros inestimables: *Mihi omnium sanctorum minimo data est gratia hæc, in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi.* Ad Ephes. c. 3, v. 8. Esta gracia habiamos menester nosotros ahora. Dijo el mismo Cristo á la Samaritana: *Si scires donum Dei, & quis est qui dicit tibi, da mihi bibere*: Joan. c. 4, v. 1. ¡O muger, si supieseis el dón de Dios! La merced que ha hecho al mundo! Aquella dádiva tan señalada que tenia prometida de dar á su Hijo, ya la dió. Este es don merecedor de este vocablo don; por-

(a) *Leo Papa, & August. serm. 9 de tempore.* (b) *Ber. ser. 7 de B. M. de verbis. Apoc. 12, signum magnum, 1 in initio.*

que en él se encierran todos los dones divinos: *Omnia nobis cum illo donavit*: Ad Rom. c. 8, v. 32. ¡O si conociesemos y entendiesemos este dón, y los bienes grandes que tenemos en él! ¡O si el Señor nos abriese esta vena, y nos descubriese esta mina, y este tesoro tan escelente, qué ricos quedariamos, y qué dichosos seriamos! A san Agustin le habia hecho Dios esta merced: y asi decia él: Señor, quien no te sirve por el beneficio de la creacion, bien merece el infierno: mas el que no te sirve por el de la redencion, menester es nuevo infierno para él. Y del padre maestro Avila se dice, que andaba tan actuado en esto, que cuando alguno se maravillaba de alguna merced que el Señor le habia hecho, decia: No os maravilleis de eso, sino maravillaos y espantaos de que os amó Dios tanto, que se hizo hombre por vos: *Sic Deus dilexit mundum, ut filium suum Unigenitum daret*. Joan. c. 3, v. 16. No supo el Apóstol y Evangelista S. Juan decir ni esplicar el grado de la alteza del amor que Dios nos tuvo, sino midiendo el amor conforme al dón. Por la soberania del dón que nos dió, por aí vereis el amor que nos tuvo. Cuan grande fue el dón, tan grande fue el amor. Pues amó Dios tanto al mundo, que nos dió á su Unigénito Hijo, que se hiciese hombre, para que muriendo él, viviesemos nosotros: *O mira circa nos tuæ pietatis dignatio*! canta la Iglesia: *O inestimabilis dilectio charitatis! Ut servum redimires, Filium tradidisti*: in sabbato Sanc. ¡O maravilloso amor! ¡O caridad inestimable, que entregasteis, Señor, á vuestro Hijo, para redimir *al esclavo*! ¿Quién pudiera imaginar *tal* cosa? ¿Qué hombre se atreviera, estando cautivo en Berbería, á pedir á su Rey: Señor enviad acá á vuestro único Hijo, que venga á morir entre estos infieles, para rescatarme á mí? Pues lo que vos no osaredeis bosquear, y lo que no pudieradeis pensar, ni imaginar, ni pudiera caer en vuestro entendimiento, eso hace Dios por vos.

Y mas, no solamente nos sacó del cautiverio en que estabamos, sino levantónos á dignidad de hijos de Dios: tomó nuestra naturaleza para hacernos participantes de la suya: hízose Dios hombre, para hacernos á nosotros hijos de Dios: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, & simus*, dice S. Juan: Ad Gal. c. 4, v. 5. 1 Joan. c. 3, v. 1. Mirad la caridad y bondad del Señor, y la merced tan grande que nos hizo, que no solamente nos llamamos hijos de Dios, sino que verdaderamente lo somos. Y con verdad llamamos á Dios Padre, y á Jesucristo su Hijo, hermano. Y asi, no se desdeña él, dice S. Pablo, de tenernos por hermanos, y llamarnos así: *Propter quam causam non confunditur fratres eos vocare, dicens: nuntiabo nomen tuum fratribus meis*: Ad Heb. c. 2, v. 11, et 12, antes parece que se precia de ello. Y asi

muchas veces usa de ese termino, y nos llama hermanos á boca llena. Pues quien tiene á Dios por Padre y por hermano á Jesucristo, en cuyas manos está todo el poder del cielo, y de la tierra: *Data est mihi omnis potestas in Cœlo, & in terra*: Matt. c. 28, v. 18. ¿qué mas tiene que desear? Cuando los hermanos de José vieron á su hermano entronizado en Egipto, y que mandaba toda la tierra, y que Faraon todas las cosas despachaba por su medio: *Ite ad Joseph*: Genes. c. 41, v. 55. Despues que José les quitó el miedo por la ofensa que le habian hecho, y les ofreció todo lo necesario: *Nolite timere, ego pascam vos*: Genes. c. 50, v. 21, ¿qué alegres? ¿Qué contentos? ¿Qué confiados estarian? A todos los llevó allá consigo, dióles carros en que llevasen su hacienda: *Venite ad me, & ego dabo vobis omnia bona Ægipti*: Genes. c. 45, v. 18. Venios conmigo, y daros he todo lo bueno que hay acá. Pues eso hace con nosotros Cristo nuestro Redentor, que es hermano nuestro, y nos ama mas que José á sus hermanos; á todos nos quiere llevar consigo: *Pater, quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego, & illi sint mecum*, dice por el Apóstol S. Juan: c. 17, v. 24. Padre, los que me diste, quiero que donde yo estoy, estén ellos conmigo. Danos carros para que vamos allá, que son tantos Sacramentos, y tantas ayudas de costa como tenemos para ello.

Y si se os pusieren delante las ofensas y pecados que contra él habeis cometido, para hacernos desconfiar y desmayar, ya por la penitencia los tiene olvidados. Y no solo eso, sino él mismo es nuestro medianero é intercesor con su Padre Eterno, para alcanzarnos misericordia y perdon: y asi nos esfuerza con esto el Apóstol y Evangelista S. Juan: c. 2, v. 1., *Filioli mei hæc scribo vobis, ut non peccetis, sed & si quis peccaverit, advocatum habemus apud patrem Jesum-Cristum justum*: Hijos mios, no pequeis; pero si alguno pecare, no desconfie; porque tenemos por abogado delante del Padre á Jesucristo su Hijo. Y el Apóstol S. Pablo dice, que subió Cristo al cielo, para hacer oficio de abogado y procurador nuestro en la audiencia del Padre: *Ut appareat nunc vultui Dei pro nobis.* Ad Heb. c. 9, v. 4. Dice S. Bernardo, que está allá en el cielo, mostrando y representando al Padre Eterno sus llagas, diciendo: Que por nosotros las recibió, y por su mandado, que no permita se pierda quien tan caro le costó. Así como la Sacratísima Reina de los Angeles muestra á su Hijo benditísimo los pechos que le criaron, intercediendo por nosotros; asi el Hijo muestra al Padre Eterno las heridas y llagas que por nosotros recibió. Y esa dicen los Santos, que es una de las causas porque quiso él que le quedasen las señales y ahujeros de ellas despues de su gloriosa Resurreccion.

Cuando murió Jacob, dice la sagrada Escritura, Gen. c. 50, v. 15, que fueron sus hijos á su hermano José, temerosos, no quisiese vengar entonces las injurias, que en vida del padre no habia vengado. Y dijeronle: nuestro padre, á la hora de su muerte no deseó para sus hijos otro mayor bien, sino que su hermano les perdone, y se olvide de las injurias pasadas: y nosotros tambien os suplicamos, que perdoneis á vuestro padre esta maldad: (c) *Nos quoque oramus ut servo Dei patri tuo dimittas iniquitatem hanc.* Es mucho de notar, que las injurias no las habia hecho el padre; mas el amor paternal los yerros de sus hijos hace suyos. Asi Cristo nuestro Redentor, por el grande amor que nos tuvo, los yerros y pecados nuestros hizo suyos; porque se cargó de ellos, y salió por fiador nuestro: *Posuit dominus in eo iniquitatem omnium nostrum. Et iniquitates eorum ipse portabit*, dice Isaias: c. 35, v. 6, et 11. Pues vamos nosotros con esta misma embajada y peticion al Padre Eterno, y digamosle: Padre Eterno, perdonad estos mis pecados á vuestro Hijo Jesucristo, que no dejó él cosa mas encomendada á la hora de su muerte: *Pater dimitte illis, non enim sciunt, quid faciunt.* Luc. c. 23, v. 34. ¿Pues quién con esto desconfiará de ser perdonado? *Habemus sanguinis aspersionem melius loquentem quàm Abel*, ad Hebr. c. 22, v. 24, dice el Apóstol S. Pablo: Tenemos la sangre de Cristo, que está clamando y dando voces por nosotros, mejor que la de Abel; porque aquella *clamaba pidiendo* venganza, pero la *sangre* de Cristo está clamando misericordia para aquellos por quien se derramó, y para aquellos mismos que la derramaron. Pues cuando el demonio os pusiere delante la muchedumbre de vuestros pecados y miserias, para haceros desmayar y desconfiar, poned vos los ojos en Jesucristo: imaginad, que él os toma luego por la mano, y os lleva delante de su Padre, y que responde y habla por vos, como abogado y procurador vuestro: y que cubre vuestra *confusion* y vergüenza con los méritos y servicios que á su Padre hizo: y con esto cobraréis luego otro nuevo corazon, y vuestra desconfianza se mudará en esperanza, y vuestra tristeza en alegría; porque él es nuestra justicia, satisfaccion y redencion, como dice el Apóstol: *Qui factus est nobis justitia, & sanctificatio, & redemptio.* 1 ad Cor. c. 1, v. 30.

S. Ambrosio, l. 3 de virgin., dice: *Omnia igitur habemus in Christo, & omnia Christus est nobis. Si vulnus curare desideras, medicus est. Si febribus æstuas, fons est. Si gravaris iniquitate, justitia est. Si auxilio indiges, virtus est. Si mortem times, vita est. Si cœlum desideras, via est. Si tenebras fuges, lux est. Si cibum quæris, alimentum est*: Todas las cosas

(c) *Vulgata correcta legit, ut servis Dei Patris tui.*

tenemos en Cristo, y todas ellas nos es Cristo. Si deseais ser curado de vuestras llagas, médico es. Si ardeis con calenturas, fuente es. Si os fatiga la carga de los pecados, justicia es. Si teneis necesidad de ser ayudado, fortaleza es. Si temeis la muerte, vida es. Si deseais ir al cielo, camino es. Si quereis huír las tinieblas, luz es. Si teneis necesidad de manjar, mantenimiento es. Todo lo que deseáredeis y hubiéredeis menester hallareis en él. Y en otra parte dice: *Si in te insurrexerit lupus, petram cape, et fugit, petra tua Christus est: si ad Christum confugias, fugit lupus, nec terrere te poterit. Hanc petram quæsivit Petrus, cum titubaret in fluctibus, et invenit quod quæsivit, quia dexteram amplexus est Christi*: Amb. l. 6 exam. c. 4. Si se levantáre contra vos el lobo, tomad la piedra, que es Cristo; si acudís á él, huirá el lobo, y no os podrá ni aun espantar, cuanto mas hacer mal. A esta piedra acudió S. Pedro, cuando en medio de las olas comenzó á temer, y luego halló lo que buscaba; porque le tomó Cristo de la mano, y le libró del peligro.

S. Gerónimo, sobre aquello de S. Pablo: ad Ephes. c. 6, v. 10. *De cætero fratres confortamini in Domino, et in potentia virtutis ejus induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli:* Hermanos mios, de aquí adelante confortaos en el Señor, y en el poder de su virtud, y vestios de las armas de Dios, para que podais resistir á las asechanzas y tentaciones del demonio: dice, que de lo que luego se sigue, y de todo lo que en la sagrada Escritura hallamos de Cristo nuestro Redentor, se colige claramente, que todas las armas de Dios, de que nos manda vestir aquí el Apóstol, son Cristo nuestro Redentor. De manera que es lo mismo decir: Vestios todas las armas de Dios; como si dijera: Vestios de Jesucristo. Y va probando, como Cristo es nuestra loriga, y nuestra zelada, y nuestro arnés, y nuestro escudo y nuestra espada de dos filos: *Utraque parte acuta*: Apoc. c. 1, v. 16; & c. 2, v. 22, y todo lo demas. Y así las armas que nos habemos de vestir, y con que nos habemos de armar, para resistir á todas las tentaciones del demonio, y para defendernos de todos sus engaños y asechanzas, y salir con victoria, son la virtud de Cristo. De manera que todas las cosas nos es Cristo, y todas las tenemos en él. Y para que mejor entendamos esto, la Escritura divina le atribuye innumerables nombres y títulos, llamándole Rey, Maestro, Pastor, Sacerdote, Médico, Amigo, Padre, Hermano, Esposo, Luz, Vida, Fuente y otros semejantes. Así como el Apóstol dice, que en él estan cerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia del Padre: *In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi*: Ad Colos. c. 2, v 3: así tambien en él estan encerrados todos nuestros tesoros y riquezas;

porque en él está librado todo nuestro bien y remedio; y todas nuestras obras, si tienen algun merecimiento, es por él: teñidas en su sangre, son de valor; como le fue dicho á S. Juan en el Apocalipsi, c. 7, v. 13, de aquella tan grande multitud que vió estar ante el trono de Dios, que no se podia contar, vestidos con vestiduras blancas y resplandecientes, y con palmas en sus manos: estos son los que lavaron sus vestiduras, y las blanquearon con la sangre del Cordero. Todos nuestros bienes son unos como pedazos y sobras de las riquezas de Cristo. Todos los bienes y dones que nos vienen, nos vienen por medio de él, y por sus merecimientos. Por él somos libres de las tentaciones y de los peligros; por él alcanzamos todas las virtudes: finalmente, todo lo tenemos en Cristo, y todo lo habemos de alcanzar por Cristo, y todo se lo habemos de atribuir á Cristo: Y así la Iglesia remata y concluye todas las oraciones y peticiones, diciendo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*; conforme á aquello del Profeta: Ps. 83, v. 10. *Protector noster aspice Deus, et respice in faciem Christi tui*: Señor, concedednos esto por Jesucristo vuestro Hijo: perdonad nuestros pecados, por el amor que le teneis, pues murió por ellos en una cruz: poned los ojos en aquellas llagas que por nosotros padeció: y tened de nosotros misericordia. Si los servicios de Abrahan, Jacob y David, bastaban en el acatamiento de Dios, para aplacarle y tenerle la mano que no castigase su pueblo; y no solo para eso, sino para que por respeto de ellos les hiciese muchos favores y mercedes, como vemos que el Señor lo hacia á cada paso: *Propter servum meum Jacob, et Israël electum meum, et propter David servum meum*: Issi. c. 54, v. 4; & 4 Reg. c. 9. v. 34; ¿cuánto mas hará el Padre Eterno por Jesucristo su Hijo, en el cual tanto se agradó? *In quo mihi benè complacui.* Matth. c. 17, v. 5. Y así dice el Apóstol S. Pablo: *Gratificavit nos in dilecto filio suo.* Ad Ephes. c. 1, v. 5. Y el mismo Cristo dice y nos asegura, que cualquier cosa que pidieremos al Padre en su nombre, se hará, para que el Padre sea glorificado en el Hijo: *Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio.* Joan. c. 14, v. 13.

¡O con cuánta razon dijo el Angel á los pastores el dia que nació este Señor, y en ellos á nosotros! *Ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo, quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus*: Luc. c. 2, v. 10. Traigoos una nueva de grande gozo y alegria para todo el pueblo, que ha nacido hoy el Salvador para vosotros, que es Cristo nuestro Señor. Y no es un gozo este, sino muchos gozos, y muchos bienes. Pregunta Orígenes: ¿por qué diciendo Isaías, c. 52, v. 7, en singular, *anuntiantis bonum*; refiriendo

do S. Pablo este lugar, dice en plural: *Evangelizantium bona?* Ad Rom. c. 10, v. 13. Y responde: Porque Jesucristo, no es solo un bien, sino todos los bienes. El es nuestra salud, nuestra vida, nuestra resurreccion, luz del mundo, verdad, camino, puerta del cielo, sabiduría, poder y tesoro de todos los bienes. Para nosotros nació, y murió, para que nosotros vivamos. Para nosotros resucitó, para que nosotros resucitemos. Para nosotros subió á los cielos: *Vado parare vobis locum*, Joan. c. 14, v. 2, dijo él: *Et expedit vobis, ut ego vadam.* Joan. c. 11, v. 7. Voy á prepararos el lugar, y convieneos á vosotros que vaya. De allí nos envió el Espíritu Santo: *Dedit dona hominibus:* Ad Ephes. c. 4, v. 4. Y allí donde está sentado á la diestra del Padre, nos está haciendo continuos favores y mercedes. Dice S. Cipriano, que para eso tambien le quedaron abiertos los agujeros de las llagas, para mostrar que los caños quedaron como fuentes, manando tesoros y gracias, siempre estan manando con grandísima liberalidad y no se pueden agotar: *Manus ejus tornatiles aureæ, plenæ hiacinthis:* Cant. c. 5, v. 14. Tiene manos de oro, y llenas de piedras preciosas, y como es maniroto, cuélanse por aquellos agujeros los dones. Pues concluyamos con lo que concluye el Apóstol S. Pablo: *Habentes ergo Pontificem magnum qui penetravit cœlos, Jesum filium Dei:* Ad Hebr. c. 4, v. 14 & 16. Teniendo un Pontífice, y un medianero é intercesor tan grande como á Jesucristo, Hijo de Dios, que penetró los cielos, y está sentado á la diestra del Padre, y es igual con él: *Adeamus cum fiducia ad Tronum gratiæ ejus ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno:* Acudamos al trono de la gracia y misericordia de Dios con grande confianza, que alcanzarémos perdon.

Del bienaventurado S. Bernardo se lee en su historia, que en una enfermedad grave que tuvo, se arrobó, y estando como en extasis, le pareció que le llevaban delante del tribunal de Dios, y que el demonio le acusaba allí, y le hacia sus cargos, diciendo, que no era merecedor de la gloria. Respondió el Santo: Yo confieso que no soy digno de la gloria eterna, mas á mí Señor Jesucristo se le debe, y posee el cielo por dos títulos; lo uno, por ser Unigénito del Eterno Padre, y heredero del reino celestial; y lo otro, por haberle comprado con su sangre, obedeciendo á su Padre hasta la muerte: él se contenta con el primero de estos dos títulos, y ese solo le basta, y del segundo me hace á mi donacion, y en virtud de ella tengo yo derecho al cielo, y así en eso tengo confianza. Con esto quedó el perverso acusador confuso, y aquella forma de juício y tribunal desapareció, y el Santo volvió en sí. Pues en eso habemos de confiar nosotros, y esa ha de ser toda nuestra esperanza.

Jacob vestido de las vestiduras de su hermano mayor, alcanzó la bendicion de su Padre. Vistámonos nosotros de Jesucristo, nuestro hermano mayor, cubrámonos con las pieles de este Cordero sin mancilla, valgámonos de sus méritos y Pasion, y de esta manera alcanzarémos la bendicion del Padre Eterno.

## CAPÍTULO II.

### *Cuan provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor.*

El bienaventurado S. Agustin, serm. 32 ad fratres in eremo, dice: *Nihil tam salutiferum nobis est, quam quotidie cogitare quanta pro nobis pertulit Deus, et homo*: No hay cosa que tan saludable y provechosa nos sea, como pensar y considerar cada dia lo que padeció por nosotros el Hijo de Dios. Y S. Bernardo, serm. 62 sup. Cant. dice: No hay cosa tan eficáz para curar las llagas de nuestra conciencia, y purgar y perficionar nuestra alma, como la frecuente y continua meditacion de las llagas de Cristo, y de su muerte y Pasion: *Quid enim tàm efficax ad curanda conscientiæ vulnera, nec non ad purgandam mentis aciem, quàm Christi vulnerum sedula meditatio?* Y para todas las tentaciones, y especialmente contra las deshonestas, dicen los Santos, que es singularísimo remedio el acogernos á pensar en la Pasion de Cristo, y escondernos en *sus* llagas. Finalmente, para *todo* hallarémos remedio y ayuda *en la* Pasion de Cristo: *In omnibus non inveni tam efficax remedium, quam vulnera Christi*, dice S. Agustin: in manual. c. 32. En ninguna cosa hallé tan eficáz remedio como en esto. Y S. Buenaventura, collat. 7, dice: *Qui se attente, et devote in sanctissima vita, & Passione Domini exercet, et omnia utilia et necessaria sibi abundanter ibi invenit, nec opus est ut extra Jesum aliquid quærat*: El que se ejercita con devocion en la vida y Pasion santísima del Señor, allí halla abundantemente todo lo que ha menester, y fuera de Jesus, no hay que buscar. Y así vemos que los Santos, y siervos de Dios han usado muy continuamente este ejercicio, y por este medio vinieron á alcanzar grande santidad y perfeccion.

Aunque no hubiese en este ejercicio otra cosa, sino acordarnos de Dios, y traer á la memoria los beneficios que de su mano habemos recibido, y estar pensando en ellos, sería de mucha estima y valor delante del Señor: porque condicion es del amor, hacer al que ama, *que* desee y estime en mucho, *que la* persona en quien tiene puesto su amor, se acuerde mucho de él, y piense muy á menudo en las buenas obras que de él ha recibido, y que muchas veces trate y hable de estas cosas; y el que de veras ama, se agrada y gusta de ello, mucho

mas que si la persona amada le enviase muchos presentes y dones de su hacienda. Lo qual vemos en una madre, señora principal y rica, que ama mucho á su hijo ausente, que si le dicen que el hijo se acuerda y trata mucho de ella, y que siempre le hallan hablando de los regalos con que le criaba, y de los beneficios y buenas obras que siempre le ha hecho, y de los trabajos que por él ha padecido; mas lo aprecia, y mas contento y gusto recibe en oir esto de su hijo, que si le enviase muchas piezas de seda, y joyas de oro, sin tener memoria de ella.

Pues de la misma manera, Dios nuestro Señor, que en todas las demas cosas guardó las propiedades y leyes del amor, tambien las guarda en esto, que es propiedad de los que mucho aman: y así desea y estima en mucho, que siempre nos acordemos de él, y pensemos en él, y en los beneficios y maravillas que por nosotros ha obrado. Especialmente, que si nos ejercitamos mucho en la memoria de estos beneficios no se pasará á mucho tiempo sin que se despierte en nosotros el deseo de servir de veras al Señor por ellos.

Blosio, c. 2 mon. spiritual., refiere de la santa virgen Gertrudis, que entendió del Señor, que cuantas veces uno mira con devocion la imágen de Jesucristo crucificado, tantas es mirado amorosamente de la benignísima misericordia de Dios. Pues saquemos siquiera de aquí, que pues á él no se le hizo de mal el padecer por nuestro amor, que no se nos haga á nosotros de mal el acordarnos de lo que padeció por nosotros. De S. Francisco, 6 part. lib. 1, c. 86 de su Crónica, se cuenta, que una vez andando él junto á nuestra Señora de Porciuncula, llorando y lamentándose en altas voces, acertó á pasar por allí un hombre honrado, siervo de Dios, que le conocia, el cual viendo al Santo tan triste y lloroso, pensando haberle sucedido alguna desgracia y trabajo, se llegó á él, y le preguntó, ¿qué tenia, ó qué le daba pena? Respondió el Santo con muchas lágrimas y sollozos: Duélome mucho, y lloro por los grandes tormentos y penas que dieron á mi Señor Jesucristo tan sin culpa, y de ver cuan olvidados estamos los hombres de tan sumo beneficio, habiendo nosotros sido la causa de su Pasion.

## CAPÍTULO III.

*Del modo que habemos de tener en meditar la Pasion de Cristo nuestro Redentor, y del afecto de compasion que habemos de sacar de ella.*

El modo que habemos de tener en la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor, es el que los Maestros de la vida espiritual enseñan comunmente, que habemos de tener en la oracion. En la cual advierten, que no se nos ha

de ir todo en meditar y discurrir por la historia, sino que lo principal ha de ser mover nuestra voluntad con afectos y deseos: los cuales se forman primero en el corazon, para que despues á su tiempo salgan en obra; y eso ha de ser en lo que habemos de insistir y detenernos mas en la oracion. Así como el que cava y ahonda para sacar agua, ó para descubrir algun tesoro, en topando con lo que busca, pára, y no da mas azadonada: así en descubriendo con la meditacion y consideracion del entendimiento el oro y tesoro de la verdad y afecto que buscais, en topando con el agua viva, de que está deseosa y sedienta vuestra ánima, no habeis de cavar ni ahondar mas con el entendimiento, sino deteneros en esos afectos y deseos de la voluntad, hasta hartaros de esa agua, y matar vuestra sed, y quedar satisfecho: porque ese es el fin que se pretende en la oracion, y el fruto que habemos de sacar de ella; y á eso se han de ordenar y enderezar todas las meditaciones, y consideraciones y discursos del entendimiento. Pues este mismo modo habemos de guardar en la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor. Y así iremos diciendo los afectos que habemos de sacar de esta meditacion, y en que habemos de insistir, apuntando juntamente algunas consideraciones que nos despierten á ellos.

Muchos son los afectos en que podemos aquí ocuparnos y detenernos con mucho fruto; pero comunmente los reducen los que tratan de esto, á siete géneros ó maneras de afectos. El primero es compasion. Compadecerse uno de esto, es recibir pena de su pena, y dolor de su dolor, acompañándole en sus trabajos con sentimiento y lágrimas de corazon, con lo cual parece que se reparte el trabajo y dolor entre ámbos, y con el que yo tomo compadeciéndome, queda el otro mas aliviado, y con menor dolor y afliccion: como por el contrario, cuando uno muestra holgarse de su mal y trabajo, y se rie y hace burla de él, hace que su trabajo y dolor sea mayor, y que lo sienta mas. Y aunque es verdad, que no podemos nosotros de esta manera hacer, que los dolores y trabajos de Cristo nuestro Redentor le sean mas ligeros, porque ya son pasados; pero con todo eso le es á él muy agradable esta nuestra compasion, porque por ella en cierta manera hacemos nuestros sus dolores y trabajos. Y así dice el Apóstol S. Pablo: ad Rom. c. 8, v. 17. *Si autem filii, et hæredes: hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi: si tamen compatimur, ut et conglorificemur*: Si tomamos y traspasamos en nosotros los dolores de Cristo, compadeciéndonos de ellos, seremos herederos de la gloria juntamente con él.

Para despertar en nosotros este afecto de compasion, nos ayudará considerar la grandeza de los dolo-

res, penas y tormentos que Cristo nuestro Redentor padeció; porque como dicen los Teólogos, y los Santos, fueron los mayores que se han padecido, y se pueden padecer en esta vida, conforme á aquello del profeta Jeremias: *O vos omnes, qui transitis per viam, attendite, & videte, si est dolor similis, sicut dolor meus.* Threnor. c. 1, v. 12. Lo primero en su cuerpo no hubo parte que no padeciese gravísimos dolores y tormentos: *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas*, dice Isaías: c. 1, v. 6. Los pies y las manos enclavadas, la cabeza traspasada con la corona de espinas, el rostro afeado con salivas, y herido con bofetadas, todo el cuerpo acardenalado con azotes, y descoyuntado con el tormento de la cruz: *Dinumeraverunt omnia ossa mea.* Psalm. 12, v. 18.

Y no solamente fue su dolor en el cuerpo, sino tambien en el anima; porque aunque la naturaleza humana estaba unida con la persona divina; empero así sintió la acerbidad de la Pasion, como si no hubiera aquella union. Añadese á esto, que para que este dolor fuese mayor, quiso él carecer de todo consuelo. Y eso es lo que dijo estando en la cruz: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Matth. cap. 27, v. 46. Los santos Martires en sus tormentos eran recreados con un consuelo celestial y divino, que les hacia sufrirlos, no solo con ánimo, sino con alegria; y Cristo nuestro Redentor para padecer mas por nuestro amor, cerró las puertas por todas partes á todo género de alivio y consolacion, así del cielo, como de la tierra, cuanto á la porcion inferior, y así fue desamparado, no solo de sus amigos y discípulos, sino tambien de su Padre: *Factus sum sicut homo sine adjutorio inter mortuos liber*: Ps. 87, v. 5. Fuí hecho como hombre sin favor y ayuda, siendo yo solo el que entre los muertos estaba libre del pecado, y de merecer muerte ni pena.

Basta para entender la grandeza de los dolores de Cristo, que de solo imaginarlos y pensar en ellos, sudó en el huerto sudor de sangre con tanta copia y abundancia, que corria en tierra. Pues ¿qué seria el padecerlos, si solo el pensarlos causó tanta pena y agonía en él? Finalmente, fueron tales y tan rigurosos sus trabajos y dolores, que dicen los Santos, que ninguno pudiera vivir con ellos sin milagro que le conservase la vida; y así fue necesario valerse Cristo de su divinidad, para no morir en ellos; pero lo que la divinidad allí obraba, no era no sentir los trabajos, sino que el escesivo dolor y sentimiento no le acabase la vida, para así poder padecer mas: donde podemos considerar y ponderar la misericordia y liberalidad del Señor, que para que los santos Martires no sintiesen los tormentos, hacia milagros, y en sí los hace, para padecer y sentirlos mas por nuestro amor.

Fuera de estos dolores esteriores que atormentando su cuerpo, atormentaban juntamente su ánima, como habemos dicho, tuvo Cristo nuestro Redentor otros dolores interiores, que inmediatamente atormentaban su alma santísima, que fueron mucho mayores que esos otros; porque desde el instante de su concepcion hasta el punto en que murió, tuvo siempre presentes todos los pecados de los hombres, hechos desde el principio del mundo, y todos los que se habian de hacer hasta el fin de él; y como por una parte amaba tanto á Dios, y veía que eran injurias y ofensas suyas, y por otra parte amaba tanto las almas, y veía que eran en daño y perdicion de ellas, y que con ofrecer él su Pasion y muerte para su remedio, con todo eso tanta infinidad de almas no se habian de querer aprovechar de ella, sino que habian de querer mas la muerte que la vida; érale esto una espada de dos filos, que le heria por ambas partes; la una por la ofensa de Dios; y la otra por el daño y condenacion de las almas. Y así no se pueden decir ni pensar los dolores incomparables que de esto recibia aquella ánima santísima. Pues todo esto junto con los tormentos, dolores y afrentas, que representándosele en la oracion del huerto, le hicieron sudar sangre en tanta abundancia, que corria en tierra, y todo lo demas que en su vida santísima padeció, tuvo siempre delante de sus ojos, desde el instante de su concepcion hasta que espiró en la cruz, conforme á aquello del Profeta: Psal. 37, v. 18. *Et dolor meus in conspectu meo semper.* De donde podemos entender, que toda su vida fue como el dia de su Pasion. Y aun á veces suele dar mayor pena y tormento, el estar esperando la adversidad y trabajo, que el padecerlo. De manera que toda su vida fue un mar de inmensos dolores, que sin cesar de noche y de dia, sin medida atormentaban aquella alma sacratísima.

Pues quien por menudo consideráre, y ponderáre todas estas cosas, y que el que las padece es el mismo Hijo de Dios, y que las padece por nosotros, y por puro amor nuestro, corazon mas que de piedra ha de tener, si no se mueve á compasion. Y así dice S. Bernardo: (a) Pues la tierra tiembla, y las piedras se quiebran, y los monumentos se abren, y el velo del templo se rompe, y el sol y la luna se oscurecen; razon será que nosotros nos compadezcamos de lo que el Señor padeció por nosotros. No es razon que seamos mas duros que las piedras, y mas insensibles que las criaturas irracionales: pártasenos el corazon de dolor, y rómpansenos las entrañas: *Fili mi Absalon, Absalon fili mi, quis mihi tribuat, ut ego moriar pro te, Absalon fili mi, fili mi Absalon!* Hijo mio Absalon, Absalon hijo mio, ¡quién me diese que yo muriese por tí! Si es-

(a) *Bern. ser. Feriæ 4 hebdomadæ Sanctæ. Matth. 27, v. 34 & 51.*

to decia el rey David, 2 Regum c. 28, 33, sintiendo la muerte del hijo que murió, por perseguirle y quitarle el reino; cuanto mayor razon será que lo digamos nosotros, sintiendo la muerte del Hijo de Dios, que murió por librarnos del cautiverio del demonio, y darnos el reino de su Padre Eterno.

## CAPITULO IV.

### *Del afecto del dolor y contricion de nuestros pecados, que habemos de sacar de la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Señor.*

El segundo afecto en que nos habemos de ejercitar, y procurar sacar de la meditacion de la Pasion del Señor, es dolor y contricion de nuestros pecados. Este es uno de los frutos mas propios que podemos sacar de ella, por descubrirsenos en ella tanto la gravedad y malicia del pecado; la consideracion del remedio nos ha de abrir los ojos, y hacer que echemos de ver la gravedad de la enfermedad, dice S. Bernardo: ser. 3 de Nativitate. *Agnosce, ò homo, quam gravia sunt vulnera, pro quibus necesse est Dominum Christum vulnerari*! ¡O hombre, conoce y entiende cuan grande es la llaga que tuvo necesidad de tan costosa medicina! No hay cosa que tanto declare la gravedad del pecado, aunque entre en ello el infierno que se le debe para siempre jamas, como es, que es tan grande mal el pecado, que fue menester que Dios se hiciese hombre para pagar esta deuda: porque de otra manera no se pudiera pagar ni satisfacer de todo rigor de justicia, y quedára menoscabada la justicia de Dios; porque la ofensa habia sido en cierta manera infinita, porque habia sido contra Dios infinito, y así hombre puro no pudo satisfacer por ella, por la distancia grande que hay entre Dios, y hombre puro: era menester, que el que satisfaciese fuese persona de infinita dignidad, igual al injuriado y ofendido, y tan bueno como él. Declaran esto los Teólogos con un ejemplo. Da un pastor, ó labrador, hombre comun y bajo, de palos, ó un bofeton al Rey; claro está que no quedará el Rey satisfecho con hacer dar de palos, ú otro bofeton á aquel, ni aunque le haga dar doscientos azotes, ni aunque le ahorque; porque hay mucha distancia de él al Rey: ¿qué tiene que ver bofeton, é injuria del Rey, con bofeton, ó muerte de un pastor? Pues ¿cómo se podia satisfacer aquel Rey? ¿Sabeis cómo? Si aquel fuera, ó le hicieran Rey tan grande como él, y entonces le ofreciera satisfaccion igual: con eso quedára satisfecho.

Pues así es acá: habia el hombre vil y bajo y apocado, polvo y ceniza, ofendido é injuriado al Rey del cielo y de la gloria: habia, como si dijesemos, dado un bofeton á Dios; porque eso hace

uno, cuanto es de su parte, cuando hace un pecado mortal, aunque muera ese hombre vil y bajo, no quedará satisfecha la injuria. Pues ¿cómo se satisfará? Si ese hombre fuera Dios igual con el injuriado; padeciendo ese hombre, quedará satisfecha la injuria. ¿Pues qué remedio? ¿Qué no hay otro Dios? No, porque no hay mas que un solo Dios verdadero. Esa fue la misericordia infinita de Dios, y la invencion, y artificio maravilloso que halló para poder perdonar al hombre sin menoscabo de su justicia: que habiendo sido él el ofendido, y no habiendo otro Dios que pudiese satisfacer, se hace Dios hombre, para que así padeciese y muriese el hombre, pues el hombre habia ofendido é injuriado á Dios; y para que el padecer sea de infinito valor, pues la ofensa y culpa habia sido en cierta manera infinita, sea el que padece tambien Dios, cuyas obras son de valor infinito, porque son obras de Dios infinito. Esta fue la necesidad de la Pasion de Cristo nuestro Redentor, que declara bien la gravedad y malicia del pecado: y así dice S. Juan Damasceno, lib. 1, c. 1, que si por el pecado echara Dios en el infierno para siempre jamas á todos cuantos hombres ha tenido el mundo, y tendrá hasta que se acabe, no quedára tan satisfecha, ni tan pagada la justicia divina, como encarnando Dios, y muriendo. Y no es esto hipérbole ó exageracion, sino una verdad muy llana; porque todo el infierno y sus tormentos perdurables no es paga igual á la vida y muerte de Cristo, con la cual como era Dios el que *pagaba*, se hizo á la justicia entera *satisfaccion* de todo lo que se le debia, y aun mas; pero en el infierno jamas se acaba de pagar un solo pecado.

Pues conforme á esto digo, que uno de los principales frutos que habemos de sacar de la meditacion de la Pasion, ha de ser, llorar y aborrecer mucho nuestros pecados, que tanto costaron á Jesucristo. Estas espinas y azotes, Señor, mis pecados los causaron; yo Señor, os puse en esos trabajos: *Ego sum qui peccavi, ego inique egi: vertatur, obsecro, manus tua contra me.* 2 Reg. 24, v. 17 *Tollite me, et mittite in mare, scio enim ego, quoniam propter me tempestas hæc grandis venit.* Joan. cap. 1, v. 12. Esa cruz, Señor, yo la merecia; yo soy el que habia de ser escupido, azotado y escarnecido.

S. Bernardo, ser. 3 de Nativ. Domini, pone una consideracion muy buena á este propósito. Estábame yo jugando en la plaza con mis compañeros, y allá en la recamara Real se estaba dando sentencia de muerte contra mí. Oyó esto el Hijo unigénito del Rey, y quítase la corona de la cabeza, y desnudase de sus vestiduras Reales, y sale vestido de un saco, cubierta la cabeza de ceniza, y los pies descalzos, llorando y lamentando, porque habia condenado á muerte á su

siervo. Véole subitamente salir de esta manera, quedé atónito de la novedad: pregunté la causa: oí decir, que va á morir por mí. ¿Qué será bien que haga en este caso? ¿Quién será tan loco ó tan descomedido, que se vuelva al juego, y no vaya siquiera acompañándole, y llorando juntamente con él? Pues de esta manera, con estas ú otras semejantes consideraciones nos habemos de detener en la oracion, llorando y doliéndonos de nuestros pecados, que fueron causa de la Pasion de Cristo. Y así nuestro Padre S. Ignacio, lib. exercit. spirit., en los ejercicios de la Pasion, pone esto por peticion, dolor, sentimiento y confusion; porque por mis pecados padeció tanto el Señor. Y la peticion que nuestro santo Padre pone en los ejercicios por preámbulo, siempre es lo que quiere que procuremos sacar de ellos.

Este ejercicio es muy encomendado de los Santos, y es razon que no nos olvidemos de él, sino que le usemos y ejercitemos mucho, así los que comienzan, como los que van adelante: porque hay grandes provechos en él. Lo primero, es un ejercicio con que se conserva uno mucho en humildad y temor de Dios. Una de las mas fuertes y eficaces consideraciones que podemos traer para andar siempre humillados y confundidos, es la consideracion de los pecados, y el dolor y el sentimiento de ellos. Quien ofendió á su Criador y Señor, y mereció estar en los infiernos para siempre jamas, ¿qué deshonras, qué injurias, qué desprecios no recibirá de buena voluntad, en recompensa y satisfaccion de las ofensas que ha cometido contra la Magestad de Dios? Lo segundo, es este un ejercicio, que asegura mucho el perdon. Una de las cosas que mas satisfaccion puede dar á uno, de que le ha Dios ya perdonado sus pecados, es haberse dolido y arrepentido mucho de ellos. Si vos traeis delante de los ojos vuestros pecados, doliéndoos y confundiéndoos de ellos; no los mirará Dios, sino olvidarlos ha: por eso se acordaban tanto los Santos de sus pecados, y los traían siempre delante de sus ojos: *Quoniam iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper*; *id est coram me*: Psal. 50, v. 5 & 11, decia el Profeta, para que Dios los olvidase y apartase sus ojos de ellos: *Averte faciem tuam à peccatis meis, et omnes iniquitates meas dele.* Y así lo nota S. Gerónimo sobre estas palabras: *Quia si tu ponis illud ante te, Deus illud non ponit ante se.* No hay cosa que así haga apartar á Dios los ojos de nuestros pecados, como mirarlos nosotros, y confundirnos y avergonzarnos de ellos. Y así, esta es una de las cosas que mas nos asegurará, y mas contento nos dará á la hora de la muerte; y por eso es menester tenerlo prevenido de atrás. Lo tercero, no solamente es remedio este para los pecados pasados, sino es una medicina muy

preservativa para no caer de aí adelante en pecado. Porque el que anda continuamente confundiéndose y doliéndose de haber ofendido á Dios, muy lejos está de pecar de nuevo. Lo cuarto, es gran remedio para poder consolar y asegurar á uno que no consintió en las tentaciones y escrupulos de que es molestado; porque el que se anda ejercitando en actos de contricion, aborreciendo mucho el pecado, y haciendo propósitos firmes de dar la vida antes que hacer un pecado mortal, seguro puede estar, que no consintió en las tentaciones y escrupulos que le vienen: porque no consiente uno tan facilmente en lo que tanto aborrece. Y mas, el andar en este ejercicio, es andar en un ejercicio de amor de Dios. Porque la verdadera contricion nace de amor de Dios, por haber ofendido á un Señor tan bueno, y tan digno de ser amado y servido; y así, cuanto uno mas conoce y ama á Dios, tanto mas le pesa de haberle ofendido.

Del glorioso Apóstol S. Pedro cuenta S. Clemente, lib. 2 recognitionum, que acordándose que habia negado á Cristo, lloraba tanto, que las lágrimas le quemaban el rostro, y tenia hechas canales en sus megillas. Y dice, que al primer canto del gallo se levantaba cada noche á oracion, y que no dormia mas en toda la noche, y que por toda su vida guardó esta costumbre. Pues eso es lo que nosotros habemos de imitar. Y uno de los mas provechosos ejercicios, que uno puede tener en la oracion y fuera de ella, es ejercitarse en actos de contricion, aborreciendo mucho al pecado, y haciendo propósitos firmes de dar la vida, y mil vidas, antes que hacer un pecado mortal, y pidiendo con mucha instancia al Señor, que antes le lleve, que tal permita: *Ne permittas me separari à te*: No permitais, Señor, que me aparte jamas de vos. ¿Para qué quiero yo, Señor, la vida, sino para serviros? Sino os tengo de servir, no la quiero, llevadme, Señor, antes que os ofenda.

## CAPÍTULO V.

### *Del afecto del amor de Dios.*

El tercer afecto en que nos habemos de ejercitar, y sacar de la meditacion de los misterios de la Pasion, es amor de Dios. No hay cosa que mas mueva á uno á amar, que verse amado, ni hay grillos ni cadenas, que así le aten de pies y manos: pues considerando el alma, y ponderando muy de espacio y con atencion el sumo amor de Cristo que aqui tanto resplandece, se ha de ir inflamando y encendiendo en amor de quien tanto le amó, dice el Apóstol y Evangelista S. Juan: *In hoc apparuit charitas Dei in nobis, quoniam Filium suum Unigenitum misit Deus in mundum, ut vivamus per eum*: 1 Joan. c. 4, v. 9. En esto se manifestó el amor grande de Dios para con nosotros, que envió á su

Unigénito Hijo al mundo, para que con su muerte vivamos. Y el Evangelista S. Lucas, c. 9, v. 3, por ser tan grande este amor, le llama esceso de amor. Cuando se transfiguró el Señor delante de sus tres discípulos, dice que aparecieron allí Elias y Moisés, y que hablaban del esceso que habia de cumplir en Jerusalén, que era de la Pasion y muerte: *Et loquebantur cum illo, et dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem.* Con mucha razon le llamó esceso de amor; lo uno porque murió por sus enemigos. Grande amor es el que llega á dar la vida por los amigos, tanto, que dice el Salvador del mundo, que es el mayor amor que uno les puede mostrar: *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* Joan. c. 15, 13. Pues á mas que eso llegó el amor del Hijo de Dios, porque llegó á darla por sus enemigos. Y así dice el Apóstol S. Pablo, que en eso nos descubrió Dios mucho su amor: *Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est.* Ad Rom. c. 5, v. 8.

Lo segundo, llamase esceso de amor, porque una sola gota de sangre de las que derramó en su Circuncision, y de su sudor en el huerto, y la menor obra que hiciera para redemirnos, bastaba, y era justísima satisfaccion de todo rigor de justicia, por todo el mundo, y por mil mundos, como dicen los Santos, porque era obra de infinito valor, por ser de Dios infinito: y no se contentó con eso aquella bondad y misericordia infinita, sino que quiso dar por nosotros toda su sangre y su vida. El Apóstol S. Pablo le llama amor nimio: *Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos*: Ad Ephes. c. 1, v. 4; porque escede infinitamente este amor todo cuanto se puede decir y pensar. El profeta Zacarias, padre del glorioso Bautista, tratando de este beneficio, no se contentó con decir, que salia de la misericordia de Dios, sino añadió, que salia de las entrañas, y de lo mas íntimo y retirado de ellas: *Per viscera misericordiæ Dei nostri: in quibus visitavit nos, oriens ex alto.*

Pues ¿quién no amará á quien tanto le amó? Y así dice el amado discípulo: *Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos*: 1 Joan. c. 4, v. 29. Hermanos mios, amémosle nosotros á él, pues que él nos amó primero á nosotros: correspondamos siquiera con el retorno, y procuremos mostrarle el amor de la manera que él nos le mostró á nosotros: él nos le mostró con obras, y con obras muy costosas, que es en lo que mas se descubre y echa de ver el amor: y así dice S. Ambrosio: l. 2 sup. Luc. *Plus igitur Domine Jesu injuriis tuis debeo, quod redemptus sum, quam operibus, quod creatus sum*: Mas os debo, Señor, por lo que hicisteis por mi en redimirme, que por lo que hicisteis en criarme: gran beneficio

fue el criarnos; pero al fin eso no os costó trabajo ninguno, no fue menester mas de decirlo, y luego fue hecho: *Ipse dixit, et facta sunt, ipse mandavit, et creata sunt*: Ps. 32, v. 9; & Ps. 148, v. 5; pero el redimirnos mas os costó que decirlo, porque os costó la sangre y la vida. Pues mostremos nosotros el amor que le tenemos, no con palabras, sino con obras: *Filioli mei non diligamus verbo, neque lingua, sed opere, et veritate.* 1 Joan. c. 3, v. 18. Dice el Evangelista: El Hijo de Dios nos mostró el amor que nos tiene, en ser despreciado y abatido por nosotros: mostrémosle nosotros á él el amor que le tenemos, en desear ser despreciados y tenidos en poco por él; y en holgarnos cuando se ofrece la ocasion de la humillacion, y de la mortificacion. El nos mostró el amor que nos tenia, en ofrecerse á sí mismo enteramente en sacrificio al Padre Eterno en la cruz: en tanto que no le quedaba cosa que no lo ofreciese todo por nuestro amor: mostremos tambien nosotros el amor que le tenemos, ofreciéndonos y entregándonos enteramente á él, y dándole todo nuestro corazon, deseando que se haga su voluntad en nosotros en todo, y no la nuestra. En esto se echa de ver el amor, no en palabras, ni en decir con la boca: Señor, mucho os amo. Y así declaran los Santos aquello del Apóstol Santiago: c. 4. *Patientia autem opus perfectum habet*: La paciencia tiene obra perfecta; porque el que abraza y lleva bien el trabajo, la mortificacion y humillacion, da testimonio, que el amor que tiene no es palabrero, *sino* obrador y verdadero; pues no falta en el tiempo de la tribulacion y tentacion, que es el tiempo donde se prueban los verdaderos amigos.

Este es uno de los mas principales frutos que habemos de procurar sacar de la meditacion de la Pasion. Y así habemos de procurar ejercitarnos mucho en esto en la oracion. Y particularmente en ofrecernos enteramente y de todo corazon á Dios; para que haga de nosotros lo que quisiere, como quisiere, cuando quisiere, y de la manera que quisiere, descendiendo en esto á cosas particulares y dificultosas que se nos podrian ofrecer, no dejando lugar, ni oficio, ni grado, por bajo é infimo que sea, á que no nos ofrezcamos por su amor; porque este es un ejercicio de grandísimo provecho, y de muy grande perfeccion, y en que se muestra mucho el verdadero amor.

## CAPITULO VI.

### *Del afecto de gratitud y hacimiento de gracias.*

El cuarto afecto en que nos habemos de ejercitar en la oracion y meditacion de la Pasion, es en hacimiento de gracias. Dice S. Agustin: epist. 77. *Quid melius, et animo geramus, et ore proferamus et calamo exprimamus, quàm Deo*

*gratias? Hoc nec dici brevius, nec audiri lætius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest*: ¿Qué cosa mejor podemos traer en el corazon, pronunciar con la boca, escribir con la pluma, que esta palabra, Gracias á Dios? No hay cosa que se pueda decir con mas brevedad, ni oir con mas alegria, ni sentir con mayor alteza, ni hacer con mayor utilidad. Estima Dios en tanto este agradecimiento y hacimiento de gracias, que en haciendo él algun señalado beneficio á su pueblo, luego queria que le cantasen un cántico de alabanzas: *Immola Deo sacrificium laudis.* Psal. 41, v. 14. Y tenemos llena la Escritura de cánticos que hacian los Santos y los hijos de Israél, en hacimiento de gracias por los beneficios que recibian de la mano del Señor. S. Gerónimo, l. 11 sup. Isai. c. 39, dice, que era tradicion de los hebreos, que aquella enfermedad que tuvo el rey Ezechias, que le puso á punto de muerte: *Ægrotavit Ezechias usque ad mortem*; (a) fue porque despues de aquella tan insigne y milagrosa victoria, que Dios le habia dado contra los asirios, matando el Angel del Señor en una noche ciento y ochenta mil de ellos, no habia cantado á Dios cántico de alabanzas, como solian hacer los demas en semejantes beneficios. S. Agustin, serm. 10 de verbis Apost., tratando de aquellos diez leprosos que Cristo sanó, pondera muy bien, que alabó el Redentor del mundo al que volvió á darle gracias por el beneficio recibido, y reprendió á los demas que habian sido ingratos y desagradecidos: *Non ne decem mundati sunt? et novem, ubi sunt? non est inventus qui rediret, & daret gloriam Deo, nisi hic alienigena.* Luc. c. 17, v. 18. Pues no seamos nosotros ingratos á los beneficios que habemos recibido de la mano de Dios, y especialmente al mayor de los beneficios, que es haberse hecho hombre, y puesto en una cruz por nosotros: *Gratiam fidejussoris tui ne obliviscaris, dedit enim pro te animam suam*, Eccles. c. 29, v. 20, dice el Sabio. Salió Cristo por nuestro fiador, y pagó por nosotros dando su sangre y su vida: razon es que no nos olvidemos de tan grande merced y beneficio, sino que seamos agradecidos.

Santo Tomas, 2 2, q. 107, art. 2, tratando de la gratitud, dice: Que de tres maneras puede ser el hacimiento de gracias. La primera, interiormente con el corazon, reconociendo y estimando la grandeza del beneficio, y teniéndose por muy obligado á tal bienhechor. La segunda, alabándole y dándole gracias con palabras. La tercera, recompensando con obras el beneficio, conforme á la voluntad del que lo recibe. Pues de todas estas tres maneras nos habemos de procurar ejercitar en este hacimiento de gracias en cualquier misterio de la Pasion. Lo primero, reconociendo con el corazon la grandeza de ta-

(a) 4 *Reg.* 20, *v.* 1: & *Isai. c.* 38, *v.* 1. 4 *Reg.* 19, *v.* 36, & 2 *Paral. c.* 32, *v.* 21.

les, y tantos beneficios, como en cada misterio se encierran, y estimándolos en mucho; ponderando muy por menudo todas las circunstancia de ellos, y todos los bienes que por ellos nos han venido, y vendrán para siempre; y estarnos conociendo, y confesando por obligados á servirle perpetuamente por ellos con todas nuestras fuerzas. Lo segundo, alabando y glorificando tambien con nuestros labios á Dios, y deseando que todo lo criado nos ayude á alabarle y darle gracias por ellos: Conforme á aquello de S. Pablo: *Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo; id est, fructum labiorum confitentium nomini ejus.* Ad Hebr. c. 13, v. 15. Lo tercero, procurando de corresponder con obras á tantos beneficios, ofreciéndole y entregándole todo nuestro corazon, como deciamos en el capítulo pasado.

Dice S. Bernardo, que en cualquier misterio que consideremos, habemos de hacer cuenta, que nos dice Cristo nuestro Redentor aquellas palabras que dijo á sus discípulos despues de haberles lavado los pies: *Scitis, quid fecerim vobis?* Joan. c. 13, v. 12. ¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? ¿Entendeis ese misterio? ¡Entendeis ese beneficio de la creacion, de la redencion, de la vocacion? ¡O que no conocemos, ni entendemos lo que Dios ha hecho por nosotros, que si yo conociese, y ponderase bien, que Vos, Señor, siendo Dios, os hicisteis hombre por mí, y os pusisteis en una cruz por mí, no habia menester otro motivo, para derretirme en vuestro grande amor, y entregaros todo mi corazon! Y ese será el verdadero agradecimiento.

Nota aquí S. Crisóstomo, lib. 2 de compunct. cordis, una cosa de mucho provecho. Dice, que es afecto y sentimiento de siervo fiel, estimar los beneficios de su Señor, que son comunes á todos, y agradecerlos como si á él solo se hicieran, y él solo fuera el deudor, y estuviera obligado á satisfacer por todos ellos, como lo hacia el Apóstol S. Pablo, cuando decia: *Qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me*: Que me amó á mí, y se entregó á la muerte por mí. Con mucha razon decia esto, y lo podemos decir nosotros, dice S. Juan Crisóstomo, pues tanto me aprovecha el beneficio á mi, como si á mi solo se hubiera hecho. Como la lumbre del sol, tanto me alumbra á mí, como si á mi solo alumbrase, y el alumbrar á otros no disminuye el dón, antes le acrecienta, porque alumbrando á otros, me da compañeros que me ayuden, y consuelen, y me hagan bien. Así el haberse hecho Dios hombre, y padecido muerte de cruz, tanto me aprovecha á mi, como si por mi solo se obrára. Y el aprovechar á otros, no disminuye mi provecho, antes le aumenta mucho, porque me da compañeros que me amen, alegren y ayuden á mere-

cer y acrecentar la gloria. Y mas, que fue tan grande el amor de Dios para con cada uno, como si á él solo, y no á otro amara; y cuanto fue de parte de la voluntad y amor de Cristo, tan dispuesto estaba á padecer y obrar estos misterios para cada uno, si fuera menester, como por todos. Y de hecho, dice S. Juan Crisóstomo, ad Gal. 2, fue tanto el amor de Cristo, que no rehusara hacer por uno solo, lo que hizo por todo el mundo. Y mas, que es verdad, que se acordó Dios de mí en particular, y me tuvo presente delante de sus ojos cuando se hizo hombre, y cuando murió en la Cruz: *In charitate perpetua dilexi te*; Jerem. c. 31, v. 3, y dió por bien empleada su muerte por mi vida. De manera que cada uno ha de considerar los misterios y beneficios del Señor, como si por él solo se hubieran obrado. Y tambien el amor de donde nace el beneficio, le ha de considerar cada uno, como si á él solo hubiera Dios amado. Y decir con S. Pablo, ad Gal. c. 2, v. 20, que me amó á mí, y se entregó á la muerte por mí. Considerados de esta manera los beneficios, y el amor de donde procedieron, despertarán en nuestra alma grande agradecimiento, y grande amor á aquel que siempre, y con caridad perpetua nos amó.

Añaden los Santos, (b) que el pedirnos Dios que le hagamos gracias por sus beneficios, no es porque él haya menester que se lo agradezcamos, sino todo es para mayor bien y provecho nuestro; para que de esta manera nos hagamos dignos de nuevos beneficios. Dice S. Bernardo, que asi como la ingratitud y olvido de los beneficios recibidos es causa de que Dios vaya despojando al hombre de ellos: *Ingratitudo est ventus urens fontem pietatis, exsiccans rorem misericordiæ, & gratiæ fluenta non recipiens*: (c) La ingratitud es un viento abrasador, que todo lo seca y consume, y tapa y cierra la frente de la divina misericordia; asi la gratitud, el dar gracias á Dios por los beneficios, causa que Dios les vaya conservando, y acrecentando otros nuevos dones y mercedes: como los rios corren á la mar, que es como fuente de ellos, para volver á salir de ella; asi cuando volvemos á Dios los beneficios recibidos con hacimiento de gracias, vuelven á manar en nosotros nuevos dones y beneficios.

## CAPITULO VII.

### *De los afectos de admiracion y esperanza.*

El quinto afecto en que nos podemos ejercitar en la oracion y meditacion de la Pasion, es admiracion, deteniéndonos y admirándonos, de que padezca y muera Dios, que es impasible é



(b) *Chrysost. hom. 25 in Genes.* (c) *Bernar. serm. contra vitium pessimum ingratitut. & serm. 1 in cap. jejunii.*

inmortal: admirandonos de que padezca y muera por aquellos mismos que le dan la muerte, y tan indignos eran de todo bien: admirandonos que padezca tantos y tales dolores y tormentos, cuales ningun hombre mortal jamas padeció: admirandonos de la inmensa caridad y piedad de Dios, y de su infinita Sabiduría, y del consejo altísimo que de ella salió, escogiendo un remedio tan convenientísimo para salvar al hombre, con el cual cumpliese juntamente con su misericordia, y con su justicia. Estarse uno considerando estas cosas y otras semejantes que aqui resplandecen, muy de espacio, ponderándolas, y admirándose de ellas, y de la bondad infinita del Señor, que por criaturas tan viles, y tan indignas é ingratas las obró, es muy buena oracion. Y aun esa tienen por muy alta contemplacion, estarse uno embebecido y absorto, considerando y ponderando las obras maravillosas de Dios; y cuanto uno tuviere mayor luz y conocimiento de estos misterios, y mas los ponderase, mas se admirará: y en aquella admiracion está encerrado un amor grande de Dios, y un reconocimiento y agradecimiento grande de sus beneficios, y una confusion grande nuestra. Y asi habemos de procurar ejercitarnos muchas veces en este santo afecto, porque sacarémos de ello grandes provechos. En los Salmos pone muchas veces la sagrada Escritura, en el Hebreo, al fin de los versos, aquella palabra *Selà*, que denota pausa, ponderacion y admiracion de aquel misterio: para enseñarnos, que *nos habemos de detener en este afecto, en* los misterios que meditamos.

Lo sexto que podemos sacar de la meditacion de la Pasion, es una esperanza y confianza grande en Dios, porque considerando el alma lo mucho que Dios ha hecho por ella, sin haberlo merecido, antes habiendo desmerecido, y considerando la voluntad y gana tan grande que muestra Cristo nuestro Redentor de mi salvacion, pues esa es la sed que en la Cruz dijo que tenia; levantase con esto á esperar de tal bondad y misericordia, que le dará todas las cosas necesarias y convenientes para su salvacion: *Qui etiam proprio filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* Ad Rom. c. 8, v. 30. Dice el Apóstol S. Pablo: El que nos dió á su Unigenito Hijo, y le entregó por nosotros á muerte de Cruz, todo nos lo dió con él. Y si esto hizo Dios por nosotros, aun siendo enemigos, ¿qué hará cuando procuraremos ser amigos? Nótese mucho esta razon, que es del Apóstol, y es de grandísimo consuelo: *Si enim cum inimici essemus reconciliati sumus Deo per mortem filii ejus, multo magis reconciliati salvi erimus in vita ipsius*: Ad Rom. c. 5, v. 10. Si siendo enemigos, y andando nosotros ofendiendo á Dios, nos miró él con ojos de

misericordia, y nos reconcilió tan á costa suya; ahora que somos amigos, y que no le ha de costar la sangre y la vida, como entonces, sino que está ya hecha toda la costa, ¿con qué ojos nos mirará? El que nos amó estando afeados por nuestros pecados, ¿cómo no nos amará ahora que nos ha limpiado y enblanquecido con su sangre preciosa? Si cuando nosotros huiamos de él, y resistiamos á sus inspiraciones, todavia nos buscaba, y nos convidaba, y no nos dejó, hasta traernos á su casa, ¿cómo nos dejará y olvidará despues de traídos?

Ayudarános tambien mucho, para sacar este afecto de confianza, cavar y ahondar en la misericordia grande de Dios, que para eso nos canta la Iglesia, que es propio de Dios tener misericordia y perdonar: *Deus, cui proprium est misereri semper, & parcere.* Es verdad, que Dios tambien es justiciero, y tan grande es en él su justicia, como su misericordia, porque en Dios todo es una misma cosa; pero la obra mas propia de Dios, y lo que él hace de suyo, y mas de voluntad, y la virtud que mas usa, es la misericordia, como lo canta el Real Profeta: Psal. 144, v. 4. *Suavis Dominus universis, & miserationes ejus super omnia opera ejus*: Para todos es bueno y suave el Señor; pero sobre todas sus obras, la misericordia es la que campea y resplandece mas. Esa es la obra que se dice mas suya, tanto, que por antonomasia y escelencia se llama obra de Dios. Y el Apóstol S. Pablo llama á Dios rico en misericordia: *Deus autem, qui dives est in misericordia.* Ad Ephes. c. 2, v. 4. Aunque es rico en todo, dice particularmente que es rico en misericordia: es manera de hablar, para significar escelencia en aquello: como decímos acá: fulano es rico en ganado: asi Dios en lo que es mas rico, en lo que tiene escelencia y eminencia grande su riqueza, es en misericordia: *Deus qui omnipotentiam tuam parcendo maximè, & miserando manifestas,* le canta la Iglesia. Eso es en lo que se manifiesta mas la omnipotencia y grandeza de Dios en perdonar y en tener misericordia, y de eso se precia él mas. Como vemos que suele tambien acá un caballero que tiene muchas gracias, preciarse mas de la una, uno de justo, otro de liberal; asi Dios se precia mas de ser misericordioso.

Y asi dice el bienaventurado S. Bernardo, serm. 5 de Nativ. Domini, el tener misericordia es obra propia de Dios, y lo que él hace de suyo, porque de su naturaleza está manando misericordia y beneficios. Y no ha menester nuestros merecimientos, ni depende de eso, para usar con nosotros de misericordia; pero el castigar es como ageno de Dios, porque para eso es menester que nosotros le provoquemos y compelamos á ello con nuestros pecados. Como la abeja, que su condicion y propiedad es hacer miel; pero el punzar eso no

lo hace ella sino cuando la molestan y provocan á ello como por fuerza, y provocada con injuria, viene á hacer eso: asi Dios, cuando viene á castigar y condenar, es como por fuerza, provocado y como compelido de nuestros pecados; y aun entonces cuando muy provocado y como compelido viene á castigar, declara bien su misericordia en el dolor y sentimiento que muestra: como se ve en muchos lugares de la Escritura. Cuando creciendo la maldad en los hombres, quiso Dios enviar el diluvio, dice el Texto: *Et tactus dolore cordis intrinsecus: Delebo, inquit, hominem, quem creavi, à facie terræ*: Genes. c. 6, v. 6. Parece que le llegaba al corazon haber de asolar al mundo. Y cuando anunció la ruina de Jerusalén, dice el sagrado Evangelio, que lloró Cristo nuestro Redentor, *videns civitatem, flevit super illam*. Luc. c. 19, v. 11. Y por Isaias, c. 1, v. 24, dice: *Heu consolabor super hostibus meis, & vindicabor de inimicis meis*! ¡Ay qué me tengo de vengar de mis enemigos! Como el juez que no puede dejar de firmar la sentencia de muerte: pero firmala con lágrimas. Y no solo en esto, sino en el mismo castigo y juicio con que Dios nos amenaza y nos quiere poner temor, se echa bien de ver su amor y misericordia infinita, y el deseo grande que tiene de nuestra salvacion. S. Juan Crisòstomo nota esto muy bien, sobre aquello del Real Profeta: Psal. 7, v. 17. *Nisi conversi fueritis, arcum suum tetendit, & paravit illum. Et in eo paravit vasa mortis, sagittas suas ardentibus effecit*: Clemencia y piedad grande es del Señor, dice *el Santo*, amenazarnos con arco, y espantarnos, y exagerar con palabras el castigo, para que no vengamos ó caer en él. Hace, dice, Dios con nosotros, á la manera que se suelen haber acá los padres que aman mucho á sus hijos, que muestran su enojo con palabras encarecidas, y dicen que harán y acontecerán, para que el hijo tema y se enmiende con aquello, y no sea menester venir el castigo. Y mas, que la espada hiere de cerca; pero el arco y la ballesta hieren de lejos; y para herir con la espada, no es menester sino echar mano, y dar el golpe; pero para herir con el arco, es menester armarle primero, y sacar las saetas de la aljaba, y ponerlas en él, y al armar y desarmar hace ruido; y por eso nos amenaza el Señor con arco, para que tengamos tiempo de huir el castigo, y librarnos de él, conforme á aquello del Profeta: Psal. 59, v. 6, et 7. *Dedisti metuentibus te significationem, ut fugiant à facie arcus, ut liberentur dilecti tui*. Y para destruir el mundo con el diluvio, dió el pregon cien años antes, para que se recogiesen los hombres, como quien quiere soltar el toro. Todo es amor y deseo de no castigar, si pudiese ser. Y en la homilia diez y siete, sobre el *Genesis*, tratando de como Dios castigó á la serpiente, porque habia engañado á Eva, dice el mismo Santo: Mirad

la misericordia grande de Dios, que asi como acá un padre que ama mucho á su hijo, no se contenta con castigar al que le mató, sino toma la espada ó lanza con que le mató, y quiebrala y hacela mil pedazos. Asi hace Dios nuestro Señor con la serpiente, que fue como la espada y el instrumento de la malicia del demonio, condenandola á pena perpetua. Que no quiere Dios la muerte del pecador, ni se huelga con la perdicion de los hombres, que si eso fuera, harta ocasion le habeis dado; porque si os hubieradeis muerto cuando vos sabeis, ya estuvieradeis en el infierno muchos años ha, y no quiso aquella bondad y misericordia infinita dar licencia á la muerte ni al demonio para que os llevase allá: *Nunquid voluntatis meæ est mors impii, dicit Dominus Deus: & non ut convertatur á viis suis & vivat?* Dice Dios por el profeta Ezequiel, c. 18, v. 23, que no quiere él que os condeneis, que le costasteis muy caro; y su sangre y vida le costasteis, y asi no querria que se perdiese tan caro precio, sino que todos se convirtiesen y salvasen, como dice el Apóstol S. Pablo: *Qui omnes homines vult salvos fieri, & ad agnitionem veritatis venire*: 1 ad Tim. c. 2. v. 4. De todas estas y otras semejantes consideraciones, de que tenemos llena la sagrada Escritura y los Santos, nos habemos de ayudar, para confiar mucho en la misericordia de Dios, y especialmente de lo que ahora tratamos, que es acogernos á la Pasion y méritos de Jesucristo.

## CAPÍTULO VIII.

### *De la imitacion de Cristo que habemos de sacar de la meditacion de sus misterios.*

Lo septimo que habemos de sacar de la meditacion y oracion de la Pasion, y en que nos habemos de ejercitar en ella, es imitacion de las virtudes que alli resplandecen en Cristo. Dos son las causas principales, dicen los Santos, (Basil. in const. monast. c. 2.) para que el Hijo de Dios vino al mundo, haciéndose hombre, y obrando estos sacratísimos misterios. La primera y principal fue para redimir al hombre con su Muerte y Pasion. La segunda para dar á los hombres ejemplo perfectísimo de todas las virtudes, y persuadirles con él, que le imitasen y siguiesen en ellas. Y por eso habiendo hecho en la última Cena aquella obra de tan profundísima humildad, como fue hincarse de rodillas delante de sus discipulos, y lavarles los pies con sus divinas manos, les dijo luego: *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita & vos faciatis*: Joan. c. 13, v. 15. Os he dado ejemplo, para que hagais de la manera que yo he hecho. Y lo que entonces avisó de aquella obra, quiso que entendiesemos de todas las demas, como lo significó el Apóstol

S. Pedro en su primera Canonica, donde hablando de la Pasion del Señor, dice: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus*: 1 Pet. c. 2, v. 21. Cristo padeció por nosotros, dejandoos ejemplo para que sigais sus pisadas. Y asi dice el bienaventurado S. Agustin: orat. 119 in Joan. *Crux Christi non solum est lectulum morientis, sed & cathedra docentis*: La Cruz no solo es la cama en que muere Cristo nuestro Redentor, sino es tambien catedra, de la cual nos está enseñando con ejemplo lo que habemos de hacer é imitar. Y aunque toda la vida de Cristo fue un perfectísimo ejemplo y dechado de virtud: pero en su Pasion parece que quiso recopilar lo que en toda su vida por palabra y ejemplo nos habia enseñado, haciendo que resplandeciesen en ella en sumo grado todas las virtudes. Y asi habemos de procurar sacar de la consideracion de estos misterios, afectos de imitacion de las virtudes de Cristo, considerando y ponderando de espacio y con atencion cada virtud de por sí, y sacando de allí en la voluntad una aficion y deseo grande de ella, y una determinacion y propósito eficaz de ejercitar y poner por obra sus actos y operaciones, un ódio y aborrecimiento grande del vicio contrario. Como considerando la humildad de Cristo, que siendo Dios se abajó tanto, y se ofreció de voluntad á los desprecios y afrentas de los hombres, y á tales afrentas se ha de estar el hombre alli despreciando á sí mismo, teniendose por cosa pequeña y vil: y estar *deseando* de corazon, que no le honren, ni le estimen, ni le den ventaja sobre los otros, y estar proponiendo, que si le sucediesen algunas afrentas y desprecios de los hombres, los sufriria de buena gana, y se holgaria que se le ofreciesen, por imitar y parecer en algo á Cristo nuestro Señor. Y de la misma manera, considerando la paciencia de Cristo, ha de estar alli proponiendo con la voluntad de sufrir y aceptar de buena gana cualesquiera cosas adversas que le sucedieren, y desear que se le ofrezcan; y que Dios le envie trabajos, y penas en esta vida, por imitar á Cristo nuestro Señor. *Nolo Domine sine vulnere vivere, quia te video vulneratum*, decia san Buenaventura. No quiero, Señor, vivir sin llagas y dolores, pues os veo á vos tan lleno de ellas. De esta manera habemos de ir discurriendo por todas las demas virtudes, por la obediencia, por la caridad, por la mansedumbre, por la castidad, por la pobreza, por la abstinencia; pues todas resplandecen allí: ejercitandonos en deseos de imitar á Cristo en todas ellas.

Y se ha de advertir aqui, y lo tocamos tambien arriba, trat. 3, c. 27, que en cada virtud habemos de descender á los casos particulares que se nos pueden ofrecer, sceptándolos, y holgándonos con ellos,

por amor de Dios. Porque eso es lo que aprovecha mas que las generalidades, y lo que habemos mas menester. Como si tratais de la virtud de la humildad, habeis de descender á imaginar los casos particulares que se suelen ó pueden ofrecer de vuestro desprecio y desestima. Primero, los mas fáciles, y despues otros mas dificultosos, que os parece que sentiriades mas, si se os ofreciesen, y os habeis de estar alli actuando y holgandoos en ellos, como si los tuviesedeis presentes. Y de la misma manera, cuando tratais de la indiferencia, paciencia, mortificacion ó conformidad con la voluntad de Dios. Porque de esa manera se va poco á poco embebiendo la virtud en el alma, y remitiendo y mitigando la pasion y vicio contrario. Y de esa manera se os hará mas fácil la obra despues, cuando se os ofrezca la ocasion, como á quien estaba ya prevenido y apercibido para ella, y para eso son los deseos y propósitos de la oracion.

Con esto habemos dado muy copiosa y abundante materia, y muy rica y provechosa para detenernos en la oracion y meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Señor, y tambien en los misterios de su vida santísima. Y no podrá decir nadie con razon que no sabe que hacer, ni en que entretenerse en ella, pues habemos dicho tantos afectos, en que cada punto nos podemos detener. A lo cual se añade, que en cada misterio, y en cada afecto de esos, para movernos mas á él, podemos considerar y ponderar las cosas siguientes. Lo primero, quién es el que padece. Lo segundo, qué es lo que padece. Lo tercero, el modo con que lo padece: conviene á saber, la paciencia, humildad, mansedumbre y amor con que sufre y abraza aquellos trabajos y afrentas. Lo cuarto, por quien lo padece. Lo quinto, de quien. Lo sexto, el fin porque lo padece, que son unos puntos que comunmente ponen y ponderan aqui los Santos, en que nos podemos detener con mucho provecho. Y aunque no hubiera otra cosa, en solo el postrero afecto de la imitacion tenemos materia para toda la vida: lo cual se verá claramente por dos vias. Lo primero, porque podemos discurrir por todas las virtudes; porque de todas tenemos necesidad, y todas las hallaremos alli en Cristo. Lo segundo, porque si en cada virtud vamos discurriendo por los casos particulares que se suelen y pueden ofrecer, y los habemos de dejar todos allanados, y tan allanados, que no solamente los llevemos con paciencia, sino con gozo y alegría, conforme á lo que decimos arriba, tratado 3, cap. 17, tenemos bien en que entender toda la vida, aun en una sola virtud, cuanto mas en tantas: y asi digo, que aunque los demas afectos son muy principales: pero este de la imitacion es mas principal y mas necesario que todos; porque contiene el afecto del amor

de Dios, y los otros que habemos dicho, y abraza todos los actos de las virtudes. De manera que la imitacion no es un afecto solo, sino un compendio y suma de todos los afectos santos, en que consiste la vida cristiana y la perfeccion de ella. Y asi este ha de ser nuestro entretenimiento ordinario, en la oracion de la Pasion de Cristo, y de su Vida santísima; y el fruto principal que habemos de procurar sacar de ella, insistiendo cada uno en la imitacion de aquella virtud de que tiene mas necesidad; deteniéndose, y cavando y ahondando, y actuándose en ella, hasta que se le vaya embebiendo, y arraigando y entrañando en el corazon, y se vaya mitigando y apaciguando la pasion y vicio contrario. Y despues pasar á otra virtud, y despues á otra; y esto es mejor y de mas provecho, que picar en la oracion en muchas cosas, y pasar ligeramente por ellas.

## CAPITULO IX.

*En que se confirma con algunos ejemplos, cuan provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor.*

Silvestro (a) refiere de santa Maria Magdalena, que habiéndose retirado, despues de la Ascension de Cristo nuestro Redentor, á un áspero desierto, donde perseveró por espacio de treinta y dos años, quiso nuestro Señor enseñarla en que ejercicio se habia de ocupar en aquella soledad, con que *mas le* agradase y le fuese mas acepta. Y para eso le envió al principio al Arcángel S. Miguel con una hermosísima cruz en las manos, la cual puso á la puerta de su cueva, para que teniéndola delante la Santa á todas horas, sin poderla perder de vista, tampoco pudiese perder de vista los sagrados misterios que ella representaba y en ella se habian obrado: y asi todo el tiempo que estuvo en la soledad, meditaba continuamente en estos misterios de la Pasion y *Muerte* de su Redentor y Maestro. *Esto* reveló la Santa á un siervo de Dios, de la Orden de santo Domingo, como mas largamente lo refiere el mismo Silvestro.

Lodulfo Cartujano (b) cuenta de un siervo de Dios, que vivia en soledad con vida muy perfecta y santa, que deseaba mucho servir á nuestro Señor, y saber en particular, qué obras y servicios le eran mas agradables, para hacerlos por su amor: pedia al Señor con mucho fervor é instancia, se lo manifestase. Y estando una vez en oracion, pidiendo lo que solia, se le apareció Cristo todo llagado, desnudo y temblando, con una pesada Cruz sobre sus hombros, y le dijo: Una de las cosas que *mas*

(a) *Silvest. in rosa aurea serm. de S. Maria Magd.* (b) *Lodulph. de Saxonia, Cartuj. in vit. Christ. in proœmio Passion.*

me agradan, y en que mis siervos me harán mayor servicio, es en ayudarme á llevar esta Cruz, lo cual harán acompañandome con la consideracion en todas mis penas y trabajos, y sintiéndolos tiernamente en su corazon. Y dichas estas palabras desapareció.

Vincencio, S. Antonino, y Surio, (c) en la vida de S. Etmundo Arzobispo de Canturbel en Inglaterra, cuenta: que siendo este Santo niño de poca edad, y estudiando en la Universidad de Oxonia los principios de gramática, yendo un dia solo por el campo, ocupado en santas meditaciones, repentinamente se le apareció el Niño Jesus blanco y colorado, como le pinta la Esposa, Cant. c. 5, v. 10, y dándosele á conocer, y travando con él algunas suavísimas platicas, entre otras cosas le aconsejó y encomendó mucho, que de allí adelante pensase todos los dias algun misterio de su Vida, Pasion y Muerte sacratísima; asegurandole, que esto le seria de grande ayuda y socorro contra el demonio y sus asechanzas, y eficacísimo remedio para alcanzar y conservarse en toda virtud, y para despues tener una buena y dichosa muerte. Y dicho este tan saludable consejo, desapareció, dejando al niño Etmundo con gran consuelo en su corazon. Y desde entonces puso diligencias en meditar todos los dias á las noches algun misterio de la Vida y Pasion de Cristo nuestro Señor. Y de esta meditacion sacaba gran devocion, y no menos provecho y remedio para todas sus cosas.

En la historia de santo Domingo, 1 p. l. 1, c. 61, se escribe de un Religioso de aquella sagrada Orden, alemán de nacion, y de mucha virtud y santidad, que desde muy mozo tuvo particularísima devocion á la Pasion de Cristo, en la cual solia pensar muy á menudo con gran sentimiento y lágrimas, y reverenciar sus sacratísimas llagas, diciendo á cada una de ellas aquellas palabras de la Iglesia: *Adoramus te Christe, et benedicimus tibi, quia per Crucem Sanctam tuam redemisti mundum*: Te adoramos Cristo, y te bendecimos, porque por tu santa Cruz redimiste el mundo. Y diciéndolas, hincaba cinco veces las rodillas en el suelo, rezando cada vez la oracion del Padre nuestro, y suplicando á Dios le diese su santo temor y amor. Y cuan acepta y agradable le fuese esta devocion, lo mostró bien en una singular merced y regalo que le hizo, estando en oracion, apareciéndosele Cristo nuestro Redentor muy benigno y humano, y convidándole á que llegase sin miedo á gozar de sus llagas: Lo cual él hizo con profunda reverencia y humildad, llegando la boca á ellas, y de ello fue tanta la suavidad y dulzura que sintió en su ani-

(c) *Vincen. in specul. histor. Anton. 3 part. histor. quos refert Surius tom.* 6.

mas, que de allí adelante todo lo que no era Dios, le era amargura y tormento increible.

Lipomano, y Surio (d) cuentan del santo Abad Palemon, maestro de S. Pacomio, que habiéndole un dia de Pascua de Resurreccion aderezado S. Pacomio para la comida las ortalizas ordinarias con un poco de aceite y sal por ser el dia que era, soliendo los demas dias comer solas yerbas con un poco de sal: viéndolas el Santo viejo guisadas con aceite, comenzó á llorar y derramar muchas lágrimas, acordándose de la Pasion del Señor, y diciendo: *Dominus meus crucifixus est, & ego nunc oleum comedam?* Mi Señor fue puesto en una Cruz, ¿y habia yo de atreverme á comer aceite? Nunca Dios tal quiera. Le replicó su discípulo Pacomio, que era Pascua, y que por serlo se podia permitir aquel regalo; pero por mucha instancia que le hizo á que las probase, no lo pudo acabar con él.

Cuéntase de un cristiano cautivo, (e) que era muy devoto de la Pasion de Cristo nuestro Redentor, y por la contínua memoria que de ella traía, andaba siempre triste y lloroso; viéndole así el tirano á quien servia, preguntabale algunas veces: ¿porqué andaba tan triste, y no se alegraba con los demas compañeros? El siempre le respondia, que no *podia mas*; porque traia en su corazon *impresa* la Pasion del Señor. Oyendo esta respuesta el tirano, quiso ver si decia verdad, y haciendole abrir el pecho, y sacar el corazon, hallaron dentro de él una imágen de Cristo nuestro Redentor crucificado perfectísimamente formada, la cual maravilla fue parte, para que el tirano se convertiese á la fé.

Semejante es á esto lo que se cuenta (f) de la santa vírgen Clara de Monte Falcó, que habiendo sido en su vida muy devota de *la* Pasion de Cristo nuestro Redentor, despues de muerta fue hallada en su corazon, á la una parte de él, una imágen de Cristo crucificado con tres clavos, lanza, esponja y caña, todo hecho de la misma carne de la Santa perfectísimamente; y á la otra parte estaban los azotes de cinco ramales, la coluna y corona de espinas, la cual maravilla hasta hoy dia se muestra en Monte Falcó, lugar de Italia.

(d) *Lipom. et Surius in vita Sanct. Pacom. mense junii.* (e) *Fr. Thom. Cantimp. l.* 1 *de apibus. c. ultim.* (f) 3 *p. l.* 4, *c.* 22 *de la Cron. de S. Francisco.*

# TRATADO OCTAVO,

## DE LA SAGRADA COMUNION, Y SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

### CAPITULO PRIMERO.

*Del beneficio inestimable, y amor grande que el Señor nos mostró en instituir este divino Sacramento.*

Dos obras nos ha mostrado Dios las mas insignes, y que mas pasman y atajan los juicios de los hombres, que todas cuantas ha hecho, y tan artificiosas, que hablando de ellas Isaías, cap. 12, v. 4, las llama invenciones de Dios: *Notas facite in populis adinventiones ejus.* Obras que parece se puso á pensar en que mostrarse comunicador y derramador de sí mismo. La primera obra fue su Encarnacion, en la cual el Verbo del Padre se juntó y unió con nuestra naturaleza con una travazon tan travada, y con un nudo tan apretado y tan junto, que en una persona quedó Dios y el hombre. Nudo ciego á toda la razon del mundo, y á solo él claro: á todos tinieblas y oscuridad, y á solo él luz y claridad. Nudo insoluble, que lo que una vez juntó, nunca jamas se desatará, ni se desató: *Quod semel assumpsit, nunquam dimisit.* Dice S. Dionisio Areop. c. 4 de div. que el amor es virtud unitiva, que transforma el amante en el amado, y hace de los dos uno. Pues lo que jamas pudo hacer amor alguno que hubiese en la tierra, eso hizo el amor de Dios por el hombre. Jamas se vió de los cielos abajo, que el amor hiciese verdaderamente uno al que amaba y al amado, de los cielos arriba bien se vé: la misma naturaleza del Padre es del Hijo, y son uno; pero de los cielos abajo, tal union jamás se hizo. Pues fue tan grande el amor que Dios nuestro Señor tuvo al hombre, que se juntó y unió con el hombre de tal suerte, que de Dios nuestro Señor y del hombre quedó sola una persona, y tan una, que el hombre es verdadero Dios, y Dios es verdadero hombre; y todo lo que es propio de Dios con verdad y con propiedad se dice del hombre. Y por el contrario, lo que es propio del hombre se dice tambien de Dios. De mane-

ra, que el que veian los hombres, era Dios. El que veian hablar con instrumento de boca corporal, era Dios. El que veian comer, andar y afanar, era Dios. Tenia naturaleza humana realmente, y operaciones humanas, y el que las hacia era Dios: *Quis audivit unquam tale, et quis vidit huic simile?* dice el profeta Isaías: c. 66, v. 8. ¿Quién jamas vió, ni oyó tal cosa? Dios niño, Dios envuelto en pañales, Dios llorar, Dios tener flaquezas, y cansarse, y sufrir dolores y tormentos. Allá dice el Real Profeta, Psal. 90, v. 9, que pusisteis, Señor, vuestro asiento muy alto, y que no llegaria á Vos azote, ni trabajo: *Altissimum posuisti refugium tuum, non accedet ad te malum, et flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo*: pero ahora, Señor, vemos que han llegado á Vos los azotes, los clavos, las espinas, y que os han puesto en la Cruz. Cosa tan agena de Dios: *Peregrinum est opus ejus ab eo*, dice Isaías, c. 28, v. 22. Cosa peregrina, obra que pasma y ataja los juicios de los hombres y de los Angeles.

Otra obra hizo Dios, (invencion propia de su infinito amor) que fue la institucion del Santísimo Sacramento. En la primera cubrió su ser divino con una cortina de carne, para que le pudiesemos ver: en esta cubre no solo lo divino, sino tambien lo humano con la cortina de los accidentes de pan y vino, para que le podamos comer. En la primera, entrañó Dios al hombre, uniendo la naturaleza humana con el Verbo divino; le entró en las entrañas de Dios. En esta segunda quiere que Vos le entrañeis á él en las vuestras. Antes *estaba el* hombre unido con Dios; ahora *quiere* Dios y hombre unirse con Vos. En la primera, la comunicacion y union fue con sola una naturaleza singular, que es la santísima humanidad de Cristo nuestro Señor, que personalmente está unida con el Verbo divino. En esta segunda unese con cada uno que le recibe singularmente, y hacese una cosa con él, ya que no por union hipostática ó personal, que eso no convenia, por la union mas íntima y mas estrecha que se pudo imaginar fuera de aquella. *El que* come mi carne, y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él, dice él mismo Señor. Obra maravillosa: *Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors, et miserator Dominus, escam dedit timentibus se.* Joan. c. 6, v. 57. Psal. 110, v. 4. No solo es la mayor de sus maravillas, como dice santo Tomas, ser. festi Corp. Chris.: *Miraculorum ab ipso factorum maximum*: sino es una cifra y recopilacion de todas ellas.

Del rey Asuero cuenta la sagrada Escritura, que hizo un grande y solemne convite, que duró ciento y ochenta dias: *Ut ostenderet divitias gloriæ regni sui*: Esther cap. 1, v. 4. Para mostrar sus grandes riquezas, y la gloria de su poder: asi este gran rey Asuero, Cristo nuestro Redentor, quiso hacer un convite Real, en el cual mostrase

la grandeza de sus tesoros y riquezas, y el poder y magestad de su gloria; porque el manjar que nos da en este convite, es el mismo Dios. Obra que admira y espanta tambien al mundo, no menos que la primera, y aun en sola la sombra de este admirable misterio que fue el maná, se admiraron: *Manhu? Quid est hoc?* Exod. c. 16, v. 15. Y despues decian: *Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum?* Joan. c. 6, v. 53. ¿Qué es posible, que habemos de comer su carne? Y no dura este convite ciento y ochenta dias, como duró el del rey Asuero, sino mil y seiscientos años; y durará hasta el fin del mundo, y siempre comemos y siempre dura. Con razon se admira, y esclama el Profeta: Psal. 45, v. 9. *Venite, et videte opera Domini, quæ posuit prodigia super terram*: Venid, y ved las obras del Señor, los prodigios que ha hecho sobre la tierra. Pasma el artificio y sabiduría de los consejos de Dios, que tomó para la salud de los hombres. De esta segunda obra habemos de tratar ahora: dénos el Señor su gracia para ello, que bien la habemos menester.

El glorioso Apóstol y Evangelista S. Juan, c. 13, v. 1, en su sagrado Evangelio, tratando de la institucion de este Santisimo Sacramento, dice: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos*: Como amase Cristo nuestro Redentor á los suyos que tenia en el mundo, en el fin señaladamente los amó, porque entonces les hizo mayores beneficios, y les dejó mayores prendas de amor, entre las cuales, una de las principales, ó la mas principal fue este Santísimo Sacramento, quedándose en él su Magestad verdadera y realmente. En lo cual nos declaró bien el amor grande que nos tenia; porque la condicion del amor verdadero, es querer tener siempre presente al que ama, y gozar siempre de su compañía; porque el amor no sufre la ausencia del amado. Y asi habiéndose de partir Cristo nuestro Redentor de este mundo á su Padre, quiso de tal manera partirse, que del todo no se partiese, y de tal manera irse, que tambien se quedase. Asi como salió del cielo, sin dejar el cielo; asi sale ahora de la tierra, sin dejar la tierra; y asi como salió del Padre, sin dejarle; asi sale ahora de sus hijos, sin dejarlos: *Exivi à Patre, et veni in mundum: iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem*: Joan c. 16, v. 23. Mas es tambien condicion del amor desear vivir en la memoria del amado, y querer que siempre se acuerde de él: y para eso se dan los que se aman, cuando se apartan, algunos memoriales y prendas que dispierten esta memoria. Pues para que no nos olvidasemos de él, nos dejó por memorial este Santísimo Sacramento, en que se queda él mismo en persona, no queriendo que entre él y nosotros haya otra menor prenda que despierte esta memoria que él mismo. Y asi en acabando de instituirse este Santí-

simo Sacramento, dijo: *Hoc facite in meam commemorationem*: Luc, c. 22, v. 19: 1 Cor. v. 24, & 26. Cada vez que celebraredes este misterio, celebradlo en memoria de mí; acordandoos de lo mucho que os amé, de lo mucho que os quise, y de lo mucho que por vuestra causa padecí.

Engrandecia mucho Moisés al pueblo de Israél, que no habia nacion tan grande que tuviese á Dios tan cercano á sí, como ellos: *Nec est alia natio tam grandis, quæ habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest cunctis obsecrationibus nostris*: Deut. c. 4, v. 7. Y Salomon, habiendo edificado el templo, se espantaba, y decia: ¿Es posible que more Dios con los hombres en la tierra? Si el cielo, y los cielos de los cielos con toda su anchura no bastan, Señor, para darte lugar, ¿cuanto menos bastará esta pequeña casa que yo he edificado? Con cuanta mayor razon podemos nosotros decir esto, pues no ya la sombra y la figura, sino al mismo Dios tenemos en nuestra compañía: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consumationem sæculi.* Matth. c. 28, v. 20. Gran consuelo y favor fue querer quedarse Cristo nuestro Redentor en nuestra compañía para consuelo y alivio de nuestra peregrinacion. Si acá la compañía de un amigo nos es consuelo en nuestros trabajos y aflicciones: ¿qué será tener en nuestra compañía al mismo Jesucristo, y ver que entre Dios por nuestras puertas, y se pasee por nuestros barrios y calles, y se deje llevar, y sea portatil: y que le tengamos de asiento en nuestros templos, y que le podemos visitar *muchas veces*, y á todas horas, de dia *y de* noche, y tratar alli con él nuestros negocios cara á cara, dandole cuenta de nuestros trabajos, y comunicándole nuestras tentaciones, y pidiéndole remedio y ayuda para todas nuestras necesidades: confiados, que quien nos ama tanto, que quiso estar tan cerca de nosotros, no estará léjos para remediarnos; *Ponam tabernaculum meum in medio vestri*: *ambulabo inter vos, et ero Deus vester*: Levit. c. 26, v. 11. Andaré, y pondré mi asiento en *medio* de vosotros: iré donde me quisiéredes llevar: pasearmehe por vuestras calles, honraroshe. ¿Que corazon hay que no se enternezca é inflame, viendo á Dios tan casero?

No se contentó el Señor con que le tuviesemos en nuestros templos y casas, sino quiso que le tuviesemos dentro de nosotros mismos; quiso entrañarse en nuestro corazon. Quiso que vos mismo fuesedes el templo, y el cáliz, la custodia y relicario, donde estuviese y se depositase este Santísimo Sacramento: *Inter ubera mea commorabitur.* Cant. 1, 12. No nos le dan aqui á besar como á los pastores, y Reyes, sino para recibirle en nuestras entrañas. ¡O amor inefable! ¡O largueza nunca oida! ¡*Qué* reciba yo en mi pecho y en mis entrañas al mismo Dios en persona, al mismo Jesucristo, verda-

dero Dios, y verdadero hombre! Al mismo que recibió, y trajo la sacratísima Reina de los Angeles nueve meses en sus entrañas, al mismo recibímos nosotros en las nuestras. Si santa Isabel, madre del glorioso Bautista, por entrar en su casa la Vírgen vuestra Madre, en cuyas entrañas ibades vos, maravillada y llena del Espíritu Santo, dió voces diciendo: *Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?* Luc. c. 1, v. 43. ¿De dónde á mí, que venga la Madre de Dios á mí? ¿Qué diré yo viendo que no por las puertas de mi casa material, sino de las de mi cuerpo y alma, dentro de mi mismo entrais vos, Señor, Hijo de Dios vivo? Con cuanta mayor razon diré: *Et unde hoc mihi?* ¿De dónde á mí? ¿A mí, que tanto tiempo he sido morada del demonio? ¿A mí que tantas veces os he ofendido? ¿A mí tan desconocido é ingrato? ¿De dónde á mí, sino de la grandeza de vuestra misericordia, de ser vos quien sois, tan bueno tan amador de los hombres? ¿De dónde, sino de ese infinito amor vuestro.

Añaden y ponderan aquí los Santos, y con mucha razon, que si este beneficio concediera el Señor á solos inocentes y límpios, aun fuera dádiva inestimable: mas qué dirémos, que por el mismo caso que se quiso comunicar á estos, se obligó á pasar por las manos de muchos malos ministros; y asi como permitió ser crucificado por manos de aquellos perversos sayones, por nuestro amor; asi permite ahora ser tratado por manos de malos y perversos sacerdotes, y entrar en las bocas y cuerpos sucios y hediondos de muchos malos y pecadores, por visitar y consolar á sus amigos. A todo esto se pone el Señor, y quiere ser otra y otras muchas veces vendido, y escarnecido, y crucificado, y puesto entre ladrones, al modo que dice S. Pablo, que los que pecan, tornan á crucificar á Jesucristo, cuanto es de su parte: *Crucifigentes sibimetipsis filium Dei*: Ad Heb. c. 6, v. 6: todo por comunicarseos á vos. Mirad si tenemos bien que agradecerle, y bien por qué para servirle. Canta la Iglesia, y espantase que no tuviese horror este gran Señor de entrar en el vientre de una doncella: *Non horruisti virginis uterum.* Pues cotejad la pureza de aquella doncella, y la impuridad nuestra, y veréis cuanta mayor razon tenemos para espantarnos, que no tenga horror de entrar en el pecho de un pecador.

## CAPITULO II.

*De las escelencias y cosas maravillosas que la fé nos enseña, que habemos de creer en este divino Sacramento.*

Muchas cosas maravillosas nos enseña la fé católica, que obran aqui las palabras de la consagracion. La primera es, que habemos de creer, que en acabando de

pronunciar el sacerdote las palabras de la consagracion sobre la hostia, está allí el verdadero cuerpo de Cristo nuestro Redentor el mismo que nació de las entrañas virginales de la sacratísima Vírgen, y el mismo que estuvo en la Cruz, y resucitó, y el mismo que ahora está sentado á la diestra de Dios Padre. Y en acabando de pronunciar el sacerdote las palabras de la consagracion sobre el caliz, está allí su verdadera y preciosa sangre. Y diciéndose en una misma hora cien mil misas en toda la Iglesia, en el punto que acaba el sacerdote de pronunciar las palabras de la consagracion, obra Dios esta conversion maravillosa, y en todas ellas está real y verdaderamente el cuerpo y sangre de nuestro Redentor, y aqui le están consumiendo, y allí le estan consagrando, y en todas partes es uno.

La segunda cosa maravillosa que aquí habemos de creer, es, que despues de las palabras de la consagracion, no queda alli pan ni vino, aunque á nuestros ojos, tacto, gusto y olfato parezca que si; pero la fé nos dice que no. Dijo el patriarca Isaac á su hijo Jacob, cuando para alcanzar la bendicion y mayorazgo cubrió sus manos con unos pellejos de cabrito, para parecer á su hermano Esaú: *Vox quidem Jacob est: sed manus sunt Esaú*: Genes. cap. 27, v. 22. La voz es de Jacob, pero las manos son de Esaú. Asi aqui lo que palpamos con las manos, y tocamos con nuestros sentidos, parece pan, y parece vino; pero la voz, que es la fe: *Auditus autem per verbum fidei*, ad Rom. c. 10, v. 18, otra cosa nos dice: *Præstet fides supplementum sensuum defectui*: La fe suple aqui la falta de los sentidos. Y allá en el maná, sombra y figura de este Sacramento, hubo tambien este, que sabia el maná á todas las cosas; sabia á perdiz, y no era perdiz; sabia á trucha, y no era trucha: asi este divino maná sabe á pan, y no es pan; sabe á vino, y no es vino. En los demas Sacramentos no se muda la materia en otra, sino el agua en el Bautismo, se queda agua, y el oleo oleo en el Sacramento de la Confirmacion, y Estrema-Uncion; pero en este Sacramento mudase la materia. De manera que aquello que parece pan, no es pan; y aquello que parece vino, no es vino, sino la sustancia del pan se muda y convierte en el verdadero cuerpo de Cristo nuestro Salvador, y la sustancia del vino en sangre preciosa. Dice muy bien S. Ambrosio: l. de his qui initiantur nimis. c. 9. * Quien pudo hacer algo de nada, criando los cielos y la tierra, mucho mas podrá hacer una cosa de otra, y mudar una sustancia en otra. * Y mas vemos, que el pan que cada dia comemos, por virtud del calor natural, en breve espacio se muda en nuestra carne: mucho mejor podrá la virtud omnipotente de Dios hacer en un instante esta conversion maravillosa. Y para que con un espanto se nos quite otro: mucho

mas es que Dios se haya hecho hombre, sin dejar de ser Dios, que no que el pan, dejando de ser pan, se vuelva en carne. Pues con aquella virtud divina con la cual el Hijo de Dios se hizo hombre, con ella misma el pan y el vino se convierten en la carne y sangre de Cristo: *Quia non est impossibile apud Deum omne verbum*: A Dios ninguna cosa le es imposible, como dijo el Angel á nuestra Señora. Lo tercero, hay otra cosa particular en esta conversion, que no es al modo de las demas conversiones naturales, en las cuales cuando una cosa se convierte en otra, queda algo de la sustancia de la cosa que se muda; porque la materia es la misma, y solamente se muda la forma: como cuando la tierra se convierte en plata, y en agua el cristal. Es como cuando de un poco de barro ó cera haceis una vez un caballo, otra un leon. Pero en esta admirable conversion, despues de la consagracion, en la hostia no queda nada de la sustancia del pan, y en el cáliz no queda nada de la sustancia del vino, ni de la forma, ni de la materia, sino que toda la sustancia del pan se convierte y muda en todo el cuerpo de Cristo: y toda la sustancia del vino en toda su sangre preciosa. Y asi la Iglesia con mucha conveniencia y propiedad, como dice el concilio Tridentino, (a) para significarnos esta total conversion, la llana transustanciacion, que quiere decir, mudanza de una sustancia en otra. Porque asi como la generacion natural, porque en ella se muda la forma, se puede llamar propiamente trasformacion; asi en este Sacramento, porque toda la sustancia del pan y del vino se convierte en toda la sustancia del cuerpo y sangre de Cristo, se llama con mucha razon transustanciacion.

De manera que no queda en este Sacramento cosa alguna de la sustancia del pan, ni de la sustancia del vino, sino solamente queda allí el color, olor, sabor, y los demas accidentes del pan y del vino, que llaman especies sacramentales. Y esta es otra maravilla grande que resplandece en este Santísimo Sacramento, que estan allí estos accidentes, sin estar en sustancia y sujeto alguno; siendo propio de los accidentes estar juntos y pegados con la sustancia, como lo enseña toda la Filosofía; porque la blancura, claro está que naturalmente no puede estar por sí, sino junta y pegada con alguna sustancia: y el sabor, y el olor tambien; pero aqui sobre todo órden de naturaleza se quedan los mismos accidentes del pan y del vino, siendo sobrenaturalmente sustentados por sí solos, como en el aire; porque la sustancia del pan y del vino ya no está allí, como habemos dicho. Y en el cuerpo y sangre de Cristo, que sucede en su lugar, no pueden estar aquellos accidentes: y asi los tiene y sustenta Dios de



(a) *Concil. Trident. sess.* 13 *de Sanctis. Euch. Sacramento, c.* 4.

por sí con un perpetuo milagro.

Mas habemos de creer que en este Santísimo Sacramento, debajo de aquellas especies y accidentes de pan, está no solo el cuerpo de Cristo, sino todo Cristo, verdadero Dios, y verdadero hombre, así como está en el cielo. De manera que en la hostia, juntamente con el cuerpo, está tambien la sangre de Cristo nuestro Redentor y su ánima sacratísima, y su santísima divinidad. De la misma manera en el caliz, debajo de las especies de vino está no solamente la sangre de Cristo, sino tambien el cuerpo, y el ánima, y la divinidad. Pero advierten los Teólogos, que no estan aqui todas estas cosas por una misma razon y manera; sino unas estan en este Sacramento por virtud y eficacia de las palabras de la consagracion, y otras por via de concomitancia ó compañía. Aquello se dice estar en este Sacramento por virtud y eficacia de las palabras, que se significa y esplica por las mismas palabras de la forma de la consagracion. Y de esta manera no está en la hostia mas que el cuerpo de Cristo, ni en el cáliz mas que la sangre; porque las palabras hacen lo que significan: y eso solo es lo que significan, este es mi cuerpo, esta es mi sangre. Aquellas cosas se dicen estar por via de concomitancia ó compañía, que están juntas, y en compañía de aquello que se esplica y declara por las palabras: porque el cuerpo de Cristo no está ahora solo, sino juntamente con la sangre, y con el ánima y con la divinidad; por eso estan *allí* tambien en la hostia todas *estas cosas.* Y porque la sangre tampoco *está* ahora sola, sino juntamente con el cuerpo, y con el ánima, y con la divinidad; por eso estan tambien en el caliz todas estas cosas. Porque cuando algunas cosas estan entre sí juntas y unidas, *á* donde está la una, ha de estar necesariamente la otra. Entenderse ha esto bien por aquí. Dicen los Teólogos, que si en aquellos tres dias que Cristo estuvo en el sepulcro, consagrára S. Pedro ú otro de los Apóstoles, que no estuviera *en el* Santísimo Sacramento el ánima *de* Cristo; porque entonces no estaba el ánima junta con el cuerpo, sino solamente estuviera alli el cuerpo muerto, como estaba en el sepulcro, aunque junto con la divinidad, porque esa nunca la dejó. De la misma manera cuando consagró Cristo el jueves de la Cena, estaba alli en el Sacramento Cristo nuestro Redentor, verdadero Dios, y verdadero hombre; pero pasible y mortal, como entonces lo era: Mas ahora está en el Sacramento vivo, glorioso y resucitado, inmortal, é impasible, como está *en el* cielo.

Empero, aunque esto es así, que en la hostia está la sangre, y en el caliz el cuerpo de Cristo nuestro Redentor; con todo eso convino que se hiciesen estas dos consagraciones distintas, cada una de por sí:

para que asi se representase mas al vivo la Pasion de Cristo, en la cual la sangre se apartó del cuerpo. Y asi se hace mencion de esto en la misma consagracion de la sangre: *Qui pro vobis, et pro multis effundetur.* Y tambien, pues se instituia este Sacramento para alimentar y sustentar nuestras animas, convino que se instituyese no solo en manjar, sino tambien en bebida. Porque el perfecto alimento del cuerpo, de estas dos cosas consta. Pero una cosa podemos sacar de aquí, para consuelo de los que no son sacerdotes, y es, que aunque no comulgan debajo de ambas especies, como los que dicen Misa, sino solamente debajo de especies de pan, por muchas y muy graves razones que para esto tuvo la Iglesia; pero recibiendo en la hostia el cuerpo de Cristo nuestro Redentor, reciben juntamente su sangre, y su ánima, y su divinidad; porque todo entero y perfectamente está debajo de cualquiera de las dos especies. Y dicen los Teólogos y los Santos, que reciben tanta gracia, como los sacerdotes que comulgan debajo de ambas especies, llegando con igual disposicion. S. Hilario dice, que asi como en el maná, que fue figura de este Santísimo Sacramento, ni el que cogia mas, hallaba por eso mas: ni el que cogia menos, hallaba por eso menos, como dice la Escritura: Exod. c. 16, v. 18. Asi tambien en este divino Sacramento, ni el que le recibe debajo de especies de pan y vino, recibe por eso mas, ni el que le recibe solamente debajo de especies de pan, recibe por eso menos. Todos son iguales en esto.

Mas hay otra maravilla grande en este altísimo Sacramento, y es, que no solamente está Cristo todo entero en todas las hostias, y todo entero en el caliz, sino en cada particula de la hostia, y en cada partecica de las especies del vino está tambien todo Cristo, tan entero como está en toda la hostia, y tan entero como está en el cielo, por mínima que sea la partícula: como se colige claramente del mismo Evangelio; porque Cristo nuestro Señor no consagró de por sí cada bocado de aquellos, con que comulgó á sus Apóstoles, sino consagró de una vez tanta cantidad de pan, que dividida, bastase para comulgarlos á todos. Y asi del caliz dice espresamente el sagrado Evangelio, que le dió Cristo á sus Apóstoles, diciendo: *Accipite, et dividite inter vos*: Luc. c. 20, v. 17. Tomad este caliz, divididle entre vosotros. Y no solo cuando se parte y divide la hostia ó el caliz, sino tambien antes que se parta, está el cuerpo de Cristo todo entero en toda la hostia, y todo entero en cualquier parte de ella; y todo entero en todas las especies del vino, y todo entero en cualquier partícula de ellas. Algunos ejemplos y comparaciones hay acá en lo natural, que nos pueden dar alguna luz en esto. Porque nues-

tra ánima está tambien toda en todo el cuerpo, y toda en cualquiera parte de él. Y la voz que yo hablo, que es ejemplo que trae S. Agustin, está toda en vuestros oidos, y toda en los de todos los oyentes. Y si tomais un espejo, veréis en él vuestra figura toda entera, aunque el espejo sea pequeño, y mucho menor que vos. Y si dividis el espejo en muchas partes, en cada parte vereis tambien vuestra figura, ni mas ni menos como la veíadeis en todo el espejo. Estos y otros semejantes ejemplos y comparaciones traen los Doctores y los Santos, para declararnos estos misterios, aunque ninguno hay que del todo tenga semejanza; pero todavía ayudan y dan alguna luz.

Y hay aqui otro misterio, que cuando se parte y divide la hostia ó el caliz, los accidentes del pan y del vino son los que allí se parten y dividen; pero Cristo no se parte ni divide, sino entero se queda en cualquier partícula por pequeña que sea. Y de la misma manera, cuando mascais la hostia, no mascais ni desmenuzais á Cristo. Dice S. Gerónimo: t. 4, p. 358 apud Euseb. *O humanorum illusio sensuum, franguntur illa quæ humanis sensibus in te videntur accidentia, et tamen nec corrumperis, nec frangeris: te dentes videntur masticare, velut materialem panem, et tamen nunquam masticaris: perfectus, et integer, sub qualibet quantumcumque minima, contineris, particula.* ¡O engaño é ilusion de nuestros sentidos, parece que os partimos y mascamos como al pan material que comemos; pero la verdad es, que no partimos ni mascamos sino aquellos accidentes que vemos! Pero Vos, Señor, *entero* y perfecto os quedais en cualquier partícula sin corrupcion ni division alguna, y entero os recibimos: y asi lo canta la Iglesia: *A sumente non concisus, non confractus, non divisus, integer accipitur. Nulla rei fit scisura, signi tantum fit fractura.* Acontecenos en este convite al reves que en los convites de acá: en los cuales cortais un manjar, pero no cortais los platos, ni vasija. Pero en esta divina mesa no es asi, pártese el plato y la vasija, que son los accidentes, y quedase el manjar y la sustancia entera: mas en las otras mesas comeis la vianda y el manjar; pero no comeis las vasijas ni los platos; pero en esta mesa soberana comemos el manjar, y es tan sabroso, que nos comemos el plato tras él.

Todas estas cosas que la fe nos enseña, nos habemos de contentar por ahora, con creerlas y venerarlas, sin quererlas escudriñar curiosamente, yendo siempre en aquel fundamento de S. Agustin: 1, 12 sup. Joan. *Demus aliquid Deum posse, quod nos fateamur illud investigare non posse.* Este ha de ser como primer principio, que puede Dios mas de lo que podemos nosotros alcanzar; porque como dicen muy bien los Santos, no fueran grandes las cosas de Dios, si nuestro entendimiento y razon las pudiera com-

prender; y asi es el mérito de la fé creer lo que no vemos. Y aun en los misterios de este Santísimo Sacramento hay una cosa especial, que no hay en los demas misterios de la fe; porque en los demas, creemos lo que no vemos, que es mucho de loar: *Beati qui non viderunt, et crediderunt.* Joan. c. 20, v. 27. Mas aqui no solo habemos de creer lo que no vemos, sino contra lo que nos parece que vemos. Porque segun nuestros sentidos, parecenos que hay alli pan y vino, y habemos de creer que no los hay. Es semejante la fe que tenemos de este misterio, á la que tuvo Abrahan, que tanto encarece S. Pablo: *Qui contra spem in spem credidit.* Ad Rom. c. 4, v. 18. Venció la esperanza sobrenatural á la desconfianza natural, que los ojos veian, porque creyó y esperó que tendria hijo, contra todo lo que le prometia la esperanza natural, pues naturalmente no le podia tener, por ser él y su muger ya muy viejos; y despues queriendo sacrificar ese hijo, como Dios se lo habia mandado, con todo eso creyó que le habia el Señor de cumplir la promesa que le habia hecho, de multiplicar en él su generacion. Asi en este divino Sacramento creemos contra lo que naturalmente nos dicen todos nuestros sentidos; y asi es de gran merito lo que aqui creemos. Dijo Dios, Exod. c. 16, v. 12, á su pueblo: á la mañana comereis pan, y á la tarde os daré carne. La mañana es esta vida presente. Dasenos Dios en especie de pan y vino; pero cuando asome la tarde, por la cual es significada la gloria, vereis la carne de Cristo, entenderéis claramente como y de que manera está allí: romperáse entonces el velo, correránse las cortinas, y verémos todas estas cosas claramente cara á cara.

Muchos milagros, y muy autenticos pudieramos aqui traer en confirmacion de lo que habemos dicho; porque estan los Santos, y las historias llenas de ellos. Pero solo quiero decir uno, que se refiere en la crónica de la Orden de san Gerónimo: l. 2, cap. 9 de su cró. Un Religioso, llamado Fr. Pedro de Cavañuelas, que despues fue Prior de Guadalupe, fue muy combatido de tentaciones de fe, y especialmente acerca del Santísimo Sacramento del altar, diciéndole el pensamiento, ¿cómo podia ser que hubiese sangre en la hostia? Y quiso el Señor librarle del todo de esta tentacion con un modo maravilloso. Y fué, que diciendo él un sabado Misa de nuestra Señora, despues que hubo consagrado, inclinándose á decir la oracion que comienza, *Supplices te rogamus*, vió una nube qce descendió de lo alto, y cubrió todo el altar donde él decia la Misa, de manera que con la oscuridad de la nube, él no podia ver la hostia ni el caliz. Y como se espantase mucho de este acaecimiento, y fuese lleno de grandísimo temor en ver lo que habia, rogó á nuestro Señor con

muchas lágrimas, que le quisiese librar de este peligro, y manifestar ¿por qué causa aquello habia acaecido? Y estando asi llorando, y con gran temor, poco á poco se fue quitando la nube, y esclareciendo el altar del todo; y mirando al altar, vió que le faltaba la hostia consagrada, y que el caliz estaba descubierto y vacío, porque tambien le habia sido de él tomada la sangre. Y fue tan grande el espanto y temor que recibió cuando esto vió, que quedó como muerto; y tornando en sí, comenzó con gran dolor de su corazon, y derramando muchas lagrimas de sus ojos á rogar de nuevo á nuestro Señor, y á su santísima Madre, cuya Misa decia, que le perdonasen, si lo que habia acaecido era por su culpa, y le librasen y sacasen de aquel tan grande peligro. Y estando en esta congoja, vió venir por el aire la hostia, puesta en una patena muy resplandeciente, y púsose encima de la boca del caliz, y comenzaron luego á destilar y salir de ella gotas de sangre dentro del caliz, y salió en tanta cantidad como antes estaba. Y acabada de salir la sangre, se volvió la hijuela de los corporales á poner sobre el caliz, y la hostia á su lugar sobre el ara, donde estaba primero. El sacerdote, estando muy espantado en ver tan grandes misterios, y no sabiendo que se hacer, oyó una voz que le dijo: acaba tu oficio, y seate en secreto todo esto que has visto. Y de aí adelante nunca mas sintió aquella tentacion. El acólito ó ministro que servia á la Misa, no vió ninguna cosa de estas, ni oyó la voz, mas sintió las lágrimas del sacerdote, y como se tardó mucho mas en la Misa que solia. Todo lo susodicho se halló despues de su muerte escrito en una cedula de su mano, puesta entre su confesion geueral. Lo cual él hizo en señal del secreto que le fue mandado guardar.

## CAPITULO III.

*Comienzase á tratar de la preparacion que pide la escelencia y dignidad de este divino Sacramento.*

Esta ventaja tiene este divino Sacramento sobre todos los demas, que está aqui real y verdaderamente el mismo Jesucristo, verdadero Dios, y verdadero hombre. Y por esto el mas escelente de los Sacramentos, el que mayores gracias y efectos obra en nuestras almas; porque en los otros Sacramentos participamos la gracia que se nos comunica allí; pero en este participamos la misma fuente de gracia. En los otros Sacramentos bebemos como de arroyo que mana de la fuente, pero en este bebemos en la misma fuente: porque recibimos al mismo Cristo, verdadero Dios, y hombre. Y asi se llama este santísimo Sacramento Eucaristia, que quiere decir, buena gracia: porque todo el

bien y el principio de la gracia aqui está. Y porque asi se nos da el mismo hijo de Dios, que con verdad se llama gracia y don hecho al linage humano por el misterio de la encarnacion. Por esto tambien se llama por antonomasia comunion: conforme á aquello de S. Lucas, que dice de los fieles en los actos de los Apóstoles: 2, v. 42. *Erant perseverantes in communicatione fractionis panis.* Porque recibiendo este Santísimo Sacramento participamos del sumo y mayor bien que hay, que es Dios, y con él de todos los bienes y gracias espirituales. Dandonos su carne y sangre, nos hace partícipes de todos aquellos tesoros que con esa sagrada carne y sangre nos adquirió. Aunque tambien se dice comunion, porque une los fieles entre sí; porque recibiendo todos un manjar y á una mesa, nos comunicamos y juntamos, y hacemos una misma cosa, á lo menos en la fe y Religion somos todos un cuerpo, conforme á aquello que dice S. Pablo: *Unus panis, unum corpus, multi sumus, omnes, qui de uno pane participamus*: 1 Cor. c. 10, v. 17. Todos somos un pan, y un cuerpo, aquellos que participamos de un mismo pan. Y por eso dice S. Agustin, que instituyó Cristo este Sacramento debajo de especies de pan y de vino, para denotar, que como el pan se hace de muchos granos de trigo que se unen en uno, y el vino de muchos granos de ubas; asi de muchos fieles que comunican y participan de este Sacramento, se hace un cuerpo místico. San Juan Damasceno compara este Santísimo Sacrato á aquel carbon ó brasa encendida, con que uno de los Serafines purificó los labios del profeta Isaias, y quitó todas sus imperfecciones. Isai. c. 6, v. 6. Así, dice, este manjar celestial, por estar unido con la divinidad, que es fuego consumidor, *Deus noster ignis consumens est*: Deut. c. 4, v. 24. Ad Hebr. c. 12, v. 19, consume y purifica todas nuestras imperfecciones y maldades, y nos llena de dones y bienes espirituales. Finalmente este es aquel convite del Evangelio, en el cual manda Dios decir á los convidados: *Ecce prandium meum paravi, tauri mei, et altilia occisa sunt, et omnia parata*: Matth. c. 22, v. 4; diciendo, que todas las cosas están á punto y preparadas; da á entender, que aqui en este sagrado convite tenemos todas las cosas que se pueden desear. Y asi dijo el profeta David, Psal. 67, v. 21, de este manjar: *Parasti in dulcedine tua pauperi Deus.* No dice que es lo que nos preparó; porque es tan grande el bien que alli se encierra, que no se puede con palabras esplicar. Y asi con razon esclama la Iglesia: *O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis ejus, mens impletur gratia, et futuræ gloriæ nobis pignus datur!* ¡O sagrado convite, en el cual recibimos á Dios! El mismo nombre de convite nos dice la alegría y conten-

to, y la abundancia y hartura que hay en él. ¡O sagrado convite, en el cual se nos refresca la memoria de su Pasion, de aquel esceso de amor con que Dios nos amó, entregándose por nosotros á la muerte, y muerte de Cruz! ¡O sagrado convite, en el cual nuestra alma se harta, y queda llena de gracia! ¡O sagrado convite, en el cual se nos da una prenda de la gloria, y tal, que no es cosa distinta de lo que nos han de dar despues, como lo suelen ser acá las prendas, sino el mismo Dios que ha de ser nuestro premio y galardon se nos da por prenda en este soberano convite, sino que aqui nos sirven á plato cubierto, y en aquel convite y cena de la gloria nos servirán á plato descubierto!

Pues la escelencia de tan alto Sacramento, y la Magestad grande del Señor que habemos de recibir, pide que la disposicion y preparacion para eso sea muy grande. Tratando el Real Profeta de edificar el templo de Jerusalén, decia: *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo*: 1 Paral. c. 29, v. 11. Grande cosa es esta, porque no tratamos de preparar morada para hombres, sino para Dios. Y habiendo preparado grande cantidad de oro y plata, vasos y piedras preciosas, todo le parecia nada, y todo esto era para el Templo donde se habia de poner el arca, y en ella el maná, figura de ese divino Sacramento. ¿Pues qué será de la preparacion del Templo y morada en que habemos de recibir al mismo Dios en persona? Que tanto habia de ser mayor, cuanto escede lo figurado á la figura, y lo vivo á lo pintado; y fuera de lo que se debe á la Magestad de tan gran Señor, á nosotros nos importa mucho ir muy preparados para recibir este Santísimo Sacramento, porque cual fuere la preparacion y disposicion que llevarémos, tal será la gracia que recibirémos. Como el que va á coger agua de la fuente, tanta coge cuan grande vaso lleva. Y para que se entienda mejor lo que queremos decir en esto, notan aqui los Teólogos, que no solamente recibe uno mayor gracia para el mayor mérito de los actos y buenas obras con que se llega á recibir el Sacramento, que llaman *ex opere operantis*: y es modo de hablar del Concilio Tridentino sess. 7, c. 9, sino que la gracia sacramental, que fuera de esto da de suyo el Sacramento, por privilegio é institucion divina, que llaman *ex opere operato*, será mayor, cuanto mayor fuere la disposicion con que nos llegarémos á él; porque obra Dios las obras de gracia conforme á las de naturaleza. Y en lo natural vemos, que todas las cosas obran conforme á la disposicion que hallan en los sugetos; y asi el fuego luego se enciende en la leña seca: mas sino lo está, mas tarde se encenderá: de modo que segun fueren las grados de la sequedad, asi será la operacion del fuego. Pues á este modo es tambien

en este divino Sacramento. Y asi por todas partes nos importa mucho llegarnos á él muy bien preparados.

## CAPITULO IV.

### *De la limpieza y puridad, no solo de pecados mortales, sino tambien de veniales é imperfecciones, con que nos habemos de llegar á la sagrada comunion.*

Tres cosas principales trararémos aquí. La primera, de la disposicion y preparacion que se requiere para llegar á recibir este divino Sacramento. La segunda, de lo que habemos de hacer despues de haberle recibido: y cual ha de ser el hacimiento de gracias. La tercera, que es el fruto y provecho que habemos de sacar de la sagrada comunion. Y comenzando de lo primero, la disposicion y preparacion que para esto se requiere, es mucho mayor, que para los demas Sacramentos; porque cuanto son mas escelentes los Sacramentos, tanto piden mayor preparacion y pureza para haberlos de recibir. Y asi algunos Sacramentos hay, que para recibirse dignamente, basta tener dolor y arrepentimiento verdadero de los pecados, sin ser necesaria la confesion. Mas este divino Sacramento es de tanta dignidad y escelencia, por estar en él encerrado el mismo Dios, que demas de lo dicho, pide otro Sacramento por disposicion, que es el de la confesion, cuando precedió algun pecado mortal. De manera que no basta llegarse con dolor y contricion, sino es menester que preceda la confesion, como lo determinó el concilio Tridentino, conforme á aquello del Apóstol S. Pablo: *Probet autem se ipsum homo, & sic de pane illo edat, & de calice bibat.* Las cuales palabras declara el Concilio (a) de esta manera, que es menester que vaya uno probado y examinado con el examen y juicio de la confesion. Esta disposicion y preparacion es necesaria á todos los cristianos, so pena de pecado mortal, y basta ella para recibir gracia en el Sacramento.

Mas aunque sea verdad, que por los pecados veniales, y por otras faltas é imperfecciones que no llegan á pecado mortal no pierde el hombre del todo el fruto de ese santo Sacramento, sino que recibe aumento de gracia, como dicen los Teólogos; pero pierde aquel fruto copioso y abundante de gracias y virtudes, y otros efectos admirables que suele él obrar en las almas mas límpias y devotas. Porque aunque los pecados veniales no quitan la caridad, amortiguan su fervor, y disminuyen la devocion, que es la mas propia disposicion que para este divino Sacramento se requiere; y asi, si queremos participar del copioso fruto de que suelen gozar los que se llegan á comulgar como deben, es menester ir

(a) *Concil. Trid. sess.* 13, *c.* 1. *ad Cor. c.* 21, *v.* 2, & 8.

límpios, no solo de pecados mortales, sino tambien de los veniales. Y asi el mismo Jesucristo nos enseñó esta disposicion (b) con aquel ejemplo de lavar los pies á sus discípulos antes de comulgarlos, dándonos á entender, como dice S. Bernardo, serm. de Cœna Domini, la limpieza y puridad con que nos habemos de llegar á este Santísimo Sacramento, no solo de pecados mortales, sino tambien de veniales, que es el polvo que se nos suele pegar á los pies.

San Dionisio Areopagita (c) dice, que no solo de los pecados veniales, sino tambien de las demas faltas é imperfecciones, pide el Señor limpieza, con este ejemplo: *Exigit*, dice, *extremam munditiem.* Y trae á este propósito aquella ceremonia santa que usa la Iglesia en la Misa de lavarse el sacerdote las manos antes de ofrecer aquel Sacrosanto Sacrificio. Y pondera muy bien, que no se lava todas las manos, sino solamente las estremidades de los dedos, para significar que no solamente habemos de ir límpios de los pecados graves, sino tambien de los ligeros, y de las faltas é imperfecciones. Si allá Nabucodonosor mandó, que escogiesen niños, *in quibus nulla esset macula*, Dan. c. 1, v. 5, puros, límpios y hermosos, para darles y mantenerles de los manjares de su mesa, ¿cuánto mayor razon será, que para llegarnos á esta mesa Real y divina, vamos con gran limpieza y puridad? Al fin es pan de Angeles, y asi nos habemos de llegar á él con pureza de Angeles.

Pedro Cluniacense, l. 1 *de mir.* cap. 2, cuenta de un sacerdote, en una parte de Alemania, que llaman de los teutones, que habiendo primero sido de buena y santa vida, despues vino á caer miserablemente en cierto pecado deshonesto; y añadiendo pecados á pecados, se atrevia á llegar al altar á decir Misa, sin haberse enmendado ni confesado: que este suele ser engaño de algunos que han vivido bien, que cuando les acontece alguna cosa vergonzosa, no se atreven á confesarla, ni á dejar de comulgar, por no perder la opinion y credito que antes tenian: ciegales la soberbia. Quiso Dios castigarle piadosamente como Padre con una cosa que le hizo abrir los ojos, y fue, que al tiempo de consumir, teniendo á Cristo en sus manos, se le desapareció de ellas, y de la misma manera el sanguis se desapareció del caliz, quedando aquel dia sin comulgar, y no poco espantado. Esto mismo le acaeció otras dos veces en que quiso volver á decir Misa, por ver si Dios nuestro Señor mostraba la misma señal de indignacion con él, que la primera; y con esto conoció cuan grandes eran sus pecados, y con cuanta razon tenia provocada contra sí la ira de Dios: y

(b) *Joan. c. 13, v. 5: Cœpit lavare pedes Discipulor.* (c) *D. Dionis. c. 3 de Ecclesias. hier. & S. Thom. 3 p. q. 83, art. 5 ad 1.*

lleno de muchas lágrimas, se fue á los pies de su Obispo, y con gran sentimiento y dolor le contó lo que le habia acaecido: confesó con él, y recibió de su mano la penitencia que merecia de ayunos, disciplinas y otras asperezas, en las cuales se ejercitó mucho tiempo, sin atreverse á llegar á celebrar, hasta que su Prelado, y Pastor se lo vino á mandar, ó dar licencia cuando le pareció que ya habia bastantemente satisfecho á Dios por sus pecados. Y fue cosa maravillosa la que acaeció en la primera Misa que dijo: que despues de haber dicho la mayor parte de ella con grandísimo sentimiento y lágrimas, queriendo consumir, subitamente se le aparecieron delante las tres hostias que antes por su indignidad se le habian desaparecido, y en el caliz halló toda aquella cantidad del sanguis. Queriendo con aquesta tan evidente señal, mostrarle el Señor, como ya sus pecados eran perdonados. Quedó muy agradecido á esta misericordia del Señor, y con mucha alegría recibió tambien las otras tres hostias, y de alli adelante perseveró en muy perfecta vida.

Este caso dice Pedro Cluniacense, que se le contó el Obispo de Claramonte delante de muchas personas. Cesario en sus diálogos, lib. 2, cap. 5, cuenta otro ejemplo semejante.

## CAPÍTULO V.

### *De otra disposicion y preparacion mas particular con que nos habemos de llegar á este divino Sacramento.*

Para gozar cumplidamente de los frutos admirables que trae consigo este divino Sacramento, dicen los Santos y Maestros de la vida espiritual, que nos habemos de procurar preparar con otra disposicion mas particular, que es con actual devocion. Y asi declararémos aquí qué devocion ha de ser esta, y cómo la despertarémos en nosotros. Para esto dicen, que nos habemos de llegar á la sagrada comunion, lo primero con grandísima humildad y reverencia. Lo segundo, con grandísimo amor y confianza. Lo tercero, con grande hambre y deseo de este pan celestial. A estas tres cosas se pueden reducir todas las maneras de afectos con que podemos despertar la actual devocion, asi antes de recibir este Santísimo Sacramento, como al tiempo de comulgar, y tambien despues de la comunion. Y estan llenos los libros de consideraciones á este propósito muy buenas y muy dilatadas: y asi solamente tocarémos algunas de las mas ordinarias, que suelen ser las mas provechosas, abriendo el camino para que sobre ese fundamento pueda cada uno discurrir por sí; porque eso le moverá mas, y le será

de mas provecho, conforme á la doctrina (a) que de esto tenemos en el libro de los ejercicios espirituales.

Pues lo primero habemos de llegar á este Santísimo Sacramento con grandísima humildad y reverencia: la cual se despertará en nuestra ánima, considerando por una parte aquella soberana magestad y grandeza de Dios, que verdaderamente está en aquel Santísimo Sacramento, y que es el mismo Señor que con sola su voluntad crió, conserva y gobierna los cielos y la tierra, y con sola ella lo puede todo aniquilar, en cuya presencia los Angeles y mas altos Serafines encogen las alas, tiemblan, y se estremecen con profundísima reverencia: *Columnæ Cœli contremiscunt, et pavent ad nutum ejus.* Job c. 26, v. 11. Y por otra parte volviendo luego los ojos á nosotros mismos, mirando nuestra bajeza y miseria. Y asi unas veces nos podemos llegar con el corazon de aquel publicano del Evangelio, que no se osaba acercar al altar, ni alzar los ojos al cielo, sino de lejos con mucha humildad heria sus pechos, diciendo: *Deus propitius esto mihi peccatori.* Luc. c. 15, v. 13. Señor, habed misericordia de mí, que soy grande pecador. Otras veces nos podemos llegar con aquellas palabras del hijo pródigo: Luc. c. 15, v. 18, et 19. Señor, pequé contra el cielo, y contra Vos: ya no merezco llamarme vuestro hijo: recibidme como á uno de los jornaleros de vuestra casa. Otras, con aquellas palabras de santa Isabel: *Et unde hoc mihi?* Luc. c. 1, 43, como dijimos arriba. Será *tambien* muy bueno considerar con mucha atencion aquellas palabras que tiene instituidas la Iglesia para el tiempo de comulgar, tomadas del sagrado Evangelio: *Domine non sum dignus, ut intres sub tectum meum, sed tantùm dic verbo, et sanabitur anima mea*: Matt. c. 9, v. 8. Señor no soy digno; pero por eso me llego, para que Vos me hagais digno. Señor, flaco soy y enfermo; pero por eso me llego, para que Vos me saneis y esforceis; porque como Vos dijisteis no tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos; y para eso señaladamente venisteis Vos.

Eusebio, escribiendo la muerte del bienaventurado san Gerónimo, que se halló á ella, y fue su discípulo, dice, que estando el Santo para recibir este Santísimo Sacramento, admirado por una parte de la magestad y bondad inmensa del Señor, y volviendo por otra parte los ojos á sí, decia: *Cur nunc tantum te humilias, ut patiaris ad hominem descendere publicanum, et peccatorem, et non solùm cum illo manducare vis, sed te ipsum manducari ab illo jubes?* ¿Cómo Señor os humillais ahora tanto, que quereis venir y descender á un hombre publicano y pecador, y no solo quereis comer con él, sino que mandais

(a) *S. Ignat. l. exerc. spirit. in annot. in princ. positis, annot. 2.*

que él os coma á vos? En el libro segundo de los Reyes cuenta la sagrada Escritura, que dijo David á Mifiboset, hijo de Jonatás: *Tu comedes panem in mensa mea semper*: 2 Regum. c.9,v. 7. Tu comerás siempre á mi mesa. Respondió él: *Quis ego sum servus tuus, quoniam respexisti super canem mortuum similem mei*? ¿Quién soy yo, para poner los ojos en mí, sino como un perro muerto? Sí dice esto Mifiboset, por verse convidado á la mesa de un Rey, ¿qué será bien que diga un hombre convidado á la mesa de Dios? Ya que no podemos llegar á este divino Sacramento con la disposicion que él merece, suplàmoslo con humildad y reverencia; y digamos con el Real profeta David: Ps. 8, v. 5. *Quid est homo, quod memor es ejus, aut filius hominis, quoniam visitas eum*? Y con el santo Job: c. 7, v. 17. *Quid est homo, quia magnificas eum*? ¿Quién es, Señor, el hombre, para que os acordeis de él: ó el hijo del hombre, para que le visiteis, y magnifiqueis y engrandezcais tanto? Con razon se admira, y canta la Iglesia: *O res mirabilis, manducat Dominum pauper, servus, et humilis*! ¡O cosa admirable, que el siervo pobre y bajo reciba en su boca y en su pecho á su Dios y Señor, criador de cielo y tierra!

Lo segundo, habemos de llegar á este Santísimo Sacramento con grandísimo amor y confianza: y para avivar este afecto en nosotros, habemos de considerar la bondad y misericordia, y amor infinito del Señor, que tanto aquí resplandece, como al principio dijimos: (c. 1.) Por que ¿quién no amará á quien tanto nos amó? ¿Quién no confiará en quien tanto bien nos hizo? El que nos dió á sí mismo, ¿qué no nos dará? Dice muy bien S. Crisóstomo: (b) *Quis pastor oves proprio pascit cruore? Et quid dico pastor? Matres multæ sunt, quæ post partus dolores filios aliis tradunt nutricibus: hoc autem ipse non est passus, sed ipse nos proprio sanguine pascit, et per omnia nos sibi coaugmentat*: ¿Qué pastor hubo que apacentase sus ovejas con su propia sangre? ¿Y qué digo Pastor? Muchas madres hay que despues de los dolores del parto entregan á sus propios hijos á otras mugeres que los crien; mas esto no lo consintió él, sino con su propia sangre nos mantiene, y nos junta consigo.

La tercera cosa que pide este Santísimo Sacramento, es que nos lleguemos á él con grande hambre y deseo: *Panis iste*, dice el bienaventurado S. Agustin, *esuriem quærit hominis interioris*: Así como el manjar corporal entonces parece que entra en provecho, cuando se come con hambre: así tambien este divino manjar nos entrará en gran provecho, si va el alma á él con grande hambre, ansiosa de unirse con Dios, y de alcanzar algun don y merced particular: *Et animam esurientem satiabit bo-*

(b) *Chris. hom.* 6 *ad populum, et hom.* 83 *in Matth.*

*nis*: Ps. 106, v. 9. Al ánima hambrienta harta Dios de bienes. Y lo mismo dijo la sacratísima Reina de los Angeles en su Cántico: *Esurientes implevit bonis.* Luc. c. 1, v. 53. Para despertar esta hambre y deseo en nuestras almas, nos ayudará considerar por una parte, nuestra grande necesidad; y por otra, los efectos admirables que obra este Santísimo Sacramento. Así como cuando Cristo nuestro Redentor andaba acá en el mundo, á todos los que llegaban á él los sanaba de todas sus enfermedades: y no se lee, que alguno le pidiese salud, y se la negase. Llegó á él aquella muger que padecia flujo de sangre, y tocó el ruedo de su vestidura, y luego quedó sana: llegó á sus pies aquella pecadora del sagrado Evangelio, y quedó perdonada: llegaban á él los leprosos, y quedaban limpios: llegaban á él los endemoniados, los ciegos, los paralíticos, y todos quedaban buenos y sanos: *Quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes*: Luc. c. 6, v, 19. Porque salia de él virtud que los sanaba. Así hará tambien en este Santísimo Sacramento si llegamos con esta hambre y deseo, pues es el mismo que entonces, y no ha mudado la condicion.

## CAPÍTULO VI.

*En que se ponen otras consideraciones y modos de prepararse para la sagrada comunion muy provechosas.*

Entre otras consideraciones con que nos podemos preparar para la sagrada comunion, es muy propia la memoria de la Pasion de Cristo, considerando aquella inmensidad de amor con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros en la cruz, porque una de las razones principales porque Cristo nuestro Redentor instituyó este divino Sacramento, fue para que tuviésemos siempre presente y *viva* en la memoria su Pasion: y así nos mandó, que cada vez que le celebrasemos, nos acordasemos de ella: *Hoc facite in meam commemorationem.* Luc. c. 22, v. 19. Y nos lo repite el glorioso Apóstol S. Pablo: *Quotiescumque manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini anuntiabitis.* 1 ad Cor. c. 11, v. 24, & 26. Y así S. Buenaventura (a) aconseja mucho esta devocion, que cada vez que vamos á comulgar, consideremos un paso de la Pasion. Y él dice, que usaba hacerlo así, y que con esto, *liquefiebat anima ejus*, su ánima se derretia en amor de Dios. El bienaventurado S. Crisóstomo dice, que el que se llega á comulgar, ha de ha-

(a) *D. Bonav. de præparatione ad Missam c. 6: et in fasciculario, c. 8 Cant. 5.*

cer cuenta, que todas las veces que comulga, pone la boca en aquella preciosa llaga del costado de Cristo, y chupa su sangre, participando de todo lo que él nos ganó con ella. Santa Catalina de Sena cada vez que comulgaba, hacia cuenta que iba, como cuando era niña, al pecho de su madre. Otros, como este soberano Sacramento es memoria de la Pasion de Cristo, imaginan á Cristo crucificado, y hacen calvario de su corazon, y fijan *allí* la cruz del Señor: y abrazándose con ella, recogen en sí las gotas de sangre que por ella caen. Otros hacen cuenta, que se hallan en aquella cena que cenó Cristo nuestro Redentor con sus discípulos la noche de su Pasion, como sí estuvieran allí sentados entre los Apóstoles, y que reciben de su mano su sagrado cuerpo y sangre. Y esta no es solamente consideracion y representacion de aquella cena, sino en realidad de verdad esta es aquella misma mesa, el mismo convite, y el mismo Señor que dió entonces su cuerpo y sangre á sus Apóstoles, él mismo nos le da ahora á nosotros, y con el mismo amor que entonces lo dió.

Tambien es muy buena preparacion, ejercitarse en la consideracion de los puntos siguientes. Lo primero quién es el Señor que viene, que es el criador de todas las cosas; Rey y Señor de los cielos y tierra; Dios de infinita Magestad y perfeccion. Lo segundo, á quién viene, que es á mí, que soy polvo y ceniza, y que muchas vece le he ofendido. Lo tercero, á qué viene, que es á comunicarme el fruto de su Pasion, y los dones preciosísimos de su gracia. Lo cuarto, qué le mueve á venir, que es no su interés, porque es Señor de todas las cosas, y no tiene necesidad de nadie: sino puro amor y deseo de que mi ánima se salve, y esté siempre acompañada de su gracia. Lo quinto, se ha de ejercitar uno en los actos de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad.

Y porque nosotros no podemos dignamente prepararnos para recibir este Señor, si él no nos lo da, habemos de pedir que él disponga y atavie nuestra alma con la humildad, limpieza, amor y reverencia que conviene, alegándole para ello aquella razon comun: Señor, si un Rey poderoso y rico se hubiese de hospedar en casa de una viuda pobre, no esperaria que ella le aderézase el palacio donde habia de reposar, sino enviaria delante su recamara y criados que lo aderezasen. Pues hacedlo Vos así con mi alma pobre, pues venís á hospedaros en ella: enviad Señor vuestra recamara delante, y vuestros Angeles, para que aderecen y adornen esta posada, que tan sucia ha estado, y tan llena de telarañas de pecados, y la hagan digna morada vuestra. Y volviéndonos á la soberana Virgen, y á los Santos nuestros devotos, pidámosles con humildad, que nos alcanzen el

cumplimiento de esta peticion.

Fuera de estas preparaciones añadirémos aquí una muy fácil, y muy provechosa, y de mucho consuelo para todos. Cuando no llegaredeis á tener aquel fervor, y aquellos deseos encendidos que querriades, y era razon tener para recibir tan gran Señor; ejercitaos en tener gran voluntad y deseo de tener esos deseos, y con eso suplireis lo que os falta; porque Dios mira el corazon, y recibirá y aceptará lo que deseais tener, como si lo tuviésedeis, conforme á aquèllo del Profeta: Ps. 9, v. 38. *Desiderium pauperum exaudivit Dominus, præparationem cordis eorum audivit auris tua.* Esta devocion y preparacion, dice Blosio, c. 6 mon. spiritual., que enseñó Dios á santa Matilde: díjola una vez el Señor: Cuando has de recibir la sagrada comunion, desea á gloria de mi nombre tener todo el deseo y amor con que ardió algun tiempo para conmigo el mas encendido corazon, y de esta manera te puedes llegar á mi; porque pondré yo los ojos en aquel amor, y lo recibiré conforme á como deseas tenerlo. Lo mismo se cuenta de santa Gertrudis. Estando esta Santa un dia para recibir el Santísimo Sacramento, como recibiese mucha pena por no estar tan preparada, rogó á la gloríosa Virgen Maria, y á todos los Santos, que ofreciesen á Dios por ella toda la preparacion y merecimientos con que cada uno de ellos se habia preparado algun dia para recibirle, por lo cual la dijo el Señor: *Jam vere omnibus cœli civibus appares in eo ornatu, quem tibi petisti.* Verdaderamente que delante de los cortesanos del *cielo*, pareces con aquel aderezo que pediste. De manera que será muy buena disposicion y preparacion, desear llegar á recibir este Santísimo Sacramento con aquel fervor y amor con que los grandes Santos se llegaban á él, y desear y pedir al Señor, que lo que á nosotros nos falta, lo supla de los merecimientos y virtudes de Jesucristo, y de sus Santos. Y de esto mismo nos podemos ayudar para el hacimiento de gracias, como diremos en el capítulo siguiente.

Con estas, ú otras semejantes consideraciones, habemos de despertar en nosotros la actual devocion con que los Santos dicen que nos habemos de llegar á la sagrada comunion, unas veces con unas, y otras con otras, como cada uno mejor se halláre. Pero hase de advertir, que para prepararnos de esta manera, y hacer en esta parte lo que debemos, es menester que tomemos algun tiempo para gastar en ello. Nuestro padre S. Francisco de Borja, en el tratado que hace de la preparacion para la sagrada comunion, pone tres dias antes para prepararse, y tres dias despues para hacimiento de gracias, y da muchas consideraciones y ejercicios en que se ocupen estos dias: y sería ese un medio muy bueno, para andar toda la semana,

y toda la vida devotos y recogidos, parte con la esperanza de recibir tan gran Señor, parte con la memoria del beneficio recibido. Porque solo pensar, mañana tengo de comulgar, ó acordarme que hoy ó ayer comulgué, basta para traer recogido el corazon; pero sino fuere tanto como eso el tiempo que tomarémos para esta preparacion, á lo menos es razon que aquella mañana que uno ha de comulgar, gaste la oracion ó parte de ella en alguna, ó algunas de las consideraciones dichas. Y ayudará mucho, que la noche antes de la comunion, cuando nos vamos á acostar, sea con aquel cuidado y pensamiento que tengo de comulgar mañana, y cuantas veces despertáremos, sea con el mismo pensamiento. Y á la mañana, apenas habemos de haber abierto los ojos, cuando ya estemos abrazados con el mismo pensamiento. Porque si para la oracion de cada dia pide esto nuestro santo Padre en las advertencias (b) que para ella da; ¿cuánta mayor razon será, que se haga el dia que habemos de recibir tan alto Sacramento?

## CAPITULO VII.

*De lo que habemos de hacer despues de haber recibido este divino Sacramento, y cuál ha de ser el hacimiento de gracias.*

Así como antes de comer suele ser provechoso algun ejercicio corporal, que avive el calor natural, así lo es antes de la comunion tener algun ejercicio de meditacion y consideracion, que avive el calor del alma, que es la devocion y amor, de lo cual habemos ya dicho. De la misma manera sobre comida, tener un rato de conversacion, es cosa muy saludable; y lo será tambien despues de esta divina comida: y de esto tratarémos ahora. Este es el mejor tiempo para negociar con Dios, y para abrazarle dentro de nuestro corazon. Y así es razon, que nos sepamos aprovechar de él, y que no le dejemos pasar en valde, ni una partecita de él: conforme á aquello del Sabio: *Non defrauderis à die bono. Et particula boni doni non te prætereat.* Eccles. c. 14, v. 14. En lo que se ha de gastar este tiempo, ha de ser en algunas consideraciones y afectos semejantes á los que dijimos que habian de preceder á la sagrada comunion. Y particularmente nos habemos de ocupar, lo primero en las alabanzas y hacimiento de gracias por todos los beneficios recibidos, y señaladamente por el beneficio inestimable de nuestra redencion, y por este que aquí nos hace el Señor, dándosenos á sí mismo, y entrando en nuestras entrañas. Y porque nosotros no sabemos, ni podemos dar las debidas gracias por tan alto beneficio, para suplir nuestra insuficiencia, habemos de ofrecer al Señor todas las gracias y alabanzas que



(b) *S. Ignat. l. exerc. espiritual. in additionibus primæ hebdomadæ.*

dieron, y dan todos los Serafines, y coros de los Angeles desde el principio del mundo, y todos los Santos bienaventurados mientras vivieron en el mundo, y mas principalmente las que ahora le dan en la gloria, y las que le han de dar por toda la eternidad, y juntar nuestras voces con las suyas, deseando alabarle con los corazones y lenguas de todos: *Cum quibus, & nostras voces, ut admitti jubeas, deprecamur.* Y convidar á todas las criaturas, que nos ayuden á lo mismo: *Magnificate Dominum mecum, et exaltemus nomen ejus in idipsum.* Ps. 33, v. 4. Y porque ni aun todo eso llega á lo que se debe á Dios, porque es mayor que toda alabanza, habemos de desear que él se ame y alabe á sí mismo, que solo se puede amar y alabar bastantemente.

Lo segundo, habemos de ocupar este tiempo en actos de amor de Dios. Porque aquí principalmente da lugar el ejercicio de aquellas santas inspiraciones, que no son otra cosa, que unos actos amorosos, y unos deseos entrañables de aquel sumo bien; cuales eran los del Profeta, Ps. 17, v. 1, cuando decia: *Diligam te, Domine, fortitudo mea*: Amete yo, Señor, fortaleza mia. *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anime mea ad te Deus*: Psal. 41, v. 2. Así como el ciervo herido de los cazadores desea las fuentes de las aguas, así mi ánima, herida de amor, desea á tí Dios.

Lo tercero, habemos de ocupar este tiempo en peticiones, porque es muy propio tiempo para despachar nuestros negocios, y alcanzar mercedes de Dios. De la reina Estér cuenta la sagrada Escritura, c. 5, v. 8; & c. 7, v. 3, que no quiso declarar al rey Asuero su peticion, sino pídele que sea su convidado, y que allí se la declarará. Hácese así, y allí alcanzó todo lo que pidió. Así aquí en este convite, donde el Rey de los Reyes es nuestro convidado, ó por mejor decir, nosotros suyos, alcanzarémos todo lo que pidieremos: *In die enim bona venimus.* 1 Reg. c. 25, v. 8. Porque llegamos en buen dia, y en buena coyuntura, y podemos decir lo que Jacob luchando con Dios, dijo: *Non dimittam te, nisi benedixeris mihi*: Genes. c. 32, v. 16. No os dejaré, Señor, si primero no me dais vuestra bendicion. Cuando entrasteis en casa de Zaqueo, dijisteis: *Hodie salus domui huic facta est*: Luc. 19, v. 9. Hoy ha venido la salud á esta casa. Decid ahora, Señor, otro tanto de esta casa donde habeis entrado: *Dic animæ meæ salus tua ego sum*: Psal. 34, v. 3. Sea hecha hoy la salud en mi ánima.

Aquí habemos de pedir á Dios perdon de nuestros pecados, fortaleza para vencer nuestras pasiones, y resistir á las tentaciones, gracia para alcanzar las virtudes, la humildad, la obediencia, la paciencia y la perseverancia. Y no solamente ha de pedir uno para sí, sino ha de rogar á Dios por las necesidades de la Iglesia generales y par-

ticulares, por el Papa, por el Rey, y por todos los que gobiernan la república cristiana, en lo espiritual y temporal, y por otras personas particulares á quien tiene obligacion y devocion, á la manera que lo hacemos en el memento de la Misa, y dirémos despues, c. 15.

## CAPÍTULO VIII.

### *De la otra manera de accion de gracias.*

Algunos dan gracias despues de la sagrada comunion de la manera siguiente: Imaginan y consideran á Cristo nuestro Señor dentro en sus entrañas, como en un estrado ó sitial, y llaman á todas sus potencias y sentidos, para que le conozcan y reverencien por su Señor y Rey, á la manera que acá, cuando uno hospeda en su casa alguna persona principal, suele llamar á todos sus hijos y allegados, para que le reverencien y reconozcan. Y con cada uno de sus sentidos y potencias hacen tres cosas. La primera, darle gracias, porque les dió aquella potencia ó sentido. La segunda, acúsanse y duélense de no haberle empleado en aquello para que el Señor se le dió. La tercera, piden favor y gracia, para enmendarse de ahí adelante. Y es muy buena y provechosa manera de dar gracias. Y en efecto, es el primer modo de orar, de los tres que nuestro santo Padre pone en el libro de los ejercicios espirituales.

Otros imaginándose enfermos en todos sus sentidos y potencias, como Cristo es médico que sana todas las enfermedades: *Qui sanat omnes infirmitates tuas*, Ps. 102, v. 3, lo llevan por todas ellas, como al médico por las enfermerías, pidiéndole: *Domine veni, et vide*: Joan. c. 11, v. 34. Señor, mirad estos mis ojos enfermos, esta lengua, &c. y compadecéos de mí, y sanadme: *Miserere mei Domine, quoniam infirmus sum: sana animam meam, quia peccavi tibi.* Ps. 6, v. 3: & Ps. 40, v. 5.

Adviertase aquí, que para actuarnos y ejercitarnos en estos ejercicios, y en otros semejantes en este tiempo, no es menester fingir la composicion de lugar, ni buscarle fuera de nosotros, pues tenemos presente, y dentro de nuestro pecho al mismo Jesucristo, no solamente cuanto á la presencia de su divinidad, la cual está en todo lugar; sino tambien cuanto á la presencia de su santísima humanidad, la cual está realmente en nuestras entrañas, por todo el tiempo que duran las especies sacramentales, que es por todo el tiempo que durára la sustancia del pan, si allí estuviera. Pues si el mirar una imágen de Cristo, nos recoge para tener oracion; ¿qué será mirar al mismo Cristo que está aquí presente, no en dibujo, como en el Crucifijo, sino en su propia persona? Y así cada uno se ha de convertir á sí mismo, considerando dentro de sí á Cristo, como lo hacia la sacratísima Reina de los Angeles, cuan-

do le traía en sus entrañas, y tratar allí con su amado, diciendo con la esposa: *Inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam*: Cant. c. 3, v. 4. Hallado he al que ama mi ánima; téngole, no le dejaré.

Para que nos animemos á detenernos, y gastar mas tiempo en el hacimiento de gracias, nos podrá ayudar una cosa que dicen aquí algunos Teólogos, (a) y es, que por todo el tiempo que duran las especies sacramentales, y la real presencia de Cristo en nuestro pecho, mientras mas uno se actuare y ejercitare en semejantes actos, recibirá mayor gracia, no solamente por el mayor mérito de los actos que llaman, *ex opere operantis*; sino *ex opere operato*, por la virtud del Sacramento: de la manera que deciamos, tratando de la disposicion.

De lo dicho se verá cuan mal hacen los que dejan perder este tiempo, en que tanto podian ganar; y en acabando de recibir tal huesped en su casa, luego le vuelven las espaldas, y apenas ha entrado él por una puerta, cuando estos se salen por otra, dejándole, como dicen, con la palabra en la boca. Si acá tendriamos por muy mala crianza recibir en casa un huesped de respeto, y despues de recibido no le hablar, ni ofrecer servicio ninguno; ¿qué será á un tal huesped, como este? De la gloriosa vírgen Margarita, hija del Rey de Ungría, cuenta Surio, que cuando habia de comulgar, el dia antes no comia mas de pan y agua, en reverencia de aquella comida y manjar celestial que esperaba, y luego toda la noche entera pasaba en oracion; despues de comulgar, gastaba todo aquel dia en oracion y rezar hasta la noche, que tomaba alguna poca de comida.

## CAPÍTULO IX.

### *Del fruto que habemos de sacar de la sagrada comunion.*

Las virtudes y afectos admirables que los Santos declaran de este divino Sacramento, no solamente son para descubrirnos su escelencia, y el amor y caridad inmensa que nos tuvo el Señor, sino tambien para que pongamos los ojos y el corazon en ellos, para sacar ese fruto de la sagrada comunion. Y así irémos diciendo algunos de ellos para este fin. Este divino Sacramento, así como todos los otros, tiene un efecto comun con todos los demas Sacramentos, que es dar gracia al que dignamente le recibe: y tiene otro efecto propio con que se diferencia de los demas Sacramentos, al cual llaman los Teólogos refeccion espiritual, que es ser mantenimiento del alma, con el cual ella se rehace, restaura y toma fuerzas para resistir á sus apetitos, y abrazarse con la virtud.

(a) *Cayetan. Cab Major. Paludanus, et alii, quos refert P. F. Suarez, t. 3, in 3 p. disp. 63, sect. 7, dicens esse valde, c. 3*

Y asi sobre aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Señor: * Mi carne es verdadero manjar, y mi sangre verdadera bebida, * Joann. c. 6, v. 56, dicen comunmente los Santos, y dicelo tambien el concilio Florentino, que todos los efectos que obra el mantenimiento corporal en los cuerpos, obra espiritualmente este divino manjar en las almas. Y por eso dice, que quiso Cristo nuestro Señor instituir este Santísimo Sacramento en especie de mantenimiento, para que en la misma especie en que le instituia, nos declarase los efectos que obraba, y la necesidad que nuestras almas tenian de él. Pues conforme á esto, asi como el mantenimiento corporal sustenta la vida del cuerpo, y renueva las fuerzas, y en cierta edad hace creer; asi tambien este Santísimo Sacramento sustenta la vida espiritual, rehace las fuerzas del alma, repara la virtud enflaquecida, fortalece al hombre contra las tentaciones del enemigo, y hacele crecer hasta su debida perfeccion. Este es el pan que conforta y esfuerza el corazon del hombre, y con el cual esforzados como Elias, 3 Reg. c. 19, v. 8, habemos de caminar hasta llegar al monte santo de Oreb.

Mas, tiene otra propiedad el manjar corporal, que es dar gusto y sabor al que come; y tanto mayor, cuanto es mayor y mas precioso el manjar, y el paladar está mas bien dispuesto: asi tambien este divino manjar, no solamente nos sustenta, conserva y esfuerza, sino tambien gasta un gusto y suavidad espiritual, conforme á aquello que dijo el patriarca Jacob, en aquellas bendiciones proféticas que á la hora de su muerte echó á sus hijos, anunciando lo que habia de ser en la ley evangélica, cuando llegó á su hijo Aser, dice: *Aser pinguis panis ejus, et præbebit delitias regibus*: Genes. c. 49, v. 20. Cristo es pan perfectísimo, suavísimo y gustosísimo. Dice santo Tomás, opusc. 57, que es tan grande el gusto y deleite que causa este pan celestial en aquellos que tienen purgado el paladar de su ánima, que con ningunas palabras se puede esplicar, por gustarse aqui la dulzura espiritual en su misma fuente, que es Cristo nuestro Salvador, fuente de toda suavidad, y vida de todas las cosas, el cual por medio de este Sacramento entra en el ánima del que comulga. Y muchas veces es tanta la suavidad, que no solo recrea el espíritu, sino redunda tambien en la misma carne, conforme á aquello del Profeta: Psal. 83, v. 3. *Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum*: Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo.

De ahi nace lo que dice S. Buenaventura, lib. de perfect. ad sororem suam, que muchas veces acaece llegar una persona muy debilitada y flaca á la sagrada comunion, y ser tan grande la alegría y consolacion que recibe con la virtud de este manjar, que se levanta

de ahí tan esforzada, como si ninguna flaqueza tuviera. Guimando Adversano Obispo, autor antíguo, escribe de aquellos monges antiguos, que era tanto el consuelo y fortaleza que tenian con la sagrada comunion, que algunos con solo este sustento se pasaban sin ninguna otra comida, siendoles este todo su consuelo y sustento, asi para el alma, como para el cuerpo, y el dia que no comulgaban, sentian en sí una flaqueza y desmayo grande, y les parecia que desfallecian, y que no podian vivir. Y dice, que á algunos les llevaba un Angel la comunion á su celda. En las crónicas de la Orden Cisterciense se cuenta de un monge, que siempre que comulgaba le parecia recibir un panal de miel, cuya suavidad le duraba tres dias.

Pues conforme á esto, el fruto que nosotros habemos de sacar de la sagrada comunion, ha de ser un ánimo varonil, para caminar é ir adelante en el camino de Dios: una fortaleza muy grande, para mortificar nuestras pasiones, y resistir y vencer las tentaciones: *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me*: Psal. 22, v. 5. Para eso nos preparó el Señor esta mesa. En las demas mesas, quien tiene enemigos, teme, y no osa estar: pero en esta recibe el hombre esfuerzo y fortaleza para vencer á todos sus enemigos. Y asi dice S. Crisóstomo, hom. 61 ad populum; et 45 in Joann., que nos habemos de levantar de esta sagrada mesa, como unos leones, echando fuego por la boca, con que espantemos y nos hagamos terribles á los demonios: *Tamquam leones ignem spirantes, ab hac mensa recedamus facti diabolo terribiles.* Y este efecto nos significa Cristo nuestro Redentor, cuando acabando de comulgar á sus discípulos, les dijo: *Surgite, eamus hinc*: Joan. c. 14, v. 31; como quien dice: Ya habeis comulgado, levantaos, y vamos á padecer. Y asi vemos, que en la primitiva Iglesia, cuando se frecuentaba tanto este divino Sacramento, no solo tenian los cristianos fuerzas para guardar la ley de Dios, sino para resistir á la fuerza y rabia de los tiranos, y dar la sangre y la vida por Cristo.

## CAPITULO X.

### *Que el frecuentar la sagrada comunion, es gran remedio contra todas las tentaciones, y particularmente para conservar la castidad.*

Contra todas las tentaciones dicen los Santos, que es gran remedio frecuentar este divino Sacramento: porque fuera de dar grande fortaleza, enflaquece las pasiones, y los hábitos é inclinaciones malas, disminuye el fuego de la concupiscencia, que es raiz de todos los males, y hacenos prontos para cumplir la voluntad de Dios.

Santo Tomás, 3 p. q. 69, art.

7, dice, que una de las razones porque este Santísimo Sacramento nos defiende y libra de las tentaciones y de las caidas, es porque como es memorial de la Pasion de Cristo, por la cual los demonios fueron vencidos, en viendo en nosotros el cuerpo y sangre de Cristo, ellos echan á huir, y los santos Angeles nos acompañan, y ayudan. San Ignacio, y S. Cirilo (a) aconsejan por esta razon la frecuencia de este Santísimo Sacramento, para que huyan los demonios de nosotros. Y S. Crisóstomo, hom. 61 ad populum Antioch., dice, si la sangre del Cordero, figura de este Sacramento, puesta en los umbrales de las puertas de las casas, libraba á sus moradores del castigo y matanza que iba haciendo el Angel destruidor, Exod. c. 12, v. 22, ¿cuánto mas lo hará este divino Sacramento?

Pero particularmente dicen los Santos, que es este eficacísimo remedio, para vencer las tentaciones deshonestas y conservar la castidad; porque pacifica los movimientos de la carne, mitiga el *fomes peccati.* Y, como dice S. Cirilo, apaga el ardor y apetito de la sensualidad, como al fuego el agua. De esta manera declaran S. Gerónimo, y santo Tomás, (b) y otros Santos, aquello del profeta Zacarías: cap. 6, v. 19. *Quid enim bonum ejus, et quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines?* Dicen, que es virtud y efecto particular de este manjar celestial, engendrar virgenes. Asi como el mantenimiento corporal, cuando es bueno, cria buena sangre y buenos humores: asi este divino manjar cria en nosotros castidad y pureza de afectos. De donde vino á decir S. Cirilo, que este divino Sacramento, no solo santifica el ánima, sino tambien el cuerpo, cumpliéndose aquello que la Iglesia pide en el sacrificio de la Misa: *Fiat nobis ad salutem mentis, et corporis.* 4 Reg. c. 4, v. 41. Es la arina de Eliseo, que quita la ponzoña de la olla, y le da sazon. Y como tocando aquella muger del Evangelio, Luc. c. 8, v. 44: Jos. c. 3, v. 16, el ruedo de la vestidura del Salvador, cesó en ella el flujo de sangre; y entrando el arca del Testamento en el Jordán, las aguas se detuvieron hácia arriba, y dejaron de correr: asi entrando Cristo en nuestro cuerpo, se detienen las tentaciones, y cesa el ardor y fuego de la concupiscencia. *O felix fructus ubertatis, ex quo virginitas germinatur!* Viguer. instit. theol. c. 16, § 1. Con razon esclaman los Santos: ¡O dichoso fruto el de este divino Sacramento, pues engendra castidad, y hace vírgenes! Un Doctor grave dice, que no hay medio tan eficaz para ser uno casto, como frecuentar devotamente la sagrada comunion.

(a) *S. Ignat. epist. ad Ephes. Ciril. l. in Joannem, c.* 37. (b) *Hieron. S. Thom. opusc.* 58, *c.* 26.

Cuenta Niceforo Calixto, Gregorio Turonense, Nauclero, (c) y otros graves autores, una cosa maravillosa que aconteció en la ciudad de Constantinopla: y fue, que habiendo costumbre muy antigua en la Iglesia Griega de consagrar el cuerpo Santísimo de nuestro Señor Jesucristo en panes, como los que se hacen para comer: de aquellos panes consagrados comulgaban al pueblo; y si algunas reliquias sobraban en la custodia, llamaban los sacerdotes algunos niños de los mas virtuosos que andaban á la escuela, y de cuya sinceridad se pudiera tener mayor satisfaccion, y estando ayunos les daban aquellas santísimas reliquias, para que las recibiesen. Y esto dice el mismo Niceforo, que pasó con él muchas veces, siendo niño y de poca edad, y criándose en la iglesia. Acaeció, pues, qne yendo una vez los niños que para esto estaban llamados, fue entre ellos un hijo de un judio, oficial de hacer vidrio, y comulgó juntamente con ellos. Con esto tardó el niño de acudir á casa á la hora acostumbrada, y preguntándole su padre, ¿de dónde venia? Dijo, que de la iglesia de los cristianos, que habia comido del otro pan que daban á los muchachos. Tomóle al judio tan grande ira contra su hijo, que sin esperar mas razones, le tomó, y le echó en el horno de vidrio que estaba encendido, y cerró la puerta del horno. La madre hallando menos á su hijo, y viendo que pasaba mucho tiempo, y no parecia, salió á buscarle por toda la ciudad con grandes ansias y diligencias, y como no le pudiese descubrir ni hallar rastro de él, volvióse á su casa muy lastimada, donde al cabo de tres dias, estando junto al horno, renovando sus lágrimas y gemidos, mesando sus cabellos, comenzó á llamar á su hijo por su nombre: el cual oyendo, y conociendo la voz de la madre, le respondió de dentro del horno donde estaba. Entonces ella quebrando la puerta del horno, vió su hijo estar en medio del fuego, tan sano y sin lesion, que ni á un cabello solo le habia tocado el fuego. Sale el niño, y preguntándole, ¿quién le habia guardado? Respondió, que una Señora vestida de grana habia venido allí muchas veces, y con agua que echaba apagaba el fuego. Y demas de esto, le traia de comer todas las veces que lo habia menester. Supo esta maravilla el emperador Justiniano, y mandó luego bautizar al niño y á la madre, que quisieron ser cristianos. Y al desventurado del padre, que no se quiso convertir, como á parricida le hizo colgar en un árbol, y asi murió ahorcado. Pues lo que obró este Santísimo Sacramento en el cuerpo de este niño que le habia recibido, conservándose sin lesion alguna en medio del fuego, eso obra espiri-

(c) *Nicephor. Calixt. in sua histor. Eccles. l.* 17, *c.* 26. *Greg. Tur. l. de martyr. c.* 8.

tualmente en las almas de los que dignamente le reciben, defendiendolas y conservándolas sin lesion alguna en medio del fuego de las tentaciones.

## CAPITULO XI.

*De otro fruto principal que habemos de sacar de la sagrada comunion, que es unirnos y transformarnos en Cristo.*

Uno de los mas principales efectos y fines para que instituyó Cristo nuestro Redentor este divino Sacramento, ó el mas principal, dicen los Santos, que fue para unirnos, incorporarnos y hacernos una cosa consigo. Asi como cuando se consagra este divino Sacramento, por virtud de las palabras de la consagracion lo que era pan se convierte en sustancia de Cristo: asi por virtud de esta sagrada comunion, el que era hombre, se viene por una maravillosa manera á transformar espiritualmente en Dios. Y eso es lo que dice el mismo Cristo en el sagrado Evangelio: *Caro mea verè est cibus, et sanguis meus verè est potus. Qui manducat meam Carnem, et bibit meum Sanguinem, in me manet, et ego in illo*: Joan. c. 6, v. 5 6. Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne, y bebe mi sangre, está en mi, y yo en él. De manera que asi como el manjar por virtud del calor natural se convierte en la sustancia del que le come, y se hace una misma cosa con él; asi el que come este pan de Angeles, se une y junta, y hace una cosa con Cristo: no convirtiéndose Cristo en el mantenido, sino convirtiendo y transformando él en sí al que le recibe, como el mismo Señor dijo al bienaventurado S. Agustin: l. 10 Conf. c. 19. *Cibus sum grandium, cresce, et manducabis me, nec tu me mutabis in te, sicut cibum carnis tuæ; sed tu mutaberis in me*: Manjar soy de grandes; crece, y comerme has; pero bagote saber, que no me mudarás tú á mí en tu sustancia y naturaleza, como á los demas manjares, sino tú te mudarás y transformarás en mí. Y asi dice santo Tomás, 4 sent. disp. 2, q. 2, art. 1, que el efecto propio de este Sacramento es transformar el hombre en Dios, haciéndole semejante á sí; porque si el fuego, por ser elemento tan noble, convierte en sí todas las cosas que se juntan con él, gastando primero todo lo que en ellas le es contrario, y comunicándoles despues su forma y perfeccion, ¿cuánto mas aquel abismo de infinita bondad y nobleza gastará todo lo malo que hallare en nuestras almas, y las hará semejantes á sí?

Pero dejando á parte la union real y verdadera de Cristo con el que le recibe, que él nos quiso significar por aquellas palabras: El está en mí, y yo en él, la cual declaran los Santos con algunas comparaciones muy encarecidas, descendiendo mas en particular á la

práctica, el fruto que nosotros habemos de procurar sacar de la sagrada comunion, es unirnos, mudarnos y transformarnos en Cristo espiritualmente; esto es, que nos hagamos semejantes á él en la vida y costumbres: humildes como Cristo, pacientes como Cristo, obedientes como Cristo, castos y pobres como Cristo. Y esto es lo que el glorioso Apóstol S. Pablo dice por estas palabras, que nos vistamos de Jesucristo: *Induimini Dominum Jesum Christum.* Ad Rom. c. 13, v. 14. *Et induite novum hominem.* Ad Ephes. c. 4, v. 24. En la consagracion conviertese la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo, quedándose enteros los accidentes: en la comunion es al contrario, que se queda la sustancia del hombre, y se mudan los accidentes; porque el hombre de soberbio se hace humilde, de incontinente casto, de airado paciente, y de esa manera se transforma en Cristo.

S. Cipriano, lib. 2, epist. 2 ad Cæcilium, sobre aquellas palabras del Real Profeta: Ps. 22, v. 5. *Et Calix meus inebrians, quam præclarus est*, las cuales entiende de este Santísimo Sacramento, dice, que asi como la embriaguez enagena á un hombre de sí, y le hace otro; así este divino Sacramento enagena á uno de sí, y le hace otro; haciendole olvidar las cosas del mundo, y que de ahi adelante todo su trato sea de las cosas del cielo. ¡Qué otros salieron los discípulos de Emaús, despues de haber recibido este divino Sacramento! *Cognoverunt eum in fractione panis.* Luc. c. 24, v. 65. De dudosos, fieles; de medrosos, esforzados. Pues asi nosotros habemos de salir de la sagrada comunion trocados y mudados en otros hombres: *Mutaberis in virum alium. In virum perfectum.* 1 Reg. c. 10, v. 6. Lo mismo dice S. Basilio, (a) y trae para esto aquello de S. Pablo: *Ut, et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit*: Para que el que vive, ya no viva para sí, sino todo para Dios.

Dice una (b) Santa una cosa muy sustancial y muy espiritual á este propósito. Va tratando de las condiciones y señales en que se conoce ser el ánima transformada en Dios; y una de ellas dice que es, cuando desea el hombre ser menospreciado, abatido y deshonrado de toda criatura, y desea y quiere que todos crean, que él es digno de deshonras, y que ninguno se compadezca de él, y no quiere vivir en el corazon de alguna criatura, sino de solo Dios; y no solamente no quiere ser reputado en cosa alguna, en ninguna manera, sino que tiene por grande honra ser despreciado, por conformarse con Cristo nuestro Señor, al cual seguir es grande honra; y dice con S. Pablo: *Mihi autem absit gloria-*

(a) *Ad Ephes. c. 4, v. 13. Basil. in q. breviorib. n. 172. Ad Corinth. 5, 15.*
(b) *S. Angela de Fulgino, c. 66.*

*ri nisi in Cruce Domini nostri Jesu-Christi*: Ad Galat. c. 6, v. 14. No plega á Dios que yo me honre ni glorie sino en la Cruz de Jesucristo nuestro Señor. Pues de esta manera nos habemos de transformar en Cristo. Y esto es lo que habemos de sacar de la sagrada comunion.

San Crisóstomo, hom. 61 ad populum Antioch., declarando la obligacion que para esto nos pone el recibir tan alto Sacramento, dice: *Cum nos ab ira corrumpi viderimus, vel ab alio vitio, cogitemus, quibus facti sumus digni, et sit irrationabilium nobis motuum correctio, talis cogitatio*: Cuando nos vieremos acosados de la ira, ú otro vicio ó tentacion, consideremos de cuan grande bien habemos sido dignos, y sirvanos eso de freno, para guardarnos de todo pecado y de toda imperfeccion. Lengua que ha tocado á Cristo, razon es que quede santificada; y que no hable ya livianda-des, ni se profane mas pecho y corazon que ha recibido al mismo Dios, y sido custodia y relicario del Santísimo Sacramento, no es razon que se eche en el estiercol de vanos deseos, ni que trate ni piense ya de otra cosa, sino de Dios. Acá come uno una alcorza, y todo el dia aspira olor. Habeis comido esta alcorza divina, que tiene el ambar celestial, olor de toda virtud y deidad, ¿qué olor será razon que respireis? De una santa vírgen se lee, que decia: Cuando comulgo, todo aquel dia guardo con mas diligencia mi corazon, imaginando el Señor en él, como si estuviera reposando en su casa. Por lo cual procuro de guardar toda la modestia posible, asi en el hablar, mirar y andar, como en toda la conversacion esterior, como quien pone el dedo sobre la boca, pidiendo silencio y que no hagan ruido, porque no despierten al que duerme.

## CAPÍTULO XII.

### *De otro fruto muy principal que habemos de sacar de la sagrada comunion, que es ofrecernos y resignarnos enteramente en las manos de Dios. Y de la preparacion y hacimiento de gracias, que conforme á esto habemos de hacer.*

Una de las principales cosas que habemos de sacar de la sagrada comunion, ha de ser resignarnos y ponernos del todo en las manos de Dios, como un poco de barro en manos del artífice, para que haga de nosotros lo que quiere, y como quisiere, y cuando quisiere, y de la manera que quisiere, sin esceptuar ni reservar cosa alguna. El Hijo de Dios se ofreció á sí mismo enteramente en sacrificio al Padre Eterno en la Cruz, dando por nosotros toda su sangre y su vida, y cada dia se nos da en manjar en este Santísimo Sacramento enteramente su cuerpo, sangre, alma y divinidad: razon será que nosotros tambien nos ofrezcamos y entreguemos enteramente y

del todo á él. Eso dicen que es propiamente comulgar: *Comunicare*: Hacer con Dios lo que él hace con vos: él os dá y comunica cuanto tiene: dadle vos cuanto teneis.

Este ha de ser tambien el hacimiento de gracias despues de la sagrada comunion: *Quid retribuam Domino pro omnibus, quæ retribuit mihi?* Ps. 15, v. 12 ¿Qué ofreceré al Señor por tantas mercedes y beneficios, y especialmente por este que ahora he recibido? ¿Sabeis qué quiere él que le ofrezcais? Lo que vamos diciendo: *Præbe fili mi cor tuum mihi.* Prov. c. 23, v. 26. Hijo dadme tu corazon. Declaralo muy bien aquel santo Tomás de Kempis. * Qué otra cosa mas quiere de tí, sino que estudies de renunciar del todo en mí. Cualquiera cosa que me das sin tí, no me curo de ella; porque no quiero tu don, sino á ti. Asi como no te bastarian á tí todas las cosas sin mí: asi no puede agradar á mí cuanto me ofreces sin tí. Ofrecete á mí, y date todo por mí, y será muy acepto tu sacrificio. * S. Agustin, lib. 1 de civit. Dei, c. 7, dice, que en lo que Cain desagradó á Dios, cuando le ofrecia sacrificio, y la causa porque no miró ni aceptó su sacrificio, como el de su hermano Abel, fue, porque no repartia bien con Dios: *Dans Deo aliquid suum, sibi autem se ipsum*: Porque daba á Dios alguna cosa suya, y no le daba ni entregaba á sí mismo. Y esto mismo dice S. Agustin, (a) que hacen los que ofrecen á Dios alguna cosa, y no le ofrecen su voluntad: *Regnum Cœlorum aliud non quærit pretium, quam te ipsum. Tantum valet, quantum es tu. Te da, et habebis illud*: El reino del cielo no tiene otro precio, sino á tí mismo. Tanto vale, cuanto eres tú. Date, y ofrecete á tí, y alcanzarlo has.

Pues en este ofrecimiento y resignacion entera en las manos de Dios, nos habemos de ocupar y detener despues de la sagrada comunion. Y esto no ha de ser solamente en general, sino desmenuzándolo, y descendiendo á casos particulares, resignándonos y conformándonos con la voluntad de Dios, asi en la enfermedad, como en la salud, asi en la muerte, como en la vida, asi en la tentacion, como en la consolacion: especificando aquello en que cada uno le pareciere que sentiria mas repugnancia y dificultad; y ofreciéndoselo al Señor en hacimiento de gracias; no dejando lugar, ni oficio ni grado, por bajo é ínfimo que sea, hasta que no se nos ponga cosa delante, en que no sintamos nuestra voluntad muy conforme y unida con la de Dios. Y es muy buena y muy devota para esto aquella oracion que nuestro santo Padre (b) pone en el libro de los

(a) *Aug. ser. 2 de omnibus Sanctis, et in manual. c. 16.* (b) *S. Ignat. lib. Exerc. spirituali. in contemplation. ad amorem spiritualem in nobis excitandum, punct. 1.*

ejercicios espirituales: *Suscipe Domine universam meam libertatem, accipe memoriam, intellectum, atque voluntatem omnem, quidquid habeo, vel possideo, mihi largitus es: id tibi totum restituo, ac tuæ prorsus voluntati trado gubernandum. Amorem tui solum, cum gratia tua, mihi dones, sum satis, nec aliud quidquam ultrà poscam*: Recibid, Señor, toda mi libertad, memoria, entendimiento y voluntad, todo lo que tengo ó poseo, Vos Señor me lo disteis, todo os lo ofrezco y restituyo, y pongo en vuestras manos, para que hagais de ello lo que os pluguiere: dadme solamente vuestro amor y gracia, y quedaré rico, sin tener mas que desear. Aquí nos habemos tambien de ejercitar y actuar en los actos de algunas virtudes, especialmente en aquellas de que cada uno tiene mas necesidad. Porque á todo lo que uno quisiere, y hubiere menester, le sabrá este divino maná: *Habentem omnis saporis suavitatem.* Sapient. c. 16, v. 20. Todos los sabores de las virtudes tiene; y así, una vez os habeis de actuar y ejercitar en una virtud, otra en otra, teniendo siempre puesta la mira en vuestra mayor necesidad. Si os sentís necesitado de humildad, procurad que os sepa á humildad, que buen dechado y sabor hallaréis aquí de ella, pues está vestido el Hijo de Dios de unos accidentes de pan, que por ser accidentes, son mas pobres y bajos, que los pañales y fajas con que le envolvió su sacratísima Madre en Belen. ¿Y qué mayor humildad, ni qué cosa mas baja se puede imaginar, que ponerse Dios como manjar comun, para que le comamos: que estendamos allí en aquella mesa del altar los manteles, y como servilleta los corporales, como plato la patena, como vaso el cáliz: qué le tratemos con nuestras manos, y le recibamos en nuestra boca y en nuestro estómago? ¿Qué mayor bajada de Dios, y qué mayor subida del hombre? En cierta manera resplandece aquí mas la humildad, que en la obra de la Encarnacion. Pues ejercitáos y actuáos en ella, hasta tanto que sintais que se os va embebiendo y entrañando en vuestra ánima. Ofreced al Señor el desprecio de toda la honra y estimacion del mundo en hacimiento de gracias, abrazando el ser menospreciado y tenido en poco por su amor.

Tambien es muy bueno descender á algunas cosas mas particulares y menudas, y ofrecerlas aquí al Señor en hacimiento de gracias. Ya entiende cada uno poco mas ó menos sus faltas, y sabe lo que le impide su aprovechamiento, y en lo que suele tropezar ordinariamente. Pues procurad en cada comunion sacrificar y ofrecer á Dios alguna cosa de esas en hacimiento de gracias. Sois amigo del regalo y de vuestras comodidades, y de que no os falte nada: ofreced al Señor el mortificaros en eso, hoy en una cosa, y otro dia en otra. Sois amigo de parlar, y de

perder tiempo, mortificaos en eso, y ofrecedlo al Señor en otra comunion. Sois tan amigo de vuestra voluntad, que por no recibir vos un poco de mortificacion y trabajo, no sabeis dar gusto ni contento á vuestros hermanos, y algunas veces les hablais sacudida y desabridamente: procurad venceros en eso, y ofrecerlo al Señor en otra comunion. Y como deciamos, 1 p. trat. 5, c. 20, tratando de la oracion, que es muy bueno proponer allí algo que hacer aquel mismo dia. Así tambien en la comunion será muy bueno sacar propósito de venceros y mortificaros en algo aquel mismo dia, y ofrecer esa mortificacion al Señor en hacimiento de gracias. Haced cuenta que esto es lo que os está pidiendo el Señor, por la merced y beneficios que habeis recibido. Que no quiere Dios de nosotros otra cosa, ni otra recompensa, sino que nos mejoremos en la vida, y nos vamos enmendando en aquello que sabemos que desagrada á Dios: y así ese es el mejor hacimiento de gracias que podemos hacer despues de la comunion, y el servicio mas agradable que le podemos ofrecer. De tres maneras decimos arriba, trat. 7, c. 6, que puede ser el hacimiento de gracias. La primera, reconociendo beneficios interiormente con el corazon. La segunda, alabando y dando gracias con palabras al bienhechor. La tercera, con obras, y este es el mejor hacimiento de gracias, pues eso es *lo* que ahora decimos. No se nos vaya todo en consideraciones, *que aunque* buenas, mejores son las *obras*, y para eso han de ser las consideraciones, para que vengamos á las obras.

De la misma manera digo de la preparacion para comulgar, aunque es muy buena aquella particular preparacion que se acostumbra hacer antes de la sagrada comunion con algunas consideraciones; y ninguno la debe dejar, porque la reverencia de tan alto Sacramento pide, que cada uno haga tambien en eso lo que mas pudiere. Pero la mejor y mas principal disposicion ha de ser la buena y santa vida; y el irnos cada dia mejorando y perfeccionando en las cosas que hacemos, para así llegar con mayor limpieza y puridad á este divino Sacramento, conforme á aquello de los gloriosos santos, Ambrosio y Agustino: (c) *Sic vive, ut quotidie merearis accipere*: Vivid de tal manera, que merezcais recibir cada dia este Santísimo Sacramento. Y así el P. M. Avila en una carta que de esto escribe á un devoto, le dice: La preparacion para la sagrada comunion ha de ser el buen órden que tenga en toda su vida, y en toda la semana. Y trae para esto el ejemplo de un siervo de Dios, que decia, que él nunca hacia particular prepara-

(c) *Ambros. l. 3 de Sacramentis, c. 4. August. de verbis Domini in Evang. 2 Lucam, serm. 8. M. Avila, t. 2, epist. f. 187.*

cion para comulgar, porque cada dia, dice, hago todo lo que puedo: esa es muy buena preparacion, harto mejor que el recogerse uno solamente un cuarto de hora antes y otro despues, y quedarse tan tibio y tan inmortificado é imperfecto como antes.

De manera que es esta la principal disposicion, y este es el principal hacimiento de gracias, y este ha de ser tambien el principal fruto que habemos de sacar de la sagrada comunion. Y así como decimos de la oracion, que la disposicion principal para ella ha de ser la mortificacion de nuestras pasiones el recogimiento de los sentidos y la guarda del corazon; y decimos que ese ha de ser tambien el fruto que habemos de sacar de ella; y que lo uno ha de ayudar á lo otro; así tambien aquí la buena y santa vida, el hacer uno todas las cosas lo mejor que puede, para agradar á Dios, ha de ser la principal disposicion para recibir la sagrada comunion: y eso mismo ha de ser el principal fruto que ha de sacar de ella: y lo uno ha de ayudar á lo otro, y una comunion ha de ser disposicion para otra. Y así como decimos, que el tener buena oracion, y el ir aprovechando en ella, no está en tener consuelos y sentimientos, ni en tener muchas consideraciones ni grandes contemplaciones; sino en que salga uno de allí muy humilde, paciente, indiferente y mortificado, así tambien la buena comunion y el fruto de ella, no está ni se ha de medir, por las muchas consideraciones que uno tiene, por muy buenas y santas que sean, ni por los gustos y consolaciones, sino por la mortificacion de las pasiones, y por la mayor resignacion y conformidad con la voluntad de Dios que de allí se saca.

De aquí se sigue una cosa de grandísimo consuelo, y es, que siempre está en nuestra mano comulgar bien, y sacar mucho fruto de la comunion: porque el ofrecernos y resignarnos en las manos de Dios, el mortificarnos y enmendarnos en aquello que sabemos desagrada á su divina Magestad, siempre está en nuestra mano, con la gracia del Señor. Pues haced vos eso, y sacaréis mucho fruto de la comunion: idos cada dia venciendo y mortificando, y enmendando en alguna cosa; caiga el idolo de Dagón, 1 Reg. 53, en presencia del arca del Testamento, ese ídolo de la honra, ese ídolo del regalo, y de buscar vuestras comodidades, ese ídolo de la propia voluntad, que de todo por tierra en reverencia de este Señor. ¡O si comulgásemos de esta manera, mortificándonos y enmendándonos cada vez en alguna cosa, por pequeña que fuese, como medraria nuestra alma!

S. Gerónimo declara á este propósito, aquello que dice el Sabio de la muger fuerte: *Consideravit semitas domus suæ, & panem otiosa non comedit.* Prov. c. 31, v. 27.

Consideró los rincones y escondrijos de su casa, que es el examen y preparacion que se requiere para llegar á esta mesa divina: y no comió ociosa su pan, no comió el pan de valde. Dice S. Gerónimo, cuando uno saca fruto de la sagrada comunion, de la manera que habemos dicho, no come el pan de valde, pues le aprovecha bien lo que come. Pero ¡ay de vos, que habeis comido este pan de valde tantos años ha, pues nunca os habeis vencido ni mortificado en una pasion, ni en un siniestro malo que teniadeis! Grave enfermedad teneis, pues no os aprovecha nada lo que comeis. Pues no sea así de aquí adelante: entre cada uno dentro de sí, y considere los rincones de su alma, mire la pasion, ó siniestro é inclinacion que mas daño y estorbo le hace, y procure irla quitando y mortificando, hasta que pueda decir con el Apóstol S. Pablo: *Vivo autem, jam non ego, vivit verò in me Christus*: Ad Galat. c. 2, v. 20. Vivo yo, ya no yo, sino Cristo es el que vive en mí. Como dice S. Gerónimo sobre estas palabras: *Idest, non vivit ille, qui quondam vivebat in lege, quippe persequebatur Ecclesiam: vivit autem in eo Christus, idest sapientia, fortitudo, sermo, pax, gaudium, cæteræque virtutes, quas qui non habet, non potest dicere, vivit autem in me Christus.* Vivo yo, ya no yo, ya no vive aquel que vivia antiguamente en la ley, aquel que perseguia la Iglesia, sino vive en el la sabiduría, la fortaleza, la paz, el gozo, y las demas virtudes; las cuales, el que no las tiene, no puede decir, vive en mí Cristo.

## CAPÍTULO XIII.

*Que es la causa que obrando este divino Sacramento tan maravillosos efectos, algunos que le frecuentan no los sienten en sí.*

Preguntará alguno: pues este Santísimo Sacramento da tanta gracia, y obra tantos y tan maravillosos efectos, ¿qué es la causa que muchas personas que celebran y comulgan á menudo no sienten en sus almas, no solo aquel gusto y suavidad espiritual, que deciamos c. 9, pero ni aun parece que aprovechan en la virtud, sino que se estan siempre casi de una misma manera? Algunos suelen responder á esto con aquel proverbio comun: que la mucha conversacion es causa de menosprecio. Pareciéndoles, que la mucha frecuencia es causa que no se lleguen con tanta reverencia y disposicion: y así que no saquen tanto fruto. Pero no tienen razon; porque esto no ha lugar en las cosas espirituales y trato con *Dios*. Aun con los hombres sabios y prudentes, dicen que no ha esto lugar, sino que antes la mucha conversacion y familiaridad con ellos causa mayor estima y reverencia; porque cuanto uno mas les trata, tanto mas conoce su pru-

dencia y virtud, y asi tanto mas los estima. Pero demos que tenga lugar este proverbio en los sabios del mundo: porque al fin como en esta vida miserable no puede haber ninguno tan perfecto, que no tenga algunas faltas, y esas se descubran, tratando mucho y muy familiarmente con él, puede la mucha familiaridad ser causa que se disminuya su opinion y estima. Empero en el trato y familiaridad con Dios no puede haber este lugar; porque como este Señor sea de infinita perfeccion y sabiduría, cuanto mas uno trata con él y mas le conoce, tanto mas le reverencia y estima: como lo vemos en los santos Angeles y Bienaventurados, que conocen perfectísimamente á Dios en el cielo, y conversan con él familiarmente; y lo esperimentamos tambien acá en la tierra, porque cuanto mas uno trata con Dios en la oracion, tanto mas le reverencia y estima. Y declárasenos esto bien en lo que el sagrado Evangelio cuenta de aquella muger Samaritana, que al principio trató á Cristo como á uno del pueblo: *Quomodo tu Judæus cum sis, bibere à me poscis, quæ sum mulier Samaritana?* Joan. c. 4, v. 9. Llamóle el nombre comun de la nacion; pero procediendo un poco mas adelante en la conversacion, llamóle Señor: *Domine da mihi hanc aquam.* Y procediendo un poco mas adelante, llamale Profeta: *Video, quia Propheta es tu.* Y prosiguiendo mas adelante, reconócele por Cristo y por Mesias. De la misma manera es en la frecuencia de los Sacramentos. Antes una comunion dispone para otra; y es engaño grande pensar que por llegarse uno de tarde en tarde á recíbir este Santísimo Sacramento, irá con mayor preparacion y reverencia; y asi dijo muy bien S. Agustin, y S. Ambrosio, (a) que el que no le merece recibir cada dia, no merece recibirle una vez al año: *Qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere.*

Pues respondiendo á la duda, digo lo primero, que el no sentir tanto fruto con la frecuencia de este Santísimo Sacramento, unas veces viene por culpa nuestra, porque no nos preparamos y disponemos para recibirle como debemos, sino llegamos á él por una manera de costumbre ó cumplimiento, que es como si dijésemos: Comulgo, porque otros comulgan, y porque ya lo tengo por costumbre: llegámonos como por via de ceremonia, sin haber precedido consideracion ni sentimiento de lo que vamos á hacer, esa es la causa de sentir poco fruto; y asi cuando uno siente en sí que no medra ni aprovecha con la frecuencia de este Santo Sacramento, debe mirar y examinar muy bien, si es por falta de disposicion, y si halla serlo, ha de procurar remediarlo.



(a) *August. de Verbis Domini in Evangelium secundum Lucam, ser.* 23 *& epistol.* 18 *in Joan. Ambr. l.* 5 *de Sac. c.* 4.

Otras veces suele provenir esto de dejarse caer uno advertidamente en culpas veniales. Dos maneras hay de culpas veniales: Lud. Blos. in Specul. spir. c. 6: unas que se hacen por inadvertencia, aunque con algun descuido y negligencia: otras hay que se hacen advertidamente y de propósito. Las culpas veniales, en que por no advertir caen las personas temerosas de Dios, y diligentes en su servicio, no hacen este daño; mas las que con deliberacion, de propósito y advertidamente hacen las personas tibias y remisas en el servicio de Dios, impiden en gran parte los efectos divinos de este Santísimo Sacramento. Y lo mismo podemos decir de las faltas que deliberadamente y de propósito hace uno en la observancia de sus reglas é instituto. Asi como un padre suele mostrar á su hijo el rostro torcido, cuando ha hecho alguna falta, para reprenderle con aquello, y avisarle que ande con mas cuidado de aí adelante; asi lo suele hacer Dios con nosotros en la comunion y en la oracion. Y asi si queremos participar del copioso fruto, de que suelen gozar los que se llegan á este divino Sacramento como deben, es menester que procuremos no hacer faltas advertidamente y de propósito. Y noten mucho esto las personas temerosas; porque es de mucha importancia para que el Señor les haga mercedes.

Lo tercero digo, que el no sentir aun con este divino Sacramento aquellos efectos que habemos dicho, muchas veces no es por culpa alguna, ni por eso deja de recibir en su alma grande fruto, aunque á él le parezca que no lo siente, como solemos decir de la oracion, de la cual suelen tener muchos la misma queja, que aunque uno no sienta en ella el gusto y consuelo que desea, y otras veces por ventura suele sentir, no por eso deja de ser de mucho provecho. Como el manjar al enfermo, que aunque no le dé gusto, no por eso le deja de sustentar y ser provechoso. Son esas cosas que pertenecen á la providencia altísima de Dios, el cual suele de esa manera purgar y probar á sus siervos, y ejercitarlos y humillarlos, y sacar otros bienes que él se sabe. Añadese á esto, que algunas veces obra este Sacramento tan secretamente, que apenas lo puede el hombre entender; porque la gracia comunmente obra como la naturaleza, poco á poco, como parece en una planta, que sin echarse de ver cuando crece, vemos despues que ha crecido. Y asi dice S. Laurencio Justiniano, que asi como el manjar corporal sustenta al hombre, y hace que crezca, aunque no lo advirtamos, asi este divino Sacramento conforta y fortalece al alma con aumento de gracia, aunque no lo sintamos.

Lo cuarto digo, que no solo se cuenta por aprovechamiento el ir adelante, sino tambien el no caer y volver atras. Y no es menos

de estimar la medicina que nos preserva de la enfermedad, que la que nos acrecienta la salud; y adviertase mucho esto, porque es cosa de gran consuelo para aquellos que no ven tan palpablemente en sí el fruto de este Sacramento. Vemos comunmente, que los que reciben á menudo este divino manjar, viven en temor de Dios, y se les pasa todo el año, y á muchos toda la vida, sin hacer pecado mortal: pues ese es uno de los principales frutos y efectos de este Sacramento, preservar á uno que no caiga en pecados: Como lo es del manjar, conservar la vida temporal, y lo notó muy bien el concilio Tridentino, (b) diciendo que es: *Antidotum, quo liberamur à culpis quotidianis, & à peccatis mortalibus præservamur*: Remedio y medicina que nos libra de las culpas cotidianas, y nos preserva de las mortales; y asi aunque uno no sienta en sí aquel fervor y devocion, ni aquella hartura y consuelo espiritual, ni despues de haber comulgado sienta aquel aliento y ligereza para las buenas obras que otros suelen sentir, sino antes sequedad y tibieza, no por eso deja de recibir fruto. Y si comulgando cae en algunas faltas, no comulgando caerá en otras mayores. Hagamos nosotros buenamente lo que es de nuestra parte, para llegarnos con la disposicion y reverencia que habemos dicho, que sin duda será grande el provecho que recibirá nuestra alma con la frecuencia de este divino Sacramento.

Cuenta Timal Bredembraquio (c) de un duque de Sajonia, llamado Wedequindo, que era infiel, y vínole curiosidad de ver lo que pasaba en los Reales católicos de Carlo Magno, y por hacerlo mas á su placer, vistióse en hábito de peregrino, y vase allá. Era tiempo de semana Santa, y Pascua, cuando toda la gente comulgaba; él andaba con atencion mirándolo todo, y entre otras cosas que vió, fue: Que cuando el sacerdote comulgaba al pueblo, veía un niño muy hermoso y resplandeciente en cada forma, y dice que en las bocas de unos entraba el niño tan alegre, tan regocijado y tan de buena gana, que parecia que él mismo se iba y daba priesa á entrar: en otros, dice que parecia que entraba de muy mala gana y como forzado, porque volvia el rostro y las manos atras, y meneaba los pies, como haciendo resistencia para no entrar en su boca. Y con este milagro se convirtió, y se hizo cristiano este Principe, y toda su tierra. Otro ejemplo semejante, y que declara mas el pasado, se cuenta (d) de un sacerdote seglar, que diciendo Mi-

(c) *Concil. Trident. sess.* 13 *de Sanct. Euchar. Sacram. c.* 2. (c) *Tim. Bredemb. l.* 1 *collat. c.* 2 *ex histor. Eccles. Alberti Granti, l.* 1, *c.* 9. (d) *Enrique Gran en sus ejemplos, verbo Euchar. exemplo* 4, *alegado por el Doct. Santoro, l.* 4 *de su Prado espiritual, c.* 100.

sa, un siervo de Dios que la oía, al tiempo de consumir vió en la patena, no las especies de pan, sino un niño. Y al tiempo que el sacerdote le levantó para tomarle, volvió el niño el rostro, y como quien porfiaba, contradiciendo con los pies y con las manos á que no le recibiese. Y esto vió aquel siervo de Dios, no una, sino algunas veces. Y hablando una vez aquel sacerdote con él, vínole á decir que no sabía que era, que cada vez que tomaba el cuerpo del Señor, lo tomaba con mucha dificultad. Entonces el siervo de Dios le contó lo que habia visto, y aconsejóle, que mirase por sí y se enmendase. El sacerdote tomó muy bien el aviso, y compungido, enmendó su vida, y despues oyendo su Misa el mismo siervo de Dios, vió al niño como de antes, mas que al tiempo de consumir, con los pies y manos juntas se le entraba por la boca sin mucha violencia.

## CAPÍTULO XIV.

### *Del santo sacrificio de la Misa.*

Ya habemos tratado de este divino Sacramento, y de sus efectos y virtudes admirables, en cuanto es Sacramento. Resta tratar ahora de él, en cuanto es Sacrificio: que es una cosa que el sagrado concilio Tridentino, sess. 22, manda á los predicadores y pastores de las almas, que declaren á sus ovejas, para que todos entiendan el tesoro grande que dejó Cristo nuestro Redentor en su Iglesia, en dejarnos este sacrificio, y *se sepan* aprovechar de él. Desde el principio del mundo, á lo menos despues del pecado, aun en la ley natural, siempre hubo y fueron necesarios sacrificios para aplacar á Dios, y para reverenciarle y honrarle, en reconocimiento de su infinita clemencia y magestad. Y asi en la ley vieja instituyó Dios sacerdotes y sacrificios muchos: empero como la ley era imperfecta, los sacrificios tambien lo eran: sacrificaban y mataban muchos animales; no les podia aquello llevar á perfeccion, no bastaba el sacerdocio de Aaron ni sus sacrificios, para santificar á los hombres y quitarles los pecados: *Impossibile enim est, sanguine taurorum, & hircorum, auferri peccata.* Ad Heb. c. 10, v. 4, dice el Apóstol S. Pablo. Era menester que viniese otro Sacerdote segun la órden de Melquisedech, que es Jesucristo, y que ofreciese otro sacrificio, que es á sí mismo, que fuese bastante para aplacar á Dios, y santificar á los hombres, y llevarlos á perfeccion. Y asi dice S. Agustin, (a) que todos los sacrificios de la ley vieja significaban y eran figura de este sacrificio, y que asi como una misma cosa se puede significar y dar á entender con diversas palabras y en diversas lenguas; asi este único y verdadero sacrificio fue significa-

(a) *August. l. 1 contra adversarium legis, & prophetarum, c. 18.*

do y figurado mucho antes con toda aquella multitud de sacrificios, para por una parte encomendárnosle mucha y muchas veces; y por otra con la diversidad y variedad quitarnos el fastidio que suele causar el repetir muchas veces una misma cosa. Y por eso, dice, mandaba Dios, que le ofreciesen sacrificios de animales limpios, para que entendiesemos, que asi como aquellos animales que se habian de sacrificar, carecian de los vicios y defectos del cuerpo, y no tenian macula, asi el que habia de venir á ofrecerse en sacrificio por nosotros, no habia de tener macula de pecado. Y si aquellos sacrificios agradaban á Dios nuestro Señor (como es cierto que por entonces le agradaban) era en cuanto por ellos confesaban y profesaban los hombres, que habia de venir un Salvador y Redentor, que habia de ser el verdadero sacrificio, y en virtud de este tenian aquellos entonces algun valor; pero en viniendo, y asi que vino este Salvador y Redentor del mundo, desagradaron á Dios aquellos sacrificios, como lo dice el Apóstol S. Pablo: *Ideo ingrediens mundum dicit: Hostiam, & oblationem noluisti; corpus autem aptasti mihi, holocaustomata, & pro peccato, non tibi placuerunt.* Ad Hebr. c. 10, v. 5. *Tunc dixi ecce venio: in capite libri scriptum est de me, ut faciam Deus voluntatem tuam.* Ps. 39. v. 7. Dió Dios cuerpo á su Unigenito Hijo, para que hiciese la voluntad de su Padre, ofreciéndose por nosotros en la cruz: y asi viniendo al mundo lo figurado, cesó la sombra y la figura, y dejaron de agradar á Dios aquellos antiguos sacrificios.

Pues este es el sacrificio que tenemos en la ley de gracia, y el que cada dia ofrecemos en la Misa. El mismo Jesucristo verdadero Hijo de Dios, es nuestro sacrificio: *Tradidit semetipsum pro nobis oblationem, & hostiam Deo in odorem suavitatis.* Ad Ephes. c. 5, v. 2. Y estas no son consideraciones, ni pensamientos propios, sino cosas que nos enseña la fe. La Misa, es verdad que es memoria y representacion de la Pasion y muerte de Cristo. Y asi dijo él, cuando instituyó este soberano sacrificio: *Hoc facite in meam commemorationem.* Luc. c. 22, v. 19. Pero es menester que entendamos, que no solamente es memoria y representacion de aquel sacrificio en que Cristo se ofreció en la cruz al Padre Eterno por nuestros pecados, sino es el mismo sacrificio que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. Y mas, no solo es el mismo sacrificio, sino tambien el que ofrece ahora este sacrificio de la Misa, es el mismo que el que ofreció aquel sacrificio en la cruz. De manera que asi como entonces, en tiempo de la Pasion, el mismo Cristo fue el Sacerdote, y el sacrificio: asi tambien ahora en la Misa el mismo Cristo es no solamente el Sacrificio, sino tambien el Sacerdote y el Pontífice que se

ofrece á sí mismo cada dia en la Misa al Padre Eterno por ministerio de los sacerdotes. Y asi el sacerdote que dice la Misa, representa la persona de Cristo, y como ministro é instrumento suyo y en su nombre ofrece este sacrificio. Lo cual declaran bien las palabras de la consagracion, porque no dice el sacerdote: *Hoc est corpus Christi*: Este es el cuerpo de Cristo; sino *Hoc est corpus meum*: Este es mi cuerpo, como quien habla en persona de Cristo, que es el Sacerdote y Pontífice principal que ofrece este sacrificio. Y por esta razon el profeta David, Psal. 109, v. 4: y el Apóstol S. Pablo, ad Hebr. 7, 17, 21, le llaman Sacerdote eterno segun el órden de Melquisedech. Y no se dijera bien Sacerdote perpetuo, si una sola vez hubiera ofrecido sacrificio: pero dícese Sacerdote eterno, porque siempre ofrece sacrificio por medio de los sacerdotes, y nunca cesa ni cesará de ofrecerle hasta el fin del mundo: *Talis enim decebat ut nobis esset Pontifex sanctus, innocens, impollutus, segregatus à peccatoribus, & excelsior cœlis factus, qui non habet necessitatem quotidie, quemadmodum Sacerdotes, priùs pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi*: Ad Hebr. c. 7, v. 26. Tal Sacerdote y tal Pontífice habiamos nosotros menester, dice el Apóstol S. Pablo, que no fuese como los otros sacerdotes, que primero han menester rogar á Dios por sus pecados, y despues por los del pueblo; sino tal: *Qui in diebus carnis suæ preces, supplicationesque ad eum, qui possit illum salvum facere à morte, cum clamore, & lachrimis offerens, exauditus est pro sua reverentia*: Ad Hebr. c. 3, v. 7, que por su dignidad y reverencia fuese oído. Tal, que no con sangre agena, sino con la suya propia aplacase á Dios.

Pues ponderemos aqui las invenciones de Dios, y el artificio y sabiduría de sus consejos, que tomó para la salud de los hombres: y lo que hizo, para que este sacrificio fuese por todas partes acepto y agradable, como lo pondera muy bien S. Agustin: l. 4 de Trinit. Porque habiendo en un sacrificio cuatro cosas que considerar: *La* primera, á quién se ofrece; *la* segunda, quién le ofrece; la tercera, qué es lo que se ofrece; la cuarta, por quién se ofrece: la sabiduría de Dios ordenó de tal manera este sacrificio, y con tal artificio, que el mismo que ofrece este sacrificio para reconciliarnos con Dios, es uno con aquel á quien le ofrece: y se hizo uno con aquellos por quien le ofrecia; y él mismo era lo que ofrecia; para que por todas partes fuese acepto, agradable y eficaz este sacrificio. Y asi fué de tanto valor y eficacia, que bastó para satisfacer y aplacar á Dios, no solo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo, y de cien mil mundos que hubiera: *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris, non pro nostris autem tantùm, sed etiam pro totius mundi*, 1 Joan. c. 2, v. 2, dice el

Apóstol y Evangelista S. Juan. Y asi dicen los Teólogos, y los Santos, que este sacrificio no solo fue suficiente satisfaccion y recompensa por nuestras deudas y pecados, sino muy superabundante: porque mucho mas es lo que se da y ofrece aqui, que la deuda que debíamos; y mucho mas agradó al Padre Eterno este sacrificio, que le habia desagradado la ofensa cometida. Y de aqui es tambien, que aunque el sacerdote sea malo y pecador, no por eso deja de aprovechar y valer este sacrificio á aquellos por quien se ofrece, ni se disminuye nada de su valor y eficacia; porque Cristo es no solo el sacrificio, sino el Sacerdote y Pontífice que le ofrece. Como la limosna que vos haceis, aunque la envieis por medio de un criado que sea malo y pecador, no por eso pierde nada de su virtud y merito. Y asi dice, y difine el concilio Tridentino: sess. 22, c. 2. *Una enim, eademque est hostia, idemque nunc offerens Sacerdotum ministerio qui se ipsum tunc in Cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa*: El mismo sacrificio es este, que el que entonces se ofreció en la Cruz: y el mismo es el que ahora le ofrece por ministerio de los sacerdotes: solamente está la diferencia, dice el Concilio, en que aquel que se ofreció en la Cruz, fue sacrificio *cruento*, que quiere decir sangriento, con derramamiento de sangre, porque Cristo Redentor nuestro era entonces pasible y mortal: y este de la Misa es sacrificio *incruento*, que quiere decir, sin derramamiento de sangre; porque ya Cristo está glorioso y resucitado, y asi no puede morir ni padecer: *Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur*. Ad Rom. c. 6, v. 9: Matth. c. 26, v. 26. Dice el Concilio, y dicenlo los Evangelistas, que habiendo el Redentor del mundo de ser sacrificado, y morir en la Cruz para redimirnos, no quiso que se acabase alli el sacrificio: *Quia erat Sacerdos in æternum*: Marc. c. 14, v. 22. Porque era Sacerdote para siempre. Quiso que la Iglesia tuviese y le quedase su sacrificio; y porque era Sacerdote segun la órden de Melquisedech, Luc. c. 22, v. 17, el cual ofreció sacrificio de pan y vino, Psal. 109, v. 4, convenia que se nos quedase en sacrificio debajo de especies de pan y vino. Y asi en la ultima Cena: *In qua nocte tradebatur, accepit panem et gratias agens fregit, deditque discipulis suis*: 1 Cor. c. 11, v. 23. Entonces, cuando los hombres trataban de darle la muerte, trataba él de darles á ellos la vida: quiso dejar á su Esposa la Iglesia visible un sacrificio visible, como lo pide la naturaleza de los hombres, que no solo representase y trajese á la memoria aquel sacrificio sangriento de la Cruz, sino que tuviese la misma virtud y eficacia que aquel, para perdonar pecados y aplacar á Dios y reconciliarnos con él, y que fuese en efecto el mismo sacrificio. Y asi consagró su cuerpo y sangre san-

tísima debajo de especies de pan y vino, convirtiendo el pan en su cuerpo, y el vino en su sangre, y debajo de aquellas especies se ofreció al Padre Eterno. Aquella, dicen los Doctores, que fue la primera Misa que se celebró en el mundo: y entonces ordenó á sus discípulos sacerdotes del nuevo Testamento, y les mandó á ellos y á sus succesores en el sacerdocio, que ofreciesen este sacrificio, diciendo: *Hoc facite in meam commemorationem.* Luc. c. 22, v. 19. Por esta razon dicen algunos que la fiesta del Santísimo Sacramento es la mayor de cuantas la Iglesia celebra de Cristo nuestro Señor, porque las demas solamente son memoria y representacion, como la de la Encarnacion, Natividad, Resurreccion y Ascension, no se hace entonces el Hijo de Dios hombre, ni nace, ni resucita, ni sube á los cielos de nuevo, que allá se está siempre; pero esta fiesta no es solamente memoria y representacion, sino que de nuevo viene, y está Cristo debajo de aquellas especies sacramentales, cada vez que el sacerdote dice las palabras de la consagracion; y de nuevo se ofrece cada dia en la Misa el mismo sacrificio que se ofreció cuando Cristo murió por nosotros en la Cruz.

Consideremos aqui el amor grande de Cristo para con los hombres, y lo mucho que le debemos, que no se contentó con ofrecerse una vez en la Cruz por nuestros pecados, sino quiso quedarse acá en sacrificio, para que tengamos, no sola una vez, sino muchas, y cada dia hasta el fin del mundo, un sacrificio agradable que ofrecer al Padre Eterno, y un presente tan grande y tan precioso que le presentar por nuestros pecados, para aplacarle, que no puede ser mayor, ni mas precioso y agradable. ¿Qué fuera del pueblo cristiano, sino tuvieramos este sacrificio con que aplacar á Dios? *Quasi Sodoma fuissemus, et quasi Gomorrha similes essemus*: Isai. 1, v. 9. Ya estuvieramos como otro Sodoma y Gomorra, y nos hubiera Dios asolado y destruido, como nuestros pecados merecian. Este dice santo Tomás, 3 p. quæst. 49, art. 4, que es el efecto propio del sacrificio, aplacar á Dios con él, conforme á aquello de S. Pablo: *Tradidit semetipsum pro nobis oblationem, & hostiam Deo in odorem suavitatis.* Ad Ephes. c. 5, v. 2. Como cuando acá un hombre se aplaca, y perdona la injuria que le han hecho, por algun servicio ó presente que le hacen: asi es tan acepto y tan agradable á Dios este sacrificio y presente que le hacemos, que basta para aplacarle, y para que podamos parecer delante de él, y que nos mire con ojos de piedad. Si el viernes Santo, cuando fue crucificado el Redentor del mundo, os hallaredes al pie de la Cruz, y cayeran sobre vos aquellas gotas de su preciosa sangre, ¡qué consolacion sentiria vuestra alma! ¡Qué esfuerzo tomaríades! ¡Qué esperanza tan

cierta cobrarías de vuestro remedio! El ladron, que en toda su vida no habia sabido sino hurtar, cobró tan grande ánimo, que de ladron se volvió Santo, y de la Cruz hizo paraiso. Pues el mismo Hijo de Dios que entonces se ofreció en la Cruz, él mismo se ofrece ahora en la Misa por vos, y de tanto valor y eficacia es este sacrificio, como aquel. Y asi dice la Iglesia: Dom. 9 post Pent. in oration. secret. *Quoties hujus hostiæ commemoratio celebratur, opus nostræ redemptionis exercetur.* Aquellos frutos grandes de aquel sacrificio sangriento, manan y se nos comunican á uosotros por este sin sangre.

Es tan alto y tan soberano este sacrificio, que á solo Dios se puede ofrecer: y lo nota el concilio Tridentino, sess. 22, c. 3, diciendo: Que aunque la Iglesia acostumbra decir Misa en reverencia y memoria de los Santos, pero que no se ofrece este sacrificio de la Misa á los Santos. Y asi no dice el sacerdote: *Offero tibi Sancte Petre, vel Sancte Paule*: sino ofrecele á solo Dios, dándole gracias por las victorias y coronas que dió á los Santos, é implorando su patrocinio: *Ut ipsi pro nobis intercedere dignentur in Cœlis, quorum memoriam facimus in terris*: Para que ellos intercedan por nosotros en el cielo, pues nosotros los honramos y reverenciamos en la tierra.

De manera que este divino misterio, no solamente es Sacramento como los demas, sino juntamente es sacrificio. Y hay mucha diferencia entre estas dos razones de Sacramento, y de sacrificio; porque el ser sacrificio consiste en que se ofrezca por medio del sacerdote en la Misa. Sentencia es muy recibida de los Teólogos, que la esencia de este sacrificio consiste en la consagracion de entrambas especies, y que entonces se ofrece. Asi como en el punto que Cristo espiró, se acabó de hacer aquel sacrificio cruento en que se ofreció al Padre Eterno por nosotros en la Cruz; asi este sacrificio de la Misa, que es verdadera representacion de aquel, y es el mismo número que aquel, se acaba esencialmente en el punto en que se acaban de decir las palabras de la consagracion sobre el pan y sobre el vino: porque entonces está allí por virtud y fuerza de las palabras, el cuerpo en la hostia, y la sangre en el caliz; y en aquella consagracion de la sangre, que se hace en acabando de consagrar el cuerpo, se representa al vivo el derramamiento de la sangre de Cristo, y consiguientemente el apartamiento del ánima del cuerpo, que de ese derramamiento y apartamiento de la sangre del cuerpo se siguió. De manera que por las palabras de la consagracion se produce el sacrificio que se ofrece, y por ellas mismas se hace la oblacion: Pero el ser Sacramento, lo es siempre despues de consagrado, mientras duran las especies de pan, cuando está reservado en la Custodia, y cuando le llevan á los enfermos, y

cuando uno comulga; y no tiene entonces razon ni fuerza de sacrificio. Y hay otra diferencia, que en cuanto es Sacramento, aprovecha al que lo recibe, como los demas Sacramentos, dándole gracia y los demas efectos propios suyos; pero en cuanto es sacrificio, aprovecha no solamente al que lo recibe, sino tambien á otros por quien se ofrece. Y asi nota el concilio Tridentino, que para estas dos cosas, y por estas dos causas instituyó Cristo este divino misterio. La una, para que como Sacramento fuese mantenimiento del alma, con el cual se pudiese conservar, restaurar y renovar la vida espiritual. La otra, para que la Iglesia tuviese un sacrificio perpetuo que ofrecer á Dios, para perdon y satisfaccion de nuestros pecados; para remedio de nuestras necesidades: en recompensa y agradecimiento de los beneficios recibidos: y para impetrar y alcanzar nuevas gracias y mercedes del Señor. Y no solamente para remedio y alivio de los vivos, sino tambien de los difuntos que mueren en gracia, y están en purgatorio, á todos aprovecha este sacrificio. Y hay aqui una cosa de gran consuelo, que asi como el sacerdote, cuando dice Misa, ofrece este sacrificio por sí y por otros; asi tambien todos los que la estan oyendo, ofrecen juntamente con él este sacrificio por sí y por otros. Asi como cuando un pueblo ofrece un presente á su Señor, vienen tres ó cuatro hombres, y habla el uno solo con él; pero todos traen presente, y todos le ofrecen: asi acá, aunque solo el sacerdote habla, y con sus manos afrece este sacrificio; pero por manos del sacerdote ofrecen todos. Verdad es, que hay diferencia; porque en el ejemplo que traemos, aunque escogen uno que hable; pero cualquiera de los otros podia hacer aquello, y en la Misa no; porque solo el sacerdote que está escogido de Dios para ello, puede consagrar y hacer lo que se hace en la Misa; pero todos los demas que sirven ó asisten á ella, ofrecen tambien aquel sacrificio. Y asi lo dice el mismo sacerdote en la Misa: *Orate fratres, ut meum, ac vestrum Sacrificium, acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem*; y en el Canon dice: *Pro quibus tibi offerimus, vel qui tibi offerunt*: Rogad hermanos á Dios, que mi sacrificio, y vuestro, sea acepto y agradable á Dios todo poderoso. Lo cual deberia poner mucha codicia á todos de oir y ayudar á las Misas; y lo declararémos mas en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XV.

### *De que manera se ha de oir la Misa.*

Lo que habemos dicho, parece que nos obliga á tratar como se debe oir la Misa, y lo que habemos de hacer en ella. Y asi diremos acerca de esto tres cosas que serán tres devociones que podemos

tener en la Misa, y cada una de ellas es muy principal, y todas tres se pueden tener juntamente. Y no seran de nuestra cabeza, sino de nuestra madre la Iglesia, para que se tengan y estimen en lo que es razon. Cuanto á lo primero, habemos de presuponer, que la Misa es una memoria y representacion de la pasion y muerte de Cristo, como queda dicho. Quiso el Redentor del mundo, que este santo sacrificio fuese memoria de su pasion, y del amor que nos tuvo; porque entendió, que acordándonos de lo que por nosotros padeció, nos sería esta continua memoria un despertador grande para amarle y servirle: y que no seriamos como el otro pueblo: *Qui obliti sunt Deum, qui salvavit eos*: Psal. 105, v. 1, que se olvidó del Señor que los salvó y sacó de Egipto. Y asi una de las buenas devociones que podemos tener en la Misa conforme á esto, es ir considerando los misterios de la Pasion, que en ella se nos representan: sacando de allí actos de amor, y propósitos de servir mucho al Señor. Para ésto ayudará mucho saber las significaciones de lo que se hace y dice en la Misa, para que asi vamos entendiendo y gustando mas de los misterios tan grandes que allí se nos representan, porque no hay palabra, ni signo, ni ceremonia, que no tenga grandes significaciones y misterios, y todas las vestiduras y ornamentos con que se viste el sacerdote para decir Misa nos representan tambien eso mismo. El amito, dicen los Santos que representa el velo con que los judios cubrieron el rostro á Cristo nuestro Redentor, cuando le decian, hiriéndole en el rostro: Profetiza quien te dió. La alba, la vestidura blanca con que Herodes, haciendo burla y escarnio de él, con su ejercito, le envió vestido á Pilato. El cingulo representa, ó las primeras ataduras y sogas con que fue atado cuando le prendieron, ó los azotes con que fue azotado por mandado de Pilato. El manipulo, significa las segundas ataduras con que ataron á Cristo las manos á la columna, cuando le azotaron. Pónese en el brazo izquierdo, que está mas cercano al corazon, para denotar el amor grande con que recibió aquellos crueles azotes por nuestros pecados; y el amor con que es razon que nosotros correspondamos á tan grande amor y beneficio. La estola representa las terceras ataduras, que fue aquella soga que le echaron al cuello, cuando llevaba la cruz á cuestas para ser crucificado. La casulla representa la vestidura de grana que le vistieron para hacer burla y escarnio de él; ó segun otros representa aquella túnica inconsutil que le desnudaron para crucificarle. El entrar el sacerdote en la sacristia á vestirse de estas vestiduras sacerdotales, representa la entrada de Cristo en este mundo, en el sagrario sacratísimo del vientre virginal de la Virgen

María Madre suya, donde se vistió de las vestiduras de nuestra humanidad, para ir á celebrar este sacrificio en la cruz. Y al salir el sacerdote de la sacristía canta el Coro el Introito de la Misa, el cual significa los grandes deseos y suspiros con que aquellos santos Padres esperaban la Encarnacion del Hijo de Dios: *Emitte agnum Domine dominatorem terræ.* Is. c. 16, v. 1. *Et utinam disrumperes cœlos, et descenderes*: Is. c. 74, v. 1. Y tornase á repetir otra vez el Introito, para significar la frecuencia de estos clamores y deseos que tenian aquellos santos Padres de ver á Cristo en el mundo, vestido de nuestra carne. El decir el sacerdote la confesion, como hombre pecador, significa que Cristo tomó sobre sí todos nuestros pecados, para pagar por ellos, y quiso parecer pecador y ser tenido por tal, como dice el profeta Isaías, c. 53, v. 1, & 11, para que nosotros fuésemos justos y santos. Los Kyries, que quiere decir: Señor, misericordia, significan la grande miseria en que estabamos todos antes de la venida de Cristo. Sería cosa muy larga discurrir por todos los misterios en particular, basta entender que no hay cosa en la Misa que no esté llena de misterios, y todos aquellos signos y cruces que hace el sacerdote sobre la hostia y el cáliz, es para representarnos y traernos á la memoria los muchos y varios tormentos y dolores que Cristo padeció por nosotros en la cruz: y el levantar en alto la hostia y el cáliz, en acabando de consagrar (fuera de que se hace para que el pueblo le adore) nos representa cuando levantaron *la* cruz en alto, para que todos le viesen crucificado. Cada uno puede entretenerse en la consideracion de un misterio ó dos, que mas devocion le diere, sacando de ellos fruto para sí, y procurando corresponder á tan grande amor y beneficio; y eso será mas provechoso, que el pasar de corrida muchos misterios por la memoria. Esta es la primera devocion que podemos tener en la Misa.

La segunda devocion y modo de oír la Misa, es muy principal y muy propia de ella; y le apuntamos en el capítulo pasado: para cuya inteligencia, es menester presuponer dos cosas que allí declaramos. La primera, que la Misa no solamente es memoria y representacion de la Pasion de Cristo, y de aquel sacrificio en que él se ofreció en la cruz al Padre Eterno por nuestros pecados, sino que es el mismo sacrificio que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. La segunda, que aunque solo el sacerdote habla, y con sus manos ofrece este sacrificio; pero todos los circunstantes le ofrecen tambien juntamente con él. Supuesto esto, digo, que el mejor modo de oír la Misa, es ir juntamente con el sacerdote ofreciendo *este* sacrificio, y haciendo en cuanto pudiéremos lo que él hace, hacien-

do cuenta que nos juntamos todos allí, no solo á oír Misa, sino á hacer y ofrecer este sacrificio juntamente con el sacerdote, pues en realidad de verdad es asi. Y por eso está ordenado, que los sacerdotes digan con voz clara y moderadamente alta las cosas de la Misa, que conviene que el pueblo oiga, para que vayan gustando, y preparándose juntamente con el sacerdote, para ofrecer este sacrificio con la preparacion que la Iglesia con tan grande consejo y acuerdo ha ordenado para eso. Porque todo lo que allí se dice y se hace, es un preparar y disponer asi al sacerdote, como á los que asisten, para que con mas devocion y reverencia ofrezcan este tan altísimo sacrificio.

Para que mejor podamos poner esto en ejecucion, se ha de notar, que tres partes principales tiene la Misa, la primera es desde la confesion hasta el ofertorio; que toda ella es un preparar al pueblo, para que dignamente pueda ofrecer este sacrificio. Al principio con la confesion y aquellos versos de salmos aun antes de llegar al altar. Luego los Kyries, que fuera de significar, como dijimos, la grande miseria en que estabamos antes de la venida de Cristo, nos dan tambien á entender, que el que ha de tratar negocios con Dios no los ha de tratar por justicia, sino por misericordia. Luego se sigue el *Gloria in excelsis Deo*, dando gloria á Dios, por la Encarnacion, y reconociendo el bien grande de este beneficio. Luego se sigue la oracion. Y débese notar, que dice el sacerdote *Oremus*, y no *Oro*: porque todos oran con él, y él en persona de todos. Y para que esto se haga con mas espíritu, precede el pedir para ella la asistencia del Espiritu Santo, volviéndose el sacerdote al pueblo con el *Dominus vobiscum*; y respondiendo el pueblo: *Et cum spiritu tuo.* La Epistola significa la doctrina del viejo Testamento, y la de S. Juan Bautista, que precedió como preparacion y catecismo para la doctrina del Evangelio. El Gradual que se dice despues de la Epistola, significa la penitencia que hacia el pueblo con la predicacion de S. Juan Bautista. Y el *Alleluya* que se sigue despues del Gradual, significa la alegria que tiene el alma, despues de haber alcanzado el perdon de los pecados por medio de la penitencia. El Evangelio significa la doctrina que Cristo predicó en el mundo. Y hace el sacerdote la señal de la cruz sobre el libro que ha de leer, porque nos ha de predicar á Cristo crucificado: y despues hace la señal de la cruz en la frente, boca y pecho, y el pueblo tambien; en lo cual profesamos, que tenemos á Cristo crucificado en nuestro corazon, y que le confesarémos con nuestras lenguas, y con nuestros rostros descubiertos, y vivirémos y morirémos en esta confesion. Enciéndense nuevas lumbres para decir el Evangelio;

porque esta doctrina es la que alumbra nuestras almas, y la luz que trajo el Hijo de Dios al mundo: *Lumen ad revelationem gentium, & gloriam plebis tuæ Israël.* Luc. c. 21, v. 32. Se oye el Evangelio en pie, para darnos á entender la prontitud que habemos de tener para obedecerle, y para defenderle cuando fuere menester. Se oye descubierta la cabeza, que da á entender la reverencia que habemos de tener á la palabra de Dios. Luego se sigue el Credo, que es el fruto que se saca de la doctrina del Evangelio, porque en él confesamos los artículos y principales misterios de nuestra fe. Esta es la primera parte de la Misa, la cual llaman Misa de los catecumenos, porque hasta aquí se permitian estar en la Misa los catecumenos, que no estaban bautizados, y los infieles, asi judios como gentiles, para que oyesen la palabra de Dios, y fuesen instruidos en ella.

La segunda parte de la Misa es desde el ofertorio hasta el Pater noster, que llaman Misa del sacrificio, á la cual solo los cristianos pueden estar. Y asi solía el diácono desde el púlpito mandar ir á los catecumenos, y entonces se decia antiguamente el *Ite Missa est*: Idos, porque la Misa, esto es el sacrificio se comienza ya; al cual no es lícito á vosotros el asistir. Esta es la principal parte de la Misa, donde se hace la consagracion, y se ofrece lo consagrado. Y asi el sacerdote comienza á tener silencio, y á decir las oraciones en secreto, que no sean oídas de los circunstantes, como quien se acerca ya al sacrificio. Como cuando se acercaba la Pasion, dice el sagrado Evangelio, Joan. c. 12, v. 54, que Cristo nuestro Redentor se retiró al desierto junto á la ciudad de Efrén, y que ya no andaba en público. Pues acercándose ya el sacerdote á ofrecer el sacrificio, lavase las manos, para darnos á entender la limpieza y puridad con que nos habemos de llegar á este sacrificio. Y vuélvese al pueblo, diciendo que hagan oracion juntamente con él, para que aquel sacrificio sea acepto y agradable á la Magestad de Dios. Y despues de haber orado un poco secretamente, torna á interrumpir el silencio con el Prefacio, que es un apercebimiento mas particular, con que el sacerdote se dispone á sí y al pueblo para este santo sacrificio, exortándolos á que levanten los corazones al cielo, y á que den gracias al Señor, por haber bajado del cielo á tomar nuestra carne, y morir por nosotros: *Benedictus qui venit in nomine Domini, hosanna in excelsis*: Matth. c. 21, v. 9, que son aquellos loores con que le recibieron en Jerusalén el domingo de Ramos. Y *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth*: Isaiæ c. 6, v. 3, que son aquellas voces con que le estan perpetuamente alabando los cortesanos del *cielo*, como dice Isaías, y S. Juan en su Apocalipsi. C. 4, v. 8. Luego co-

mienza el Canon de la Misa, donde primero ruega el sacerdote al Padre Eterno, que por los meritos de Jesucristo, su único Hijo, y Señor nuestro, acepte este sacrificio por la Iglesia, por el Papa, por el Prelado, por el Rey. Y luego en secreto ruega á Dios por otras personas particulares, ofreciendo tambien el sacrificio por ellas, haciendo el primer memento que llamamos de los vivos; y particularmente ofrece este sacrificio por los que estan presentes: *Et omnium circumstantium.* Y asi es cosa muy provechosa asistir á la Misa; porque los que asisten á ella, participan mas de los dones de Dios, como los que asisten á la mesa del Rey; y como los que le salen á recibir, cuando entra en la ciudad; y como los que estuvieron al pie de la cruz, S. Juan, y nuestra Señora, la Magdalena, y el buen Ladron. Ruperto Abad, c. 20, dice que hallarse presente á la Misa, es hallarse presente á las exequias de Cristo nuestro Redentor. Luego se hace la consagracion, en que consiste, y se ofrece este sacrificio de la Misa por todos aquellos de quien en el memento se ha hecho mencion.

Pues digo, que la mejor devocion que uno puede tener en ella, es ir atendiendo á lo que el sacerdote dice y hace, é ir haciendo con él en cuanto puede, lo que él hace, como persona que es parte en tan grande negocio, como allí se trata y se celebra. Y cuando el sacerdote hace el memento de los vivos, es bueno hacer tambien cada uno su memento, rogando á Dios por los vivos: y despues el de los difuntos, tambien con el sacerdote. Nuestro padre S. Francisco de Borja hacia el memento de esta manera: presupuesta la consideracion dicha, que este sacrificio representa y es el mismo que se ofreció en la cruz por nosotros, iba haciendo su memento por las cinco llagas de Cristo. En la llaga de la mano derecha, encomendaba á Dios al Papa y los Cardenales, y todos los Obispos y Prelados, clérigos y cúras, y todo el estado eclesiástico. En la llaga de la mano izquierda, encomendaba á Dios al Rey, y todas las justicias y cabezas del brazo seglar. En la llaga del pie derecho, todas las Religiones, y en particular la Compañia. En la llaga del pie izquierdo, todos sus deudos, parientes, amigos, bienhechores, y todos los que se habian encomendado en sus oraciones. La llaga del costado reservaba para sí, y allí se entraba y acogia él: *In foraminibus petræ, in caverna maceriæ*; Cantic. 1, v. 14; pidiendo á Dios perdon de sus pecados, y remedio de sus necesidades y miserias. Y asi ofrecia este sacrificio por todas estas cosas, y por cada una de ellas, como si por sola ella le ofreciera. Ofreciéndole siempre en particular, por aquella persona ó personas por quien decia la Misa por obligacion ó devocion, con voluntad de que se le aplicase

de aquel santo sacrificio, toda la parte que se le debia, sin que fuese defraudado en nada por los demas á quien lo aplicaba. De la misma manera hacia el memento de los difuntos, ofreciendo aquel sacrificio, lo primero, por la persona ó personas por quien particularmente decia la Misa. Lo segundo, por las ánimas de sus padres y parientes. Lo tercero, por los difuntos de su Religion. Lo cuarto, por sus amigos, bienhechores, encomendados, y por todos aquellos á quien tenia alguna obligacion. Lo quinto, por las ánimas que estan mas desamparadas, que no tienen quien haga bien por ellas, y por las que estan en mas graves penas y en mayor necesidad, y por las que estan mas cerca de salir del purgatorio, y por las que sería mayor caridad y servicio de Dios ofrecerle. Asi habemos de hacer nosotros; de esta ú otra manera, como cada uno mejor se hallare. Y particularmente habemos de ofrecer este sacrificio por tres cosas, que entre otras muchas nos tienen muy obligados y cercados por todas partes. La primera, en hacimiento de gracias por los beneficios tan grandes que habemos recibido de la mano de Dios, asi generales, como particulares. La segunda, en satisfaccion y recompensa de nuestros pecados. La tercera, para pedir remedio de nuestras necesidades y flaquezas, y alcanzar nuevas mercedes del Señor. Y es muy bueno ofrecer cada uno á Dios este sacrificio por estas tres cosas, no solo por sí mismo, sino tambien por los prójimos, ofreciéndole, no solo por los beneficios que él ha recibido, sino tambien por las mercedes tan grandes que ha hecho y cada dia hace á todos los hombres; y no solo en satisfaccion y recompensa de sus pecados, sino de todos los pecados del mundo; pues basta y sobra para satisfacer y aplacar por todos ellos al Padre Eterno. Y no solo para pedir remedio de las miserias y necesidades propias y particulares, sino de todas las de la Iglesia. Y en esto se conforma uno mas con el sacerdote, que lo hace asi; fuera de que la caridad y zelo de las almas pide, que no solo tenga uno cuenta con su particular, sino con el bien comun de la Iglesia, y generalmente es bueno ofrecer este sacrificio por todo aquello que Cristo le ofreció estando en la cruz. Y será bueno ofrecernos tambien á nosotros mismos juntamente con Cristo en sacrificio al Padre Eterno, cada dia en la Misa, por estas mismas cosas, sin quedar nada en nosotros que no se lo ofrezcamos. Porque aunque es verdad, que son de muy poco valor nuestras obras de suyo; pero teñidas en la sangre de Cristo, y en union de sus meritos y Pasion, serán de mucho valor, y agradarán mucho á Dios.

S. Crisóstomo (a) dice, que la hora en que se ofrece este divi-

(a) *Chrysost. hom. 2 de incomprehensib. Dei natura.*

no sacrificio, es el tiempo mas oportuno que hay para negociar con Dios. Y que los Angeles tienen esta por una suavísima coyuntura para pedirle mercedes en favor del género humano, y que claman allí con grande ahinco por nosotros á Dios, por ser el tiempo tan acomodado. Y asi dice, que estan alli escuadrones celestiales de Angeles, de Querubines y Serafines, arrodillados con gran reverencia ante la Magestad de Dios, y que luego en ofreciéndose este sacrificio, van volando estos correos celestiales, para que las carceles del purgatorio se abran, y se ejecute lo que alli se ha despachado. Y asi es razon que nosotros sepamos estimar esta coyuntura, y aprovecharnos de tan buena ocasion, y que vamos á la Misa á ofrecer este divino sacrificio con grande confianza, que por medio de él aplacarémos la ira del Padre Eterno, y pagarémos las deudas de nuestros pecados, y alcanzarémos los dones y mercedes que le pidieremos.

La tercera devocion pertenece particularmente á la tercera parte de la Misa, que es desde el Pater noster hasta el fin, donde el sacerdote consume; y las oraciones que se dicen despues de la comunion, todas son un hacimiento de gracias por el beneficio recibido. Pues lo que han de hacer entonces los que oyen la Misa, es ir tambien en esto con el sacerdote, en cuanto pudieren. No podemos comulgar en cada Misa sacramentalmente; pero espiritualmente sí. Pues esta sea la tercera devocion de la Misa, que es muy buena y muy provechosa, que cuando comulga el sacerdote sacramentalmente, comulguen tambien espiritualmente los que se hallan presentes. Comulgar espiritualmente, es tener un deseo grande de tomar este Santísimo Sacramento, conforme aquellas palabras de Job: c. 31, v. 3: *Si non dixerunt viri tabernaculi mei: (Id est boni Christiani, & timorati) Quis det de carnibus ejus, ut saturemur?* Asi como el goloso se le van los ojos tras la golosina, asi al siervo de Dios se le han de ir los ojos y el corazon tras este divino manjar. Y cuando el sacerdote abre la boca para consumir, ha de abrir él la boca de su ánima con un deseo grande de recibir aquel divino manjar, y estarse saboreando en aquello. De esta manera Dios satisfará el deseo del corazon con aumento de gracia y de caridad, conforme á aquello que él promete por el Profeta: Psal. 80, v. 11. *Dilata os tuum, & implebo illud.*

Pero nota aqui el concilio Tridentino, sess. 13, c. 8, que para que el deseo de recibir este Sacratísimo Sacramento sea comunion espiritual, es menester que nazca de fe viva, informada de la caridad. Quiere decir, que es menester que el que tiene este deseo, esté en caridad y gracia de Dios; porque entonces consigue este fruto espiritual, uniéndose mas con Cristo: pero en el que estuviese en pecado

mortal, este deseo no seria comunion espiritual, antes si desease comulgar estando en pecado, pecaria mortalmente: Y si lo desease saliendo primero de él, aunque seria buen deseo, no seria comunion espiritual: porque como no está en gracia, no puede recibir el fruto de ella. De manera que es menester estar en gracia de Dios, y tener entonces ese deseo es comulgar espiritualmente; porque por ese deseo de recibir este Santísimo Sacramento, participa de los bienes y gracias espirituales que suelen participar los que le reciben sacramentalmente. Y aun puede ser, que el que comulga espiritualmente, reciba mayor gracia, que el que comulga sacramentalmente, aunque comulgue en estado de gracia; porque aunque es verdad, que la comunion sacramental de suyo es de mayor provecho y de mayor gracia, que la espiritual, porque al fin es Sacramento, y tiene privilegio de dar gracia *ex opere operato*, lo cual no tiene la comunion espiritual; pero con tanta devocion, reverencia y humildad puede uno desear recibir este Santísimo Sacramento, que reciba con eso mayor gracia, que el que le recibe sacramentalmente, no con tanta disposicion. Y mas, hay otra cosa en esta comunion espiritual, que como es secreta y no la ven los demas, no hay ningun peligro de vanagloria de los circunstantes, como le hay en la comunion sacramental, que es pública. Y mas, tiene otro privilegio particular, que no tiene la sacramental, y es que se puede hacer mas veces, porque la sacramental hacese una vez en la semana, ó cuando *mucho* una vez cada dia: pero la espiritual puedese hacer no solamente cada dia, sino muchas veces al dia. Y asi tienen muchos esta loable devocion de comulgar espiritualmente, no solo cuando oyen Misa, sino cada vez que visitan el Santísimo Sacramento, y otras veces.

Y es bueno el modo de comulgar espiritualmente que usan algunos siervos de Dios, el cual pondremos aqui, para que se pueda aprovechar de él el que quisiere. Cuando oís Misa, ó cuando visitais el Santísimo Sacramento, ó cada vez y cuando que quisiereis comulgar espiritualmente, despertad vuestro corazon con afectos y deseos de recibir este Santísimo Sacramento, y decid: ¡O Señor, quien tuviera la limpieza y puridad que es menester para recibir dignamente tan gran huesped! ¡O quien fuera digno de recibiros cada dia, y teneros siempre en sus entrañas! ¡O Señor, qué rico estuviera yo, si os mereciera recibir y traer á mi casa, qué dichosa fuera mi suerte! Pero no es necesario, Señor, venir Vos á mí sacramentalmente para enriquecerme, queredlo Vos, Dios mio, que eso bastará, mandadlo Vos, Señor, y quedaré *justificado*. Y en testimonio de esto, decid con el Centurion: *Domine non*

*sum dignus, ut intres sub tectum meum, sed tantùm dic verbo, et sanabitur anima mea*: Matth. c. 8, v. 8. Señor mio Jesucristo, yo no soy digno que vos entreis en mi morada, mas decidlo Vos, que con vuestra sola palabra, mi ánima será sana y salva. Si mirar la serpiente de metal, bastaba para sanar los heridos; Num. 21, v. 9; tambien bastará el miraros con viva fe, y con ardiente deseo de recibiros. Y será bueno añadir la antífona: *O sacrum convivium, etc.* y el verso: *Panem de Cœlo, etc.* con la oracion del Santísimo Sacramento.

## CAPÍTULO XVI.

### *De algunos ejemplos acerca de la devocion de oir Misa, y decirla cada dia, y la reverencia con que habemos de estar en ella.*

El Papa Pio Segundo, y Sabelico, (a) cuentan, que en la provincia de Histria, que confina con Pannonia, y Austria, vivia un devoto caballero, el cual era molestado de una grave tentacion de ahorcarse, y algunas veces estuvo en puntos de hacerlo. Andando con esta penosa tentacion, descubrióse á un hombre Religioso, letrado, y temeroso de Dios nuestro Señor, pidiéndole consejo: el cual despues de haberle confortado y consolado mucho, le dijo que tuviese en su compañía un capellan que cada dia le dijese Misa. Parecióle bien este remedio, y asi se concertó con un sacerdote, y los dos se fueron á vivir á una buena fortaleza que tenia en el campo, donde habiendo un año que por medio de esta santísima devocion vivia en sosiego, acaeció, que un dia le pidió licencia su capellan para ir á celebrar una fiesta á un pueblo allí vecino con un clérigo amigo suyo. El caballero dió la licencia, con intencion de ir allá á oir Misa, y hallarse en la fiesta; pero por cierta ocasion se detuvo de modo, que era ya medio dia cuando vino á salir de su fortaleza muy congojado, pensando no hallar Misa; y molestado de su antígua tentacion, yendo asi fatigado, encontróse con un labrador que venia del lugar, el cual le certificó, que eran ya acabados los oficios divinos. Recibió de esto el caballero tanta pena, que comenzó á maldecir su ventura, y á decir: que pues aquel dia no habia oido Misa, se tenia ya por perdido. El labrador le dijo, que no se fatigase, que él le vendería la Misa, y lo que delante de Dios habia merecido con ella: al caballero le agradó esto, y asi se concertaron en que le diese una ropa que traia vestida, la cual él dió de buena voluntad, y con esto se partió el uno del otro. Con todo eso quiso el caballero llegar al pueblo á hacer oracion en la iglesia: hízolo así, y poco despues volviéndose á su casa, llegando al

(a) *Pius II in sua Cosmographia in descriptione Europæ.*

lugar de la simonia, vió que el labrador se habia ahorcado de un arbol, permitiéndolo asi Dios, en castigo de su pecado: quedó atónito, y dió gracias al Señor, porque le habia á él librado; y confirmóse mas en su devocion, y desde entonces quedó libre de la tentacion, aunque vivió muchos años.

Leese en las crónicas de san Francisco, part. 2, lib. 8, cap. 28, de Santa Isabel, reina de Portugal, y sobrina de santa Isabel reina de Ungria, que entre otras grandes virtudes que tenia, una era, ser muy piadosa y compasiva de los pobres y enfermos, y amiga de socorrerlos. Y asi se dice de ella, que ningun pobre le pidió, que no le socorriese. Y fuera de esto tenia mandado á su limosnero, que á ninguno se negase limosna. Teniendo pues esta santa Reina un page ó criado de cámara, de quien se servia en la distribucion de estas limosnas y obras de piedad, por ser virtuoso y de buenas costumbres; aconteció, que otro page de la camara del rey D. Dionisio, su marido, y muy privado suyo, viendo la privanza que el otro page tenia con la Reina, por envidia que tuvo de él, y por caer en gracia del Rey, le quiso poner mal con él, afirmándole, que la Reina le tenia mala aficion. Y como el Rey vivia no muy honestamente, inducido por el demonio, traia consigo algunos descontentos, y tenia alguna desconfianza de la Reina su muger. Por lo cual espantado de lo que su page le habia dicho, aunque es verdad que no lo acabó de creer, sino que quedó dudoso, con todo eso se determinó de hacer matar á aquel page secretamente, y saliendo aquel dia á pasearse á caballo, pasó por donde habia un horno de cal que se estaba cociendo, y llamando á parte los hombres que le daban fuego, les mandó, que á un criado de camara que él les enviaria alli con un recado, diciendo: si tenian hecho lo que el Rey les habia mandado, le arrebatasen luego, y le echasen dentro del horno de la cal: de modo que alli luego muriese, porque convenia asi á su servicio. Venida pues la mañana siguiente, mandó el Rey al page de la Reina, que fuese con este recado al dicho horno para que aquellos hombres pusiesen en ejecucion lo que él les habia mandado, y asi muriese: mas nuestro Señor, que nunca falta á los suyos, y vuelve por los que estan inocentes y sin culpa, ordenó, que pasando este mozo por una iglesia, tañesen la campanilla del alzar, en una Misa que entonces estaban diciendo, y entrando dentro, estuvo hasta que se acabó esta Misa, y otras dos que se comenzaron luego, una en pos de otra. En este tiempo, deseando el Rey saber si era ya muerto, acertó á ver al otro page de camara, que era el que le habia acusado y levantando el falso testimonio delante del Rey, al cual envió muy de prisa al horno á saber si se habia

hecho lo que él habia mandado. Y llegado que fue con el recado, como este conforme á las señas era el que el Rey les habia dicho, arrebataronle luego los hombres, y atandole le echaron vivo en el horno. En este interin, acabando el otro mozo inocente y sin culpa de oir sus Misas, fue á dar el recado del Rey á los que cocian el horno, diciendo: si habian cumplido lo que su Señor les habia mandado; y respondiendo ellos, que si. él se volvió con la respuesta al Rey, el cual asi como le vió, quedó como fuera de sí, viendo y considerando, que habia acontecido este negocio muy al contrario de como él lo habia ordenado y mandado. Y volviéndose al page, le comenzó á reprender, preguntándole ¿dónde se habia detenido tanto? Entonces el criado dando cuenta de sí, le respondió: Señor, yendo yo á cumplir el mandato de vuestra Alteza, acerté á pasar junto á una iglesia en donde estaban tañendo la campanilla de alzar, y entrando dentro á oir aquella Misa hasta el cabo, y antes que aquella se acabase, comenzaron otra y otra, y asi aguardé hasta que se acabaron todas; porque mi padre me dejó por bendicion antes que muriese, que á todas las Misas que viese comenzar, estuviese hasta el fin. Entonces vino el Rey á caer por este juicio de Dios en la cuenta de la verdad, y en la inocencia de la buena Reina, y en la fidelidad y virtud del buen criado; y asi echó de sí la imaginacion mala que contra ella tenia.

En el Prontuario (b) de ejemplos se cuenta, que en un pueblo vivian dos oficiales de un mismo oficio, y el uno tenia muger, hijos y familia, con todo eso era tan devoto de oir Misa cada dia, que por ninguna cosa la dejaba: y así le ayudaba nuestro Señor, y le iba bien en su oficio, y le multiplicaba su hacienda. El otro por el contrario no teniendo hijo ninguno, ni criado, sino solo su muger, siempre trabajaba de dia y de noche, y aun en los mismos dias de fiesta, y oia Misa muy pocas veces, y nunca salia de miseria, sino que padecia mucha necesidad y pobreza. Viendo pues este que al otro le iba tan bien, haciéndose un dia encontradizo con él, le preguntó, ¿qué de donde le venian tantos bienes, y sucedia tanta ganancia? ¿Que con tener él tanta familia de hijos y muger, nunca le faltaba lo necesario, sino que siempre tenia bastantemente lo que habia menester; y él siendo solo con su muger, y trabajando mas, siempre vivia en necesidad y pobreza? A esto respondió él, que tenia devocion de oir cada dia Misa, diciendo: que él le mostraria el dia siguiente el lugar donde hallaba aquella ganancia; y venida la mañana, se fue por casa del



(a) *Promptuar. exemplor. verb.* Mis. *& in vit. Patrum. Et Surius in vita S. Joan. Eleemosynar.*

otro, y le llevó consigo á la iglesia, y acabada de oir la Misa, le dijo que se volviese á su casa á trabajar. Lo mismo hizo el segundo dia, y las mismas palabras le dijo. Pero al tercero dia, volviendo otra vez á su casa para llevarle consigo á la iglesia, le dijo el otro: Hermano, si yo quisiese ir á la iglesia, no he menester que vos me lleveis allá, que bien sé el camino: lo que yo deseaba saber de vos, era el lugar donde habeis hallado tan buena comodidad para enriquecer, y que me llevasedes allá, para que yo tambien me pueda hacer rico. Entonces respondió él, diciendo: Yo no sé ni tengo otro lugar de donde busque el tesoro del cuerpo, y el premio de la vida eterna, sino es en la iglesia. Y para confirmar esto, dijo: ¿Por ventura no habeis oido lo que el Señor dice en el Evangelio: buscad primero el reino de los cielos y su justicia, y todas las demas cosas se os darán por añadidura? Oyendo esto el buen hombre entendió el misterio, y cayó en la cuenta, y compungido de su pecado, enmendó su vida, haciéndose desde luego muy devoto, y oyendo de alli adelante su Misa cada dia; y asi le comensó á ir bien, y suceder prosperamente en todos sus negocios.

Cuenta S. Antonino de Florencia, 2 part. l. 1 gal. tra. 8, c. 10, § 2, que saliendo un dia de fiesta de una ciudad dos amigos mancebos, para irse á holgar al campo á cierta caza, el uno de ellos tuvo cuidado de oir primero Misa, y cumplir con el precepto, y el otro no. Yendo pues juntos su camino, comenzó á revolverse el tiempo, y turbarse el aire, de modo que parecia que el cielo se queria venir á bajo, y hundir el mundo con los grandes truenos que comenzaron, y muchos relámpagos que venian á toda priesa con grandes señales de mucha agua; y entre estas y estas, se oyó en el aire una voz: la cual oyeron los mismos mozos, que decia: Dale, hierele. Quedaron con esta voz atemorizados; pero prosiguiendo su camino, al mejor tiempo, cuando no se cataron, cayó un rayo, y mató al desdichado moso, que aquel dia no habia oido Misa. Fue tan grande el espanto y asombro que le dió al otro, que quedó como fuera de juicio, sin saber lo que habia de hacer: mayormente que estaba ya cerca del puesto donde iban á cazar. Finalmente pasó adelante, y prosiguió su camino, y oyó otra voz que dijo: Hierele, hierele á ese. Quedó el pobre muy atemorizado con esta voz, acordándose de lo que habia pasado con su compañero: mas oyóse otra voz en el aire, que dijo: no puedo, porque ha oido hoy el *Verbum caro factum est*; entendiendo por esto, que habia oido Misa, porque al fin de ella se suele decir el Evangelio de S. Juan, donde estan estas palabras. Y de esta manera se escapó aquel mozo de aquella tan *terrible* y repentina muerte.

De S. Buenaventura se lee, re-

fertur in ejus vita, que considerando la Soberana Magestad de Dios, que está en el Santísimo Sacramento del altar, y su gran vileza, y temiendo que no recibia al Señor con la disposicion que convenia, estuvo muchos dias sin llegarse al altar, y un dia oyendo Misa, al tiempo que el sacerdote partia la hostia, una parte de ella se vino á él, y se le puso en la boca. Y haciendo gracias al Señor por este tan incomparable beneficio, (c) entendió, que con él le queria enseñar, que gusta mas Dios de los que con amor y entrañable afecto se llegan á él y le reciben, que no de los que por temor se apartan y dejan de recibirle, como despues el mismo Santo lo escribió. Y lo mismo escribió santo Tomás 3 p. q. 80, art. 10 ad 3.

Del santo fray Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, se cuenta, que estando en la Corte ocupado en muchos y muy graves negocios del reino, como sus emulos, que eran muchos, no hallasen otra cosa en que le poder acusar, murmuraban algunos, porque decia cada dia Misa, maravillándose de él, que teniendo tantos y tan arduos negocios sobre sí, se hallaba tan dispuesto, y con ánimo reposado y quieto para celebrar cada dia, como si estuviera en el monasterio. Y como el Cardenal de España, y Arzobispo de Toledo, D. Juan Gonzalez de Mendoza, un dia familiarmente le dijese lo que se decia, respondió el siervo de Dios: Asi es Señor, que porque sus Altezas me han puesto en cosas tan arduas, y encomendado carga que es sobre todas mis fuerzas, no tengo otro refugio para no dar con la carga en el suelo, sino llegarme cada dia al Santo Sacramento, porque con eso pueda tener fuerzas para salir al cabo, y dar cuenta de lo que sus Altezas me han encomendado.

De S. Pedro Celestino, que despues fue Papa, cuenta Surio, in vita ipsius tom. 3, que poniéndose él una vez á considerar, por una parte la Magestad grande del Señor que está en el Santísimo Sacramento, y por otra su vileza é indignidad: y acordándose de san Pablo primer hermitaño, san Antonio, san Francisco y otros Santos, que no se habian atrevido á ejercitar el santo misterio de la Misa, y comunion cotidiana, estuvo dudoso y perplejo sobre la frecuencia en esto, y abstuvose algunos dias con el temor, temblor y reverencia de tan grande Señor, con determinacion de ir á Roma á consultar al Papa sobre esto, si le seria mejor abstenerse de celebrar del todo, ó algun tiempo. Y yendo con este intento, en el camino se le apareció un santo Abad ya difunto, el cual le habia dado el hábito de monge, y le dijo: ¿quién, ó hijo, aunque sea Angel, es digno de este misterio? Pero con todo eso aconséjote, que con temor y reve-

(c) *Bonav. in tract. de Exercitiis spirit. qui Fasciculus inscribitur, c. 7.*

rencia celébres fruecuentemente. Y luego desapareció.

Cuenta S. Gregorio, (d) que poco antes de su tiempo acaeció que un hombre fue preso y llevado cautivo de los enemigos á muy lejas tierras, donde estuvo mucho tiempo aprisionado, sin saber ni tener nuevas algunas de él. Como su muger despues de tan largo tiempo no supiese de él, creyó ser ya muerto, y asi como á tal hacia cada semana decir Misas y sacrificios por su ánima. Y era nuestro Señor servido que todas las veces que las Misas se decian por él, se hallaba el pobre cautivo libre de sus prisiones. Aconteció pues, que no mucho despues de esto, salió el hombre del cautiverio, y volvió á su casa libre: y como entre otras cosas contase á su muger esta maravilla, y espantado y admirado de que en ciertos dias y horas de cada semana se le quitaban las prisiones, como está dicho: haciendo la muger la cuenta, halló que era en los mismos dias y horas que ella hacia ofrecer el sacrificio, y decir las Misas por él. Y añade S. Gregorio: De aqui podeis hermanos colegir, cuanta fuerza tendrá para deshacer las prisiones y ataduras del ánima este sacrificio ofrecido por nosotros. El venerable Beda cuenta otro ejemplo semejante. (e)

S. Crisóstomo, lib. 1 de Sacerdot., dice, que por el tiempo que el sacerdote celebra, asisten los Angeles, y que en honra del que allí es ofrecido, el altar está rodeado de Angeles. Y dice, que oyó contar á una perona fidedigna, que un viejo, gran siervo de Dios, habia visto de repente descender gran multitud de Angeles, y estar él rodeado de ellos, vestidos de tan resplandecientes ropas, que su claridad no se podia mirar; tan humillados como están los soldados delante de su Rey. Y asi lo creo yo, dice el glorioso S. Crisóstomo, porque al fin donde está el Rey, está la Corte. Y S. Gregorio, lib. 4 dial. c. 30, dice: Quien duda sino que en aquella hora en que se ofrece este sacrificio, á la voz del sacerdote se abren los cielos, y bajan juntamente con Cristo aquellos cortesanos del Cielo, y está todo aquello cercado de Coros de Angeles, que como buenos cortesanos estan acompañando á su Rey. Y asi declaran muchos Santos aquello de san Pablo, 1 ad Cor. c. 11, v. 20, que mandando, que las mugeres estuviesen en la iglesia cubiertas las cabezas, da la razon: *Propter Angelos*: Por amor de los Angeles. Porque por estar alli el Santísimo Sacramento, dicen que hay alli Angeles que le reverencian y respetan. San Nilo (f) escribe del mis-

(d) *Gregor. hom. 37 super Evang. & l. 4 Dial. c. 57.* (e) *Beda, l. 4 histor. Anglic. c. 21, & 22: & Titelman. Bredembrac. l. 1 coll. sacrarum, c. 4.* (f) *Nilus in epistol. ad Anastasium Episcop. in Bibl. Sanct. Patrum. Et refert etiam Turrian. tract. 2 de Euchar. c. 2.*

mo S. Juan Crisóstomo, que fue su maestro, que cuando entraba en la iglesia, veia gran multitud de Angeles vestidos de blanco, los pies descalzos, y encorvados sus cuerpos, por la gran reverencia, con sumo silencio, y como asombrados de la presencia de Jesu-Cristo nuestro Dios y Señor en este Sacramento. Conforme á esto, dice el glorioso Crisóstomo, lib. 3 de Sacerdot., cuando te hallas delante de este divino Sacramento, no has de pensar que estás entre hombres en la tierra: ¿por ventura no sientes la vecindad de aquellos escuadrones celestiales de Querubines, Serafines, etc. que asisten ante aquel gran Señor de los cielos y tierra? Y asi dice: Estad hermanos en la iglesia con gran silencio, con temor y temblor. Mirad de la manera que están los criados de un Rey delante de él, que modestos y serenos, con cuanta reverencia; no hay quien allí se atreva á hablar una palabra, ni á volver los ojos de una parte á otra; y aprended de aqui de la manera que habeis de estar delante de Dios.